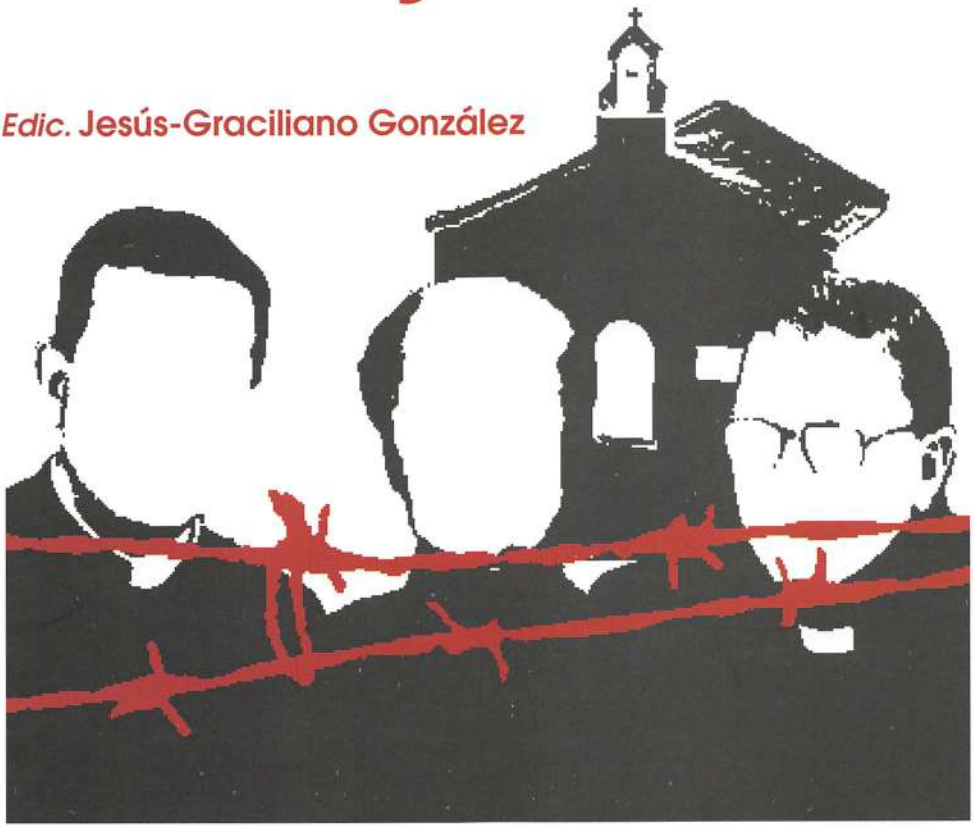
ERNEST MACÁK sdb

VARIA 5

De la otra parte de las rejas

Edic. Jesús-Graciliano González



acssa

ASSOCIAZIONE CULTORI STORIA SALESIANA

Roma 2007

ASSOCIAZIONE CULTORI STORIA SALESIANA

VARIA – 5

ASSOCIAZIONE CULTORI STORIA SALESIANA

VARIA – 5

ERNEST MACÁK sdb

De la otra parte de las rejas

Diario del campo de concentración de Podolínec (Eslovaquia)

Edición JESÚS-GRACILIANO GONZÁLEZ

ROMA



INTRODUCCIÓN

En noviembre del año 2004 el Director del Instituto Histórico Salesiano, D. Francisco Motto, me pidió un informe sobre la conveniencia o no de la publicación del manuscrito *De la otra parte de las rejas* del sacerdote salesiano Ernest Macák, traducido en español. Leí detenidamente el texto y emití al final un juicio en el que distinguía claramente tres aspectos: el primero se refería al contenido y era totalmente favorable: se trata, decía yo entonces, de un testimonio histórico importante para documentar un momento significativo de la historia de la Iglesia eslovena en general, y de la Congregación salesiana en particular, al comienzo de la ocupación comunista de dicha nación. Es un testimonio impresionante y de primera mano, que no puede permanecer en el olvido. En segundo lugar, desde el aspecto lingüístico, expresaba yo serias reservas al texto, tal como se presentaba, sea porque la lengua española en que estaba escrito era muy imperfecta, sea porque muchas expresiones eran confusas o no respondían a la sensibilidad de los posibles lectores españoles. Si se publicaba había que revisar a fondo la traducción y algunas de esas expresiones. Añadía yo, además, un tercer aspecto: el manuscrito recogía únicamente la vida de unos meses dentro del campo de concentración de Podolínec, pero no decía nada sobre la situación de la Iglesia y de la Congregación antes y después de esos meses. Incluso el mismo diario dejaba abiertas algunas dudas e interrogaciones, que era necesario resolver y contestar para que los lectores pudieran entender su contenido.

Mi juicio era, pues, favorable, siempre que se hiciera una revisión a fondo de la lengua y se completaran algunos datos.

Yo hacía sólo poco más de un mes que había sido destinado a formar parte del Instituto Histórico Salesiano, y estaba muy lejos de pensar que mi informe positivo iba a revertir sobre mis espaldas. Pero la Presidencia de ACSSA (Asociación de estudiosos de historia salesiana), a la cual yo entonces no pertenecía, después de estudiar los diversos informes presentados, decidió la conveniencia de la publicación del diario y me encargó a mí la preparación de la edición. Tengo que decir que fue una "dulce" carga, porque, aunque me ha supuesto muchas horas de trabajo, me ha puesto en contacto con personas estupendas y me ha hecho conocer datos y situaciones de los que no tenía la menor idea.

Aceptada la tarea, lo primero fue ponerme en relación con el autor, D. Ernest Macák, que desde el primer momento me dio todas las facilidades para revisar y cambiar aquellos elementos o expresiones que me pareciera, siempre, naturalmente, que no se adulterara el contenido del diario. Y eso es lo que he hecho.

Le pedí, además, una nuevo prólogo y, sobre todo, un epílogo sobre su vida después de haber escrito el diario. Muy amablemente me remitió las dos cosas en italiano y yo las presento aquí, como rigurosa primicia, traducidas en español.

Por mi parte, y sirviéndome en parte de la introducción primera que llevaba el manuscrito y de otras fuentes de información, he añadido algunas breves informaciones sobre la historia de Eslovaquia y el estado de la Congregación salesiana, y algunos datos sobre el autor. Confío que todo ello servirá para facilitar la lectura del diario a los lectores de lengua castellana.

Checoslovaquia de 1918 a 1949

¿Cuál era la situación histórica de Eslovaquia y cuáles fueron las circunstancias religiosas que envolvieron la gestación de este **diario?**

Eslovaquia, patria del autor y lugar donde sucedieron los hechos que narra el diario, era parte integrante en aquellos años de Checoslovaquia. Un pequeño, pero floreciente Estado, de unos 14 millones de habitantes, en una superficie de ciento veinte mil kilómetros cuadrados. Se formó al final del año 1918, tras la desintegración del Imperio Austro-Húngaro. Lo formaron mediante un pacto dos pueblos eslavos, los checos y los eslovacos. Los checos habitan la parte occidental, teniendo como vecinos a Austria y Alemania, y los eslovacos, en la parte oriental, tienen por vecinos a Polonia, la Unión Soviética y Hungría. El estado joven tenía en aquellos años un alto nivel económico y cultural. Uno de los más altos de Europa.

Pero debía luchar también con no pocos obstáculos interiores, como eran las rencillas nacionales, que tenían su origen en los sentimientos de agravio que sentían los eslovacos, respecto a los checos; la falta de unidad en la vida política, manifestada en el gran número de partidos políticos; las grandes diferencias económicas entre Bohemia, con su industria, y Eslovaquia, que era una parte del estado preferentemente agrícola. En el estado se encontraba, además, una considerable minoría alemana, etc. No pocas de

estas dificultades sirvieron en los años 1938 y 1939 a la Alemania de Hitler como pretexto para la liquidación de Checoslovaquia: Bohemia y Moravia, hoy República Checa, fueron anexionadas a Alemania hasta el final de la segunda guerra, formando el así llamado protectorado de Bohemia y Moravia. Los Eslovacos formaron el estado autónomo eslovaco.

Acabada la segunda guerra mundial, no sin nuevas dificultades y agravios, se renovó la república Checoslovaca, pero desde el principio se notaba en ella un fuerte influjo de la Unión Soviética. Los aliados occidentales y Rusia, antes de acabar la guerra, pactaron la liberación de Checoslovaquia por las tropas rusas.

En 1943 el gobierno del exilio checoslovaco en Londres, con el presidente Benes al frente, hizo una alianza con la Unión Soviética, se trasladó a Moscú y desde allí regesó con las tropas rusas a Praga. El influjo ruso aseguró al partido comunista checoslovaco posiciones muy fuertes.

Durante los primeros años, el gobierno siguió siendo todavía democrático, aunque con no pocas lagunas. Entre el partido comunista y la mayoría de los otros partidos reinaba una continua tensión y lucha. La tensión crecía y acabó en febrero de 1948 con una revolución comunista. Como consecuencia de ello, toda la vida económica, política, cultural y religiosa tenía que desenvolverse en unas condiciones de creciente tirantez[1]. En el campo religioso comenzó una lucha a vida o muerte.

La persecución religiosa

Las raíces más profundas de esta lucha a vida y muerte hay que buscarlas en el odio fanático del marxismo hacia la religión. Este odio apasionado se pone claramente de manifiesto en estas palabras de Lenín: *"La base filosófica del marxismo es el materialismo dialéctico... es un materialismo absolutamente ateo, enemigo irreconciliable de toda religión"*.

Siguiendo este principio, los estados comunistas combatieron duramen-

[1] En 1969, el estado se convirtió en una federación de la República Socialista Checa y la República Socialista Eslovaca. En 1989 el final del comunismo en Checoslovaquia, a través de la pacífica "Revolución de Terciopelo", significó también el fin de Checoslovaquia como tal, y la creación de dos estados. Eslovaquia y República Checa separaron sus caminos después del 1 de enero de 1993. Eslovaquia se convirtió en miembro de la Unión Europea en mayo de 2004.

te a la religión y lo hicieron bajo la máscara de la ciencia, de la justicia social, del progreso, etc. Lo hicieron abierta y clandestinamente, por medio de una propaganda atea y falsa, y por medio de las intervenciones de la policía. En esta lucha se servían de todo: de las burlas, el terror, la discriminación, la cárcel...

En Bohemia y en Moravia (la parte checa), a pesar de los muchos ataques contra la Iglesia, ésta tenía, hasta la revolución comunista en el año 1948, relativamente más libertad. Pero en Eslovaquia, que era mucho más religiosa que el resto del estado checoslovaco, comenzó la persecución ya al final de la guerra, en el año 1945. En abril de este año fueron encarcelados el Obispo Juan Vojtassak y el Obispo Miguel Buzalka de Trnava.

En mayo de ese mismo año fueron nacionalizadas 1800 escuelas elementales y las escuelas medias superiores que pertenecían a la Iglesia. El Departamento central católico organizó contra esto una campaña, recogiendo firmas de los fieles, pero la policía secuestró las firmas y encarceló al director del Departamento. En ese mismo mes de mayo fue suprimido el Centro de la Juventud Católica y todas las organizaciones católicas. Se apoderaron de las imprentas y encarcelaron a muchos miembros activos de la acción católica.

Después de la revolución de febrero de 1948, comenzó una dura lucha antirreligiosa en toda la república. En primer lugar era necesario privar a la Iglesia de la posibilidad de defenderse. Y así, al día siguiente de la revolución comunista, las autoridades prohibieron la publicación de los mayores semanarios religiosos y, al final de 1948, con pequeñas excepciones, toda la prensa religiosa. Los cristianos quedaron sin información, a merced de las mentiras, calumnias e injurias del régimen comunista, sin tener posibilidad ni de conocer la verdad o la opinión de la iglesia, ni de defenderse. En el año 1949 la desinformación creció aún más, pues los fieles se vieron privados también de los libros religiosos, ya que la publicación de cualquier libro se convirtió en monopolio del estado y todas las editoriales católicas fueron nacionalizadas

Los mayores ataques se dirigieron contra la juventud cristiana. Había que convertirla en fácil presa de la lucha antirreligiosa. Desde 1948, nacionalizadas todas las escuelas católicas, la enseñanza en Eslovaquia fue estatal o controlada por el Estado e, incluso en los seminarios, se introdujo el marxismo como materia obligatoria, impartida por un marxista impuesto

por el gobierno. Se suprimieron todas las organizaciones católicas existentes. En Eslovaquia fue suprimida la Unión Católica de las Mujeres, que contaba con más de 100.000 miembros, que fueron obligados a la fuerza a integrarse en la Unión Comunista de las Mujeres. De la misma manera acabaron con otras organizaciones de juventud todavía existentes: bajo el pretexto de la unidad, las juntaron a la Unión Comunista de la Juventud.

Los Obispos de Checoslovaquia enviaron en Agosto de 1948 un Memorandum al gobierno, en el que con toda la fuerza protestaban por todos estos atentados contra la Iglesia. Dicen: ***"Repetidamente se nos promete la libertad religiosa y entre tanto sistemáticamente se lucha contra la religión, siguiendo el ejemplo de los países donde la religión es perseguida".***

Volvieron a protestar en su carta pastoral, publicada en octubre del mismo año, pero el gobierno impidió que fuera leída públicamente.

Separar para destruir

El régimen ateo veía que la Iglesia tenía en Eslovaquia un grande influjo religioso y moral y, por esto, se propuso esclavizarla, para así poder más fácilmente adueñarse de ella, someterla a sus planes o destruirla efectivamente. Una Iglesia dócil les serviría como altavoz propagandístico.

Al principio del año 1949 tuvo lugar en Praga un diálogo entre el encargado de los Obispos y el del Gobierno para las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia aseguraba su lealtad hacia el Estado, pero no quería renunciar a su neutralidad y libertad. Por eso los comunistas decidieron separarla de Roma.

El cisma debía realizarse por medio de la Nueva Acción Católica, pero antes había que preparar el terreno. Comenzó un ataque terrible contra la Santa Sede y contra la Iglesia en general. Los comunistas se esforzaban en construir barreras entre los Obispos y los sacerdotes y los fieles, para impedir la defensa. A todo esto, al final de abril de 1949 contestaron los Obispos con un nuevo Memorandum, que dirigieron al presidente comunista Clemente Gottwald.

En el Memorandum se dice: ***"Tenemos pruebas irrefutables de que el gobierno ha desencadenado una campaña contra la Iglesia.... y para esto usa todos los medios de su poder, dando las instrucciones precisas a la policía secreta en las capitales de regiones y provincias. Sabemos también que todo esto es sólo la preparación para un golpe último y decisivo".***

En mayo de 1949, el Ministerio de Educación comenzó a publicar el Boletín de los sacerdotes católicos. El fin era crear la confusión entre los sacerdotes y dividirlos.

El 10 de junio, en la sala de Smetana en Praga, se organizó una reunión para fundar la Acción Católica Cismática. La mayoría de los presentes no sabía de qué se trataba. Al final se firmó el programa de esta falsa Acción Católica. Bajo el programa aparecieron unas 60 firmas de sacerdotes, pero entre esas firmas se encontraban las de sacerdotes ya muertos o las de personas que nunca existieron. ¡Los dirigentes de esta "acción", creada por ateos, se convertían en los representantes de los fieles en lugar de los Obispos!.

Ese mismo día los Obispos condenaron esta falsa Acción Católica y pusieron en alerta a los fieles por medio de una carta pastoral, que debía ser leída en las Iglesias el 19 de junio. Ya antes, el 10 de junio, la policía penetró en el Palacio del Arzobispo de Praga, José Beran y le obligó a aceptar un Comisario del gobierno, que debía firmar y controlar todos sus actos. El Arzobispo Beran en la fiesta del Corpus Domini, el 19 de junio, en la Catedral de San Vito en Praga iba a condenar la falsa Acción Católica, pero en el momento de la misa llegaron grupos organizados y silbando y gritando le impidieron hablar. La carta pastoral de los Obispos, a pesar de la intervención de la policía, se leyó el 19 de junio en muchas Iglesias.

El día 29 de junio de 1949, la falsa Acción Católica fue condenada también por la Santa Sede en Roma y con esto su suerte quedó sellada. En vano corrían de un lugar a otro los propagandistas ateos en el esfuerzo de recoger firmas de sacerdotes y de fieles en apoyo del programa de la Acción Católica cismática. Durante esa semana, en muchos lugares los fieles tuvieron que custodiar a sus sacerdotes para que no fueran encarcelados; esta defensa produjo, a veces, choques con la policía, y no pocos fieles lo pagaron con años de cárcel. Los comunistas quisieron después hacer popular la Acción Católica por medio de manifestaciones en los lugares de peregrinación. A estas manifestaciones debían acudir los miembros del partido, pero los fieles rechazaron estas manifestaciones, quedándose en casa.

Medidas administrativas

Los dirigentes no lograron separar la Iglesia Católica de Roma, pero pronto hicieron nuevos planes, esta vez a través de leyes presentadas en el Parlamento.

Ya en octubre de 1949 fueron aprobadas dos leyes: con la primera se establecía el así llamado Despacho Estatal para los asuntos eclesiásticos. La segunda ley pretendía arreglar la seguridad económica de las Iglesias.

El Despacho Estatal para los asuntos eclesiales debía *"**velar para que toda la vida religiosa y eclesial se desarrolle en armonía con la Constitución del Estado**"* (Segundo artículo de la ley 217/49).

Además, según el artículo 3 de esta ley, este nuevo Despacho se reservaba el derecho de tratar todas las cuestiones religiosas de cualquier clase que fueran.

Con esta ley toda la vida de la Iglesia se veía sometida al régimen comunista, siguiendo así las ideas de Lenín sobre la lucha irreconciliable contra la religión.

También la ley de la seguridad económica de las Iglesias caminaba en la misma dirección. Con esta ley los sacerdotes se convertían, en cierto modo, en empleados del Estado. Si no recibían el salario, no podían ejercer la función sacerdotal. Pero quien paga exige. El Estado con su salario pretendía tener el derecho a dar el consentimiento estatal para poder ejercer la función sacerdotal. Según esto, si algún sacerdote en su actividad pastoral se indisponía con el régimen ateo, éste le quitaba el consentimiento estatal y debía dejar la parroquia e irse a trabajar, como un obrero cualquiera, a otro lugar.

Ambas leyes significaban una violencia jamás vista en Eslovaquia contra la Iglesia. Era lo mismo que poner de administrador de una familia a su enemigo mortal.

En vano protestaron los Obispos contra esta ley. Los anticlericales ateos se integraban en la vida de la Iglesia, pero con el fin de entorpecer y limitar su misión y así cuanto antes destruirla.

En el año 1949 el gobierno interrumpió los contactos diplomáticos con la Santa Sede, librándose así de un testigo que le resultaba desagradable frente a las ofensas que proferían o las injusticias que se cometían contra la Iglesia.

Y eran de veras injurias e injusticias jamás oídas: por ejemplo, en el año 1950, contra la Constitución de la República sobre la libertad de religión y de conciencia y contra todos los derechos humanos más elementales, 320.000 fieles de la Iglesia greco-católica fueron obligados a pasar a la fe

ortodoxa. Para ello reunieron una asamblea de los llamados representantes de los fieles y del clero, pero sin que ni el pueblo ni los miembros del clero tuvieran representación, y proclamaron la unión con la Iglesia ortodoxa. Un decreto de gobierno declaró válida dicha unión, a pesar de la oposición de casi todos los fieles de la Iglesia greco-católica.

A sus sacerdotes los deportaron a trabajar en Bohemia o los encarcelaron. Lo mismo hicieron con los Obispos Pablo Gojdic y Vasil Hopko a quienes encarcelaron. Con el pueblo se cometieron toda clase de crueldades.

Las trágicas noches de las Órdenes religiosas

En el año 1950, cuando la persecución llegaba a su cumbre, las órdenes religiosas en Checoslovaquia experimentaron unas noches trágicas. Durante ellas todas las casas religiosas fueron invadidas y sus miembros llevados a campos de concentración preparados para ellos.

Como otras veces, también en este caso, comenzó todo con una falsa propaganda en la prensa.

Al inicio del mes de abril se llevó a cabo un proceso, que más que un proceso fue una representación teatral, contra once miembros notables de las varias familias religiosas, algunos de ellos fueron encarcelados pocos días antes del proceso, a otros los condenaron hasta a diez años de cárcel. Los acusaban, como era habitual en los procesos de este género, de traición y de espionaje. Siguieron después los ataques principales durante las noches del 13 al 14 y del 21 al 22 de abril, en que los milicianos comunistas y los gendarmes ocuparon las casas religiosas de las órdenes masculinas en todo el estado y a sus miembros los llevaron a campos de concentración

En algunas ciudades de Eslovaquia los policías ocuparon toda la ciudad, por miedo a las revueltas que podían suscitar en el pueblo, cuando les arrebataban por la fuerza a sus bienhechores y padres espirituales, haciéndoles así la mayor de las ofensas. El pueblo estaba muy irritado y los comunistas querían apaciguarlos con la mentira de ***"que se trataba sólo de la concentración de los religiosos en unos conventos mejor organizados, donde se podrán dedicar libremente a su formación religiosa"***.

Ninguno los creía, cuando a raíz de estas noches trágicas, les decían que ***"los conventos eran las centrales vaticanas del espionaje"***, o también

cuando justificaban sus actitudes, escribiendo en la prensa sobre ***"el cuidado esmerado de los religiosos y de su libertad"***, cuando la verdad era que los religiosos estaban en los campos de concentración bajo las amenazas de las armas automáticas y de las ametralladoras.

Todo esto no lo ignoraba el pueblo y los comentarios se pasaban de boca en boca.

En septiembre de 1950, las religiosas sufrieron también esta suerte de tratos, con lo que en este año se encontraban en los campos de concentración de Checoslovaquia dos mil religiosos y diez mil religiosas. Allí tenían que participar en el adoctrinamiento marxista; en algunos lugares llevaban incluso los uniformes del campo con un número.

Más tarde a los religiosos más jóvenes, los menores de 20 años, los alejaron de los campos de concentración para cursos de adoctrinamiento y para trabajar en las formaciones de la juventud comunista. De allí, después de algunos meses, los dejaron volver con sus padres.

En el otoño de este año enviaron a algunos a los campos de trabajo militar. Vivían en barracones especiales bajo la disciplina militar, pero en lugar de las armas, manejaban las palas y los picos, y trabajaban en las construcciones de los aeropuertos y en las fábricas de acero. A los demás religiosos, con excepción de los ancianos y enfermos, los llevaron a trabajar en las fábricas y en los bosques, formando con ellos las así llamadas brigadas voluntarias de trabajo.

Los ateos militantes en Checoslovaquia acabaron así, al menos exteriormente, con una de las más grandes fuerzas de la Iglesia, es decir, con las órdenes y sociedades religiosas. Muchos religiosos y religiosas testimoniaron su fe durante estos años con una heroicidad no común[2].

El alud perseguidor y furioso llegó en el año 1950 también a los Seminarios. Once de ellos fueron suprimidos y a los Obispos se les quitó la posibilidad de formar a los Sacerdotes. Para toda Eslovaquia dejaron sólo la Facultad Teológica de Bratislava y la de Litomerice para Bohemia y Moravia. A los profesores de estas Facultades sólo los podía nombrar el Despacho estatal para los asuntos eclesiales y esto respresentó un nuevo

[2] De esta heroicidad, además del Diario del P. Macák, da testimonio, por ejemplo, el libro de José Inovecky: ***"Cuando las espinas florecen"***. Este libro fue editado por la editorial Pro Fratribus en Roma.

agravio para la vida de la Iglesia. Además con una intervención violenta se redujo terriblemente el número de los nuevos estudiantes en ambas facultades: anualmente cada facultad podía recibir sólo 25 ó 30 nuevos estudiantes.

Según este sistema perseguidor, el número de sacerdotes del pueblo bajaba de año en año, ya que eran más los que morían que los que eran ordenados. Todo esto iba dirigido contra la fe del pueblo y de sus hijos.

La liquidación de los Obispos

La persecución contra la Iglesia y sus fieles alcanzó su punto más alto en el año 1951, especialmente con los procesos contra los Obispos y los sacerdotes. Decenas de ellos fueron procesados desde 1950. La libertad de los Obispos fue cada vez más limitada, vivían bajo el control de la policía y al final no podían ir ni a su propia catedral, más tarde los encarcelaron en sus mismas casas, y luego terminaron en la cárcel.

Desde Julio hasta septiembre de 1950 fueron encarcelados en Checoslovaquia 6 Obispos, cinco de ellos de Eslovaquia. Otros cuatro Obispos se hallaban bajo el control de la policía. Al final de Noviembre de este mismo año se organizó otra especie de proceso teatral contra el Obispo Auxiliar de Olomouc, Estanislao Zéla, y otros nueve acusados. Los acusaron de grave traición y de espionaje, y los presos, sometidos previamente a un especial adiestramiento y a situaciones especiales, confesaron todas estas culpas sin haberlas cometido. El Obispo Zéla fue condenado a 25 años de cárcel.

En enero de 1951 tuvo lugar un proceso parecido contra tres Obispos eslovacos en Bratislava. Los Obispos aterrorizados, torturados, quebrantados y adiestrados confesaron todo lo que quería la policía secreta, a pesar de que eran inocentes. El Obispo greco-católico Gojdic y el Obispo Auxiliar de Trnava Monseñor Buzalka fueron condenados de por vida y el Obispo Juan Vojtassak, a 24 años de cárcel.

En vano una propaganda diabólica, aireada por todas partes durante el proceso, intentó persuadir al pueblo de que los Obispos eran enemigos, criminales y traidores. El pueblo no los creyó, ni tampoco creyó las afirmaciones que a la fuerza les hicieron confesar, porque todos comprendieron que, más que hacerlos dudar de sus Obispos, lo que pretendían era alejarlos de Dios. Los Obispos procesados entraron en la conciencia de la

nación, como unos mártires, junto con los otros sacerdotes que también lo fueron[3].

Después de estos bárbaros procesos, el Despacho estatal para los asuntos eclesiales tenía finalmente "las manos libres". Contra todo el derecho y las prescripciones eclesiásticas comenzó a nombrar, en el lugar de los Obispos procesados, a los Vicarios Capitulares y Generales, escogiendo a sus canónigos entre algunos sacerdotes condescendientes o entre los llamados sacerdotes de la paz.

El 10 de marzo de 1951 se llevaron de Praga al Arzobispo José Beran a un lugar desconocido. En este mismo año en Checoslovaquia se hallaban en las prisiones o en los campos de concentración, junto con los Obispos procesados, unos 3000 sacerdotes y una gran multitud de laicos católicos.

La admirable fidelidad a Dios del pueblo eslovaco

Siguieron nuevos ataques y así en 1953 los dirigentes comunistas lograron tener a la Iglesia fuertemente maniatada. Hicieron todo lo posible y pusieron todos los medios que creyeron necesarios para destruir a Cristo en el pueblo y en la juventud.

Pero fueron ellos los derrotados por el Dios omnipotente y por el pueblo indefenso, pero fiel. Éste los derrotó simplemente no dando crédito ni a la propaganda, ni a los ataques, ni a los procesos teatrales. Con sano instinto se dio cuenta de que la verdad se encuentra en el polo opuesto al de los

[3] Entre los obispos checos es muy conocido el caso del salesiano Mons. Trochta, fundador de la casa salesiana de Praga, arrestado primero por los nazis e internado en los campos de concentración de Terezin, Mauthausen y Dachau. Gracias a la solidaridad de algún médico y de un sacerdote alemán pudo librarse de la muerte. En 1947 fue nombrado obispo de Litomerice. Con la llegada al poder del partido comunista inició para él una nueva persecución. En 1950 su residencia fue ocupada y él obligado a residir recluido en dos habitaciones del palacio. En 1953 fu condenado a 25 años de prisión por "alta traición y espionaje a favor del Vaticano". En 1960 fue amnistiado con la condición de que se integrara en "el proceso productivo del trabajo". Trabajó en una fábrica metalúrgica de Praga. Aunque gravemente enfermo, no cesó en su secreto trabajo pastoral, ordenando clandestinamente en lugares privados a nuevos sacerdotes. En 1968 pudo volver a su trabajo pastoral en su diócesis. Al año siguiente el Papa Paolo VI lo nombró cardenal *in pectore*. Su nombre como cardenal fue dado a conocer en marzo 1973. Mons. Trochta murió el 6 de abril de 1974, de infarto de corazón provocado por las amenazas de muerte a las que se vio sometido.

militantes ateos. Y por eso, con una lúcida testarudez creía todo lo contrario de lo que le decía la propaganda. Esta fue su salvación. Y Dios estaba con su pueblo.

Así lo cree firmemente el mismo P. Macák, que escribe: "El Obispo Gojdic de Buzalka había muerto en la cárcel, su sacrificio no era vano. No eran vanas tampoco los millares de millones de oraciones y sacrificios de toda la república. Sobre todas las burlas, mentiras y atrocidades, sobre las condiciones terribles carceleras de Jachymov y de otras partes; sobre el sufrimiento y sobre los campos de concentración creció y sigue creciendo nuestra salvación terrena y eterna. Todo el dolor, que Dios nos ayuda a sufrir por Cristo, se convierte en parte de su sufrimiento y por eso salva. Sufrir por la fe, es acrecentarla y llegar hasta el heroísmo".

La lucha contra la Religión se hizo un poco más moderada durante y después del Concilio Vaticano II (1962-1965). Pero en los años 70 se desencadenó con nueva furia. "Los primeros cristianos rezaban, morían y así perseveraron casi 300 años. Cristo marchaba diariamente con ellos y así camina también hoy con su Iglesia perseguida. Y Dios es más potente que todas las asechanzas y ataques de los hermanos perseguidores" (P. Macák).

Y la victoria de Dios y del pueblo llegó. De hecho la persecución cesó con la inesperada caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 y los acontecimientos políticos, sociales y religiosos que siguieron en los años sucesivos. Eslovaquia, fortalecida en su fe, volvía ser libre

Los salesianos en Eslovaquia

La llegada de los salesianos a Checoslovaquia fue precedida por la creación de núcleos de cooperadores salesianos. A través de ellos llegaron a Italia, para realizar sus estudios, los primeros jóvenes checoslovacos. Algunos de ellos se hicieron salesianos. Los superiores de Turín, en vistas del continuo flujo de jóvenes que venía de aquellas tierras, destinaron para ellos la casa salesiana de Perosa Argentina (Turín). Allí, a demás de realizar sus estudios, tenían la posibilidad de conocer mejor el espíritu salesiano. Muchos de estos jóvenes entraron en la Congregación y fueron los protagonistas del extraordinario desarrollo salesiano en sus países de origen y en otras partes.

La primera casa salesiana en Eslovaquia fue abierta en Sastín en 1924. Se trataba de un antiguo monasterio enejo al santuario nacional de la Virgen de los Dolores. Ese mismo año, la casa fue convertida en centro de formación del futuro personal salesiano. En 1927 se abrieron las casas de: Frystak, Vráble. En 1929 el noviciado de Sväty Benadik. En 1933 los salesianos fundaron la casa de Bratislava, capital de Eslovaquia, y en 1936 la de Praga, capital de Checoslovaquia. Un extraordinario crecimiento continuó en los años sucesivos. Casas en Bodenbach, Moravská Ostrava, Trnava, Žilina, Brno, Pardubice

Este extraordinario florecimiento de presencias salesianas en Checoslovaquia, así como la dolorosa situación política debida a la ocupación nazi de la parte checa, hizo que en 1939 la hasta entonces única inspectoría (provincia eclesiástica) de San Juan Bosco se dividiera en dos, fundándose la Inspectoría de María Auxiliadora para la parte eslovaca, con la sede provincial en Bratislava. En ese momento los salesianos en Checoslovaquia eran 227, de los cuales 180 en periodo de formación, 48 de ellos coadjutores. En 1950, según los últimos datos fiables, sólo en la Inspectoría eslovaca había 13 casas con un total de 235 salesianos profesos, de los cuales 48 eran estudiantes de filosofía y 26 de teología. Los novicios eran 38. Todos ellos, 273, fueron secuestrados y deportados a campos de concentración. Para los salesianos eslovacos comenzó entonces el tiempo de las catacumbas y de la dispersión, que terminó sólo en 1989[4].

El Autor del Diario

Lo más importante de la vida del P. Ernesto Macák nos lo dice él en el diario y en el prólogo y en epílogo de este libro. Es ahí donde aparecen los rasgos esenciales de su gran personalidad y de su ardiente fe y sacrificio. Añado sólo algunos datos más, para situar su figura en el contexto del diario y de la historia que ha vivido.

D. Ernesto Macák nació el 7 de enero de 1920 en Vistuk, diócesis de Trnava, que entonces formaba parte de Checoslovaquia. El pueblo tenía

[4] En la actualidad (según el Anuario Salesiano de 2007) la Inspectoría eslovaca tiene 21 casas con un total de 230 salesianos.

unos mil habitantes y distaba 25 kilómetros de Bratislava. Hizo su noviciado en Sväty Benadik del 22 de julio de 1935 al 1 de agosto de 1936, día en que hizo su primera profesión religiosa como salesiano. El 16 de agosto de 1942, en plena guerra mundial, emitió sus votos perpetuos. Estudió teología y fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1946. Después de la ordenación estudió filosofía e historia en la Universidad de Komensky en Bratislava. Su trabajo pastoral lo desarrolló sobre todo en el oratorio con los jóvenes. Cuando en abril de 1950 fue apresado con todos los demás salesianos, el P. Macák tenía 30 años y era un joven sacerdote con a penas 4 años de misa, estaba como encargado espiritual (catequista en terminología salesiana) en el estudiantado filosófico, donde estudiaban 48 jóvenes salesianos. Se comprende así la preocupación y el interés que muestra en el diario por los salesianos en formación.

Después de los hechos que él mismo nos narra en el epílogo, en 1976 fue nombrado Director de la casa que los eslovacos tenían en Roma. En 1988 ocupó ese mismo cargo en la casa de Basilea (Suiza) y, ya de nuevo en Eslovaquia, de 1991 a 1993 fue director de la casa de Sastín. En 1993 fue elegido por seis años provincial (Inspector) de la provincia (Inspectoría) salesiana de Eslovaquia. Ocupó después el cargo de vicario provincial y actualmente se encuentra como personal en la casa de Sastin.

Goza de grande y merecido prestigio, sea por sus cualidades personales, sea por su sólida piedad y sus excelentes dotes de gobierno y de escritor. Por todos, no sólo por los salesianos, es reconocido como maestro y guía de espíritu. "Su comportamiento heroico frente a las dolorosas situaciones debidas al sistema totalitario comunista, lo han convertido en una figura emblemática de los salesianos eslovacos" (Zimniak). Como escritor no ha cesado nunca de publicar libros y artículos de espiritualidad y de historia salesiana y religiosa.

La edición española

Como ya he dicho al principio de esta introducción, desde que conocí el diario del D. Ernesto Macák, me di cuenta de que tenía en mis manos no sólo un documento histórico de gran valor, sino una confesión de fe profunda y un testimonio íntimo de vida cristiana. Un documento así no podía quedar en el olvido. Lo tenían que conocer los historiadores, que necesitarán documentos de primera mano para componer con plena objetividad la

historia del atormentado y confuso siglo XX; y lo tenían que conocer los cristianos, para sacar de él aliento para su vida y esperanza para su futuro, sobre todo en este momento de pensamiento débil y di fe vacilante. En un mundo como el de hoy se necesitan los ejemplos de valentía de personas que han mantenido sus convicciones hasta el final, aun en medio de un ambiente tan profundamente hostil, como el que el autor del diario y sus compañeros de prisión tuvieron que padecer.

La copia dáctilo escrita del diario que yo leí estaba escrita en castellano, pero un castellano lleno de errores, incoherencias y defectos. Tal como estaba no se podía publicar. Yo me he encargado de hacerlo un poco más legible. Pero tengo que hacer dos observaciones.

Primera, que, al no tener el original o alguna otra traducción, en aquellos casos en que el texto era confuso, o incluso ilegible, me he visto obligado a interpretar el sentido, procurando, eso sí, no sólo no traicionar el contenido del diario, sino tampoco forzar la expresión, que he procurado mantener siempre dentro del estilo y la forma del autor. Tengo que decir que el autor ha aprobado, agradecido, la versión que yo le he presentado.

Segunda, aunque he tenido que corregir mucho, no he sido, sin embargo, del todo libre al hacer las correcciones. Lo mejor hubiera sido, tal vez, rehacerla por completo, pero para ello tenía necesidad del texto original, que ni poseía ni hubiera podido leer, pues desconozco la lengua eslovena; tampoco podía reinventar el diario, pues hubiera sido una traición. Por eso, me he tenido que dejar guiar por el texto que tenía delante, aunque no siempre la traducción respondiera a mi estilo y a mis gustos. Lo verdaderamente importante era hacer legible el diario a los lectores de lengua española, manteniendo esencialmente inmutable el contenido del autor.

Contaba, eso sí, con el autor, que conoce bien la lengua italiana y lo suficiente la lengua española para controlar el contenido de su diario. Él no sólo ha aprobado mi "intromisión" en su diario, sino que, además de la introducción y el epílogo, me ha enviado algunas notas históricas y ha respondido por escrito a algunas preguntas que le he formulado. Con la ayuda de sus notas y respuestas he compuesto esta introducción, que espero que ayude a comprender el contexto histórico en que sucedieron los hechos narrados.

El epílogo es todo del P. Macák, yo no hecho más que traducir el texto que él me ha mandado en italiano; se trata de un testimonio emocionante y conmovedor de lo que tuvo que sufrir el autor en los años posteriores a la escritura del diario.

He añadido algunas notas y un pequeño mapa, para que los lectores puedan situar geográficamente los diversos campos y lugares citados en el diario.

No quiero desaprovechar la ocasión para expresar, en primer lugar, mi profunda admiración hacia el Padre Macák y hacia todos los que sufrieron las injusticias de aquella absurda y cruel persecución. Muchas gracias Padre Macák, por haber escrito su diario y habernos dado en él un magnifico testimonio de fe y de valor en circunstancias tan difíciles. Gracias también al Sr. Inspector de Eslovaquia, D. Stefan Turansky, por las atenciones y las facilidades que en todo momento me ha dispensado y a cuantos me han ayudado a llevar a cabo mi grata, pero no fácil, tarea de traductor-adaptador.

Jesús Graciliano González
Roma, Agosto, 2007



ESLOVAQUIA. En el mapa están indicadas las presencias salesianas actualmente existentes en Eslovaquia. También puede verse la locación geográfica de los dos lugares donde estuvieron prisioneros los salesianos: la casa salesiana de Sastin, cerca de la frontera con Austria, y el convento de los Redentoristas de Podolínec, cerca de Polonia.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Estas memorias fueron escritas clandestinamente en el campo de concentración de los religiosos de Podolínec en Eslovaquia oriental. En el año 1950. Durante la así llamada "noche bárbara", del 13 al 14 de abril de 1950, la policía checoslovaca comunista irrumpió en un centenar de casas de religiosos, obligándolos a subir, llevando lo más imprescindible, en unos autocares preparados para la ocasión, que los transportaron, custodiados por policías armados, a diversos campos de concentración. Poco después los condujeron al campo de concentración central de Podolínec. De este modo, más de mil ciudadanos libres se convirtieron en una noche en prisioneros privados de libertad.

Pasados algunos días, el jefe del campo, en funciones de comisario estatal, comenzó a ofrecer a los encarcelados la posibilidad de dejar en libertad a todo aquel que firmara la declaración de "que voluntariamente abandonaba la sociedad religiosa a la que pertenecía".

Casi todos los religiosos rechazaron firmar dicha declaración, que en el fondo suponía la liquidación de la vida religiosa en Checoslovaquia. Por eso, tras la noche bárbara, los religiosos vivieron meses y meses detrás de las alambradas, rodeados de guardias armados con fusiles y con perros.

La noche bárbara fue, sin embargo, sólo una de las iniciativas del gobierno contra la religión. La intención principal era destruir la religión en cuanto tal.

El diario

Entre los centenares de religiosos, como un soldado desconocido, me encontraba también yo en el campo de concentración de Podolínec. Allí, en un convento transformado en campo de concentración en el año 1950, nos vigilaban y psíquicamente nos atormentaban y aterrorizaban. Me pareció que todo este dolor y heroicidad no debían caer en el olvido. Alguien me impulsaba y presionaba a escribir, no obstante los muchos riesgos que tendría que afrontar. Era necesario escribir contra toda esperanza humana, confiando solamente en Dios. ¿Cuándo podría salir el Diario del campo de concentración? ¿Cuándo saldría yo?. Y ¿cuándo, y a quién podría servir semejante Diario?

En medio de esta incertidumbre y esta angustia, pero siempre con la renovada fuerza que me otorgaba el Señor, me puse a escribir.

Una empresa nada fácil

El campo de concentración de Padolínec no era como los campos de concentración destructores de los nazis, pero escribir en él un Diario no era cosa fácil. El comisario, y dueño del campo desde julio hasta noviembre de 1950, era el malévolo Miguel Rodak.

En ese tiempo no se podían escribir ni cartas ni tarjetas; escribir podía parecer una acción sospechosa. Rodak dos o tres veces cada día pasaba por todas la habitaciones, abría las puertas a toda prisa y miraba como un rayo, sin que se le escapara un pormenor. Furioso acechaba especialmente si alguien en el campo enviaba noticias y si éstas iban a Radio Vaticana. Escribir en estas circunstancias un Diario del campo de concentración corría el riesgo de ser acusado de espionaje y acaso también ser procesado. El salesiano Dr. Francisco Sersen, profesor de Moral del Estudiantado Teológico Salesiano Sv. Kriz Nad Hronom, tuvo grandes dificultades sólo por unas frases de la vida del campo que le encontraron durante la revista. Y uno de los teólogos salesianos, de carácter muy tímido y manso como una ovejita, pasó dos semanas en la cárcel del campo de concentración, porque le encontraron una especie de Diario y le interrogaron para que confesara que con el Diario tenía intenciones de espionaje.

A pesar de todos estos riesgos, los Diarios de la vida del campo se escribían y creo que no eran pocos. Pero era menester encontrar un lugar conveniente y un tiempo apto, y correr también el riesgo que llevaba tal empresa.

Este Diario nació durante los meses más difíciles de la vida en el campo de concentración en Podolínec, desde el 13 de junio hasta el 29 de septiembre de 1950.

Comencé a escribir en la habitación nº. 27, que se encontraba en el torreón[1] que daba a la calle, en el segundo piso del edificio del campo. Cada

[1] El convento de Podolínec había sido construido como una Rocafuerte contra las invasiones de los turcos y de otros pueblos y tenía junto al edificio un baluarte de unos 7 metros de altura.

día por la mañana y clandestinamente me iba durante unas dos horas allí. Pero no iba solo, sino con un hermano que me hacía de guardia. Mientras yo escribía, él se quedaba en la habitación anterior, nº. 26, por la cual se pasaba a la 27; él se ponía junto a mi puerta con un libro o un trabajo en las manos.

Su función era levantarse y pasar a donde yo estaba en el momento en que Rodak u otro de los jefes entrara en la habitación 26. Yo estaba escribiendo y siempre alerta, en el momento en que el hermano ponía la mano en la cerradura, como un rayo escondía el manuscrito debajo de la camisa, la pluma en el bolsillo y me ocupaba en otra cosa o me salía afuera.

El Diario fue así escrito por dos, por mí y por el hermano guardián. Con este sistema de seguridad era posible evitar lo peor: que Rodak me encontrara el manuscrito y todo lo que después pudiera suceder.

Allí en el torreón, detrás de los anchos muros, yo atormentaba mi mente y mi corazón con las terribles vivencias de un pasado no lejano y las vivencias del presente; todo lo vivía una vez más y lo moldeaba como una masa dolorosa y sangrienta, lo plasmaba en las frases y lo pasaba al papel. Diariamente llevaba a la habitación dos hojas de papel cuadriculado, arrancadas de un cuaderno, y sobre ellas escribía.

Apenas escritas las primeras páginas un nuevo problema: ¿dónde las iba a esconder? Los papeles eran como un material explosivo. Los primeros días y semanas llevaba los manuscritos continuamente conmigo en los bolsillos de los pantalones, o sobre el pecho debajo de la ropa de trabajo. Si algo imprevisto sucedía en el campo, había que esconderlo a toda prisa, pero no sabía ni dónde ni cómo.

Tener conmigo este material era peligroso y me molestaba continuamente, a veces, hasta me quemaba, ¿qué sucedería si por casualidad Rodak me ponía la mano en el bolsillo de los pantalones o lo descubría en la revista personal?. En la vida del campo de concentración algo así no había sucedido casi nunca, pero ¿quién garantizaba que no podía suceder?.

La búsqueda del escondrijo

Cuando ya fueron bastantes las páginas que llevaba conmigo en el bolsillo y en el pecho, comenzó a notarse que estaba escondiendo algo. Inevi-

tablemente era necesario buscar un escondrijo. Durante mucho tiempo busqué por todo el campo y especialmente en los desvanes. El escondrijo debía ser seguro, no debía llamar la atención y debía estar en un lugar seco, porque se trataba de papeles. Al mismo tiempo debía estar en un lugar al que se pudiera llegar fácilmente.

Finalmente, y con el corazón fuertemente agitado, encontré un escondrijo en los desvanes oscuros, no lejos de la entrada. Primero recorrí con una linterna todos los desvanes, para ver si se encontraba alguien en ellos. Después trepé por una viga grande hasta el techo. Allí encontré un sitio, puse los papeles, los cubrí con un trozo de teja rota y bajé silenciosamente. Si alguien quería saber lo que había allí arriba, tenía que trepar, cosa poco probable, pues desde abajo no se veía nada.

De nuevo di una vuelta con la linterna por el desván y después, con discreción y con un extraño sentimiento, de alivio y de miedo al mismo tiempo, salí de allí.

A partir de aquel día, una vez por semana subía a depositar lo que había escrito, cerciorándome bien antes de que no había nadie en el desván. Todo esto suponía para mí momentos de angustia. ¿Qué haría si en ese momento Rodak o uno de los gendarmes entraba en el desván?. Para esta tarea no podía contar con la colaboración del "hermano guardián", pues hubiera sido una imprudencia.

¿Dónde continuar escribiendo?

Después de un tiempo, ya no podía seguir yendo al torreón donde escribía, pues a los religiosos que estaban alojados allí los trasladaron a otro lugar y no era prudente que los nuevos habitantes de aquella parte del convento supieran que aquel era el lugar donde yo escribía. No es que no tuviera confianza también en ellos, pero me daba cuenta de que un hecho de tanto riesgo como éste, no era para que lo supieran muchos, pues corría el peligro de ser delatado, incluso sin mala intención.

Continué escribiendo en una habitación del entresuelo. Como en el torreón, tenía allí también un "hermano guardián". Como escritorio me servía un lavabo con patas de hierro. Quité la bandeja del lavabo y la reemplacé con una pizarra pequeñita y así podía escribir, pero al hacerlo todo aquel cacharro se movía continuamente y me veía obligado a sujetarlo con las piernas y con la mano izquierda.

Con el tiempo tuve que dejar también esta habitación. Me fui a escribir al coro de la Iglesia. En los meses de junio y julio en el coro estudiaban los teólogos, que estaban terminando en el campo de concentración el año escolar.

Allí ya no era necesario poner guardia, porque en la escalera que conducía al coro se sentía cualquier mínimo ruido. La tapa inclinada del órgano me servía de apoyo para escribir.

El temor por lo que pudiera pasarle al Diario me preocupaba. Al principio del mes de agosto del año 1950 huyó del campo de concentración el poeta Gorazd Zvonicky y con él otros dos Padres. Les buscaron por todas partes, también por los desvanes. Después de la revista clavaron las puertas de los mismos, de modo que durante algún tiempo no tuve acceso al manuscrito.

Otro gran susto lo experimenté al final del mes de Agosto, cuando las unidades de policía revisaron el campo en todos sus pormenores. Pero el manuscrito allí arriba, cubierto sólo por un pedazo de teja rota, se salvó a pesar de todas las revistas.

El diario huye del campo de concentración

El 29 de septiembre de 1950, trepé por última vez por la viga del desván para esconder los últimos papeles escritos, que estaban todos juntos metidos en tres sobres. ¿Cuál sería su suerte? ¿Cómo podía saberlo, si yo mismo no sabía qué suerte me esperaba mañana?

Cómo no sabía lo que podría pasar con el manuscrito, le confié mi secreto a uno de mis más íntimos compañeros. Un día lo llevé al desván, le enseñé la viga por la cual debía subir, y, para que no pudiera equivocarse, hice en ella tres señales con la navaja.

Sacar el manuscrito del campo de concentración resultaba un problema aún mayor que el de escribirlo. Aquí ya no podía tener ningún hermano que me ayudara. Era menester arriesgarse, sabiendo que si la cosa iba mal, probablemente iría a parar a la cárcel.

Una parte del manuscrito la quise sacar del campo a principios de agosto de 1950 cuando huyó de Podolínec el poeta Gorazd Zvonicky, pero después, no sé por qué, no me atreví a hacerlo. Y fue un acierto, porque de todas maneras corría peligro, sea si detenían al poeta en el momento de la huida, sea si lo hacían tras la orden de captura contra él. Él debía esconderse y ¿dónde dejaría el manuscrito? ¿Cuándo nos encontraríamos el poeta y

yo?. Todas estas ideas pasaron por mi mente. Nuestro futuro no fue nunca tan incierto como en aquellos días. Por esto decidí terminar el manuscrito y dejarlo en el desván, si era necesario, algunos años. Allí sabía que estaba seguro y no parecía probable que se fueran a hacer reparaciones importantes en el desván. Sólo en caso de incendio el manuscrito sería destruido, pero este riesgo no se podía evitar en ninguna parte.

Pero el Señor no quería que el manuscrito permaneciera largo tiempo en el campo de concentración. Inesperadamente, a principios de noviembre de 1950, fueron permitidas las visitas en el campo de concentración. Comenzaron a llegar parientes y conocidos y los religiosos podíamos hablar fácilmente con ellos.

Así un día, escondí los tres sobres con los manuscritos bajo un doble fondo construido en una caja llena de las cosas, que un religioso enviaba a su casa desde el campo. Y así, con una relativa facilidad, en un día del mes de Noviembre o de Diciembre de 1950, el Diario salió del campo de concentración de Podolínec.

Más tarde se hicieron de él cuatro copias, con el fin de esconderlas en diferentes lugares. El diario llegó pronto también al extranjero, donde los prófugos lo copiaban y lo leían. De este modo, el Señor hacía navegar el manuscrito por encima de todas las tempestades y dificultades.

La finalidad del diario

La finalidad de este Diario es solamente una: quiere ser un testimonio: atestiguar la inmensa fuerza que Dios da a las débiles criaturas humanas durante los tiempos de persecución y opresión cruel. Dios es más potente que los perseguidores y más fuerte que la debilidad humana de los perseguidos. Los religiosos perseguidos no renunciaron a su vocación y a sus convicciones, a pesar de que su instinto de conservación día y noche se dejaba sentir en ellos, como en cualquier otro hombre. Con esto han dado testimonio de que Dios existe, porque ellos no le abandonan y manifiestan su fuerza, que obra también en su debilidad humana.

Este testimonio de fe en los años 50 corría de boca en boca, y desde las cárceles y los campos de concentración, donde se encontraban los religiosos, se extendía como un fuego imparable.

"*Desde la otra parte de las rejas*", una vez más, se proclamaba la noticia más maravillosa: la de que ***Dios existe y nos ama,*** aunque nos haga sufrir, porque también con Cristo lo hizo así. Todo dolor con Cristo tiene su efecto, ni una gota cae en vano. Por él se perfeccionan los perseguidos y se salvan los perseguidores. Dios es Padre, que ama a todos, a los unos y a los otros, y quiere salvar a los perseguidores con su indulgencia y con el sufrimiento de los perseguidos.

Los perseguidos son Cristo mismo, que sufre por la salvación del mundo en el siglo XX. Sufrir no es para ellos fácil, pero lo aceptan. Desean que el sufrimiento cese, pero no al precio de una traición. Si Dios ha de vencer por su amor a los perseguidores, en primer lugar debe superar la debilidad y la rebeldía interior de los perseguidos. Ellos sienten la fuerza de Dios en su debilidad y por eso son humildes y luchadores. Caminan hacia adelante, porque confían inmensamente en Dios, cuya existencia es algo maravilloso.

Ernesto Macàk

Sastín, 25 de noviembre de 2006, Fiesta de Cristo Rey.

1

LA TRÁGICA PRIMERA NOCHE

Llegó tan repentinamente...

Hoy, 13 de junio de 1950 comienzo a escribir en el campo de concentración de Podolínec este diario. Han pasado dos meses desde aquella trágica noche del 13 al 14 de abril, en la que nos detuvieron por ser religiosos consagrados a Cristo.

Vivíamos en la casa salesiana de Sastin en Eslovaquia occidental. Había allí más de cincuenta clérigos, sacerdotes y hermanos[1]. Sastin es la cuna de los salesianos eslovacos; los salesianos llegaron de Italia en 1924. Es también el mayor lugar de peregrinación del país. Aquí se encuentra la estatua de la Santísima Virgen de los Dolores, patrona de Eslovaquia, con un hermoso templo barroco para seis mil peregrinos.

En este templo y entorno a él se formaban y desarrollaban los salesianos. Aquí crecían, superando las crisis, y aquí maduraban su vocación de dedicarse a la educación de la juventud como salesianos. Y aquí, en nuestra cuna, llegó para nosotros, repentinamente, aquella trágica noche.

Sabíamos muy bien lo que estaba sucediendo en nuestro país con la Iglesia y con los fieles, pero no presentíamos que se estuviera preparando un golpe contra nosotros. Unos días antes, dos o tres, un hermano salesiano vino de Trnava, una ciudad a setenta kilómetros de distancia, y nos trajo noticias preocupantes: estaba para sucedernos algo grave, pero no se sabía con precisión de qué se trataba. Dijo que la cosa era inevitable y que no había ninguna esperanza. Pensamos que quizá iba a ser ocupada alguna de

[1] En la terminología salesiana empleada en este diario *clérigos*, son los jóvenes salesianos que después de un año de noviciado hacían dos o tres años de estudios pedagógicos y filosóficos o bien, después de haberlos terminado, eran destinados a las casas para hacer allí un trienio de prácticas; *hermanos* son los salesianos coadjutores, no sacerdotes, pero que pertenecen con pleno derecho a la Congregación; *teólogos*, son los que durante cuatro años después del trienio práctico estudian la Sagrada Teología y al final son ordenados sacerdotes. Después del noviciado se hacen votos por tres años, terminados los cuales se renuevan por otros tres y finalmente se hacen los votos perpetuos.

nuestras casas, como el año anterior; o, tal vez, todas, incluidos los oratorios, a los que acudían diariamente millares de jóvenes. Reflexionábamos, teníamos miedo y rezábamos. Pero los planes de los sin Dios eran demasiado secretos

Los preparativos para el golpe

En principio no temíamos, o nuestro miedo era menor, por las casas de formación: la casa de Hody, cercana a Galanta, y la de Hronsky Sv. Benadik, donde se encontraban los novicios. Tampoco nos preocupábamos demasiado por la casa de Sv. Kriz Nad Hronom, en la que estudiaban los teólogos, ni por nuestra casa de Sastin, residencia de los clérigos del estudiantado pedagógico.[2]

Sin embargo estas cuatro casas fueron tomadas por el estado el 15 de marzo de 1950, aunque seguíamos viviendo en ellas. En cada una de estas casas se presentaron dos, así llamados "directores nacionales", sin tener para nada en cuenta si el director de la casa avalaba o no esta invasión con su firma.

Uno de ellos, el jefe político, tenía que velar por la educación "moral", es decir, comunista, de los clérigos. El otro, el ecónomo, tenía que hacerse cargo de la dirección de la casa en la parte económica. Y los infelices superiores debían "colaborar", esto es, cumplir sus mandatos y órdenes.

Prácticamente los dos directores nacionales no se metieron en nada. La ocupación por parte del estado de estas cuatro casas, en las cuales se encontraban tantos salesianos, tenía una finalidad distinta de la que declararon los dos jefes. Su papel era estudiar bien el plano de cada una de las casas y dar cumplida información de todo a sus jefes, es decir, a la policía. Querían saber cuántas entradas, puertas y escaleras tenía cada casa, por dónde se iba a la torre de la Iglesia, para que durante la ocupación, ninguno pudiera tener acceso al campanario, dónde dormía cada uno, etc.

Se trataba de estar seguros de que cuando decidieran encarcelarnos ninguno pudiera huir, ni tocar las campanas para avisar a la gente, ni oponerse.

[2] La razón era que, aunque habían sido nacionalizadas todas las escuelas, los seminarios y las casas de formación estaban permitidas y seguían en manos de los obispos o de las órdenes religiosas.

Los últimos meses de vida en las casas

Los últimos meses en nuestras Casas se caracterizaron por un presentimiento de la desgracia. La hacían presagiar tanto la situación general de la Iglesia en la república, como los repetidos intentos de suprimir nuestras casas de manera inadvertida. En la de Bratislava la policía ocupó en el año 1949 la mitad de los salones donde se reunía la juventud y los convirtió en despachos para sus miembros. En la casa de Bratislava-Trnava ocuparon el campo de deportes. También pugnaban continuamente por quitarnos los oratorios de las otras ciudades.

El primer golpe contra nosotros lo dieron en mayo de 1949; en diez días nos registraron cuatro casas: Michalovce, Trnava, Zilina y Komarno. Un miembro del partido comunista eslovaco durante una reunión de los sacerdotes en Piestany - pienso que se trataba de una reunión en relación con la Acción Católica Cismática, que el partido comunista se esforzaba por organizar en estos meses, para erradicar la Iglesia Católica de Roma - afirmó que los Salesianos en Eslovaquia tendrían sólo una Casa en Sastin, y que, si no se portaban bien, se les quitaría también esa.

Y nosotros nos portábamos bien. Pero no como se lo imaginaba ese compañero del Partido Comunista. Nos manteníamos constantemente fieles a la Iglesia Católica Romana y a nuestra vocación. En la política no nos mezclábamos, así lo pedía en las Constituciones de la Sociedad Salesiana nuestro Fundador San Juan Bosco. Con tesón trabajábamos por el bien de la juventud y ésta era, a los ojos de los ateos militantes, nuestra mayor culpa. Los jóvenes que frecuentaban en el año 1949 nuestros Oratorios eran millares. Los alumnos de los colegios cerca de setecientos. A esta juventud dedicábamos nuestra vida, algunos hermanos por el bien de estos jóvenes trabajaban hasta gastar su salud.

La ocupación de estas cuatro casas en el año 1949 produjo en nosotros el efecto de cuatro bombas. Esa ocupación y la violenta expulsión eran algo brutal. Quedamos horrorizados, pero esto no paralizó nuestro empeño. Trabajábamos con miedo y angustia, pero, a pesar de los repetidos esfuerzos por acabar con nosotros, nosotros seguíamos trabajando.

Nos dábamos cuenta de que iba apareciendo en nosotros una especie de fuerza invencible, que brotaba de nuestro interior, del convencimiento de nuestro amor a Cristo, a la Virgen Auxiliadora y a las almas, a pesar de

nuestra debilidad humana. En las Casas reinaba ilusión por trabajar con tenacidad hasta el último minuto, hasta las veinticuatro horas y diez minutos de la noche del 13 al 14 de abril de 1950.

Amábamos a la juventud, trabajábamos por ella y no pocos hermanos lo hacían hasta con una cierta dosis de heroicidad. ¡Esta heroicidad nos hace falta ahora en el campo de concentración!

Los últimos momentos en libertad

Era el jueves 13 de abril. El domingo anterior habíamos celebrado la Pascua del Señor. Desde el 15 de marzo el estado había tomado la Casa y ya no nos pertenecía; en cualquier momento podían expulsarnos. Pero nos sentíamos todavía libres, aunque como los pájaros, que presienten en el aire la tempestad y el granizo destructor.

Aquel era un día hermoso de primavera, como los precedentes. Lo único extraño era que a Sastin habían llegado unas decenas de policías y unos grupos de soldados. Esto puso en movimiento nuestra vida. En Sastin está todo en paz, ¿A qué han venido? ¿Vendrán por nosotros?

Por la calle, junto a la casa, antes de la puesta del sol, marchaban los soldados, completamente armados, en dirección al pueblo de Straze. Llevaban granadas y ametralladoras.

Al final de las últimas oraciones de la noche añadimos un misterio del Rosario para que Dios nos protegiera. Al salir de la Capilla nos estaba esperando, según me dijeron, una señora de Sastin con su hijo de dieciocho años. Estaba agitada, pero aseguraba que no teníamos que tener miedo de nada, que los policías y los soldados se encontraban en Sastin y en todo el territorio por una disposición del estado, pero que la Casa no estaba amenazada.

Pero no la creímos. A esa señora la pudieron engañar y mandarla a hablar con nosotros, para que no hiciésemos ningún preparativo, no diésemos la alarma, no pusiéramos las barricadas en las entradas de la Casa, y no se qué más pudieron pensar nuestros perseguidores.

Sí, se trataba de una disposición estatal para todo el territorio, porque esa noche iban a atacar a centenares de Casas religiosas en toda la repúbli-

ca. En Eslovaquia se trataba de privar de libertad a un millar de hombres. Era, por ello, necesario asegurar todas las carreteras por las que llevarían a los religiosos a los campos de concentración.

Los dos directores, el político y el ecónomo, el 13 de abril elegantemente se despidieron. Habían cumplido su papel. Los policías conocían ya todas las entradas, puertas y escaleras y ya estaban orientados para saber hacia dónde tenían que correr.

Nos fuimos a dormir con la angustiosa esperanza de que los policías y soldados que estaban en el pueblo no trajeran órdenes contra nosotros. Y hubiéramos sido felices, si toda esta incertidumbre y este miedo hubieran sido un engaño.

A las once de la noche, algunos hermanos jóvenes, desde el dormitorio, se dieron cuenta de que en nuestro jardín brillaban y se apagaban, aquí y allá, luces de linternas. Estábamos asediados y los policías se acercaban cada vez más.

¡Abrid!

Es media noche; **son las doce y diez minutos**. ¡Cómo recuerdo este momento! Pablito - creo que era el clérigo Tuna - exclamó:

¡Ya están aquí!.

Siguió un diálogos de frases breves y concisas:

– ¿Dónde?
– Golpean la puerta y quieren entrar.
– ¿Qué dice, Señor Director?
– Se prepara para salir a la puerta.
– ¿Y los va a dejar entrar?
– Dicen que vienen a registrar la casa
– Seguramente los dejará entrar.

Pero, ¿para qué esas granadas y ametralladoras, si sólo vienen a registrar la casa?.

Después de diez minutos, la policía se encuentra ya dentro de la Casa. Los pasillos del entresuelo están totalmente iluminados y las dos escaleras ocupadas por los guardias. El primero y segundo piso se encuentran toda-

vía en absoluta oscuridad. En el entresuelo comienza todo, y a nosotros aún no se nos ocurría ni pensar que se estaba tratando de suprimir y destruir la Sociedad Salesiana en Eslovaquia.

De las escaleras del entresuelo llegan a nosotros las rudas voces de los hombres. Se oye especialmente la voz del comandante Polacek de Trnava, que es quien dirige la operación.

En este momento se encienden las luces del Santuario Nacional dedicado a la Santísima Virgen de los Dolores, Patrona de Eslovaquia. El Santuario resplandece de luces como en el tiempo de las grandes peregrinaciones, pero esta noche es para hacerle también el registro a nuestra Virgen de los Dolores.

Dicen que buscan armas, folletos y otro material subversivo. Esta es para ellos la manera más segura, cuando quieren acabar con alguien. Lo culpan de una cosa que no tiene y, aunque no la encuentren, la propaganda dirá lo contrario y lo liquidarán.

Cerca de la una de la noche veo al Comandante Polacek en el primer piso, con el director de la casa. El Director está extremamente agitado; su rostro denota angustia, pero todavía se domina. Polacek distribuye a los policías para que registren el primer piso. En este momento me doy cuenta de que con los policías habían llegado también los milicianos comunistas y la policía secreta.

A la habitación de cada sacerdote envía Polacek a dos policías y, en presencia del sacerdote se hace el registro, con más o menos precisión. Algunos de los policías lo hacen con un cierto respeto, casi tímidamente. Durante el registro los pasillos están custodiados por la policía.

Un miliciano hace el registro en el segundo piso, en el dormitorio corrido de los hermanos jóvenes. Mira cada papelito y lo lee todo. Cuando después de una hora y media se termina el registro de los demás lugares, él ha examinado sólo una pequeña maleta con libros y cuadernos. Se apodera de un pequeño folleto de la Cancillería Católica Central de Bratislava que fue publicado en 1947. Contenía una exhortación a los padres para que cuidaran de la educación religiosa de sus hijos.

¡Hermano miliciano, te hubiéramos podido regalar ese folleto sin un registro de hora y media e incluso pagarte el viaje. Era una publicación religiosa y el propietario no la guardaba por su contenido, sino porque contenía una hoja en blanco, que le servía para escribir el resumen de alguna materia de estudio!.

La trágica noche, al amanecer, del 14 de abril

El ánimo de los salesianos presos en su propia casa era distinto: algunos estaban asustados, la mayoría bastante serenos y algunos hasta alegres.

Cuando revisaron el dormitorio de los hermanos jóvenes, los intrusos nos encerraron en la sala de estudio. Nos custodiaban un policía y un miliciano. Al principio no nos dejaban salir ni a los servicios, más tarde sí, y después de un cierto tiempo pudimos más libremente salir y entrar.

Crecía el buen humor en la sala de estudio. Se reanimaron incluso los asustados. Hacíamos chistes y, por lo bajo, nos burlábamos de los policías y milicianos que nos custodiaban. Pensábamos que vendrían a registrar también allí, pero no. En toda la casa no encontraron ni una aguja contra el Estado y al parecer el registro les había resultado infructuoso.

Y no podía ser de otra manera, no podía concluir sino con este ridículo chasco. Hemos entrado en la vida religiosa por otros motivos diferentes al de luchar contra los regímenes o el de amontonar armas. Si buscáramos eso estaríamos en otro sitio, no aquí, donde nos quieren y nos enseñan a querer y a sacrificarnos por los demás. Hemos escogido algo que supera infinitamente la lucha contra los regímenes de la tierra.

Hemos elegido la lucha contra el mal para salvar las almas y hacer bien a los hombres. Si algún régimen nos persigue puede ser por error, por malas informaciones, o por tratarse de alguien que odia a Cristo y quiere quitar a los hombres la esperanza de vivir eternamente. Es cierto que un régimen perseguidor nunca dirá que quiere arrancar el amor a Cristo de las almas. Fracasaría delante de los hombres y demostraría que todo lo que hace es injusto e inhumano. Por eso tiene que inventar cuentos. Y esto incluso cuando se trata de personas que no tienen ni idea de luchas contra el Estado, ni siquiera saben cómo se organizan.

Pero era menester acusarnos de amontonar armas, porque con la fantasía de las armas fácilmente se evoca en las masas la fantasía de la sangre y de la guerra civil.

En nuestro caso el lobo tiene todas las armas; con las ametralladoras y granadas invade el redil y culpa a las ovejas de subversión y de tenencia de armas. ¿Qué le importa no encontrarlas?. Ya sabía de antemano que no las había. Le importaba sólo engañar a una parte de la gente, a otra dejarla en incertidumbre y a otra atemorizarla.

Estos pervertidos juegan ante el pueblo el papel de sepulcros blanqueados, hipócritas, pero el pueblo lo sabe todo muy bien. Por eso nos invaden a media noche, para que el pueblo no pueda gritar, ni oponerse; por eso, una disposición para todo el territorio; por eso, las ametralladoras y granadas, para que el pueblo no grite ni levante la mano.

¡Compañeros ateos, ¿cómo es que no se oyó ni un disparo de armas, que, según vosotros, se encontraban en los conventos?. ¿Cómo es que estos que llamáis malhechores pacíficamente os abren las puertas a media noche?. ¿Acaso obran así los malhechores y la gente armada?!

La requisa era sólo un pretexto

En vano esperamos en la sala de estudio la requisa de nuestras mesas y nuestras libros, con los cuales pasábamos centenares de horas por amor a Cristo y a las almas. La requisa no se terminó. Estaba claro que no tenían ninguna sospecha de que hubiera armas. Todo este correr por las habitaciones y todo ese registro resultó ser, al cabo de poco tiempo, una torpe tragicomedia. Necesitaban de alguna manera apoderarse de la Casa.

¡Apoderarse de la Casa!. ¿Con qué fin?

Para poder cometer una injuria diez veces mayor.

A las cuatro de la mañana del 14 de abril

Cerca de las cuatro, en la Plaza, delante de la Casa, se detuvo un pequeño autobús. En el interior, en la baca y por todos lados hay maletas envueltas en edredones. De unos paquetes sacan uniformes de color verde y negro. Los verdes son de los guardias, los negros de nuestros amados hermanos de Trnava-Kopanka. Naturalmente no falta un miliciano. A los hermanos los despertaron a media noche de su sueño. Están pálidos, cansados, algo abatidos, pero con el rostro bastante sereno.

Nuestra casa en Trnava-Kopanka no existe ya. En la pobre periferia de Trnava había un Oratorio floreciente. Diariamente lo frecuentaban centenares de muchachos, desde niños hasta jóvenes de 20 años. Ahora nos surge una pregunta: el año pasado nos quitaron todos los colegios, ¿nos quitarán también todos los oratorios?.

Ayudamos a los hermanos a llevar las maletas y paquetes y metemos todo en el pasillo de la casa. Con gran compasión y amor los recibimos en la sala de estudio. En voz baja y, casi contra su voluntad, nos cuentan lo sucedido.

Mientras los seis mil hombres de las familias obreras de Kopanka dormían, les arrancaron a las personas que más los querían en este mundo: los hermanos que desde 1942 gastaban sus vidas por su salvación temporal y eterna. Algunos clérigos y sacerdotes habían agotado gran parte de sus energías y entusiasmo juvenil, otros habían caído enfermos, debido al excesivo trabajo en favor de estos chicos, de esta juventud obrera. El Director de la Casa P. Jan Hlubik era un verdadero padre para todo este suburbio. El hermano cocinero, Anton Kolarovic, de cincuenta años, durante muchos años, preparaba diariamente la sopa para los niños más necesitados.

¿Qué verás hoy 14 de abril, tú, obrero de Kopanka?. Ahora todo te será más claro. Verás que aquí vivía contigo alguien que te quería, que te consolaba, que ahuyentaba el espanto del hambre en las familias con muchos niños. Y, sobre todo, estaba contigo alguien que humana y cristianamente te elevaba, para que te sintieses miembro de la sociedad.

Tú lo veías, lo sabías. Ahora ya, los hombres que se hicieron casi obreros contigo no pueden hacerte el bien. Los que trabajaban por ti fueron acusados de malhechores y de espías... Los que te los quitaron sabían muy bien de quiénes se trataba y por eso se los llevaron de noche, cuando dormías. Era necesario arrebatarlos con nocturnidad y alevosía, porque tú, de otra forma, no lo hubieras permitido.

Y vosotros de Bratislava y de Trnava...

A vosotros os hicieron la misma ofensa en esta noche. Como en Kopanka, os substrajeron a los salesianos y los han traído custodiados por las armas a Sastin.

A vosotros de Nitra y a vosotros de Topolcany os pasó lo mismo. Por temor los raptaron como a malhechores... de noche, porque tenían miedo de vosotros.

A todos los recibimos en la sala de estudio. Ninguno estaba abatido por lo sucedido. La fortaleza salesiana obra en ellos. En los pasillos se amontonan las maletas, los edredones y otros paquetes.

Hemos perdido todos los Oratorios, las cinco casas mejores. No tenemos ya nada, sólo las cuatro Casas tomadas por el Estado, las cuales no sabemos hasta qué punto nos pertenecen todavía.

Durante veinticinco años de trabajo duro y entusiasta, contando con las propias deficiencias y dificultades, Dios nos concedió la gracia de reunir trece casas; hoy por la mañana nos quedan solo esas cuatro en manos del Estado. ***¡Dios nos las dio, Dios nos las quitó.!***

Pero la ilusión que teníamos todavía por las cuatro casas duró sólo unos minutos. En la sala de estudio se abrió la puerta y aparecieron nuestros novicios de Hody, cerca de Galabta, cansados y pálidos. Los recibimos con una sonrisa dolorosa, los invitamos a sentarse. La sala estaba ya llena, llenísima de hermanos.

A los novicios de Hody los sacaron los policías de la cama; les concedieron sólo diez minutos para vestirse y empaquetar sus cosas. Todo se les quedó allí, a algunos incluso los documentos personales. No pudieron coger los edredones, los arrancaron como a niños a quienes se les roba todo.

Ya no existe la casa de Hody. Tampoco la de Sv. Benadik, donde teníamos el segundo noviciado, ni la casa de Sv. Kriz Nad Hronom donde estaba el estudiantado teológico. Trajeron a los novicios de Sv. Benadik a eso de las nueve de la mañana y a los teólogos, totalmente agotados, cerca del mediodía. Al clérigo José Hercog de la Casa de Bratislava-Trnava le dio un ataque de nervios. Los hermanos no lo abandonaron ni un momento.

El robo de Sv. Kriz Nad Hronom

Unos a otros nos contamos cómo había sucedido todo en cada una de las casas. Dijeron que en nuestra Casa de Bratislava el jefe del Departamento Eslovaco para los asuntos de la Iglesia, Holdos, gritó: "*¿Sabéis que yo con estas manos, durante la guerra de España, estrangulé a cinco Obispos?*".

Si es verdad que los estranguló, no lo sé, pero lo que sí es cierto es que esto servía para aterrorizar a ciudadanos desarmados, a media noche.

Un teólogo de Sv. Kriz Nad Hronom nos cuenta:

"Desde el 15 de marzo tomó el Estado la Casa y teníamos dos jefes, un político y un ecónomo. El jueves después de Pascua, el 13 de abril a mediodía, llegó un coche y los jefes desaparecieron. Ya unos días antes sospe-

chábamos que algo grave iba a sucedernos. Desde la partida de los jefes aumentó en nosotros el miedo. Por la tarde supimos que en el despacho de Correos habían recibido la orden de que el servicio de teléfonos debería funcionar toda la noche. Algunos de nosotros decidimos permanecer en guardia. Lo primero que vimos fue un gran movimiento de los guardias que controlaban a la gente.

A las once y media, en la estación de ferrocarril, comenzó el ruido de los autobuses. Se acercaban lentamente con las luces apagadas. En la semioscuridad distinguimos que eran cuatro. Se detuvieron a unos sesenta metros de distancia de nuestra Casa. Bajaron policías y milicianos. Uno de nosotros corrió al dormitorio y despertó a los compañeros: "*¡Ya están aquí. Señor Dios nuestro, ayúdanos!*". Nos levantamos y nos vestimos a oscuras. Un compañero que miraba desde la ventana dijo: "*Han salido casi doscientos guardias y policías... Un grupo va hacia el jardín..., otro al patio de los vecinos..., el tercero camina hacia la entrada de la casa... Los guardias rodean nuestra casa... Los otros patrullan por las calles del pueblo...*".

Al poco rato, golpearon a la puerta. Gritan que en nombre de la ley tenemos que abrir. ¿En nombre de qué ley?. Acaso en nombre de la ley de la jungla. Sí, puede ser, pues mientras el portero se vestía, ellos abrieron la puerta con violencia y cien hombres armados invadieron la casa. Tenían lámparas y los fusiles encañonados hacia tierra; parecía la escena de Getsemaní, pero en el siglo veinte y en edición atea.

La puerta del dormitorio se abrió con fuerza y la llave de la luz giró rápida. Los rudos milicianos se quedaron sorprendidos al ver cerca de la cama a un teólogo con el rosario en la mano. Cuando entraron, instintivamente nos agrupamos todos en un rincón. Algunos policías y milicianos comenzaron a gritar: "*Por qué no dormís? Lechuzas, ladrones y malhechores*". Todos reteníamos con fuerza el rosario. Después, uno de nosotros se acercó unos pasos a los policías, como Cristo en Getsemaní, y preguntó: ¿qué queréis? Luego nos encerraron a todos en un gran salón. Caminamos en silencio entre dos filas de metralletas.

En la sala leyeron nuestro nombres. Los nombrados iban pasando a otra parte del salón. El Comandante increpó al Vicario del Superior: "*¿Y quién lo ha llamado aquí?. Vaya a su cuarto y no se mueva*". Poco después, otro miliciano condujo al Vicario al salón con grandes gritos. En nuestras caras se reflejaba la compasión y se oyeron comentarios: ¡¿Y esto es una organización?!... El comandante se pone rojo y grita: "*¿Por qué os reís? ¿Qué*

pensáis? ¿Dónde os encontráis?". Un teólogo gritó: *"¡Estamos en nuestra Casa. Somos ciudadanos y tenemos derecho a la casa como los demás!"*. El Comandante gritó aún más fuerte: *"¿Estáis en casa? Vosotros sois ladrones y malhechores. ¡Vuestro lugar es la cárcel! ¡Ya veréis!"*

Nos incluyeron entre los malhechores, como a Cristo. Uno de los milicianos comenzó a injuriarnos, a insultarnos, a blasfemar, dándonos bofetadas y patadas. Después otro miliciano condujo al salón al director, Padre Francisco Valabek. El comandante le gritó: *"¿No le he dicho que debe quedarse en su habitación? ¡Váyase, márchese!"*

El Director contesta: *"Pero ese señor me dice que debo venir aquí. Uno no sabe a quien obedecer!"*.

De nuevo nos reímos y comentamos: *¡Qué disciplina!*.

El Comandante fuera de sí grita: *"¡Fuera, fuera con él! Banda de malhechores, ¿todavía os burláis de nosotros?!"*..

Dos milicianos se lanzaron contra el director, le golpearon con la culata de los fusiles, empujándolo hacia la puerta. Él, pálido, se vuelve a nosotros y comienza a cantar: ***Christus vincit, Christus regnat...!*** Nosotros le acompañamos y la habitación retumba con el canto. Los milicianos se echaron sobre nosotros, nos empujaron, nos abofetearon, mientras gritaban: *"¡Callaos! ¡Silencio! ¿Pensáis que esto os ayudará? ¡Bandidos y malhechores, dentro de un momento veréis!"*.

Durante el canto desapareció el Padre Superior. Después nos leyeron el comunicado del gobierno: en base al proceso judicial que se hizo hace poco en Praga contra los religiosos, estos se ocupan de actos de espionaje y de traición a la Patria y por eso deben ser trasladados, etc.

Nos dieron diez minutos para recoger los objetos personales, tiempo que se fue prolongando cada vez más. Teníamos que luchar casi con los policías para poder llevar nuestros edredones, libros y objetos personales. Pero hubo también policías buenos, que nos ayudaron incluso a empaquetar.

Disimuladamente en grupos pequeños fuimos pasando a la capilla, para comulgar y dar gracias con todo fervor. Por fin empaquetamos también los objetos litúrgicos.

Eran las tres de la madrugada cuando los autobuses se detuvieron delante de la puerta. En un autobús cargamos todas las maletas y paquetes. Por última vez controlaron si estábamos todos. Salimos. Junto a cada uno de nosotros se sentó un policía o un miliciano.

Rezamos un Avemaría al comenzar este camino desconocido. Hicimos la señal de la Cruz; nos exhortamos con las palabras ***"y las puertas del infierno no prevalecerán..."***

Eran las cuatro de la mañana. Los autobuses corrían veloces, no sabíamos hacia dónde..."

Bárbaramente contra los Superiores

A mediodía del 14 de abril de 1950 casi todos los salesianos eslovacos nos encontrábamos en Sastin. La noche siguiente trajeron aún a dos sacerdotes, el poeta Gorazd Zvonicky y José Pavlik. Trabajaban en Michalovce. Estamos todos juntos. Somos 238 salesianos.

Pero a los directores y a algunos hermanos no los trajeron a Sastin. Les obligaron a entrar en los coches y los llevaron a un campo de concentración especial que, instalaron en el convento de los Capuchinos de Pezinok, cerca de Bratislava.

A los superiores los trataron peor. Al P. Juan Hlubik, que era como un Padre para los obreros de Kopamka, suburbio de Trnava, lo abofetearon. Al Director de la casa de Sv. Benadik le golpearon de tal manera que corrió la noticia de que había muerto. Felizmente no fue verdad. Golpearon también al Director Francisco Valabek de Sv. Kriz. Después de unos días supimos que se encontraban en Bratislava en el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, con una fiebre muy alta.

Al campo de concentración de Pezinok llevaron también, con los directores de las casas, al P. Ernesto Horniak, Vicario de Sv. Kriz y a José Simoncic, párroco de Bratislava; de nuestra casa de Topolcany a los sacerdotes Rodolfo Branis y Francisco Kollar. El único Director que trajeron a Sastin fue el Padre Rodolfo Nosik de Topolcany; el Director de la Casa de Sastin, el P. Alberto Babulik, se quedó en su puesto. Evidentemente, de director sólo le dejaron el nombre. Era como un lazo de unión, a través del cual nuestros perseguidores nos daban algunas órdenes en el nuevo campo de concentración.

La táctica de llevar a los directores a diferentes campos de concentración para mí era evidente: se trataba de la táctica del divide y vencerás. Opinaban que sin los superiores nos quedaríamos impotentes e incapaces de reaccionar en esta horrible y nueva situación. ¡Así podrían hacer con nosotros lo que quisieran!

¡Haced lo que queráis. Nosotros tenemos un gran Superior aquí en Sastin. Es Cristo!.

Oíd: no lo harán

Son las cinco de la mañana, ya hay luz.

Ninguno piensa que el registro, no acabado, podría continuar. Paseamos libremente por los corredores. Es verdad que por doquier se encuentran los policías, pero ya no molestan a nadie. Algunos entramos a las cinco en la Capilla para la Santa Misa. Es la primera Misa en el campo de concentración, y por eso hay un fervor especial. La plegaria aplacaba la incertidumbre y el temor que se había apoderado de nosotros en esta noche tan imprevista. Sin duda, en lo más profundo de nuestro ser reinaba una cierta seguridad. Pero la situación se nos presentó tan nueva, inesperada y repentina que no hubo tiempo para reaccionar. De ahí venía la angustia e incertidumbre.

Acabada la Misa el sacerdote, con el rostro iluminado y con los ojos brillantes, se acercó hasta nosotros. Su voz salía de lo profundo. Dijo:

¡No tengáis miedo, os repito, no tengáis miedo! Por amor al Salvador lo sufrimos todo y, si fuese necesario, por su amor soportaremos todavía más. Ninguno puede pensar que con nosotros todo se ha acabado. Esta situación no nos puede destruir. Hemos sido fieles al Salvador, le permaneceremos también fieles en el tiempo de la prueba. Cristo está con nosotros y junto con Él somos invencibles. Nada nos podrá hundir. Ninguno se sienta desilusionado ni abatido.

Vamos, salgamos. Nuestra misión hoy será movernos entre los hermanos e infundir ánimo heroico y decisivo, el que nos dio nuestro Salvador. Estamos llenos de Él. Vayamos junto a nuestros hermanos. Dios está con nosotros y nos ayudará hasta la muerte!.

Nos dirigimos a la sala de estudio, ya con otra sonrisa y otro estado de ánimo. Los primeros días nos mezclábamos entre los hermanos infundiendo ánimo y valor. La mayoría lo tenían, era sólo necesario despertarlo y fortalecerlo. Lo daba nuestro Salvador, porque el autor de la invencible fuerza cristiana es Él, y su Madre, María Auxiliadora.

Después de esa Misa, comenzó a celebrarse el Santo Sacrificio por todos partes[3]. En el nuevo campo de concentración había muchos sacerdotes. Desde las seis de la mañana hasta las nueve celebraban en todos los Altares del Santuario Nacional de la Virgen de los Dolores, y después se volvían al campo. La gente alrededor de los altares lloraba. También algunos sacerdotes al celebrar no podían contener las lágrimas. Al sacrificio de Cristo, consciente o inconscientemente, se suma su propio sacrificio y Cristo lo acepta como suyo. En último lugar celebró el Doctor Francisco Sersen, Profesor de Teología de Sv. Kriz, que acaba de llegar.

Los policías no nos dejan. Se encuentran en todos los rincones: en los pasillos, en los patios, delante de la entrada y alrededor del complejo de edificios. Todos están armados. Estamos presos, a pesar de haber hecho el bien. También Cristo al final de su vida estuvo preso.

Los nuevos "Superiores"

A ninguno nos preguntan, a ninguno nos interrogan, actuando así contra todos los derechos humanos. Con violencia nos han congregado aquí y ahora nos vigilan. Polacek se queda como comandante del grupo de policías y, día y noche, nos custodian para que no se escape ninguno de este nuevo "convento". Pero nuestros nuevos "superiores" no son los policías. Como nuevo jefe llega la mañana del 14 de abril el Responsable Provincial para los Asuntos religiosos (por parte del actual estado) de Senica. Su nombre es Kalensky, su lugar de origen el pueblo de Sandorf, su oficio, zapatero.

Nuestro segundo "superior" es un joven de 18 años, miembro de la organización comunista juvenil, su nombre es David, de Lozarno, cerca de Bratislava. El joven será el ecónomo. A estos se añaden dos policías secretos. Uno de ellos, según lo reconoció un hermano, es guardia de la cárcel regional de Bratislava.

Esta es nuestra situación: los guardias alrededor de la casa y dentro, la policía secreta al lado del nuevo superior. No encontraron armas y folletos.

[3] En aquel tiempo todavía no existía la posibilidad de concelebrar y cada sacerdote decía singularmente la misa, ayudado por alguien que hacía de monaguillo.

El registro de la casa fue sólo un pretexto. Nos vigilan y ninguno nos dice por qué.

El primer día hay jaleo durante el almuerzo. Estamos casi trescientos y en la cocina se había preparado la comida para unos sesenta.

Toda la tarde la pasamos buscando alojamiento. La casa, aunque por fuera parece grande, no basta para dar cabida a trescientas personas. Sobre todo, faltan camas. Algunos grupos dormirán en los pasillos, sobre colchones de paja. Los teólogos en la sala del frío y húmedo teatro, en colchones de paja. En las habitaciones para un sacerdote, deben alojarse tres o cuatro. Así que no hay casi lugar donde poner un pie. La cena la hacemos en tres turnos.

Una escena descorazonadora

El trágico 14 de abril acabó con una escena descorazonadora. Nos conmovió aún más, porque sucedió el primer día de nuestra prisión.

El nuevo jefe, compañero Kalensky, hacia las cinco de la tarde llamó a su despacho al P. Esteban Janec, que era hasta entonces el capellán de Sastin. Trató de persuadirlo para que se fuera de capellán al pueblo vecino de Cary. En la mesa del despacho se encontraba el decreto que nombraba nuevo capellán para Sastin al P. Tibor Janovic de Dojc. El P. Janec les dio una respuesta evasiva y le dejaron retirarse. Este hecho despertó en nosotros cierta nerviosidad. Parece que intentan que los sacerdotes jóvenes vayan a las parroquias, sin permiso de los obispos.

Después llamaron a los Padres Pablo Drgon, Rodolfo Butas y Víctor Karlubik. Pensábamos que se trataba de lo mismo: de ofrecerles parroquias. El caso no ofrecía ningún género de duda: sin el conocimiento y aprobación del Obispo, no era lícito el aceptar ninguna parroquia. Ninguno, por tanto, aceptaría una parroquia. Pero no se trataba de este ofrecimiento. Los tres estuvieron en el despacho sólo un momento. Recibieron la orden de recoger sus cosas, porque los trasladaban.

Trasladar... ¿a dónde?. ¿A la cárcel?. ¿A otro lugar?. Los trasladaban a un sitio desconocido.

En esta situación su traslado nos pareció algo horrible.

Desde el primer momento a cada uno los acompañó un guardia, que los vigilaba mientras recogían sus cosas. Cerca de las siete, se encontraron los tres sacerdotes en el pasillo, junto a la salida. Empaquetaron a toda prisa

los edredones, atados con las sábanas. Corro a encontrarlos. Están ya con los abrigos, como peregrinos hacia un país desconocido. En los rostros se puede leer su angustia; en la frente aparece el sudor. Están pálidos. Aparentemente hablan con calma, pero a veces su voz tiembla.

El pasillo está lleno de hermanos. Nos despedimos con un beso de paz. Algunos les llevamos las maletas hasta el coche. Los otros sólo pudieron acercarse hasta la puerta. El coche se fue alejando, como una bestia moderna y astuta.

De nuevo nos encontramos en casa. Nuestros pensamientos son oscuros, estamos deprimidos. El corazón salta en el pecho: "*Dios mío,¿qué es lo que sucede?...¿Qué será de nosotros?... Oh Señor, ¿qué sucederá...?*".

Sólo con la oración puede volver la confianza y la paz. ¿A dónde os llevaron, hermanos queridos?. ¡Ahora sabemos cuánto os queríamos!.

Se dice que os llevaron al campo de concentración de Pezinok. La noticia es tan vaga que no puede quitársenos de la mente la angustia de vuestra partida.

Pero, ¿por qué se los llevaron?. El P. Karlubik no tenía nada con nadie. Era ya anciano. Su mundo eran los árboles y el jardín. El P. Butas apenas había cantado misa.

¿Debe derrotarnos esto?

Alguien hizo notar que el traslado de los tres hermanos sacerdotes tenía como fin hacerlos apostatar de su sacerdocio, atemorizarles y con ellos también a los demás.

Pero, ¿por qué hemos de atemorizarnos?.

¡Cristo, tú lo sabes! Esto no puede ser motivo para renegar de Ti.

Después de la cena el ánimo de los hermanos estaba más o menos sereno. Nos encontrábamos esparcidos por todas partes. La gran capilla del segundo piso durante las últimas oraciones de la tarde ha estado llenísima. Muchos tuvieron que quedarse en el pasillo. Y casi todos éramos jóvenes.

Los hermanos que tienen más de cincuenta años son apenas unos pocos. Los que tienen cuarenta, unos diez o quince.

La mayoría están entre los treinta y los cuarenta. Las tres cuartas partes somos jóvenes: cerca de cuarenta teólogos, sesenta clérigos del estudiantado pedagógico, unos veinticinco asistentes; cerca de sesenta novicios de 1° y 2° año de noviciado, y unos cuarenta coadjutores. Por todas partes se en-

cuentra la juventud, la alegría, pero también la audacia y la entrega para el sacrificio.

Éramos jóvenes, a veces también débiles, pero teníamos una gran confianza en Cristo.

La primera noche en el campo de concentración dormimos profundamente. Hemos pasado una trágica noche y un día aún más trágico. Me duermo sereno, pero en el corazón tengo un pensamiento angustioso: ¿A dónde se habrán llevado a nuestros tres hermanos?... ¿Qué será de nosotros?.

Pero, **¡Cristo vive!**.

2

TRAIDORES, PODÉIS IR A CASA SI...

¿Por qué nos encarcelaron?

¿Nos encarcelaron?

Oficialmente ninguno nos lo ha dicho. Pero lo manifiestan los hechos, las metralletas con las cuales nos custodian, y la policía secreta que se mueve en el campo como por su casa.

En los periódicos, me parece que en Pravda de Bratislava, apareció sólo una pequeña nota de cuatro o seis líneas, sobre la liquidación de los religiosos. En ella se decía que los religiosos habían sido concentrados con el fin de volverlos a su misión original, porque en los conventos se encontraron armas, folletos y otros materiales subversivos.

¡Cuanto más grande la injuria, tanto más corta la noticia!

Los responsables casi se avergonzaban de escribir lo sucedido; o el golpe se preparó tan secretamente que los periodistas comunistas tampoco estaban informados o, y esto parece lo más probable, los ateos militantes estaban convencidos de que si escribían contra los religiosos lo que pensaban, obtendrían el efecto contrario y, por eso, los primeros días callaron.

No se podía inventar contra los religiosos una mentira más injuriosa que la de las armas. Hasta ahora nos llamaban parásitos, aunque trabajábamos de la mañana a la noche. Y de golpe nos convirtieron en unos traidores activos, capaces de sublevar la república. Hasta ahora éramos para ellos unos perezosos, de repente hicieron de nosotros unos astutos agitadores. Pero la gente nos conoce desde pequeños. Tendrían que ser muy ingenuos para creerse todo esto.

¡Sí, compañeros, las armas se encontraron. Pero distintas de las que buscabais. Encontraron los libros de rezo y las bibliotecas, las mesas de trabajo. Encontraron las almas armadas de Cristo, de su fe, esperanza y caridad. ¿Estas armas os estorban?. Por eso nos habéis arrestado como a los hijos de la luz, por la noche. Es más, si queréis, en los conventos se encontraron también armas de metal: los cuchillos en la cocina, las horcas en los

establos, las hachas para la leña en las cabañas, y unas pistolas llenas de hollín que formaban parte del inventario del teatro. Estas pistolas no sería capaz de dispararlas ni quien las fabricó.

Un guardia, durante el registro en Sastin, llamó a su compañero a la habitación que revisaba y dijo: *"Ven aquí, por fin he descubierto un arma"*. Riéndose saca unas tenazas de hierro de atizar el fuego de la chimenea.

Más tarde, en el campo de concentración de Podolínec, un guardia confidencialmente nos declaró: *"Me tomé gran trabajo, porque me importaba mucho asegurarme de que en ningún convento de Eslovaquia se encontraban armas y esto me llena de gozo"*.

Esta es la cara verdadera de la mentira de las armas.

A los traidores les ofrecen la libertad

Quince de abril. El segundo día en el campo de concentración. Estamos como aturdidos. Para los clérigos y los hermanos se celebran en la Capilla dos Misas. Todo el día nos movemos por doquier como podemos. Todos los lugares están llenos de gente.

El camarada Kalonsky y sus compañeros, que son los jefes del campo de concentración de Sastin, antes de la cena, por medio del director P. Babulik, nos transmite la noticia: deben presentarse todos los sacerdotes que quieran ir a las parroquias. Igualmente deben presentarse los clérigos y coadjutores que quieran ir a su casa y después incorporarse al trabajo. Con esta noticia inesperada comenzamos a ver más claro.

Así es que... anteanoche nos condujeron aquí como a unos espías y agitadores, así lo escribieron en los periódicos, y hoy por la tarde ya nos ofrecen la libertad. Durante un día y medio fue necesario hacer de nosotros unos traidores, rodearnos de metralletas y cambiar la casa en una cárcel. Era necesario atemorizarnos a nosotros, ciudadanos libres e inocentes, acabar con nuestra entereza, para que nos sometiéramos a un ultraje todavía más grande. Y supimos que la misma suerte sufrieron casi todas las órdenes masculinas. Hemos oído que los franciscanos de Eslovaquia fueron concentrados en nuestra casa de Sv. Benadik. No sabemos dónde se encuentran los Jesuitas. Los capuchinos de Pezinok permanecen todavía en su convento.

¡Los traidores que se presenten!

Pero, atención, presentaos libremente. Nosotros, ateos militantes, ¡por amor de Dios!, no os obligamos a hacerlo. Y ese temor bajo el que os encontráis desde hace 36 horas, las metralletas y la casa convertida en campo de concentración, eso no es nada. Y si nos rechazáis os escupiremos en la cara, como a unos traidores. La verdad en este estado la fabricamos con las armas.

Entendemos plenamente todo su plan infernal y la situación a la cual bárbaramente pretenden someternos: ellos, con todo su aparato de poder, liquidarán las órdenes religiosas, pero nosotros debemos firmarles que libremente salimos de ellas. Debemos darles con nuestra firma una nueva arma de propaganda: no son ellos los que destruyen las órdenes religiosas, somos nosotros los que las destruimos libre y voluntariamente. Ellos se pueden presentar delante del mundo como unos libertadores, que nos libraron de nuestros superiores, de su presunta presión moral, etc. Y si firmas, ya no puedes decir ni una palabra. Tienen tu firma como "prueba del delito" y pueden procesarte.

Declara que eres traidor

El texto de la declaración de una salida "voluntaria" de la religión nos llegó a las manos, más tarde, al campo de concentración de Podolínec. Decía así:

Declaración

El que suscribe..... nacido en .... Provincia de... del convento de ... he decidido salir de la religión e incorporarme a la vida civil. Con mi trabajo quiero ayudar al esfuerzo constructor de la patria popular democrática.

Esta decisión la hago voluntaria y libremente, sin ninguna presión.

Podolínec, el día ..... de..... de.....

Firma.

Para conseguir esta firma hace treinta y seis horas, a media noche, nos levantaron los guardias y milicianos armados. Para eso nos transportaron en los autobuses y bajo las armas, como a unos presos, en la oscuridad, temerosos del futuro. Día y noche nos custodian en este campo de concentra-

ción. ¡Qué cuidado tan conmovedor!. Rodeados de balas, terror y odio, sólo para que firmemos *"voluntariamente y sin presión"*.

La cláusula final de la declaración: *"esta decisión la hago voluntaria y libremente, sin ninguna presión"* es una cláusula típicamente carcelaria, que se usa durante los interrogatorios, en la firma del protocolo.

Ahora escribe voluntariamente, aunque te hayan privado de la libertad para obligarte. Firma libremente. Con una libertad que se reduce a unos metros cuadrados, rodeados por las armas de los guardias.

Una terrible comedia

¡Compañeros!.

¿Desde cuándo se trata así en este país a los traidores?. ¿Desde cuándo, después de treinta y seis horas se les ofrece la libertad?. Y esto ¿sin ningún interrogatorio, ni proceso?.

En este país, la gente por delito de traición es ahorcada o condenada a muchos años de prisión. Y de pronto, en nuestro caso, una benevolencia propia de otro mundo. No nos interrogan, no nos torturan, no nos procesan. Al contrario, se sentirán felices si tú, traidor, te decides por la libertad y firmas que lo haces libremente.

Verdaderamente uno no sabe qué hacer ante a esa comedia, si reírse con cinismo o arrancarse desesperadamente los cabellos. Te dicen que eres traidor, te pisan el cuello y, al mismo tiempo, te proponen que, si firmas, de ninguna manera eres traidor.

Y esto se hace por medio del aparato estatal, enmascarado con el derecho, y, sin embargo, todo es una mentira y un ultraje.

Esta declaración es la prueba más firme de que lo que digo es verdad. No nos piden que firmemos que no vamos a traicionar al estado, porque saben que no somos traidores. No piden que firmemos que no almacenaremos armas. Piden otra cosa totalmente diferente, algo que no tiene que ver con la traición, ni con las armas. Piden la salida de la religión. Lo que quieren es que renunciemos a Cristo.

Nuestro delito para estos ateos militantes es que vivimos en la religión como hermanos y enseñamos a amar a Cristo y a las almas. Esto es lo que quieren pisotear. Esto es lo que persiguen: destruir la Iglesia.

Nos tienen rodeados de metralletas y dicen que, si firmamos, lo hacemos sin ninguna presión.

Viendo estas mentiras tan reales con las que quieren encubrirlo todo, te sientes, a veces impotente, como un gusano. Nosotros no creemos lo que dicen; la gente de fuera menos aún, ni siquiera los mismos perseguidores se lo creen. Esto es una tragicomedia. Tales mentiras son ridículas, pero a la vez resulta algo trágico, porque bajo el velo de la mentira nos aprisionaron y ahora quieren obligarnos a una firma, suicidándonos a nosotros mismos y liquidando a las órdenes religiosas.

Y... ellos no son verdugos. Esperan, como espera el demonio en la poesía "***Mineros***" del poeta eslovaco Krasko, en la que el demonio espera la traición del poeta.

La desilusión de los Compañeros

Compañeros Kalensky y los demás, en vano habéis esperado nuestras firmas la tarde del 15 de abril de 1950, durante treinta minutos precisos.

Después en vano habéis alargado el tiempo fijado para la firma.

Primero doce horas, luego veinticuatro, después cuarenta y ocho.

Éramos casi trescientos en el campo de concentración, pero ninguno tomó la pluma, ninguno corrió a firmar. Y se encontraban entre nosotros los novicios, muchachos de 15 y 16 años, que todavía no eran salesianos y ninguno fue a firmar.

Compañeros ateos, pensabais acaso que éramos una banda de parásitos, que engañábamos al pueblo, bajo pretexto del amor a Cristo y a las almas. Si fuera así, nos hubiéramos precipitado todos a una hacia el despacho para firmar y escapar de vuestras uñas. ¿Pensabais que los votos hechos a Cristo eran para nosotros como un trapo que se abandona, por meternos en un campo de concentración?. ¿Pensabais que ibais a ser nuestros libertadores del convento?. ¡Qué pensamientos tan ingenuos y medievales tenéis en la cabeza... y estáis siempre hablando de progreso!.

El Espíritu Santo es más potente que vuestros campos de concentración y las metralletas. Los salesianos, a pesar de la humana fragilidad, han permanecido, gracias a Él, firmes, sin claudicar de sus convicciones. En vano habéis conducido a los superiores de nuestras casas al campo de concentración de Pezinok.

Hemos entrado en la religión no bajo presión, ni tampoco bajo presión

vivimos en ella. Cada uno tiene su superior en el interior: la conciencia, y ésta se la consagramos a Cristo.

¡Cristo, tú sabes bien por qué te hemos seguido, sabes por qué no corríamos a firmar. Esto era un asunto de cada uno contigo. Nos das la fuerza de no ser cobardes y de no romper los lazos contigo!.

Después de unos días llegaron dos señores del Oficio Estatal para los Asuntos de la Iglesia en Bratislava. Eran unos pobres ignorantes. También vinieron para recoger las firmas. Se presentaron ante nosotros, pero no sabían decir ni una palabra correcta, y después de dos frases sin contenido se marcharon. Sólo venían por las firmas. Es evidente que el Oficio Estatal para los Asuntos de la Iglesia es una institución antirreligiosa.

Tampoco esta vez fue ninguno a firmar, y con más firmeza todavía que en la primera oportunidad.

Los primeros días en el campo

Los primeros días en el campo se desarrollaron entre el juego, el trabajo y la oración.

Nuestro valor durante los primeros días se manifestó también en el hecho de que en los momentos de descanso nos dedicábamos a jugar a voleibol. Comenzaron los más jóvenes, los novicios de Hody, enseguida siguieron los demás y pronto se llegó a jugar en cuatro redes.

El juego ayudaba a relajar los nervios, alejaba de la mente la terrible situación, ayudaba a superar la angustia y la incertidumbre del momento que vivíamos. Por eso los primeras días se jugaba mucho. Las mesas de pingpong estaban ocupadas de la mañana a la noche. Se jugaba también al futbolín, y los que sabían música se sentaban en los armonios.

La comida la hacíamos en dos turnos. En dos turnos hacíamos también los rezos en la Capilla. La oración, especialmente la santa Comunión, nos fortalecía mucho.

Nos animábamos durante las conversaciones. Sacábamos fuerza de los libros religiosos. Los sacerdotes organizaban la adoración en la Capilla durante todo el día. El mismo ejemplo siguieron los clérigos y coadjutores. Cada uno, según lo programado, estaba una hora diaria delante del Santísimo.

Y así, poco a poco, iba desapareciendo de nosotros la terrible sacudida de la primera noche; al menos por fuera, porque en el interior uno sabe que no desaparecerá tan fácilmente; estará presente durante meses y años.

Como estamos reunidos de tantas casas, nos vamos familiarizando unos con otros. Cada grupo tiene su aula de estudio, un lugar donde leer, etc. Pasado el primer domingo en el campo de concentración, los superiores de los diversos grupos pensaron en la conveniencia de continuar el año escolar interrumpido. Evidentemente la policía secreta y los llamados "Superiores" no deben saberlo. Ellos confían que la inactividad debilitará nuestra constancia.

Los teólogos tienen dos clases por la mañana y una por la tarde; lo mismo los clérigos del estudiantado pedagógico y los novicios.

Los clérigos asistentes[1] tienen en este sentido algunos problemas, porque están acostumbrados al trabajo diario, pero estudian música, lengua italiana y tienen debates sobre varios argumentos.

En estas circunstancias las clases se desarrollan con dificultad. Aquí se ve cómo los crueles acontecimientos absorben toda la atención. Es difícil atender a las clases; difícil también concentrarse en la sala de estudio a pesar de los esfuerzos. Pero es necesario liberarnos de la incertidumbre y de la angustia. Y gracias a este esfuerzo continuo de los superiores la cosa camina, dentro de lo posible. Con frecuencia sucede algo imprevisto y hay que hacer un nuevo esfuerzo de adaptación. Es admirable cómo se estudia en esta continua tensión nerviosa, pero el estudio libera.

Nuestros familiares

Nuestros familiares se enteraron de la tragedia la misma mañana del 14 de abril de 1950. La noticia se divulgó como un rayo y suscitó indignación y lágrimas.

Las lágrimas y la rabia se apoderó no sólo de nuestros familiares, sino también de millares de muchachos y jóvenes que frecuentaban nuestras ca-

[1] Clérigos asistentes son los que después de haber hecho los estudios en el estudiantado pedagógico, salen a las casas para hacer tres años de trabajo práctico. Por eso en la situación de pasividad del campo de concentración encuentran más dificultades para organizar sus cursos.

sas, de millares de parroquianos, bienhechores y colaboradores que formaban nuestra familia espiritual. Algunos cerraban los puños, otros rezaban, otros lloraban. Se puso en evidencia nuestra unión en Cristo; nosotros los queríamos a todos y ellos lo sabían. Veían en nosotros la caridad que no encontraban en otro sitio, un amor sincero, cordial, no sentimental, sino abnegado, a veces hasta heroico.

El mismo viernes, 14 de abril, llegaron a Sastin los familiares de algunos hermanos, pero no les dejaron entrar. Delante de la casa estaban las madres y las hermanas, con el rostro lloroso; los padres y los hermanos con rostro sombrío, todos en actitud de viva protesta por lo sucedido.

Huyendo del guardia, los mirábamos a escondidas desde las ventanas. El sábado por la mañana, en el Santuario Nacional, las madres lloraban, se quejaban a la Santísima Virgen de los Dolores por su pena tan semejante a la de Ella, por su aflicción. Después pudieron encontrarse con sus hijos en la celebración de la eucaristía y, más tarde, las dejaron entrar también a visitarlos en el campo.

El domingo 16 de abril, llegaron centenares de familiares. Los dejaron pasar en grupos al patio cuadrado y durante 20 ó 30 minutos pudieron hablar con nosotros. Todos estaban preocupados. Les dábamos ánimo y los exhortábamos. Les pedíamos oraciones para saber qué hacer en esta situación y para poder cumplir la voluntad de Dios en estos momentos difíciles. Nos trajeron cuanto pudieron para comer, pero ninguno nos instaba a regresar a casa. Ninguno nos pedía que saliéramos de la religión para mitigar su dolor, ninguno nos sugería que evitáramos el riesgo desconocido, si no firmábamos.

A pesar de su preocupación, se mantenían firmes y regresaban a casa mucho más serenos.

Doscientos, trescientos hombres diariamente

En masa nos visitaban después los jóvenes y muchachos de los oratorios, los feligreses, bienhechores y colaboradores. Llegaban de Bratislava, de Trnava, Nitra, Topolcany, Hody y de Benadik, de todos los lugares donde teníamos casas. Llegaban también las gentes de pueblos y ciudades donde predicábamos misiones populares y retiros. Cada mañana doscientos o trescientos hombres impacientes rodeaban la entrada del campo. Traían los mismos sentimientos de nuestros familiares. Nos contaban

lo que habían sentido cuando supieron lo del 14 de abril. Como una corriente eléctrica la noticia voló por pueblos y ciudades. También a ellos los animamos. Se iban decididos a seguir a Cristo. Les dimos un fuerte apretón de manos en la despedida, pensando que sería la última vez que nos veríamos. Igualmente les pedimos que rezaran incesantemente por nosotros.

¡Adelante, adelante!

"¡Adelante, adelante!, trabajad por Cristo y por las almas", les decíamos al despedirnos de nuestros muchachos. Esperamos que Cristo oiga esta súplica y les dé más valor que nunca. En la opresión y en la injusticia deben ser heroicos. Y lo serán, si no se dejan arrastrar por el desaliento y si no se apoyan sólo en sí mismos.

Después de meses y años de esclavitud brotarán de la tierra nuevos cristianos. Acabará ese cristianismo a medias, insincero y, a veces, hasta repugnante. Se quemará todo lo que es paja. Morirá todo lo que es etiqueta. Las tumbas blanqueadas se abrirán y echarán un hedor insoportable. En su lugar crecerán nuevos corazones moldeados por el dolor, crecerán las nuevas ciudades cristianas, como ciudades construidas en la montaña. En el puesto de la sal, que era necesario pisotear, aparecerá la sal químicamente pura, totalmente católica.

El patio cuadrado del campo, donde se reciben las visitas, es diariamente un testimonio de caridad, de gozo y de encuentro fraterno. La mayoría no sabemos expresar lo que sentimos: a veces parecen que los sentimientos duermen; otras que arden, pero ninguno lo puede precisar. Lo que siente cada uno es, creo, el deseo de permanecer fiel. Decisión y entusiasmo.

La decisión de seguir a Cristo, máximo valor del mundo, del universo. Entusiasmo por su verdad y doctrina eterna, por su amor y por una vida digna de esta tierra, que sólo puede ser realizada por su fuerza y amor.

Entusiasmo por la vida eterna, por la eterna hermosura y amor, donde uno casi desaparece en Dios.

Esta decisión no disminuye ni aun cuando secretamente hemos conocido que nos encontramos en un campo de concentración. El nombre oficial de nuestra casa es: ***Campo de concentración de Sastin***.

Efectivamente nos encontramos en un campo de concentración, aunque nuestros enemigos quieran hacernos ver otra cosa. Con la mentira

quieren apaciguarnos como a niños, para que firmemos. Sabemos que cada mañana en el Santuario de la Virgen de los Dolores "rezan" también algunos de la policía secreta. Durante la visita giran a nuestro alrededor. Lo que quieren es que firmemos. Estamos convencidos de que somos inocentes y también lo saben muchos de los guardias que deben liquidarnos. Todo es falso, torcido.

Pero Cristo permanece, Camino, Verdad y Vida.

¡Jesús, queremos serte fieles, pero danos la fuerza!.

¡Qué difícil es vivir en incertidumbre!

Tenemos las visitas y las clases, jugamos, rezamos mucho, y amamos a Cristo. Pero vivir en continua incertidumbre no es fácil. Hay que vivir el minuto; delante de ti no tienes nada cierto. No sabes qué comenzar, ni si terminarás lo que has comenzado. Cada minuto puede traer un cambio y destruir tu plan. Una nueva noticia cambia la situación, y a esa nueva situación debes ajustarte.

En este estado de ánimo instintivamente se agudiza la atención hacia cualquier noticia. Para muchos es casi una obsesión su futuro. Nos encontramos fuera del ritmo normal de la vida y presionados por la inactividad. Por eso el subconsciente y el inconsciente se dirigen hacia la recuperación del equilibrio perdido. Día y noche nos ataca el instinto de conservación, que pide que se resuelva cuanto antes esta situación.

Los más afectados son los sacerdotes y los coadjutores. Los clérigos sufren menos, por tener diariamente tres clases y la preocupación del estudio. Su fantasía joven vive estas noticias con mayor vivacidad, pero no tan profundamente como los sacerdotes.

Un cambio brusco

El primer cambio en el campo fue la partida de los novicios de primer año, venidos aquí de nuestra casa de Hody. No era propiamente noviciado, sino un seminario menor[2] de estudiantes de quinta clase de bachillerato.

[2] Entre los salesianos suele llamarse "aspirantado", pues allí estudian los que aspiran a ser salesianos.

Después de este estudio debían entrar en el Noviciado. Ya en el año escolar 1949-50, el gobierno no nos había permitido el aspirantado. Los superiores decidieron salvar, al menos, este grupo de aspirantes, declarándolo como primer noviciado. Tenían una conferencia espiritual una vez a la semana y seguían el programa de quinto de bachillerato.

Desde los primeros días en el campo de concentración, los salesianos mayores se reunían para tratar sobre nuestra situación, y creo que fueron ellos los que decidieron que estos estudiantes de 15 y 16 años, que según el Derecho Canónico no eran novicios, regresasen a sus casas. Los muchachos, tras esta decisión, insistían cada día ante el jefe del campo, Kalensky y ante el comandante de los gendarmes, Polacek.

Una vez iban ellos, otras mandaban una delegación. Alegaban que no eran salesianos, que muchas de sus cosas personales habían quedado en Hody, porque sólo les dieron diez minutos para empaquetarlas. Los gardianes les hacían promesas y promesas, llegándose hasta a hacer broma de ello.

Un ensayo de despedida

Por fin, después de unos cinco días, en Bratislava decidieron que los aspirantes debían marcharse a sus casas. Se preparó a los muchachos con los convenientes consejos espirituales. En general no partían con mucho gusto, aunque se libraban del campo de concentración. Nosotros queríamos despedirnos de ellos muy fraternalmente y con entusiasmo, queríamos dejarles en el alma una gran huella: que la Santísima Virgen iba con ellos y que con su partida su vocación no moría. Pero los jefes pensaban de otra manera.

A las tres de la tarde llegó un guardia con la orden de que los aspirantes debían arreglar sus cosas en diez minutos. El tren salía dentro de cuarenta minutos y del campo a la estación se tardaba un cuarto de hora.

Algunos queríamos despedirnos de ellos a toda costa. Comenzamos a reunirnos en el corredor del primer piso, donde dormían los aspirantes. El guardia insistía en que se dieran prisa. Se armó un gran jaleo. El corredor se llenó de polvo de los colchones de paja. Así era imposible organizar una buena despedida.

La policía gritaba para que se marcharan. A nosotros no nos importaba nada y comenzamos a cantar:

"En el camino de nuestra vida
Cuando se apaga la luz de las estrellas,
a través del estruendo del mar,
¿quién nos conducirá?
María, sublime y hermosa,
la estrella del cielo más clara,
María es nuestra esperanza,
Ella nos guiará"

Al comenzar este canto lleno de esperanza, todo el ruido del corredor se calmó. Todos entendimos la gravedad del momento.

Cuando terminó el canto alguien gritó: ***"¡Adiós, hermanos, adiós!"***. Nuestros corazones sangraban. Cargamos con las maletas y los sacos de nuestros hermanos y bajamos al entresuelo, junto a la salida del campo. Los reunieron en el despacho y les dieron instrucciones. No debían difundir fuera nada referente al campo de concentración. Si lo hacían, esto podía perjudicarles en el futuro.

Con estas instrucciones, es evidente que nuestros carceleros sabían muy bien que no estaban obrando bien. Pedían a los muchachos silencio, y les amenazaban. La gente no debe saber lo que sucede en Sastin. No deben saber que a los presuntos traidores, casi se les suplica que firmen su salida de la religión. La oscuridad y la injusticia tienen miedo a la luz del día.

¡Pero, compañeros, ¿qué queréis ocultar?!.

Diariamente llegan aquí doscientas o trescientas personas a visitarnos y ellos conocen muy bien todo lo que aquí está pasando.

La despedida y la intervención de la policía

Estas "instrucciones paternales" en el despacho, duraron hasta las cuatro menos cuarto y los novicios no podían ya partir en el tren de las tres cuarenta. El tren siguiente salía a las seis menos cuarto. Pensábamos que entonces tendríamos un rato para ir con los aspirantes a una sala de estudio y despedirnos, porque el ensayo de despedida en el primer piso, a pesar de todo el entusiasmo, había quedado como algo truncado.

Pero comenzaron a llamarlos de nuevo al despacho, esta vez uno por uno. Comenzaron dándoles el dinero para el viaje. Pero estaban con cada uno mucho tiempo. Teníamos la impresión de que nos querían cansar con

tan larga espera, para que nos fuéramos, por fin, cada uno a su puesto.

Sin embargo, nosotros perseverábamos.

Eran ya las cinco y diez. Dentro de treinta minutos partiría el tren con los novicios. Ya no se podía pensar en la despedida. Momentos después pusieron a los aspirantes en fila, de dos en dos, y les dieron un paquete de comida para el viaje. Pensamos: Ahora les darán la orden de salida, ¡ahora o nunca!

En el pasillo resonó una dolorosa canción mariana:

> ***"No nos abandones, no nos abandones, ¡Madre, no nos abandones!. Los hijos perecen, llevan la culpa, en la penitencia lloran. Tú clama al Señor que nos proteja y cura la llaga del alma. No nos abandones, no nos abandones, Madre, no nos abandones".***

Terminado el canto, uno de los clérigos se despidió brevemente de los aspirantes y uno de ellos le contestó, expresando el gran dolor que sentían al tener que dejar su insignia de seminarista. Con entusiasmo y decisión declaró que no renunciaba a su vocación y que también en la nueva situación estaba dispuesto a defenderla. Ellos lloraban y nosotros también teníamos lágrimas en los ojos...

¡Hermano policía, no sé cómo te llamas. Te encuentras a unos pasos detrás de mí; tienes orden de vigilarnos. ¿Por qué, ahora, lloras tú también?... Lloro por el mismo motivo que tú. Te comprendo!.

Cuando el novicio terminó sus palabras de despedida, se oyó, como un trueno, el canto:

"¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!"

El canto hacía retumbar las paredes del pasillo. El comandante de los policías, Polacek, salió del despacho, así como el jefe del campo, Kalensky y los demás que estaban cerca. Cuando acabó el canto, un sacerdote quería todavía hablar y dar la bendición, pero Polacek le interrumpió: ¡Basta!.

En silencio los aspirantes recibieron los paquetes de comida. Después les llevamos las maletas fuera del campo; les dimos el último adiós, un adiós doloroso, pero lleno de audacia y de coraje.

Apenas los novicios-aspirantes se marcharon del campo, los policías corrieron a la estación. Al novicio que había dicho las palabras de despedi-

da le quitaron el manuscrito. Presentíamos que sus palabras llenas de valor, tenían que haber herido en lo más profundo a nuestros carceleros.

No éramos simplemente unos hombres jóvenes, como a primera vista parecía, sino que detrás de nuestra apariencia exterior ardía la decisión de permanecer fieles a Cristo, a pesar de estar rodeados de armas.

Se dieron cuenta de que nuestro interior estaba dispuesto, de que esta incertidumbre terrible del campo no nos descomponía. Por eso tenían que usar nuevos métodos: tenían que castigarnos.

El comandante Polacek fue a ver al director salesiano Babulik y le reconvino por la despedida.

¿Lo hacía convencido o quería quedar bien ante sus superiores?. Según mi opinión, los responsables de la vida del campo eran el jefe Kalensky y sus compañeros. Los gendarmes tenían sólo el papel de vigilarnos. Si alguien quería protestar, lo debía hacer a Kalensky.

Pero, ¿por qué tenía que protestar también Polacek?.

Con la protesta no acabó todo.

Antes del último rezo del día, el P. director, Babulik, nos anunció que por haber violado la disciplina, a partir del día siguiente se impondría en el campo un nuevo horario. Según éste, los sacerdotes no podrían celebrar ya la Misa en el Santuario Nacional de la Virgen de los Dolores.

En el Santuario se celebrarían sólo tres misas para los fieles. Prohibieron todo contacto con la gente a través del Santuario. Prohibieron también las visitas. Cada día por la mañana, a las ocho, todos teníamos que reunirnos en el corredor del segundo piso. Allí leerían nuestros nombres y controlarían si estábamos todos. Allí comenzarían a distribuirnos para los diferentes trabajos. Desde las ocho hasta las doce y, por la tarde, desde las dos hasta las seis. En cada corredor pusieron un guardia.

Esta despedida tan inocente supuso un cambio despiadado. Nuestros jefes de campo tenían que enviar todos los días una nota escrita a Bratislava, al Despacho estatal para los asuntos religiosos. El relato de la despedida debió ser muy negativo. Debieron ponerle mucha fantasía. La verdad es que no queríamos, tan fácilmente, abandonar a Cristo.

Los compañeros se convencieron de que estábamos firmes en nuestra vocación, que en vano esperaban nuestras firmas y, por eso, comenzaron a planear una nueva etapa para nosotros, para acabar con nuestra firmeza.

¡Y nosotros, de esto, no teníamos ni la menor idea!.

3

UNA NUEVA NOCHE TRÁGICA

Los últimos días en Sastin

Transcurrimos los últimos días ante una nueva tempestad, siguiendo el nuevo horario que habían establecido como castigo por la despedida hecha a los aspirantes.

Cada mañana teníamos que colocarnos en fila para el control. Los sacerdotes que no podían celebrar en el santuario de la Virgen de los Dolores, celebraban ahora en la capilla y en una sacristía grande en el segundo piso. Colocamos allí muchas mesas transformándolas en altares.

Nuestros padres, de nuevo impotentes, esperaban delante de la entrada del campo, porque no les dejaban entrar. Se iban a llorar su dolor al Santuario de la Dolorosa. La prohibición de las visitas duró dos días. Después, con cierta limitación, las permitieron de nuevo. En estos días, cada uno enviaba a su casa las cosas personales que no necesitaba. Muchas maletas y paquetes salieron del campo de concentración de Sastin. Queríamos salvarlos como de una casa en llamas o próxima a derrumbarse. Vivíamos en una terrible incertidumbre. Aparentábamos estar alegres y cordiales, para que nadie sospechara cómo nos sentíamos y vivíamos.

Los clérigos del estudiantado pedagógico discutían con los superiores cómo debían vivir su vida religiosa, si les obligaban por la fuerza a marcharse a sus casas. Durante estos debates, en el corredor, delante de la sala de estudio, se apostaba disimuladamente un clérigo como guardia. Su oficio era entrar en la sala apenas se acercara un gendarme o uno de los jefes del campo. En este caso, el debate se interrumpía y cada uno leía algo o charlaba con otro. Los diálogos eran sobre cómo hacer los actos de piedad en la posible situación de tener que irse a sus casas, cómo ser fieles a los votos, cómo estudiar y ser fuertes y fieles a Cristo, también allí.

No se trataba de una discusión extraña, meramente hipotética. Estaba en el aire nuestra suerte, de algún modo presentíamos nuestro futuro desconocido. Era necesario discutir de algo que se podía prever, para que no nos afectara después. Ahora discutíamos con una fe inquebrantable, con un optimismo juvenil.

Una sorpresa dolorosa

Una noche llegaron a nuestro campo dos nuevos habitantes. Los trajeron en un coche con las maletas y las cosas personales. Venían un poco embriagados, al menos el padre NN. de Skalica lo estaba. Por la mañana supimos que se trataba de dos padres franciscanos y que iban a ser desde ahora los párrocos de Sastin. Provisionalmente los alojaron en el cuarto de huéspedes del primer piso, cerca del despacho del director. Si después de su llegada todavía siguieron bebiendo, no lo sé. Un adulto que ayudaba en la misa del Santuario Nacional me dijo que el Padre NN. estaba bebido también en el altar. El ayudante de la misa le oyó tartamudear: "*Todavía me falta la jurisdicción, me la procuraré*".

La idea que para ser párroco de un lugar se necesita el mandato del Obispo no abandonaba al P. NN ni en ese estado. También en el corredor, dos o tres veces, le dijo a alguno que quería procurarse la jurisdicción y que para ello iría a visitar al Obispo. ¡El sentido jurídico y eclesial obraba en él, a pesar del alcohol!

La venida de estos dos padres nos indignó y escandalizó. Los gendarmes y jefes del campo se reían de ellos a sus espaldas. Nuestra presencia la sintieron, pienso, como un reproche, especialmente cuando vieron a tantos jóvenes que no dejaban a Cristo ni a pesar del campo de concentración. Durante todo el día se les vio poco en el corredor, y la comida se la llevaron a su habitación. Por la noche pidieron sólo una cena ligera.

Con gran sorpresa para nosotros, al día siguiente los cogieron y los llevaron no se sabe dónde... El adulto que ayudaba la misa del P. NN, nos dijo que el padre, durante la misa, lo llamó al altar y le dijo: "*Nosotros no queríamos irnos de nuestras parroquias. Nos obligaron. Nos daban de beber*".

¡Cristo, ten piedad de nosotros!. Ten piedad de tus sacerdotes frágiles!... Algunos de nosotros deseábamos la muerte antes que ir al altar en ese estado indigno.

Estoy reflexionando sobre el por qué a los padres los trajeron con tanta prisa y con tanta prisa se los llevaron. ¿Nos querían hacer ver lo fácil que

es remplazar unos párrocos por otros?. Ellos habían perdido sus parroquias, ¿pretendían simplemente decirnos que podíamos también nosotros perder la parroquia de Sastin y con ella el último punto donde algunos de nosotros podíamos aún vivir, aunque no como salesianos?. ¿O sucedió que cuando vieron que la presencia de ambos padres había producido una reacción distinta, se los llevaron, por eso, a toda prisa?.

No sé qué interpretación dar al hecho.

¡Cristo, quédate con nosotros y asiste a ambos padres!.

La fiesta de familia en el campo

El 23 de abril de 1950 se celebra la fiesta de San Adalberto, y Adalberto se llama el Director de nuestra casa de Sastin, convertida ahora en campo de concentración. Con el permiso del comandante Polacek, pudimos expresarle durante la comida nuestras felicitaciones. El onomástico del Director ha sido siempre en nuestras casas una gran fiesta de familia, la fiesta de un amor paterno, que no es sólo característica del director, sino de todos los salesianos que trabajaban junto con él por el bien de la juventud. Lo felicitaron los delegados de todos los grupos. Éramos 250 en este campo, hombro a hombro, corazón con corazón.

Después de las felicitaciones, los clérigos del estudiantado pedagógico cantaron un canto maravilloso de Riller: ***Los mártires en la arena***.
De esa manera nos sentimos también nosotros en la arena. Con violencia nos han traído de todas partes. Alrededor del campo se encuentran las bayonetas y las armas automáticas, también ahora durante las felicitaciones; delante del comedor se encuentra un gendarme como guardia; nuestro futuro es desconocido, nos encontramos hoy impotentes como los mártires en la arena; y el mal está presente aquí, como los emperadores en el anfiteatro.

Por eso, es necesario orar y más orar. Al cantarla, la plegaria de los mártires en la arena nos penetra hasta los huesos. Su oración es ya nuestra, cuando en la arena del campo de concentración con súplicas cantamos gritando:

"*¡Gran Dios, nuestro Jesucristo eterno!...*
¡Gran Dios, nuestro Jesucristo eterno!"....

Y en el corazón nace una decisión, a pesar del dolor y las lágrimas:

"*Cristo, contigo lo soportaremos todo,*
también en la arena del mundo,
si nos arrojan a ella".

Sentí cómo todo el comedor, de una gran asamblea de salesianos checoeslovacos, se transformó y se convirtió en una hoguera de entusiasmo en medio del dolor.

Nuestros profundos sentimientos alcanzaron el punto supremo, cuando el Padre Adalberto se levantó para agradecer. Habló poco y con una voz muy alta e imponente. Parecía sumamente apenado e interiormente torturado. Era incapaz de emitir otra cosa que estos gritos ausentes: "*Les agradezco, les agradezco.... desde el momento en que se llevaron de Sastin al Padre Drgon, yo estoy fuera de mí.... Hermanos queridos, no os olvidéis jamás que sois salesianos y tenéis los votos.!*".

Las lágrimas se asoman a los ojos... un gran silencio..
¡Jesús, qué futuro tan desconocido delante de nosotros!

¡Apreciado Padre Inspector!

El Superior de los padres salesianos checoeslovacos era el P. José Bokor. En 1924 él, junto con otro padre salesiano, llegaron a Sastin para fundar la primera casa salesiana en Checoeslovaquia. Desde 1939 dirigía toda la obra, como inspector [provincial] y principal iniciador...

Padre Inspector:

Nosotros nos encontramos desde hace diez días aquí bajo las armas, pero ¿dónde se encuentra el capitán de nuestra nave?. ¿Qué han hecho con Usted?. Los últimos días de su libertad los pasó aquí, en Sastin, y el 12 de abril partió hacia Krnov a la empresa Rieger. Allí están terminando el mayor órgano de la Europa central, destinado al Santuario Nacional de Sastin. ¿Es verdad que durante aquella trágica noche lo cogieron en la casa de los salesianos checos en Moravska Ostrava?. ¿Es verdad que lo golpearon?. Y ¿qué acaeció después con Vd. cuando lo sacaron de Ostrava?. ¿Se encuentra entre los vivos?.

Apreciado Sr. Inspector: Me gustaría enviarle estas líneas a los cuatro rincones del mundo y, si lo encuentran, sepa que Jesús y nuestra Madre Auxiliadora nos acompañan y, por eso, somos fuertes y decididos... Nuestros cabellos se pondrán por todo esto grises, lo sé. Se Pondrán... Pero no importa, es por Cristo.

Otra de tantas noches trágicas

Lunes 24 de abril de 1950, en la incertidumbre y con esperanza hemos comenzado esta nueva semana. ¡Me siento tan extraño en este campo, a pesar de que estoy haciendo todo lo que puedo y considero conveniente!. Pero no es posible acostumbrarme a un campo de concentración.

Durante la recreación del mediodía se celebró un encuentro de voleibol de gran calidad: jugaban teólogos contra jóvenes sacerdotes. Nos encontrábamos allí casi todos llenos de alegría, aplaudíamos el excelente juego de nuestros hermanos. Al patio salieron también unos gendarmes y policías secretos, que con fingida admiración seguían el juego. Viéndolos, uno tenía la impresión de que, tal vez, todo fuera a ir mejor. El comandante de los gendarmes, Polacek, no estuvo durante todo el día en el campo, regresó al atardecer.

Es costumbre en las casas salesianas celebrar el 24 de cada mes con especial veneración hacia nuestra madre María Auxiliadora. Es algo semejante a los primeros viernes. Este 24 lo vivimos, si cabe, con mayor fervor, sin sospechar, en absoluto, las órdenes que Polacek había traído de Bratislava.

Y de nuevo otra noche... una noche de abril oscura y profunda. A las 12'30 un hermano me despierta con una pregunta angustiosa: "oye, ¿qué es esto?. Ante el Santuario llegan y se paran autocares, están iluminados y vacíos".

Me repugna tener que levantarme. Me parece que es una terrible pesadilla, de la que no puedo despertar. El hermano me dice: "Ya son seis los autocares; nos van a llevar de aquí!!!".

Seis autocares. En seis autocares no cabemos todos. ¿A quiénes van a llevarse ahora?. De verdad, ¿a quién?. Lo dedujimos enseguida: o se llevan a los sacerdotes y a los teólogos, para así separarlos de los salesianos más jóvenes, o se llevan a estos y dejan a los otros.

Con cierta torpeza me visto, siento como si algo comenzase a pincharme las entrañas. Voy a la ventana y observo la situación. Por doquiera luz y

más luz. Los grandes coches están como unas bestias modernas, hambrientas. Por todas partes, muchos gendarmes, con uniformes verdes y armados. Los gendarmes se mueven a toda prisa, las voces de los hombres se oyen hasta aquí.

Sí, Señor, una mitad será arrestada; pero, ¿a dónde, Jesús mío, a dónde los llevarán?... Corro al segundo piso, al gran dormitorio de los jóvenes salesianos del estudiantado pedagógico, despierto a dos de ellos y les informo de la situación. Queremos, discretamente, despertarlos a todos y darles aviso para que esta nueva invasión nocturna no les afecte demasiado. Hablamos en voz baja. Estoy a punto de salir, cuando de golpe se abre la puerta del dormitorio. El comandante Polacek enciende la luz y grita: "*Muchachos levantaos, hay que marcharse*".

Compañero comandante, es fácil para Ud. decir, hay que marcharse. Pero, ¿a dónde?...

Enseguida me doy cuenta de que no son algunos los que se marcha, sino todos. Pero, ¿a dónde?. Estoy casi atontado, aturdido. La sangre se me sube a la cabeza, siento su fuego. Siento también una angustia desconocida en lo profundo de mí. Externamente parezco bastante sereno. El ímpetu de la sangre en el cerebro me impide razonar. Mientras recojo mis cosas personales, estoy muy distraído y en algunos momentos, casi no sé qué hacer. Hablamos entre nosotros, pero de una manera extraña. Emitimos algunas frases, pero todo con mucha dificultad, cuando uno dice algo es incapaz de pensar un momento lo que ha dicho.

Nos han dado 15 minutos para recoger las cosas, y ya comienzan a gritar en los corredores. Quieren que salgamos. En este nuevo ultraje está presente también el encargado de los asuntos internos del Estado, Doctor Okali de Bratislava. Quince minutos para recoger las cosas es demasiado poco. Leen los nombre de nuestro grupo, pero salen al corredor sólo unos pocos. Siguen leyendo los nombres de los otros grupos, pero tampoco ellos están preparados; al final dejan de llamar y cada uno sale cuando y como puede. Pero ¿a dónde nos arrastran?, ¿A dónde nos llevan?. Todos estamos obsesionados con estas preguntas. Las dicta el elemental instinto de conservación, que en estos momentos, con toda su fuerza, se apodera de todo el ser y lo sacude.

Jesús, Tú también estabas con nosotros esta noche

De veras. Jesús, cuánta fuerza nos has dado también en esta trágica noche. Nos vamos sin lágrimas, caminamos sin lamentos. Nos marchamos sin gritar, sin desesperación. Nuestros rostros están serios y reflexivos y al subir a los autocares sonreímos, aunque transidos de dolor. Una paz y un equilibrio inexplicable emana de lo más profundo de nuestro ser en este momento de angustia...

"En la Capilla distribuyen la santa Comunión", se avisa en el campo a los que todavía no han salido. Es verdad, Jesús, es verdad, nos llevan a un lugar desconocido, no sabemos si mañana podremos recibirte. Un joven sacerdote, cansado, distribuye con toda tranquilidad en la capilla el Pan de Vida. Acaso por eso está tan tranquilo, porque tiene en sus manos un gran copón con las Formas Sagradas. Llegan continuamente los nuevos presos **de Cristo**, y cada uno recibe nueva fuerza, para ir a un lugar desconocido.

Al final el sacerdote trae el ostensorio con la hostia grande. Alguien lo envuelve en un pañuelo y lo lleva a su maleta. Consumimos todas las hostias pequeñas del copón, somos varios y pasan unos quince minutos. Uno tomó el copón y lo escondió entre las mantas. De repente alguien pregunta: ¿Nos llevamos también los cálices?. ¡¡Llevémoslos!!. ¿Y los ornamentos de misa?. También. Los recogimos y los llevamos, con la tenue esperanza de, tal vez, poder salvar algo.

Salí del campo de concentración entre los últimos. El número de autocares había llegado a 9, y todos estaban repletos de hermanos. Todo estaba rodeado de gendarmes. En los coches entraron también los gendarmes: en algunos, dos; en otros, tres o cuatro. Todos con armas automáticas.

Algunos coches comenzaron a moverse, pero, a la vez, se movían las oraciones y los cantos. Los gendarmes empezaron a gritar y los cantos se apagaron. No se puede "violar" el silencio nocturno. El pueblo no debe saber nada de este nuevo rapto.

¡Qué profunda y bella es esta noche de abril llena de estrellas...! Son las dos y media de la mañana cuando nos llevan. En la fachada del Santuario Nacional resplandece en la noche una gran inscripción de oro:

"***Virgen de los siete dolores, a ti te canta el país checoeslovaco***".

Desde una ventana en Sastín nos contempla una cara desconocida y pálida, acaso el único testigo de lo acaecido. Al llegar a la carretera, los autocares se pararon y formaron una columna.

En algunos coches teníamos pequeñas estatuas de San Juan Bosco y en el noveno, que era el más pequeño, uno de los clérigos llevaba en brazos la estatua de María Auxiliadora. La Madre invisible y potente, iba con nosotros al frente de este nuevo rapto, camino hacia un lugar desconocido. María es nuestra esperanza. Ella nos conduce.

La noche era profunda y llena de estrellas, cuando te dejamos, Madre Dolorosa, en Sastin

Nos llevan a un lugar desconocido

La columna de autocares sale de Sastin en dirección del pueblo de Kuklov. En nuestro coche comenzamos las oraciones de la mañana; pero yo no sé si me doy cuenta de lo que voy rezando. Me atormenta la incertidumbre, que parece casi una fiebre, y una fiebre parece también la que mueve los autocares. Atravesamos el pueblo Kuklov. Las luces de las lámparas contemplan con pereza la noche... Y allí está la pequeña iglesia de Kuklov. ¡Señor, ¿a dónde nos llevan?!.

Por la calle caminan dos obreros, seguramente a tomar el primer tren para ir al trabajo. ¿Qué pensarán al vernos así?

Y de nuevo corremos, atravesando la oscuridad. Mi oración, llena de angustia, sigue distraída e impotente. Al pasar la estación de ferrocarriles de Sekule sigo el movimiento de la caravana con una gran tensión: cuando lleguemos al cruce ¿nos dirigiremos hacia el norte, a Moravia, o hacia el sur a Bratislava?. Siento cierto alivio cuando la columna se dirige a Bratislava.

¿Nos llevan acaso al campo de concentración de Podolínec?. Alguien en Sastin lo mencionó, pero no lo creemos. Si nos condujeran a Podolínec, ¿por qué no nos llevan a Trnava en dirección este?. Podolínec se encuentra en Checoslovaquia oriental y nosotros estamos en la occidental... ¡Cuántas cosas posibles e imposibles se mezclan con mis rezos!.

En la carretera asfaltada por la que vamos, hay unas curvas de casi dos kilómetros de largo. No las olvidaré hasta la muerte. En cada vuelta podíamos ver toda la larga columna de coches, que marchaban a unos 150 me-

tros el uno del otro. Los reflectores llenaban la distancia entre ellos. Así, toda la columna formaba un único torrente de luz, largo de casi dos kilómetros, un torrente que sin cansancio se deslizaba en la noche. Uno de los hermanos, en una de estas vueltas, exclama con entusiasmo: esto es una marcha triunfal, y lo repite también en italiano. Lo dice con una voz velada, pero con orgullo. La vista es hermosa, lo reconozco también yo, pero ¡qué tragedia lleva consigo!.. Ciertamente, si lo miramos a través de la fe, se puede hablar de una marcha triunfal, aún cuando la débil naturaleza humana no lo entienda demasiado. Cristo en triunfo se lleva a sus 250 testigos a un lugar desconocido, llenos de una fe y amor tales, que se dejan arrastrar por las manos de sus propios enemigos.

¡Jesús, es tu triunfo!. ¡A ti también te prendieron en una noche!. Es tu triunfo, aunque nos torturen con la angustia y la incertidumbre de no saber a dónde vamos y cuál va a ser nuestro futuro.

Es tu triunfo, y por eso aceptamos esta situación en medio de la tensión nerviosa que como humanos experimentamos. Todos rezamos y, aunque en la oración no podemos concentrarnos para pensar en ti, sabemos que Tú piensas en nosotros. ¡¡Señor, este triunfo es tuyo!!.

Jesús, ¿a dónde nos llevas?

Después de haber recorrido muchos kilómetros en la oscuridad de la noche, el cielo comienza poco a poco a iluminarse. Ya reconocemos los bosques típicos de Eslovaquia, con sus pinos de la familia "boro", que parecen como si fueran de piedra; corremos vertiginosamente en medio de ellos. En las ciudades y aldeas las luces de la calle están todavía encendidas; pero el día ya despunta. A distancia de unos 7 kilómetros, casi en la niebla, se ve la sierra de los pequeños Cárpatos. Todo se despierta en la mañana primaveral de rocío. Nosotros continuamos la travesía y sin cansancio, vamos hacía el sur.

Entrando en Bratislava, ya es de día. El sol se levanta; pero la ciudad todavía duerme. Todo parece como muerto. Al entrar en la ciudad, nuestra caravana se divide en tres partes y cada una sigue por diferentes calles. Nos unimos de nuevo a la salida de la ciudad, en la calle de Racha. Allí paramos un momento y de nuevo estamos listos para continuar. Vamos ahora hacía la parte oriental de los pequeños Cárpatos. Al principio, en la direc-

ción de Trnava, atravesando Pesinok... cerca del convento de los capuchinos, convertido en campo de concentración, en el que se encuentran los directores de nuestras casas y algunos otros hermanos. Lástima, ellos no pueden ni presentir que aquí, casi a su lado, estamos nosotros, que somos arrastrados sin saber a dónde...

Los autocares continúan la marcha sin descanso. Pasamos por poblaciones de donde provienen algunos de nuestros hermanos. Uno de nosotros con toda precaución echa a la calle un pequeño papel con un escrito: "nos llevan a Padolínec". Es casi cierto que ninguno recogerá ese trozo de papel. Pero, ¿qué no hace un hombre que se siente raptado?. Procura, al menos, dejar una huella de su situación.

Los pueblos y pequeñas ciudades se despiertan a un nuevo día. La primera gran sorpresa la tememos en Modra. En la plaza hay mucha gente, que baja de los autobuses. Nuestra caravana les llama la atención. En cada coche ven gendarmes con las ametralladoras y viajeros vestidos con sotana o de paisano; y maletas y paquetes, que llenan todos los espacios vacíos, tanto en la parte de arriba de los coches, como dentro de ellos.

En Budmerice la calle se encuentra casi desierta, sólo unas mujeres ancianas se dirigen hacia la Iglesia. Sigue el pueblo de Ruzindol; en las calles se encuentran pequeños grupos de gente. Los muchachos nos miran asombrados, las mujeres comienzan a llorar y con sus manos cruzadas en alto expresan su dolor. Presienten que algo terrible está sucediendo con la Iglesia. La noticia corre como un huracán y los obreros la llevan fresca a Trnava.

En Trnava y en otras ciudades, en los cruces importantes nos espera una guardia de gendarmes. Seguro que han recibido la orden de hacernos una obra de "caridad": controlar si todos los coches pasan o si en algún lugar la gente lugar se ha rebelado y nos ha liberado. Los obreros de Kopanka en Trnava no presentían que cerca de ellos pasaban sus padres y hermanos salesianos.

En las calles de los pueblos se encuentra más gente, la mayor parte está vestida de fiesta y con los libros de cantos se dirigen a la Iglesia. Hoy es la fiesta de San Marcos, y por doquiera se hacen procesiones a los campos para la bendición del trigo. Una o dos procesiones encontramos a nuestro

paso, con las manos juntas pedimos a la gente que ore por nosotros y nos ven desaparecer.

Ahora proseguimos sin cansancio hacia el norte, atravesando el valle del río Vah. Por todas partes provocamos alarma y asombro. Se asombran también los obreros de la gran fábrica de Tiberqien, en Trencin, donde paramos cerca de una hora para proveernos de gasolina.

¿Nos llevan a Podolínec?

Este largo viaje no parece cansarnos. Ciertamente se deberá a la tensión por no saber a dónde nos dirigimos... ¿Nos llevan acaso a Rusia o hasta Siberia?. Estos pensamientos vienen a nuestra fantasía, cuando en Zilina hacemos un viraje hacia el Este. Es verdad que hasta ahora nadie había oído hablar de algo semejante o de que tuvieran esas intenciones sobre nosotros.

La angustia nos quita el apetito y no comemos nada.
Las montañas se encuentran a derecha y a izquierda, floreciendo, despilfarrando su belleza y sus colores de primavera... y nosotros con las raíces cortadas éramos arrastrados de Varin y Strcno siempre en dirección al Este. Las manos encallecidas de los hombres y mujeres en los pueblos se cruzan a nuestro paso por el dolor.

Indiferentes permanecen sólo los pueblos protestantes. Aquí la gente nos mira, hablan una o dos palabritas y se marchan.

Pasada Zilina, comenzamos a pensar que nos llevan a Podolínec. Casi con violencia nos invitamos unos a otros a comer. Algunos comentan si no nos podríamos acaso escaparnos del autocar. Pero seriamente no lo piensa ninguno. Atravesamos el pueblo Svit, bajo las montañas de la gran Tatra. Centenares de obreros y obreras salen de las fábricas y se llevan a casa nuestras miradas de encarcelados.

Todavía una vez más nos oprime la angustia cuando nos acercamos a la ciudad de Poprad. ¿Iremos a Poprad, hacia el Este en la dirección de Presov, o daremos un giro a la izquierda hacia el Norte, por donde se va a Podolínec? Los autocares giran hacia el Norte. Ahora estamos seguros, al cien por cien, de que nuestra nueva suerte será el campo de concentración de Podolínec. Al menos nos quedaremos en la patria, aunque sea en un campo de concentración.

Pero nuevas inquietudes vienen a mi mente. ¿Cómo será la vida en este campo desconocido?.

Podolínec.... nuestra caravana se detiene delante del pueblo[1]. La espera acrecienta nuestro sufrimiento, el sufrimiento de lo desconocido. Por fin los coches se mueven y con breves intervalos, uno detrás de otro, entran en el pueblo, y nosotros con ellos a un futuro desconocido... ¡Ay!, ¡qué amargos recuerdos me torturan, aún hoy, cuando en lo escondido estoy escribiendo estos hechos!.

Aquella tarde del 25 de abril de 1950

La terrible tarde del 25 de abril provoca en mí, todavía hoy, sentimientos de horror.

Cerca de las cuatro, los autocares se pararon en las calles del pueblo. A la derecha de la carretera se encuentra el convento de los PP. Redentoristas,

[1] La pequeña ciudad de Podolínec se encuentra en la parte oriental de las montañas llamadas Alta Tatra, a unas decenas de kilómetros de la ciudad provincial de Poprad, que es el principal centro turístico para subir a la Alta Tatra. Podolínec se encuentra en una hondonada por la cual corre el río Poprad hacia Polonia. Cuando el cielo está claro, a la izquierda, en la lejanía, se ven las cumbres de Belanske Tatry y de Spisska Magura, en toda su majestad. La parte derecha del ancho valle está rodeada por las montañas de Levoca. Podolínec tiene una historia bastante rica, como atestiguan los restos de las antiguas murallas.

En Podolínec se encuentra un gran convento de los Padres Redentoristas que los comunistas, en abril de 1950, convirtieron en campo de concentración de los religiosos. El convento, un largo edificio de dos pisos, comienza en la carretera principal del pueblo, detrás de él se encuentra una gran Iglesia de peregrinación, que forma con el convento una unidad.

Al otro lado de la Iglesia va unida otra parte del convento, de un piso. En la parte sur del convento y de la Iglesia se encuentra un patio de unos 70 metros de largo y de 15 metros de ancho, el recinto de esta parte está formado por los restos de las antiguas murallas de la ciudad a la altura de unos 5 ó 6 metros. En la parte oriental se encuentra un jardín de unos doce metros de ancho, con hierba y árboles frutales; el recinto de esta parte consta de un muro de más de dos metros de alto con un pequeño techo de madera encima. Este recinto se unía en la parte sur a las murallas mencionadas. Detrás del muro se encuentra sólo un sendero y sigue el río de Poprad.

Por fin en la parte norte del campo de concentración se encuentra un huerto grande, en el cual había un campo de centeno y se cultivaban legumbres.

convertido en campo de concentración; a la izquierda, las pequeñas casas de la población, una de ellas es la casa del herrero. Los nueve coches se pararon uno detrás de otro, y enseguida los rodearon los gendarmes. No podemos abrir ni la ventanilla. Y así, espera que te espera, como en una celda moderna de acero, hasta que llegue el momento de salir.

Después, abren la puerta del autocar y dan la orden de salir. Uno se tambalea como medio atolondrado con sus maletas. Dos pasos y te encuentras en el patio del campo. Su longitud es de cerca 60 metros por 20 de ancho. En dos hileras, distantes cuatro metros, se encuentran decenas de gendarmes, nos colocan uno detrás de otro, entre las hileras. Las órdenes son severas, y con gritos e insultos. Un civil le da a uno de los salesianos un puñetazo en el pecho, y faltó poco para que no le respondiera con una bofetada. Una vez puestos en fila, leen la lista. Después con gritos e insultos nos conducen, a través de corredores desconocidos, a unas habitaciones, también desconocidas. En los corredores, por todas partes hay gendarmes. Cuando nos introducen en las habitaciones nos dan la orden de no salir de ellas. Y así, todos juntos, impotentes, esperamos y esperamos, hasta que finalmente viene alguien de nuevo a gritarnos. De repente, entra en nuestra habitación el civil que había dado el puñetazo al salesiano. Venía a "controlar" las estatuas de María Auxiliadora y de San Juan Bosco, para decidir si podíamos seguir teniéndolas en el campo de concentración. Las sopesó, por si contenían algo dentro. ¿Piensa este ignorante que acaso dentro de las imágenes se esconden bombas?. Lo observamos durante unos minutos con enorme tensión, pues tememos que las tire al suelo y las rompa. Algunos de nosotros sienten que, en este caso, no podrían dominarse y le harían saber con el lenguaje de los puños lo qué significa deshonrar a la Virgen y a San Juan Bosco.

El control de las imágenes terminó positivamente, María Auxiliadora y San Juan Bosco pueden quedarse con nosotros en el campo.

Noche en las almas

Nuestro ánimo en estos momentos está abatido. La bienvenida dada por los gendarmes, su comportamiento brutal, obra como un granizo destructor. En Sastin cada uno de nosotros había pasado algunos años de vida. Allí lo

conocíamos todo: la casa, la ciudad, los alrededores y toda la región. Y aquí, nos encontramos en una casa desconocida, en un país distinto, entre hombres violentos, y esto es sólo el comienzo.... Este traslado impuesto, el viaje que hemos hecho, este comportamiento bestial, casi paralizan nuestros pensamientos, audacia y energía. Se acerca la primera noche en lo desconocido.

Cansadísimos del viaje, atormentados por la brutalidad y por nuestro futuro incierto, nos sentamos sin aliento en las camas. Hablamos en voz baja y poco, las sonrisas eran raras, débiles y casi lívidas. Sin apetito comemos de lo que habíamos traído. El alojamiento en nuestra habitación es casi imposible. Hay tantas camas, que casi no nos podemos ni mover. Sin embargo, no son suficientes para tantos como somos; no alcanzarían ni aunque durmiéramos de dos en dos en cada cama. En algunas camas hay mantas y sábanas, en otras, ni colchón. Ignoramos lo que sucede en las otras habitaciones, donde están nuestros hermanos.

Hablamos y reflexionamos sobre lo que nos espera aquí. Llegamos a la idea de que será mejor buscar alguna solución honrada para poder escapar. Nos parece que la vida aquí va a ser un infierno, que nos podrá llevar a un derrumbamiento espiritual, o a enloquecernos.

Los que tienen mantas y sábanas se preparan para dormir. Es necesario también dormir... Es preciso dormir. Pero, ¿cómo será este sueño?. Sólo el sueño podrá interrumpir el torrente de vivencias que hemos experimentado y librarnos por un momento de ellas. Eso lo entendemos todos y nos disponemos a descansar. De un modo o de otro buscamos la manera de que todos podamos dormir.

La primera noche en Padolinec

A las siente y media, cuando sobre la región se cierne la oscuridad, nos llaman para cenar. Nos vamos en filas de dos y los gendarmes nos acompañan. En el refectorio de los Redentoristas sólo caben unas 60 personas. En las paredes se encuentran las escenas de la última Cena y del Calvario. Bebemos una taza de café sin sabor y un trozo de pan y nos devuelven a las habitaciones. Además del complejo de corredores y estancias, conocemos tres lugares, el refectorio, nuestra habitación y los servicios. Para ir al servi-

cio debemos pedir permiso a los gendarmes. Después de la cena, seguimos sentados en las camas todavía casi paralizados y sin saber qué hacer... Sí, será mejor que cuanto antes, de una manera honrada, nos escapemos de aquí.

Nos enteramos, creo que fue en el refectorio, de que esta noche van a marcharse del campo hacia sus casas unos 90 muchachos. Son los aspirantes de los Verbitas de Stiavnik, los novicios de los PP. Consoladores de Zlate Moranvce, los novicios de los Redentoristas y de otras Órdenes.

Terminamos la preparación de las camas para dormir. Con varios pretextos logramos visitar otras habitaciones. Yo, por ejemplo, di una ojeada a la habitación número uno. Es relativamente pequeña, pero con 14 camas. Para poder dormir todos, tienen que coger los colchones y ponerlos en el suelo y, aun así, dos hermanos tendrán que pasar la noche sentados en un baúl envueltos en las mantas.

A pesar de que la parálisis y el terror son dolorosos, no atacan nuestras fuerzas espirituales en lo más profundo. Porque en lo más hondo de nuestro ser, Cristo sigue conservando las raíces de nuestra imbatibilidad y audacia. El nos sostiene.

4

LAS ANGUSTIAS DE LOS PRIMEROS DÍAS

La primera mañana en Podolínec

Recuerdo como si fuera ahora aquella primera mañana del 26 de abril. Nos levantamos cerca de las seis, pero todos como paralizados y ausentes. A uno le parecía como si despertase en un país terrible, en el cual fuese posible soñar, pero no vivir en él.

Fue algo así como la apatía que procede de la desgracia, por la que el hombre se resiste a aceptar la nueva situación y casi no quiere creer que, después de un viaje tan horrible como el de ayer, con tantas vivencias brutales, se hubiera despertado en Podolínec.

Espiritualmente me siento abatido y lo primero que pienso es en salvarme: ayer nos dijimos que debíamos escapar de aquí. Medio atontados, abrimos el grifo para lavarnos. Todo el cuerpo estaba totalmente impregnado del peso de lo que hemos vivido, sus reacciones parecen lentas y resignadas.

Entre los edificios del campo de concentración se halla también una gran iglesia, lugar de peregrinaciones, con dos torres, a la que se puede entrar directamente desde el corredor del campo. La iglesia es mi primer gran descubrimiento de esta mañana. Nos reunimos allí más de 500 religiosos, casi todos jóvenes, me parece que tres cuartas partes de nosotros no llegamos a los 30 años. Una voz desconocida y fuerte recita las oraciones salesianas de la mañana, nos aferramos a ellas en este lugar desconocido como a un áncora. Antes de comenzar la Santa Misa cantamos una oración eucarística, durante ella dos sacerdotes salieron a distribuir la Comunión.

¡Qué encuentro conmovedor con Jesucristo, en el nuevo campo de concentración!. También aquí, en Podolínec, se encuentran los gendarmes con las ametralladoras y nos vigilan a nosotros y a Cristo.

¡Cristo con nosotros, qué realidad tan fuerte y tan dulce!

La mayoría de nuestros sacerdotes pueden hoy sólo comulgar. No es posible celebrar, porque la iglesia está abierta sólo durante una hora y tiene sólo cinco altares.

Nos encontramos con caras desconocidas y hábitos diferentes. Se encuentran aquí los Redentoristas, pues este campo de concentración fue antes del 13 de abril su convento. Se encuentran los Consoladores del Sagrado Corazón, los Misioneros del Verbo Divino y los Dominicos. Los hábitos son diferentes, pero los corazones iguales. A todos nos han encarcelado por el amor a Cristo y a las almas.

Este gran encuentro con Cristo, en esta desgracia común, nos comienza a unir interiormente. Cuando los sacerdotes distribuyeron la Sagrada Comunión, salió al altar un sacerdote de unos 50 años con los cabellos grises, un poco grueso. Ofrecía con nosotros el sacrificio del Calvario y nos ofrecía también a nosotros, víctimas en el campo de concentración.

Más tarde me entero de que es el Redentorista P. Cop, al cual le habían encargado de celebrar aquí las misas. Durante la Misa cantamos o estuvimos en silencio. Como prisioneros en una tierra extranjera, cantamos canciones típicamente salesianas, sintiéndonos unidos al mismo Cristo y a María Auxiliadora. Cantamos de corazón. Como unos desterrados de Eslovaquia occidental, hemos traído de allí sólo las maletas y las mantas, pero hemos encontrado aquí a Cristo y a la Auxiliadora y con ellos podremos vivir.

Al salir de la iglesia encontramos en la sacristía a los religiosos Basilianos del rito greco-católico, que celebraban la misa. Son unos seis u ocho.

El control de la mañana

Después de la misa, todos tuvimos que presentarnos en un patio cuadrado, con la iglesia de una parte y los edificios del campo cerrando las otras tres partes. Nos colocamos junto a los muros de cinco en cinco. El centro del patio se quedó vacío.

Allí se encontraba el organizador principal del campo de concentración, Juan Turansky, que ha sido hasta ahora el carcelero de la cárcel de Leopoldeov. Nos presenta al Padre Juan Krasnansky, de la orden de los Verbitas, como responsable de todos los grupos de los religiosos. Nos dice que para todo debemos dirigirnos a él.

Turansky habla poco, en los ojos y en la cara revela la triste seriedad carcelera. Sobre todo acentúa el orden. Cada uno debe estar en la habita-

ción y está prohibido vagar por los patios y corredores. Lee todos los nombres y cada uno, después de leído su nombre, marcha a su habitación. Allí esperamos hasta que nos llaman para el desayuno.

De nuevo nos agrupamos de dos en dos y vamos al refectorio. Delante del refectorio permanecemos unos diez minutos, esperando que nos dejen entrar y, rápidamente y de pie, bebemos un café sin sabor, comemos el pan y de nuevo volvemos a la habitación. Al regreso, algunos se paran un momento en el patio cuadrado, dan un pequeño paseo y luego se van uno tras otro.

Durante la mañana, muchos de nosotros ocupamos las habitaciones que durante la noche fueron evacuadas, ya que los gendarmes llevaron, no se sabe a dónde, a los muchachos aspirantes de los Redentoristas, de los Verbitas y de los Consoladores. Se llevaron también a los novicios de estas órdenes, en un total de más de 90 jóvenes. Pero, aún después de la ocupación de las habitaciones evacuadas, el alojamiento es escaso. Las camas están juntas y no se puede transitar. Durante la noche algunos hemos dormido de tres en tres en dos camas juntas, otros duermen de dos en dos. El campo no posee lugares suficientes para el aseo personal. En cada corredor hay un grifo; en las habitaciones, nada. Logramos recoger el agua en jofainas.

Todo el día permanecemos en las habitaciones. De vez en cuando, clandestinamente, nos visitamos unos a otros. Por la tarde nos atrevemos a visitar también a los del primer piso.

Durante la comida me entero de que en el campo se encuentran los jesuitas eslovacos. Están en los edificios de la otra parte de la iglesia. En el segundo piso los albañiles han hecho un muro que nos separa de ellos. Parece que los jefes del campo temen demasiado a los jesuitas. Son unos 130. Durante la noche del 13 al 14 de abril los sacaron del convento de los Premostratenses de Jasov, convertido ahora en campo de concentración. Ayer por la mañana los trajeron aquí. En el corredor que conduce hasta donde ellos están, hay un gendarme que los vigila y no deja pasar a nadie. Entre los jesuitas hay compañeros y conocidos nuestros. Sólo de vez en cuando alguien logra saludarlos clandestinamente, sin que el gendarme lo vea. No pueden juntarse con nosotros ni en la iglesia. En su edificio tienen la propia capilla[1].

[1] El convento de los Padres Redentoristas de Podolínec constaba de dos partes: la parte anterior de dos pisos había sido colegio de bachillerato y al colegio perte-

El primer día, desde nuestra habitación del entresuelo, logré subir hasta el segundo piso para visitar a nuestros hermanos, pero no logré entrar en el patio exterior y tampoco en el jardín, ni donde estaban los jesuitas. Nuestras ventanas, que dan al pequeño patio cuadrado, las han pintado de blanco y nos han prohibido severamente abrirlas.

El responsable y organizador en el campo de los jesuitas era Ladislao Svejduk, el carcelero de Kosice. Es el mismo que con su cara salvaje, ayer a nuestra llegada, nos gritaba y controlaba las imágenes de la Auxiliadora y de San Juan Bosco. Tiene unos ojos horribles, que, en sus momentos de rabia, se le ponen saltones y los mueve como un diablo. Muchas veces se le oye gritar en los corredores y en los patios. Todos tenemos miedo y evitamos darle ocasión de enfurecerse.

¡Qué bien deben de estar los jesuitas bajo su mando!.

Contra la angustia de los primeros días

Los primeros días en Podolínec se nos antojan como nuevos, caracterizados todos por la incertidumbre y la angustia. Pero en medio de la angustia permanecemos alegres.

Comenzamos de nuevo a dar señales de vida y hablamos, a ratos, tal vez demasiado. Nos proponemos, cuanto antes, superar las huellas de la primera impresión de parálisis que se apoderó de nosotros a la llegada a Podolínec. Sobre todo nos apoyamos en Cristo y en María Auxiliadora, esperando de ellos, paz, ayuda y paciencia. Y ellos nos las regalan.

En tres o cuatro días, al menos exteriormente, nos hemos curado del gran susto, pero en el subconsciente la herida no se curará fácilmente. Ofrecemos y donamos toda esa realidad a Cristo. Aceptamos todo y, en medio de nuestra debilidad, lo soportamos todo.

A1 principio no nos dábamos cuenta de que estando alegres llevábamos

necía la iglesia pública de estilo barroco. A la otra parte de la iglesia se hallaba otro edificio de una sola planta, donde habitaban la comunidad y los profesores del colegio, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En este segundo edificio fueron recluidos todos los jesuitas de Eslovaquia. Durante las primeras semanas estaba rigorosamente prohibido cualquier contacto con ellos. Pero poco a poco la prohibición se fue relajando y, al final, los jesuitas pudieron jugar con los otros religiosos en el patio del colegio.

al campo el ánimo que vence el abatimiento. Nuestra alegría y cordialidad nos ayudaba a movernos en el campo con más libertad.

Otros religiosos sólo pensaban en lo que había sucedido en los días anteriores y esto los aterrorizaba, pues hubo un tiempo en el que los encerraron en las habitaciones como en una cárcel y hasta debían pedir permiso al gendarme para ir al servicio y, por eso, en el campo reinaba un silencio sepulcral.

Pronto nos echamos a la espalda los gritos de los gendarmes. Éramos muchos y casi todos jóvenes, con nuestra actitud de afabilidad desarmábamos a los gendarmes y a los responsables y organizadores. Después de una semana se sentía en el campo un ambiente de relajación que, a ratos, se convertía en desorden, dando así oportunidad a que algunos padres ancianos se quejaran de que en el campo no se hacía silencio. Comprendíamos que era un problema generacional. A nosotros también nos incomodaba el que ellos fumaran. No nos quejábamos; lo soportábamos por amor a Cristo.

El horario del campo de concentración

Al día después de la llegada nos organizaron en grupos. Cada grupo se componía de unos 20 religiosos, los había hasta de treinta. Al frente de cada uno designaron a un responsable, un religioso del mismo grupo. Y para todos los grupos había un responsable principal, el Padre Krasnansky. Sobre los responsables religiosos estaban los jefes civiles, Turansky y otros. El jefe principal de todo el campo era el comisario Grigel, que se dejaba ver entre nosotros sólo de vez en cuando.

Dos veces al día, los grupos se presentaban en el patio cuadrado para el control, y durante la revista los gendarmes nos observaban desde el corredor.

La organización en grupos se mantenía cuando se trataba de la distribución de trabajos y al formar para ir a comer. También en Podolínec nos insistían mucho en que nos encontrábamos en un convento, pero en un convento con gendarmes carceleros y jefes ateos.

El estilo de vida propio de un campo de concentración no se puede negar de ninguna manera, basta, por ejemplo, ver el horario que nos pusieron en la puerta de cada habitación:

Horario

6 de la mañana	levantarse y arreglo de los lugares
6,30	Misa
7.	paseo de mañana
7.30	desayuno
7.55.....	revista de la mañana
8.15	adiestramiento (adoctrinamiento)
8.30	trabajo
9.	servicio de enfermería
12.30.....	comida
14	trabajo
16	revista de la tarde
19	cena
19.30	programas de cultura y recreación
22	descanso

Los sábados teníamos el mismo horario hasta las 14. A esta hora era el arreglo de las habitaciones.

17	confesiones o tiempo libre
19.....	cena y recreación
23	descanso

Horario de los domingos y días de fiesta:

7.....	levantarse
7.30	revista de la mañana
8	Misa con predicación
9	desayuno, tiempo libre (confesiones, cultura, deporte, paseos dentro del campo)
12.30	comida y tiempo libre como en la mañana
19.30.....	cine
22	descanso

Pienso que es un horario típicamente carcelero, con la diferencia de que teníamos la misa y la posibilidad de confesarnos.

En cuanto al adoctrinamiento, no se hacía regularmente. Ni tampoco lo referente a programas de cultura: recreos y cine.

Algunos jefes ingenuos nos prometían que en el campo se tendrían también bailes, que vendrían chicas, etc. Los escuchábamos con una sonrisa compasiva. No sabían que nosotros desde hacía mucho tiempo habíamos renunciado con nuestros votos a todo eso.

Otros prometían abrir un bar en el convento y cosas semejantes. Nos burlábamos también de esto. Las alusiones a las chicas nos hacen pensar que tal vez nos querían corromper de esa manera. No eran capaces de comprender de lo que es capaz el amor a Cristo y a las almas, cuando es sincero y fuerte, y nosotros diariamente nos esforzamos por ser así. Aún siendo hombres frágiles, como ellos, obra en nosotros la gracia del Señor que sabe dar la fuerza para todo.

Los trabajos en el campo

Ya desde el principio de nuestra permanencia en Podolínec comenzaron a distribuirnos trabajos. Unos grupos diariamente pelaban las patatas, otros lavaban la vajilla, otros arreglaban el campo, pues en los patios se encontraban montones de vigas viejas, porque poco tiempo antes los Redentoristas habían cambiado las vigas y las tejas de los edificios.

Además de estos trabajos, también otros grupos tenían que lavar la ropa de todos, tener cuidado de la Iglesia, cultivar la huerta, cuidar los árboles del jardín y mantener en orden los almacenes, etc. Durante las horas de trabajo estaba severamente prohibido permanecer en las habitaciones.

El trabajo lo controlan los organizadores civiles. Poco a poco nos fueron dejando entrar en el jardín, bien sea para trabajar, bien para pasear y sentarnos.

El jardín es grande, está cercado por una parte con un muro y por otra con una valla de tablas. Nos gustaba ir al jardín más que al patio cuadrado, ya que desde él sólo se ve el firmamento y de vez en cuando un pájaro. Permanecer allí es sentirse enjaulado y encarcelado. Todo lo contrario sucedía en el jardín, desde donde se divisaban los campos ondulados, a la derecha la sierra de Levoca, y a la otra parte la sierra de Spisska Magura.

Desde donde estaban confinados los jesuitas se divisaba el cielo sereno y las cimas de la alta Trata. Su grandeza y majestad conmueven. Se encuentran a una distancia de unos 30 kilómetros, aunque parecen

más cerca, porque se siente el aire puro. Su color azul marino es hermoso. Muchas veces deseábamos poder llegar hasta ellas. Era solo ilusión, pues en nuestra condición de prisioneros, la Trata para nosotros no existía.

Cuando estábamos en libertad, pocas veces salíamos a contemplar la naturaleza. Muchos de nosotros no teníamos ni siquiera tiempo para ello, pero en el campo de concentración lo deseábamos y esto nos torturaba aún más. El hombre en el campo de concentración, sin quererlo, desea cosas que no deseaba cuando gozaba de libertad. Pienso que es uno de los rasgos de la sicología carcelaria.

El trabajo y sus rasgos carceleros

En general trabajábamos en el campo con cierta desilusión. No porque no supiéramos hacerlo, o porque nos encontrásemos con un trabajo manual por primera vez en nuestra vida como religiosos, sino por la condición de presos en que nos hallábamos.

Conocíamos también todos los instrumentos de trabajo, la sierra, la pala, el pico y la escoba; pero aquí, cada uno de estos instrumentos nos hablaba de la sierra de los presos, la pala de los presos, etc.

Es un enemigo quien te puso a trabajar, te controla y te obliga. Tú eres un preso y él es tu dueño. Aquí no hay libertad, no hay espontaneidad ni creatividad; sólo existe la presión. Un trabajo de este género, por ordinario que sea, te resulta más difícil que en las condiciones normales.

Diariamente lo ofrecemos a Cristo como parte de nuestros sufrimientos y persecución. Uno de los medios que nos ayuda a aligerar el trabajo en el campo es el hacer chistes del mismo. Propiamente nos burlamos de nuestra miseria, lo cual nos ayuda también sicológicamente a no sentir tanto el peso de la tortura.

Otra cosa que nos ayuda es vernos a tantos haciendo el mismo trabajo; por ejemplo, en el trabajo de la madera somos tres veces más de los necesarios. También en el jardín y en el patio sobra gente. Es imposible encontrar aquí trabajo para 550 personas.

Nuestro trabajo no nos cansa demasiado, pues hacemos lo posible para que no sea así, ya que la comida es insuficiente. Inconscientemente se trata de una protesta contra la injusticia que se está cometiendo con nosotros.

Burla de la vida religiosa

Esta es la vida conventual en el campo de concentración. A los sacerdotes que trajeron aquí, los substrajeron de los púlpitos, de los confesionarios y de las escuelas, ahora los obligan a hacer canales. Les arrebataron los fieles y les obligan a cultivar patatas y tomates. Con la violencia física y con las armas han imposibilitado parte de su vida sacerdotal. No pueden bautizar, ni hacer otros servicios sacerdotales.

A los teólogos y clérigos les quitan los libros de las manos. Nos impiden cumplir nuestra misión apostólica, a todos nos quitaron nuestro trabajo con nuestros queridos jóvenes y nos obligan a recoger la basura de los techos, a reparar los servicios, etc. Nos cerraron la boca, arrancaron los corazones, todo nuestro apostolado lo ataron de pies y manos.

Y así, en estas condiciones, todavía ellos nos dicen que estamos bien. ¡Ojalá este estar bien no dure demasiado!

Es verdad que entendemos este trabajo carcelero, como una penitencia por amor a Cristo. Pero cada uno de nosotros siente que le han arrancado algo a lo que Dios mismo nos ha llamado y, con esto, se le ultraja también a Él.

En cuanto a las oraciones, oficialmente nos dieron sólo media hora diaria para la Misa y esto es todo. Los nuevos cristianos hoy hacen la meditación, la lectura, rezan el rosario, y a nosotros aquí, como una burla, sólo nos dan media hora. ¡Y hablan de que esto es un convento!. ¿Nos quieren ir desacostumbrando poco a poco de la oración, del encuentro con Cristo?.

¡¡No, esto no sucederá!!

Según el horario del campo nos debemos levantar a las 6, pero nos levantamos a las cinco para la meditación. Durante el día, clandestinamente, nos reunimos para la lectura. Por una entrada secreta algunos de nosotros entramos de día a la Iglesia cerrada, para estar junto a nuestro Salvador.

Los rezos de la noche los hacemos en las habitaciones. A grandes gritos nos impiden cantar, porque los cantos se oyen en la calle y en la plaza cercana de Podolínec. En las habitaciones podemos rezar, pero con las ventanas cerradas. El rosario lo recitamos en grupitos en los patios. Nuestros coloquios con Cristo y con la Santísima Virgen crecen y están llenos de sinceridad y fervor. Son incluso más numerosos que antes. Hay hermanos que diariamente rezan los 15 misterios.

Los Padres Redentoristas tienen aquí, en su almacén, un libro muy hermoso de San Alfonso María de Ligorio, que se llama "***El camino del***

amor". Nos han regalado un ejemplar a cada uno y nos sirve mucho. También nos gustan los libros espirituales. Es natural.

Aunque nos quieren separar de Cristo, nosotros nos agarramos más a Él con testarudez.

Seguiremos alegres. Por todo el campo llevaremos la alegría en cuanto nos sea posible. Por fuera seremos unos cristianos normales, pero en el corazón florece Cristo, sus pensamientos, planes y amor.

De Cristo nace nuestra alegría y la alegría que se difunde en todo el campo.

5

LAS MADRES LLORAN, LOS FAMILIARES NOS BUSCAN

Nuestros familiares se enteraron de nuestro traslado a Podolínec sólo 24 horas después. La caravana de autocares que nos llevaba levantaba tal clamor que se oía por doquier. A los pocos días comenzaron a venir a visitarnos, pero qué situación tan diferente la que aquí vivíamos, comparada con la de Sastin. Aquí no podíamos tener ninguna comunicación, ni hablarnos, ni darnos la mano, ni vernos. El tren rápido de Bratislava diariamente traía a Propad decenas de nuestros familiares. De Propad a Podolínec llegaban en otro tren. De la estación se apresuraban a venir al campo. Les empujaba el deseo de vernos y de enterarse de si estamos bien de salud.

El viaje a Podolínec y el regreso a casa dura dos días y les cuesta unas setecientas coronas. Tanto cansancio y gasto para nada. Los gendarmes en la puerta principal se muestran sordos a las peticiones y las lágrimas, de nada sirven, ni tampoco la constancia de nuestros familiares. Los paquetes los reciben los gendarmes y nosotros ni nos enteramos.

¡Qué escenas suceden cada día ante la puerta del campo!. Nuestros familiares, como mendigos, pidiendo por caridad un trocito de humanidad para que les permitan vernos por un momento. Y esta migaja de humanidad no se les da. Les echan de la puerta como a perros, les gritan, los rechazan, los amenazan con la cárcel. Todavía ahora veo sus rostros llenos de angustia. Rostros de tristeza... están allí, mendigan y no reciben nada.

Por las ventanas de una habitación que da a la calle, lo vemos todo muy bien. Algunos de ellos se dan cuenta de que estamos en las ventanas e intentan ver a quien les interesa, pero no lo logran. Sólo algunos tienen, a veces, la suerte de verse durante cinco o diez segundos con sus hijos a través de esas ventanas benditas, a través de ellas les enviamos nuestra sonrisa y un rápido saludo con la mano, pero inmediatamente nos apartamos de allí para evitar que ellos nos respondan de la misma manera y así se enteren los gendarmes. Los que han tenido esa dicha se llevan de Podolínec, al menos, la imagen de esa sonrisa en la cual va depositado todo el amor filial. Algunas veces fuimos castigados por esto, pero nos queda la satisfacción de haber podido, al menos, enviar a los nuestros una sonrisa y un pequeño saludo.

Las madres rodean el campo

Cuando nuestros familiares se dieron cuenta de que no podían lograr nada a la puerta de nuestra prisión, comenzaron a dar vueltas al campo, seguramente aconsejados por la buena gente de Podolínec, y fue así como algunos de nosotros pudimos hablar con ellos por unos minutos a través de la cerca de madera.

La operación se realizaba en el jardín, a unos cuatro o cinco metros de la cerca que da al sendero; y había que hacerla de tal manera que el gendarme que hacía guardia no pudiese ver, ni sospechar nada. Para ello, el hermano que iba a hablar con sus familiares se sentaba en uno de los bancos del jardín, de espaldas a la cerca, y desde la otra parte los familiares agachados, con los rostros casi en tierra, podían hablarle.

De todos los visitantes las que más compasión nos daban eran nuestras madres. Tristes, como aquellos a quienes les han robado a sus hijos, pisoteadas y despreciadas por largo tiempo, permanecían delante de la puerta del campo, luego se aproximaban a la cerca para ver si lograban vernos y con gran dolor se alejaban, cuando el gendarme o algún civil comenzaba a amenazarlas. A veces había gendarmes buenos, que por cinco minutos se hacían los distraídos, para darnos ocasión de poder saludar a los visitantes, pero pronto debían intervenir para no verse ellos mismos comprometidos.

¡Madres!... ¡Nuestras madres!... Muchas de vosotras jamás en la vida habíais hecho un viaje tan largo, y ahora os encontráis solas delante de una puerta, o dando vueltas a una cerca para ver a vuestros hijos. ¡¡ Madres, estos cuadros jamás los olvidaremos!!. Vuestros ojos tristes, vuestros rostros afligidos, vuestros pasos tímidos, todo nos penetraba, gritaba dentro de nosotros... y lo que más nos dolía era nuestra impotencia de no poder ayudaros. ¡Madres, nuestras queridas madres!....

Se dice que no estamos presos... pero...

El primer domingo en Podolínec tuvo lugar, por primera vez, una escena brutal cometida contra nuestros familiares: los gendarmes con sus ametralladoras los empujan hasta unos cien metros del campo de concentración, hasta la plaza de Podolínec. Lo hacían, porque los jefes temían la aglomeración de la gente. Pero, decidme, compañeros ¿por qué teméis a nuestros familiares?. Ellos están tristes y preocupados por nuestra suerte y

han emprendido un largo viaje, no para organizar una revuelta, sino porque tienen derecho a vernos y a recibir informaciones sobre nosotros.

Al principio nos permitían recibir los paquetes que ellos nos traían. Más tarde, los paquetes tenían que llevarlos al Despacho de correos de Podolínec. No entendemos por qué se toman estas medidas con nosotros. ¿No estamos prisioneros?. Pues los presos en las cárceles pueden verse con sus familiares, al menos una vez cada seis semanas, y cuando yo escribo estos acontecimientos, llevamos ya varios meses en el campo de concentración.

Pasadas unas semanas, el número de visitantes fue disminuyendo y con toda razón. Delante del campo les esperaba siempre la misma conducta brutal. Así es que prefirieron quedarse en casa con su tristeza y su dolor. ¿Para qué aumentarlos con un viaje tan penoso y un regreso sin consuelo?. Quedándose en casa se ahorraban, al menos, las multas y los interrogatorios que algunos tenían que soportar...

El mes de mayo en Podolínec

Nuestra llegada a Podolínec cambió el ambiente de la iglesia con nuestros cantos. Teníamos dos buenos coros, compuestos cada uno por cuarenta clérigos. Durante el mes de mayo nuestros jefes nos permitieron, además de la misa diaria, celebrar por la tarde el ejercicio da las flores.

Madre Auxiliadora, solo tú sabes cómo el día primero de mayo cantamos con toda el alma la bella canción:

"en las alas muy finas de mayo llega a nosotros María..."

Te sentíamos muy cerca y podíamos, además de celebrar tu mes de mayo, sentir la ternura de muestro amor hacia ti.

La hermosura de las tres Ave Marías, antes de irnos a dormir, cuando cada uno de rodillas junto a su cama las rezaba, iluminaba el dormitorio oscuro donde lucía tu imagen.

Te queremos, te queremos mucho... para ti son nuestra música y nuestros cantos, que llenan de luz la oscuridad de estos días que estamos viviendo aquí.

¡Qué alegría, Madre, que con nuestros cantos y con nuestro amor podamos inflamar de amor a los otros... Es un mayo hermoso, a pesar de estar en el campo de concentración...!

Firmad, y saldréis

El mes de mayo también tuvo sus espinas. Hubo momentos de presiones como en Sastin. No recuerdo bien si a fines de abril o a principios de mayo, nos dijeron: "*Firmad la salida y os iréis a casa*". Esto significaba para nosotros lo mismo que firmar nuestra sentencia de muerte en nuestra Congregación Salesiana, y, ellos, los verdugos, se lavarían las manos como Pilatos.

Firmar en estas condiciones tan difíciles, significaba, en el sentido estricto de la palabra, la traición a la vocación; con la firma nos podríamos sentir obligados a abandonar nuestras Órdenes o Congregaciones.

Hubo algunos que decían:

"No tenemos conventos, ni superiores, la Orden ahora no existe, podríamos irnos a casa".

Otros sin embargo objetaban:

" Los superiores existen, sólo que se ven imposibilitados para ejercer su papel de tales. Suprimir una Orden sólo lo puede hacer la Iglesia. Esto es una violencia y, por eso, mientras podamos, sigamos nuestra vocación y permanezcamos fieles, observando, al menos, aquello que se puede en las circunstancias presentes."

En ambos casos algo queda claro: nuestro amor a Cristo, a las almas y la Orden nos impulsa unánimemente a la solución: ***"no firmar nada"***.

En estos días estamos aquí 550 de varias Órdenes, pero ninguno ha ido al despacho a firmar. Han sido inútiles todas las exhortaciones... y eso que las condiciones de vida son peores que las vividas en Sastin. Esto ya es un verdadero campo de concentración, si bien, hasta ahora, no hemos tenido demasiado trabajo.

Corre, a veces, en el campo la noticia de que iremos a trabajar en la construcción de una nueva vía de ferrocarril de Podolínec a Stra Lubovna.... ¡Bien, trabajaremos en el ferrocarril!. Otros dicen que en el campo se va a construir una fábrica para que podamos trabajar..¡Bien, trabajaremos en la fábrica!.

¡Estamos en el campo de concentración!... Svajduk nos grita y nos insulta... y lo mismo hacen el comisario Grigel y, a veces, Turansky. La comida es tan escasa que nos desmayaríamos de hambre, si no fuera por los paquetes que continuamente nos mandan nuestros parientes y bienhecho-

res. Al refectorio se va en grupos de siete u ocho, por ejemplo; la comida dura desde las 11 y media hasta las 3 de la tarde.

En los dormitorios nos encontramos como sardinas en lata. A excepción del dormitorio, no tenemos otro lugar; pero tenemos la iglesia amada, en el centro de nuestro campo de concentración, donde nos dejan entrar por la mañana y por la tarde. El resto del día permanece cerrada con llave, pero sabemos una entrada secreta.

Nuestro presente es muy gris, el futuro es desconocido y negro. ¿Negro?. ¿Qué será de nosotros mañana o pasado mañana?. Negro: nos quieren arrancar la vocación, ¿seremos capaces de soportarlo todo?. Negro: ¿hasta cuándo durará esto?. Negro... ¡qué fuerzas tan terribles hay aquí contra nosotros!. Pero aunque sean tantos, ¡nuestro auxilio es el nombre del Señor!. Con nosotros va Dios mismo, y Él es el omnipotente!. Cristo, no te abandonaremos...

Somos seiscientos cincuenta y cuatro

El cuatro de mayo de 1950 llegaron al campo nuevos religiosos de Nitra, eran 118 misioneros del Verbo Divino. Todos son jóvenes, como nosotros, estudiantes de filosofía y teología, y unos 10 sacerdotes. Admiramos su devoción, ¡qué fervorosos!. Admiramos también su laboriosidad, hasta ahora vivían en Nitra y en el vecino convento de Zobor.

También les sucedió como a nosotros. Parece que Cristo quiere fortalecer su vocación misionera. Están alojados en el entresuelo, más apretados que nosotros. Enseguida, con ímpetu y valentía, comienzan a vivir la vida del campo. Somos 654 religiosos en el campo.

Nos encontramos en los brazos del Señor, en los brazos de María Auxiliadora y nos vamos acostumbrando a este lugar tan difícil.

Creemos en Jesucristo y queremos soportarlo todo por su amor. Nuestra debilidad se rebela, estamos en lucha y quisiéramos gritar, pero la paciencia se fortalece mirando a Jesús y nuestra humildad nos dice: *todo por mis pecados y por los de todo el mundo.*

Nuestra dignidad quiere defenderse de la violencia, pero nuestro amor sabe rezar por los enemigos, aunque con dificultad. Así luchan lo divino y lo humano dentro de nosotros.

La actitud general, sin embargo, es siempre la misma: más cerca de

Cristo, siempre con mayor amor y sacrificio, siempre con mayor audacia y fuerza, siempre con mayor paz y alegría.

El instinto de conservación reclama siempre lo suyo

La vida del campo... queremos vivirla por amor a Cristo, pero también la conciencia de esclavitud nos roe; y nos roe el subconsciente; nuestra vida diaria: aserrar madera, bajar las basuras del techo, pelar las patatas, limpiar los corredores y servicios, arreglar el jardín, cultivar la huerta, oír las amenazas y los insultos.

Todo esto ocupa nuestra imaginación, nos distrae y disipa para concentrarnos en la oración. Queremos dominarnos, concentrarnos, pero siempre algo nos lo impide en nuestro interior. Pero en medio de todo, queremos seguir adelante... queremos que siga imperando en nosotros el amor a Cristo. No importa si no podemos rezar como antes, pero frecuentamos más la iglesia que cuando estábamos en nuestras casas; aunque distraídos, nos tomamos más tiempo para estar con Dios; ante Él llevamos todo, también nuestras distracciones, también nuestras luchas, tantas veces sin éxito; llevamos lo que somos, lo que vivimos, lo que tenemos. Todo lo convertimos en amor.

Estamos, sin embargo, en continua tensión interior. Por más que queramos dominarnos y concentrarnos, no lo logramos. Escuchamos y hablamos en nuestra imaginación, hacemos planes de cómo actuar para defendernos, qué hacer ante esta situación, cómo liberarnos de esta pesadilla. A veces percibimos voces de alarma: ¡Atención, atención, que estás en peligro, sálvate!. ¿A qué se debe esta lucha?. Es el instinto de conservación, que quiere apoderarse de nuestro mundo espiritual, que impide concentrarse en algo serio y que nos dificulta recoger nuestros pensamientos que parecen pájaros asustados.

Los estudios en el campo de concentración

Con la distracción hay que luchar también, cuando se trata de estudiar. Después de unos diez días de permanencia en el campo, comenzamos a pensar en los estudios. El trabajo no era mucho y era irregular. Diariamente dos o tres horas se podían dedicar al estudio o a la lectura de libros forma-

tivos. Llevábamos los libros al trabajo para cuando sobraba algo de tiempo. Leíamos clandestina y públicamente. Se estudiaba en las habitaciones y, si no nos descubrían, también lo hacíamos en el desván. Algunos estudiaban, en el coro, los clérigos en la torre. El estudio nos ayudaba a sentirnos como cuando estábamos en casa, a olvidar y a no dejarnos abatir por las circunstancias del campo. Al principio estudiábamos individualmente, más tarde los clérigos del estudiantado pedagógico y los superiores nos organizamos por grupos de alemán, italiano y latín; cada uno tenía siete miembros con su instructor, que era un sacerdote o un clérigo mayor.

Teníamos diariamente una reunión por la mañana y otra por la tarde. Cada grupo se ingeniaba para buscar el lugar de estudio: en el jardín, en el césped, en el desván; tumbados por tierra, colocábamos las cabezas en forma de círculo.

Aunque había sacerdotes ancianos que consideraban que el campo de concentración era imposible lograr la necesaria concentración para el estudio, de hecho, los grupos continuaron funcionando hasta la salida de los clérigos del campo de Podolínec. Completábamos el estudio con la lectura de libros espirituales.

¡Nosotros éramos para ellos una banda!

El mes de mayo en Podolínec es muy bello y lleno de sol. A veces se produce también alguna tempestad, pero enseguida se serena. En el patio trabajamos en la madera y la ponemos bajo el muro en dos o tres filas.

Y sucedió lo siguiente:

Un día por la mañana, hacia las 10, cuando en el patio hacía calor, llegó el Comisario Grigel y con él un señor calvo, de unos 35 años, y una señora, o señorita, presuntuosa y engreída.

Caminan, nos miran, y por fin nos preguntan: "*¿Cómo estáis?*".

Contestamos: "*Como lo veis*".

Nos encontrábamos allí unos 70 religiosos de varias órdenes, la mayoría eran jóvenes muy abiertos, decían lo que pensaban.

Durante la conversación, algunos de nosotros les manifestamos que lo que hacían con nosotros era una injusticia, una violación de todo derecho.

A la pregunta de si queríamos irnos a casa, los jóvenes religiosos gritamos a coro:

- "*¡¡¡Sí!!!*".

A la pregunta de si firmaríamos la salida de la Orden, de nuevo gritamos en coro:

- "*¡¡¡No!!!*"

Se fueron acercando algunos religiosos más; otros permanecían un poco alejados, esperando con curiosidad cómo acabaría la cosa. Todo con una cierta tensión.

Las preguntas y las respuestas comenzaron a ser más polémicas. El compañero calvo se esforzaba por conservar la serenidad, tratando de justificar cosas que ante nosotros no era posible justificar.

A nuestra pregunta de por qué nos encontrábamos en Podolínec, comenzaron a contarnos el cuento de las armas en los conventos, etc. Todos comenzamos irónicamente a reírnos con un clamoroso: " ja, ja, ja ".

La discusión estaba apunto de desembocar en riña, y debíamos evitarlo, aunque tuviéramos razón. Estábamos en un campo de concentración, donde el poder tiene siempre la razón y la posibilidad de hacernos esta cárcel aún más dura. Alguien susurró: "*esto acabará mal, marchémonos*" y todos los religiosos susurraron, "*vámonos*".

En menos de treinta segundo los tres se quedaron solos. Los últimos en marcharnos oímos el insulto de la compañera presumida y orgullosa, que decía: "*ésta es una banda, vámonos*".

¡¡Muy bien, muy bien, compañera!!. Sí, tienes razón, somos para vosotros una banda. Y ¿qué sois vosotros, que nos tenéis con tanto engaño y tanta crueldad en este campo de concentración?.

Sí somos una banda, pero de Cristo. Somos una banda, porque hemos manifestado abiertamente la injusticia que se nos hace. ¡Por defender la verdad, pueden insultarnos las veces que quieran, diciéndonos que somos una banda!.

Santo Padre, mil gracias

Durante el mes de mayo ya todos los sacerdotes podemos celebrar. Al principio, muchos sacerdotes sólo podían comulgar.

Después trajeron a la capilla de la S. Virgen del Perpetuo Socorro, que está junto a la iglesia, unas mesas pequeñas y prepararon 11 altares, uno junto al otro, y todos los sacerdotes podían celebrar. En el campo había un centenar de sacerdotes, y de ellos 42 éramos salesianos.

Las celebraciones no se realizaban sin grandes dificultades: faltaban las hostias grandes y había que celebrar con las pequeñas; había que ahorrar vino: para una Misa sólo se consumía una cuarta parte de lo que se suele hacer de ordinario.

¡Mil gracias, Santo Padre Pío XII, que habéis dado a los sacerdotes en las cárceles y en los campos de concentración posibilidades extraordinarias y excepcionales para la celebración de la Misa!. Muchas gracias de parte de todos los sacerdotes y hermanos del campo de Podolínec[1]. ¡Cuánto gozo, cuánta luz y cuánta fuerza nos han proporcionado estos permisos!

Según los permisos papales, se puede celebrar a cualquier hora del día o de la noche; no se necesita el cáliz, basta un vaso de vidrio. En Podolínec usamos para celebrar, seis copas de vidrio. Se podía también celebrar en las habitaciones y así lo hicimos en los primeros días, cuando nos cerraban la iglesia. Respecto a los ornamentos, algunos usaban el roquete y la estola.

Entre la iglesia y capilla había un total de 17 altares. En la capilla, con doce altares, era bello ver las celebraciones sin interrupción. Allí lucían los ornamentos de diferentes colores. Era como una ola continua del sacrificio de Cristo. Cada momento se elevaba la pequeña hostia y la sangre de Cristo en los cálices y las copas. Admirable era el fervor y la atención, tanto de los celebrantes como de los asistentes a la Misa.

Estas mañanas eran para nosotros como un pedazo de cielo, algo inolvidable. Cristo entre nosotros y nosotros en Él. Esta era nuestra fuerza y nuestro todo. Deseábamos la libertad, la añorábamos, pero bajo las condiciones que nos ponían, no podíamos aceptarla. Jesucristo nos daba fuerza para quedarnos. En la misa, comunión y oración nos daba la luz, la fuerza y la felicidad.

[1] Pío XII permitió que los sacerdotes pudieran celebrar en secreto la santa misa, sin altar, sin paramentos litúrgicos, sin velas, sin misal y sin monaguillo. Bastaba que uno supiera de memoria, o tuviera copiado en un papel, el texto de la misa de la Santísima Virgen. Era suficiente una cantidad mínima de vino y unas gotas de agua. En Podolínec al principio se celebraban las misas en los altares de la iglesia. Cuando esto no fue permitido, se decían las misas en las habitaciones. Los hermanos cocineros preparaban el pan para las misas, y el vino era introducido clandestinamente.

Los ejercicios espirituales en el campo de concentración

Me parece que al principio del mes de mayo un hermano me dijo "*yo estoy haciendo los Ejercicios Espirituales*". La noticia me entusiasmó, pero no era capaz de imaginarme cómo era posible realizarlos en el campo. Retirarse en algún rincón en silencio era muy difícil. Durante el trabajo no podías quedarte en la habitación. La iglesia durante el trabajo permanecía cerrada, se entraba a ella sólo por la puerta secreta y era un riesgo. No obstante esto, muchos los habían realizado.

Una semana después de esta noticia, me enteré de que uno de nuestros teólogos también hacía los Ejercicios. Descubro inadvertidamente cómo los hacen: se juntan cuatro, dos sacerdotes y dos teólogos; durante el trabajo de la mañana y de la tarde, ellos deben aserrar la madera. Dos de ellos sierran, uno sostiene el trozo de madera y el cuarto lee de un libro de los Ejercicios. Lee un breve trozo, después discuten sobre lo leído, y así continúan. No es tan fácil, pues durante el trabajo llegan otros hermanos y por el temor de verse descubiertos, cambian el tema de la conversación. Los que llegan no saben que esos cuatro están haciendo los Ejercicios Espirituales. Cuando los otros se marchan, ellos continúan aserrando, leyendo y discutiendo. Mi seguimiento continúa: durante las recreaciones se juntan en el jardín a rezar el rosario.

Finalmente me entero de todo el horario de los Ejercicios: por la mañana temprano y por la tarde tienen una meditación; durante el trabajo lectura y discusión, que vienen a hacer el oficio de dos pláticas; y en lugar del Oficio de la S. Virgen, rezan el rosario. El silencio lo observan no hablando con ninguno, pero si uno les pregunta algo le contestan con afabilidad. Dedican todo el tiempo libre a la meditación, a la lectura espiritual y a la oración.

¡¡¡Qué maravilla, amados hermanos!!!. Habéis inventado un nuevo tipo de Ejercicios Espirituales, que se puede aplicar también en el campo de concentración. Los habéis hecho dentro del clima de humor del campo, en medio de la distracción y la incertidumbre. Los habéis sabido realizar, a pesar del nerviosismo y del instinto de conservación.

¿Cómo fue la experiencia de estos Ejercicios Espirituales? Después de haberlos terminado, los que los hicieron decían: " *Fueron bellos como jamás en la vida. Con grandes dificultades, entre ellas la posibilidad de concentrarnos. Continuamente luchábamos contra la disipación y no lográbamos*

dominarla como cuando hacíamos los Ejercicios normales. Fueron estupendos y tienen para nosotros una gran importancia". En efecto, hacer los Ejercicios Espirituales en estas circunstancias, luchando por concentrarse, era una señal de fuerza y energía, que acercaba a los ejercitantes aún más a Cristo, encendía en ellos el amor y aumentaba su decisión para el sacrificio.

El ejemplo fue contagioso, y en los meses de mayo y junio muchos siguieron este ejemplo, y así cada semana dos o tres grupos de nuestros hermanos fueron haciendo ejercicios espirituales. Cada uno se fue ingeniando para buscar el lugar para hacerlos, bien en las habitaciones, bien en la iglesia. En todos crecía la decisión, el fervor y el espíritu de sacrificio. Así en Podolínec Jesús sigue lanzando continuamente a los suyos a nuevas luchas... para que sepan caminar con la oración en la boca y en el corazón, en las oscuridades de nuestro tiempo... para que sepan amar a los hermanos y trabajar por su salvación hasta el agotamiento... y con todos los medios que tienen a disposición, con los más modernos, pero también con los escasos y dolorosos del campo de concentración.

El amor es ingenioso

Como en Sastin, también a Podolínec llegaban desde el principio nuestros bienhechores y los muchachos que frecuentaban nuestros oratorios, pero no tantos como en Sastin, porque Podolínec está muy lejos y porque aquí no se permiten las visitas; pero sus paquetes nos llegaban tanto o más que allí. Los primeros días los gendarmes los recibían en la puerta del campo, pero después se negaron a hacerlo y los visitantes se vieron obligados a enviarlos por correo desde el mismo Podolínec. Otras veces lanzaban los paquetes, a través de la cerca, al jardín del campo, pero sólo en los momentos en que no podían ser vistos por los gendarmes. Otros dejaban los paquetes en alguna de las familias de Podolínec, para que algún miembro de ellas los lanzara a través de la cerca, cuando hallaran una ocasión propicia.

De esta manera los habitantes de Podolínec comenzaron a tener relaciones con nosotros. En los momentos en que los gendarmes no los veían, nos tiraban botellas con el vino para la misa, las hostias, cigarrillos, etc. Desde una parte de la cerca que lleva a un sendero, que la gente transita con frecuencia, nos hacían llegar algunas cosas.

El amor sabe ser ingenioso, y así, por ejemplo, algunas mujeres de Podolínec prestaban sus vestidos a nuestras madres, cuando venían a vernos;

las madres se los ponían, tomaban una azada y pasaban junto a la cerca y, de este modo, podían verse durante dos o tres minutos con el hijo encarcelado e intercambiar con él algunas palabras.

Los gendarmes eran mucho más severos con los hombres, que con las mujeres. No obstante, hubo habitantes de Podolínec que frecuentemente, cuando iban al campo, nos tiraban la merienda que llevaban al trabajo. Jamás olvidaré a un obrero que muchas veces, yendo a su trabajo, a toda prisa se aproximaba a la cerca, tiraba el trozo de pan, que era parte de su comida, y rápidamente se alejaba.

¡Hermano obrero, tú sabes que estos presos son sacerdotes tuyos. Muchos crecieron en la pobreza como tú. No sabes cuánto nos conmovía aquel amor tuyo, que sabía renunciar al propio pan. La comida en estos tiempos era muy escasa y tú tenías hambre como nosotros!. Muchas gracias, hermano obrero. Nos regalaste tu pan, hasta el momento en que los gendarmes se dieron cuenta de tu gesto y brutalmente te amenazaron.

¡Gracias a ti, bienhechor desconocido de Podolínec!

Habitantes de Podolínec, ¡gracias, gracias!

Un gran agradecimiento nos une a muchos otros habitantes de Podolínec. Al poco tiempo de nuestra llegada, sentíamos que no nos encontrábamos en país extraño, que junto con nosotros sufrían tantos corazones generosos. La gente de Podolínec se enteró, de un modo o de otro, de algunos de nuestras nombres y comenzaron a enviarnos paquetes y paquetes. Nos enviaban no sólo la comida, sino también vestidos, jabón y otros objetos útiles.

Pero no hacían sólo esto, sino que pasaron nuestros nombres también a sus conocidos en los pueblos vecinos, y más lejos aún. De todas partes nos llegaban los paquetes. Durante las primeras semanas estos paquetes nos salvaron del hambre. Al desayuno y a la cena se comía muy poco y también la comida era insuficiente.

El contenido de algunos de estos paquetes los llevábamos a la cocina para mejorar la comida. Otros nos los repartíamos en las habitaciones, como buenos hermanos. Las reservas de los paquetes nos duraban largo tiempo, incluso después, cuando los prohibieron.

De este modo la comida mejoró un poco, pero aun así no bastaba. Casi todos perdieron peso durante los primeros meses del campo.

Es verdad que influía también el comportamiento brutal de algunos de los jefes del campo y el horror de la incertidumbre que se vivía. Por ejemplo, se nos quitaba el apetito, cuando uno de los jefes, borracho, durante la charla nos decía que, si caía el régimen comunista en Checoslovaquia, nos liquidarían a todos.

Nada le habíamos hecho nosotros a este régimen, queríamos sólo amar a Cristo y a los hombres, ésta era nuestra culpa.

Rezábamos con frecuencia por nuestros bienhechores. A ellos les debemos que, encontrándonos en el campo y en la incertidumbre, la comida no nos faltara.

Así vivíamos, sufríamos y esperábamos. Muchos hermanos tenían la costumbre de rezar durante la recreación y durante el trabajo. En los patios rezábamos el rosario en grupos.

Los días pasaban y nosotros esperábamos que todo esto acabara. Nuestro deseo era escapar de aquí cuanto antes, pues lo que más nos torturaba era la incertidumbre, pero de ninguna manera estábamos dispuestos a escapar al precio de una firma. Preferíamos soportarlo todo, aunque el instinto de conservación nos acuciara y, a veces, con fuerza.

El deporte en el campo de Podolínec

Ya mencioné cómo llevábamos en Podolínec nuestra alegría y audacia. Los alegres y bellos cantos nos ayudaron a adornar el mes de mayo y todas las demás fiestas. De la misma manera se despertó nuestra iniciativa, cuando se trataba del juego y del deporte.

En el campo se hacía muy necesario el jugar. Los juegos contribuían a la distracción y, en cierto modo, sacaban a los jugadores y a los espectadores fuera del campo; psíquicamente descansábamos muchísimo y durante muchas horas sacudíamos de nuestras espaldas el peso que nos oprimía, y, acabado el juego, todo se nos hacía más fácil.

Entre nosotros se encontraban buenos jugadores de fútbol, de voleibol y de ping-pong. Teníamos especialistas que habían organizado en nuestros oratorios el deporte. Ellos, durante los primeros días, consiguieron los cordeles y en poco tiempo tejieron dos redes para el voleibol, una para nosotros y otra para los jesuitas; construimos una cancha para los juegos y los jesuitas hicieron lo mismo. Y así pudimos jugar muchas veces. Cuando no hacía calor y no había trabajo, los grupos se cambiaban y se jugaba casi todo el

día. Los Verbitas aportaron buenos balones para el voleibol; era un placer el jugar con ellos.

Más tarde se formaron ocho o diez equipos de voleibol y se organizaron competiciones. Muy interesantes resultaban los partidos entre Salesianos y Verbitas. Las victorias se repartían entre unos y otros. Los nuestros parecían técnicamente mejores, los Verbitas eran más perseverantes. También los jesuitas tenían un buen equipo.

Durante el juego, el Padre jesuita Dieska y nuestro Don Babulik sabían comentar chistosamente las competiciones y con todo esto se aumentaba la alegría general y la distensión durante las recreaciones del medio día.

Por iniciativa de los hermanos jesuitas, más tarde se comenzó también a jugar a fútbol. Se iba con los gendarmes al campo de juegos de Podolínec, siempre en grupos de unos 40 a 60 religiosos, porque los gendarmes no permitían más. Si alguno tenía visita, podía inadvertidamente encontrarse con sus familiares durante estas salidas al campo de juegos de Podolínec.

Al fútbol no se jugó mucho tiempo; los jefes lo prohibieron, y así el deporte de primer rango quedó el voleibol. Se jugaba también al ping-pong; nuestros hermanos carpinteros hicieron para este deporte una hermosa mesa.

El deporte era para nosotros un medio importante de distensión, para poder vivir la vida del campo de concentración día tras día. Y así también a través del deporte servíamos a Cristo en el campo de concentración de Podolínec.

6

LOS PERROS LOBOS, NUESTROS GUARDIANES

Las formas sádicas de Miro Vaselly

Como una tempestad siento hasta ahora los modos brutales de Miro Vaselly. Miro Vaselly estaba en el campo de concentración como ayudante del principal responsable organizador, Juan Turansky; uno y otro habían llegado aquí de la cárcel de Leopoldov. Nos enteramos del verdadero nombre de Miro Vaselly, cuando uno de los nuestros limpiaba su despacho. En las tapas de sus libros se encontraba el nombre de Vendelino Burdej. ¿Quería, acaso, así borrar sus huellas para el futuro?

Miro Vaselly tiene unos 26 años, de estatura un poco baja, con cara redonda, llena y roja. Desde el principio nos trató con severidad y en algunos momentos hasta brutalmente. Parece como si le moviera un deseo o una ambición, hasta morbosa, de hacerse valer.

Y cuanto menos consigue el respeto, tanto más crece su ambición. Las explosiones de su humor son imprevisibles. Por ejemplo, grita como un chacal y enseguida comienza a reírse. La transición es tan rápida e inesperada, que a veces, parece que tuviéramos delante a un hombre anormal. Goza si nos puede confundir o armar líos

Miro Vaselly nos ha causado sufrimientos en situaciones muy dolorosas y penosas, que, a veces, eran capaces de sacarnos de nuestras casillas. Burlarse ante nuestros ojos no suponía nada para él. Se burlaba de las cosas mas santas, y esto lo sentíamos como un cuchillo en el alma. Expresiones como: *"queréis traer siempre a ese vuestro Cristo por los suelos"*, y otras semejantes eran para nosotros como un golpe en la cabeza.

Menos mal que el principal responsable de la organización no era él, sino Turansky, que era un hombre bastante equilibrado y justo.

Cinco días difíciles con Miro Vaselly

Por unos días, desde el 15 al 20 de mayo, Miro Vaselly tuvo toda la responsabilidad en sus manos. Turansky fue a Bratislava y quería ir tam-

bién a ver a los suyos. Las revistas de la mañana y de la tarde durante estos días fueron para nosotros una tortura. Siempre sucedía algo imprevisible. Miro nos insultaba, nos amenazaba y se burlaba de nosotros. Humillaba especialmente a los sacerdotes mayores, y nosotros, los más jóvenes, lo sentíamos como puñaladas en el alma. Parecía que cuanto más los veía superiores a él, tanto más quería demostrarles que los tenía bajo su poder y que podía hacer de ellos lo que quisiera. Sus víctimas preferidas eran los sacerdotes de unos 40 años. Eran ellos lo que debían limpiar el establo.

Algunos de nosotros no lo podíamos soportar, les quitábamos las herramientas de las manos y los mandábamos irse del establo. No teníamos mucho trabajo, pero ninguno podía tener un libro en la mano. Miro les sacaba de los bolsillos sus breviarios y les hacía ir después a reclamarlos en su despacho.

Hay una escena con Miro, que no se puede fácilmente olvidar: sin motivo ninguno, Miro atacó de repente en el patio a nuestro Profesor de Teología, Doctor Francisco Sersen. Entre insultos, se dio cuenta de que el profesor tenía algo bajo la chaqueta, se acercó y le quitó violentamente el libro de Santa Catalina de Siena de Jeorgensen. Después con palabras y malos modos lo empujó hacia el establo y allí le dio un puñetazo en el pecho, mientras continuaba insultándolo. Esta brutalidad nos irritó de tal manera, que algunos jóvenes cerraron sus puños, dispuestos a taparle la boca a Milo a puñetazos. Pero los Salesianos más ancianos los contuvieron, y ellos, aún contra su voluntad, renunciaron a hacerlo.

Otra escena. El domingo, Miro nos mandó estar dos horas y media bajo el sol ardiente del mediodía. Teníamos que aprender unas canciones de las llamadas progresistas.

Durante la revista de estos 5 días, Miro nunca se presentó ante nosotros, como de costumbre. Salía siempre a la terraza del edificio de un piso y desde allí leía nuestros nombres. A veces, para humillarnos aún más, arrojaba desde la terraza, con arrogancia, un pequeño pedazo de papel donde estaba escrito lo que debíamos cantar.

Esta humillación caía desde la terraza sobre todos nosotros, pues en el patio cuadrado se encontraban reunidos todos: los doctores, los célebres predicadores de las misiones, y los excelentes organizadores de la vida religiosa, centenares de religiosos, los ancianos, que ya con dificultad se sostenían en pie, y los jóvenes religiosos.

La cultura de Miro

Por otra parte, Miro era un tipo interesante, con mucha arrogancia usaba palabras extranjeras para darse mayor importancia. Pero, a veces, no sabía el significado de las palabras. Así, por ejemplo, en lugar de decir *"no convirtáis esto en anarquía"* decía *" no convirtáis esto en monarquía"*. Una vez que encontró a un clérigo que se remendaba los calcetines le gritó: *"quite enseguida esa sicología"*. Nos reíamos muchísimo al oírle. Sus mandatos tenían a veces un sentido ridículo.

Cuando regresó Turansky respiramos. Pero después de unos 5 días se marcharon ambos, se dice que a Praga para hacer un curso. Después de su partida, el responsable organizador fue un tal José Sabadka. También él era carcelero de Leopoldov; parece que es un hombre sencillo de pueblo y es todavía muy joven. Piensa y se expresa con dificultad; es de un carácter bastante bueno, a veces grita, pero la cosa puede pasar. Le gusta el alcohol y le traen loco las chicas.

El alcohol entre nuestros jefes es muy apreciado: bebía Turansky, lo hace el ecónomo Tretina. Bebe Svejduk, bebe Sabadka y beben otros, y cuando están borrachos, cuentan tonterías. Parece que todos están tarados por el alcohol. Algunos, además, tienen también las manos largas para lo ajeno y se apoderan de cuanto pueden.

¡En qué manos, Dios mío, nos encontramos!

Nos van a quitar a los más jóvenes

Todos los días en Podolínec eran difíciles, ¡pero mucho más lo fue el 22 de Mayo!.

Celebrábamos la novena de María Auxiliadora, queríamos celebrar la fiesta justamente el día 24. Turansky nos había prometido que en ese día nos permitiría una semifiesta. La novena era muy bella, las devociones de Mayo crecían en sinceridad, devoción y perdón. Para el 24 de mayo preparábamos también un festivo acto cultural mariano, de acuerdo con las circunstancias carceleras.

Pero dos días antes, el 22 de mayo nos cayó como un mazazo en la cabeza. Cuando fracasaron todos los esfuerzos para conseguir nuestras firmas, se comenzó a hablar de nuevas intervenciones y de cómo lograr nues-

tra liquidación. Con toda razón suponíamos que todo iba a comenzar por los más jóvenes. Piensan los jefes que los jóvenes son los menos contagiados por el amor de Cristo y por el amor a su vocación.

Y así, en torno al 15 de mayo, comenzaron a hacer las listas. Muchas veces durante las revistas dejaron en el patio a los novicios, a los clérigos del estudiantado Pedagógico y a los clérigos asistentes. Los demás teníamos que marcharnos; lo sentíamos como si alguno nos oprimiera el corazón; se apoderaban de nosotros la angustia y la impotencia.

Clandestinamente nos escondíamos en las ventanas que dan al patio cuadrado, en el que se encontraban los más jóvenes. Los veíamos y queríamos oír lo qué intentaban hacer con ellos.

En un primer momento los distribuyeron en 3 grupos, después en dos. En los grupos se encontraban también los clérigos de los Verbitas y los novicios de los Redentoristas.

La angustia crecía en nosotros, porque veíamos que trataban de destruir las obras de los religiosos en Eslovaquia.

Nuestros jóvenes se marcharían a casa, serían libres, pero antes tendrían que pasar por los campos de trabajo y, hallándose solos, ¿lo podrían soportar? ¿serían capaces de seguir siendo fieles a Cristo?.

Corren noticias de que los van poner a trabajar con chicas frívolas y ligeras.

Señor, ¿qué pasará con ellos?. Tú los has destinado para las grandes luchas por las almas y estos ateos te los quieren pisotear y destruir.

El 22 de mayo, a las 12 y media, llamaron de nuevo a los más jóvenes a una revista extraordinaria y los repartieron en grupos. Vino también el Comisario Roman Grigel, que es en el campo el jefe número uno. Al final de la revista Grigel, sonriendo, preguntó a los jóvenes clérigos:

"¿Queréis iros a casa?"
"Queremos"
"¿Quién de vosotros firmó la resolución de paz de Estocolmo?"
"Todos"
"¿Quién de vosotros firmó la salida de la Orden?"
"Ninguno".
"¿Y por qué?
"Sencillamente, porque no lo queremos".

Las contestaciones de los clérigos eran unánimes y lacónicas, aunque no estaban preparadas de ante mano. Lo más fuerte era ese *"porque no lo queremos"*, ahí estaba clara la decisión de no moverse de esta cárcel, si pedían de nuevo las firmas...

Grigel y compañeros fueron derrotados una vez más, pero ahora la derrota no tuvo efectos negativos. Grigel les hacía preguntas entre serio y broma, entre broma y serio. Y los clérigos le contestaban de la misma manera, pero con fuerza y a coro. Después Grigel los dejó marchar.

Un adiós sin despedida, brutal

La revista extraordinaria de la mañana con los más jóvenes era sólo la introducción. Por la tarde, a las 5 y media, hubo una nueva revista para todos. La revista fue una hora antes de lo previsto y por ello presentíamos que algo estaba para suceder, y sucedió.

El golpe terrible que tanto temíamos nos hirió dos días antes de la fiesta de María Auxiliadora. Grigel durante la revista enumeró unos 90 nombres de los religiosos más jóvenes, entre ellos unos 40 clérigos y más de 20 novicios Salesianos.

Cuando acabó de leer los nombres, los separaron de nosotros y les enviaron a recoger sus cosas. Todos los demás estábamos en filas en el patio cuadrado, y en la salida pusieron un gendarme. En el patio se quedó también con nosotros Miro Vaselly. Nos vemos impotentes ante esta nueva traición atea. Y Miro, con su boca soez, nos ordena cantar. La canción termina. No basta, grita enseguida Miro. Otra canción.

Los jóvenes hermanos miraban clandestinamente desde el primero y segundo piso nuestra situación desalentadora. Se les veía con los vestidos civiles. La sotana, que con tanto amor habían recibido, la tenían que dejar encima de la cama. Es un despojamiento violento. Y Miro, en esta situación terrible continuaba gritándonos: ¡"*Cantad*"!.

Triste y apenada sube la tercera canción al cielo azul, en el que vuelan las golondrinas ligeras y libres. "¡¡Cantad!!" - grita Miro por cuarta vez. La boca canta, pero los ojos miran hacia las ventanas y la mano clandestinamente manda el último saludo. Estamos entre cuatro muros, como en una jaula, el tirano delante de nosotros y el gendarme en la puerta.

Uno de los clérigos que se van se acerca a una ventana con el cristal roto en el corredor del entresuelo y nos susurra: *"nos llevan a Kostolna para el adoctrinamiento"*.

¡Kostolna!...

Se encuentra en el valle de Vah, se van al convento secuestrado a los Redentoristas o Lazaristas.

"¡Cantad"!, grita de nuevo el tirano.

No sabemos ya qué cantar. Por fin, los teólogos de los Verbitas comienzan a cantar: *"nuestra tierra es redonda, viven en ella los animales"*.

Sí, Miro, viven en ella los animales humanos que en los campos de concentración torturan a la gente

Media hora después del último cantar, en el patio cuadrado se hace el silencio, pero de nosotros se apodera un mayor nerviosismo y una tensión tremenda.

Cada uno tiene en sí una tempestad. Yo rezaba el rosario sin ninguna posibilidad de concentrarme. Las manos querían luchar por algo o romper algo. La boca quería gritar y grita.

Hasta el firmamento quería gritar esta nueva injusticia, este nuevo rapto y este acto de bandidaje. Y uno no puede dar la mano ni despedirte. Esto le rasga a uno el alma....y ellos gritan: *"canta"*.

¡Oh potente Auxiliadora nuestra!

Y el nerviosismo crece y crece.

Los más jóvenes ya se van con maletas por el corredor, cerca de nosotros algunos sacerdotes desde el patio cuadrado los bendicen y ellos, devotamente se arrodillan cerca de las ventanas. Cuando ya todos han pasado y se encuentran delante de la puerta del campo, nos permiten entrar en la iglesia para celebrar el mes de mayo. Pero también allí nos vigilan; ninguno puede alejarse de la iglesia, ni tampoco ir a los servicios.

La puerta principal de la iglesia está cerrada y en la puerta de la sacristía se encuentra Turansky.

¡Auxiliadora nuestra, potente!, estamos aquí humillados, torturados, pisoteados. Presos por amor a Ti y a las almas. Estamos ya agotados por toda esta tensión. ¡Ten piedad, ten piedad de nosotros!.

Con el dolor y la pena en el alma, pero a pesar de ello, cantamos a ple-

no pulmón, como con fiebre, el himno victorioso de la Virgen Auxiliadora: *Saepe dum Christi*[1].

Sí, Virgen Auxiliadora, con cuánta frecuencia viniste a ayudar al pueblo cristiano, cuando lo perseguían y torturaban.

¡Ven!

La iglesia es como un trueno de canto.

Queríamos que nuestros hermanos oyeran desde fuera que, aunque torturados, permanecíamos fuertes y con la Virgen Auxiliadora seguiríamos adelante; que oyeran cómo suplicábamos y sintieran que todo era por ellos, para que fueran heroicos y fuertes.

Ellos se encontraban cerca de la parte principal de la iglesia y lo oían y comprendían todo. Estaban con nosotros, aunque nosotros no lo supiéramos. Después subieron a los autocares y comenzaron también ellos a cantar y a rezar.

Nosotros esto lo supimos una semana después a través de sus cartas.

Acabada la función religiosa, paseamos como perros apaleados por el horrible patio cuadrado. Hablábamos como alguien a quienes les ha sido robado algo grande. Después nos fuimos a descansar. No queríamos creer que habían comenzado a liquidarnos con nuevos métodos violentos.

Pero el corazón nos dice:

"*¡Cristo, contigo adelante! ¡Adelante, aunque nos maten*!".

La fiesta de María Auxiliadora

El 23 de mayo, vigilia de la Virgen Auxiliadora.

Las impresiones del día anterior no desaparecieron, ni van a desapare-

[1] Es el himno latino que se canta en las primeras vísperas de la fiesta de María Auxiliadora, que se celebra el 24 de mayo. Recuerda la vuelta triunfal de Pío VII a Roma, tras el destierro sufrido, y canta la intervención continua y milagrosa de la Virgen a favor de los cristianos perseguidos. Comienza con la estrofa: "*Frecuentemente, cuando el pueblo cristiano era oprimido por las despiadadas armas del terrible enemigo, piadosa vino en su ayuda la Virgen, descendiendo repentinamente desde la serenidad de los cielos*". Era, pues, un canto muy apropiado en aquella ocasión, pues subrayaba la confianza en María Auxiliadora en el momento en los que los enemigos de Dios estaban sometiendo a los religiosos a una tremenda y totalmente injusta persecución. La devoción a María despertaba en ellos la esperanza de una intervención divina.

cer tan fácilmente. Seguro que incluso después de decenas de años sentiremos cómo nos pisotearon ayer en el patio cuadrado, donde el dolor y las lágrimas llegaban hasta el firmamento. Todo el día caminamos como semiparalizados, hablamos poco. Cada uno sorbía su dolor.

Turansky regresó ayer antes de la salida de los jóvenes. Hace tiempo nos prometió que el día 24 de mayo tendríamos semifiesta. Una delegación de los nuestros se lo pidió de nuevo. Se lo volvió a prometer y en la revista de la tarde lo anunció.

¡Auxiliadora nuestra!, tu fiesta comenzó por levantarnos con prontitud; en tus brazos comenzaron a cerrarse, al menos, las más profundas llagas de este 22 de mayo. Tuvimos la Misa solemne. Durante la predicación me sacudieron en lo más profundo las palabras: *"apoyémonos en María y no la dejemos hasta que nos bendiga, porque es muy poderosa"*. ¡Madre, me entrego totalmente a ti!.

Algunos clérigos, que se habían quedado con los teólogos, cantaron la hermosa Misa solemne de Perosi, el célebre Maestro de la Basílica de San Pedro de Roma.

Hacia las cinco de la tarde, nos reunimos en el segundo piso unos 40 ó 50, sentándonos en las camas. Se encontraba allí, bien adornada, la estatua de María Auxiliadora traída desde Sastin. Durante el día habíamos acudido allí para rezar. Decíamos:*"vamos en peregrinación a la habitación 26 "*.

Ardían allí las luces, las flores y los corazones. Habíamos llevado el armonium y los violines y celebramos una pequeña fiesta mariana. Durante el programa alguien suspiró: *"Quién sabe cómo te celebrarán, Madre, los hermanos más jóvenes que nos arrebataron de aquí; y quién sabe si podrán recibir hoy en comunión a tu Hijo querido"*.

Sin embargo la fiesta estaba cargada de esperanza: la esperanza de que pasará también esta tempestad. Este año estamos comenzando el 26 aniversario de la fundación de la Obra Salesiana en Checoslovaquia. San Juan Bosco al comenzar su Obra decía: *"tendremos casas, iglesias, campos de juegos y millares de muchachos"*.

También nosotros, aunque estemos ahora privados de todo, tendremos casas y millares de jóvenes y estaremos a su servio con todas las fuerzas. Por eso confiamos, confiamos totalmente, en María Auxiliadora. San Juan Bosco nos dice: *"tened confianza en la Virgen Auxiliadora y veréis lo que son milagros"*

Sí, la tenemos y veremos los milagros de María Auxiliadora también en la Eslovaquia.

El mutuo conocimiento de las Órdenes Religiosas

Los primeros meses en Podolínec nos confortaba mucho el hecho de que éramos centenares de jóvenes, de hombres de mediana edad y ancianos. El elevado número, la distinta edad y el tener todos las mismas ideas nos impresionaba. Es verdad, la situación de alojamiento era semibárbara, pero por todas partes brotaba la vida.

La concentración violenta de tantas Órdenes en un campo de concentración, comporta ciertamente una carga positiva. Es positivo, ante todo, la posibilidad de conocernos más de cerca. Casi de repente cayeron todas las barreras que pudieran dividirnos. Tenemos aquí la posibilidad de ver de una determinada forma la vida interna de cada Orden. Tenemos la posibilidad de observarnos, comparar, informarnos y exhortarnos.

Nosotros, los salesianos, somos aquí objeto de una continua y seria observación. Las demás Órdenes ven nuestro lado positivo, pero a veces, tienen también sus reservas. Ven que nuestros clérigos son entusiastas, pero algunos parecen algo negligentes en la disciplina y en el silencio. Por otra parte, ven cómo están decididos en su vocación. Para algunos padres ancianos de otras Órdenes, nuestros jóvenes se comportan, a veces, con poca urbanidad y respeto, pero en la iglesia les ven muy serios y profundamente devotos.

Como jóvenes que son, dicen a veces algunas palabras de más; pero, por otra parte, son activos, enérgicos y despiertos para la lucha por Cristo. En el patio se ve a los salesianos rebosantes de alegría, ríen y bromean, pero con qué recogimiento y sinceridad oyen o celebran la Misa. Puede suceder que a veces nos enfademos, pero el enfado dura poco y, cuando es necesario, somos perfecta y alegremente solidarios. Por fuera, según algunos, somos casi unos cristianos normales, pero por dentro somos sinceros y auténticos. Queremos ser modernos y, al mismo tiempo, pertenecer profundamente a Cristo.

En cuanto a las demás Órdenes, hay que constatar que la mayoría de ellas en Eslovaquia, antes de la persecución, habían alcanzado un alto nivel, sea en su vida religiosa, sea en el celo por las almas.

Aquí en el campo muy pronto desaparecieron los celos que pudiera haber en el pasado entre unas Órdenes y otras; en algunas ocasiones pudo parecer que había entre ellas una aparente suspicacia, llamémosla profesional, que se traducía en una cierta falta de estima y comprensión. Hoy, en cambio, sentimos, más que nunca, que somos una sola Iglesia y por esto, todos somos perseguidos. Formamos un solo Cristo, un solo Cuerpo y también en el trabajo por las almas podemos actuar unidos. ¿Nos puede acaso dividir el que tengamos diversos Fundadores, o diversos métodos para el apostolado, o diversas ideas?. ¿Estaban divididos nuestros Fundadores, que luchaban contra cualquier suspicacia y falta de amor?.

Pequeños recelos y críticas, por ejemplo, en lo que se refiere al deporte u otros aspectos, se dejan notar también aquí, pero esto de ninguna manera impide el acercamiento radical de todas las Órdenes. Se trata verdaderamente de un acercamiento mutuo, porque todos nos dirigimos a un centro común: amar a Cristo y a las almas. Y esto diariamente nos une mucho más que la pequeñas cosas que nos separan.

Mejora la situación

Algo semejante a lo ocurrido el 22 de mayo, cuando nos arrancaron a los más jóvenes, íbamos a volver a vivirlo una vez más, pero no con efectos tan desalentadores. El 2 de junio se llevaron de Podolínec a unos veinte religiosos enfermos y ancianos, decían que para descansar en Belusske Slatiny.

Ese día, de nuevo nos concentraron en el patio cuadrado, leyeron los nombres de los que debían partir y los condujeron a sus habitaciones para que empaquetaran sus cosas. A nosotros nos dejaron ir a la iglesia para hacer la devoción del Sagrado Corazón; y en la iglesia nos tuvieron encerrados casi una hora, después de haber terminado las devociones. Pasamos todo el tiempo rezando el rosario.

En Belusske Slatiny habían abierto una especie de campo de concentración más libre, para unos 70 u 80 religiosos ancianos y enfermos; podían recibir visitas, pasear fuera del campo y con salvoconducto podían visitar a sus parientes. Los sacerdotes del campo ayudaban a los párrocos vecinos. De este modo los querían ganar para las parroquias y la vida fuera del campo. Un campo parecido habían construido también en nuestra casa salesiana de Sv. Benadik, sólo que a él llevaban sacerdotes sanos.

A principios del mes de julio, de ambos campos, voluntariamente o con violencia, seleccionaron a algunos sacerdotes y los llevaron al convento de los franciscanos en Malacky para adoctrinarlos. Los otros, a excepción de los que tenían más de 70 años, los trasladaron más tarde a aquí, a Podolínec.

También en nuestro campo la situación comenzó a mejorar un poco. Al principio del mes de junio llegó el nuevo comisario del campo, Jarislao Hruska. Su método consistía en tratar de influir más por medio de la bondad, de la cual no se encontraba ni rastro en el comisario precedente, Roman Grigel. Por ejemplo, nos permitía escribir y recibir cartas y recibir los paquetes; y, acompañados de un gendarme, ir al dentista. Dos veces a la semana podíamos ir a jugar al fútbol en el campo de Podolínec, y, cuando comenzaron los calores del verano, bajo la vigilancia de los gendarmes, a veces, se nos permitió bañarnos durante una hora en el río Poprad, que corre inmediatamente detrás del muro del campo.

Así la situación, hasta entonces semisalvaje, de Podolínec comenzó a tener una cara más humana. Hruska nos prometía que podríamos pasear por los alrededores y que hasta con un salvoconducto podríamos ir a casa por unos días. Pero lo considerábamos como una promesa vana. Sí creímos en su promesa de que nuestros familiares podrían visitarnos en Podolínec.

El 28 de junio llevaron el segundo grupo de clérigos para el adoctrinamiento a Kostolna; en esta ocasión Hruska nos permitió una despedida normal. En la revista de la mañana leyó los nombres de los que debían marcharse para que empaquetasen sus cosas. Después los gendarmes les revisaron las maletas y durante la revista de la tarde se hizo la despedida. Se dijeron las palabras de adiós, se cantó y con los abrazos de paz pudimos ir con ellos hasta los coches y nos dejaron estar en el patio, cerca de la puerta principal, hasta que los autocares partieron. Estábamos presentes unos trescientos religiosos.

También esta partida fue para nosotros muy dura, sentíamos cómo nos rompían, queriendo aniquilarnos como Orden religiosa. Sufrimos como el 22 de mayo, porque la separación, como la muerte, no deja de ser muerte, aunque se haga de otra manera, algo más humana, más diplomática.

Cuando los coches con los clérigos se marcharon a las siete de la tarde, regresamos a las habitaciones como unas madres doloridas que han perdido

a sus hijos, y enseguida nos reunimos en la iglesia para rezar, rezar y rezar. En nosotros, al menos, los sentimientos humanos todavía no han muerto.

Los perros lobos, nuestros vigilantes

En el campo, desde el principio, hay unos perros lobos que junto con los gendarmes nos vigilan. Su presencia sirve para suscitar toda clase de imaginaciones y hacer la vida todavía más difícil. Sólo el pensar en estos perros hace daño, nos aterroriza. Si nos vigilan también con perros lobos, nuestra situación debe ser crítica y nuestro futuro sin mucha esperanza.

Las dos primeras semanas yo no podía mirar sin un desagradable sentimiento a estos perros, que veía delante de su caseta del patio. Casi siempre se apoderaba de mí la obsesión de que era necesario huir, si uno quiere salvar la vida... pero el perro te alcanza, porque corre más veloz y te salta a las espaldas... ¿y entonces?

Estos sentimientos aumentaron aún más, cuando de dos pasaron a ser cuatro los perros. Con el tiempo nos hicimos amigos de ellos, aunque los gendarmes nos lo prohibían. Conocíamos también sus debilidades y esto, quizá, nos podría servir en algún momento. Sin embargo, viendo durante la noche al gendarme pasear con el perro lobo por el jardín, me volvía a sentir mal.

Durante el día los perros estaban atados; desde las ocho de la tarde a las cuatro de la mañana los gendarmes se los llevaban con ellos al jardín.

Más tarde, cuando el comisario del campo era Rodak, una familia de Podolínec envió cinco litros de leche al campo para los religiosos afectados por la tuberculosis; pero Rodak no le dio nada a los enfermos, y la leche se la bebieron los perros.

Cuando en el mes de julio, algunos religiosos comenzaron a huir de Podolínec, los buscaban con los perros en las torres de la iglesia, en los desvanes y por otros rincones. Después daban vueltas con ellos a los muros y a las cercas, empeñados en encontrar la huella de los fugitivos. Pero los perros no detectaron jamás nada.

Al cabo de unos tres meses, los retiraron.

Los primeros meses los gendarmes, al hacer la guardia, llevaban las pequeñas ametralladoras. Este pedazo de acero frío, que nos encontrábamos a

diario tantas veces no pretendía causar otro efecto que el abatirnos. Uno tiene siempre la impresión de que estas armas están dirigidas contra ti. A las armas del campo pertenecen también dos ametralladoras normales; dicen que una se halla instalada en el bar de enfrente del campo y otra en el jardín, en una estancia construida sobre el muro.

Continúa la devoción a la Virgen

La devoción a la Virgen Auxiliadora nos hace la vida del campo más soportable. Para nosotros salesianos, es en el mes de mayo cuando más se intensifica esa devoción. Pero también otros religiosos tienen sus fiestas marianas. Por eso, un nuevo impulso recibió nuestro amor a la Santísima Virgen a mediados de junio, cuando en un domingo los PP. Redentoristas celebran la fiesta de la Virgen del Perpetuo Socorro. Durante la predicación, un joven redentorista nos dijo: "*nuestras madres rodean el campo sin alivio y con lágrimas en los ojos para poder vernos por un solo momento. ¿Pensáis que Ella es diferente, que nos abandonará?*".

Ese día nos permitieron hacer una procesión con la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro por el jardín. Uno de los gendarmes, cuando la procesión pasaba cerca de él, escupió con desprecio, pero no nos olvidamos de rezar también por él.

Ese domingo, en efecto, se hacía la peregrinación a la iglesia del campo de concentración y la gente acudía a ella en procesión. Los jefes ateos tenían miedo de que también este año llegara la gente y pudiera suceder algo inesperado. Pero en lugar de los peregrinos llegaron a Podolínec nuevos grupos de gendarmes. En el jardín del campo se encontraban también ese día los bomberos de Podolínec con sus máquinas e instrumentos preparados para dispersar a los posibles manifestantes, pero los bomberos que estaban de servicio, en lugar de agua, lanzaban a los religiosos de las últimas filas paquetes de cigarrillos. Eran de los nuestros.

Desde este domingo aumentaron mucho las filas alrededor del altar de la Virgen del Perpetuo Socorro, especialmente después de la función de la tarde. Pero, también durante el día, no había casi ningún minuto en el que esta buena Madre no diera audiencia a alguno.

Una tarde vi cómo un padre escritor levantaba sus manos hacia Ella y su rostro me parecía casi espiritualizado.

¡Madre, cuánto gozo tendremos este año aquí, en el campo de concentración, cuando el día primero de noviembre, el Santo Padre Pío XII proclame como dogma de fe que Tú has sido asunta al cielo y que vives con Dios en alma y cuerpo!.

El Corpus Domini en el campo de concentración

Desde del 24 de mayo, casi todos los domingos alguna orden religiosa celebraba su fiesta. En Pentecostés lo hacían los Misioneros del Verbo Divino, después tuvo lugar una hermosa liturgia de rito oriental. Tenemos aquí 8 sacerdotes de rito greco-católico, unos son Redentoristas, otros Basilianos. El redentorista P. Durkan enseñó a los cantores bellos cantos orientales; más tarde tenían su fiesta sucesivamente los Redentoristas, los Jesuitas y los Dominicos.

El coro de los salesianos cantaba siempre en estas fiestas. De esta modo, cada domingo era una fiesta profunda, que nos unía más y más a Jesucristo.

No puedo olvidarme tampoco del 8 de junio, fiesta del Corpus Christi. Con el debido permiso, construimos en el jardín cuatro altares; uno lo construyeron los Salesianos, otro los Verbitas, el tercero los religiosos Consoladores, el cuarto los Redentoristas.

Después acompañamos a Jesucristo-Eucaristía por el jardín. Éramos más de cuatrocientos los que de tres en tres, vestidos con nuestros hábitos religiosos, caminábamos de un altar al otro.

No faltaron las flores arrojadas delante del Santísimo, las recogimos en el jardín, y nos las enviaron también los fieles de Podolínec.

Era una procesión única, porque se hacía dentro de las murallas de un campo de concentración. Los participantes tenían todos a Dios en sus almas y todos llevaban en la procesión un corazón, que si había amado a Cristo antes de la encarcelación, muchos más lo amaba ahora dentro del campo de Podolínec. Éramos muy conscientes de que el Salvador ama a sus presos y, día y noche, habita con ellos en la Iglesia del campo y es para ellos luz y fuerza. Con Él se va adelante, aunque el futuro parezca cada día más oscuro. Las Misas diarias son como los océanos del amor de Cristo.

Cada sacerdote y hermano puede sumergirse en este océano cuanto quiere y cuanto el Cristo le concede.

En la procesión del Corpus Christi participaron también los Jefes del campo, el comisario Jaroslao Hruska, el responsable organizador José Sabedka y el ecónomo Juan Urda. Y cuatro gendarmes con el comandante Kubica. ¿Tal vez querían ganar nuestra simpatía con esta demostración?. ¿O querían así, como quien no quiere la cosa, tenernos bajo control?. ¿O impedir con su presencia una eventual protesta y rebeldía, aunque ninguno de nosotros pensara en ello?.

Todo es posible. Pero me parece que su participación nos cayó bien, y lo tomamos como un gesto de simpatía o de buena voluntad.

La iglesia pavimentada por el amor

Casi todos los primeros domingo de mes tenemos adoración del Santísimo, que dura todo el día. Estos domingos están llenos de una paz y tranquilidad silenciosa. Que nadie diga que nuestra religión no da al hombre nada. Se encuentra en ella una gran paz para todos. Para el hombre alegre, lo mismo que para el melancólico, para la juventud batalladora y para la ancianidad tranquila.

A mitad del mes de septiembre (este párrafo no lo escribí en aquella época) llamaron a un sacerdote nuestro al despacho. Durante el interrogatorio el policía secreto le preguntó: *"¿quiere Vd. vivir aquí como en un paraíso?"*.

Pensando en Cristo, y queriendo uno acercarse siempre más a Él, en la pregunta se encuentra algo de verdad. Desde el punto de vista puramente humano, el campo de concentración es campo de concentración y seguirá siéndolo, aunque lo pavimenten con palabras de oro. Pero esto es lo grande y maravilloso de nuestra fe, que todo lo humano, lo duro y hasta lo más duro, todo se puede elevar hasta Cristo y con todo se puede amar.

Aquí no pueden sospechar de nosotros hipocresía farisaica ni nuestros enemigos más encarnizados. Amamos en el campo a Cristo más que ayer en nuestras casas y conventos.... Los sacerdotes tienen costumbre de estar arrodillados delante de Él y delante del altar de su Madre. Son hombres con una cultura universitaria, no pocos con sus títulos. Se encuentran aquí organizadores, escritores y superiores provinciales. Todos están en la Iglesia de rodillas, todos aman igualmente a su Cristo.

En cualquier momento en que uno entra en la iglesia siempre ve gente, siempre hay unos 20 ó 30 religiosos y, cuando acaba la Misa u otra función, casi ninguno se mueve de su lugar. Muchos permanecen todavía en oración con Cristo y con su Madre.

¡Qué maravillosa es la oración!

Por fin lo hemos comprendido plenamente, aunque sea en el campo de concentración. Es como un cable ardiente que nos une con el Padre y su eternidad y con Cristo. Da sentido a nuestra suerte terrena. Es como una radio misteriosa, cuyas ondas captan los corazones de Jesús y de María.

¡Felices ondas transmitidas con toda el alma! Son unos momentos que levantan y liberan, son los minutos más queridos de la vida.

Hermanos carceleros, vosotros no sabéis qué significa transmitir en el espacio lleno de Dios nuestro Padre. No sabéis qué es transmitir y ser feliz. Transmitir y con todo el amor unir nuestra vida con el Padre que es Amor y del cual hemos salido. Transmitir y ligar así todo el tiempo a la eternidad. Transmitir y levantarse de la oración fuertes y llenos de paz.

Hermanos ateos, no, vosotros no lo sabéis.

También nosotros lo aprendimos un poco mejor en Podolínec.

7

LLEGA EL TIRANO

Recibimos los monos de trabajo

12 de Julio de 1950

Hasta casi principios de julio no pude escribir todo lo que he vivido en Sastin y en Podolínec, desde aquella noche trágica del 13 al 14 de abril. Ahora soy capaz de anotar los acontecimientos como en un diario, la diferencia puede ser de sólo unos días. Por esto pongo también las fechas.

Hoy, durante la revista de la tarde, unos 80 religiosos se pusieron en cola delante del despacho en el primer piso. Son los religiosos que tienen asignado en el campo un trabajo diario. Se les entregó la vestimenta propia para el trabajo. El comisario y otros jefes la habían vestido previamente, después de la comida. ¿Querían darnos el gusto de verlos con el mono de trabajo?. ¿Querían indirectamente persuadirnos de que para un preso el vestir así no es nada especial?.

La realidad es que para nosotros, recluidos en el campo de concentración, este traje es más un traje de reclusos que un mono de trabajo. Llevamos trabajando aquí ya más de dos meses y en las casas trabajábamos diariamente desde el alba hasta el ocaso. Nos damos cuenta de que con esta indumentaria de color marrón recibimos la investidura de prisioneros, situación en la cual nos tienen ya desde hace meses, sin libertad y sin los elementales derechos civiles.

Es interesante constatar cómo cada uno de nosotros se siente esclavo y cómo este uniforme nos va a identificar como tales también exteriormente. Lo testimonian las sonrisas doloridas, desilusionadas, y las ironías referentes a nuestros nuevos hábitos. Al día siguiente, durante la revista de la mañana, los religiosos con sus nuevos trajes de trabajo se pusieron en las primeras filas. Sus vestidos son como la documentación oficial de que estamos presos.

De nuevo hay sonrisas de ironía. ¡Qué sensibles se es a cualquier manifestación injuriosa, cuando nos encontramos sin libertad!. Una libertad a la cual tenemos pleno derecho. Estos trajes, que indican nuestra esclavitud, nos hieren los ojos y el corazón. Nos sentimos heridos, sea por el vestido de presidiario, sea por tener que formar en fila.

Pero en medio de todo quisiéramos gritar: *"¡Nos han vestido de cautivos, vivan los galeotes de Cristo!"*.

Los galeotes de Cristo

Sí, somos unos galeotes, aunque no estemos encadenados a nuestros remos. En el siglo XX se puede también vivir en la galera de un campo de concentración, como éste de Podolínec. Te atan al campo por medio de las ametralladoras de los gendarmes y si te atreves a huir, tienen orden de disparar.

¡Galeotes de Cristo en el patio cuadrado, cuando bajo el sol de la mañana se nos pasa revista!.

Con su nuevo uniforme, con las manos metidas en los bolsillos, aquí está de pie el P. Adalberto, el director de la Casa Salesiana y del Santuario Nacional de la Virgen de los Dolores de Sastin. Decenas eran las ciudades y pueblos donde predicaba con gran éxito las misiones populares y donde recibía el agradecimiento con palabras sinceras y llenas de amor. Hoy trabaja en Podolínec con los albañiles. Su cara, por los sufrimientos de estos meses, se ve un poco cambiada y se queja de dolores en la parte izquierda del cuerpo. Su proverbial humor ha bajado un 60 %; pero no ha desaparecido del todo.

Con el nuevo uniforme está aquí el redentorista P. Koop. Tiene unos 55 años y es también un célebre predicador de misiones populares. Es bastante chistoso, sobre todo cuando a veces enciende su pipa. Ha trabajado regularmente en los almacenes del campo.

El mono marrón lo tiene también hoy, por primera vez, otro redentorista: el Padre Chachula, el maestro de novicios. Le quitaron los novicios y los tienen hoy trabajando en la construcción de la central eléctrica de Puchov. El padre tiene un alma de oro, es un hombre santo.

Antes de que comience la revista, yo estoy de pie un poco alejado de los otros; no tengo ganas de hablar. Los ojos y el alma empapan silenciosamente esos vestidos marrones, con los cuales se sanciona exteriormente nuestra esclavitud. Siento un pequeño vértigo... pero después con orgullo y decisión me pongo en fila también yo. Lo hago por Cristo.

Nos dividen, nos reparten los trabajos, hacemos la gimnasia matinal y vamos al trabajo.

Una fuga que ni soñaban
15 de julio de 1950

Hoy me he enterado de un acontecimiento increíble, del cual nuestros jefes ni se lo imaginan. Lo refiero tal como me lo contaba, en secreto, el autor del mismo:

"Comencé a pensar en la huida de Podolínec el mismo 25 de abril de 1950, cuando nos trasladaron aquí. Me impulsaba a hacerlo el instinto de conservación, quería tener cierta seguridad de que, en el caso de un grave peligro en el campo, uno podría salvar su vida. Por eso, desde los primeros días, mientras observaba a los guardias, buscaba los sitios por donde uno podía más fácilmente escapar.

Me di cuenta de que la frontal del edificio daba a una de las calles de Podolínec y que en frente, a la otra parte de la calle, se encontraban un bar, una herrería y algunas casas. Las ventanas del primer piso no tenían rejas y era posible bajar por ellas directamente a la calle. La dificultad consistía en que yo no sabía quiénes eran los habitantes de aquellas casas.

Luego examiné detenidamente los muros y la parte de la valla del jardín a la que teníamos acceso. Tras largas observaciones y reflexiones, llegué a la conclusión de que la huida desde el jardín era menos arriesgada. Según mis cálculos, si las condiciones eran propicias para la huida, bastarían dos o tres minutos.

¿Pero existían estos minutos?. ¿Había algún momento en el que los gendarmes descuidaran la guardia?. ¿Se alejaban alguna vez, durante algún tiempo, del lugar que tienen designado?.

Sí. En el caso de algunos gendarmes tales momentos se daban. Sin embargo, era también un hecho que por las puertas de los edificios que dan al jardín entraban, en el momento más inesperado, algunos de los jefes o algún otro gendarme. Dada esta posibilidad, era necesario asegurarse bien.

Antes de intentar la fuga tenía que trazarme un plan bien preciso de lo que iba a hacer y de cómo lo iba a realizar. Y efectivamente, al inicio de julio de 1950, me fugué de Podolínec y después de una semana volví de nuevo al campo.

¿Qué me movía a huir del campo durante una semana?. En el mes de mayo y al final de junio se habían llevado del campo a nuestros clérigos del estudiantado pedagógico y a otros más. A estos, después de tenerlos algunas

semanas de adoctrinamiento comunista en Kastolna, los habían llevado a trabajar en la construcción de un dique cerca de Puchov. Allí ya no se hallaban bajo la vigilancia de los gendarmes y, por tanto, podrían fácilmente escapar, irse al extranjero y continuar sus estudios. Si más tarde tenían facilidad de regresar a su patria, regresarían ya como sacerdotes. Y si no, el mundo es grande. Por Dios y por las almas podrían trabajar en cualquier otro lugar. Cristo nos ha dicho: *"Si no os reciben en una cuidad, huid a otra..."*. Esto sigue siendo válido tanto para nosotros, como especialmente para nuestros hermanos jóvenes. Sin embargo, franquear la frontera no es cosa fácil, y, si a uno lo pillan, lo pagará con años de cárcel. Sólo se puede correr este riesgo en el caso de que se encuentre un guía capaz y de confianza, aunque haya que pagarle. El problema era el de cómo poner a nuestros jóvenes salesianos en comunicación con ese guía. ¿Cómo buscar y entrar en contacto con un hombre capaz y que sepa guardar el secreto?. ¿Dónde encontrarlo?.

Cuando en el año 1944 nos quitaron las primeras casas, algunos salesianos lograron quedar libres y el Padre Inspector los mandó a trabajar en diferentes parroquias, y aún ahora se encuentran en sus puestos. El más capaz de todos ellos me parecía el sacerdote NN, ya que es tenaz, inteligente, perseverante, tiene el sentido de la aventura y sabe callar.

Me decidí a hablar con él. Si aceptaba, tomaríamos juntos todas las precauciones de seguridad, y yo lo pondría en comunicación con un guía. En el camino de vuelta a Podolínec, visitaría a los salesianos jóvenes que están todavía en el adoctrinamiento de Kostolna y a los que ya trabajan en la construcción del dique de Puchov. Así conocería cuál es, en concreto, su situación y podría ayudarles a resolver sus problemas.

La fuga y el regreso lo habíamos organizado de esta manera: seleccioné a seis teólogos y sacerdotes jóvenes inteligentes y capaces, y los puse al corriente de todo el plan, aunque de la salida de los clérigos al extranjero no les dije ni una palabra. A mediodía, cuando en el jardín se encontraban muchos religiosos y parecía que las circunstancias eran propicias, nos pondríamos cada uno en su lugar.

El lugar por donde se realizaría la huida se encontraba en el ángulo donde terminan los restos de las viejas murallas de Podolínec, de un altura aproximada de cinco a seis metros, y donde comienza un muro de altura de dos metros. Dos teólogos debían subir a la torre de la Iglesia y se sentarían en la ventana del campanario. Su papel era controlar si algún gendarme vi-

gilaba al campo por fuera y, en caso de peligro, enseñar disimuladamente una toalla blanca.

En el patio delante de cada salida del campo al jardín se colocaría uno de los teólogos, que deberían tener los brazos caídos y las manos libres; en el caso de que vieran salir del edificio a un gendarme o a un civil, debían poner las manos en la cintura. Yo me situaría a unos dos metros de distancia del lugar por donde pensaba huir. Cinco metros más adelante se encontraría un sacerdote joven. Su papel era observar en todo momento a los teólogos que se encontraban delante de las salidas, los cuales, a su vez, observarían a los que estaban en la torre. Cuando este sacerdote diera la señal de que en ninguna parte había peligro, yo saltaría a toda prisa el muro, treparía y esperaría hasta que el sacerdote me entregase un abrigo.

Todo iba a la perfección, pero, cuando yo salté el muro, sucedió algo imprevisible: el sacerdote, que es uno de los hermanos más audaces, se quedó paralizado. Tenía el abrigo en las manos, pero era incapaz de moverse. Le grité, susurrando, que me diera el abrigo, pero él no se movió. Se lo pedí de nuevo, pero el pasmo no lo dejaba obrar. Afortunadamente cerca de él se encontraba nuestro teólogo Sitar, él tomó el abrigo y me lo pasó.

A toda velocidad bajé del muro y me encontré en un patio muy pequeño lleno de basura. En esa zona de las viejas murallas de Podolínec las casas se encuentran muy cerca. A la derecha había un pequeño establo con una vaca, la puerta estaba abierta. A través del establo salí a una calle y caminé deprisa hacia la estación. De vez en cuando me volvía y miraba hacia la torre, los teólogos seguían allí sentados en la ventana y no enseñaban la toalla, era señal de que los gendarmes y los jefes no se habían dado cuenta de nada.

Los teólogos cubrieron mi ausencia del campo durante todas las revistas de la semana; mientras que yo durante ese tiempo hice un viaje de unos 800 Km., siempre con un miedo enorme. No llevaba ningún documento de identidad y en los trenes rápidos los policías, a veces, controlan a la gente. El Señor iba conmigo.

Encontré al salesiano que buscaba y él aceptó mi propuesta. Discutimos todo el plan para la huida de nuestros clérigos a Austria y le puse en comunicación con un guía. Logré después visitar a los clérigos de Kostolna y a los que trabajan en la construcción del dique; y el día fijado y en el tren previsto regresé a Podolínec.

En la torre se encontraban de nuevo sentados los teólogos y no mostraban la toalla. Los gendarmes y jefes civiles del campo seguían sin saber nada.

El lugar señalado para mi entrada en el campo se encuentra en la parte norte. La cerca allí está formada por unas vigas da madera. Ya antes de la fuga había una viga separada de las otras, porque estaba desclavada y así se encuentra todavía. Cuando llegué a aquel lugar, un teólogo estaba paseando a cinco metros de la cerca en un sendero del jardín, mientras otros, apostados en las salidas del campo, observaban todo lo que pasaba. Cuando me vio él teólogo que paseaba en el jardín saltó de un golpe hasta la cerca, retiró la tabla desclavada y yo me metí a toda prisa por el hueco que había quedado y entré en el campo. Una vez en el jardín, me puse a caminar, como si no hubiera pasado nada. El teólogo colocó nuevamente la tabla en su sitio y tranquilamente regresó a su puesto. La fuga había terminado"[1].

Llega el tirano

21 de julio de 1950

En la última semana, aunque siempre en ambiente de cárcel, reinaba en el campo una cierta tranquilidad, pero hoy las cosas han comenzado a ponerse peor. Ayer por la tarde se esparció la noticia de que iban a cambiar al comisario del campo. En efecto, ayer estuvieron aquí los jefes civiles y los gendarmes de la ciudad de Preson y tuvieron una larga reunión; por la tarde vino también el compañero Heldos, Comisario principal del Despacho eslovaco para las Iglesias de Bratislava.

El resultado de la reunión se ha hecho patente hoy durante la revista de la mañana: tenemos un nuevo comisario en la persona de Miguel Rodak., que era uno de los jefes civiles del campo desde mediados de mayo. Bajo

[1] Por razones de seguridad y de prudencia el autor del diario no podía revelar el nombre del fugado. Había siempre el peligro de que el diario cayera en manos de las autoridades del campo y entonces el autor de la fuga hubiera sido duramente castigado. Pero la detallada descripción deja sospechar que el protagonista de esta fuga increíble y valiente era el mismo P. Macák. Y efectivamente, a mi pregunta directa sobre el caso me ha respondido textualmente: "El autor de la fuga del 15 de julio de 1950 fui yo mismo. Era la primera huida del campo. Durante una semana fuera del campo, organicé un movimiento que hacía posible que los hermanos jóvenes huyeran al extranjero, concretamente a Italia. Después volví clandestinamente al campo, como clandestinamente había huido".

de estatura, grácil, el rostro un poco pálido, los ojos de color azul, tiene las manos siempre en los bolsillos de los pantalones y la cabeza erguida sobre los hombros. Hasta ahora no tenía aquí ninguna función precisa y ahora es el Comisario, es decir, la persona número uno del campo.

En su voz se percibía la malicia, cuando durante la revista declaró: "Desde hoy, los paquetes están prohibidos. Es decir, pueden llegar, pero todos se llevarán a la cocina. La correspondencia está prohibida y si la cosa no va bien, tomaré otras medidas, vosotros lo sabéis, y se os bajarán los humos".

El "tomaré otras medidas" se refería probablemente a las celebraciones de las Misas y al acceso a la Iglesia. Pero, ¿por qué todo esto?. ¿Qué había ocurrido?. Nosotros no hemos hecho nada. ¿No será acaso un cambio de táctica y después de un comisario condescendiente, como era Hruska, le toca el turno a otro duro?.

La segunda huida de Podolínec

21 de julio de 1950

Apenas terminada la ducha fría del nuevo comisario, comenzó a correr por el campo una pequeña alarma. Svejduk, que es el responsable organizador en el reparto de los jesuitas, había comenzado a revisar las habitaciones de los jesuitas, acompañado por el teólogo jesuita Martinsky.

Después los dos entran en la Iglesia y enseguida se les unen Rodak, Sabadka y el Padre Krasnansky. Pasados unos cinco minutos, Svejduk sale de la Iglesia, llama a dos gendarmes con sus respectivos perros y regresan a la Iglesia; por el campo se expande la noticia de que están buscando al Padre Jerónimo Havlavic, de la Orden de los Consoladores, para encarcelarlo.

El Padre Havlavic era amigo del comisario Hruska, hablaban de tú a tú y Hruska lo llevó una o dos veces al cine a Podolínec y le encargaba de algunos trabajos. Pero el Padre Jerónimo se mostraba demasiado atrevido y sus relaciones con los gendarmes resultaban, a veces, imprudentes y hasta ofensivas. Los gendarmes se enojaban con él y su comandante Jencik hace dos días le dijo que podía acabar detrás de las rejas.

Ayer Rodak llamó al Padre Jerónimo a su despacho, pero no se presentó. Se escondió en la cama bajo el edredón y un compañero arregló la cama

de manera que no se notaba nada. Alguien lo vio en el campo a las ocho y media de la tarde, pero esta mañana no se encontraba por ninguna parte y se le buscaba en vano con el perro.

Desde la Iglesia toda la expedición sube con el perro al coro y a las torres; después todos regresan de nuevo al campo, golpean las paredes, buscan en todos los rincones y desvanes.... pero el padre Jerónimo no aparece.

Todo esto los puso furiosos y se lo fueron a hacer pagar a unos inocentes estudiantes.

Merecéis un tiro en la cabeza

21 de Julio de 1950

Tres gendarmes junto con Svejduk han vuelto hoy a revisar las habitaciones de los jesuitas y todo el edificio, y han descubierto a siete estudiantes salesianos de teología. Cada uno estaba sentado en un armario roto.

Al verlos, uno de los gendarmes, de nombre Patus, comenzó a gritar a todo pulmón. Los otros se comportaron bastante mejor y más humanamente, pero Patus no quiso aceptar ninguna explicación. Quería abofetearlos, gritando que se trataba de una reunión de conjurados y enfurecido les gritó: *¡merecéis un tiro en la cabeza!.*

Querido compañero Patus, aunque uno esté enfurecido, esta amenaza es demasiado horrible. Nos amenazas con un tiro para ponernos nerviosos. Puedes estar seguro de que, si esto es la voluntad de Dios, aceptaremos por amor a Cristo ese tiro en la cabeza. El mismo Cristo nos dará la fuerza para soportar también este balazo. Lo creemos así con todas las fibras de nuestro ser, y apoyamos nuestra debilidad en sus promesas. Millares de hermanos nuestros han recibido el martirio a lo largo de la historia del cristianismo, incluso en nuestro siglo. No seríamos ni los primeros... ni los últimos. ¡A lo mejor ese tiro sirve para tu salvación!.

Compañero Patus, ¿Acaso tenéis ya preparadas las balas para nosotros?. ¿O piensas que puedes disparar sin culpa en el caso de que uno quiera huir?. ¿O has dicho esto sólo como una amenaza de gendarme fanfarrón?. ¿O nos odias de tal manera que te gustaría que cavasen una gran fosa en la rivera de Poprad, donde tú pudieras disparar 370 tiros, uno sobre cada uno de los que estamos hoy en Podolínec?.

¡Compañero Patus, esto es una brutalidad!.

Hoy por tercera vez
21 de julio de 1950

Compañero Patus, cuando estábamos en la libertad, éramos agentes de paz y luchábamos contra todos los tiros y ahora quieres dispararlos en nuestras cabezas. Somos víctimas de vuestro odio. De una falsa propaganda. Presos sin crímenes y sin proceso.

Para nosotros que queremos con toda nuestra fe apoyarnos en Dios, ese tiro no es el problema más importante. Si lo fuese, ya hace mucho tiempo habríamos firmado vuestra declaración de que voluntariamente salíamos de la Orden. Pero, cuando se trata de algo más importante que todo lo del mundo, se debe poner la cabeza ante la pistola, aunque esto le resulte a la naturaleza humana terriblemente difícil. Bajo el golpe del verdugo de Herodes cayó una vez la cabeza de San Juan Bautista, y después de él cayeron millones de cabezas de jóvenes, ancianos y niños. ¿Caerán acaso también las nuestras?.

Compañero Patus, es la tercera vez desde nuestra detención que se nos amenaza de muerte. Y es bueno saberlo. Esto es algo muy difícil e importante, que hay que pensar mucho y que tiene que ser objeto de nuestra oración ante Dios, pues la naturaleza humana se alza con todas sus fuerzas contra la muerte. El martirio es una gracia, la gracia de todas las gracias, que solo puede darla Jesucristo. Sólo Él puede dar la fuerza de morir con el grito de *¡Viva Cristo Rey!* y, enseguida, caer feliz en sus brazos.

Cuando el compañero Patus terminó de proferir sus amenazas y de descargar su furia, se formó un cortejo "criminal". Al frente caminaba Patus, lo seguían nuestros siete teólogos y, entre ellos, Svejduk con el perro y al final dos gendarmes.

Llegados al despacho de los gendarmes, llamaron al comandante Jencik, que se presentó a toda prisa con la pipa en la boca, pensando que habían encontrado al Padre Jerónimo. Debió de sentirse muy decepcionado. En un cuaderno roto escribió con el lápiz los nombres de los teólogos y repetía constantemente: "*esto no acabará bien, esto no acabará bien* "...

El comandante Jencik tiene unos cincuenta años, es alto y bastante grueso. Su voz es como la de un alcohólico que tiene las cuerdas vocales quemadas. Es astuto y afable. Les quitó los libros a dos teólogos y luego les dijo a todos que se fueran.

Nosotros lo tomamos a broma, considerando toda la escena y el ridículo cortejo de autoridades, frailes, gendarmes y perro, como un capricho del compañero Patus.

Jencik no lo tomó tampoco muy en serio y los otros dos gendarmes permanecieron silenciosos.

En el comedor sirven a las mesas el padre Adalberto Bosansky, el provincial de los Verbitas y el jesuita Padre Bak.

Consecuencias de la huida

23 de julio de 1950

Las consecuencias de la huida del padre Jerónimo las sentimos enseguida. Después de la función de la tarde no podíamos ya ir al jardín. Han cerrado también el patio por el cual se salía al jardín. Si a esa hora alguno desea pasear, sólo puede hacerlo en el patio cuadrado, donde se hacen las revistas.

Hoy hemos sabido que se han llevado al anterior comisario, Hruska, escoltado por gendarmes, policías secretos y por Rodak, que tal vez tiene el mayor mérito de su sustitución. Lo han metido en la cárcel. Así pasa la gloria del mundo.

La huida del padre Jerónimo no les es fácil de tragar a los responsables civiles y a los gendarmes, y el comandante Jencik sigue repitiendo: "*esto no acabará bien, esto no acabará bien...*". Nosotros también pensamos que no acabaremos bien.

Jencik tiene la pipa en la boca, desde la mañana hasta la noche, y ya algunos han comenzado a llamarlo el señor "Puffendorf", que en nuestra lengua quiere decir chimenea.

José Sabadka, que es ahora nuestro responsable y organizador, iba con frecuencia a la habitación donde habitaba el Padre Jerónimo y daba un suspiro: "*Jeronimito, Jeronimito, ¿a dónde te encuentras?*". Cuando nos hemos enterado, nos hemos reído de lo lindo..

Hoy por la mañana, a las siete y media, en las noticias de seguridad de la radio eslovaca daban ya el nombre del padre Jerónimo. Estas noticias son divulgadas por todas las estaciones de los gendarmes en Eslovaquia y tal vez en toda la república.

Decía la noticia que de Podolínec se había marchado el alumno Jerónimo Havlovic de 35 años, de estatura baja, de cara llena, con la cabeza rapada, etc, y que era necesario detenerle. Pero es muy poco probable que lo puedan detener. No es esta la primera vez que anda huido. Se dice que ya el año pasado, durante cuatro meses, tuvo que esconderse, porque la policía seguía sus huellas.

José Sabadka regresó hoy a las 9 de la noche de un baile en Podolínec con señales de haber recibido una paliza y con los vestidos rotos. Pensamos que se lo han hecho los jóvenes de Podolínec. Estaba tan borracho que no podía meter la llave en la cerradura. Los teólogos le ayudaron. De repente cogió la pistola que tenía debajo de la almohada y quiso salir para Podolínec, pero el gendarme de la puerta principal no lo dejó salir.

La situación es cada vez peor

25 de julio de 1950

El nuevo comisario Miguel Rodak corre en estos días como un obsesionado. De diez a veinte veces al día recorre los patios y el campo. Camina silenciosamente como un espíritu y a toda prisa entra en las habitaciones, como lo hacía hace un mes. En el país se oye una emisora de radio que, según él, debe de encontrarse en el campo de concentración.

Se dice que el Vaticano da noticias precisas y rápidas sobre Eslovaquia. Pero ¿cómo las podríamos emitir y tenerlas nosotros aquí en el campo?. Esta noche Rodak vigilaba y controlaba a los gendarmes en la guardia, esto los ponía furiosos.

El gendarme Patus da vueltas al rededor de las cercas del jardín aún fuera de su guardia. Se dice que en el jardín van a colocar lámparas eléctricas y a preparar garitas para los guardias. El número de gendarmes para la guardia se ha duplicado. Rodak controla cuidadosamente la seguridad de la cerca, lo hace tres veces al día y da las órdenes para asegurarlas todavía más.

Se rumorea que quieren construir otra cerca, a unos tres metros de distancia de la actual y así, si uno intenta huir, tendría que atravesar dos cercas.

Pero pienso que todo esto es sólo un comentario.

Después de una larga pausa, hoy a las 8 y 9 de la mañana, José Sabadka nos ha vuelto a cerrar la iglesia. Ciertamente lo ha ordenado Rodak, que ayer buscaba algo en la sacristía y echó una mirada también a la iglesia.

Sabadka al entrar en la iglesia no se quitó el sombrero, aunque fue uno de los que participó en la procesión del Corpus Christi.

¡Señor, de nuevo nos separa una puerta cerrada!, pero de ti no nos separarán ni cien cerraduras.

A todas las puertas que dan del edificio al campo o al jardín les están poniendo nuevas cerraduras. Estaremos así en una cárcel más segura, pero también esto lo soportaremos por amor a Cristo!

Entre nosotros hay delatores

26 de julio de 1950

Durante estos días corren en el campo muchos rumores y noticias alarmantes. Terriblemente me ha impresionado, por ejemplo, la noticia de que entre los religiosos se encuentran algunos delatores. Se dice que Rodak recibe de ellos las denuncias por escrito. No lo puedo creer de ningún modo, y espero que sea sólo un rumor callejero, como ya ha ocurrido otras veces. Aunque, por desgracia, tampoco se puede, sin más, descartar la posibilidad.

Es ciertamente una noticia trampa para sembrar entre nosotros la sospecha, la incertidumbre y el miedo. ¿Quieren romper nuestra unidad o facilitar el trabajo de vigilancia con nosotros?.

Se dice también que, en base a las denuncias de estos delatores, Rodak ha confeccionado una lista y que, como castigo, algunos serán trasladados al campo de concentración de Novaky. Se dice que los espías son unos seis. Me han dicho también sus nombres; y me siento feliz, porque entre ellos no hay ningún salesiano.

Hoy es el día de Santa Ana y en Podolínec se celebra la fiesta de la patrona de la Iglesia; durante los años pasados acudía mucha gente de los pueblos vecinos. Esta vez no han venido muchos; pero sí han llegado guardias y gendarmes de los pueblos vecinos y quién sabe de dónde. ¡ Hay que ver el miedo que tienen estos compañeros al pueblo, en nombre del cual pretenden gobernar!.

Rodak nos concedió fiesta por la mañana, pero por la tarde tuvimos que trabajar, aunque no hay mucho trabajo en el campo: unos aserraban la madera, otros la recogían y otros la llevaban al establo. Hace dos meses metimos los troncos en el establo y después de un mes los volvimos a

sacar. Aquí sólo hay posibilidad de trabajo para unas 10 personas, por falta de herramientas. Los albañiles están construyendo los garajes en el patio, pero algunos días no pueden hacer nada, porque falta el hierro o el cemento.

Rodak ha ido hoy a Stara Lobovna. Se comenta que a buscar un nuevo ecónomo, porque el actual, Francisco Tretina, se va a las maniobras militares. Al volver al campo, Rodak se dirigió enseguida a la iglesia. Allí, excepto los sacristanes, no se encontraba nadie más, pero Rodak desde el altar principal les gritó enfurecido que se fueran inmediatamente. Después cerró la iglesia y se llevó la llave. Por la mañana la iglesia había estado abierta y por la tarde Sabadka se había olvidado de cerrarla.

No nos permiten ir a la iglesia
26 de julio de 1950

Durante la revista de la tarde, el padre Krasnansky nos comunica que Rodak no nos permite hoy la función de la tarde en la iglesia. Debe de ser como castigo, porque, según Rodak, por la tarde no íbamos a trabajar.

La función de la iglesia la reemplazamos como podemos. A las siete nos reunimos todos en el corredor junto a la sacristía. Alguien entró por la entrada secreta a la iglesia y abrió las ventanas de la sacristía que dan al corredor y la puerta que da al altar mayor, así nos pudimos poner, al menos parcialmente, cerca de nuestro Señor.

Desde el corredor lo hemos aclamado y le hemos cantado. Con mucho fervor hemos pedido también por nuestros superiores religiosos y por nuestros jefes ateos, por Rodak y los otros. Hemos recordado en la oración también a nuestros hermanos más jóvenes, que se encuentran en las brigadas y en el adoctrinamiento. Desde el corredor hemos invocado también a nuestra Madre, rezando el rosario, y, como era miércoles, hemos terminado con un canto a San José.

Estábamos en el corredor 250 presos. Después nos dispersamos por las habitaciones. La oración en el corredor nos recordaba a los judíos que lloraban junto a los muros de su templo. ¡Todo sea por amor a Cristo!.

Pero tampoco falta el humor en el campo de concentración, como lo hubo, por ejemplo, ayer con los paquetes. Desde que Rodak es comisario todos los paquetes los llevan a la cocina. Allí los gendarmes y los jefes civi-

les toman de ellos lo que les apetece y a nosotros nos dan los restos, la fruta y a veces algún dulce. Solo si alguien recibe ropa se la entregan.

Ayer algunos de los jóvenes salesianos hicieron unos paquetes con su ropa, escribieron las direcciones y les colocaron los sellos de correo. Después arrastraron por el suelo los paquetes, para que la imitación fuera perfecta. Cuando el coche trajo del correo los paquetes, los jóvenes salesianos sustituyeron los paquetes que habían llegado de fuera por los que ellos habían hecho con sus ropas. Estos los dejaron en la cocina y los otros los llevaron a las habitaciones. En un paquete pusieron también una botella de Wisky con agua y añadieron también un letrero: "*por la mano temblorosa de un padre cuidadoso*". Los gendarmes no se dieron cuenta de nada y por la tarde repartieron los paquetes de ropa diciéndole a los clérigos que se los enviaba su madre. Los clérigos a duras penas podían contener la risa y, cuando los gendarmes desaparecieron, estalló en la habitación una solemne carcajada, y la risa continuó durante mucho tiempo.

La mies es mucha, y nosotros aquí

Hoy se recoge en nuestro campo la cosecha. Había en la parte norte del jardín unos cuatro o cinco metros de distancia hasta la cerca. Allí sembramos centeno y en los últimos meses nos prestó un gran servicio. Cuando algún hermano tenía visita de la otra parte de la cerca, podía acercarse a gatas a la cerca, el centeno lo ocultaba y los gendarmes, que estaban de la otra parte del huerto, no lo podían ver. Por allí era posible contrabandear el vino de la Misa y otras cosas necesarias.

Después de la huida del padre Jerónimo pusieron también un gendarme en esa parte del jardín. Ahora, con gran disgusto, había que segar el centeno ya maduro. También en este caso no faltaron las bromas. Por ejemplo, el hermano Martín, de los jesuitas, tenía en las manos la guadaña e iba vestido con una gran pajarita de color rojo. Los segadores antes de comenzar la siega con toda seriedad se arrodillaron y rezaron, como era costumbre en casa cuando se recogía la cosecha. Después el hermano Martín suspiró: *"en la cárcel me tocó recoger la cosecha que no había recogido hasta ahora"*.

Los segadores eran de todas las Órdenes. Cada uno recogió un poco. Todo se hacía en medio de un ambiente de chistes, ironías y burlas inocentes.

¿Qué queréis?. También los presos por Cristo necesitan la alegría, como la naturaleza necesita el sol y, aunque no tengamos libertad, se saben gastar bromas para alegrarse un poco; incluso, a veces, uno se burla de sí mismo y de su situación. Es un modo de soportar todo más llevaderamente.

Hoy es 27 de julio. En el valle de Poprad comienza la cosecha y nosotros estamos aquí. ¡Qué inmensa mies nos espera fuera, la mies de Cristo, y nosotros estamos sin poder hacer nada!.

Me doy cuenta de que Jesucristo y su Madre me piden hoy sólo una cosa, la más grande, vivir aquí cada día, desde el alba hasta el ocaso, con sencillez, sinceridad y paciencia. Me piden las espigas y las gavillas del amor y del dolor. ¡Esta es hoy mi mies!

8

LAS HUIDAS DE PODOLÍNEC

Hay que arrancaros la cabeza

29 de julio de 1950

La pasada fue una noche de mucha lluvia y mucho viento. Faltó también la corriente eléctrica. En la revista de la mañana nos encontramos con una gran sorpresa. Dos teólogos Verbitas, Bakos y Magdolen, habían desaparecido. Inmediatamente fue ordenado un control extraordinario. Pero no hubo nada que hacer, no fueron encontrados.

La huida nos causó una gran alegría. Desde hacía unos días nos vigilaban con toda la severidad. Desde las siete de la tarde, incluso a plena luz, no nos permitían pasear por el jardín, ni por el patio cerca de la puerta principal. Y sin embargo, de un sólo golpe se habían escapado dos personas. Durante la gimnasia, que sigue a la revista, se presentó también el comisario Rodak. En la cara se le notaba una mezcla de desengaño y sorpresa junto con una gran rabia. Tenía los ojos hundidos. Con una sonrisa forzada nos anuncia que dos religiosos han desaparecido. Después nos pregunta: *¿Se han ido los sacerdotes*?. Contestamos que no. Rodak continúa: "*tanto peor para vosotros, desde ahora ya no se escapará nadie. Si es preciso os acorralaremos con ametralladoras*".

¡Querido Rodak, eso supone para nosotros un "gran consuelo"!.

Durante todo el día interrogaron a los religiosos que dormían junto a los dos fugitivos. Los gendarmes con los perros rodean por dentro y por fuera los muros del campo. Al final nos dicen que han encontrado el lugar por donde los religiosos se habían escapado y precisan también el tiempo de huida.

Los religiosos que sabían algo de esa fuga se reían y nos hacían señales con la mano para indicarnos que lo que estaban diciendo era sólo una invención. Un gendarme de baja estatura y piel morena llamado Krechsler está tremendamente furioso y dice que a todos nosotros nos deberían cortar la cabeza. El comandante Jencik está completamente abatido a causa de la huida. Afirma que ahora cambiarán a todos los gendarmes, etc.

De Presov llegaron dos coches con la policía secreta. Preguntan a los compañeros cómo ocurrió la huida e imparten a los gendarmes las nuevas órdenes: los albañiles deben tapiar la puerta de la carpintería que da directamente del campo a la calle; las ventanas de la carpintería, que no tienen rejas, han de ser bien aseguradas; la puerta principal desde ahora permanecerá cerrada, incluso durante el día, y un gendarme hará guardia en ella, incluso por la parte de la calle. Además se dice que un gendarme con la ametralladora grande vigilará desde ahora desde una de las torres de la Iglesia; desde las cinco de la tarde no se podrá pasear en el jardín, aunque el sol está todavía muy alto.

Como en la cárcel uno de los presos es responsable en cada celda, también aquí en cada habitación habrá un responsable, y en el caso de que a las diez de la noche algún religioso no se encuentre en la habitación, el responsable debe denunciarlo. Todo se ve como un empeoramiento de la situación.

Las cartas de nuestros muchachos

29 de julio de 1950

Las amenazas que nos hicieron después de la huida de los teólogos Verbitas y todo lo que siguió me ha impresionado terriblemente. Me siento como destruido e incapaz de hacer nada. Me ayuda sólo el lento y penoso escribir este diario, aunque lo tengo que hacer con un continuo sobresalto. Desde que Rodak es comisario, no podemos recibir correspondencia; pero por caminos clandestinos nos llegan algunas cartas de vez en cuando. Mucha fuerza nos dan las cartas de los muchachos que frecuentaban nuestros Oratorios. Parece como si nuestra situación les impulsara a ayudarse mutuamente.

Por ejemplo, hace poco nos llegó esta carta:

"Rvdo Padre:

Ante todo le agradezco sus saludos y se los devuelvo de todo corazón. No se extrañe de que le escriba sólo ahora. Hasta ahora he estado como ayudante en un despacho. Pero ya ha regresado un oficial y por eso tengo tiempo para contestarle. En su tarjeta precedente me preguntaba sobre qué quiero hacer. La libreta de notas ha sido bastante buena. Como Ud. ya lo sabe, me suspendieron el examen de ingreso

a la Academia Comercial. Esto, sin embargo, no me causó ningún apuro, me dije a mi mismo que lo debía aceptar y que el Señor lo dirige todo. No dudé mucho y me inscribí en los cursos comerciales de YNCA. Durante las vacaciones no he salido, me he quedado en casa. Ud. pregunta cómo sigue el equipo de fútbol de Ruzinev. El primer equipo va muy bien, ocupa el primer puesto, y en otoño subirá a una clase superior. Del equipo joven no le hablaré mucho, no han perdido todavía ni una competición, los demás equipos le tienen miedo; hace poco derrotaron a los jóvenes futbolistas de NV Bratislava 10 a 3. Cuando juegan fuera de Bratislava, la gente se dice: "los salesianos saben educar a los muchachos en el aspecto religioso, pero saben sacar también unos deportistas excelentes". Los jóvenes futbolistas tienen esto como un gran honor y tratan de jugar cada vez mejor. Les gusta mucho poder hacerlo en honor de San Juan Bosco y Domingo Savio[1].

El mes pasado comenzamos a llevar algunos de los Compañeros a la Santa Misa a las 6 de la mañana y a recibir en ella la Sagrada Comunión. Es admirable ver cómo José y Pulo han mejorado. Eran siempre unos muchachos muy buenos, pero ahora comulgan todos los días; en la Eucaristía de las 6 de la mañana participamos unos 25, y éstos son sólo la mitad, porque algunos están todavía en vacaciones. Puedo asegurarle que ya en septiembre vendrán también los otros. Créame, Padre, para ganarlos ha sido un trabajo difícil. Cada viernes tenemos el Via-Crucis, que en el tiempo establecido hacemos todos. Durante la función de la tarde rezamos también por ustedes, para que estén bien y el Señor los bendiga.

Termino mi carta con la promesa de que seguiremos siempre juntos, siendo fieles a Don Bosco y a nuestro modelo Domingo Savio. Estamos dispuestos a dar también la vida, pues la fe en Jesucristo no la traicionaremos jamás".

Firma: Esteban.

[1] En el momento que se escribió este diario, Domingo Savio, alumno de D. Bosco, acababa de ser beatificado (5 de marzo de 1950). Era el Beato, no mártir, más joven de la historia de la Iglesia. Desde Don Bosco, que escribió su vida, viene presentado como modelo de los jóvenes que se educan en los colegios salesianos. Fue canonizado el día 13 de junio de 1954.

Leyendo esta carta, a uno se le saltan las lágrimas. La escribe un joven que acaba de pasar la edad crítica de la pubertad. Después de tres meses de haberle arrebatado a los Salesianos, está fuerte y decidido a permanecer fiel a Jesucristo. Es más fuerte que cuando estábamos nosotros con él y se ha convertido en un apóstol allí, de donde nos sacaron. No tiene miedo a las dificultades, gana a los compañeros y organiza los grupos de reflexión y de oración. No está solo; escribe en nombre de su grupo.

Pienso que nos ataron las manos, separándonos de los miles de jóvenes que amábamos y por quienes sacrificábamos nuestra vida; ellos como jóvenes apóstoles toman nuestro lugar en cuanto les es posible.

Como nueva juventud de Cristo crece también en estos tiempos en fe y entusiasmo. *"Muchachos: os queremos, os bendecimos con ambas manos, pedimos por vosotros"*.

Una protesta de masa en el campo

29 de julio de 1950

Cuando Rodak, como ya he dicho, llegó a ser comisario comenzó a crecer en el campo el disgusto y la indignación. Prohibió la correspondencia y, después de las fugas, introdujo nuevas limitaciones. La conciencia de la afrenta creció de tal manera que hoy, antes del medio día, una delegación de doce religiosos de todas las Órdenes, se dirigió a él, para pedirle que no nos castigara a nosotros por el hecho de que alguien se hubiese escapado, siendo así que nosotros no éramos culpables; que nos permitiera la correspondencia y los paquetes. Al principio parecía que atendía bien estas insinuaciones; pero ante una observación, Rodak se enfureció y echó a la delegación fuera de su despacho, y enseguida se puso a recoger los nombres de los religiosos que la formaban. Esto era como echar aceite al fuego de la indignación general, que explotó después de la comida.

A la una y media nos llamaron para una revisión especial. Había acaecido que cuando trajeron los paquetes del correo y los trasladaban al almacén, algunos paquetes desaparecieron antes de llegar a la cocina. Los que los cogieron se los entregaron a quienes iban dirigidos. Sabadka furioso de rabia gritaba: salgan de la fila los que han cogido los paquetes. Yo los conozco. Si no salen, todos quedarán ahí en formación hasta la media noche. Pero no salió nadie. Sabadka fue a revisar las habitaciones, pero no encon-

tró nada. Regresó al patio lleno de ira y gritando: *salgan los que sustrajeron los paquetes del almacén.*

Por segunda vez nadie se presentó. Enfurecido gritó: *Ya los conozco.* Y salió para revisar de nuevo.

Al Padre Krasnansky, que es el principal responsable de la parte de los religiosos, lo envió al almacén para que certificara que faltaban tantos paquetes como decía José. Entretanto llegó a la revisión también Rodak. El Padre Krasnansky regresó y durante unos minutos habló con Rodak en voz baja. Después, el Padre Krasnansky nos preguntó:

– *"Hermanos, decid si estáis contentos con lo que se hace aquí con los paquetes".*

En el patio cuadrado se oyó un ¡No! como un trueno.

Rodak comenzó a decirnos palabras hirientes: *"ahora robáis, así que el robo es una cosa buena en un convento".*

Padre Krasnansky respondió:

– *"Nosotros tomamos solo lo nuestro. Alguien comenzó antes a robar de nuestros paquetes".*

Todos gritaron: *"es un robo lo que se hace aquí... un robo... un robo!".*

Padre Krasnansky continuó:

– *"Y en los periódicos se escribe que aquí tenemos una vida religiosa regular. Pero lo que se hace aquí demuestra lo contrario".*

Uno gritó:

– *"¿Y por qué estamos aquí?".*

Y Rodak irónicamente: *"eso está bien, vosotros no sabéis por qué os encontráis aquí".*

Todos respondimos:

– *"Ninguno nos lo ha dicho, llevamos ya tres meses aquí y no sabemos el por qué".*

El Padre Krasnansky añadió:

– *"De estos desórdenes nos quejaremos al Despacho eslovaco para los asuntos de las iglesias".* Todos aplaudimos.

De nuevo ironía de Rodak: *"Levantad en alto a vuestro caudillo, a este padre Krasnansky, levantadlo".*

El padre Krasnansky continuó:

– *"Vosotros no tenéis derecho de controlar nuestra correspondencia y para esto están aquí los gendarmes".*

En Rodak iba creciendo la rabia, nerviosamente movía sus manos den-

tro de los bolsillos de los pantalones y de nuevo nos dice: *Y escribid también una queja al Papa del Vaticano.*

Todos gritamos: *No nos ofendas.*

El Padre Krasnansky dice todavía algo y de nuevo lo aplaudimos.

Rodak deja de hablar e impotente se sienta a la orilla del pozo del cual se saca el agua para el campo. Nosotros quedamos en fila de pie, indignados y ofendidos.

Al poco tiempo llega corriendo José Sabadka y grita: *"He descubierto dos paquetes y he quitado otros cuatro paquetes"*. Los paquetes viejos eran restos de los paquetes que recibíamos antes de la prohibición. José grita de nuevo: *Salgan los que trajeron los paquetes.* Por fin salen de las filas unos cinco religiosos y José nos despide con gritos: *"ahora que se marchen todos; estos cinco tomarán cada uno un cubo de agua y los instrumentos de limpieza y harán hasta la noche aseo en los pasillos, todo debe quedar resplandeciente"*.

Todos nos marchamos indignados. Una escena así no la habíamos tenido hasta ahora. Es la primera vez que los religiosos, después de tres meses, hemos protestado contra todo lo que se está cometiendo aquí contra nosotros. ¿Qué consecuencia tendrá esta escena?. Pensamos que Rodak hará encarcelar al padre Krasnansky o, al menos, lo trasladará a un campo de concentración más duro. Estamos aquí peor que los presos de la famosa cárcel de Leopoldov. Allí son permitidas las visitas, aquí no. Allí el preso puede recibir los paquetes, aquí los llevan al almacén y después roban de ellos. En el campo del trabajo de Navaky un preso con un salvoconducto puede irse por unos días a su casa, aquí no se puede ni soñar algo semejante.

Por la tarde, a las seis y media, se pasa la revista ordinaria. Rodak viene y se ríe, como si no hubiese pasado nada. Acaso ha comprendido que las cosas en el campo no se pueden llevar a los extremos.

¿Cederá al menos por táctica?. Lo consideramos demasiado astuto.

También en el campo de concentración se emiten votos

30 de julio de 1950

Hoy es domingo y por la mañana nos obligan a presentarnos a la revista contra toda costumbre. Ayer tuvimos dos revistas extraordinarias. Pero el

conseguir reunirnos a todos ha durado más que otras veces. Los estudiantes de Teología de los Verbitas emiten hoy sus votos religiosos; la ceremonia se inició en la capilla; cuando comenzó la revista debieron interrumpirla y venir a toda prisa; después regresaron a la capilla para terminar su valiente entrega a Cristo. Hace dos semanas, en el campo de Podolínec, renovaron los votos también algunos jóvenes salesianos. Es algo heroico consagrarse a Cristo con los votos de pobreza, castidad y obediencia en un campo de concentración. Es una promesa de fidelidad hecha a la sombra de las ametralladoras, que los gendarmes usan de nuevo durante la guardia de la noche. Estos jóvenes quieren seguir siendo religiosos, a pesar de la cárcel y de las amenazas de persecución que se ciernen sobre nosotros. Son verdaderos héroes de Cristo.

A los gendarmes les han asignado en estos días dos nuevos lugares para la guardia. Son veinte los gendarmes. El edificio debe estar totalmente rodeado de centinelas y esto les cansa y les irrita, y se quejan. A uno de ellos lo encontró el comandante Jencik dormido en su puesto de guardia a las 9 de la mañana. Dormía tan profundamente que el comandante le quitó la pistola de su bolsa de cuero, sin que se diera cuenta, pues ya llevaba tres noches sin poder dormir. Pido también por estos mis hermanos gendarmes.

No os pongáis enfermos en Podolínec

2 de agosto de 1950

En estos días sucedió algo típico de Rodak y de sus tiránicas maneras. Ninguno protesta, pero a todos nos disgusta su actitud.

En el campo de concentración se encuentra un padre redentorista ya muy anciano, el Padre Kliment, que sufre terriblemente de cálculos en la vesícula. Pasó un tiempo en el Hospital de Kezmarok, pero regresó de nuevo al campo, por unas semanas; en estos días sus dolores son muy fuertes. El médico de Podolínec llega al campo oficialmente una vez por semana y ha dado ya dos veces la orden de que lo ingresen en el Hospital. Arrastrando sus pies, él va una y otra vez al despacho de Rodak para suplicarle que le permita la cura que necesita, pero éste lo echa con cinismo de su despacho. El pobre enfermo se retuerce de dolor en su cama. Con él se encuentran, en su misma habitación, tres padres Redentoristas, entre ellos el joven Padre Cverke, que no puede tolerar más esta situación. Como responsable

de la habitación va a ver a Rodak y, con todo el respeto, le recuerda insistentemente el mandato del Doctor Kezmarok, que por dos veces ha dado orden de enviar al Padre Kliment al Hospital.

Rodak contesta: *el que decide quién va al Hospital soy yo.*

Padre Cverke trata de persuadirlo con sus razones, pero Rodak no se digna ni siquiera de darle respuesta.

Entonces el padre Cverke le dice: *"Me siento obligado a escribir una queja al comisario de la salud de Bratislava, explicando cómo se trata aquí a los gravemente enfermos e inocentes".*

Rodak enfadado contesta: *"Sí, muy inocentes. ¿Y qué significan esas quejas al comisariato de la salud?".*

Padre Cverke: *"Escribiré al Doctor Veres, del Comisariado de la salud, que estuvo aquí para el control. Pero no piense Vd. que la carta la voy a hacer pasar por sus manos".*

Sale del despacho y va al del Padre Krasnansky, pide el papel y la máquina para escribir. Rodak también va allí. El P. Cverke, con toda libertad, dice: *por favor, dame un papel y préstame un momento una máquina. Voy a escribir una queja al Comisariato de la salud. Aquí el Sr. Rodak sabe de qué se trata.*

Rodak le grita muy enfadado: *"Lo que le daré es puntapié que lo hará volar hasta el Comisariato de salud".*

Padre Cverke sale diciendo: *"Pero no piense Vd. que no voy a escribir. Vosotros nos tratáis como a unos bárbaros".*

Rodak, lleno de ira, no supo qué responder. Pero poco después se presentó en la habitación del padre Kliment, preguntándole lo que ya varias veces le había oído decir y le prometió cuidarse de él Han pasado ya dos días y el padre Kliment sigue sufriendo y pensando en volver a ver Rodak para pedirle de nuevo lo mismo.

Pero ¿cuándo finalmente le escuchará este despiadado comisario?.

Los prófugos regresan

2 de agosto de 1950

Ayer nos esperaba una singular sorpresa. Los dos teólogos de los Verbitas, Bakos y Magdolen, que hace unos días huyeron de Podolínec, se presentaron hoy por la mañana en la puerta principal al gendarme Galajda. Este llamó enseguida al Comandante Jencik, que los saludó y llamó a Rodak.

El teólogo Bakos entregó a Rodak una carta del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos y le dijo: *"Yo ya estoy libre, no tenéis ningún derecho sobre mi".*

Inmediatamente los condujeron al despacho de los gendarmes y allí les llevaron la comida. Ninguno de los religiosos podía hablarles.

A las tres de la tarde, los trasladaron de repente al jardín y los encerraron en una pequeña chabola donde se guardan los utensilios del jardín y del huerto. Allí los interrogaron uno a uno; y allí pasaron la noche en vigilancia continua de los gendarmes. Hoy se ha sabido que estarían aquí hasta que se marchen también otros teólogos. Juntos irán al adoctrinamiento y al trabajo de la construcción del dique de Puchov. Veremos...

Otra novedad nos esperaba hoy en el jardín. A los seis altos postes eléctricos les pusieron unos reflectores muy fuertes y por la noche los encendieron. Estos reflectores iluminan muy bien las cercas, muros y todo el espacio que hay delante de ellos.

Anteayer celebramos la fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuitas. La celebramos durante la misa de la tarde. Hoy tenemos la fiesta de San Alfonso María de Ligorio, fundador de los Redentoristas. Creo que hoy también tendremos la Misa por la tarde.

Y ellos fortifican y fortifican

3 de agosto de 1950

Anoche, a las 10, algo me empujaba a mirar por la ventana del jardín. La mitad del jardín, la del lado de la cerca, estaba iluminada como si fuese de día. Por la calle, delante del campo, paseaba un gendarme con su ametralladora; en el jardín, bajo un reflector, se encontraban dos gendarmes, también con sus armas, uno llevaba agarrado por la cadena al perro, de nombre Ars. Paseaban y charlaban.

Los prófugos de los Verbitas dicen que trajeron del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos un certificado de que en Podolínec no existía ninguna cárcel. ¿Lo creéis vosotros, presos?. Esto que vivís no es ninguna cárcel... En las ventanas del entresuelo están las rejas; las puertas del edificio que dan por fuera son dobles y tienen cerraduras, las rodean los guar-

dias con armas y con perros; una parte del jardín parece la pura luz para poder disparar de noche a los que huyan... Qué cosas tan increíbles nos quiere hacer creer este Despacho ateo para los asuntos religiosos... ¡Compañeros!. Ya lo creo, esto no es una cárcel, sino algo peor. En nuestra lengua no hay un nombre para esto. En toda la existencia de nuestra cultura, una cosa así se ve por primera vez.

Me voy a dormir para despertarme cuando la noche sea más cerrada. Algo me empuja a hacerlo y me levantaré para mirar el jardín y la calle. La noche debe de ser fría, porque el gendarme pasea con paso veloz.

En el jardín están silenciosos los haces de centeno y los árboles casi con asombro, porque la noche se les hace día. La pared blanca de la casita de la otra parte de la cerca refleja violentamente la luz, como si quisiera protestar. En el patio vecino, ante la puerta principal, comienza a ladrar un perro; el gendarme con el cigarrillo sale del jardín, se pone a la sombra del establo y observa el patio. Tras unos minutos regresa, piensa que el perro en su casita ya duerme como antes.

Por todas partes reina un silencio asombroso. La luna, de color amarillo sucio, está paseando por el cielo, proyectando, a través de las nubes, su frágil luz a todo el país. Por doquiera silencio, silencio asombroso... Sólo los reflectores en el jardín gritan con toda su luz que nada justifica su instalación allí... gritan en la noche casi iluminada...

Ellos fortifican y nosotros huimos

3 de agosto de 1950

Durante los últimos días la situación en el campo está llena de movimientos y cargada de vivencias. Después de haber encendido los reflectores de noche en el jardín, nuestros jefes continúan febrilmente en los trabajos de fortificación, para que nadie pueda escaparse de este -así dicho- convento. Su preocupación por nuestra vocación parece diabólicamente conmovedora.

Hace una semana Rodak amenazaba con que ya ningún sacerdote podría escapar del campo, y no se ha quedado sólo con las amenazas. Hoy han traído más vigas y ladrillos, todo va muy deprisa. Sobre la cerca de la parte de la calle están poniendo tres filas de alambradas. Las alambradas las instalan los hermanos legos de varias órdenes, es un trabajo que les obligan a hacer, auque vaya contra ellos mismos y contra nosotros. Con los

legos trabaja también un hermano Verbita, que pasó largo tiempo en el campo de concentración de Mauthausen, prisionero de los nazis; ahora es prisionero de los comunistas en este campo de concentración de Podolínec; campos de concentración por una y otra parte ¡Ironías de la libertad!

La cerca de la parte del norte la prolongan un metro. En el jardín, en unos puntos estratégicamente situados, los albañiles están construyendo las garitas para los centinelas, a un metro del suelo. También las garitas las construyen religiosos... para que ninguno de ellos se escape.

Y justo ahora, algunos sacerdotes jóvenes y de mediana edad están pensando en fugarse de Podolínec. No les mueve tanto el deseo de alcanzar la libertad, cuanto el de trabajar por la salvación de las almas. Dicen que también es meritorio sufrir en este campo, pero que es necesario salir fuera a llevar el mensaje a otras personas y estar entre los muchachos. Es verdad que deberán esconderse, vivir en continua zozobra y riesgo, y, si alguna vez los atrapan, los condenarán. A pesar de ello, quieren sufrir fuera, entre la gente, y hacer allí lo que se pueda.

Esto es lo que decimos: "hacer lo que se pueda"... Algunos dentro del campo afirman que fuera no se puede hacer nada, verdaderamente nada. Lo dicen, especialmente los que no son capaces de imaginar métodos y maneras para hacer algo incluso hoy, incluso durante esta persecución. Otros tienen este sentido más claro, y algunos se sienten bastante fuertes en Cristo para huir y asumir todos los riesgos, para poder confesar, bautizar, exhortar, animar e iluminar. Este deseo de las almas llega a ser durante estos días más apremiante, pues vamos cada vez conociendo mejor la situación de la Iglesia eslovaca.

Un nuevo campo de concentración se ha establecido en el convento de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Muceniky (el nuevo régimen ha dado a este pueblo el nuevo nombre de Slkeckovce). En este nuevo campo se encuentra el Obispo Buzulka, los sacerdotes que trabajan en la Cancillería Episcopal en Trnava y Nitra, y muchos decanos y otros celosos sacerdotes.

Sólo ahora se ve que es importante, desde el punto de vista de toda la Iglesia, que los religiosos sacerdotes no acepten ir a las parroquias al precio de abandonar la propia Orden. Con las firmas querían moralmente abatirnos, esclavizarnos y tenernos aterrorizados y bajo su control. Al mismo tiempo, querían llevarse de las parroquias a los sacerdotes más celosos. De

este modo pretendían en poco tiempo debilitar la vida religiosa del pueblo y su capacidad para defenderse contra el ateísmo. La mayoría de los sacerdotes más fervorosos, sin embargo, se han quedado en sus parroquias, porque la gran oposición del pueblo ha impedido que los retiren de ellas.

A algunos sacerdotes, sin embargo, los han apartado de las parroquias.

Por eso nuestro plan para huir va tomando cada vez más cuerpo y se va convirtiendo poco a poco en realidad.

Tres fugas en un día

3 de agosto de 1950

Los sacerdotes jóvenes y los teólogos hace poco organizaron una competición de voleibol. Formaron 6 equipos, y ahora se juega en sistema de liga de todos contra todos. Durante la recreación del mediodía hay siempre dos partidos. Entorno se encuentra el numeroso público de religiosos y todo es alegría, cordialidad y tensión, como en otras competiciones.

Sucedió ayer durante la recreación del mediodía. Cuando hay partidos, yo miro unas veces a los jugadores, otras paseo rezando en una parte del jardín, que es relativamente estrecha y larga. A un lado se encuentran las patatas y los árboles y en medio del jardín, un sendero. Junto al muro, que es de dos metros y medio de alto y tiene un alero, existe un gran manzano.

Al otro lado, un sendero lleva hasta el río Poprad. Hoy estaba rezando y de repente la vista se me fue al manzano y al muro y veo que trepa por él el padre Baran, Verbita, y un hermano fuerte le está ayudando. El alero negro cruje y cede bajo el cuerpo del padre, que es de baja estatura y de hombros muy anchos, logra pasar el muro y bajar por la parte del sendero. El hermano que le ayudaba mira en derredor y, viendo que los gendarmes no se han dado cuenta de nada, tranquilamente retorna al jardín.

Hoy por la mañana huyó de Podolínec también el padre Andrés Sandor, muy conocido en toda Eslovaquia como poeta, bajo el nombre de Gorazd Zvonicky. Su huida fue más arriesgada que la del Padre Baran, pero tuvo éxito. Lo hemos organizado según un sistema que nosotros hemos inventado. Cerca de las ocho y media de la mañana el padre Gorazd ya se encontraba preparado en el sendero del jardín, cerca del lugar por donde huyó el Padre Baran.

No se jugaba en esos momentos y por eso los gendarmes estaban más atentos. En el jardín y en el patio exterior se trabajaba. Quien no tenía tra-

bajo podía pasear, rezar o también estudiar disimuladamente. Por el sendero, entorno al Padre Gorazd, pasaba continuamente la gente y de este modo los gendarmes ni soñaban que algo se estaba preparando.

Lo primero que hicimos fue colocar a hermanos en varios lugares estratégicos. Uno de nosotros tenía que hacer de coordinador principal y se situaba cerca del padre. Otro se ponía, a unos 50 metros, en el jardín en dirección norte. Su cometido era indicar el peligro que podía venir por aquel lado. Si todo estaba en orden, debía mantener las manos bajadas; si veía peligro, debía ponerse una mano en la cadera. Otro hermano tenía que colocarse en la parte opuesta, desde donde se ve muy bien todo lo que sucede en el patio exterior. También él haría las mismas señales, si hay o no hay peligro en el patio. Por desgracia, allí se encuentra también el gendarme que custodia esa parte del jardín. Este gendarme se halla a una distancia de 50 metros del padre Gorazd.

El coordinador debía estar continuamente atento a las señales de los otros dos hermanos y a lo que hacía el gendarme. Existiría posibilidad de huir en el momento en que en ninguna de las tres partes hubiera peligro. Los dos hermanos de los lados indicaban muchas veces la ausencia de peligro, pero el gendarme estaba siempre vuelto hacia la dirección del padre Gorazd y esto impedía la huida.

En una tensión interior, que crece por momentos, pasan 10, 20 y hasta 30 minutos y el gendarme sigue mirando siempre en dirección al padre Gorazd, que ya comienza a creer que tiene que renunciar a la huida. El coordinador envía entonces a algunos teólogos, para que rodeen y discutan con el gendarme, con el fin de desviar su atención hacia otro lado. Pero el gendarme es bastante alto y puede ver por encima de los hombros de los teólogos y mira siempre en dirección al padre, y así la estrategia fracasa.

Todo hace suponer que, por el momento, hay que renunciar a la huida. La fuerte tensión, que ya dura 45 minutos, nos agota y desilusiona. Sin embargo no queremos darnos aún por vencidos. Finalmente el gendarme se agacha y comienza a dibujar algo en el suelo.

El coordinador echa una mirada a los dos hermanos de la guardia y ve que no hay peligro por ninguna parte. El Padre Gorazd se dirige con tranquilidad hacia el muro. El coordinador va a ayudarle y, ya junto al muro, cruza sus manos para que le sirvan de estribo. El Padre Gorazd pone en ellas un pie y con sus propias manos se sujeta y trepa; luego pone otro pie en el hombro del hermano y se arroja a la otra parte del muro. El alero cru-

je y hace tanto ruido que los dientes de todos rechinan de tensión. Pero el Padre Gorazd ya se encuentra detrás del muro.

El hermano que ha hecho de coordinador echa una mirada al gendarme. Éste todavía está agachado y dibuja. Los otros dos hermanos anuncian que ya no hay peligro. Todos regresan tranquilamente a la vida normal. A pesar del agotamiento nervioso, el momento final de la huida no había durado más de un minuto.

Deseamos que el Padre Gorazd no se encuentre a uno de los gendarmes que hacen guardia fuera del muro. Los religiosos que se encontraban cerca pudieron observar disimuladamente toda la huida. A esta parte del jardín dan las ventanas de los padres jesuitas. Cuando el Padre Gorazd desapareció, un jesuita viejecito, el padre Gramantik, que miraba desde el primer piso gritó: ¡Eso es lo que se debe hacer!.

El mismo día desapareció también el Padre Babín.

A nuestros fugitivos deseamos éxito pleno en su empresa y en su apostolado sacerdotal. A los dos o tres días anunciarán sus nombres por la radio a todas las estaciones de policía. Serán unos fugitivos permanentes y deberán esconderse. ¡Hermanos, feliz viaje en el campo de las almas!.

Aunque llegue Cristo con un cañón

4 de agosto de 1950

En la revista de la tarde del 3 de agosto faltan en el patio tres religiosos: el Padre Baran, el Padre Gorazd y el Padre Babín. Rodak llega sonriente, bien seguro de que nadie podría ya escaparse del campo. Lee la lista de los religiosos, haciendo un control severo. Al leer el nombre de Andrés Sandor, que es nuestro Gorazd Zvonicky, dice en broma: este debe de encontrarse aquí, es demasiado grande para poder escapar. Rodak conocía personalmente al Padre Gorazd. Algunas veces charlaban con cierta cordialidad. El Padre Gorazd era sargento reservista y había estado organizando la gimnasia de la mañana. Cuando Rodak leyó el nombre de Padre Baran, (que significa cordero) y ninguno contestaba, dijo: que al menos diga: "bee, bee".

Después de cenar hubo una nueva revista, que se hizo en el patio exterior. Los gendarmes revisan las torres buscando a los fugitivos, piensan que todavía se encuentran en el campo, para poder huir durante noche. Revisan también los desvanes y clavan sus puertas para que no se puedan abrir.

Comienza a llover. Algunos le dicen a Rodak que llueve y éste, verde de rabia, explota y exclama: *"aunque llegue Cristo con un cañón estaréis bajo la lluvia"*.

Nos procuramos chaquetas, impermeables y unos 20 ó 30 paraguas. El tiempo en estos días es muy húmedo. Frecuentemente llueve. También hoy. La lluvia del atardecer es siempre más densa. Rodak y el comandante Jencik están en la puerta del campo defendidos de la lluvia y nosotros bajo la lluvia, pero de buen humor. Hoy se encuentran con nosotros en la revista también los hermanos jesuitas.

De nuevo leen la lista de todos los presos. Cada uno al ser nombrado debe salir de las filas y pasar al jardín, a la hierba, y esperar. Gastamos bromas, discutimos, y la lluvia sigue cayendo sobre nosotros. Los gendarmes están cabizbajos. El comandante Jencik finalmente pregunta quién de nosotros estuvo el último día trabajando con Sandor y quién lo vio por última vez. Ninguno contestó. Después nos despidió diciendo: *"Marchad a vuestras habitaciones y que ninguno se mueva. A la función de la Iglesia ahora no va ninguno y por la mañana no podéis salir de las celdas"*.

Alguien de nosotros interrumpe: ¿y en la mañana podemos ir a la iglesia?.

Sí, contestó Jencik.

Pero Rodak exclamó: *No, tampoco por la mañana iréis a la Iglesia*. Entrando en el campo a toda prisa, tomamos de la Iglesia los ornamentos, cálices, misales y todo lo necesario para la misa. A la mañana siguiente las misas las celebramos en las habitaciones de una manera conmovedora. Algunos sacerdotes celebraban sólo con roquete. Pero todos con mucho fervor.

El 4 de agosto, a las ocho, hay un revista muy severa. Varias veces leen nuestros nombres y controlan después con toda precisión. Nos reparten los trabajos: unos van a construir las garitas, otros a prolongar la cerca, otros a colocar las alambradas. Reparten gente para cocinar, pelar las patatas, aserrar la madera, etc.; los que quedan sin trabajo, unos 80, deben estar sólo en el patio cuadrado, y no pueden moverse de él. Se aprovecha para leer, estudiar y rezar.

Algunas notas más de este nuestro, así llamado, convento.

Hoy a media noche llegó Svejduk a la habitación del Padre Krasnansky

y lo llevó a su despacho para un interrogatorio. Estaban el despensero Juan Urda, un hombre bastante bueno, y el comandante Jencik; le interrogaron si sabía algo de los fugitivos.

¡La interrogación era a media noche y con una pistola sobre la mesa!

Hoy en la revista de la tarde, como siempre, faltaban los religiosos enfermos. Svejduk fue pasando por las habitaciones, controlando si se encontraban allí. Nuestro viejo hermano coadjutor Floriano Mandrak, que hace poco regresó de una operación quirúrgica, tuvo que desvestirse en la cama y enseñar la llaga hinchada, que le impedía presentarse en la revista.

Hoy por la mañana han traído al campo bajo escolta a unos 20 religiosos de Belusske Slatiny, a los que habían sacado hace una semana de aquí. Se dice que en Belusske Slatiny van a abrir un hospital militar.

Mientras tanto nosotros rezamos continuamente por nuestros prófugos y ofrecemos por ellos nuestros sacrificios aquí en el campo: la prisión y los trabajos. ¡Que Cristo los bendiga en su lucha arriesgada por la salud de las almas, por las cuales merece siempre la pena arriesgarse!. Y todo esto nos hace pensar si no sería bueno que también nosotros nos atreviéramos a seguir tras las huellas de los fugitivos....

9

CONTINÚA LA FORTIFICACIÓN DEL CAMPO

Las conjeturas de cómo huyeron

6 de agosto de 1950

Ya hace tres días que no para de llover, llueve siempre más y más, hasta 5 ó 6 veces al día. Las nubes de las montañas de la alta Trata llegan y casi siempre se convierten en lluvia. La cosecha de los campos de Podolínec continúa lenta y los trigales amenazan con pudrirse.

Los trabajos del campo los sigue repartiendo Svejduk, pero hoy no se muestra tan pedante como anteayer. Los que no tienen trabajo no están obligados a permanecer todo el tiempo en el patio cuadrado.

La Iglesia también permanece abierta todo el día. Parece que han hecho caso a lo que les dijo el padre Kransansky: *"¿por qué nos vais a castigar cerrándonos la iglesia?... Nosotros merecemos una recompensa porque no hemos huido y hemos permanecido fieles"*.

Comenzamos de nuevo a entrar en el jardín, al principio tímidamente y con cautela, pero, como nadie nos gritaba, terminamos por entrar sin miedo ninguno. La importancia mayor en el campo se centra en los trabajos de fortificación: los muros, las cercas por todas partes y las vigas de hierro para colocar las alambradas. A toda prisa continúan también los trabajos en los subterráneos y en el gran canal que corre bajo el jardín.

Nuestros jefes no saben todavía por dónde escaparon los padres Baran, Sandor y Babín. Rodak opina que en el campo existe una organización clandestina, que tiene contactos con la gente de afuera, y realizan las fugas juntos. Otros opinan que los fugitivos pudieron entenderse con el gendarme y éste los dejó huir. El comandante Jencik da esta explicación: *"Es imposible huir a través de las cercas y de los muros, por todas partes tenemos gendarmes. Aquí tiene que haber unos corredores secretos bajo tierra"*.

En el campo se comenta que hay quien se está preparando de nuevo para huir y que va a ser un grupo. Yo no lo creo... noticias de este tipo corren muchas, sin embargo, no quiero descartar la posibilidad de nuevas huidas; aunque pienso que, si alguien tiene la seria intención de huir, lo primero que hará es tener en secreto su plan y no comunicarlo a todo el campo.

Tened paciencia

7 de agosto de 1950

Del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos de Bratislava ha llegado en estos días un señor. Se dice que es el jefe de la sección de economía. Hace unos años tuvo en nuestro colegio de Trnava a su hijo y, por lo tanto, conoce a muchos salesianos. En el campo recoge informaciones, que se refieren al servicio militar de los religiosos, y controla el estado económico del campo. Pasa también por las habitaciones y así se entera de muchas cosas. No le ocultamos nada, aunque le acompaña Rodak.

De este modo ha sabido que al departamento de los jesuitas llegaron ayer 5 litros de leche para los enfermos y para los que deben observar la dieta, pero Rodak dio la leche a los perros lobos, que son tres. El compañero de Bratislava nos exhorta a la paciencia, pero no hace nada en concreto.

Y verdaderamente paciencia es lo que necesitamos en estos días. A uno le irrita no sólo esta vida del campo, sino también esta estación loca de verano. Tan pronto hace mucho sol, como de repente llegan nubes oscuras, acompañadas de fuerte viento, y comienza a llover. Estos cambios continuos de temperatura y de presión atmosférica nos bombardean los nervios. Siento en todo el cuerpo una tensión y una intranquilidad desconocidas, me duele la cabeza y me encuentro muy pesado. Más que nunca, en este estado se apodera de mí la angustia de estar en la cárcel. Quisiera tener la garantía de que aquí no me van a quitar la vida. La imaginación llena de melancolía me tortura hasta el agotamiento. A donde quiera que uno va, encuentra por todas partes dudas e inquietud. No hay seguridad, todo cambia, y casi siempre para empeorar. Con frecuencia se apodera de mí el pensamiento de estar perseguido, de estar aquí sólo para que nos maltraten, para que nos atropellen en las revistas, en los patios, en los paseos, en los trabajos, y para que hagan de uno lo que quieran.

Se trata de un sentimiento de impotencia. Nos han encarcelado caprichosamente en un campo a la orilla de Poprad, nos dicen lo que quieren, deciden de nosotros como les viene en gana. Nos obligan a estar en fila bajo la lluvia, nos echan del despacho como a unos parias, y esto les parece algo normal. Nos insultan en la cara, y tenemos que callarnos, nos amenazan con la pistola o la ametralladora, nos tratan como a troncos de leña que no sienten nada. Colocan las alambradas, construyen garitas para vigilarnos, y nos obligan a trabajar en su construcción. Cuando se les pregunta

por qué nos encontramos aquí, por una parte mienten, diciendo que de este modo nos posibilitan la vida religiosa y por otra, nos consideran como criminales.

Cuando se experimentan todas estas vivencias, uno, a veces, se burla y se ríe de todo; pero, esta vida va dejando su huella en nosotros. Todo se graba en lo profundo del alma y en ciertos momentos explota dentro, te tortura y te abate y te impulsa en una única dirección: salvarse, alcanzar la libertad. ¡Es en estos momentos, cuando uno aprecia lo bueno que es el poder pasear libremente por la calle!.

Cristo mío, hoy es domingo. Desde la ventana veo la gente que regresa de un entierro. Algunos ciertamente tienen un profundo dolor; pero todos caminan libres, con sus vestidos de fiesta, todos con pasos seguros. Todos son libres: los niños, los ancianos, los jóvenes, los bomberos, los músicos con sus instrumentos. ¡Libres... libres!. Sé que desde aquí veo esa libertad demasiado ideal. ¡Pero qué queréis, estoy en un campo de concentración!.

Señor, también este sufrimiento sea por amor a ti y a las almas, por la juventud de nuestros oratorios, por los salesianos jóvenes en las brigadas de la construcción del dique de Puchov, por toda la Iglesia militante y por todo el mundo. Nuestro dolor lo unimos a tu tortura y a tu sangre. De nuestros sufrimientos, unidos con los tuyos, saldrán nuevas generaciones de cristianos. ¿Generaciones que quieran amarte con todo el alma, generaciones heroicas que sabrán dar toda su vida por ti y por sus hermanos?. ¿Unas generaciones que no cederán al mal?. ¡Señor, todo por ti y por esas nuevas generaciones!.

El padre está gravemente enfermo, ven

10 de agosto de 1950

Nuestros jefes fortifican y fortifican. Hoy o mañana todas las cercas y todos los muros tendrán ya sus alambradas de más de un metro de altura. Al mando de Jencik, los hermanos legos jesuitas pintarán de color blanco las partes inferiores de todas las ventanas que dan a la calle.

Todo esto nos irrita y aumenta nuestra impotencia.

Sí, la impotencia... En estos días dos religiosos pidieron permiso para ir al dentista, porque tienen los dientes sin terminar de empastar. Si lo permitía Rodak, el comandante Jencik estaba dispuesto a dejarlos ir. Fueron a ver a Rodak, pero él dijo a uno de ellos: *Sois una banda, no os creo a ninguno,*

ni bajo el juramento de la cruz. Al segundo lo insultó; *sois peores que unos asesinos.* Y les dijo también otras cosas. ¿Cómo no sentirse impotente?.

El padre redentorista Beonerik recibió ayer un telegrama: "*el padre está gravemente enfermo, ven*".

Fue a pedir permiso a Rodak, pero no lo quiso ni oír. El padre Beonerik decidió pedir el permiso al Despacho eslovaco para los asuntos religiosos, pero Rodak no quiso enviar la carta.

Hoy ha llegado el nuevo comandante de los gendarmes. Hay que cambiar a todos los gendarmes. El nuevo comandante es un hombre de pequeña estatura y gracia. Rodak y Jencik lo acompañan por el campo, por dentro y por fuera. Desde ahora tendremos nuevos vigilantes "para que la gente de fuera no nos haga nada malo". Esto es lo que nos contestan nuestros jefes, queriendo con ello hacernos ver que nos encontramos en un convento bien protegido. ¡Qué burda mentira!. Es fácil objetarles que los gendarmes no pertenecen a ningún convento.

¿Qué va a hacer Vd. en el entierro?

12 de agosto de 1950

Padre Beonerik recibió por teléfono la noticia de la muerte de su padre, pero no le permitieron ir al entierro: "¿Qué va Ud a hacer en el entierro?. No, ya no puede ayudar a nadie". Fue la razón que le dieron.

Así nos desprecian y así hieren en lo más profundo los sentimientos humanos. Todo parece como una burla mal enmascarada. Por el alma del difunto ofrecemos dos misas solemnes, una por la mañana y otra por la tarde.

El nuevo comandante de los gendarmes, Blicha, hoy nos ha insultado varias veces, aunque oficialmente no sabemos todavía quién es. En la revista de la tarde Rodak y Blicha nos prohíben oficialmente escribir y recibir cartas, extraoficialmente ya lo sabíamos desde hace una semana. Tenemos aquí menos derechos que los presos de las cárceles. Menos derechos y sin ninguna culpa personal. Nuestra culpa, a los ojos de estos descreídos, es que somos religiosos; si no lo fuéramos, ninguno de nosotros se encontraría aquí; y, si hubiéramos hecho algo contra la ley, nos habrían interrogado y condenado.

Hemos llegado a estar aquí 760; ahora somos 350, pero, hasta ahora, no han interrogado, ni condenado a nadie por ninguna acción contra el estado. O mejor dicho, ellos nos han procesado y condenado clandestinamente. Lo

hicieron, cuando condenaron a muerte a nuestras órdenes religiosas en cuanto tales; nos condenaron y procesaron, cuando trazaron los planes secretos, según los cuales había que destruir sistemáticamente a la Iglesia y borrar a Cristo de todas las almas.

Pero, también aquí, como en otros tiempos y lugares, los cristianos crecerán desde la cruz.

En la nueva tierra eslovaca bajo la Tatra

12 de agosto de 1950

Cuatro coadjutores salesianos sastres se marcharon hoy del campo. Los jefes no quisieron decirles a dónde iban; antes de la partida les hicieron un registro personal y un control de maletas tan minucioso, que rayaba en el ridículo.

El más quisquilloso se mostró el nuevo comandante de los gendarmes, Blicha. Hasta el punto que uno de los religiosos le espetó en la cara: *No tenga miedo, señor comandante, no encontrará ametralladoras, no caben en las maletas*. Blicha saltó, como si hubiera recibido un alfilerazo, y nos echó a cajas destempladas a todos los que estábamos mirando el control. Pero poco a poco fuimos después regresando uno tras otro,

Blicha y Rodak quisieron secuestrar las cartas. Rodak vive convencido de que alguno de nosotros está en comunicación con la Radio Vaticana y quiere impedirlo. Yo estoy dudando de que esto sea posible. Se dice que la radio vaticana tiene noticias precisas de nosotros, pero dudo que las tenga directamente del campo.

Esta idea de comunicación con la Radio Vaticana se la ha contagiado también al nuevo comandante de los gendarmes. Y por este temor no nos permiten escribir ni al Despacho eslovaco para los asuntos religiosos, que es el superior supremo del campo de concentración.

Nuestros jefes no piensan más que en la fortificación, pero tenemos que ser nosotros los que la realicemos. Y a pesar de ello, en el campo no hay trabajo para todos.

Los estudiantes de Teología terminaron en el campo los exámenes escolásticos pasados y están comenzando un nuevo curso. Los sacerdotes aprenden lenguas, estudian la Escritura y la Teología Moral, preparan predicaciones, etc. Discuten también sobre el trabajo de nuestros oratorios, cómo mejorarlos a nuestro regreso, cómo salvar todavía a los jóvenes y cómo quererlos más.

Nuestros jefes mientras tanto nos siguen insultando y humillando. Todo esto fortalece nuestra personalidad. De esto habla también nuestra canción del campo "En la tierra eslovaca", que es como nuestro himno; la compuso uno de nosotros, y, a veces, cuando marchamos durante la gimnasia de la mañana la vamos cantando:

En la tierra eslovaca, bajo la Tatra,
donde en las calles fustigan los vientos,
estos religiosos, hijos del pueblo
cada mañana se ponen en marcha.
¡Oh Virgen Madre con cuanta dureza
y contrariedad han sido educados!.
Y cuando ya cultivaban tu viña,
injusta tempestad los ha arrasado.
Mas día a día en el campo de Tatra,
El duro trabajo los fortifica.
Esperan libertad, piden justicia
Y por eso hoy tras Cristo alegres marchan!.

Cantando esta canción el patio está como bajo los truenos. Después hacemos la gimnasia y, con cierto alivio, llevamos nuestra cruz, con el amor que nos da Cristo en nuestra debilidad.

El cambio de los gendarmes

14 de agosto de 1950

A las novedades de la fortificación, se añaden también en el campo los nuevos gendarmes. Son todos muchachos jóvenes, que llevan las ametralladoras no sólo durante la noche, sino también durante el día.

Hace sólo unos días se detuvieron delante de la puerta de nuestra campo dos chicos en bicicleta y preguntaron al gendarme: "Por favor ¿qué es esto?". Él contestó: "un convento". Y ellos respondieron: "¿Pero qué convento?... Esto es una prisión". Y continuaron su camino.

A primera vista habían averiguado de qué se trataba. Para nosotros es peor, incluso, que una prisión. Ya desde el principio nos dábamos cuenta de lo duro y amargo que nos iba a resultar el ambiente, tras dos o tres meses, de la incomunicación en que nos tienen, pero con el paso del tiempo la si-

tuación se nos hace cada vez más terrible. De ninguna parte nos llega ni una pequeña noticia, ni una tarjeta, ni una carta. Nos sentimos como sepultados vivos, separados de la gente, de la Iglesia, de la que nos sentimos parte de todo el corazón; nada sabemos de nuestros muchachos de los oratorios, ni de los hermanos que nos arrancaron de aquí. Para nosotros todo comienza a ser misterioso, pues tenemos un total desconocimiento de la situación. Este estar apartados de todos y de todo se está convirtiendo en uno de los mayores sacrificios que tenemos que soportar.

Cada tarjeta o cada carta que antes recibíamos nos servía de alivio y consuelo. Las esperábamos como se espera el domingo. Ya que no nos permitían vernos con nuestros parientes, recibir noticias suyas era una cosa grande. Nos animaba también mucho recibir cartas de los hermanos más jóvenes, su heroicidad en los campos de trabajo nos fortalecía; estas cartas pasaban de mano en mano, y la alegría se multiplicaba.

Dos tarjetas de los hermanos jóvenes
14 de agosto de 1950

Casi para contradecir lo escrito anteriormente, inesperadamente y por conductos secretos, acabamos de recibir un par de consoladoras noticias de parte de los hermanos que trabajan en la construcción del dique de Puchov. Esto es lo que nos escriben:

Nuestra vida diaria está organizada casi de la misma manera que como lo estaba contigo en Eslovaquia occidental, en la Casa de nuestra Madre. Por la mañana recibimos un pan blanco y hermoso, como tú nos lo dabas. Es un pan de trigo, pero tú nos lo ofrecías en una bandeja humana y hermosa. La habitación de nuestro grupo es testigo de unos acontecimientos extraordinarios. La tenemos muy adornada, en la pared de frente prevalece el color rojo y en este campo de sangre se encuentra el cuadro de nuestra estrella, que trabaja a destajo y se llama Domingo...

No tengas miedo, no me olvidaré jamás de esos ideales asombrosos que maduraban durante los años pasados. Sí, tengo que trabajar a destajo; luchar por unos ideales más bellos que los de la burguesía... sabes, la cosa es difícil, la cosa es dura, pero con la Auxiliadora perseveraremos".

Querido hermano, ¡qué bien entiendo tus palabras!. La madre y su casa donde vivíamos nuestra vida feliz es Sastin, con el santuario de la Virgen de los Dolores. El pan blanco es Cristo Eucaristía. La habitación de vuestro grupo... lo sé imaginar. Os levantáis a las 4 para poder hacer de rodillas la meditación y las oraciones de la mañana. Después recibís con un amor indecible a Jesucristo, que os traen clandestinamente a las habitaciones. Os ofrecéis a Él totalmente para todo el día, queréis duramente caminar detrás de Él, según el ejemplo de Domingo Savio, este trabajador a destajo en el campo de la santidad y de la alegría.

Un trabajador a destajo quiero ser yo también. Un trabajador por los mejores ideales, no por los que luchan los burgueses, que tienen como ley principal la comodidad y no el amor a Cristo. Su amor es la materia y no los hermanos, ni los prójimos, ni la eternidad.

Querido hermano, no debes tener miedo de las dificultades; puedes estar seguro de que la grande Auxiliadora te ayudará. No sabes, hermano, cuánto levantan el ánimo de un preso de Podolínec tus noticias. Y mas aún, porque esta vida la viviste también tú junto a nosotros.

Llegó también una carta escrita por un joven de otro grupo, que después de un adoctrinamiento en Kostolna se iba al campo de trabajo. Está escrita el 22 de julio de 1950, inmediatamente antes de la partida hacia el campo de trabajo para la construcción del dique de Puchov.

El hermano escribe:

''Viajamos al campo de trabajo y nos encontramos con los hermanos que desde hace tiempo trabajan allí, nos vamos, después de un turno nocturno en la capilla. Tales turnos ya los teníamos algunos. Os recordamos mucho, especialmente durante estos turnos que tendremos también en los campos de trabajo, allí tendremos en la habitación el Santísimo. Les pido que no se olviden de mí en sus rezos y den buen ejemplo. Nosotros os miramos con deseos de emulación y quisiéramos lanzaros un reto para ver quien llega a mayor altura".

Pablito, no sabes qué entusiasmo se apodera de mí leyendo tu carta. Ahora hacéis la vela nocturna, es decir, os cambiáis durante la noche en oración. Mi entusiasmo crece todavía más, cuando dices que estos turnos los vais a continuar también en el campo de trabajo, a pesar del trabajo físico de tantas horas.

Sabes, Pablo, ese Santísimo, ese Cristo, es el mismo que el que tenemos

aquí en nuestro Sagrario. Él es un lazo asombroso de comunicación que nos une, salvando las distancias de centenares de kilómetros. Pablo, nos retas a la emulación en el amor a Cristo y a las almas, en el sacrificio y la perseverancia; yo acepto este reto, sea Cristo quien cuente nuestros tantos por ciento. Un día nos encontraremos en una eternidad dichosa, allí veremos los resultados de esa emulación.

De nuevo se emiten los Votos

13 de agosto de 1950

El domingo 13 de agosto, durante la función de la tarde, dos de nuestros novicios coadjutores y otro hermano emitieron los votos. Qué sacrificio y decisión ir adelante a través de todas las tempestades y obstáculos, esperar contra toda humana esperanza y luchar por el amor a la Congregación, incluso en este campo de concentración.

Diariamente se están construyendo aquí contra nosotros nuevas fortificaciones, para que no escape ni un ratón, ¡y nosotros emitimos los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia!. Hemos felicitado a nuestros hermanos con mucha cordialidad. Después, los invitamos a ir a nuestra habitación para tener allí una pequeña fiesta con música, cantos y felicitaciones. Es así como se va adelante.

Adelante, aunque en la iglesia, en el altar, durante la misa, sólo puede arder una única vela. Vamos adelante. Sigamos adelante, aunque veamos al padre jesuita Popluhar y a otros beneméritos religiosos obligados a llevar la basura al jardín.

Vamos adelante... parece que, después de estos meses del campo, rezamos más y mejor y nos mortificamos más. Crece nuestra paciencia y humildad y nuestra audacia para luchar por las almas. Me parece que nos estamos desprendiendo de tantas cosas, que parecían imprescindibles, y se acerca el momento en que tendremos en el alma una única realidad, la más fuerte y más santa, la realidad que se llama Cristo y las almas. Sí, Cristo y las almas.

Rodak nos amenaza con quitarnos incluso los restos de comida que nos quedaron de cuando podíamos libremente recibir los paquetes. Los escondimos cada uno como pudimos. La cocina tiene pocas provisiones y la preocupación por renovarlas no es grande. Puede ocurrir que un día lleguemos hasta padecer hambre. En efecto, las patatas están secas. Los desayunos y

las cenas son insuficientes. Si nos quitan los restos de los paquetes y no hay mejoría en la comida, comenzaremos a pasar hambre.

Todos sienten temor y mucho miedo. Además, este miedo lo esparcen por el campo algunos religiosos con sus noticias, según las cuales los religiosos de Bulgaria y de Rumanía han sido llevados a Rusia. No lo creemos, pero estas noticias dejan siempre alguna amargura en el corazón, que dolorosamente nos roe.

Conmovedora resultó el 15 de agosto la fiesta de la Asunción de María con una bella liturgia y vísperas. Pusimos en las manos de María las noventa misas, todas las comuniones, oraciones y sacrificios de este día. Las pusimos, suplicándole que haga en nuestro provecho lo que juzgue conveniente. Si quiere, por medio de esto, dar la solución a la situación de las órdenes religiosas en nuestra patria y obtener que nos liberen de esta prisión, bendita sea; pero si quiere tenerlo en cuenta para la solución de otro problema de la Iglesia o del mundo, que lo haga libremente.

De nuestro campo de concentración quieren llevarse también a los estudiantes de Teología. Sobre esto corren comentarios hace mes y medio. Según la última noticia se dice que los llevarán al castillo de Slovenska Lupca, cerca de Bansks Bystrica. En el castillo se encontraba hasta ahora un reformatorio para jóvenes.

Pero, como siempre, no son muchos los que creen en las noticias de este género.

Los Tarsicios del siglo XX

15 de agosto de 1950

El problema de la correspondencia se siente cada vez más vivo. Rodak no quiere permitir ni una tarjeta para el onomástico de la madre; ni una tarjeta cuando uno pide el Breviario a su casa. El correo, de todos modos, lo deben controlar en el campo los gendarmes. Sabiendo esto algunos de nosotros han ido a pedir permiso al ayudante del comandante Malaga, pues el comandante Blicha está fuera por algún asunto, para escribir a la madre, pidiéndole la ropa. Malaga se lo dio y ellos escribieron y le entregaron sus cartas. Si él las envió, no lo sabemos. Blicha ciertamente no las habría enviado.

La cuestión del contacto con nuestros parientes a través de Cristo está resuelto. Nos encontramos con ellos en las Misas y oraciones. Nuestros hermanos de la casa de Bratislava se reúnen cada día, cerca de las 5 de la tarde, en el jardín y rezan el rosario por los oratorios de la capital. Se unen a ellos también algunos más.

El problema de la correspondencia nos causa un continuo sufrimiento. De los hermanos que trabajan en la construcción del dique llega sólo algo clandestinamente. Y nosotros añoramos sus noticias. Uno de los hermanos que nos escribe desde allí es como un Tarsicio[1] de nuestro siglo, escribe:

También los novicios reciben la Santa Comunión. Nosotros tenemos la santa Misa o la Santa Comunión muy temprano. Los novicios llegan a nuestra habitación en grupos, después de la gimnasia, cuando todos en el campo ya están en pie.

Así reciben la santa comunión, porque en su habitación esto es imposible por causa de los que habitan con ellos. Después se retiran a su habitación y pasan unos cinco minutos en silencio, ¡qué catacumbas!. Pero desde el viernes tenemos que hacerlo de otra manera. Tenemos que traer a Cristo desde el pueblo, y a mí me toca un importante y gran papel: llevar a Cristo al campo. Tengo una alegría enorme y tiemblo.

Según el Decreto de la Santa Sede, un cristiano que se encuentre en nuestras circunstancias puede comulgar él mismo o se lo puede dar algún fiel devoto. Esto supondrá que una habitación deberá convertirse en capilla y lo va a ser la nuestra, a pesar del miedo a una posible profanación, tenemos una inmensa alegría".

[1] Según el Ritual Romano, Tarsicio era un acólito, que tenía el encargo de llevar el Santísimo Sacramento a los cristianos impedidos de asistir a la Santa Misa, celebrada en las Catacumbas. Su martirio tuvo lugar en Roma, en la Vía Apia. Algunos paganos lo encontraron cuando transportaba el Santísimo Sacramento y le preguntaron qué llevaba. Tarsicio, que no quería que el Cuerpo del Señor fuera profanado, se negó a responder; los paganos entonces lo arrastraron por la fuerza, lo apedrearon y lo apalearon hasta que exhaló el último suspiro, pero no pudieron encontrar el Sacramento de Cristo ni en sus manos, ni entre sus vestidos. Los cristianos recogieron el cuerpo del mártir y le dieron honrosa sepultura en las cercanas catacumbas de San Calixto. San Tarsicio es, por eso, venerado como el mártir de la Eucaristía.

Querido Antonio: cuánto gozo nos ha dado con la noticia de vuestras catacumbas, que se encuentran en el campo del trabajo y las vivís día y noche. Vuestro amor a Cristo es grande, lo queréis recibir, aunque las condiciones normales del campo no lo permiten. Ahora lo hacéis clandestinamente.

Clandestinamente lo tenéis en la habitación y habitáis junto a El. Clandestinamente lo adoráis, recibís y tenéis en el alma.

Antonio, todavía no tienes tus manos consagradas y ya están con Cristo de tú a tú. ¡Qué buena es nuestra Iglesia que nos da tal posibilidad!. Vuestro gozo y entusiasmo nos contagia. Cristo sea con vosotros y con nosotros. Y con Cristo, adelante por las almas y por el amor.

10

REQUISAS Y MOLESTIAS

Divide et impera

21 de agosto de 1950

La semana pasada fue muy rica en fuertes impresiones. La cosa comenzó el jueves. De repente vino al campo el compañero Göllner, uno de los jefes del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos. El comisario Rodak se estaba afeitando. Los principales responsables del campo se encontraban no se sabe dónde, de modo que Göllner llegó directamente hasta el jardín, donde estábamos nosotros. Enseguida se le acercó uno con una petición, después otro y otro y, al poco rato, estaba rodeado de todos los presos.

De las peticiones se pasó a las quejas por el comportamiento de Rodak, a la vida en el campo, a que las cosas con nosotros no acaban de resolverse, etc. Por fin llegó también Rodak, morado de rabia. Pero, en general, se mantuvo silencioso, sólo de vez en cuando se le escapaba alguna frase.

Cuando Göllner se fue, nuestros jefes tuvieron una reunión. Parece ser que para preparar la venganza. Seguro que Göllner oyó cosas y quejas que nuestros jefes jamás le habían referido.

El viernes por la mañana comenzó el jaleo. Junto con nosotros tenían que presentarse a la revista también los jesuitas y los jefes comenzaron a distribuir los nuevos puestos en las habitaciones. Buscaban separar a los sacerdotes de los teólogos y de los hermanos laicos. Todos los sacerdotes tenían que trasladarse al departamento de los jesuitas, que está separado de los otros edificios del campo por la Iglesia.

En cuanto a los teólogos y los hermanos laicos habitarían desde hoy en dos habitaciones y no todos mezclados como hasta ahora. Pero esto no bastaba a Rodak. A los sacerdotes los distribuyó por habitaciones, de tal manera que en cada una hubiera miembros de varias órdenes. Lo mismo hizo también con los teólogos y los hermanos laicos.

El plan de dispersarnos lo tenía Rodak ya de antes, cuando aún no ocupaba, aparentemente, ningún cargo en el campo. Siempre había deseado separar a los sacerdotes de los otros religiosos, porque, según él, los sacerdotes eran la causa de todos los males en el campo. Ellos tenían la culpa de

que los no sacerdotes no quisieran firmar la salida de su orden, y supieran, además, contestarle a sus objeciones y burlas sobre la religión.

Un sacerdote, que amonestaba a sus hermanos cuando observaba que alguno rezaba con negligencia sus oraciones, fue denunciado ante Rodak. El mismo Rodak en persona, durante su control en las habitaciones, sorprendió más de una vez a sacerdotes que daban conferencias espirituales o impartían lecciones a los hermanos o a los teólogos.

Con esta nueva repartición querían separar a los sacerdotes totalmente de los otros. A los sacerdotes les advirtió seriamente: *Que Dios os proteja, si os encuentro en la sección de los teólogos y hermanos laicos.*

Con esta violencia física y estas amenazas quieren separar a los que Cristo unió en una familia religiosa. Lo que pretenden conseguir con esto es romper la unidad interior de las diversas Órdenes, que es verdaderamente fuerte. Y quieren impedir también esta unidad, poniendo en cada habitación, donde sea posible, religiosos de las diversas Órdenes.

Rodak había proclamado ya el primer día que llegó a Podolínec:

"Es menester mezclar las Órdenes entre sí, para que mutuamente discrepen y pierdan su resistencia".

¡Qué tontería, compañero Rodak, verás que el amor reinará entre nosotros también ahora!. Los celos, las luchas por el prestigio, que quizás existieron un poco en los primeros momentos de la llegada al campo, se puede decir que han desaparecido.

El *"divide et impera"*, los dividiré y los dominaré, no tiene aquí su suelo para sobrevivir. Estamos aquí hoy 350 corazones unidos, como un gran corazón paciente, y estamos unidos entorno a los santos Fundadores de nuestras Órdenes. El común sufrimiento y el amor a Cristo sólo puede unirnos y el espíritu de los Fundadores nos une también cada día más.

El interrogatorio del Dr. Sersen

22 de agosto de 1950

Rodak nos repartió como se hace con los reclusos en las prisiones, pero no logró separarnos del todo. En el departamento de los sacerdotes se tuvieron que alojar también unos quince teólogos; además, los sacerdotes tiene necesariamente que ir al sector de los Teólogos y hermanos para comer, para lavarse los dientes. En este mismo sector se encuentran también los despachos de los jefes, el taller de los sastres y todos, sacer-

dotes, teólogos y hermanos, nos encontramos juntos en la Iglesia.

Rodak quiere separarnos también en el jardín. Los sacerdotes pueden pasear sólo cerca de su sector, y los otros en el jardín grande. Pero tampoco por este lado se alcanzará mucho: por ejemplo, en el jardín de los sacerdotes se encuentra el campo de voleibol. Los teólogos, ya el primer día durante la recreación, entraron en el campo y jugaron. Rodak quiere construir una cerca y dividir el jardín en dos partes, como lo fue al inicio, cuando separaron de nosotros a los hermanos jesuitas.

Durante la recreación, mientras se jugaba a voleibol, Rodak llamó a su despacho al Profesor de Teología salesiano Dr. Francisco Sersen. Presentimos que Rodak intenta causar molestias a los sacerdotes, como era su intención desde hace tiempo. ¡Quién sabe sobre qué lo habrán interrogado!. Terminado el interrogatorio, le revisaron las maletas y le secuestraron los libros, los cuadernos y los restos de los paquetes. Se rumorea que le han encontrado un cuaderno de notas con la vida del campo. Enseguida lo han inculpado de espionaje, ¡como si los sacerdotes no tuvieran otro trabajo y otras intenciones!.

Después pasaron a hacer la revisión a tres sobrinos del Dr. Sersen, que también son sacerdotes salesianos, se llaman, Antonio, Carlos y Leopoldo Sersen.

El nerviosismo y la angustia se apoderan del campo. A Antonio le secuestraron 20.000 coronas, dicen que sólo para mejor guardarlas en el despacho. A las 9 de la noche dejaron en paz a los sobrinos, pero el Dr. Sersen tuvo que tomar sus ropas de cama y trasladarse al jardín; lo han alojado en una pequeña chabola y así lo aíslan del resto.

Al comedor y a los servicios lo acompaña un gendarme. No tiene permiso para pasear. Durante el domingo, un gendarme bajo su responsabilidad, le permite celebrar la misa en una chabola. Ni entre los papúes de Nueva Zelanda se celebra la misa en peores chabolas que en la que lo hace el Dr. Sersen aquí en el campo. Los demás días, clandestinamente, le llevan la santa comunión. El pobre tiene que sufrir todo esto por una simple sospecha.

Interrogan también a Verbitas

21 de agosto de 1950

El sábado por la mañana se pasaron dos revistas: Los sacerdotes solos, por un lado, y los demás, por otro. Durante la revista de los teólogos y her-

manos laicos, Rodak se enfureció y de nuevo les prohibió los contactos con los sacerdotes, pero ellos protestaban a gritos, porque se trataba de limitaciones a las libertades civiles.

Tampoco por la tarde nos dejaron en paz a los sacerdotes. Rodak llamó a su despacho al Verbita Padre Kalis, le interrogó sobre una carta enviada clandestinamente desde Podolínec y en la cual había escrito:

"Aunque nos despellejen, no harán de nosotros sacerdotes patriotas".

Bajo la palabra "patriotas" el Padre Kalis ciertamente pensaba en los sacerdotes cismáticos o apóstatas. Desde que tuvo noticias de esta carta, Rodak se burla y ridiculiza irónicamente al padre Kalis. El Padre Kalis, aunque es 20 años más viejo, se calla y lo soporta todo con cristiana resignación..

Rodak interrogó también a otros dos Verbitas, el Provincial Padre Bosansky y el Prefecto de los Clérigos Padre Janega. Les preguntó si sus clérigos emitían en el campo los Votos religiosos. Ambos contestaron que sí. Nuestros Jefes consideran este hecho como un delito.

Con estos frecuentes interrogatorios ha entrado en el campo una gran inquietud. Se esperaba que el domingo comenzara Rodak a interrogar a los jesuitas. Pero el domingo pasó bastante tranquilo. Aunque no del todo, ya que a los tres Verbitas les hicieron una revisión muy severa, les quitaron todos los libros, a excepción de dos o tres libros religiosos, les quitaron también los restos de los viejos paquetes. Ahora cada uno debe pensar dónde puede esconder los resto de sus paquetes. Desde que llegaron los nuevos gendarmes, continuamente se habla de que todo el campo será sometido a una severa revisión. Todo esto aumenta la intranquilidad y el movimiento en el campo.

El lunes lo pasamos con una gran tensión, el tiempo era muy bueno, pero no aconteció nada.

Nos quitan lo que quieren

22 de agosto de 1950

El martes 22 de agosto es la fiesta del Inmaculado Corazón de María. De nuevo un día hermoso, lleno de sol, después de las tempestades y fríos del mes de julio en el valle de Poprad, volvió el verano. De golpe y como una flecha, voló a través del campo la noticia: hoy registran la casa.

A las once de la mañana tuvimos la revista común. Rodak no quiso distribuir ningún trabajo a los sacerdotes: ni pelar las patatas, como de costumbre, ni limpiar los corredores, ni hacer ninguna otra cosa. Por eso, presentimos que algo se acercaba. Una vez repartido el trabajo a los hermanos y teólogos, nos mandó a los sacerdotes a nuestras habitaciones, de donde no podíamos salir. Cerca de las nueve de la mañana, llegó Rodak al departamento de los sacerdotes con unos 13 gendarmes y con Bendik, que es aquí el responsable organizador. Después de una media hora, vino también el comandante Jencik con su ayudante Malaga. El nuevo comandante Blicha se marchó y, para nuestra sorpresa, regresó Jencik.

Cuando estuvieron ya todos juntos, ocuparon las tres primeras habitaciones y en cada una entraron 3 ó 4 gendarmes. En cada habitación habitan cuatro o cinco sacerdotes. Comenzó el registro. Nos quitaron los restos de los paquetes que habíamos recibido hasta el mes de julio. Nos dejaron algunas cosillas menudas, pero todo lo demás se lo llevaron. Parte de los alimentos los llevaron a la cocina, donde los vigilará Juan Urda; la otra parte se la llevaron a sus despachos.

Nos quitaron también los libros, manuscritos, cuadernos, dejando sólo los libros del rezo. Los gendarmes lo llevaron todo a su despacho del primer piso. Cuando los sacerdotes de las otras habitaciones vieron lo que pasaba, comenzaron a arrojar, por las ventanas del primer piso, al prado del jardín los libros, las conservas, las botellas del vino de la misa, etc. Allí ya estaban al acecho los teólogos que a toda prisa, lo iban recogiendo y llevando todo.

Pero, de repente, Rodak los vio desde una ventana y los ahuyentó del campo y mandó al gendarme que hacía guardia en esa parte del jardín, que mirara también a las ventanas y recogiera los libros y las conservas, y las llevara al despacho. Cuando los sacerdotes se dieron cuenta que el gendarme lo recogía todo, cesaron de tirar cosas al jardín. Sólo un sacerdote bromista de vez en cuando echaba por la ventana algún pedazo de periódico viejo o una lata de conserva vacía y el gendarme se agachaba solícito para recogerlo, pero al verse engañado lo tiraba con rabia al suelo.

Después de unos 30 minutos llegó al campo un grupo especial de gendarmes. Otros cuatro llegaron además con motocicletas, llegó también el Comisario para el culto de Stara Lubovna. Era un muchacho de 18 a 20 años. Todos, enseguida, se unieron con los gendarmes ocupados

del registro. Los gendarmes del grupo especial hicieron a conciencia su trabajo.

Algunos de los sacerdotes tenían que quitarse los zapatos y los calcetines, por si habían escondido algo allí. En las camas revisaron las patas vacías de metal, miraron detrás de los espejos, etc.

Terminado el registro de los sacerdotes, siguió el registro de los teólogos y hermanos laicos. También a ellos les quitaron los libros.

Hambre espiritual

22 agosto de 1550

Cerca de las cuatro de la tarde acabó el registro. Nos fuimos al jardín como apaleados, con la frente fruncida y los rostros impotentes y tristes. Rodak nos prohibió los paquetes y hoy nos quitó lo que de alguno de ellos nos quedaba. Parece que se preparan a torturarnos con el hambre.

Nos quitaron los libros. Algunos eran libros religiosos, todos eran desde el punto de vista estatal inofensivos. Nos robaron también los libros de meditación y de lectura espiritual.

Algún que otro gendarme hizo alguna excepción, pero otros requisaron todo lo que encontraron. Nos quitaron montones de libros. Con ello nos quieren aterrorizar, causándonos hambre espiritual.

Todos en el campo tenemos una afición muy grande a los libros y especialmente a los religiosos. Sacamos de ellos el alimento espiritual, el entusiasmo para amar a Cristo y a los hermanos. Su pérdida se encuadra dentro de los graves golpes que hemos experimentado aquí. Al menos en parte, podremos reemplazar estas pérdidas con los libros que pudimos salvar.

Con el registro de hoy, se tiene una prueba brutal más de que todo lo que cacarean sobre la libertad son meras palabras y fanfarronería propagandista.

Pero aquí, como en todas partes, nuestra verdadera libertad es "servir a Cristo". Y esto lo lleva cada uno en el alma, como una joya.

Las ofensas son, sin embargo, tan grandes, que uno las siente incluso en el cuerpo. Andamos como cansados, nos sentimos sin ganas de hablar, de comunicarnos. Aun teniendo la conciencia limpia, comenzamos a tener miedo a Rodak. El campo de voleibol lleva dos días abandonado, ninguno tiene ganas de jugar.

La deportación y los castigos

23 de agosto de 1950

El mismo martes, mientras se hacía el registro, se llevaron del campo al Provincial de los Verbitas Besansky y al Prefecto Janega. Los llevaron a la ciudad de Poprad y desde allí, en el rápido de la noche, a Bratislava. y desde Bratislava al campo de concentración en Bac, cercano a Samarin.

Rodak castigó al Padre Provincial, porque había dicho a los clérigos Verbitas, que iban a trabajar a la construcción del dique a Puchov, cómo y en manos de quién debían emitir sus votos, mientras estuvieran en la vida civil. Al padre Janega lo castigaron, porque en el campo enseñaba a los clérigos Verbitas la Filosofía y los ayudaba en los estudios.

Ese mismo día durante el registro encerraron en el sótano a uno de nuestros clérigos. Le habían encontrado en el cuaderno las notas de la vida en el campo y eso, según nuestros jefes, no podía significar otra cosa que espionaje. Esta palabra le martillea día a noche a Rodak en la cabeza. Y nuestro clérigo Francisco es de carácter tan pacífico y tímido, que no se le ocurriría nunca algo semejante. Pero ¿qué hacer?. Lo convirtieron en un espía y tenía que ser castigado como espía en el sótano. Trasladó allí la cama y, bajo la chaqueta también algún libro, y está sufriendo allí por lo que no hizo. El gendarme lo acompaña al comedor, lo mismo que al Dr. Sersen, desde la chavola del jardín.

Hoy, durante la revista de la mañana, un grupo de teólogos se plantó ante Rodak, no queriendo construir en el jardín la cerca que les debe separar de los sacerdotes, porque era construir una barrera contra sí mismos. Un segundo grupo también se opuso a hacerlo. Después Rodak nombró un tercer grupo y le dijo a voces a Jencik que, si no lo hacían inmediatamente, los encerrara en el sótano. El tercer grupo, por fin, no tuvo más remedio que someterse.

Finalmente, después de mes y medio de enfermedad y dolores, Rodak ha dejado ir al Padre Kliment al hospital. Pienso que no lo ha hecho de buena gana, porque sigue creyendo que cada uno de nosotros es un espía.

Los hermanos legos antes de la partida

24 de agosto de 1950

Los trabajos de fortificación en el campo de Podolínec continúan. De nuevo llegaron los albañiles de fuera, porque los hermanos legos rechaza-

ron poner las rejas contra ellos mismos. Los albañiles han puesto siete rejas: en la carpintería, en las escaleras y en el canal.

El canal que corre bajo el jardín desemboca en un pequeño torrente y enseguida en el río de Poprad. Hoy durante la revista de los teólogos y de los hermanos, los dos grupos de teólogos que el 23 de agosto se opusieron a construir una cerca en el jardín, que debía separarlos de los sacerdotes, fueron designados para construir esa reja. Los dos grupos ahora obedecieron.

En estos días Rodak está preparando la partida de los hermanos laicos al adoctrinamiento y está cumplimentando un informe de cada uno. Una vez durante la revista, hizo la lista y fue mirando a cada uno de los hermanos.

A los hermanos ancianos no los quiere dejar salir, por ahora. Comenzará por los más jóvenes. Los está llamando uno a uno a su despacho y les pregunta si quieren irse fuera y trabajar en una profesión civil. Le contestan sí o no, pero contestar negativamente no tiene gran sentido. Un hermano verbita, que es mecánico, le contestó de esta manera: *"si puedo escoger, quiero quedarme aquí"*. Rodak le replicó: *"esto no le servirá de nada, únicamente que Ud. se irá más tarde"*.

Los hermanos legos que dijeron a Rodak que sí, lo hicieron casi todos con el permiso de sus superiores, o después de haberse aconsejado con los hermanos más ancianos. Los superiores religiosos ven que la situación en el campo va empeorando cada vez más y por eso opinan que, tal vez, para los hermanos legos lo mejor es irse a casa. Algunos hermanos legos que dijeron sí, después se desdijeron, pero era ya tarde, y Rodak se burlaba de ellos.

El hermano lego Martín, de la orden de los jesuitas, le dio a Rodak una respuesta muy bonita:

> *"Vea, señor comisario, yo me decidí a los 36 años a entrar en la Orden, dejé en casa dos pares de caballos y unas 35 hectáreas de campos y me marché. Estuve dos años en el Noviciado de los jesuitas, que me aceptaron, y yo decidí seguir en esta Orden. Yo ya no tengo que decidir, esto está decido para siempre"*.

Personas que hablan así en el campo de concentración de Podolínec son unos héroes. Héroes acaso sólo por unos momentos, en una pequeña medida, pero héroes. Incluso uno de ideas opuestas, si tiene algo de humanidad, los debe respetar.

Nuevas llegadas y salidas

25 de agosto de 1950

El salesiano Dr. Sersen lleva ya una semana en la pequeña chabola del jardín. Le sopla el viento por dentro y por la mañana tiene frío. Hoy lo han dejado, al menos, pasear, pero puede caminar sólo cerca de su chabola y sin compañía.

De Stardy Smokover han traído hoy dos camiones de ladrillos. Se habla de que aquí construirán verdaderas celdas para el aislamiento... Han traído también un camión de carbón y dos de madera. Llegaron también unas nuevas estufas, comienzan las preparaciones para el invierno. Nuestro clérigo Francisco se encuentra, ya por el tercer día consecutivo, encerrado en el sótano.

A las 9 y media de la noche llegó un autocar de Malacky, un convento de franciscanos, en el que adoctrinaban a unos cuarenta sacerdotes religiosos. A 14 de ellos al final del adoctrinamiento no los dejaron pasar. Llevaron a siete de ellos al campo de concentración de Bac y a los otros seis los han traído al nuestro. El otro, que era escolapio, un día antes de la partida se les escapó de Malacky. Entre los religiosos que han llegado hay dos franciscanos, los padres Iluminado Smid y el padre Konc, el padre consolador Petrik, el verbita padre Marko y dos jóvenes capuchinos. Les quitaron también el pan y el jamón que les dio el comisario del campo de concentración en Sv. Benadik por donde pasaron.

Les acompañaba también un oficial del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos, que se enfadó por esta brutalidad, y dijo que lo referiría en Bratislava.

A los sacerdotes que trajeron los colocaron a toda prisa en las habitaciones donde ya habitaban otros sacerdotes, diciendo que al día siguiente les darían un alojamiento definitivo. Uno de los jóvenes capuchinos, al día siguiente, se presentó a Rodak y le preguntó cuál iba a ser su habitación. Rodak soltó una carcajada y le respondió con ironía: Ud. puede alojarse en el sótano sobre el carbón.

Uno se imagina muy bien esta risa cínica, pero cómo impresiona a un hombre, que se encuentra por primera vez con su llamado superior, y con todo el respeto le pide información sobre dónde debe alojarse.

Pensábamos que la misma noche que trajeron a los seis padre de Malacky, llevarían también al grupo primero de los hermanos legos que son

25. Por eso, mientras Rodak revisaba a los seis sacerdotes, algunos nos hemos despedido de nuestros hermanos coadjutores. Sin embargo, hasta el día siguiente no los llevaron a Malacky para el adoctrinamiento.

La nueva partida y el perfil de Miguel Rodak

28 de agosto de 1950

Al salesiano Dr. Sersen le siguen llevando cada día la santa comunión a su chabola del jardín. La nueva cerca en el jardín, que debe separar a los sacerdotes de los teólogos, está ya construida. Falta todavía la puerta. Si uno quiere, puede pasar fácilmente de una parte a la otra, porque los gendarmes de la guardia no lo prohíben. Uno debe tener cuidado sólo de que Rodak no lo vea.

Rodak aparece todos los días 10 ó 15 veces, como un rayo, en el jardín y nos observa.

El lunes 28 de agosto nos trajo una sorpresa dolorosa. Rodak ha mandado llevar de Podolínec a cuatro sacerdotes. Secretamente hemos sabido que los van a llevar a un campo de concentración más severo, que hay para religiosos, en Bac. El primero entre ellos es el salesiano Dr. Sersen, que ya había pasado nueve días en le chabola del jardín; el segundo es su sobrino Antonio Sersen, que pertenece a los sacerdotes más sumisos del campo. El tercero es el verbita, el padre Kalis, seguramente por haber enviado clandestinamente la carta en la que escribió: *"aunque nos despellejen no harán de nosotros sacerdotes patriotas"*. El cuarto es el verbita padre Juan Krasnansky, que era hasta ahora el provincial responsable de los grupos por la parte de los religiosos. El padre tuvo con Rodak privada y públicamente algunas escenas fuertes, y creo que por esto lo considera como a uno de los más rebeldes.

Esta salida la anunció ya hace unos días. Este castigo, lo mismo que los registros, el encarcelamiento del Dr. Sersen en la chabola, etc... tienen como fin domar a los sacerdotes. Rodak los considera como inspiradores de cualquier perturbación que se produce en el campo, por eso les amenaza y les "promete" varias cosas.

Nos amenaza... él, nuestro perseguidor y hermano Miguel Rodak.

Nació el 28 de abril en Havranac en la Provincia de Svidnik, una pequeña aldea con diez y siete casas bajo el desfiladero de los Cárpatos que se llama Dukla; 17 casas, que fueron destruidas al pasar el frente en 1943.

Miguel Rodak dicen que creció sin padres y que tiene con los hombres una relación negativa. ¡O es sólo con respecto a nosotros? Parece que tiene también inclinación a torturar a los otros. ¿O se refiere sólo a nosotros?.

Se dice que durante la segunda guerra mundial era paracaidista y varias veces le permitieron caer en el campo de batalla. Se dice que últimamente era Secretario del Comité Provincial del partido comunista en Svidnik. Desde aquí llegó a la Sede Episcopal greco-católica en Preson, donde estaba como Comisario del Padre Gojdic, Obispo, y desde allí lo enviaron a Podolínec.

Miguel Rodak se caracteriza por una risa cínica, algunas veces hasta horrible. Da la impresión de que nuestro hermano Rodak se haya puesto al servicio del mal y que lo siente y, por eso, se esfuerza en vencerlo con su risa. Ese su "ja, ja, ja" parece como si le saliera de la garganta de algún otro.

Este es, más o menos, el perfil de nuestro hermano y perseguidor Miguel Rodak. Nosotros rezamos también por él, por su conversión y salvación y por esto lo queremos.

11

INFORMES SECRETOS SOBRE NOSOTROS

Fortifican y fortifican

2 de septiembre de 1950

Los trabajos de fortificación en el campo continúan. En los puestos estratégicamente escogidos, los gendarmes ya tienen sus garitas. De noche tienen a su disposición unos reflectores potentes, con una lámpara tal que pueden ver a 100 metros a la redonda. La luz eléctrica del jardín ilumina sólo en la dirección de los muros y cercas, mientras la parte que da hacia los edificios del campo se encuentra a oscuras. Con los reflectores a mano los gendarmes tienen posibilidad de ver también esta otra parte. Las garitas van a tener teléfono. Los aparatos ya están en el taller, falta sólo el montaje.

Miro por la noche el jardín... en todos los ángulos lucen unos reflectores potentes, se ve como en la plaza de una ciudad. Alrededor se encuentran el verde, la hierba, las patatas y las coles. Si te despiertas y echas una mirada a la 1,30 de la mañana, el jardín está iluminado como si fuera de día. Es la luz en las manos de los que te persiguen. Es como un muro de luz de unos 10 metros de ancho, y sabes que está contra ti.

Es de noche, una profunda noche... el gendarme, a veces por curiosidad o porque no tiene otra cosa que hacer, manipula el reflector de mano. La luz corre por el jardín y por los muros y, cuando te entra por la ventana a la habitación, sientes la pobreza y la miseria en que te encuentras.

Estos gendarmes nuevos y jóvenes no son malos. El comandante les grita. Rodak los insulta y denuncia al comandante, si ven que durante la guardia hablan con nosotros o con las chicas de la otra parte de la cerca, o si nos dejan pasear junto a ella. Los gendarmes ya están enfadados con Rodak y el comandante, y algunos de ellos se lamentan de su situación y de la nuestra.

Informes secretos sobre los religiosos

Nuestros jefes continúan sus esfuerzos por separar lo más posible a los sacerdotes de los teólogos; en la cerca que divide el jardín en dos partes han puesto en estos días la puerta y la cerradura. Quieren poner también

cerraduras en casi todas las puertas del campo del sector de los teólogos. Rodak está rabioso contra los sacerdotes.

Me parece que además de su fanatismo ideológico y de su odio, también su orgullo juega un gran papel. Nos hemos enterado de que difícilmente soporta que los sacerdotes lo ignoren, no le hablen o le digan la verdad abiertamente a la cara, derrotándolo con sus razonamientos.

Su orgullo ofendido, junto con las ideas fijas de que los sacerdotes aquí en el campo todo lo dirigen y hacen el espionaje para la Radio Vaticana, son algunas de las causas principales de su odio.

De este odio suyo hablan los informes secretos que dio del Provincial de los Verbitas Bosansky y del padre Janega, cuando los envío al campo más severo de Bac. Nos podemos imaginar cómo les presentó al comisario de este campo durante la revista:

"estos son unos espías del Vaticano y los peores hombres. Daban avisos a los clérigos y los educaban. Aquí educarán a los cerdos".

Creo que el comisario de Bac podía hablar así, sólo debido a un informe enviado por Rodak.

¡Qué falsos son estos informes secretos!. ¿Quién sabe qué informe escribió del Dr. Sersen o el padre Krasnansky cuando los mandó a Bac?.

Algunos jóvenes religiosos se apoderaron de un informe secreto que escribió el comisario del campo Balusske Slatiny. En el informe estaba escrito sobre el padre Janega: "*un carácter militar, no quiere ir a trabajar a las parroquias, a la pastoral*". Trajo los salesianos a Eslovaquia. Quién sabe lo qué añadió Rodak al enviarlo a Bac.

Del Padre Krasnansky escribió el precedente comisario Jaroslao Hruska este informe secreto: "*no conviene que vaya ni a la pastoral ni al trabajo productivo. Es un rebelde. A toda costa quiere ser mártir. Amonesta a los religiosos negligentes en su vida religiosa*".

Padre Krasnansky tuvo con Rodak unas escenas fuertes y creo que este fue motivo de su informe secreto.

Estos son, hasta ahora, los informes secretos más duros que nos han llegado a las manos. Nos han llegado otros más benignos, por ejemplo: *"Después de la llegada a la casa no es necesario vigilarlo"*. Otro: *"Después del adoctrinamiento introducirlo en un colectivo de confianza"; "En el trabajo darle una función secundaria"*.

Aquí los informes secretos se hacen muy superficialmente, a veces por una simple impresión, o tras un breve coloquio. Los informes son, además, falsos e injuriosos. Pero en ellos se basarán los juicios sobre nosotros, aquí o fuera, y así todo será falso y calumnioso también allá.

Todo lo sufrimos por amor a Cristo, aquí y fuera, si nos dejan salir.

Esos tristes telegramas

2 de septiembre de 1950

Sí, sufrir como sufre durante estos días el Padre Redentorista Fail, que ha recibido un telegrama: *"la madre ha muerto, ven"*.

Los telegramas de este tipo son los más dolorosos. Durante estos cuatro meses, han llegado ya cinco. Pero ninguno de los religiosos ha podido ir a su casa. Ninguno ha podido besar por última vez la frente del padre o de la madre. Ninguno ha visto el lugar donde los han sepultado.

¡Ninguno!. A uno le entregaron el telegrama después de una semana de su llegada al campo, y no sabemos el porqué. Siempre nos repiten que no somos ni presos, ni estamos en un campo de concentración, sino que nos encontramos en un convento.

El Padre Fail, al recibir el telegrama, fue a Rodak para pedir el permiso de ir al entierro de su madre. Rodak comenzó a reírse: *"¡Ja, ja, ja!, celebrad por ella una Misa"*.

Todos los que supieron y conocen el cinismo de las risas de Rodak se irritaron sobremanera y se compadecieron de los que sufren. Y si uno quiere saber cuál fue la impresión que tuvo el padre Fail, debería experimentar en sí mismo algo semejante.

Pero de los cinco casos, el del padre Fail se convirtió en una excepción. Al día siguiente vino del Despacho para los asuntos religiosos de Praga una orden de que dejaran al padre Fail ir al entierro de su madre y esto sin la escolta de los gendarmes. Rodak obedeció, pero sólo a medias. Con el padre Fail viajó a Bohemia un gendarme.

Los trabajos en el campo continúan... Los teólogos sierran la madera, algunos trabajan con los albañiles. Los hermanos legos tienen su ocupación. Los sacerdotes barren el campo, pelan patatas y cultivan el jardín. Unos doce sacerdotes, con los picos en las manos, hacen en las paredes un hueco para la construcción de dos nuevas chimeneas. Generalmente no hay

mucho trabajo. Se habla de que nos permitirán escribir. Al campo llegan cartas alarmantes de nuestros familiares, porque no les escribimos. Ciertamente esto les causa entre la gente muy mala propaganda. Puede ser que den algún paso, al menos de cara a la gente de fuera.

El punto de interrogación sobre los Teólogos

4 de Septiembre de 1950

Nuestro teólogo Francisco se encuentra desde hace más de doce días en el sótano, porque durante el registro le encontraron notas de la vida del campo. Ya ha pedido que le dejen salir, porque siente dolores en la columna. Le han respondido, que sólo se trata de una simulación suya. Pienso que peor no lo pasaría ni en algunas cárceles medievales. El único paseo lo hace cuando el gendarme lo acompaña al comedor, después de nuevo vuelve al sótano y el gendarme lo cierra con una cerradura complicada.

Ayer, domingo, nuestro Francisco, tuvo en su cárcel una gran fiesta: un gendarme, bajo su responsabilidad, permitió a un sacerdote entrar en el sótano de Francisco y celebrar allí, en ese lugar húmedo y con aire enrarecido, el sacrificio de Cristo.

Hay que agradecer que el Señor haya dado a sus sacerdotes este poder y les haya concedido también la audacia y el espíritu de iniciativa.

El primer domingo de Septiembre, estaba nublado y de vez en cuando llovía, a la Misa y a la predicación, por primera vez, estuvo presente Rodak para espiar. El predicador podría fácilmente acabar en el campo severo de Bac como un provocador. Predicó sobre la sangre de los mártires de nuestras órdenes y dijo que esta sangre debe seguir brillando ante nuestros ojos.

El domingo por la tarde, llamaron a los teólogos a la revista. Pensamos que algo van a hacer con ellos, y esto nos llena de angustia e incertidumbre; ¿Qué les preguntarán?... ¿Dónde los llevarán?.

Pero Rodak tiene que ir fuera y todo queda aplazado hasta el lunes siguiente. Pero las aguas de la vida del campo ya están revueltas y no hay quien las calme. Por todas partes se habla de la marcha de los teólogos. Todos tienen miedo a lo desconocido, miedo a una nueva herida, que tanto duele. Rompen y disipan nuestras familias religiosas.

Un gendarme secretamente nos informa que los teólogos se irán muy lejos, hasta Bohemia; no lo creemos mucho, porque hay mucho trabajo también en Eslovaquia.

Pero no sé explicar lo que siento con la próxima marcha de los teólogos, dolor, pero, al mismo tiempo, también un cierto alivio, pensando que también yo podría salir de aquí y que este momento podría ya estar cerca. Es el instinto de conservación, el deseo de libertad y de seguridad vital, que todo esto provoca en el hombre y hace que salga de su subconsciente. Es verdad que ninguno de nosotros quiere traicionar a Cristo, ni a la Orden, por eso nos encontramos aquí ya hace más de cuatro meses, pero estos instintos no se pueden hacer callar y despiertan una envidia inconsciente en los que ahora no marcharán.

A veces estos instintos llegan a los pensamientos, impulsan a hacer planes sobre nuestra salvación. Muy bien, luchemos junto con nuestros instintos por nuestra salvación, pero nunca a costa de una traición.

Nos vamos a dormir esperando la mañana.

Locos por Cristo

4 de septiembre re 1950

La partida de los teólogos se verificó el 4 de septiembre. Les llamaron a las 10 para una revista extraordinaria. Nombraron a unos 70, que ciertamente se marcharán hoy. Otros, unos 40, lo harán algo más tarde.

Se encuentra de nuevo aquí el compañero de Gombala, que ya estuvo a principios de mayo, estábamos serrando entonces la madera en el patio y, cuando comenzó con el cuento de las armas en los conventos, nos burlamos clamorosamente de él.

Su mujer fue la que, en aquella ocasión, dijo en voz baja: *"esta es una banda, vámonos"*. Hoy se encuentra de nuevo aquí, con una cara tan orgullosa como la otra vez.

Gombala retuvo a los teólogos en la revista y les echó un "sermón" de 45 minutos. Él había sido antes pastor luterano y ahora predicaba a los teólogos católicos. Les recordó varias cosas; mencionó las burlas que les hicimos en el mes de mayo; a los superiores los insultó como a unos locos, porque ilegalmente reciben y organizan los votos de los religiosos, enseñan en los rincones a los teólogos y les preparan para la vida de las catacumbas.

Muy bien, compañero Gombala, las cosas se deben organizar así, tú se-

rías el primero que no permitirías emitir públicamente los votos. Por eso, lo hacemos tranquilamente sin ti en la seguridad de que con esto de ninguna manera dañamos al régimen popular. Y, si lo sabéis y nos castigáis, tranquilamente lo soportaremos, pero lo continuaremos haciendo. Y lo mismo también cuanto se refiere a los estudios de los futuros sacerdotes.

Sois vosotros los que nos impulsáis a entrar en las catacumbas modernas. Hasta el 14 de abril de este año lo podíamos hacer públicamente, pero habéis comenzado una brutal persecución religiosa, queriendo encubrirlo con unas frases necias sobre la libertad religiosa. Nos empujáis a bajar a las catacumbas y, si es necesario, bajaremos todavía uno o dos pisos más abajo. Bajaremos junto con Cristo por amor suyo y también por amor vuestro, compañero Gombala y compañía.

A nuestros superiores los has considerado públicamente como a unos locos, ¿con qué derecho?. Es una gran ofensa a su amor a Cristo y a los hombres. Locos así queremos ser y permanecer también nosotros, compañero Gombala. Lo que tienes de repugnante, lo tienes también de falso y de ingenuo. El emitir los votos religiosos lo declaras un hecho contra la república y lo quieres castigar. Nos quieres castigar por los votos que hacemos a Dios. Nos quieres castigar por nuestras convicciones religiosas y, para enmascarar este castigo, lo declaras como una amenaza a la república. Para nosotros todo esto está muy claro, por eso nos parecía tu falsedad durante la revista tan horrible y tan absurda.

Los setenta y siete teólogos, cuyos nombres mencionaron en la revista, deben empaquetar sus cosas. Del campo sólo podrán sacar una pequeña maleta con las cosas personales más necesarias. Las mantas y las demás cosas las tienen que dejar aquí, y desde aquí se las enviarán por correo a sus parientes.

Nos despedimos de ellos, los vemos fuertes y decididos, de vez en cuando corren las lágrimas y se ven rostros conmovidos; les prometemos nuestras oraciones y pedimos las suyas. Por la tarde reúnen de nuevo a los teólogos y les reparten las cartas para que se presenten al servicio militar.

Mañana 15 de septiembre deben presentarse en los cuarteles de Nyte U Rekycen en Bohemia occidental. Entre los teólogos que marchan, se encuentran algunos que no fueron reclutados para el servicio militar. Otros que ya lo hicieron y ahora los llevan al cuartel militar; se dice que allí no se harán los ejercicios militares, sino que el cuartel será el campo de trabajo militar. Trabajarán y querrán hacerles perder la vocación bajo la constricción de la disciplina militar y de los castigos.

Esto será una gran prueba de fidelidad. Pedimos con toda la fuerza a Cristo y a María Auxiliadora, como lo hacemos en todos los momentos difíciles, pero ahora tenemos unas nuevas y muy fuertes razones para rezar y sacrificarnos.

Todos nuestros teólogos, a excepción de 7 u 8, marcharon hacia el cuartel. Hoy a las cinco de la tarde tomaron el tren en Podolínec, para viajar a la Bohemia occidental.

¡Dios mío, cuánto nos duele y nos hiere esta marcha!.

Hablan de una Amnistía

7 de Septiembre de 1950

Cuando estuvo aquí hace tres semanas el compañero Göllner del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos dijo a Rodak: *"esto es un nido de avispas y se debe liquidar"*. Somos un nido de avispas, porque con decisión perseveramos en la fidelidad a Cristo y a nuestra vocación.

Somos un nido de avispas, porque a veces luchamos por los derechos humanos más elementales, por eso se nos debe liquidar, es decir, dispersar por todas partes. También la partida de los teólogos se ha realizado, siguiendo precisamente esta táctica criminal.

¡Hermanos teólogos, cómo nos duele vuestra marcha!. ¿Y sabéis qué nos dicen los gendarmes?. Que os han dado una amnistía para poder ser trasladados de un campo de concentración al servicio militar.

Esto de la amnistía es de veras una propaganda ingenua... ¿cómo se puede dar la amnistía a uno, si no lo han acusado, no lo han juzgado, no lo han condenado?... Con una frase quieren enmascarar las injusticias que durante cuatro meses, contra todo derecho, os han hecho en un campo de concentración. Y, porque aquí no lograron quitaros la vocación, os mandan ahora a los cuarteles para conseguirlo allí. Por eso os impiden estudiar, os anulan los permisos para hacer el servicio militar más tarde etc.

A los teólogos que ya habían hecho su servicio militar, después, los dejaron regresar a casa.

¿Hermanos, seréis fuertes?. Hermanos, todavía oigo las palabras decisivas de uno de vosotros, cuando durante la despedida me dijo: "aunque deba esperar cincos años para mi sacerdocio, esperaré". Pido por él, para que espere, y pedimos por todos.

No sólo vosotros, no sólo nosotros estamos perseguidos por nuestro amor a Cristo y a las almas. Durante la noche del 30 de agosto al 10 de septiembre, una nueva explosión antirreligiosa sacudió toda la patria; durante la oscuridad nocturna sacaron de los conventos también a las religiosas y las han reunido en campos de concentración. Han dejado solamente a las religiosas que trabajan en los hospitales, porque, por ahora, no saben cómo reemplazarlas. De este nuevo vandalismo antirreligioso no se ha publicado nada en la prensa.

Si el pueblo no creyó las tonterías propagandísticas de las armas y conjuras durante la liquidación de los religiosos, muchos menos lo van a creer en el caso de las religiosas.

Queridas hermanas: habéis formado los eslabones importantes de la vida religiosa en nuestra patria, por eso los ateos quieren destruiros, pero cada persecución tiene dos cabos, uno lo tienen los perseguidores y nos persiguen, el otro lo tiene Dios; desde las lágrimas y las torturas se prepara y construye un nuevo futuro para la iglesia y para las Órdenes. Y Dios es Omnipotente, Él lo realizará.

Otra marcha

6 de septiembre de 1950

El 5 de septiembre, en las horas nocturnas, un gendarme amigo me dice que al día siguiente de nuevo sacarán del campo a unos 50 hombres y que en estos días traerán al campo a otros 90. Los que van a traer tienen que ser sacerdotes y, entre ellos, también algunos dignatarios de la Iglesia. En cuanto la nueva partida de mañana puede realizarse de dos maneras posibles: o bien serán todos hermanos legos, de unos 116 que hay ahora, o bien serán los 41 teólogos que todavía quedan y el resto serán hermanos legos.

Se realizó la segunda posibilidad. A los teólogos los llevaron para el adoctrinamiento a Pezinok, al convento de los PP Capuchinos y a los hermanos legos a nuestra casa de Sv. Benadik.

Cuando nuestros hermanos coadjutores empaquetaban sus cosas, Rodak les dijo: *"apenas os veáis en casa, muchos de vosotros, os iréis a los bailes, otros os casaréis y algunos estaréis encarcelados"*.

Hasta ahora querían la firma, para que nosotros mismo abandonáramos la Orden y así desapareciera de un modo natural; como eso no lo lograron,

ahora nos dispersan a la fuerza, quieren aislarnos, para que no podamos apoyarnos unos a otros en medio de los peligros de la vida civil. Esperan que así nos destruiremos por nosotros mismos.

Soy de la opinión de que muchos de nuestros hermanos coadjutores soportarán también esta nueva terrible prisión. Y de nuevo regresaremos a las casas juntos, como hermanos, a trabajar por las almas. Nuestros hermanos coadjutores son casi todos jóvenes y, en su mayoría, fervorosos. Formábamos juntos una familia feliz y pertenecían a las columnas de nuestra inspectoría salesiana eslovaca. Los llevan a casi todos, se quedan sólo unos 7 u 8. Se dice que dentro de poco se marcharán también éstos, apenas terminen los trabajos iniciados.

A las cinco de la tarde llegan de Strba dos autocares, los teólogos y los hermanos deben salir al patio exterior, cada grupo separadamente. Las maletas no las revisan, porque son muchos, y nuestros jefes ya saben que durante estas revistas no encontraron nunca nada.

Miro el futuro de mis hermanos teólogos en el trabajo civil, la sotana la tenían que dejar en el campo, esto es para mí como un símbolo de lo que quieren conseguir de ellos los tiranos en el futuro: que abandonen la vocación, el altar y las almas.

Con toda la fuerza quería gritarles en nombre de Cristo: la mies es mucha, hay que trabajar tanto, es necesario que perseveréis, no sólo esto, es necesario que ganéis a otros, a muchísimos para la mies.

Cinco fechas terribles

7 de septiembre de 1950

Los autocares con los teólogos y con los hermanos coadjutores se marchan. Los saludamos por última vez, los bendecimos y, tristes y apenados, regresamos al campo. La tristeza, el dolor y la soledad se entremezclan en nosotros.

Al final del mes de abril éramos en el campo de Podolínec más de 750 religiosos. Hoy estamos unos 140, todos los demás han sido dispersados. Primero nos encerraron en los campos como a unos conjurados, para que con nuestras firmas rubricásemos la muerte de nuestras Órdenes religiosas. Cuando nos opusimos, comenzaron con violencia a trasladarnos del campo al adoctrinamiento comunista, y del adoctrinamiento a los trabajos, y ahora quieren dispersarnos en medio de la vida civil. Después de cinco meses de

la vida del campo, me parece muy importante constatar todos estos hechos. Constatar que era una mentira propagandística, cuando en el mes de abril nos alejaron de nuestras casas y declararon que en los conventos había armas, folletos contra el régimen, etc.

A ninguno de los 400 hombres que hasta ahora han transportado de Podolínec y llevado, sea al adoctrinamiento, sea a los cuarteles, los han juzgado, a ninguno de ellos les han mencionado ni las armas ni la acción antiestatal y, cuando los así llamados conjurados no querían firmar y preferían quedarse en el campo, han tenido que sacarlos a la fuerza para mandarlos al adoctrinamiento y de allí dispersarlos por todas partes.

De los salesianos trajeron a Podolínec a unos 250, hoy nos encontramos aquí unos 40, es decir menos del 20%. Los fueron llevando de aquí en cinco fechas diferentes: 22 de mayo, 28 de junio, 28 de agosto y 7 de septiembre. Nuestros novicios, los clérigos del estudiantado pedagógico y los clérigos asistentes se encuentran hoy en el adoctrinamiento, o en casa con sus padres. Cómo están, no lo sabemos, porque no podemos escribirles.

Una parte de los hermanos coadjutores se encuentra en el adoctrinamiento en Malacky y a otros ahora los han llevado a Sv. Benadik; 30 de nuestros estudiantes de Teología se encuentran en los cuarteles y a otros 7 los llevan ahora al adoctrinamiento a Pezinok.

Si alguien, desde un punto de vista puramente humano, observa nuestra situación, sin duda, siente un horror profundo y un sentido de anonadamiento. Del corazón no le salen más que gritos de impotencia.. ¡Esto es horrible!. ¡Esto es algo horrible!.

Pero mirando la situación con los ojos de una fe firme y profunda, el alma se fortalece y uno se dice a sí mismo que en delante debe confiar más en Cristo y en María Auxiliadora.

Llegada de nuevos presos

7 de septiembre de 1950

Las dos últimas semanas están llenas de cambios. Después de un miércoles tan movido, hoy jueves sigue con la misma tónica. Ya durante la revista de la mañana, Rodak da a algunos sacerdotes la orden de trasladarse, entre ellos hay 10 salesianos. Al sector que queda libre van a llevar a los superiores religiosos, que hasta ahora se encontraban en el campo de castigo de Bac. Los llevarán hoy o mañana viernes.

Los 14 sacerdotes elegidos habitarán ahora con los presos que vienen de Bac. Rodak los ha dejado en ese sector por las pequeños roces que ha tenido con ellos, o porque se ha dado cuenta de que otros iban a aconsejarse con ellos, como es el caso de nuestro Don Zilka. Pero hay entre ellos también sacerdotes que no tenían nada con Rodak, pero que acaso le resultan sospechosos, sólo por su forma exterior de ser como, por ejemplo, nuestro Dr. Simma.

Ahora nos trasladan como es costumbre en los campos o en las prisiones. Durante 4 meses y medio algunos han sido traslados 5 ó 6 veces. A las cinco de la tarde el autocar de Sv. Benadik trae a siete sacerdotes, debían ser ocho, pero uno, el lazarista Padre Oriesek, cuando supo que le querían llevar a Podolínec, desapareció. A los siete los han alojado en el sector de los teólogos y de los hermanos legos, después de hacerles una severa revisión. Algunos de ellos temblaban.

Una revisión todavía peor se la hicieron a los religiosos que llegaron durante la noche procedentes de Bac. Les gritaban y se enfurecían. Nosotros les mirábamos por las ventanas que dan al patio exterior. Entre ellos vemos al Padre Krasnansky, al Dr. Sersen y a su sobrino y a otros que hace poco habían llevado de Podolínec a Bac. 14 son los salesianos que han llegado de Bac.

A los religiosos de Bac los quieren desde el principio separar totalmente de nosotros; con ellos vinieron también el comisario y otros jefes, pero los nuevos presos comerán en nuestro comedor. Los funcionarios del campo gritaban, cuando los presos de Bac salieron el primer día del comedor y algunos de nosotros les estábamos esperando en el corredor; nos encontrábamos sólo a distancia de dos pasos, hacía casi cinco meses que no nos habíamos visto, pero no podíamos darles la mano, lo que no podían prohibir nuestros jefes eran las miradas y las sonrisas. Cuando nuestro Don Valabek, que había venido de Bac, daba la mano a uno, Rodak lo agarro por el brazo y lo empujó hacia atrás.

Todo esto resultaba penoso y ridículo. Nos hemos reído como en una comedia y, a la vez, lo hemos sentido como algo inhumano.

El campo de castigo de Podolínec

8 de septiembre de 1950

El 8 de septiembre es la fiesta de la Natividad de la Virgen. En Eslovaquia esta fiesta se celebra en muchos lugares, por eso nos la permitieron

celebrar también a nosotros. A las 10 tuvimos la Santa Misa, nosotros en la Iglesia y los de Bac en la Capilla que se encuentra en su sector. Antes y después de la Misa paseamos por el jardín, pasearon también los de Bac, separados de nosotros por una cerca.

Unos y otros nos saludamos con las manos y nos reímos como unos sordomudos; otra cosa no nos estaba permitido. Si uno llegaba hasta la cerca y comenzaba a hablar con alguno, enseguida llegaba el gendarme de guardia y lo apartaba de allí, pero, apenas volvíamos a estar a diez pasos de la cerca, nos saludábamos con la mano y nos sonreíamos. Lo más amargo de todo es que no nos podamos encontrar.

La situación alcanzó su momento más ridículo, cuando uno de nuestra parte comenzó a gritar *"be, be"*, como un ternero, y de la otra parte alguien le contestó de la misma forma. Siguió una enorme carcajada, que se repetía una y otra vez.

Nos encontramos en el mismo campo, o según nuestros jefes en un convento, y nos separan a la fuerza por medio de la policía. Rodak quiere prohibir nuestros contactos con los de Bac, para impedir su influjo sobre nosotros, porque allí se encuentran muchos superiores de nuestras casas; parece que los de Bac permanecerán en su campo de castigo también en Podolínec.

Dividirnos resulta una cosa ridícula, porque prácticamente sólo sería posible en el caso de que a cada uno le pusieran al lado un gendarme. Los de Bac vienen donde estamos nosotros tres veces al día para comer, para lavarse la ropa, para trabajar en la cocina y en la enfermería. Nosotros vamos a su sector para trabajar. De nuestra parte se puede saltar por la ventana a su pequeño patio cuadrado y en voz baja se puede hablar. Cuando no lo ve el gendarme, se puede pasar al jardín de los de Bac. Si uno quiere, puede, a través de los desvanes y agachado, llegar a los del sector de Bac. Una cierta separación existirá, pero lo que imagina Rodak es una utopía.

Durante la función de la tarde tenemos también una predicación. Nuestra madre María celebra su día onomástico, la queremos amar cada vez más, queremos confiar en Ella, nuestra madre querida, cada vez más.

En la cocina colocan como cocineros, sucesivamente, a los sacerdotes.

Se habla de que el lunes 11 de septiembre, se llevarán a los hermanos legos que todavía permanecen aquí. Son unos 75, deben irse a Malacky al

adoctrinamiento. Se dice que en el campo de Podolínec se quedarán sólo sacerdotes. Se dice también que los sacerdotes se irán a trabajar a la alta Tatra, a las montañas, a los aserraderos. También se comenta que a los jóvenes sacerdotes que todavía no han hecho su servicio militar los llevarán a los cuarteles, como lo hicieron con los teólogos.

Estamos en las manos de Dios. El nos sostiene y es más fuerte para ayudarnos que nuestros perseguidores.

12

PODOLÍNEC COMO UNA SEMIFORTALEZA

Fin de los trabajos de fortificación

El 12 de septiembre de 1950

Alrededor del campo de Podolínec ya están en función cinco garitas y en cada una se encuentra un gendarme. En estos días les han instalado los teléfonos, cuya central se encuentra en el despacho de los gendarmes.

El campo de Podolínec se ha convertido en una semifortaleza de la cual no se podrá huir. El jardín está por la noche prácticamente blindado por fuertes luces; se encuentran en él tres garitas, en puestos estratégicos. Los guardias tienen durante la noche unos potentes reflectores en la mano y las ametralladoras. Pueden servirse del teléfono y, en un momento, poner en alarma a todos los gendarmes. La valla de vigas tiene una prolongación de un metro.

Cuando uno ve todo esto, no puede soñar con la huida. Pero me parece que huir es posible también ahora. Algunos gendarmes vigilan con tanta negligencia, que se puede escapar durante el día a unos 50 metros lejos de ellos, pero parece que la voluntad de huir por ahora no existe. Rodak durante estos días parece silencioso. Espía, espía y observa lo que hacen los presos. Varias veces al día pasa por el jardín y por el campo, parece que por ahora no tiene nuevos planes persecutorios.

Constatamos que comienza a abandonar su risa cínica, ese "ja, ja, ja" insoportable. Puede ser que deje de reírse, porque ha visto que nos hemos burlado de ello. Se habla de que puede ser reemplazado por otro comisario, Pablo Mikvy, que es comisario en el sector de los presos de Bac. Anteayer tuvo una riña con Rodak, se espera que ahora comiencen a hacer algo con los sacerdotes para dispersarnos por todas partes. ¿Quién lo sabe...?.

170 Misas diarias

12 de septiembre de 1950

El número de los sacerdotes en Podolínec es de 173. De estos, 81 bajo el comisario Rodak, y 92 son de Bac. Los sacerdotes llevan una vida devota y ejemplar. En la iglesia y en las capillas se han construido nuevos alta-

res en un total de 23. El campo de Podolínec cada mañana se asemeja a una grande hoguera divina, donde se celebran más de 170 Misas. Se ofrece el santo Sacrificio y con gran fervor.

No se ve ni negligencia, ni indiferencia; ninguno de los celebrantes observa lo que se hace a su alrededor. Ninguno tiene prisa. La Santa Misa no es un peso para ninguno de nosotros, ni mucho menos una pérdida de tiempo, al contrario, se siente una gran devoción; una pura y profunda devoción; los rostros de los sacerdotes celebrantes, en su mayor parte, parecen como espiritualizados y por eso hermosos. Su concentración llega a tal grado que no nos damos cuenta de lo que sucede cerca. Ver sus caras es mirar a Cristo y a las almas.

Estas 170 misas diarias son un inmenso don de Dios que tenemos aquí. La más grande realidad del campo es Él, Jesús. Nos han alejado de la gente cristiana, pero Él está aquí. Cuando los sacerdotes levantan el Cuerpo y la Sangre de Cristo, por debajo del alba se ven los monos de color azul, marrón y gris, y esto conmueve y edifica.

Estas personas haciéndose sacerdotes no tenían como fin las cosas materiales, sino a Cristo. Les quitaron todo, pero ellos han permanecido fieles, incluso al precio de los insultos y del odio, porque no se han hecho sacerdotes por la gloria terrena, sino por Cristo. No siguieron a Cristo para estar bien, le siguieron para luchar con Él y por las almas, aunque siguen siendo hombres frágiles.

Si hoy les toca sufrir mucho por Cristo y por las almas, no se oponen, lo soportan, aunque sus cabellos se ponen prematuramente blancos. Sus manos consagradas hoy barren, pelan patatas, llevan ladrillos para la construcción de nuevas chimeneas, sierran la madera, la cortan para leña y la ponen en orden.

Los provinciales, los directores de las casas, los superiores y los guardianes de los conventos excavan en Podolínec los cimientos para la construcción de un taller. Todas las manos consagradas, a excepción de las de los enfermos y ancianos, hoy están encallecidas.

Hermanos y hermanas en el mundo: no piensen ustedes que alguien renunciará a su sacerdocio, aunque tenga que ganar su pan con sus manos, se lo ganará y, al mismo tiempo, luchará por su Cristo y por vuestra salvación.

Los presos de Bac en Podolínec

12 de Septiembre de 1950

Hoy doce de septiembre trajeron al campo a dos teólogos. Se dice que

no querían entrar en la facultad Teológica estatal en Bratislava. Los pusieron en el campo de castigo, junto con los de Bac.

Los de Bac

Ya nos encontramos con bastante facilidad con ellos, como lo habíamos previsto. Los jefes del campo no tienen tanta energía y coherencia para realizar esta separación, además en la práctica se lograría muy difícilmente. En la cerca de separación del jardín podemos hablar bastante bien unos con otros. Nosotros trabajamos en los desvanes de los de Bac. Ellos excavan los cimientos para el taller de nuestro patio. Aquí no se puede realizar ninguna separación.

La vida de los de Bac en su campo de castigo es bastante semejante a la nuestra. En su campo, sin embargo, existe la celda de aislamiento, como un género especial de castigo. El sacerdote así castigado está encerrado en una habitación, les dan sólo una manta y, durante todo el día, no le dan nada de comer, ni de beber, sólo una taza de café.

He oído que los de Bac no pueden acostarse antes de las 10 de la noche y los sábados sólo a las 11.

Estás en la jaula y añoras

14 de septiembre de 1950

¡Qué días tan hermosos los de septiembre!. En las colinas del valle de Podolínec se apacientan los rebaños de ovejas y grupos de vacas, en la mañana todo está cubierto de una niebla blanca, pero durante todo el día el sol es como en mayo.

Una noche, a las ocho oímos sobre nosotros unas extraños sonidos de pájaros, jamás había oído algo semejante, miramos hacia arriba, el firmamento es de un azul oscuro lleno de estrellas, que parecen más grandes que de costumbre. Los pájaros en la altura se dejan oír de nuevo. Alguien explica, son las becadas, emigran al sur[1]. Las becadas se oyen una vez más y yo

[1] *Las becadas* habitan durante la mayor parte del año en los bosques del norte de Rusia, y Escandinavia. Cuando empiezan a llegar las primeras heladas y las grandes nieves, comienza su emigración, en vuelos nocturnos de 200 a 300 kilómetros. La emigración, tiene, que se sepa, dos recorridos principales, uno por la costa Atlántica y otro por el centro de Europa. *La garza real* es un ave zancuda, vive en aguas de todo

oigo también algo en mi: los pájaros emigran al sur, ¿cuándo emigraremos nosotros de este campo?.

Nos encontramos en una jaula y añoramos salir. Los pensamientos y deseos de libertad asoman muchas veces al subconsciente e insisten. Cristo, quiero quedarme hasta cuando Tú lo quieras, hasta el último minuto.

El día siguiente es de nuevo un día hermoso, como una primavera, como mayo. Las montañas, la alta Tatra, a una distancia no muy grande se levantan como unos gigantes de color azul. Con el sol de mediodía, vuela al sur un nuevo pájaro, garza real, el cuerpo largo y grácil, la cabeza y el cuello casi entre las alas, vuela muy lejos, al sur, para escapar del invierno. Y de nuevo en el interior se apodera de uno, como rayo doloroso, algo que se añora y que al final se concentra en una única palabra: la libertad...

Los ojos se dirigen a los hilos eléctricos, se encuentran allí decenas y decenas de golondrinas como las notas de un cantar. También ellas se preparan a un gran viaje al sur. Volarán... y yo ¿cuándo seré libre para volar como ellas?.

Señor, quiero estar aquí hasta el último minuto, hasta cuando lo quieras tú, aquí en esta jaula, donde uno se tambalea día y noche, como en unas nieblas oscuras, pero, a pesar de las nieblas, estás aquí con nosotros tú, como ese cielo hermoso de septiembre sobre nuestras cabezas.

La fiesta de la Virgen de los Dolores

15 de septiembre de 1950

Era un día muy bueno, ya un día antes se había esparcido la noticia: mañana es la fiesta de la Virgen de los Dolores, Patrona de Eslovaquia. Todos los sacerdotes ofreceremos las misas por una intención muy extraordinaria, será por las salvación de nuestra patria de la incredulidad, del cisma y de la destrucción moral. Los hermanos legos ofrecerán a este fin sus comuniones y todo lo ofreceremos por este mismo fin, todas nuestras oraciones, obras y sufrimientos.

¡ Qué cosa más hermosa!. También aquí, de la otra parte de la alambrada, sentimos viva la responsabilidad por la eterna salvación de Eslovaquia;

tipo siempre que la profundidad sea escasa. Prefiere las aguas cercanas a los bosques de árboles muy altos. Existe en muchos países de Europa. Algunas especies son migratorias y cuando en los países nórdicos comienzan los fríos emigran a países cálidos.

todos sus habitantes son para nosotros hermanos. Ya dos veces hemos ofrecido así por su eterna salvación todas las misas, oraciones y sufrimientos. El 15 de agosto, la fiesta de la Asunción, y el 22 de agosto, del Inmaculado Corazón de María.

Eslovaquia y todos sus habitantes, te amamos de verdad y con sincero corazón.
Niños de cuna, os amamos.
Niños de las escuelas, os queremos.
Muchachos y muchachas en los bachilleratos y universidades, os queremos.
Aprendices, obreros y militares, os queremos.
Padres, madres y ancianos, también a vosotros os queremos.
Nuestros enemigos próximos y lejanos, os queremos.

Os queremos a todos y especialmente experimentamos este sentimiento de amor hacia vosotros hoy, en la fiesta de la Virgen de los Dolores.

Hace ya cinco meses que nos encontramos tras estas vallas, amenazados por las armas, y no sabemos todavía cuántos meses nos esperan, pero somos vuestros y os queremos.

El espíritu de martirio en el dique de Puchov

15 de septiembre de 1950

Muchísimo os queremos también a vosotros, hermanos salesianos arrancados de nosotros, y lo hacemos especialmente hoy en la fiesta de la Virgen de los Dolores.

Por unos caminos desconocidos y clandestinos, a través de los uniformes de los gendarmes y de las cercas, de nuevo penetró en el campo una carta de nuestros hermanos jóvenes que trabajan en la construcción del dique de Puchov. ¡Cuánta alegría, bendito sea el Señor!.

Una y otra vez he leído esta carta, y continúo leyéndola, como si me quisiera saciar con ella. Nuestro hermano escribe:

"Entorno a la pequeña maleta que servía como sagrario, en el cual se encontraba Él, Cristo, se formó entre nosotros una unidad inquebrantable. Durante el trabajo en el dique hemos visto casi milagros. Vivíamos como en un jardín zoológico, pero nosotros experimentábamos y vivíamos con una gran confianza en Cristo y en las palabras de Don Bosco: "La Madonna ci sta" ¡La Virgen Auxiliadora está con nosotros!

Cristo, nuestro hermano, nos empujaba a un amor fraterno cada vez mayor. Tuvimos muchas experiencias. Hemos caminado por el fuego. La alabanza a la Virgen María nos dio fuerza.

Nuestros enemigos pensaban que echándonos a las corrientes del mundo, tarde o temprano nos dejaríamos arrastrar. Pero nosotros hemos constatado todo lo contrario. ¡Qué maravillas del amor de Cristo!. Ciertamente la observaban también algunos de nuestros enemigos, cuando durante dos horas interrogaron a uno de nosotros. Se decían, ved cómo es feliz, porque ha podido sufrir por su Cristo. El compañero Valentiny contestó: Tienes razón, Julio, y si le dieras dos o tres bofetadas, se sentiría feliz como un mártir.

El comandante del dique dijo a nuestro hermano: "Esta alegría no te la daremos".

Este espíritu de martirio, este espíritu de convicción de que llevamos la cruz del Gólgota nos empujaba siempre a imitar más fuertemente a Cristo en nuestra vida en las brigadas del trabajo".

Así escribe nuestro hermano, no es posible otra cosa que cantar de todo corazón un Tedeum. Cantarlo dos y hasta 10 veces. Las cartas de este género nos elevan y fortalecen también a nosotros. Hermanos, os queremos y pedimos por vosotros. Las manos de vuestros hermanos sacerdotes os bendicen desde Podolínec de todo corazón.

Un registro y una encarcelación

17 de septiembre de 1950

Los de Bac han vivido este domingo 17 de septiembre un acontecimiento típicamente carcelero. Su comisario, el maleducado Pablo Mikvy, los sacó de noche durante dos horas al corredor y, junto con el responsable organizador, les hicieron registro de las habitaciones. Todo lo revolvieron y no encontraron nada. Pero les quitaron una cantidad considerable de libros. Leían cada pequeña papeleta. Pablo piensa que alguno nos enseñó a ser unos rebeldes profesionales.

Durante estos días trabajaron con nosotros dos nuevos presos. Del sanatorio de la alta Trata trajeron al padre Jesuita Gomboa, que se encontraba en Vysne Hegy y al salesiano don Carlos Pluhar, que se curaba en Tatranska Kotlina.

El jesuita Gomboa es alto y flaco, sólo tiene piel y huesos. Tiene un carácter enérgico y padece del estómago.

Nuestro don Pluhar es un tuberculoso en estado avanzado. Para salvar la vida, se estaba preparando para una intervención plástica de los pulmones. Morirá prematuramente, si no conseguimos que le den un tratamiento adecuado. Don Pluhar soporta muy difícilmente este golpe tan cruel. No nos sorprende, se trata de la vida, sólo la esperanza de salir y el amor de los salesianos moderan sus sufrimientos. Don Pluhar es un religioso, hay que conseguir hacer algo por él.

Yo hablé con Rodak, pero éste sólo lo insultó.

Durante estos días la policía llevó a Bratislava a dos sacerdotes del campo de castigo de Bac. Son nuestros padres Drgon y Butas. Los llevan a la cárcel para procesarlos. Don Drgon, como párroco de Sastin, en septiembre del año pasado, declaró en la iglesia que la Santa Sede excomulgaba a la Acción Católica cismática. Don Butas, como Capellán de Astis, leyó la misma declaración en la iglesia filial de Straze. En Bratislava ciertamente los condenarán a unos años de cárcel, pero no hay nada que hacer, hay que sufrir, en las cárceles, durante los procesos, y después en las minas.

Por ti Cristo, por ti Iglesia. Has dicho bien, "me persiguieron y os perseguirán también a vosotros".

13

CRISTO VENCE

Los interrogatorios por los paquetes

22 de septiembre de 1950

Los días pasados vivimos en el campo un gran alboroto. Dos muchachas arrojaron al jardín dos paquetes por encima de la cerca. Llamaron al gendarme a un rincón del jardín y le dijeron que se hiciera el ciego, porque en su radio de guardia se iba a hacer una entrega de paquetes. El gendarme, como era bueno, consintió, pero las muchachas en Podolínec cometieron el disparate de no callarse y se lo dijeron a sus amigas. Una de ellas se lo confió a una mujer, que, según se dice, recibe visitas del comandante Jencik, y por ella se supo todo.

Los gendarmes amenazaron a las muchachas y ellas lo confesaron todo. El mismo día por la noche fue interrogado el hermano lego Víctor Folenta, que fue el que recogió los paquetes y se los entregó a los religiosos a quienes iban dirigidos. Folenta, que es jardinero, viendo que los gendarmes ya lo sabían todo, reconoció que había entregado los paquetes, pero no pudo acordar los nombres de los religiosos y, por eso, el ayudante de Malaga lo hizo pasar a las 10 de la noche por las habitaciones para que señalara quienes eran. La misma noche nuestro sacerdote Mancman fue interrogado durante varias horas.

Por la mañana todo el asunto se trató también en la revista. Después de la revista encerraron en el sótano a nuestros sacerdotes don Zilka y don Rakovicky y al jardinero Folenta. Ese mismo día llegaron también dos policías secretos y los volvieron a interrogar. Si bien, en general, sólo se trataba de una tontería. Alguien puede tirar por encima de la cerca un paquete, sin que se sepa cómo se ha enterado del nombre de uno de nosotros y, sin más, te encierran en el sótano, exagerando las cosas hasta el ridículo para aterrorizaros.

Menos mal que no se encontraba en casa Rodak, él lo hubiera exagerado todavía más.

A los tres presos del sótano no les han llevado ni la comida. Don Rakovicky tiene una pequeña tuberculosis en los pulmones y si lo dejan unos dí-

as en ese aire húmedo y enrarecido del sótano no sabemos qué pasará. Gracias a Dios por la tarde les consintieron pasear hasta las cinco y por la noche los dejaron salir del sótano. Creo que los policías secretos dijeron a nuestros jefes que se trataba de una tontería, que para asustar a la gente la cosa puede pasar, pero que los paquetes no constituyen una amenaza del Estado.

Rodak durante estos días está bastante pacífico y silencioso. Solo de vez en cuando se enfurece. Hace poco, por ejemplo, se burlaba de la vida eterna. Miguelito, te deseo que un día la alcances.

El jesuita, padre Dieska, lleva por broma una pluma de pavo detrás del sombrero, durante una revista Rodak le dijo: *"más le convendrían los cuernos de un cordero"*.

Hasta ahora, cuando llegaba un paquete al campo, nos daban, al menos, la ropa. Después del caso de los dos paquetes, llevan al almacén también la ropa y parece que harán lo mismo con todos los paquetes que nos envíen.

La comunicación por teléfono entre las garitas y el comandante ya funciona. Ahora estamos de nuevo "más seguros".

En estos días han llegado al campo cuatro o cinco vagones de patatas. Servirán para que los presos de Podolínec pasen el invierno. Las patatas las comemos secas. Pasamos hambre..

Nuestros hermanos gendarmes

25 de septiembre de 1950

Desde del 14 de abril, cuando nos encarcelaron en los campos, nuestra vida está constantemente vigilada por los hermanos gendarmes. Día y noche se encuentran a nuestro lado y en los alrededores y, quieras o no, tienes que acostumbrarte a los uniformes verdes, a sus rostros oficiales, a su conducta rígida y a ese caminar en silencio junto a ellos.

De la mayoría no se puede decir que sean malos. Cumplen las órdenes, más o menos, sólo por miedo y por deber. Eso valía especialmente para los del primer grupo, que nos vigiló hasta la mitad del mes de junio. Es verdad que también entre ellos se encontraban algunos salvajes, buenos sólo para la jungla. En general, cuanto más vivían con nosotros, tanto más nos acercábamos; muchos, al poco tiempo, se convencieron de que nos han encarcelado sólo porque pretenden hacernos desaparecer como Órdenes religiosas.

Después vino otro grupo de gendarmes entre 20 y 30 años, eran más tímidos en los contactos con nosotros. El comandante Jencik quería conseguir que no hablasen, ni recibiesen nada de nosotros.

Cuando al final de julio y al inicio de agosto huyeron de Podolínec 6 religiosos, los cambiaron. Algunos sospechaban que ayudaban a los fugitivos. Qué haya de verdad en esto, no lo sé.

Ahora han llegado otros gendarmes más jóvenes, son unos muchachos que durante el servicio militar hicieron un curso de tres meses para gendarmes y dos meses después ya se encontraban de servicio. Tienen muy poca experiencia y en los contactos con nosotros son muy tímidos; el comandante Jencik los aterroriza.

Los gendarmes que, por fanatismo y persuasión, nos odiaban y nos lo hicieron sentir eran, y son, relativamente pocos. Han sido más los que bajo el influjo de la propaganda creían un poco todo lo que les decían de nosotros.

Había también algunos aduladores, que a costa de nuestras pequeñas faltas, querían hacer carrera.

Y hubo también algunos que no nos consideraron dignos ni de una respuesta un poco educada.

Muchas gracias a vosotros, gendarmes de oro

25 de septiembre de 1950

Hubo también en Podolínec algunos gendarmes de oro. Eran unas excepciones, pero estaban dispuestos a darnos todo.

Gracias, hermano gendarme desconocido, por tu amor durante los primeros días de nuestra vida carcelera en Podolínec. Clandestinamente pasabas por medio de nosotros, recogías las cartas y las tarjetas y las enviabas a nuestros familiares, para que supieran en dónde nos encontrábamos y cesaran sus angustias. Gracias a ti y a tu camarada. En las tinieblas de la incertidumbre, durante las primeras semanas, formabas parte de nuestras grandes esperanzas. Pensábamos que nos enteraríamos de todo, si algo muy grave nos amenazaba. Pensábamos que, aun en el caso peor que acudía a nuestra imaginación horrorizada, nos habríais abierto la pequeña puerta del jardín para salvarnos de la muerte. Con esto, queridos hermanos gendarmes, fuisteis nuestros aliados en Cristo.

Muchas gracias también a los otros hermanos gendarmes. A los que durante la guardia comprendieron la angustia de nuestros familiares y nos per-

mitieron por un momento vernos con ellos en la cerca y hablar una o dos palabras; gracias a los gendarmes que estuvieron castigados, o acaso procesados, porque permitieron echar al campo algún paquete o hablar en la cerca.

Hermano joven, muchas gracias también a ti. Nos traes de la ciudad vecina las cartas que nos llegan a una dirección precisa. Lo haces en un tiempo en que, durante muchas semanas, no recibimos nada por otros canales.

Y a ti hermano gendarme joven, muchas gracias. Has llevado y llevas cientos de nuestras cartas y las echas en diferentes ciudades y pueblos en este tiempo en que no podemos ni soñar en una correspondencia regular.

Muchas gracias, también a vosotros, que, de vez en cuando, nos informáis de las intervenciones que se preparan contra nosotros. Las heridas previstas duelen un poco menos.

Mi hermano gendarme, de aquella noche de un domingo de agosto no me es posible olvidarme; la luna salía, tú casi llorabas, eras un infeliz, que debías hacer esta guardia en medio de esta injusticia y falsedad, en medio de esta persecución antirreligiosa.

Hermanos gendarmes, vosotros excepciones de oro, gracias.

¿Dónde estás, libertad?...

25 de septiembre de 1950

Despacio, pero con pasos seguros se acerca a nuestros valles el invierno. Durante la revista de ayer nos dio pena una golondrina aislada, que no ha volado con las otras. Ciertamente perecerá.

Estos días pasan monótonos y sin cambios. Las patatas se pelan como ayer, los provinciales y los superiores trabajan en la construcción del taller, en el patio exterior se sierra la madera. Se hacen los trabajos de la casa y después cada uno reza, estudia, lee, juega al ajedrez o algo semejante.

En nuestras almas, exteriormente pacíficas y bromistas, arde todavía otra vida; una vez pido a un hermano: *"cuéntame algo hermoso"*. Se queda por un momento silencioso y después dice sólo una palabra: *¡¡¡Libertad!!!*

Nos reímos como si se tratara de un chiste. Pero un chiste es algo anecdótico y superficial; aquel hermano, en cambio, hablaba desde el interior, desde ese profundo ser en el que el deseo de libertad arde por dentro, desde esa vida interior que sostiene en cada uno el instinto de conservación.

Por ejemplo: cuando se anuncia que llegarán nuevos cambios, el oído, sin darse cuenta, se pone alerta. En cada noticia uno espera una noticia para

sí, algo de lo que podría juzgar o deducir que su libertad se acerca. Aunque tantas veces nos hayan engañado con estas noticias, el oído presta atención. Aún en el caso de sentirse sin motivación para escuchar noticias, también su mente se pone tensa para la escucha.

Uno puede hablar exteriormente lo que quiera pero en cada uno se encuentra una potente fuerza que diariamente lucha por la libertad. Este instinto de conservación es una fuerza preciosa, que hay que dirigir con la fe, y eso uno lo hace con mucha intensidad.

No traicionar a Cristo, ni a la Orden por la propia libertad, eso nos manda la fe y la caridad. Son dos fuerzas divinas procedentes de Dios. Si se trata de Cristo y de las almas preferimos que el instinto de conservación grite, sufra y que con su sufrimiento llegue a ser amor.

El amor a Cristo y a las almas es un valor más grande que la vida misma. Y así ardemos en el altar de este campo, a pesar del mucho humo que a veces sale junto con las llamas, siendo, como somos, criaturas frágiles y débiles. Y cada día más, palpamos con las manos que es Cristo quien arde en nosotros y, si ardemos, podemos arder sólo en Él.

¡Christus Vincit!

Primero nos vence a nosotros, débiles en el campo de Podolínec y venciéndonos nos hace fuertes, porque toda nuestra fuerza es Él en nosotros.

Cristo vence

25 de septiembre de 1950

El 25 de septiembre celebramos la fiesta de los santos Cosme y Damián, nuestros hermanos médicos y mártires. En el evangelio de su Misa se encuentra una bienaventuranza que nuestro sentido de conservación no comprende, lo puede comprender sólo una fe fuerte y decidida:

"Dichosos si os odian los hombres por mi nombre...". Y nos tienen aquí por el odio; nos dicen que somos una banda, peores que asesinos.

¿No se gozan acaso de nuestras penas y torturas?... ¿No les da gusto cuando pueden burlarse de nosotros, humillarnos y ofendernos?...

¿No somos para ellos como un barro que pisotean y vigilan, porque está penetrado de amor a Cristo y a las almas?... Dichosos si os separan... ya hace cinco meses que no podemos vernos con nuestros familiares, y más de dos meses que no podemos escribirles. Poco a poco comenzamos a sentir el hambre y no podemos recibir de ellos ninguna ayuda. Si alguno de

nuestros parientes se muere, nosotros recibimos únicamente la noticia; en la calle delante del campo de concentración corre la vida; nosotros, sin embargo, estamos separados de ella por las ametralladoras; nos separaron de los hermanos y nos dispersaron; a los que ya terminaron el trabajo en la construcción del dique de Puchov y se encuentran en casa, los echan de las escuelas, a otros no los quieren recibir en el trabajo, y nosotros no podemos ayudarles, separados de ellos como leprosos e impotentes.

¡Dichosos cuando rechacen vuestros nombres como algo malo...!. Aunque nos rechacen como malos, seremos dichosos. ¿Acaso no nos echaron como a unos criminales?. Los primeros días del campo de Sastin uno de nuestros enemigos dijo de nosotros: *¡Sin ellos, la construcción del socialismo va mejor!*.

Y todo esto nos lo hicieron y hacen por causa del Hijo del hombre, por ti, Señor nuestro. Los sentidos no comprenden cómo puede uno ser feliz sufriendo. Pero desde la fe nosotros sentimos que el sufrimiento nos hace más fuertes y que así comienza la felicidad en medio del sufrimiento. Sentimos que el sufrimiento nos purifica y hace mejores, y esto es también una felicidad. Nos otorga el don de orar mejor y más, y así estamos siempre más cerca de Dios. Cristo es la fuente de nuestra paz y nuestra fuerza, Él nos enseña a no tener miedo del sacrificio y esto es una gran fuerza para la vida.

Señor Jesús, estar en el campo es una pena, pero tú la sabes llenar de luz, de amor y de paz. No cesamos de sufrir, pero sabemos también gozar, porque nuestros dolores los añadimos a los tuyos, sabiendo que así preparas la salvación de nuestros hermanos y un nuevo florecimiento de tu Iglesia, que crecerá en altura y profundidad en millares y millares de almas. Todos te amarán y los que más amas, los jóvenes, más aún. Nuestras luchas por ti se realizan en la postura de crucificados en las trincheras del campo de concentración de Podolínec.

Tú luchas con nosotros y nos permites luchar. Y nos darás este don hasta el final, hasta el último respiro.

Y si quieres nuestra sangre por los hermanos, nos darás la fuerza también para esto. ¿Si Cristo está con nosotros, quién estará contra nosotros?...

¿Acaso nuestra cobardía, fragilidad o nuestras pasiones?. ¿O acaso los planes secretos de los ateos, su campo, sus odios y ametralladoras?...

Con Cristo no podemos derrotarnos ni destruirnos nosotros mismos. Y tanto menos podrán hacerlo los enemigos de Dios. Porque siempre y en todas las partes vale el ¡*Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!*.

Es un Rey fuerte y amoroso, resucitado y siempre vivo, Alfa y Omega.
¡Marana tha!
¡Ven, Señor Jesús, a cada uno de nosotros y diariamente!.[1]

[1] El campo de concentración de Podolínec duró unos tres años. Pronto los religiosos jóvenes y los hermanos no sacerdotes fueron llevados a lugares de adoctrinamiento y después de un cierto tiempo de trabajos forzados pudieron regresar a sus familias. También lo otros fueron poco a poco abandonando Podolínec, obligados a integrarse en los campos de trabajo en diversos lugares de Checoslovaquia. Cuando pudieron regresar a sus familias, tuvieron que buscarse un trabajo. Pero no gozaron nunca de plena libertad, pues sempre estuvieron controlados, más o menos abiertamente, por la policia secreta. De este modo se fue disolviendo, hasta desaparecer, el campo de concentración de Podolínec.

EPILOGO

Después de escribir clandestinamente mis memorias en el campo de concentración de Podolínec en el mes de septiembre de 1950, decidí, por segunda vez, huir definitivamente del campo. Antes de nada procuré esconder bien el manuscrito en le techo del desván de la casa. Al huir quería dedicarme a cuidar de algunos hermanos jóvenes, que tras el adoctrinamiento marxista en Kostolna y algunas semanas de trabajo en la construcción del dique sobre el río Vah, cerca de Puchov, se encontraban en casa de sus padres y les era permitido acudir a los colegios del estado, con la esperanza, por parte de las autoridades ateas, de que así abandonarían su vocación. Por nuestra parte, se trataba de organizar una forma clandestina de vida religiosa fuera de las casas salesianas, ya que éstas habían sido confiscadas en la noche bárbara del 13 al 14 de abril de 1950. Un grupo de salesianos habíamos proyectado y preparado esta forma de vida clandestina durante las primeras semanas de la vida en los campos de Sastin y Podolínec.

Una vez tomada la decisión de huir definitivamente del campo, en septiembre de 1950 me encontré por dos veces en la más absoluta oscuridad del desván con D. Francisco Valabek, heroico director de nuestros teólogos, que hacía las veces de inspector, y le expuse mis planes de trabajar con los jóvenes hermanos estudiantes que ya se encontraban fuera del campo. En el momento de despedirme me arrodillé en el polvo del desván y recibí su bendición y un abrazo. ¿Nos volveremos a ver?.

La segunda fuga

Después de las fugas durante el verano de unos diez religiosos, las nuevas fugas del campo se hacían casi imposibles. Durante tres semanas estuvimos todas los noches D. Ludovit Suchan, más tarde misionero en Japón, y yo intentando hallar algún momento propicio para escapar. Pero no había modo de hallarlo.

Pero llegó la tarde del 20 de octubre; los religiosos estaban en la iglesia, pues tenían permiso para rezar el rosario a las seis. Fuera estaba tan oscuro, como si fuera de noche. En esta oscuridad, el Señor nos concedió poder escapar, gracias a la negligencia de dos guardianes. No nos lo podí-

amos creer, cuando caminábamos a toda prisa libres por las calles de Podolínec hacia la estación de ferrocarril. A las 4 de la mañana estábamos ya a doscientos kilómetros del campo de concentración. Los jefes del campo se quedaron sin aliento a la mañana siguiente. Pero pasadas algunas semanas, implantaron en el campo un régimen más humano, incluidas las visitas de los familiares.

A finales de octubre Suchan y un grupo de unos 14 jóvenes salesianos decidieron huir a Italia. Yo tuve ocasión de huir con ellos, pero me quedé en la patria para organizar, con más de 200 salesianos, una forma clandestina de vida religiosa en medio de la cruel y multiforme persecución por parte del régimen comunista.

Dos años en las incandescentes catacumbas

Después de la huida de Suchan, me refugié por algunos meses en Zilina, tratando de hacerme con un carné de identidad con el nombre de uno de los hermanos que ya se encontraba en el extranjero. Para conseguirlo tuve que ir dos veces a la central de la policía de Bratislava, que era como entrar en una cueva de leones. Con el carné de identidad podía sin miedo visitar a los jóvenes salesianos, organizarlos en grupos, según la ciudad o la región. Celebrábamos en sus viviendas retiros mensuales clandestinos y teníamos coloquios personales y comunes, en los que se resolvían los problemas y las cuestiones que surgían en la clandestinidad. Durante las vacaciones nos reuníamos en los bosques o en las montañas para hacer juntos una semana de ejercicios espirituales, y los que terminaban sus votos temporales los renovaban. La ayuda del Señor y de María Auxiliadora, una oración continuada y la observancia sumamente atenta de las reglas de seguridad eran las armas que nos defendían.

A los dos o tres meses de hacer este trabajo me sentí cada vez más agotado de fuerzas y nervios. Tuve que dejarlo todo durante dos o tres semanas para recuperar las fuerzas y el ánimo.

Al cabo de un años encontramos un buen maestro de novicios, D. José Izakovìc, que con gran espíritu de sacrificio, cada dos semanas, visitaba a cada uno de los novicio para ver cómo había aplicado la doctrina espiritual durante las dos semanas transcurridas, a la vez que le impartía nuevas lecciones para las semanas siguientes. D. Izakovìc durante casi 24 años de maestro de novicios educó decenas y decenas de nuevos salesianos.

Los clérigos y estudiantes de teología, que en 1950 fueron sacados del campo de Podolínec, tuvieron que vestir el uniforme militar y trabajar en la construcción de carreteras para los tanques y la maquinaria pesada del ejército. Otros jóvenes salesianos trabajaban en las fábricas de acero o en la construcción de casas. Todos fueron sometidos a un intenso adoctrinamiento marxista, pero a pesar de ello, estudiaban clandestinamente la teología, hacían los exámenes, se preparaban para la ordenación sacerdotal. Todo esto se hacía bajo el más absoluto secreto, incluso con respecto a los propios familiares. Se buscaban obispos clandestinos, y se hacían ordenaciones clandestinas en Checoslovaquia, en Polonia o en Alemania Oriental.

De este modo se pusieron, en los años que siguieron a la noche bárbara de 1950, los sólidos cimientos de la vida religiosa clandestina, y todo esto, a pesar de que algunos hermanos abandonaban su vocación por no ser capaces de superar las grandes dificultades.

La inspectoría que tenía en 1950 unos 280 salesianos, tras el calvario de 40 años (1949-1989) se encontró con 220 miembros, de los cuales 120 formados en medio de mil dificultades, procesos judiciales y con más de 40 hermanos condenados a cientos de años de prisión.

Sorprendidos y esposados en el parque

Éste fue mi trabajo, con la ayuda de algunos hermanos, desde octubre de 1950 hasta finales de 1952. Mi cansancio crecía y crecía. El Señor me preparaba otro género de vida, a pesar de que mi egoísmo, aquí o allá, me susurraba que yo era casi insustituible. El Señor dispuso para mí la cárcel.

El 6 de septiembre de 1952, viajando desde Ostrava, me paré en la ciudad de Prerov en Moravia. En los llamados cuarteles se encontraban unos 120 clérigos, religiosos y diocesanos. Vestían uniformes militares, estaban sometidos al adoctrinamiento marxista y trabajaban en la construcción de un gran aeropuerto militar soviético. Entre ellos se encontraban 3 jóvenes salesianos eslovacos, que querían renovar su profesión religiosa. Se llamaban Milan Dlhy de Povazska Bystrica, Jan Pivarnik de Falkusovce y el futuro inspector salesiano Jan Kaiser de Leopoldov.

Llegué a los cuarteles hacia las 8 de la tarde. Cenamos en un restaurante y pasé la noche en casa de una familia de cooperadores salesianos. Al día siguiente era domingo. Fuimos a la iglesia. Comulgué como un simple fiel,

sin presentir que durante 3 ó 4 años no iba a poder comulgar más. Al salir de la iglesia fuimos a otra iglesia, en la que debía tener lugar la renovación de los votos, pero también allí había un pequeño grupo de fieles. Por eso nos fuimos a sentar en un banco que había en un bosque cercano. Mi plan era tomar, inmediatamente después de la profesión, un tren rápido para Bratislava. Pero nos dimos cuenta de que éramos vigilados por la policía secreta. Entonces, sin esperar a hacer la profesión, nos dirigimos a la estación. De repente, mientras atravesábamos el parque, se precipitó sobre nosotros un grupo de policías. A toda prisa nos pusieron las esposas, nos metieron en dos coches, nos vendaron los ojos y nos llevaron a su central de Prerov. Creían que éramos espías. Y en la central de policía se produjo una fatal casualidad. Ninguno de los tres jóvenes salesianos sabía el nombre que figuraba en mi falso carné de identidad. De este modo la policía supo por ellos mi verdadero nombre.

A las diez de la noche nos encontrábamos en la ciudad de Olomouc, a veinte kilómetros de distancia, delante de la cárcel militar de 7 plantas. Durante la investigación nocturna quedó claro que no teníamos nada que ver con el espionaje de la construcción del aeropuerto soviético de Prerov, pero quedábamos detenidos.

El calvario de Bratislava

Pasados algunos días, nos llevaron a los cuatro a la central de la policía secreta de Bratislava. Y allí comenzó un examen judicial cruel por parte del instructor de la causa, que duró meses y meses.

Era el año 1952. El partido comunista llevaba sólo tres años de poder dictatorial y con toda crueldad quería asegurar su posición, destruyendo a sus enemigos, entre los que estaba, en primer lugar, la religión. Mi instructor poco a poco intensificaba sus preguntas, queriendo culparme de alta traición. Las preguntas se alternaban con las amenazas, las patadas con las pesadas botas, que me causaban moratones en las piernas, y con dolorosos golpes en el cuello y en la cabeza. Dios mío, ¿pero cuánto durará todo esto?, me preguntaba. Durante dos años, tras mi huida del campo de Podolínec, había visitado centenares de personas y de salesianos y la policía quería saber todo: los nombres, las direcciones... y me repetía "nosotros tenemos tiempo, nos lo dirás todo". En este tremendo aislamiento, me parecía que todo nuestro trabajo clandestino para salvar la Congregación salesiana

iba a terminar en una catástrofe con el encarcelamiento de un gran número de personas. ¡Y yo iba a ser el traidor!. Mi resistencia física y síquica disminuía y temía que iba a terminar en una bancarrota total. Me parecía ser como un gusano que debía ser aplastado. Dije los primeros nombres, añadiendo que los denunciados no sabían que me buscaba la policía. ¿Pero la policía me creería?.

En ciertos momentos estaba tan agotado, que tenía miedo de volverme loco. Volverme loco... ¿Y si consiguiera fingirme loco?. No tenían ningún derecho a torturarme, no había hecho nada malo a nadie. ¿Pero cómo se hacer para fingir que uno está loco?. Me parecía que así podría salvarlo todo. ¿Sería así, o me matarían?.

Rezaba durante 10 – 15 horas al día y, no teniendo otra posibilidad de salvar a tantos hermanos de la cárcel, comencé a dar los primeros pasos como loco: no hablaba, sólo alguna vez decía alguna palabrita o frase con voz débil. Con gran sorpresa me di cuenta de que el instructor de la causa comenzaba a dejarme días enteros sin interrogarme. Después de unas semanas, me trasladaron a la enfermería de una gran prisión, donde estuve en observación. Y al cabo de tres meses, en agosto de 1953, me trasladaron a una clínica siquiátrica de Praga-Bohnice, donde la policía secreta tenía su propio pabellón, con 160 detenidos locos de toda Checoslovaquia.

Tres clínicas siquiátricas

En la clínica de Praga viví 8 meses y me aplicaros 8 electroshock "para curarme". A partir de mayo de 1954, me encontré internado durante cuatro meses en la clínica siquiátrica de Havlickuv Brod y me dieron otros cuatro electroshock. La tercera clínica siquiátrica estaba en Pezinok, mi pueblo natal. Contando los de Pezinok, en 8 meses he alcanzado un total de más de 30 electroshock. Para ello, 4 enfermeros me tenían sujeto en la cama, un siquiatra estaba detrás de mi cabeza con los electrodos de corriente eléctrica de unos 30 voltios para aplicar el shock. En esos momentos tenía la sensación de que iba a morir. Los electrodos en las sienes me hacían perder la conciencia durante 2 – 3 segundos. Durante 15- 20 minutos la respiración se parecía al estertor de los moribundos. Después comenzaba a despertarme. El tratamiento por aquel día estaba terminado. Pero las huellas del terror permanecen hasta hoy. Por supuesto era sometido, también, a todos los otros tratamientos propios de estas clínicas siquiátricas.

Un campesino loco durante 13 años

En esta situación mi padre pidió que la clínica de Pezinok me permitiera ir a casa. Era una cosa casi imposible, pero el papá lo consiguió. Un día, a finales de abril de 1955, el tribunal popular de Pezinok me dio permiso para vivir con mis padres. ¿Qué fuera sólo una estratagema de la policía?. Efectivamente, la policía intentó el mismo día ponerme una trampa, pero fue en vano.

No quedó otro remedio que continuar haciendo el papel de loco durante 13 largos años. Loco ante todos, excepto ante mis hermanos y hermanas en el ámbito de nuestra habitación. Con los padres trabajábamos en los campos hasta que los comunistas nos obligaron, por la fuerza, a entrar en la llamada cooperativa agrícola estatal. Después yo trabajé en la viña de un cuñado, que no había sido obligado a trabajar en la cooperativa. En estos trece años pude celebrar clandestinamente cada mañana la santa misa, a la cual asistía sólo mi madre.

Una vez al mes, en las últimas horas de la tarde, recibía clandestinamente la visita de un hermano salesiano de toda confianza, llamado Jan Malzenicky. Pasábamos toda la noche a la luz de una pequeña vela. Me daba noticias de los salesianos y non animábamos espiritualmente el uno al otro.

Italia en el horizonte

Pero con los años crecían los hijos de mi hermana María, cuya familia vivía con nosotros. Algunos espías del partido comunista del lugar podían abusar de su inexperiencia infantil, para saber si yo en familia hablaba de otras cosas. También los padres envejecían. Por eso comenzamos a pensar en emigrar a Italia, donde se encontraba desde hacía más de 15 años un hermano mío salesiano, D. Ludovico, que estaba dispuesto a hacerse cargo de mí. El plan no carecía de peligro, por causa de la policía. Pero llegó el tiempo de la "Primavera de Praga", con la llegada al poder de Alexander Dubcek, y fue entonces cuando, a pesar de las acechanzas de la policía, con la ayuda de Dios lo conseguimos. Tuve que renunciar a la nacionalidad checoslovaca y a muchas otras cosas.

Viajando con un pasaporte de apátrida y superado el peligroso control en el tren que nos llevaba de Bratislava a Viena, sucedió lo más maravillo-

so que yo podía esperar, que me encontraba en Austria y en libertad. ¡Libertad! Me parecía increíble. Sí, a los dos días estaba ya en Roma, en la casa de las monjas capuchinas, una especie de escondrijo. Sabía que la policía secreta no cesaría de espiarme en Roma, como se verificó más tarde.

Los siete primeros años en Italia

En el escondite de las monjas pasé 8 años, aprendiendo el español y haciéndoles de capellán. No tenía contacto con los salesianos eslovacos, que trabajaban en el Instituto de los Santos Cirilo y Metodio en la via Cassia. Me encontraba únicamente con mi hermano Ludovico y con D. Andrés Sandor, poeta y escritor. Ocupaba el tiempo escribiendo los programas de la radio vaticana destinados a la juventud en Checoslovaquia, escribiendo libros religiosos en eslovaco, que publicaba el Instituto de los Santos Cirilo y Metodio y que después eran enviados por diversos medios a Eslovaquia.

Tras la ocupación soviética de Checoslovaquia en 1968, la situación religiosa empeoró de año en año. Los libros religiosos publicados en el Instituto destinados a Checolosvaquia eran cada vez menos permitidos y eran confiscados o devueltos desde Praga. Tuve que organizar diversas formas de contrabando, para poder introducir miles de libros religiosos en la patria.

Después de siete años, obtuve la nacionalidad italiana y en le año 1974 fui nombrado director de la comunidad salesiana del Instituto. Estaba allí, como un enfermo que se ha salido de una grave enfermedad. En el pequeño seminario Antón Bernolak, que había en el Instituto, enseñé Filosofía, Historia, Alemán y otras materias. De casa salía raramente, y sólo en caso de necesidad. Durante 15 años acudí con frecuencia a la comunidad neocatecumenal en la parroquia romana de Parioli.

Desde 1982 viví con tres hermanos salesianos eslovacos en Suiza, trabajando en la misión católica para refugiados eslovacos.

De nuevo en la patria

En el año 1990, después de la revolución, volví a Eslovaquia. Adquirí de nuevo la nacionalidad checoslovaca y me uní a los demás hermanos salesianos eslovacos, para entre todos comenzar una nueva etapa de vida reli-

giosa, especialmente para el bien de los jóvenes, después de 40 años de dictadura comunista.

En septiembre de 1991 abrimos en Sastin el Colegio San Juan Bosco, de segunda enseñanza. En 1993, fui nombrado por los Superiores de Roma Inspector de la Inspectoría Eslovaca. Cargo que ejercí, según la Constituciones, durante 6 años. Desde el año 1993 estoy escribiendo la candente historia salesiana de los años de la dictadura totalitaria, para aprender de ellos, en estos tiempos nuevos y peligrosos, la audacia y la esperanza de San Juan Bosco.

En estos momentos no me resta otra cosa que dar gracias sin cesar al Señor y a nuestra madre María Auxiliadora por cada día de vida que me conceden. Les doy gracias también por no haberme abandonado durante el tiempo pasado en la cárcel, y por haberme dado día a día la fe, la fuerza y la esperanza de rezar, porque en la oración Dios está con nosotros y en nosotros. No me queda más que combatir con Él y caminar esperanzado hasta el gran día del Señor.

Gracias, gracias, Señor.

D. Ernesto Macak
Sastin, Solemnidad de Cristo Rey,
25 de noviembre de 2006.

INDICE

Introducción ..... pag. 5
Checoslovaquia, desde 1918 hasta 1949 – La persecución religiosa – Separar y destruir – Medidas administrativas – Las trágicas noches de las Órdenes religiosas – La liquidación de los Obispos – La admirable fidelidad a Dios del pueblo eslovaco – Los salesianos en Eslovaquia – El autor del diario – La edición española

Prólogo del autor ..... " 21
El Diario – Empresa nada fácil – La búsqueda del escondrijo – ¿Dónde continuar escribiendo? – El Diario huye del campo de concentración – La finalidad del diario

1. La trágica primera noche ..... " 29
¡Llegó tan repentinamente! – Las preparaciones para el golpe – Los últimos meses de vida en las casas – Los últimos momentos de libertad – ¡¡¡ Abrid !!! – El trágico amanecer del 14 de abril – La requisa era sólo un pretexto – A las cuatro de la mañana del 14 de abril – Y vosotros de Bratislava y de Trnava.... – El rapto de Sv Kriz Nad Hronom – Bárbaramente contra los Superiores – Oíd: ¡no lo harán!.- Los nuevos "superiores" – Una escena descorazonadora. ¿Debe derrotarnos esto?

2. Traidores, podéis ir a casa, si...! ..... " 47
¿Por qué nos encarcelaron? – A los traidores les ofrecen la libertad – ¡Los traidores que se presenten! – Declara que eres traidor – Una terrible comedia – La desilusión de los compañeros – Los primeros días en el campo – Nuestros familiares – Doscientos, trescientos hombres diariamente – ¡Adelante, adelante! – Qué difícil vivir en incertidumbre – Un cambio brusco – Un ensayo de despedida – La despedida y la intervención de la policía

3. Una nueva noche trágica ..... " 61
Los últimos días en Sastin – Una sorpresa dolorosa – La fiesta de la familia en el campo – ¡Apreciado Padre Inspector! – Otra de tantas noches trágicas – ¡Jesús, Tú también estabas con nosotros esta noche! – Nos llevan a un lugar desconocido – Jesús, ¿a dónde nos llevan? – Nos llevan a Podolínec – Aquella tarde del 25 de abril de 1950 – La noche en las almas – La primera noche en Podolínec

4. Las angustias de los primeros días ..... " 77
La primera mañana en Podolínec – El control de la mañana – Contra la angustia de los primeros días – El horario del campo de concentración. – Los trabajos en el campo – El trabajo y sus rasgos carceleros.- Burla de la vida religiosa

5. Las madres lloran, los familiares nos buscan ..... " 87
Las madres rodean el campo – Se dice que no estamos presos, pero... – El mes de mayo en Podolínec – Firmad y saldréis – Somos seiscientos cincuenta y cuatro – El instinto de conservación reclama siempre lo suyo – Los estudios en el campo de concentración – Nosotros éramos para ellos una banda – ¡Santo Padre, mil gracias! – Los Ejercicios Espirituales en el campo de concentración – El amor es ingenioso – ¡Habitantes de Podolínec, gracias, gracias! – El deporte en el campo de Podolínec.

6. Los perros lobos, nuestros guardianes ..... " 101
Las formas sádicas de Miro Vaselly – Cinco días difíciles con Miro Vaselly – La cultura de Miro – Nos van a quitar a los más jóvenes – Un adiós sin despedida, brutal – ¡Oh potente Auxiliadora! – La fiesta de la Virgen Auxiliadora – El mutuo conocimiento de las Ordenes – Mejora la situación – Los perros lobos nuestros vigilantes – La procesión mariana con los bomberos – El Corpus Domini en el campo de concentración – La Iglesia pavimentada por el amor

7. Llega el tirano ..... " 117
Recibimos los monos de trabajo – Los galeotes de Cristo – La huida que ni soñaban – Llega el tirano – La segunda huida de Podolínec – Merecéis un tiro en la cabeza – Hoy por tercera vez – Consecuencias de la huida – La situación es cada vez peor – Entre nosotros hay delatores – No nos permiten ir a la Iglesia – La mies es mucha, y nosotros aquí

8. Las huidas de Podolínec ..... " 133
Hay que arrancaros la cabeza – Las cartas de nuestros muchachos – Una protesta de masa en el campo – Los votos se emiten también en el campo de concentración – No enferméis en Podolínec – Dos prófugos regresan – Y ellos, fortifican y fortifican – Ellos fortifican y nosotros huimos – Tres fugas en un día – Aunque llegue Cristo con un cañón

9. Continúa la fortificación en el campo ..... " 149
Las conjeturas de cómo huyeron – Tened paciencia – El padre gravemente enfermo, ven. – ¿Qué hará Ud. en el entierro? – En la tierra eslovaca bajo la Tatra – El cambio de los gendarmes – Dos tarjetas de los hermanos jóvenes – De nuevo se emiten los votos – Los tarsicios del siglo XX

10. Las requisas y molestias ..... " 161
Divide et impera – El interrogatorio del Dr. Sersen – Interrogan también a los Verbitas – Nos quitan lo que quieren – Hambre espiritual – La deportación y los castigos – Los hermanos legos antes de la partida – Nuevas llegadas y salidas – La nueva partida y el perfil de Miguel Rodak

11. Informes secretos sobre nosotros ..... " 173
Fortifican y fortifican – Informes secretos sobre los religiosos – Esos tristes telegramas – El punto de interrogación sobre los teólogos – Locos por Cristo – Hablan de una amnistía – Otra partida – Cinco fechas terribles – Llegada de nuevos presos – El campo de castigo en Podolínec

12. Podolínec como una semifortaleza ..... " 187
Fin de los trabajos de fortificación – Ciento setenta misas diarias – Los presos de Bac en Podolínec – Estás en la jaula y añoras – La fiesta de la Virgen de los Dolores – El espíritu de martirio en el dique de Puchov – Un registro y una encarcelcción

13. Cristo vence ..... " 195
Los interrogatorios por los paquetes – Nuestros hermanos gendarmes – Muchas gracias a vosotros, gendarmes de oro – ¿Dónde estás libertad? – ¡Cristo vence !

Epílogo ..... " 203
La segunda fuga – Dos años en las incandescentes catacumbas – Sorprendidos y esposados en el parque – El calvario de Bratislava – Tres clínicas siquiátricas – Un campesino loco durante 13 años – Italia en el horizonte – Los siete primeros años en Italia – De nuevo en la patria

ISS-ACSSA: ATTI DI SEMINARI E CONVEGNI INTERNAZIONALI

1. Francesco MOTTO (ed.), *Insediamenti e iniziative salesiane dopo don Bosco.* Atti del 2° Convegno-Seminario di storia dell'Opera salesiana. Roma, 1-5 novembre 1995. LAS, Roma 1996.

2. Francesco MOTTO (ed.), *L'Opera Salesiana dal 1880 al 1922. Significatività e portata sociale.* Vol. I: *Contesti, quadri generali, interpretazioni.* Vol. II: *Esperienze particolari in Europa, Africa, Asia.* Vol. III: *Esperienze particolari in America Latina.* Atti del 3° Convegno Internazionale Storia dell'Opera salesiana. Roma, 31 ottobre -5 novembre 2000. LAS, Roma 2001.

3. Ricerche Storiche Salesiane, 44 (2004) 23-312: Atti del 4° Seminario Europeo dell'ISS-ACSSA. Vienna 30 ottobre – 2 novembre 2003.

4. Jesús Graciliano GONZÁLEZ, Grazia LOPARCO, Francesco MOTTO, Stanisław ZIMNIAK (a cura di), *L'educazione salesiana dal 1880 al 1922. Istanze ed attuazioni in diversi contesti.* Vol. I: *Relazioni generali. Relazioni regionali: Europa - Africa.* Vol. II: *Relazioni regionali: America.* Atti del 4° Convegno Internazionale di Storia dell'Opera salesiana. Ciudad de México, 12-18 febbraio 2006. (Associazione Cultori Storia Salesiana – Roma. Studi – 1-2). Roma, LAS 2007.

ACSSA: COLLANA VARIA (extra commerciale)

1. Francisco CASTELLANOS HURTADO, *El Colegio Salesiano del Espíritu Santo en Guadalajara (México).* Roma 2005.

2. Nestor IMPELIDO (ed.), *The Beginnings Of The Salesian Presence In East Asia. Acts Of The Seminar On Salesian History, Hong Kong, 4-6 December 2004.* Part One*: The Salesians of Don Bosco.* Hong Kong 2006.

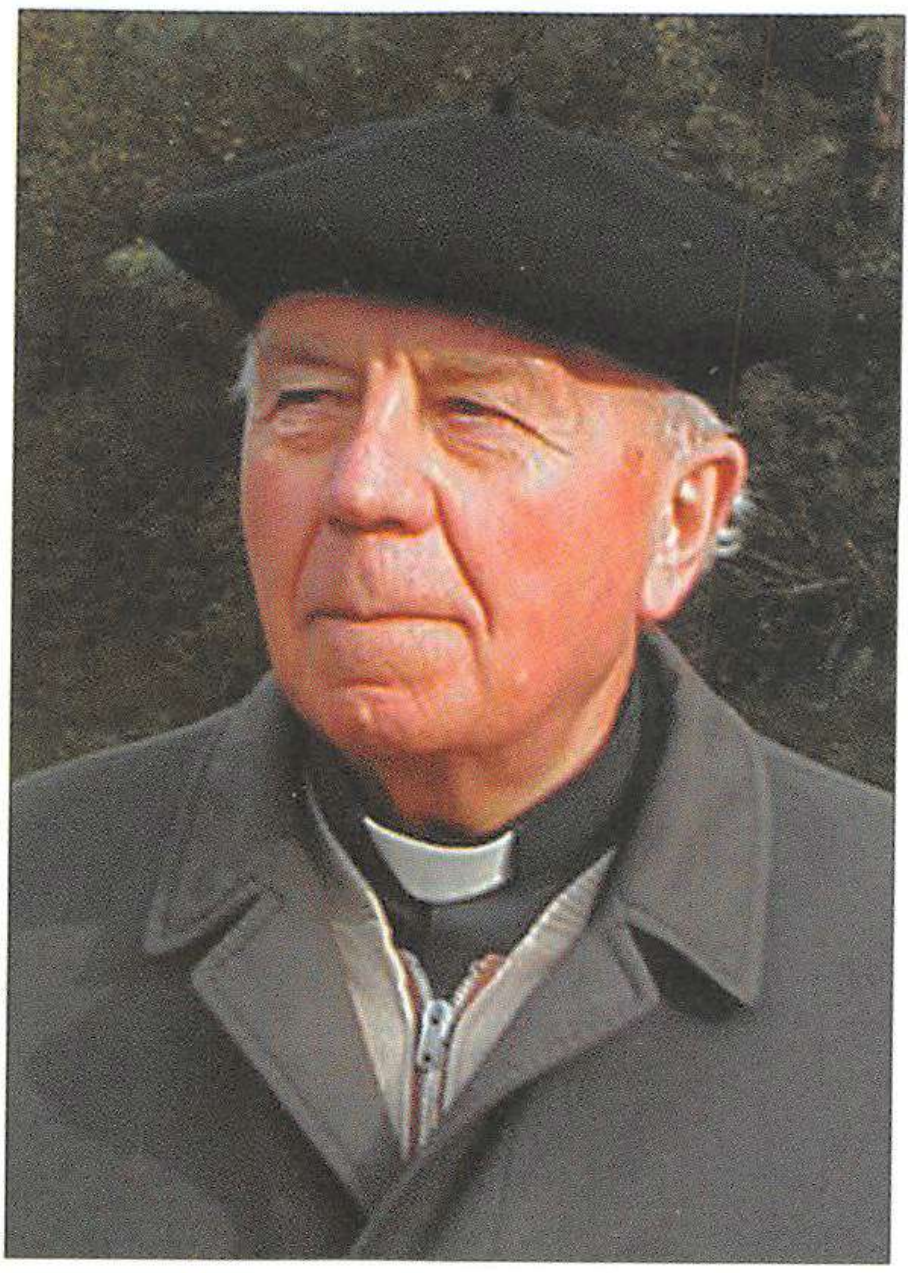
3. Nestor IMPELIDO (ed.), *The Beginnings Of The Salesian Presence In East Asia. Acts Of The Seminar On Salesian History, Hong Kong, 4-6 December 2004.* Part Two*: The Salesian Family (FMA, CSM, SIHM, DQUM, DBV).* Hong Kong 2006.

4. Francesco MOTTO, *Start afresh from Don Bosco. Meditations for a Spiritual Retreat.* Roma 2006.

5. Ernest MACÁK, *De la otra parte de las rejas. Diario del campo de concentración de Podolínrc (Eslovaquia).* Edición de Jaesús-Graciliano González. Roma 2007.

Proprietà riservata all'Associazione Cultori di Storia Salesiana
Via della Pisana, 1111 – 00163 Roma
Tel. 06/656121 – Fax 06/65612650 – internet: www.sdb.org/donBosco/ACSSA
E-mail: iss@sdb.org

Stampa ABILGRAPH - Roma
finito di stampare nel mese di settembre 2007



ERNEST MACÁK (Vistuk, Eslovaquia, 7 de enero de 1920). Ordenado sacerdote en 1946, tenia 30 años, cuando fue deportado, con todos los demás salesianos eslovacos, al campo de concentración de Podolínec. Después de escapar del campo, fue descubierto y encarcelado. Tenido por loco, fue dejado en libertad bajo control. Aprovechando el momento de libertad que supuso la llamada "Primavera de Praga", pudo huir a Italia, pasando después a Suiza y, finalmente, a la caída del muro de Berlin, volvió a Eslovaquia, Actualmente es miembro de la casa salesiana de Sastin.

La finalidad de este Diario es solamente una: quiere ser un testimonio: atestiguar la inmensa fuerza que Dios da a las débiles criaturas humanas durante los tiempos de persecución y opresión cruel. Dios es más potente que los perseguidores y más fuerte que la debilidad humana de los perseguidos... *"De la otra parte de las rejas"* proclama, una vez más, la noticia más maravillosa: la de que **Dios existe y nos ama**, aunque nos haga sufrir, porque también con Cristo lo hizo así. Todo dolor con Cristo tiene su efecto, ni una gota cae en vano. Por él se perfeccionan los perseguidos y se salvan los perseguidores. Dios es Padre, que ama a todos, a los unos y a los otros, y quiere salvar a los perseguidores con su indulgencia y con el sufrimiento de los perseguidos. (P. Mácak)

Uno de los muchos episodios de persecución contra la Iglesia por parte del régimen comunista de la antigua Checoslovaquia fue el de recluir en campos de concentración a TODOS los religiosos de Eslovaquia. Pisoteando los más elementales derechos humanos, los religiosos, sin motivo ni justificación de ninguna clase, fueron privados de libertad. Los Salesianos fueron llevados al campo de concentración instalado en un convento de Redentoristas de Podolínec. Allí fue escrito el diario que ahora se publica en castellano y que narra lo que sucedió en dicho campo durante los primeros meses de reclusión. Se trata de un documento de primera mano sobre las injusticias cometidas contra los religiosos y, a la vez, de un testimonio extraordinario de fe en Dios y de fortaleza en los principios cristianos, a pesar de la hostilidad del ambiente y de la continua vejación a la que se vieron sometidos, injusta e infundadamente, los religiosos eslovacos.

JESÚS-GRACILIANO GONZÁLEZ, cuidador de la edición castellana del Diario "De la otra parte de las rejas", *es de Serradilla del Arroyo (Salamanca). Pertenece al ISS (Istituto Storico Salesiano) y es miembro de la Presidencia de ACSSA.*

ASSOCIAZIONE CULTORI STORIA SALESIANA

VARIA – 5

ASSOCIAZIONE CULTORI STORIA SALESIANA

VARIA – 5

ERNEST MACÁK sdb

De la otra parte de las rejas

Diario del campo de concentración de Podolínec (Eslovaquia)

Edición JESÚS-GRACILIANO GONZÁLEZ

ROMA



INTRODUCCIÓN

En noviembre del año 2004 el Director del Instituto Histórico Salesiano, D. Francisco Motto, me pidió un informe sobre la conveniencia o no de la publicación del manuscrito *De la otra parte de las rejas* del sacerdote salesiano Ernest Macák, traducido en español. Leí detenidamente el texto y emití al final un juicio en el que distinguía claramente tres aspectos: el primero se refería al contenido y era totalmente favorable: se trata, decía yo entonces, de un testimonio histórico importante para documentar un momento significativo de la historia de la Iglesia eslovena en general, y de la Congregación salesiana en particular, al comienzo de la ocupación comunista de dicha nación. Es un testimonio impresionante y de primera mano, que no puede permanecer en el olvido. En segundo lugar, desde el aspecto lingüístico, expresaba yo serias reservas al texto, tal como se presentaba, sea porque la lengua española en que estaba escrito era muy imperfecta, sea porque muchas expresiones eran confusas o no respondían a la sensibilidad de los posibles lectores españoles. Si se publicaba había que revisar a fondo la traducción y algunas de esas expresiones. Añadía yo, además, un tercer aspecto: el manuscrito recogía únicamente la vida de unos meses dentro del campo de concentración de Podolínec, pero no decía nada sobre la situación de la Iglesia y de la Congregación antes y después de esos meses. Incluso el mismo diario dejaba abiertas algunas dudas e interrogaciones, que era necesario resolver y contestar para que los lectores pudieran entender su contenido.

Mi juicio era, pues, favorable, siempre que se hiciera una revisión a fondo de la lengua y se completaran algunos datos.

Yo hacía sólo poco más de un mes que había sido destinado a formar parte del Instituto Histórico Salesiano, y estaba muy lejos de pensar que mi informe positivo iba a revertir sobre mis espaldas. Pero la Presidencia de ACSSA (Asociación de estudiosos de historia salesiana), a la cual yo entonces no pertenecía, después de estudiar los diversos informes presentados, decidió la conveniencia de la publicación del diario y me encargó a mí la preparación de la edición. Tengo que decir que fue una "dulce" carga, porque, aunque me ha supuesto muchas horas de trabajo, me ha puesto en contacto con personas estupendas y me ha hecho conocer datos y situaciones de los que no tenía la menor idea.

Aceptada la tarea, lo primero fue ponerme en relación con el autor, D. Ernest Macák, que desde el primer momento me dio todas las facilidades para revisar y cambiar aquellos elementos o expresiones que me pareciera, siempre, naturalmente, que no se adulterara el contenido del diario. Y eso es lo que he hecho.

Le pedí, además, una nuevo prólogo y, sobre todo, un epílogo sobre su vida después de haber escrito el diario. Muy amablemente me remitió las dos cosas en italiano y yo las presento aquí, como rigurosa primicia, traducidas en español.

Por mi parte, y sirviéndome en parte de la introducción primera que llevaba el manuscrito y de otras fuentes de información, he añadido algunas breves informaciones sobre la historia de Eslovaquia y el estado de la Congregación salesiana, y algunos datos sobre el autor. Confío que todo ello servirá para facilitar la lectura del diario a los lectores de lengua castellana.

Checoslovaquia de 1918 a 1949

¿Cuál era la situación histórica de Eslovaquia y cuáles fueron las circunstancias religiosas que envolvieron la gestación de este **diario?**

Eslovaquia, patria del autor y lugar donde sucedieron los hechos que narra el diario, era parte integrante en aquellos años de Checoslovaquia. Un pequeño, pero floreciente Estado, de unos 14 millones de habitantes, en una superficie de ciento veinte mil kilómetros cuadrados. Se formó al final del año 1918, tras la desintegración del Imperio Austro-Húngaro. Lo formaron mediante un pacto dos pueblos eslavos, los checos y los eslovacos. Los checos habitan la parte occidental, teniendo como vecinos a Austria y Alemania, y los eslovacos, en la parte oriental, tienen por vecinos a Polonia, la Unión Soviética y Hungría. El estado joven tenía en aquellos años un alto nivel económico y cultural. Uno de los más altos de Europa.

Pero debía luchar también con no pocos obstáculos interiores, como eran las rencillas nacionales, que tenían su origen en los sentimientos de agravio que sentían los eslovacos, respecto a los checos; la falta de unidad en la vida política, manifestada en el gran número de partidos políticos; las grandes diferencias económicas entre Bohemia, con su industria, y Eslovaquia, que era una parte del estado preferentemente agrícola. En el estado se encontraba, además, una considerable minoría alemana, etc. No pocas de

estas dificultades sirvieron en los años 1938 y 1939 a la Alemania de Hitler como pretexto para la liquidación de Checoslovaquia: Bohemia y Moravia, hoy República Checa, fueron anexionadas a Alemania hasta el final de la segunda guerra, formando el así llamado protectorado de Bohemia y Moravia. Los Eslovacos formaron el estado autónomo eslovaco.

Acabada la segunda guerra mundial, no sin nuevas dificultades y agravios, se renovó la república Checoslovaca, pero desde el principio se notaba en ella un fuerte influjo de la Unión Soviética. Los aliados occidentales y Rusia, antes de acabar la guerra, pactaron la liberación de Checoslovaquia por las tropas rusas.

En 1943 el gobierno del exilio checoslovaco en Londres, con el presidente Benes al frente, hizo una alianza con la Unión Soviética, se trasladó a Moscú y desde allí regesó con las tropas rusas a Praga. El influjo ruso aseguró al partido comunista checoslovaco posiciones muy fuertes.

Durante los primeros años, el gobierno siguió siendo todavía democrático, aunque con no pocas lagunas. Entre el partido comunista y la mayoría de los otros partidos reinaba una continua tensión y lucha. La tensión crecía y acabó en febrero de 1948 con una revolución comunista. Como consecuencia de ello, toda la vida económica, política, cultural y religiosa tenía que desenvolverse en unas condiciones de creciente tirantez[1]. En el campo religioso comenzó una lucha a vida o muerte.

La persecución religiosa

Las raíces más profundas de esta lucha a vida y muerte hay que buscarlas en el odio fanático del marxismo hacia la religión. Este odio apasionado se pone claramente de manifiesto en estas palabras de Lenín: *"La base filosófica del marxismo es el materialismo dialéctico... es un materialismo absolutamente ateo, enemigo irreconciliable de toda religión"*.

Siguiendo este principio, los estados comunistas combatieron duramen-

[1] En 1969, el estado se convirtió en una federación de la República Socialista Checa y la República Socialista Eslovaca. En 1989 el final del comunismo en Checoslovaquia, a través de la pacífica "Revolución de Terciopelo", significó también el fin de Checoslovaquia como tal, y la creación de dos estados. Eslovaquia y República Checa separaron sus caminos después del 1 de enero de 1993. Eslovaquia se convirtió en miembro de la Unión Europea en mayo de 2004.

te a la religión y lo hicieron bajo la máscara de la ciencia, de la justicia social, del progreso, etc. Lo hicieron abierta y clandestinamente, por medio de una propaganda atea y falsa, y por medio de las intervenciones de la policía. En esta lucha se servían de todo: de las burlas, el terror, la discriminación, la cárcel...

En Bohemia y en Moravia (la parte checa), a pesar de los muchos ataques contra la Iglesia, ésta tenía, hasta la revolución comunista en el año 1948, relativamente más libertad. Pero en Eslovaquia, que era mucho más religiosa que el resto del estado checoslovaco, comenzó la persecución ya al final de la guerra, en el año 1945. En abril de este año fueron encarcelados el Obispo Juan Vojtassak y el Obispo Miguel Buzalka de Trnava.

En mayo de ese mismo año fueron nacionalizadas 1800 escuelas elementales y las escuelas medias superiores que pertenecían a la Iglesia. El Departamento central católico organizó contra esto una campaña, recogiendo firmas de los fieles, pero la policía secuestró las firmas y encarceló al director del Departamento. En ese mismo mes de mayo fue suprimido el Centro de la Juventud Católica y todas las organizaciones católicas. Se apoderaron de las imprentas y encarcelaron a muchos miembros activos de la acción católica.

Después de la revolución de febrero de 1948, comenzó una dura lucha antirreligiosa en toda la república. En primer lugar era necesario privar a la Iglesia de la posibilidad de defenderse. Y así, al día siguiente de la revolución comunista, las autoridades prohibieron la publicación de los mayores semanarios religiosos y, al final de 1948, con pequeñas excepciones, toda la prensa religiosa. Los cristianos quedaron sin información, a merced de las mentiras, calumnias e injurias del régimen comunista, sin tener posibilidad ni de conocer la verdad o la opinión de la iglesia, ni de defenderse. En el año 1949 la desinformación creció aún más, pues los fieles se vieron privados también de los libros religiosos, ya que la publicación de cualquier libro se convirtió en monopolio del estado y todas las editoriales católicas fueron nacionalizadas

Los mayores ataques se dirigieron contra la juventud cristiana. Había que convertirla en fácil presa de la lucha antirreligiosa. Desde 1948, nacionalizadas todas las escuelas católicas, la enseñanza en Eslovaquia fue estatal o controlada por el Estado e, incluso en los seminarios, se introdujo el marxismo como materia obligatoria, impartida por un marxista impuesto

por el gobierno. Se suprimieron todas las organizaciones católicas existentes. En Eslovaquia fue suprimida la Unión Católica de las Mujeres, que contaba con más de 100.000 miembros, que fueron obligados a la fuerza a integrarse en la Unión Comunista de las Mujeres. De la misma manera acabaron con otras organizaciones de juventud todavía existentes: bajo el pretexto de la unidad, las juntaron a la Unión Comunista de la Juventud.

Los Obispos de Checoslovaquia enviaron en Agosto de 1948 un Memorandum al gobierno, en el que con toda la fuerza protestaban por todos estos atentados contra la Iglesia. Dicen: ***"Repetidamente se nos promete la libertad religiosa y entre tanto sistemáticamente se lucha contra la religión, siguiendo el ejemplo de los países donde la religión es perseguida".***

Volvieron a protestar en su carta pastoral, publicada en octubre del mismo año, pero el gobierno impidió que fuera leída públicamente.

Separar para destruir

El régimen ateo veía que la Iglesia tenía en Eslovaquia un grande influjo religioso y moral y, por esto, se propuso esclavizarla, para así poder más fácilmente adueñarse de ella, someterla a sus planes o destruirla efectivamente. Una Iglesia dócil les serviría como altavoz propagandístico.

Al principio del año 1949 tuvo lugar en Praga un diálogo entre el encargado de los Obispos y el del Gobierno para las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia aseguraba su lealtad hacia el Estado, pero no quería renunciar a su neutralidad y libertad. Por eso los comunistas decidieron separarla de Roma.

El cisma debía realizarse por medio de la Nueva Acción Católica, pero antes había que preparar el terreno. Comenzó un ataque terrible contra la Santa Sede y contra la Iglesia en general. Los comunistas se esforzaban en construir barreras entre los Obispos y los sacerdotes y los fieles, para impedir la defensa. A todo esto, al final de abril de 1949 contestaron los Obispos con un nuevo Memorandum, que dirigieron al presidente comunista Clemente Gottwald.

En el Memorandum se dice: ***"Tenemos pruebas irrefutables de que el gobierno ha desencadenado una campaña contra la Iglesia.... y para esto usa todos los medios de su poder, dando las instrucciones precisas a la policía secreta en las capitales de regiones y provincias. Sabemos también que todo esto es sólo la preparación para un golpe último y decisivo".***

En mayo de 1949, el Ministerio de Educación comenzó a publicar el Boletín de los sacerdotes católicos. El fin era crear la confusión entre los sacerdotes y dividirlos.

El 10 de junio, en la sala de Smetana en Praga, se organizó una reunión para fundar la Acción Católica Cismática. La mayoría de los presentes no sabía de qué se trataba. Al final se firmó el programa de esta falsa Acción Católica. Bajo el programa aparecieron unas 60 firmas de sacerdotes, pero entre esas firmas se encontraban las de sacerdotes ya muertos o las de personas que nunca existieron. ¡Los dirigentes de esta "acción", creada por ateos, se convertían en los representantes de los fieles en lugar de los Obispos!.

Ese mismo día los Obispos condenaron esta falsa Acción Católica y pusieron en alerta a los fieles por medio de una carta pastoral, que debía ser leída en las Iglesias el 19 de junio. Ya antes, el 10 de junio, la policía penetró en el Palacio del Arzobispo de Praga, José Beran y le obligó a aceptar un Comisario del gobierno, que debía firmar y controlar todos sus actos. El Arzobispo Beran en la fiesta del Corpus Domini, el 19 de junio, en la Catedral de San Vito en Praga iba a condenar la falsa Acción Católica, pero en el momento de la misa llegaron grupos organizados y silbando y gritando le impidieron hablar. La carta pastoral de los Obispos, a pesar de la intervención de la policía, se leyó el 19 de junio en muchas Iglesias.

El día 29 de junio de 1949, la falsa Acción Católica fue condenada también por la Santa Sede en Roma y con esto su suerte quedó sellada. En vano corrían de un lugar a otro los propagandistas ateos en el esfuerzo de recoger firmas de sacerdotes y de fieles en apoyo del programa de la Acción Católica cismática. Durante esa semana, en muchos lugares los fieles tuvieron que custodiar a sus sacerdotes para que no fueran encarcelados; esta defensa produjo, a veces, choques con la policía, y no pocos fieles lo pagaron con años de cárcel. Los comunistas quisieron después hacer popular la Acción Católica por medio de manifestaciones en los lugares de peregrinación. A estas manifestaciones debían acudir los miembros del partido, pero los fieles rechazaron estas manifestaciones, quedándose en casa.

Medidas administrativas

Los dirigentes no lograron separar la Iglesia Católica de Roma, pero pronto hicieron nuevos planes, esta vez a través de leyes presentadas en el Parlamento.

Ya en octubre de 1949 fueron aprobadas dos leyes: con la primera se establecía el así llamado Despacho Estatal para los asuntos eclesiásticos. La segunda ley pretendía arreglar la seguridad económica de las Iglesias.

El Despacho Estatal para los asuntos eclesiales debía *"**velar para que toda la vida religiosa y eclesial se desarrolle en armonía con la Constitución del Estado**"* (Segundo artículo de la ley 217/49).

Además, según el artículo 3 de esta ley, este nuevo Despacho se reservaba el derecho de tratar todas las cuestiones religiosas de cualquier clase que fueran.

Con esta ley toda la vida de la Iglesia se veía sometida al régimen comunista, siguiendo así las ideas de Lenín sobre la lucha irreconciliable contra la religión.

También la ley de la seguridad económica de las Iglesias caminaba en la misma dirección. Con esta ley los sacerdotes se convertían, en cierto modo, en empleados del Estado. Si no recibían el salario, no podían ejercer la función sacerdotal. Pero quien paga exige. El Estado con su salario pretendía tener el derecho a dar el consentimiento estatal para poder ejercer la función sacerdotal. Según esto, si algún sacerdote en su actividad pastoral se indisponía con el régimen ateo, éste le quitaba el consentimiento estatal y debía dejar la parroquia e irse a trabajar, como un obrero cualquiera, a otro lugar.

Ambas leyes significaban una violencia jamás vista en Eslovaquia contra la Iglesia. Era lo mismo que poner de administrador de una familia a su enemigo mortal.

En vano protestaron los Obispos contra esta ley. Los anticlericales ateos se integraban en la vida de la Iglesia, pero con el fin de entorpecer y limitar su misión y así cuanto antes destruirla.

En el año 1949 el gobierno interrumpió los contactos diplomáticos con la Santa Sede, librándose así de un testigo que le resultaba desagradable frente a las ofensas que proferían o las injusticias que se cometían contra la Iglesia.

Y eran de veras injurias e injusticias jamás oídas: por ejemplo, en el año 1950, contra la Constitución de la República sobre la libertad de religión y de conciencia y contra todos los derechos humanos más elementales, 320.000 fieles de la Iglesia greco-católica fueron obligados a pasar a la fe

ortodoxa. Para ello reunieron una asamblea de los llamados representantes de los fieles y del clero, pero sin que ni el pueblo ni los miembros del clero tuvieran representación, y proclamaron la unión con la Iglesia ortodoxa. Un decreto de gobierno declaró válida dicha unión, a pesar de la oposición de casi todos los fieles de la Iglesia greco-católica.

A sus sacerdotes los deportaron a trabajar en Bohemia o los encarcelaron. Lo mismo hicieron con los Obispos Pablo Gojdic y Vasil Hopko a quienes encarcelaron. Con el pueblo se cometieron toda clase de crueldades.

Las trágicas noches de las Órdenes religiosas

En el año 1950, cuando la persecución llegaba a su cumbre, las órdenes religiosas en Checoslovaquia experimentaron unas noches trágicas. Durante ellas todas las casas religiosas fueron invadidas y sus miembros llevados a campos de concentración preparados para ellos.

Como otras veces, también en este caso, comenzó todo con una falsa propaganda en la prensa.

Al inicio del mes de abril se llevó a cabo un proceso, que más que un proceso fue una representación teatral, contra once miembros notables de las varias familias religiosas, algunos de ellos fueron encarcelados pocos días antes del proceso, a otros los condenaron hasta a diez años de cárcel. Los acusaban, como era habitual en los procesos de este género, de traición y de espionaje. Siguieron después los ataques principales durante las noches del 13 al 14 y del 21 al 22 de abril, en que los milicianos comunistas y los gendarmes ocuparon las casas religiosas de las órdenes masculinas en todo el estado y a sus miembros los llevaron a campos de concentración

En algunas ciudades de Eslovaquia los policías ocuparon toda la ciudad, por miedo a las revueltas que podían suscitar en el pueblo, cuando les arrebataban por la fuerza a sus bienhechores y padres espirituales, haciéndoles así la mayor de las ofensas. El pueblo estaba muy irritado y los comunistas querían apaciguarlos con la mentira de ***"que se trataba sólo de la concentración de los religiosos en unos conventos mejor organizados, donde se podrán dedicar libremente a su formación religiosa"***.

Ninguno los creía, cuando a raíz de estas noches trágicas, les decían que ***"los conventos eran las centrales vaticanas del espionaje"***, o también

cuando justificaban sus actitudes, escribiendo en la prensa sobre ***"el cuidado esmerado de los religiosos y de su libertad"***, cuando la verdad era que los religiosos estaban en los campos de concentración bajo las amenazas de las armas automáticas y de las ametralladoras.

Todo esto no lo ignoraba el pueblo y los comentarios se pasaban de boca en boca.

En septiembre de 1950, las religiosas sufrieron también esta suerte de tratos, con lo que en este año se encontraban en los campos de concentración de Checoslovaquia dos mil religiosos y diez mil religiosas. Allí tenían que participar en el adoctrinamiento marxista; en algunos lugares llevaban incluso los uniformes del campo con un número.

Más tarde a los religiosos más jóvenes, los menores de 20 años, los alejaron de los campos de concentración para cursos de adoctrinamiento y para trabajar en las formaciones de la juventud comunista. De allí, después de algunos meses, los dejaron volver con sus padres.

En el otoño de este año enviaron a algunos a los campos de trabajo militar. Vivían en barracones especiales bajo la disciplina militar, pero en lugar de las armas, manejaban las palas y los picos, y trabajaban en las construcciones de los aeropuertos y en las fábricas de acero. A los demás religiosos, con excepción de los ancianos y enfermos, los llevaron a trabajar en las fábricas y en los bosques, formando con ellos las así llamadas brigadas voluntarias de trabajo.

Los ateos militantes en Checoslovaquia acabaron así, al menos exteriormente, con una de las más grandes fuerzas de la Iglesia, es decir, con las órdenes y sociedades religiosas. Muchos religiosos y religiosas testimoniaron su fe durante estos años con una heroicidad no común[2].

El alud perseguidor y furioso llegó en el año 1950 también a los Seminarios. Once de ellos fueron suprimidos y a los Obispos se les quitó la posibilidad de formar a los Sacerdotes. Para toda Eslovaquia dejaron sólo la Facultad Teológica de Bratislava y la de Litomerice para Bohemia y Moravia. A los profesores de estas Facultades sólo los podía nombrar el Despacho estatal para los asuntos eclesiales y esto respresentó un nuevo

[2] De esta heroicidad, además del Diario del P. Macák, da testimonio, por ejemplo, el libro de José Inovecky: ***"Cuando las espinas florecen"***. Este libro fue editado por la editorial Pro Fratribus en Roma.

agravio para la vida de la Iglesia. Además con una intervención violenta se redujo terriblemente el número de los nuevos estudiantes en ambas facultades: anualmente cada facultad podía recibir sólo 25 ó 30 nuevos estudiantes.

Según este sistema perseguidor, el número de sacerdotes del pueblo bajaba de año en año, ya que eran más los que morían que los que eran ordenados. Todo esto iba dirigido contra la fe del pueblo y de sus hijos.

La liquidación de los Obispos

La persecución contra la Iglesia y sus fieles alcanzó su punto más alto en el año 1951, especialmente con los procesos contra los Obispos y los sacerdotes. Decenas de ellos fueron procesados desde 1950. La libertad de los Obispos fue cada vez más limitada, vivían bajo el control de la policía y al final no podían ir ni a su propia catedral, más tarde los encarcelaron en sus mismas casas, y luego terminaron en la cárcel.

Desde Julio hasta septiembre de 1950 fueron encarcelados en Checoslovaquia 6 Obispos, cinco de ellos de Eslovaquia. Otros cuatro Obispos se hallaban bajo el control de la policía. Al final de Noviembre de este mismo año se organizó otra especie de proceso teatral contra el Obispo Auxiliar de Olomouc, Estanislao Zéla, y otros nueve acusados. Los acusaron de grave traición y de espionaje, y los presos, sometidos previamente a un especial adiestramiento y a situaciones especiales, confesaron todas estas culpas sin haberlas cometido. El Obispo Zéla fue condenado a 25 años de cárcel.

En enero de 1951 tuvo lugar un proceso parecido contra tres Obispos eslovacos en Bratislava. Los Obispos aterrorizados, torturados, quebrantados y adiestrados confesaron todo lo que quería la policía secreta, a pesar de que eran inocentes. El Obispo greco-católico Gojdic y el Obispo Auxiliar de Trnava Monseñor Buzalka fueron condenados de por vida y el Obispo Juan Vojtassak, a 24 años de cárcel.

En vano una propaganda diabólica, aireada por todas partes durante el proceso, intentó persuadir al pueblo de que los Obispos eran enemigos, criminales y traidores. El pueblo no los creyó, ni tampoco creyó las afirmaciones que a la fuerza les hicieron confesar, porque todos comprendieron que, más que hacerlos dudar de sus Obispos, lo que pretendían era alejarlos de Dios. Los Obispos procesados entraron en la conciencia de la

nación, como unos mártires, junto con los otros sacerdotes que también lo fueron[3].

Después de estos bárbaros procesos, el Despacho estatal para los asuntos eclesiales tenía finalmente "las manos libres". Contra todo el derecho y las prescripciones eclesiásticas comenzó a nombrar, en el lugar de los Obispos procesados, a los Vicarios Capitulares y Generales, escogiendo a sus canónigos entre algunos sacerdotes condescendientes o entre los llamados sacerdotes de la paz.

El 10 de marzo de 1951 se llevaron de Praga al Arzobispo José Beran a un lugar desconocido. En este mismo año en Checoslovaquia se hallaban en las prisiones o en los campos de concentración, junto con los Obispos procesados, unos 3000 sacerdotes y una gran multitud de laicos católicos.

La admirable fidelidad a Dios del pueblo eslovaco

Siguieron nuevos ataques y así en 1953 los dirigentes comunistas lograron tener a la Iglesia fuertemente maniatada. Hicieron todo lo posible y pusieron todos los medios que creyeron necesarios para destruir a Cristo en el pueblo y en la juventud.

Pero fueron ellos los derrotados por el Dios omnipotente y por el pueblo indefenso, pero fiel. Éste los derrotó simplemente no dando crédito ni a la propaganda, ni a los ataques, ni a los procesos teatrales. Con sano instinto se dio cuenta de que la verdad se encuentra en el polo opuesto al de los

[3] Entre los obispos checos es muy conocido el caso del salesiano Mons. Trochta, fundador de la casa salesiana de Praga, arrestado primero por los nazis e internado en los campos de concentración de Terezin, Mauthausen y Dachau. Gracias a la solidaridad de algún médico y de un sacerdote alemán pudo librarse de la muerte. En 1947 fue nombrado obispo de Litomerice. Con la llegada al poder del partido comunista inició para él una nueva persecución. En 1950 su residencia fue ocupada y él obligado a residir recluido en dos habitaciones del palacio. En 1953 fu condenado a 25 años de prisión por "alta traición y espionaje a favor del Vaticano". En 1960 fue amnistiado con la condición de que se integrara en "el proceso productivo del trabajo". Trabajó en una fábrica metalúrgica de Praga. Aunque gravemente enfermo, no cesó en su secreto trabajo pastoral, ordenando clandestinamente en lugares privados a nuevos sacerdotes. En 1968 pudo volver a su trabajo pastoral en su diócesis. Al año siguiente el Papa Paolo VI lo nombró cardenal *in pectore*. Su nombre como cardenal fue dado a conocer en marzo 1973. Mons. Trochta murió el 6 de abril de 1974, de infarto de corazón provocado por las amenazas de muerte a las que se vio sometido.

militantes ateos. Y por eso, con una lúcida testarudez creía todo lo contrario de lo que le decía la propaganda. Esta fue su salvación. Y Dios estaba con su pueblo.

Así lo cree firmemente el mismo P. Macák, que escribe: "El Obispo Gojdic de Buzalka había muerto en la cárcel, su sacrificio no era vano. No eran vanas tampoco los millares de millones de oraciones y sacrificios de toda la república. Sobre todas las burlas, mentiras y atrocidades, sobre las condiciones terribles carceleras de Jachymov y de otras partes; sobre el sufrimiento y sobre los campos de concentración creció y sigue creciendo nuestra salvación terrena y eterna. Todo el dolor, que Dios nos ayuda a sufrir por Cristo, se convierte en parte de su sufrimiento y por eso salva. Sufrir por la fe, es acrecentarla y llegar hasta el heroísmo".

La lucha contra la Religión se hizo un poco más moderada durante y después del Concilio Vaticano II (1962-1965). Pero en los años 70 se desencadenó con nueva furia. "Los primeros cristianos rezaban, morían y así perseveraron casi 300 años. Cristo marchaba diariamente con ellos y así camina también hoy con su Iglesia perseguida. Y Dios es más potente que todas las asechanzas y ataques de los hermanos perseguidores" (P. Macák).

Y la victoria de Dios y del pueblo llegó. De hecho la persecución cesó con la inesperada caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 y los acontecimientos políticos, sociales y religiosos que siguieron en los años sucesivos. Eslovaquia, fortalecida en su fe, volvía ser libre

Los salesianos en Eslovaquia

La llegada de los salesianos a Checoslovaquia fue precedida por la creación de núcleos de cooperadores salesianos. A través de ellos llegaron a Italia, para realizar sus estudios, los primeros jóvenes checoslovacos. Algunos de ellos se hicieron salesianos. Los superiores de Turín, en vistas del continuo flujo de jóvenes que venía de aquellas tierras, destinaron para ellos la casa salesiana de Perosa Argentina (Turín). Allí, a demás de realizar sus estudios, tenían la posibilidad de conocer mejor el espíritu salesiano. Muchos de estos jóvenes entraron en la Congregación y fueron los protagonistas del extraordinario desarrollo salesiano en sus países de origen y en otras partes.

La primera casa salesiana en Eslovaquia fue abierta en Sastín en 1924. Se trataba de un antiguo monasterio enejo al santuario nacional de la Virgen de los Dolores. Ese mismo año, la casa fue convertida en centro de formación del futuro personal salesiano. En 1927 se abrieron las casas de: Frystak, Vráble. En 1929 el noviciado de Sväty Benadik. En 1933 los salesianos fundaron la casa de Bratislava, capital de Eslovaquia, y en 1936 la de Praga, capital de Checoslovaquia. Un extraordinario crecimiento continuó en los años sucesivos. Casas en Bodenbach, Moravská Ostrava, Trnava, Žilina, Brno, Pardubice

Este extraordinario florecimiento de presencias salesianas en Checoslovaquia, así como la dolorosa situación política debida a la ocupación nazi de la parte checa, hizo que en 1939 la hasta entonces única inspectoría (provincia eclesiástica) de San Juan Bosco se dividiera en dos, fundándose la Inspectoría de María Auxiliadora para la parte eslovaca, con la sede provincial en Bratislava. En ese momento los salesianos en Checoslovaquia eran 227, de los cuales 180 en periodo de formación, 48 de ellos coadjutores. En 1950, según los últimos datos fiables, sólo en la Inspectoría eslovaca había 13 casas con un total de 235 salesianos profesos, de los cuales 48 eran estudiantes de filosofía y 26 de teología. Los novicios eran 38. Todos ellos, 273, fueron secuestrados y deportados a campos de concentración. Para los salesianos eslovacos comenzó entonces el tiempo de las catacumbas y de la dispersión, que terminó sólo en 1989[4].

El Autor del Diario

Lo más importante de la vida del P. Ernesto Macák nos lo dice él en el diario y en el prólogo y en epílogo de este libro. Es ahí donde aparecen los rasgos esenciales de su gran personalidad y de su ardiente fe y sacrificio. Añado sólo algunos datos más, para situar su figura en el contexto del diario y de la historia que ha vivido.

D. Ernesto Macák nació el 7 de enero de 1920 en Vistuk, diócesis de Trnava, que entonces formaba parte de Checoslovaquia. El pueblo tenía

[4] En la actualidad (según el Anuario Salesiano de 2007) la Inspectoría eslovaca tiene 21 casas con un total de 230 salesianos.

unos mil habitantes y distaba 25 kilómetros de Bratislava. Hizo su noviciado en Sväty Benadik del 22 de julio de 1935 al 1 de agosto de 1936, día en que hizo su primera profesión religiosa como salesiano. El 16 de agosto de 1942, en plena guerra mundial, emitió sus votos perpetuos. Estudió teología y fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1946. Después de la ordenación estudió filosofía e historia en la Universidad de Komensky en Bratislava. Su trabajo pastoral lo desarrolló sobre todo en el oratorio con los jóvenes. Cuando en abril de 1950 fue apresado con todos los demás salesianos, el P. Macák tenía 30 años y era un joven sacerdote con a penas 4 años de misa, estaba como encargado espiritual (catequista en terminología salesiana) en el estudiantado filosófico, donde estudiaban 48 jóvenes salesianos. Se comprende así la preocupación y el interés que muestra en el diario por los salesianos en formación.

Después de los hechos que él mismo nos narra en el epílogo, en 1976 fue nombrado Director de la casa que los eslovacos tenían en Roma. En 1988 ocupó ese mismo cargo en la casa de Basilea (Suiza) y, ya de nuevo en Eslovaquia, de 1991 a 1993 fue director de la casa de Sastín. En 1993 fue elegido por seis años provincial (Inspector) de la provincia (Inspectoría) salesiana de Eslovaquia. Ocupó después el cargo de vicario provincial y actualmente se encuentra como personal en la casa de Sastin.

Goza de grande y merecido prestigio, sea por sus cualidades personales, sea por su sólida piedad y sus excelentes dotes de gobierno y de escritor. Por todos, no sólo por los salesianos, es reconocido como maestro y guía de espíritu. "Su comportamiento heroico frente a las dolorosas situaciones debidas al sistema totalitario comunista, lo han convertido en una figura emblemática de los salesianos eslovacos" (Zimniak). Como escritor no ha cesado nunca de publicar libros y artículos de espiritualidad y de historia salesiana y religiosa.

La edición española

Como ya he dicho al principio de esta introducción, desde que conocí el diario del D. Ernesto Macák, me di cuenta de que tenía en mis manos no sólo un documento histórico de gran valor, sino una confesión de fe profunda y un testimonio íntimo de vida cristiana. Un documento así no podía quedar en el olvido. Lo tenían que conocer los historiadores, que necesitarán documentos de primera mano para componer con plena objetividad la

historia del atormentado y confuso siglo XX; y lo tenían que conocer los cristianos, para sacar de él aliento para su vida y esperanza para su futuro, sobre todo en este momento de pensamiento débil y di fe vacilante. En un mundo como el de hoy se necesitan los ejemplos de valentía de personas que han mantenido sus convicciones hasta el final, aun en medio de un ambiente tan profundamente hostil, como el que el autor del diario y sus compañeros de prisión tuvieron que padecer.

La copia dáctilo escrita del diario que yo leí estaba escrita en castellano, pero un castellano lleno de errores, incoherencias y defectos. Tal como estaba no se podía publicar. Yo me he encargado de hacerlo un poco más legible. Pero tengo que hacer dos observaciones.

Primera, que, al no tener el original o alguna otra traducción, en aquellos casos en que el texto era confuso, o incluso ilegible, me he visto obligado a interpretar el sentido, procurando, eso sí, no sólo no traicionar el contenido del diario, sino tampoco forzar la expresión, que he procurado mantener siempre dentro del estilo y la forma del autor. Tengo que decir que el autor ha aprobado, agradecido, la versión que yo le he presentado.

Segunda, aunque he tenido que corregir mucho, no he sido, sin embargo, del todo libre al hacer las correcciones. Lo mejor hubiera sido, tal vez, rehacerla por completo, pero para ello tenía necesidad del texto original, que ni poseía ni hubiera podido leer, pues desconozco la lengua eslovena; tampoco podía reinventar el diario, pues hubiera sido una traición. Por eso, me he tenido que dejar guiar por el texto que tenía delante, aunque no siempre la traducción respondiera a mi estilo y a mis gustos. Lo verdaderamente importante era hacer legible el diario a los lectores de lengua española, manteniendo esencialmente inmutable el contenido del autor.

Contaba, eso sí, con el autor, que conoce bien la lengua italiana y lo suficiente la lengua española para controlar el contenido de su diario. Él no sólo ha aprobado mi "intromisión" en su diario, sino que, además de la introducción y el epílogo, me ha enviado algunas notas históricas y ha respondido por escrito a algunas preguntas que le he formulado. Con la ayuda de sus notas y respuestas he compuesto esta introducción, que espero que ayude a comprender el contexto histórico en que sucedieron los hechos narrados.

El epílogo es todo del P. Macák, yo no hecho más que traducir el texto que él me ha mandado en italiano; se trata de un testimonio emocionante y conmovedor de lo que tuvo que sufrir el autor en los años posteriores a la escritura del diario.

He añadido algunas notas y un pequeño mapa, para que los lectores puedan situar geográficamente los diversos campos y lugares citados en el diario.

No quiero desaprovechar la ocasión para expresar, en primer lugar, mi profunda admiración hacia el Padre Macák y hacia todos los que sufrieron las injusticias de aquella absurda y cruel persecución. Muchas gracias Padre Macák, por haber escrito su diario y habernos dado en él un magnifico testimonio de fe y de valor en circunstancias tan difíciles. Gracias también al Sr. Inspector de Eslovaquia, D. Stefan Turansky, por las atenciones y las facilidades que en todo momento me ha dispensado y a cuantos me han ayudado a llevar a cabo mi grata, pero no fácil, tarea de traductor-adaptador.

Jesús Graciliano González
Roma, Agosto, 2007



ESLOVAQUIA. En el mapa están indicadas las presencias salesianas actualmente existentes en Eslovaquia. También puede verse la locación geográfica de los dos lugares donde estuvieron prisioneros los salesianos: la casa salesiana de Sastin, cerca de la frontera con Austria, y el convento de los Redentoristas de Podolínec, cerca de Polonia.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Estas memorias fueron escritas clandestinamente en el campo de concentración de los religiosos de Podolínec en Eslovaquia oriental. En el año 1950. Durante la así llamada "noche bárbara", del 13 al 14 de abril de 1950, la policía checoslovaca comunista irrumpió en un centenar de casas de religiosos, obligándolos a subir, llevando lo más imprescindible, en unos autocares preparados para la ocasión, que los transportaron, custodiados por policías armados, a diversos campos de concentración. Poco después los condujeron al campo de concentración central de Podolínec. De este modo, más de mil ciudadanos libres se convirtieron en una noche en prisioneros privados de libertad.

Pasados algunos días, el jefe del campo, en funciones de comisario estatal, comenzó a ofrecer a los encarcelados la posibilidad de dejar en libertad a todo aquel que firmara la declaración de "que voluntariamente abandonaba la sociedad religiosa a la que pertenecía".

Casi todos los religiosos rechazaron firmar dicha declaración, que en el fondo suponía la liquidación de la vida religiosa en Checoslovaquia. Por eso, tras la noche bárbara, los religiosos vivieron meses y meses detrás de las alambradas, rodeados de guardias armados con fusiles y con perros.

La noche bárbara fue, sin embargo, sólo una de las iniciativas del gobierno contra la religión. La intención principal era destruir la religión en cuanto tal.

El diario

Entre los centenares de religiosos, como un soldado desconocido, me encontraba también yo en el campo de concentración de Podolínec. Allí, en un convento transformado en campo de concentración en el año 1950, nos vigilaban y psíquicamente nos atormentaban y aterrorizaban. Me pareció que todo este dolor y heroicidad no debían caer en el olvido. Alguien me impulsaba y presionaba a escribir, no obstante los muchos riesgos que tendría que afrontar. Era necesario escribir contra toda esperanza humana, confiando solamente en Dios. ¿Cuándo podría salir el Diario del campo de concentración? ¿Cuándo saldría yo?. Y ¿cuándo, y a quién podría servir semejante Diario?

En medio de esta incertidumbre y esta angustia, pero siempre con la renovada fuerza que me otorgaba el Señor, me puse a escribir.

Una empresa nada fácil

El campo de concentración de Padolínec no era como los campos de concentración destructores de los nazis, pero escribir en él un Diario no era cosa fácil. El comisario, y dueño del campo desde julio hasta noviembre de 1950, era el malévolo Miguel Rodak.

En ese tiempo no se podían escribir ni cartas ni tarjetas; escribir podía parecer una acción sospechosa. Rodak dos o tres veces cada día pasaba por todas la habitaciones, abría las puertas a toda prisa y miraba como un rayo, sin que se le escapara un pormenor. Furioso acechaba especialmente si alguien en el campo enviaba noticias y si éstas iban a Radio Vaticana. Escribir en estas circunstancias un Diario del campo de concentración corría el riesgo de ser acusado de espionaje y acaso también ser procesado. El salesiano Dr. Francisco Sersen, profesor de Moral del Estudiantado Teológico Salesiano Sv. Kriz Nad Hronom, tuvo grandes dificultades sólo por unas frases de la vida del campo que le encontraron durante la revista. Y uno de los teólogos salesianos, de carácter muy tímido y manso como una ovejita, pasó dos semanas en la cárcel del campo de concentración, porque le encontraron una especie de Diario y le interrogaron para que confesara que con el Diario tenía intenciones de espionaje.

A pesar de todos estos riesgos, los Diarios de la vida del campo se escribían y creo que no eran pocos. Pero era menester encontrar un lugar conveniente y un tiempo apto, y correr también el riesgo que llevaba tal empresa.

Este Diario nació durante los meses más difíciles de la vida en el campo de concentración en Podolínec, desde el 13 de junio hasta el 29 de septiembre de 1950.

Comencé a escribir en la habitación nº. 27, que se encontraba en el torreón[1] que daba a la calle, en el segundo piso del edificio del campo. Cada

[1] El convento de Podolínec había sido construido como una Rocafuerte contra las invasiones de los turcos y de otros pueblos y tenía junto al edificio un baluarte de unos 7 metros de altura.

día por la mañana y clandestinamente me iba durante unas dos horas allí. Pero no iba solo, sino con un hermano que me hacía de guardia. Mientras yo escribía, él se quedaba en la habitación anterior, nº. 26, por la cual se pasaba a la 27; él se ponía junto a mi puerta con un libro o un trabajo en las manos.

Su función era levantarse y pasar a donde yo estaba en el momento en que Rodak u otro de los jefes entrara en la habitación 26. Yo estaba escribiendo y siempre alerta, en el momento en que el hermano ponía la mano en la cerradura, como un rayo escondía el manuscrito debajo de la camisa, la pluma en el bolsillo y me ocupaba en otra cosa o me salía afuera.

El Diario fue así escrito por dos, por mí y por el hermano guardián. Con este sistema de seguridad era posible evitar lo peor: que Rodak me encontrara el manuscrito y todo lo que después pudiera suceder.

Allí en el torreón, detrás de los anchos muros, yo atormentaba mi mente y mi corazón con las terribles vivencias de un pasado no lejano y las vivencias del presente; todo lo vivía una vez más y lo moldeaba como una masa dolorosa y sangrienta, lo plasmaba en las frases y lo pasaba al papel. Diariamente llevaba a la habitación dos hojas de papel cuadriculado, arrancadas de un cuaderno, y sobre ellas escribía.

Apenas escritas las primeras páginas un nuevo problema: ¿dónde las iba a esconder? Los papeles eran como un material explosivo. Los primeros días y semanas llevaba los manuscritos continuamente conmigo en los bolsillos de los pantalones, o sobre el pecho debajo de la ropa de trabajo. Si algo imprevisto sucedía en el campo, había que esconderlo a toda prisa, pero no sabía ni dónde ni cómo.

Tener conmigo este material era peligroso y me molestaba continuamente, a veces, hasta me quemaba, ¿qué sucedería si por casualidad Rodak me ponía la mano en el bolsillo de los pantalones o lo descubría en la revista personal?. En la vida del campo de concentración algo así no había sucedido casi nunca, pero ¿quién garantizaba que no podía suceder?.

La búsqueda del escondrijo

Cuando ya fueron bastantes las páginas que llevaba conmigo en el bolsillo y en el pecho, comenzó a notarse que estaba escondiendo algo. Inevi-

tablemente era necesario buscar un escondrijo. Durante mucho tiempo busqué por todo el campo y especialmente en los desvanes. El escondrijo debía ser seguro, no debía llamar la atención y debía estar en un lugar seco, porque se trataba de papeles. Al mismo tiempo debía estar en un lugar al que se pudiera llegar fácilmente.

Finalmente, y con el corazón fuertemente agitado, encontré un escondrijo en los desvanes oscuros, no lejos de la entrada. Primero recorrí con una linterna todos los desvanes, para ver si se encontraba alguien en ellos. Después trepé por una viga grande hasta el techo. Allí encontré un sitio, puse los papeles, los cubrí con un trozo de teja rota y bajé silenciosamente. Si alguien quería saber lo que había allí arriba, tenía que trepar, cosa poco probable, pues desde abajo no se veía nada.

De nuevo di una vuelta con la linterna por el desván y después, con discreción y con un extraño sentimiento, de alivio y de miedo al mismo tiempo, salí de allí.

A partir de aquel día, una vez por semana subía a depositar lo que había escrito, cerciorándome bien antes de que no había nadie en el desván. Todo esto suponía para mí momentos de angustia. ¿Qué haría si en ese momento Rodak o uno de los gendarmes entraba en el desván?. Para esta tarea no podía contar con la colaboración del "hermano guardián", pues hubiera sido una imprudencia.

¿Dónde continuar escribiendo?

Después de un tiempo, ya no podía seguir yendo al torreón donde escribía, pues a los religiosos que estaban alojados allí los trasladaron a otro lugar y no era prudente que los nuevos habitantes de aquella parte del convento supieran que aquel era el lugar donde yo escribía. No es que no tuviera confianza también en ellos, pero me daba cuenta de que un hecho de tanto riesgo como éste, no era para que lo supieran muchos, pues corría el peligro de ser delatado, incluso sin mala intención.

Continué escribiendo en una habitación del entresuelo. Como en el torreón, tenía allí también un "hermano guardián". Como escritorio me servía un lavabo con patas de hierro. Quité la bandeja del lavabo y la reemplacé con una pizarra pequeñita y así podía escribir, pero al hacerlo todo aquel cacharro se movía continuamente y me veía obligado a sujetarlo con las piernas y con la mano izquierda.

Con el tiempo tuve que dejar también esta habitación. Me fui a escribir al coro de la Iglesia. En los meses de junio y julio en el coro estudiaban los teólogos, que estaban terminando en el campo de concentración el año escolar.

Allí ya no era necesario poner guardia, porque en la escalera que conducía al coro se sentía cualquier mínimo ruido. La tapa inclinada del órgano me servía de apoyo para escribir.

El temor por lo que pudiera pasarle al Diario me preocupaba. Al principio del mes de agosto del año 1950 huyó del campo de concentración el poeta Gorazd Zvonicky y con él otros dos Padres. Les buscaron por todas partes, también por los desvanes. Después de la revista clavaron las puertas de los mismos, de modo que durante algún tiempo no tuve acceso al manuscrito.

Otro gran susto lo experimenté al final del mes de Agosto, cuando las unidades de policía revisaron el campo en todos sus pormenores. Pero el manuscrito allí arriba, cubierto sólo por un pedazo de teja rota, se salvó a pesar de todas las revistas.

El diario huye del campo de concentración

El 29 de septiembre de 1950, trepé por última vez por la viga del desván para esconder los últimos papeles escritos, que estaban todos juntos metidos en tres sobres. ¿Cuál sería su suerte? ¿Cómo podía saberlo, si yo mismo no sabía qué suerte me esperaba mañana?

Cómo no sabía lo que podría pasar con el manuscrito, le confié mi secreto a uno de mis más íntimos compañeros. Un día lo llevé al desván, le enseñé la viga por la cual debía subir, y, para que no pudiera equivocarse, hice en ella tres señales con la navaja.

Sacar el manuscrito del campo de concentración resultaba un problema aún mayor que el de escribirlo. Aquí ya no podía tener ningún hermano que me ayudara. Era menester arriesgarse, sabiendo que si la cosa iba mal, probablemente iría a parar a la cárcel.

Una parte del manuscrito la quise sacar del campo a principios de agosto de 1950 cuando huyó de Podolínec el poeta Gorazd Zvonicky, pero después, no sé por qué, no me atreví a hacerlo. Y fue un acierto, porque de todas maneras corría peligro, sea si detenían al poeta en el momento de la huida, sea si lo hacían tras la orden de captura contra él. Él debía esconderse y ¿dónde dejaría el manuscrito? ¿Cuándo nos encontraríamos el poeta y

yo?. Todas estas ideas pasaron por mi mente. Nuestro futuro no fue nunca tan incierto como en aquellos días. Por esto decidí terminar el manuscrito y dejarlo en el desván, si era necesario, algunos años. Allí sabía que estaba seguro y no parecía probable que se fueran a hacer reparaciones importantes en el desván. Sólo en caso de incendio el manuscrito sería destruido, pero este riesgo no se podía evitar en ninguna parte.

Pero el Señor no quería que el manuscrito permaneciera largo tiempo en el campo de concentración. Inesperadamente, a principios de noviembre de 1950, fueron permitidas las visitas en el campo de concentración. Comenzaron a llegar parientes y conocidos y los religiosos podíamos hablar fácilmente con ellos.

Así un día, escondí los tres sobres con los manuscritos bajo un doble fondo construido en una caja llena de las cosas, que un religioso enviaba a su casa desde el campo. Y así, con una relativa facilidad, en un día del mes de Noviembre o de Diciembre de 1950, el Diario salió del campo de concentración de Podolínec.

Más tarde se hicieron de él cuatro copias, con el fin de esconderlas en diferentes lugares. El diario llegó pronto también al extranjero, donde los prófugos lo copiaban y lo leían. De este modo, el Señor hacía navegar el manuscrito por encima de todas las tempestades y dificultades.

La finalidad del diario

La finalidad de este Diario es solamente una: quiere ser un testimonio: atestiguar la inmensa fuerza que Dios da a las débiles criaturas humanas durante los tiempos de persecución y opresión cruel. Dios es más potente que los perseguidores y más fuerte que la debilidad humana de los perseguidos. Los religiosos perseguidos no renunciaron a su vocación y a sus convicciones, a pesar de que su instinto de conservación día y noche se dejaba sentir en ellos, como en cualquier otro hombre. Con esto han dado testimonio de que Dios existe, porque ellos no le abandonan y manifiestan su fuerza, que obra también en su debilidad humana.

Este testimonio de fe en los años 50 corría de boca en boca, y desde las cárceles y los campos de concentración, donde se encontraban los religiosos, se extendía como un fuego imparable.

"*Desde la otra parte de las rejas*", una vez más, se proclamaba la noticia más maravillosa: la de que ***Dios existe y nos ama,*** aunque nos haga sufrir, porque también con Cristo lo hizo así. Todo dolor con Cristo tiene su efecto, ni una gota cae en vano. Por él se perfeccionan los perseguidos y se salvan los perseguidores. Dios es Padre, que ama a todos, a los unos y a los otros, y quiere salvar a los perseguidores con su indulgencia y con el sufrimiento de los perseguidos.

Los perseguidos son Cristo mismo, que sufre por la salvación del mundo en el siglo XX. Sufrir no es para ellos fácil, pero lo aceptan. Desean que el sufrimiento cese, pero no al precio de una traición. Si Dios ha de vencer por su amor a los perseguidores, en primer lugar debe superar la debilidad y la rebeldía interior de los perseguidos. Ellos sienten la fuerza de Dios en su debilidad y por eso son humildes y luchadores. Caminan hacia adelante, porque confían inmensamente en Dios, cuya existencia es algo maravilloso.

Ernesto Macàk

Sastín, 25 de noviembre de 2006, Fiesta de Cristo Rey.

1

LA TRÁGICA PRIMERA NOCHE

Llegó tan repentinamente...

Hoy, 13 de junio de 1950 comienzo a escribir en el campo de concentración de Podolínec este diario. Han pasado dos meses desde aquella trágica noche del 13 al 14 de abril, en la que nos detuvieron por ser religiosos consagrados a Cristo.

Vivíamos en la casa salesiana de Sastin en Eslovaquia occidental. Había allí más de cincuenta clérigos, sacerdotes y hermanos[1]. Sastin es la cuna de los salesianos eslovacos; los salesianos llegaron de Italia en 1924. Es también el mayor lugar de peregrinación del país. Aquí se encuentra la estatua de la Santísima Virgen de los Dolores, patrona de Eslovaquia, con un hermoso templo barroco para seis mil peregrinos.

En este templo y entorno a él se formaban y desarrollaban los salesianos. Aquí crecían, superando las crisis, y aquí maduraban su vocación de dedicarse a la educación de la juventud como salesianos. Y aquí, en nuestra cuna, llegó para nosotros, repentinamente, aquella trágica noche.

Sabíamos muy bien lo que estaba sucediendo en nuestro país con la Iglesia y con los fieles, pero no presentíamos que se estuviera preparando un golpe contra nosotros. Unos días antes, dos o tres, un hermano salesiano vino de Trnava, una ciudad a setenta kilómetros de distancia, y nos trajo noticias preocupantes: estaba para sucedernos algo grave, pero no se sabía con precisión de qué se trataba. Dijo que la cosa era inevitable y que no había ninguna esperanza. Pensamos que quizá iba a ser ocupada alguna de

[1] En la terminología salesiana empleada en este diario *clérigos*, son los jóvenes salesianos que después de un año de noviciado hacían dos o tres años de estudios pedagógicos y filosóficos o bien, después de haberlos terminado, eran destinados a las casas para hacer allí un trienio de prácticas; *hermanos* son los salesianos coadjutores, no sacerdotes, pero que pertenecen con pleno derecho a la Congregación; *teólogos*, son los que durante cuatro años después del trienio práctico estudian la Sagrada Teología y al final son ordenados sacerdotes. Después del noviciado se hacen votos por tres años, terminados los cuales se renuevan por otros tres y finalmente se hacen los votos perpetuos.

nuestras casas, como el año anterior; o, tal vez, todas, incluidos los oratorios, a los que acudían diariamente millares de jóvenes. Reflexionábamos, teníamos miedo y rezábamos. Pero los planes de los sin Dios eran demasiado secretos

Los preparativos para el golpe

En principio no temíamos, o nuestro miedo era menor, por las casas de formación: la casa de Hody, cercana a Galanta, y la de Hronsky Sv. Benadik, donde se encontraban los novicios. Tampoco nos preocupábamos demasiado por la casa de Sv. Kriz Nad Hronom, en la que estudiaban los teólogos, ni por nuestra casa de Sastin, residencia de los clérigos del estudiantado pedagógico.[2]

Sin embargo estas cuatro casas fueron tomadas por el estado el 15 de marzo de 1950, aunque seguíamos viviendo en ellas. En cada una de estas casas se presentaron dos, así llamados "directores nacionales", sin tener para nada en cuenta si el director de la casa avalaba o no esta invasión con su firma.

Uno de ellos, el jefe político, tenía que velar por la educación "moral", es decir, comunista, de los clérigos. El otro, el ecónomo, tenía que hacerse cargo de la dirección de la casa en la parte económica. Y los infelices superiores debían "colaborar", esto es, cumplir sus mandatos y órdenes.

Prácticamente los dos directores nacionales no se metieron en nada. La ocupación por parte del estado de estas cuatro casas, en las cuales se encontraban tantos salesianos, tenía una finalidad distinta de la que declararon los dos jefes. Su papel era estudiar bien el plano de cada una de las casas y dar cumplida información de todo a sus jefes, es decir, a la policía. Querían saber cuántas entradas, puertas y escaleras tenía cada casa, por dónde se iba a la torre de la Iglesia, para que durante la ocupación, ninguno pudiera tener acceso al campanario, dónde dormía cada uno, etc.

Se trataba de estar seguros de que cuando decidieran encarcelarnos ninguno pudiera huir, ni tocar las campanas para avisar a la gente, ni oponerse.

[2] La razón era que, aunque habían sido nacionalizadas todas las escuelas, los seminarios y las casas de formación estaban permitidas y seguían en manos de los obispos o de las órdenes religiosas.

Los últimos meses de vida en las casas

Los últimos meses en nuestras Casas se caracterizaron por un presentimiento de la desgracia. La hacían presagiar tanto la situación general de la Iglesia en la república, como los repetidos intentos de suprimir nuestras casas de manera inadvertida. En la de Bratislava la policía ocupó en el año 1949 la mitad de los salones donde se reunía la juventud y los convirtió en despachos para sus miembros. En la casa de Bratislava-Trnava ocuparon el campo de deportes. También pugnaban continuamente por quitarnos los oratorios de las otras ciudades.

El primer golpe contra nosotros lo dieron en mayo de 1949; en diez días nos registraron cuatro casas: Michalovce, Trnava, Zilina y Komarno. Un miembro del partido comunista eslovaco durante una reunión de los sacerdotes en Piestany - pienso que se trataba de una reunión en relación con la Acción Católica Cismática, que el partido comunista se esforzaba por organizar en estos meses, para erradicar la Iglesia Católica de Roma - afirmó que los Salesianos en Eslovaquia tendrían sólo una Casa en Sastin, y que, si no se portaban bien, se les quitaría también esa.

Y nosotros nos portábamos bien. Pero no como se lo imaginaba ese compañero del Partido Comunista. Nos manteníamos constantemente fieles a la Iglesia Católica Romana y a nuestra vocación. En la política no nos mezclábamos, así lo pedía en las Constituciones de la Sociedad Salesiana nuestro Fundador San Juan Bosco. Con tesón trabajábamos por el bien de la juventud y ésta era, a los ojos de los ateos militantes, nuestra mayor culpa. Los jóvenes que frecuentaban en el año 1949 nuestros Oratorios eran millares. Los alumnos de los colegios cerca de setecientos. A esta juventud dedicábamos nuestra vida, algunos hermanos por el bien de estos jóvenes trabajaban hasta gastar su salud.

La ocupación de estas cuatro casas en el año 1949 produjo en nosotros el efecto de cuatro bombas. Esa ocupación y la violenta expulsión eran algo brutal. Quedamos horrorizados, pero esto no paralizó nuestro empeño. Trabajábamos con miedo y angustia, pero, a pesar de los repetidos esfuerzos por acabar con nosotros, nosotros seguíamos trabajando.

Nos dábamos cuenta de que iba apareciendo en nosotros una especie de fuerza invencible, que brotaba de nuestro interior, del convencimiento de nuestro amor a Cristo, a la Virgen Auxiliadora y a las almas, a pesar de

nuestra debilidad humana. En las Casas reinaba ilusión por trabajar con tenacidad hasta el último minuto, hasta las veinticuatro horas y diez minutos de la noche del 13 al 14 de abril de 1950.

Amábamos a la juventud, trabajábamos por ella y no pocos hermanos lo hacían hasta con una cierta dosis de heroicidad. ¡Esta heroicidad nos hace falta ahora en el campo de concentración!

Los últimos momentos en libertad

Era el jueves 13 de abril. El domingo anterior habíamos celebrado la Pascua del Señor. Desde el 15 de marzo el estado había tomado la Casa y ya no nos pertenecía; en cualquier momento podían expulsarnos. Pero nos sentíamos todavía libres, aunque como los pájaros, que presienten en el aire la tempestad y el granizo destructor.

Aquel era un día hermoso de primavera, como los precedentes. Lo único extraño era que a Sastin habían llegado unas decenas de policías y unos grupos de soldados. Esto puso en movimiento nuestra vida. En Sastin está todo en paz, ¿A qué han venido? ¿Vendrán por nosotros?

Por la calle, junto a la casa, antes de la puesta del sol, marchaban los soldados, completamente armados, en dirección al pueblo de Straze. Llevaban granadas y ametralladoras.

Al final de las últimas oraciones de la noche añadimos un misterio del Rosario para que Dios nos protegiera. Al salir de la Capilla nos estaba esperando, según me dijeron, una señora de Sastin con su hijo de dieciocho años. Estaba agitada, pero aseguraba que no teníamos que tener miedo de nada, que los policías y los soldados se encontraban en Sastin y en todo el territorio por una disposición del estado, pero que la Casa no estaba amenazada.

Pero no la creímos. A esa señora la pudieron engañar y mandarla a hablar con nosotros, para que no hiciésemos ningún preparativo, no diésemos la alarma, no pusiéramos las barricadas en las entradas de la Casa, y no se qué más pudieron pensar nuestros perseguidores.

Sí, se trataba de una disposición estatal para todo el territorio, porque esa noche iban a atacar a centenares de Casas religiosas en toda la repúbli-

ca. En Eslovaquia se trataba de privar de libertad a un millar de hombres. Era, por ello, necesario asegurar todas las carreteras por las que llevarían a los religiosos a los campos de concentración.

Los dos directores, el político y el ecónomo, el 13 de abril elegantemente se despidieron. Habían cumplido su papel. Los policías conocían ya todas las entradas, puertas y escaleras y ya estaban orientados para saber hacia dónde tenían que correr.

Nos fuimos a dormir con la angustiosa esperanza de que los policías y soldados que estaban en el pueblo no trajeran órdenes contra nosotros. Y hubiéramos sido felices, si toda esta incertidumbre y este miedo hubieran sido un engaño.

A las once de la noche, algunos hermanos jóvenes, desde el dormitorio, se dieron cuenta de que en nuestro jardín brillaban y se apagaban, aquí y allá, luces de linternas. Estábamos asediados y los policías se acercaban cada vez más.

¡Abrid!

Es media noche; **son las doce y diez minutos**. ¡Cómo recuerdo este momento! Pablito - creo que era el clérigo Tuna - exclamó:

¡Ya están aquí!.

Siguió un diálogos de frases breves y concisas:

– ¿Dónde?
– Golpean la puerta y quieren entrar.
– ¿Qué dice, Señor Director?
– Se prepara para salir a la puerta.
– ¿Y los va a dejar entrar?
– Dicen que vienen a registrar la casa
– Seguramente los dejará entrar.

Pero, ¿para qué esas granadas y ametralladoras, si sólo vienen a registrar la casa?.

Después de diez minutos, la policía se encuentra ya dentro de la Casa. Los pasillos del entresuelo están totalmente iluminados y las dos escaleras ocupadas por los guardias. El primero y segundo piso se encuentran toda-

vía en absoluta oscuridad. En el entresuelo comienza todo, y a nosotros aún no se nos ocurría ni pensar que se estaba tratando de suprimir y destruir la Sociedad Salesiana en Eslovaquia.

De las escaleras del entresuelo llegan a nosotros las rudas voces de los hombres. Se oye especialmente la voz del comandante Polacek de Trnava, que es quien dirige la operación.

En este momento se encienden las luces del Santuario Nacional dedicado a la Santísima Virgen de los Dolores, Patrona de Eslovaquia. El Santuario resplandece de luces como en el tiempo de las grandes peregrinaciones, pero esta noche es para hacerle también el registro a nuestra Virgen de los Dolores.

Dicen que buscan armas, folletos y otro material subversivo. Esta es para ellos la manera más segura, cuando quieren acabar con alguien. Lo culpan de una cosa que no tiene y, aunque no la encuentren, la propaganda dirá lo contrario y lo liquidarán.

Cerca de la una de la noche veo al Comandante Polacek en el primer piso, con el director de la casa. El Director está extremamente agitado; su rostro denota angustia, pero todavía se domina. Polacek distribuye a los policías para que registren el primer piso. En este momento me doy cuenta de que con los policías habían llegado también los milicianos comunistas y la policía secreta.

A la habitación de cada sacerdote envía Polacek a dos policías y, en presencia del sacerdote se hace el registro, con más o menos precisión. Algunos de los policías lo hacen con un cierto respeto, casi tímidamente. Durante el registro los pasillos están custodiados por la policía.

Un miliciano hace el registro en el segundo piso, en el dormitorio corrido de los hermanos jóvenes. Mira cada papelito y lo lee todo. Cuando después de una hora y media se termina el registro de los demás lugares, él ha examinado sólo una pequeña maleta con libros y cuadernos. Se apodera de un pequeño folleto de la Cancillería Católica Central de Bratislava que fue publicado en 1947. Contenía una exhortación a los padres para que cuidaran de la educación religiosa de sus hijos.

¡Hermano miliciano, te hubiéramos podido regalar ese folleto sin un registro de hora y media e incluso pagarte el viaje. Era una publicación religiosa y el propietario no la guardaba por su contenido, sino porque contenía una hoja en blanco, que le servía para escribir el resumen de alguna materia de estudio!.

La trágica noche, al amanecer, del 14 de abril

El ánimo de los salesianos presos en su propia casa era distinto: algunos estaban asustados, la mayoría bastante serenos y algunos hasta alegres.

Cuando revisaron el dormitorio de los hermanos jóvenes, los intrusos nos encerraron en la sala de estudio. Nos custodiaban un policía y un miliciano. Al principio no nos dejaban salir ni a los servicios, más tarde sí, y después de un cierto tiempo pudimos más libremente salir y entrar.

Crecía el buen humor en la sala de estudio. Se reanimaron incluso los asustados. Hacíamos chistes y, por lo bajo, nos burlábamos de los policías y milicianos que nos custodiaban. Pensábamos que vendrían a registrar también allí, pero no. En toda la casa no encontraron ni una aguja contra el Estado y al parecer el registro les había resultado infructuoso.

Y no podía ser de otra manera, no podía concluir sino con este ridículo chasco. Hemos entrado en la vida religiosa por otros motivos diferentes al de luchar contra los regímenes o el de amontonar armas. Si buscáramos eso estaríamos en otro sitio, no aquí, donde nos quieren y nos enseñan a querer y a sacrificarnos por los demás. Hemos escogido algo que supera infinitamente la lucha contra los regímenes de la tierra.

Hemos elegido la lucha contra el mal para salvar las almas y hacer bien a los hombres. Si algún régimen nos persigue puede ser por error, por malas informaciones, o por tratarse de alguien que odia a Cristo y quiere quitar a los hombres la esperanza de vivir eternamente. Es cierto que un régimen perseguidor nunca dirá que quiere arrancar el amor a Cristo de las almas. Fracasaría delante de los hombres y demostraría que todo lo que hace es injusto e inhumano. Por eso tiene que inventar cuentos. Y esto incluso cuando se trata de personas que no tienen ni idea de luchas contra el Estado, ni siquiera saben cómo se organizan.

Pero era menester acusarnos de amontonar armas, porque con la fantasía de las armas fácilmente se evoca en las masas la fantasía de la sangre y de la guerra civil.

En nuestro caso el lobo tiene todas las armas; con las ametralladoras y granadas invade el redil y culpa a las ovejas de subversión y de tenencia de armas. ¿Qué le importa no encontrarlas?. Ya sabía de antemano que no las había. Le importaba sólo engañar a una parte de la gente, a otra dejarla en incertidumbre y a otra atemorizarla.

Estos pervertidos juegan ante el pueblo el papel de sepulcros blanqueados, hipócritas, pero el pueblo lo sabe todo muy bien. Por eso nos invaden a media noche, para que el pueblo no pueda gritar, ni oponerse; por eso, una disposición para todo el territorio; por eso, las ametralladoras y granadas, para que el pueblo no grite ni levante la mano.

¡Compañeros ateos, ¿cómo es que no se oyó ni un disparo de armas, que, según vosotros, se encontraban en los conventos?. ¿Cómo es que estos que llamáis malhechores pacíficamente os abren las puertas a media noche?. ¿Acaso obran así los malhechores y la gente armada?!

La requisa era sólo un pretexto

En vano esperamos en la sala de estudio la requisa de nuestras mesas y nuestras libros, con los cuales pasábamos centenares de horas por amor a Cristo y a las almas. La requisa no se terminó. Estaba claro que no tenían ninguna sospecha de que hubiera armas. Todo este correr por las habitaciones y todo ese registro resultó ser, al cabo de poco tiempo, una torpe tragicomedia. Necesitaban de alguna manera apoderarse de la Casa.

¡Apoderarse de la Casa!. ¿Con qué fin?

Para poder cometer una injuria diez veces mayor.

A las cuatro de la mañana del 14 de abril

Cerca de las cuatro, en la Plaza, delante de la Casa, se detuvo un pequeño autobús. En el interior, en la baca y por todos lados hay maletas envueltas en edredones. De unos paquetes sacan uniformes de color verde y negro. Los verdes son de los guardias, los negros de nuestros amados hermanos de Trnava-Kopanka. Naturalmente no falta un miliciano. A los hermanos los despertaron a media noche de su sueño. Están pálidos, cansados, algo abatidos, pero con el rostro bastante sereno.

Nuestra casa en Trnava-Kopanka no existe ya. En la pobre periferia de Trnava había un Oratorio floreciente. Diariamente lo frecuentaban centenares de muchachos, desde niños hasta jóvenes de 20 años. Ahora nos surge una pregunta: el año pasado nos quitaron todos los colegios, ¿nos quitarán también todos los oratorios?.

Ayudamos a los hermanos a llevar las maletas y paquetes y metemos todo en el pasillo de la casa. Con gran compasión y amor los recibimos en la sala de estudio. En voz baja y, casi contra su voluntad, nos cuentan lo sucedido.

Mientras los seis mil hombres de las familias obreras de Kopanka dormían, les arrancaron a las personas que más los querían en este mundo: los hermanos que desde 1942 gastaban sus vidas por su salvación temporal y eterna. Algunos clérigos y sacerdotes habían agotado gran parte de sus energías y entusiasmo juvenil, otros habían caído enfermos, debido al excesivo trabajo en favor de estos chicos, de esta juventud obrera. El Director de la Casa P. Jan Hlubik era un verdadero padre para todo este suburbio. El hermano cocinero, Anton Kolarovic, de cincuenta años, durante muchos años, preparaba diariamente la sopa para los niños más necesitados.

¿Qué verás hoy 14 de abril, tú, obrero de Kopanka?. Ahora todo te será más claro. Verás que aquí vivía contigo alguien que te quería, que te consolaba, que ahuyentaba el espanto del hambre en las familias con muchos niños. Y, sobre todo, estaba contigo alguien que humana y cristianamente te elevaba, para que te sintieses miembro de la sociedad.

Tú lo veías, lo sabías. Ahora ya, los hombres que se hicieron casi obreros contigo no pueden hacerte el bien. Los que trabajaban por ti fueron acusados de malhechores y de espías... Los que te los quitaron sabían muy bien de quiénes se trataba y por eso se los llevaron de noche, cuando dormías. Era necesario arrebatarlos con nocturnidad y alevosía, porque tú, de otra forma, no lo hubieras permitido.

Y vosotros de Bratislava y de Trnava...

A vosotros os hicieron la misma ofensa en esta noche. Como en Kopanka, os substrajeron a los salesianos y los han traído custodiados por las armas a Sastin.

A vosotros de Nitra y a vosotros de Topolcany os pasó lo mismo. Por temor los raptaron como a malhechores... de noche, porque tenían miedo de vosotros.

A todos los recibimos en la sala de estudio. Ninguno estaba abatido por lo sucedido. La fortaleza salesiana obra en ellos. En los pasillos se amontonan las maletas, los edredones y otros paquetes.

Hemos perdido todos los Oratorios, las cinco casas mejores. No tenemos ya nada, sólo las cuatro Casas tomadas por el Estado, las cuales no sabemos hasta qué punto nos pertenecen todavía.

Durante veinticinco años de trabajo duro y entusiasta, contando con las propias deficiencias y dificultades, Dios nos concedió la gracia de reunir trece casas; hoy por la mañana nos quedan solo esas cuatro en manos del Estado. ***¡Dios nos las dio, Dios nos las quitó.!***

Pero la ilusión que teníamos todavía por las cuatro casas duró sólo unos minutos. En la sala de estudio se abrió la puerta y aparecieron nuestros novicios de Hody, cerca de Galabta, cansados y pálidos. Los recibimos con una sonrisa dolorosa, los invitamos a sentarse. La sala estaba ya llena, llenísima de hermanos.

A los novicios de Hody los sacaron los policías de la cama; les concedieron sólo diez minutos para vestirse y empaquetar sus cosas. Todo se les quedó allí, a algunos incluso los documentos personales. No pudieron coger los edredones, los arrancaron como a niños a quienes se les roba todo.

Ya no existe la casa de Hody. Tampoco la de Sv. Benadik, donde teníamos el segundo noviciado, ni la casa de Sv. Kriz Nad Hronom donde estaba el estudiantado teológico. Trajeron a los novicios de Sv. Benadik a eso de las nueve de la mañana y a los teólogos, totalmente agotados, cerca del mediodía. Al clérigo José Hercog de la Casa de Bratislava-Trnava le dio un ataque de nervios. Los hermanos no lo abandonaron ni un momento.

El robo de Sv. Kriz Nad Hronom

Unos a otros nos contamos cómo había sucedido todo en cada una de las casas. Dijeron que en nuestra Casa de Bratislava el jefe del Departamento Eslovaco para los asuntos de la Iglesia, Holdos, gritó: "*¿Sabéis que yo con estas manos, durante la guerra de España, estrangulé a cinco Obispos?*".

Si es verdad que los estranguló, no lo sé, pero lo que sí es cierto es que esto servía para aterrorizar a ciudadanos desarmados, a media noche.

Un teólogo de Sv. Kriz Nad Hronom nos cuenta:

"Desde el 15 de marzo tomó el Estado la Casa y teníamos dos jefes, un político y un ecónomo. El jueves después de Pascua, el 13 de abril a mediodía, llegó un coche y los jefes desaparecieron. Ya unos días antes sospe-

chábamos que algo grave iba a sucedernos. Desde la partida de los jefes aumentó en nosotros el miedo. Por la tarde supimos que en el despacho de Correos habían recibido la orden de que el servicio de teléfonos debería funcionar toda la noche. Algunos de nosotros decidimos permanecer en guardia. Lo primero que vimos fue un gran movimiento de los guardias que controlaban a la gente.

A las once y media, en la estación de ferrocarril, comenzó el ruido de los autobuses. Se acercaban lentamente con las luces apagadas. En la semioscuridad distinguimos que eran cuatro. Se detuvieron a unos sesenta metros de distancia de nuestra Casa. Bajaron policías y milicianos. Uno de nosotros corrió al dormitorio y despertó a los compañeros: "*¡Ya están aquí. Señor Dios nuestro, ayúdanos!*". Nos levantamos y nos vestimos a oscuras. Un compañero que miraba desde la ventana dijo: "*Han salido casi doscientos guardias y policías... Un grupo va hacia el jardín..., otro al patio de los vecinos..., el tercero camina hacia la entrada de la casa... Los guardias rodean nuestra casa... Los otros patrullan por las calles del pueblo...*".

Al poco rato, golpearon a la puerta. Gritan que en nombre de la ley tenemos que abrir. ¿En nombre de qué ley?. Acaso en nombre de la ley de la jungla. Sí, puede ser, pues mientras el portero se vestía, ellos abrieron la puerta con violencia y cien hombres armados invadieron la casa. Tenían lámparas y los fusiles encañonados hacia tierra; parecía la escena de Getsemaní, pero en el siglo veinte y en edición atea.

La puerta del dormitorio se abrió con fuerza y la llave de la luz giró rápida. Los rudos milicianos se quedaron sorprendidos al ver cerca de la cama a un teólogo con el rosario en la mano. Cuando entraron, instintivamente nos agrupamos todos en un rincón. Algunos policías y milicianos comenzaron a gritar: "*Por qué no dormís? Lechuzas, ladrones y malhechores*". Todos reteníamos con fuerza el rosario. Después, uno de nosotros se acercó unos pasos a los policías, como Cristo en Getsemaní, y preguntó: ¿qué queréis? Luego nos encerraron a todos en un gran salón. Caminamos en silencio entre dos filas de metralletas.

En la sala leyeron nuestro nombres. Los nombrados iban pasando a otra parte del salón. El Comandante increpó al Vicario del Superior: "*¿Y quién lo ha llamado aquí?. Vaya a su cuarto y no se mueva*". Poco después, otro miliciano condujo al Vicario al salón con grandes gritos. En nuestras caras se reflejaba la compasión y se oyeron comentarios: ¡¿Y esto es una organización?!... El comandante se pone rojo y grita: "*¿Por qué os reís? ¿Qué*

pensáis? ¿Dónde os encontráis?". Un teólogo gritó: *"¡Estamos en nuestra Casa. Somos ciudadanos y tenemos derecho a la casa como los demás!"*. El Comandante gritó aún más fuerte: *"¿Estáis en casa? Vosotros sois ladrones y malhechores. ¡Vuestro lugar es la cárcel! ¡Ya veréis!"*

Nos incluyeron entre los malhechores, como a Cristo. Uno de los milicianos comenzó a injuriarnos, a insultarnos, a blasfemar, dándonos bofetadas y patadas. Después otro miliciano condujo al salón al director, Padre Francisco Valabek. El comandante le gritó: *"¿No le he dicho que debe quedarse en su habitación? ¡Váyase, márchese!"*

El Director contesta: *"Pero ese señor me dice que debo venir aquí. Uno no sabe a quien obedecer!"*.

De nuevo nos reímos y comentamos: *¡Qué disciplina!*.

El Comandante fuera de sí grita: *"¡Fuera, fuera con él! Banda de malhechores, ¿todavía os burláis de nosotros?!"*..

Dos milicianos se lanzaron contra el director, le golpearon con la culata de los fusiles, empujándolo hacia la puerta. Él, pálido, se vuelve a nosotros y comienza a cantar: ***Christus vincit, Christus regnat...!*** Nosotros le acompañamos y la habitación retumba con el canto. Los milicianos se echaron sobre nosotros, nos empujaron, nos abofetearon, mientras gritaban: *"¡Callaos! ¡Silencio! ¿Pensáis que esto os ayudará? ¡Bandidos y malhechores, dentro de un momento veréis!"*.

Durante el canto desapareció el Padre Superior. Después nos leyeron el comunicado del gobierno: en base al proceso judicial que se hizo hace poco en Praga contra los religiosos, estos se ocupan de actos de espionaje y de traición a la Patria y por eso deben ser trasladados, etc.

Nos dieron diez minutos para recoger los objetos personales, tiempo que se fue prolongando cada vez más. Teníamos que luchar casi con los policías para poder llevar nuestros edredones, libros y objetos personales. Pero hubo también policías buenos, que nos ayudaron incluso a empaquetar.

Disimuladamente en grupos pequeños fuimos pasando a la capilla, para comulgar y dar gracias con todo fervor. Por fin empaquetamos también los objetos litúrgicos.

Eran las tres de la madrugada cuando los autobuses se detuvieron delante de la puerta. En un autobús cargamos todas las maletas y paquetes. Por última vez controlaron si estábamos todos. Salimos. Junto a cada uno de nosotros se sentó un policía o un miliciano.

Rezamos un Avemaría al comenzar este camino desconocido. Hicimos la señal de la Cruz; nos exhortamos con las palabras ***"y las puertas del infierno no prevalecerán..."***

Eran las cuatro de la mañana. Los autobuses corrían veloces, no sabíamos hacia dónde..."

Bárbaramente contra los Superiores

A mediodía del 14 de abril de 1950 casi todos los salesianos eslovacos nos encontrábamos en Sastin. La noche siguiente trajeron aún a dos sacerdotes, el poeta Gorazd Zvonicky y José Pavlik. Trabajaban en Michalovce. Estamos todos juntos. Somos 238 salesianos.

Pero a los directores y a algunos hermanos no los trajeron a Sastin. Les obligaron a entrar en los coches y los llevaron a un campo de concentración especial que, instalaron en el convento de los Capuchinos de Pezinok, cerca de Bratislava.

A los superiores los trataron peor. Al P. Juan Hlubik, que era como un Padre para los obreros de Kopamka, suburbio de Trnava, lo abofetearon. Al Director de la casa de Sv. Benadik le golpearon de tal manera que corrió la noticia de que había muerto. Felizmente no fue verdad. Golpearon también al Director Francisco Valabek de Sv. Kriz. Después de unos días supimos que se encontraban en Bratislava en el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, con una fiebre muy alta.

Al campo de concentración de Pezinok llevaron también, con los directores de las casas, al P. Ernesto Horniak, Vicario de Sv. Kriz y a José Simoncic, párroco de Bratislava; de nuestra casa de Topolcany a los sacerdotes Rodolfo Branis y Francisco Kollar. El único Director que trajeron a Sastin fue el Padre Rodolfo Nosik de Topolcany; el Director de la Casa de Sastin, el P. Alberto Babulik, se quedó en su puesto. Evidentemente, de director sólo le dejaron el nombre. Era como un lazo de unión, a través del cual nuestros perseguidores nos daban algunas órdenes en el nuevo campo de concentración.

La táctica de llevar a los directores a diferentes campos de concentración para mí era evidente: se trataba de la táctica del divide y vencerás. Opinaban que sin los superiores nos quedaríamos impotentes e incapaces de reaccionar en esta horrible y nueva situación. ¡Así podrían hacer con nosotros lo que quisieran!

¡Haced lo que queráis. Nosotros tenemos un gran Superior aquí en Sastin. Es Cristo!.

Oíd: no lo harán

Son las cinco de la mañana, ya hay luz.

Ninguno piensa que el registro, no acabado, podría continuar. Paseamos libremente por los corredores. Es verdad que por doquier se encuentran los policías, pero ya no molestan a nadie. Algunos entramos a las cinco en la Capilla para la Santa Misa. Es la primera Misa en el campo de concentración, y por eso hay un fervor especial. La plegaria aplacaba la incertidumbre y el temor que se había apoderado de nosotros en esta noche tan imprevista. Sin duda, en lo más profundo de nuestro ser reinaba una cierta seguridad. Pero la situación se nos presentó tan nueva, inesperada y repentina que no hubo tiempo para reaccionar. De ahí venía la angustia e incertidumbre.

Acabada la Misa el sacerdote, con el rostro iluminado y con los ojos brillantes, se acercó hasta nosotros. Su voz salía de lo profundo. Dijo:

¡No tengáis miedo, os repito, no tengáis miedo! Por amor al Salvador lo sufrimos todo y, si fuese necesario, por su amor soportaremos todavía más. Ninguno puede pensar que con nosotros todo se ha acabado. Esta situación no nos puede destruir. Hemos sido fieles al Salvador, le permaneceremos también fieles en el tiempo de la prueba. Cristo está con nosotros y junto con Él somos invencibles. Nada nos podrá hundir. Ninguno se sienta desilusionado ni abatido.

Vamos, salgamos. Nuestra misión hoy será movernos entre los hermanos e infundir ánimo heroico y decisivo, el que nos dio nuestro Salvador. Estamos llenos de Él. Vayamos junto a nuestros hermanos. Dios está con nosotros y nos ayudará hasta la muerte!.

Nos dirigimos a la sala de estudio, ya con otra sonrisa y otro estado de ánimo. Los primeros días nos mezclábamos entre los hermanos infundiendo ánimo y valor. La mayoría lo tenían, era sólo necesario despertarlo y fortalecerlo. Lo daba nuestro Salvador, porque el autor de la invencible fuerza cristiana es Él, y su Madre, María Auxiliadora.

Después de esa Misa, comenzó a celebrarse el Santo Sacrificio por todos partes[3]. En el nuevo campo de concentración había muchos sacerdotes. Desde las seis de la mañana hasta las nueve celebraban en todos los Altares del Santuario Nacional de la Virgen de los Dolores, y después se volvían al campo. La gente alrededor de los altares lloraba. También algunos sacerdotes al celebrar no podían contener las lágrimas. Al sacrificio de Cristo, consciente o inconscientemente, se suma su propio sacrificio y Cristo lo acepta como suyo. En último lugar celebró el Doctor Francisco Sersen, Profesor de Teología de Sv. Kriz, que acaba de llegar.

Los policías no nos dejan. Se encuentran en todos los rincones: en los pasillos, en los patios, delante de la entrada y alrededor del complejo de edificios. Todos están armados. Estamos presos, a pesar de haber hecho el bien. También Cristo al final de su vida estuvo preso.

Los nuevos "Superiores"

A ninguno nos preguntan, a ninguno nos interrogan, actuando así contra todos los derechos humanos. Con violencia nos han congregado aquí y ahora nos vigilan. Polacek se queda como comandante del grupo de policías y, día y noche, nos custodian para que no se escape ninguno de este nuevo "convento". Pero nuestros nuevos "superiores" no son los policías. Como nuevo jefe llega la mañana del 14 de abril el Responsable Provincial para los Asuntos religiosos (por parte del actual estado) de Senica. Su nombre es Kalensky, su lugar de origen el pueblo de Sandorf, su oficio, zapatero.

Nuestro segundo "superior" es un joven de 18 años, miembro de la organización comunista juvenil, su nombre es David, de Lozarno, cerca de Bratislava. El joven será el ecónomo. A estos se añaden dos policías secretos. Uno de ellos, según lo reconoció un hermano, es guardia de la cárcel regional de Bratislava.

Esta es nuestra situación: los guardias alrededor de la casa y dentro, la policía secreta al lado del nuevo superior. No encontraron armas y folletos.

[3] En aquel tiempo todavía no existía la posibilidad de concelebrar y cada sacerdote decía singularmente la misa, ayudado por alguien que hacía de monaguillo.

El registro de la casa fue sólo un pretexto. Nos vigilan y ninguno nos dice por qué.

El primer día hay jaleo durante el almuerzo. Estamos casi trescientos y en la cocina se había preparado la comida para unos sesenta.

Toda la tarde la pasamos buscando alojamiento. La casa, aunque por fuera parece grande, no basta para dar cabida a trescientas personas. Sobre todo, faltan camas. Algunos grupos dormirán en los pasillos, sobre colchones de paja. Los teólogos en la sala del frío y húmedo teatro, en colchones de paja. En las habitaciones para un sacerdote, deben alojarse tres o cuatro. Así que no hay casi lugar donde poner un pie. La cena la hacemos en tres turnos.

Una escena descorazonadora

El trágico 14 de abril acabó con una escena descorazonadora. Nos conmovió aún más, porque sucedió el primer día de nuestra prisión.

El nuevo jefe, compañero Kalensky, hacia las cinco de la tarde llamó a su despacho al P. Esteban Janec, que era hasta entonces el capellán de Sastin. Trató de persuadirlo para que se fuera de capellán al pueblo vecino de Cary. En la mesa del despacho se encontraba el decreto que nombraba nuevo capellán para Sastin al P. Tibor Janovic de Dojc. El P. Janec les dio una respuesta evasiva y le dejaron retirarse. Este hecho despertó en nosotros cierta nerviosidad. Parece que intentan que los sacerdotes jóvenes vayan a las parroquias, sin permiso de los obispos.

Después llamaron a los Padres Pablo Drgon, Rodolfo Butas y Víctor Karlubik. Pensábamos que se trataba de lo mismo: de ofrecerles parroquias. El caso no ofrecía ningún género de duda: sin el conocimiento y aprobación del Obispo, no era lícito el aceptar ninguna parroquia. Ninguno, por tanto, aceptaría una parroquia. Pero no se trataba de este ofrecimiento. Los tres estuvieron en el despacho sólo un momento. Recibieron la orden de recoger sus cosas, porque los trasladaban.

Trasladar... ¿a dónde?. ¿A la cárcel?. ¿A otro lugar?. Los trasladaban a un sitio desconocido.

En esta situación su traslado nos pareció algo horrible.

Desde el primer momento a cada uno los acompañó un guardia, que los vigilaba mientras recogían sus cosas. Cerca de las siete, se encontraron los tres sacerdotes en el pasillo, junto a la salida. Empaquetaron a toda prisa

los edredones, atados con las sábanas. Corro a encontrarlos. Están ya con los abrigos, como peregrinos hacia un país desconocido. En los rostros se puede leer su angustia; en la frente aparece el sudor. Están pálidos. Aparentemente hablan con calma, pero a veces su voz tiembla.

El pasillo está lleno de hermanos. Nos despedimos con un beso de paz. Algunos les llevamos las maletas hasta el coche. Los otros sólo pudieron acercarse hasta la puerta. El coche se fue alejando, como una bestia moderna y astuta.

De nuevo nos encontramos en casa. Nuestros pensamientos son oscuros, estamos deprimidos. El corazón salta en el pecho: "*Dios mío,¿qué es lo que sucede?...¿Qué será de nosotros?... Oh Señor, ¿qué sucederá...?*".

Sólo con la oración puede volver la confianza y la paz. ¿A dónde os llevaron, hermanos queridos?. ¡Ahora sabemos cuánto os queríamos!.

Se dice que os llevaron al campo de concentración de Pezinok. La noticia es tan vaga que no puede quitársenos de la mente la angustia de vuestra partida.

Pero, ¿por qué se los llevaron?. El P. Karlubik no tenía nada con nadie. Era ya anciano. Su mundo eran los árboles y el jardín. El P. Butas apenas había cantado misa.

¿Debe derrotarnos esto?

Alguien hizo notar que el traslado de los tres hermanos sacerdotes tenía como fin hacerlos apostatar de su sacerdocio, atemorizarles y con ellos también a los demás.

Pero, ¿por qué hemos de atemorizarnos?.

¡Cristo, tú lo sabes! Esto no puede ser motivo para renegar de Ti.

Después de la cena el ánimo de los hermanos estaba más o menos sereno. Nos encontrábamos esparcidos por todas partes. La gran capilla del segundo piso durante las últimas oraciones de la tarde ha estado llenísima. Muchos tuvieron que quedarse en el pasillo. Y casi todos éramos jóvenes.

Los hermanos que tienen más de cincuenta años son apenas unos pocos. Los que tienen cuarenta, unos diez o quince.

La mayoría están entre los treinta y los cuarenta. Las tres cuartas partes somos jóvenes: cerca de cuarenta teólogos, sesenta clérigos del estudiantado pedagógico, unos veinticinco asistentes; cerca de sesenta novicios de 1° y 2° año de noviciado, y unos cuarenta coadjutores. Por todas partes se en-

cuentra la juventud, la alegría, pero también la audacia y la entrega para el sacrificio.

Éramos jóvenes, a veces también débiles, pero teníamos una gran confianza en Cristo.

La primera noche en el campo de concentración dormimos profundamente. Hemos pasado una trágica noche y un día aún más trágico. Me duermo sereno, pero en el corazón tengo un pensamiento angustioso: ¿A dónde se habrán llevado a nuestros tres hermanos?... ¿Qué será de nosotros?.

Pero, **¡Cristo vive!**.

2

TRAIDORES, PODÉIS IR A CASA SI...

¿Por qué nos encarcelaron?

¿Nos encarcelaron?

Oficialmente ninguno nos lo ha dicho. Pero lo manifiestan los hechos, las metralletas con las cuales nos custodian, y la policía secreta que se mueve en el campo como por su casa.

En los periódicos, me parece que en Pravda de Bratislava, apareció sólo una pequeña nota de cuatro o seis líneas, sobre la liquidación de los religiosos. En ella se decía que los religiosos habían sido concentrados con el fin de volverlos a su misión original, porque en los conventos se encontraron armas, folletos y otros materiales subversivos.

¡Cuanto más grande la injuria, tanto más corta la noticia!

Los responsables casi se avergonzaban de escribir lo sucedido; o el golpe se preparó tan secretamente que los periodistas comunistas tampoco estaban informados o, y esto parece lo más probable, los ateos militantes estaban convencidos de que si escribían contra los religiosos lo que pensaban, obtendrían el efecto contrario y, por eso, los primeros días callaron.

No se podía inventar contra los religiosos una mentira más injuriosa que la de las armas. Hasta ahora nos llamaban parásitos, aunque trabajábamos de la mañana a la noche. Y de golpe nos convirtieron en unos traidores activos, capaces de sublevar la república. Hasta ahora éramos para ellos unos perezosos, de repente hicieron de nosotros unos astutos agitadores. Pero la gente nos conoce desde pequeños. Tendrían que ser muy ingenuos para creerse todo esto.

¡Sí, compañeros, las armas se encontraron. Pero distintas de las que buscabais. Encontraron los libros de rezo y las bibliotecas, las mesas de trabajo. Encontraron las almas armadas de Cristo, de su fe, esperanza y caridad. ¿Estas armas os estorban?. Por eso nos habéis arrestado como a los hijos de la luz, por la noche. Es más, si queréis, en los conventos se encontraron también armas de metal: los cuchillos en la cocina, las horcas en los

establos, las hachas para la leña en las cabañas, y unas pistolas llenas de hollín que formaban parte del inventario del teatro. Estas pistolas no sería capaz de dispararlas ni quien las fabricó.

Un guardia, durante el registro en Sastin, llamó a su compañero a la habitación que revisaba y dijo: *"Ven aquí, por fin he descubierto un arma"*. Riéndose saca unas tenazas de hierro de atizar el fuego de la chimenea.

Más tarde, en el campo de concentración de Podolínec, un guardia confidencialmente nos declaró: *"Me tomé gran trabajo, porque me importaba mucho asegurarme de que en ningún convento de Eslovaquia se encontraban armas y esto me llena de gozo"*.

Esta es la cara verdadera de la mentira de las armas.

A los traidores les ofrecen la libertad

Quince de abril. El segundo día en el campo de concentración. Estamos como aturdidos. Para los clérigos y los hermanos se celebran en la Capilla dos Misas. Todo el día nos movemos por doquier como podemos. Todos los lugares están llenos de gente.

El camarada Kalonsky y sus compañeros, que son los jefes del campo de concentración de Sastin, antes de la cena, por medio del director P. Babulik, nos transmite la noticia: deben presentarse todos los sacerdotes que quieran ir a las parroquias. Igualmente deben presentarse los clérigos y coadjutores que quieran ir a su casa y después incorporarse al trabajo. Con esta noticia inesperada comenzamos a ver más claro.

Así es que... anteanoche nos condujeron aquí como a unos espías y agitadores, así lo escribieron en los periódicos, y hoy por la tarde ya nos ofrecen la libertad. Durante un día y medio fue necesario hacer de nosotros unos traidores, rodearnos de metralletas y cambiar la casa en una cárcel. Era necesario atemorizarnos a nosotros, ciudadanos libres e inocentes, acabar con nuestra entereza, para que nos sometiéramos a un ultraje todavía más grande. Y supimos que la misma suerte sufrieron casi todas las órdenes masculinas. Hemos oído que los franciscanos de Eslovaquia fueron concentrados en nuestra casa de Sv. Benadik. No sabemos dónde se encuentran los Jesuitas. Los capuchinos de Pezinok permanecen todavía en su convento.

¡Los traidores que se presenten!

Pero, atención, presentaos libremente. Nosotros, ateos militantes, ¡por amor de Dios!, no os obligamos a hacerlo. Y ese temor bajo el que os encontráis desde hace 36 horas, las metralletas y la casa convertida en campo de concentración, eso no es nada. Y si nos rechazáis os escupiremos en la cara, como a unos traidores. La verdad en este estado la fabricamos con las armas.

Entendemos plenamente todo su plan infernal y la situación a la cual bárbaramente pretenden someternos: ellos, con todo su aparato de poder, liquidarán las órdenes religiosas, pero nosotros debemos firmarles que libremente salimos de ellas. Debemos darles con nuestra firma una nueva arma de propaganda: no son ellos los que destruyen las órdenes religiosas, somos nosotros los que las destruimos libre y voluntariamente. Ellos se pueden presentar delante del mundo como unos libertadores, que nos libraron de nuestros superiores, de su presunta presión moral, etc. Y si firmas, ya no puedes decir ni una palabra. Tienen tu firma como "prueba del delito" y pueden procesarte.

Declara que eres traidor

El texto de la declaración de una salida "voluntaria" de la religión nos llegó a las manos, más tarde, al campo de concentración de Podolínec. Decía así:

Declaración

El que suscribe..... nacido en .... Provincia de... del convento de ... he decidido salir de la religión e incorporarme a la vida civil. Con mi trabajo quiero ayudar al esfuerzo constructor de la patria popular democrática.

Esta decisión la hago voluntaria y libremente, sin ninguna presión.

Podolínec, el día ..... de..... de.....

Firma.

Para conseguir esta firma hace treinta y seis horas, a media noche, nos levantaron los guardias y milicianos armados. Para eso nos transportaron en los autobuses y bajo las armas, como a unos presos, en la oscuridad, temerosos del futuro. Día y noche nos custodian en este campo de concentra-

ción. ¡Qué cuidado tan conmovedor!. Rodeados de balas, terror y odio, sólo para que firmemos *"voluntariamente y sin presión"*.

La cláusula final de la declaración: *"esta decisión la hago voluntaria y libremente, sin ninguna presión"* es una cláusula típicamente carcelaria, que se usa durante los interrogatorios, en la firma del protocolo.

Ahora escribe voluntariamente, aunque te hayan privado de la libertad para obligarte. Firma libremente. Con una libertad que se reduce a unos metros cuadrados, rodeados por las armas de los guardias.

Una terrible comedia

¡Compañeros!.

¿Desde cuándo se trata así en este país a los traidores?. ¿Desde cuándo, después de treinta y seis horas se les ofrece la libertad?. Y esto ¿sin ningún interrogatorio, ni proceso?.

En este país, la gente por delito de traición es ahorcada o condenada a muchos años de prisión. Y de pronto, en nuestro caso, una benevolencia propia de otro mundo. No nos interrogan, no nos torturan, no nos procesan. Al contrario, se sentirán felices si tú, traidor, te decides por la libertad y firmas que lo haces libremente.

Verdaderamente uno no sabe qué hacer ante a esa comedia, si reírse con cinismo o arrancarse desesperadamente los cabellos. Te dicen que eres traidor, te pisan el cuello y, al mismo tiempo, te proponen que, si firmas, de ninguna manera eres traidor.

Y esto se hace por medio del aparato estatal, enmascarado con el derecho, y, sin embargo, todo es una mentira y un ultraje.

Esta declaración es la prueba más firme de que lo que digo es verdad. No nos piden que firmemos que no vamos a traicionar al estado, porque saben que no somos traidores. No piden que firmemos que no almacenaremos armas. Piden otra cosa totalmente diferente, algo que no tiene que ver con la traición, ni con las armas. Piden la salida de la religión. Lo que quieren es que renunciemos a Cristo.

Nuestro delito para estos ateos militantes es que vivimos en la religión como hermanos y enseñamos a amar a Cristo y a las almas. Esto es lo que quieren pisotear. Esto es lo que persiguen: destruir la Iglesia.

Nos tienen rodeados de metralletas y dicen que, si firmamos, lo hacemos sin ninguna presión.

Viendo estas mentiras tan reales con las que quieren encubrirlo todo, te sientes, a veces impotente, como un gusano. Nosotros no creemos lo que dicen; la gente de fuera menos aún, ni siquiera los mismos perseguidores se lo creen. Esto es una tragicomedia. Tales mentiras son ridículas, pero a la vez resulta algo trágico, porque bajo el velo de la mentira nos aprisionaron y ahora quieren obligarnos a una firma, suicidándonos a nosotros mismos y liquidando a las órdenes religiosas.

Y... ellos no son verdugos. Esperan, como espera el demonio en la poesía "***Mineros***" del poeta eslovaco Krasko, en la que el demonio espera la traición del poeta.

La desilusión de los Compañeros

Compañeros Kalensky y los demás, en vano habéis esperado nuestras firmas la tarde del 15 de abril de 1950, durante treinta minutos precisos.

Después en vano habéis alargado el tiempo fijado para la firma.

Primero doce horas, luego veinticuatro, después cuarenta y ocho.

Éramos casi trescientos en el campo de concentración, pero ninguno tomó la pluma, ninguno corrió a firmar. Y se encontraban entre nosotros los novicios, muchachos de 15 y 16 años, que todavía no eran salesianos y ninguno fue a firmar.

Compañeros ateos, pensabais acaso que éramos una banda de parásitos, que engañábamos al pueblo, bajo pretexto del amor a Cristo y a las almas. Si fuera así, nos hubiéramos precipitado todos a una hacia el despacho para firmar y escapar de vuestras uñas. ¿Pensabais que los votos hechos a Cristo eran para nosotros como un trapo que se abandona, por meternos en un campo de concentración?. ¿Pensabais que ibais a ser nuestros libertadores del convento?. ¡Qué pensamientos tan ingenuos y medievales tenéis en la cabeza... y estáis siempre hablando de progreso!.

El Espíritu Santo es más potente que vuestros campos de concentración y las metralletas. Los salesianos, a pesar de la humana fragilidad, han permanecido, gracias a Él, firmes, sin claudicar de sus convicciones. En vano habéis conducido a los superiores de nuestras casas al campo de concentración de Pezinok.

Hemos entrado en la religión no bajo presión, ni tampoco bajo presión

vivimos en ella. Cada uno tiene su superior en el interior: la conciencia, y ésta se la consagramos a Cristo.

¡Cristo, tú sabes bien por qué te hemos seguido, sabes por qué no corríamos a firmar. Esto era un asunto de cada uno contigo. Nos das la fuerza de no ser cobardes y de no romper los lazos contigo!.

Después de unos días llegaron dos señores del Oficio Estatal para los Asuntos de la Iglesia en Bratislava. Eran unos pobres ignorantes. También vinieron para recoger las firmas. Se presentaron ante nosotros, pero no sabían decir ni una palabra correcta, y después de dos frases sin contenido se marcharon. Sólo venían por las firmas. Es evidente que el Oficio Estatal para los Asuntos de la Iglesia es una institución antirreligiosa.

Tampoco esta vez fue ninguno a firmar, y con más firmeza todavía que en la primera oportunidad.

Los primeros días en el campo

Los primeros días en el campo se desarrollaron entre el juego, el trabajo y la oración.

Nuestro valor durante los primeros días se manifestó también en el hecho de que en los momentos de descanso nos dedicábamos a jugar a voleibol. Comenzaron los más jóvenes, los novicios de Hody, enseguida siguieron los demás y pronto se llegó a jugar en cuatro redes.

El juego ayudaba a relajar los nervios, alejaba de la mente la terrible situación, ayudaba a superar la angustia y la incertidumbre del momento que vivíamos. Por eso los primeras días se jugaba mucho. Las mesas de pingpong estaban ocupadas de la mañana a la noche. Se jugaba también al futbolín, y los que sabían música se sentaban en los armonios.

La comida la hacíamos en dos turnos. En dos turnos hacíamos también los rezos en la Capilla. La oración, especialmente la santa Comunión, nos fortalecía mucho.

Nos animábamos durante las conversaciones. Sacábamos fuerza de los libros religiosos. Los sacerdotes organizaban la adoración en la Capilla durante todo el día. El mismo ejemplo siguieron los clérigos y coadjutores. Cada uno, según lo programado, estaba una hora diaria delante del Santísimo.

Y así, poco a poco, iba desapareciendo de nosotros la terrible sacudida de la primera noche; al menos por fuera, porque en el interior uno sabe que no desaparecerá tan fácilmente; estará presente durante meses y años.

Como estamos reunidos de tantas casas, nos vamos familiarizando unos con otros. Cada grupo tiene su aula de estudio, un lugar donde leer, etc. Pasado el primer domingo en el campo de concentración, los superiores de los diversos grupos pensaron en la conveniencia de continuar el año escolar interrumpido. Evidentemente la policía secreta y los llamados "Superiores" no deben saberlo. Ellos confían que la inactividad debilitará nuestra constancia.

Los teólogos tienen dos clases por la mañana y una por la tarde; lo mismo los clérigos del estudiantado pedagógico y los novicios.

Los clérigos asistentes[1] tienen en este sentido algunos problemas, porque están acostumbrados al trabajo diario, pero estudian música, lengua italiana y tienen debates sobre varios argumentos.

En estas circunstancias las clases se desarrollan con dificultad. Aquí se ve cómo los crueles acontecimientos absorben toda la atención. Es difícil atender a las clases; difícil también concentrarse en la sala de estudio a pesar de los esfuerzos. Pero es necesario liberarnos de la incertidumbre y de la angustia. Y gracias a este esfuerzo continuo de los superiores la cosa camina, dentro de lo posible. Con frecuencia sucede algo imprevisto y hay que hacer un nuevo esfuerzo de adaptación. Es admirable cómo se estudia en esta continua tensión nerviosa, pero el estudio libera.

Nuestros familiares

Nuestros familiares se enteraron de la tragedia la misma mañana del 14 de abril de 1950. La noticia se divulgó como un rayo y suscitó indignación y lágrimas.

Las lágrimas y la rabia se apoderó no sólo de nuestros familiares, sino también de millares de muchachos y jóvenes que frecuentaban nuestras ca-

[1] Clérigos asistentes son los que después de haber hecho los estudios en el estudiantado pedagógico, salen a las casas para hacer tres años de trabajo práctico. Por eso en la situación de pasividad del campo de concentración encuentran más dificultades para organizar sus cursos.

sas, de millares de parroquianos, bienhechores y colaboradores que formaban nuestra familia espiritual. Algunos cerraban los puños, otros rezaban, otros lloraban. Se puso en evidencia nuestra unión en Cristo; nosotros los queríamos a todos y ellos lo sabían. Veían en nosotros la caridad que no encontraban en otro sitio, un amor sincero, cordial, no sentimental, sino abnegado, a veces hasta heroico.

El mismo viernes, 14 de abril, llegaron a Sastin los familiares de algunos hermanos, pero no les dejaron entrar. Delante de la casa estaban las madres y las hermanas, con el rostro lloroso; los padres y los hermanos con rostro sombrío, todos en actitud de viva protesta por lo sucedido.

Huyendo del guardia, los mirábamos a escondidas desde las ventanas. El sábado por la mañana, en el Santuario Nacional, las madres lloraban, se quejaban a la Santísima Virgen de los Dolores por su pena tan semejante a la de Ella, por su aflicción. Después pudieron encontrarse con sus hijos en la celebración de la eucaristía y, más tarde, las dejaron entrar también a visitarlos en el campo.

El domingo 16 de abril, llegaron centenares de familiares. Los dejaron pasar en grupos al patio cuadrado y durante 20 ó 30 minutos pudieron hablar con nosotros. Todos estaban preocupados. Les dábamos ánimo y los exhortábamos. Les pedíamos oraciones para saber qué hacer en esta situación y para poder cumplir la voluntad de Dios en estos momentos difíciles. Nos trajeron cuanto pudieron para comer, pero ninguno nos instaba a regresar a casa. Ninguno nos pedía que saliéramos de la religión para mitigar su dolor, ninguno nos sugería que evitáramos el riesgo desconocido, si no firmábamos.

A pesar de su preocupación, se mantenían firmes y regresaban a casa mucho más serenos.

Doscientos, trescientos hombres diariamente

En masa nos visitaban después los jóvenes y muchachos de los oratorios, los feligreses, bienhechores y colaboradores. Llegaban de Bratislava, de Trnava, Nitra, Topolcany, Hody y de Benadik, de todos los lugares donde teníamos casas. Llegaban también las gentes de pueblos y ciudades donde predicábamos misiones populares y retiros. Cada mañana doscientos o trescientos hombres impacientes rodeaban la entrada del campo. Traían los mismos sentimientos de nuestros familiares. Nos contaban

lo que habían sentido cuando supieron lo del 14 de abril. Como una corriente eléctrica la noticia voló por pueblos y ciudades. También a ellos los animamos. Se iban decididos a seguir a Cristo. Les dimos un fuerte apretón de manos en la despedida, pensando que sería la última vez que nos veríamos. Igualmente les pedimos que rezaran incesantemente por nosotros.

¡Adelante, adelante!

"¡Adelante, adelante!, trabajad por Cristo y por las almas", les decíamos al despedirnos de nuestros muchachos. Esperamos que Cristo oiga esta súplica y les dé más valor que nunca. En la opresión y en la injusticia deben ser heroicos. Y lo serán, si no se dejan arrastrar por el desaliento y si no se apoyan sólo en sí mismos.

Después de meses y años de esclavitud brotarán de la tierra nuevos cristianos. Acabará ese cristianismo a medias, insincero y, a veces, hasta repugnante. Se quemará todo lo que es paja. Morirá todo lo que es etiqueta. Las tumbas blanqueadas se abrirán y echarán un hedor insoportable. En su lugar crecerán nuevos corazones moldeados por el dolor, crecerán las nuevas ciudades cristianas, como ciudades construidas en la montaña. En el puesto de la sal, que era necesario pisotear, aparecerá la sal químicamente pura, totalmente católica.

El patio cuadrado del campo, donde se reciben las visitas, es diariamente un testimonio de caridad, de gozo y de encuentro fraterno. La mayoría no sabemos expresar lo que sentimos: a veces parecen que los sentimientos duermen; otras que arden, pero ninguno lo puede precisar. Lo que siente cada uno es, creo, el deseo de permanecer fiel. Decisión y entusiasmo.

La decisión de seguir a Cristo, máximo valor del mundo, del universo. Entusiasmo por su verdad y doctrina eterna, por su amor y por una vida digna de esta tierra, que sólo puede ser realizada por su fuerza y amor.

Entusiasmo por la vida eterna, por la eterna hermosura y amor, donde uno casi desaparece en Dios.

Esta decisión no disminuye ni aun cuando secretamente hemos conocido que nos encontramos en un campo de concentración. El nombre oficial de nuestra casa es: ***Campo de concentración de Sastin***.

Efectivamente nos encontramos en un campo de concentración, aunque nuestros enemigos quieran hacernos ver otra cosa. Con la mentira

quieren apaciguarnos como a niños, para que firmemos. Sabemos que cada mañana en el Santuario de la Virgen de los Dolores "rezan" también algunos de la policía secreta. Durante la visita giran a nuestro alrededor. Lo que quieren es que firmemos. Estamos convencidos de que somos inocentes y también lo saben muchos de los guardias que deben liquidarnos. Todo es falso, torcido.

Pero Cristo permanece, Camino, Verdad y Vida.

¡Jesús, queremos serte fieles, pero danos la fuerza!.

¡Qué difícil es vivir en incertidumbre!

Tenemos las visitas y las clases, jugamos, rezamos mucho, y amamos a Cristo. Pero vivir en continua incertidumbre no es fácil. Hay que vivir el minuto; delante de ti no tienes nada cierto. No sabes qué comenzar, ni si terminarás lo que has comenzado. Cada minuto puede traer un cambio y destruir tu plan. Una nueva noticia cambia la situación, y a esa nueva situación debes ajustarte.

En este estado de ánimo instintivamente se agudiza la atención hacia cualquier noticia. Para muchos es casi una obsesión su futuro. Nos encontramos fuera del ritmo normal de la vida y presionados por la inactividad. Por eso el subconsciente y el inconsciente se dirigen hacia la recuperación del equilibrio perdido. Día y noche nos ataca el instinto de conservación, que pide que se resuelva cuanto antes esta situación.

Los más afectados son los sacerdotes y los coadjutores. Los clérigos sufren menos, por tener diariamente tres clases y la preocupación del estudio. Su fantasía joven vive estas noticias con mayor vivacidad, pero no tan profundamente como los sacerdotes.

Un cambio brusco

El primer cambio en el campo fue la partida de los novicios de primer año, venidos aquí de nuestra casa de Hody. No era propiamente noviciado, sino un seminario menor[2] de estudiantes de quinta clase de bachillerato.

[2] Entre los salesianos suele llamarse "aspirantado", pues allí estudian los que aspiran a ser salesianos.

Después de este estudio debían entrar en el Noviciado. Ya en el año escolar 1949-50, el gobierno no nos había permitido el aspirantado. Los superiores decidieron salvar, al menos, este grupo de aspirantes, declarándolo como primer noviciado. Tenían una conferencia espiritual una vez a la semana y seguían el programa de quinto de bachillerato.

Desde los primeros días en el campo de concentración, los salesianos mayores se reunían para tratar sobre nuestra situación, y creo que fueron ellos los que decidieron que estos estudiantes de 15 y 16 años, que según el Derecho Canónico no eran novicios, regresasen a sus casas. Los muchachos, tras esta decisión, insistían cada día ante el jefe del campo, Kalensky y ante el comandante de los gendarmes, Polacek.

Una vez iban ellos, otras mandaban una delegación. Alegaban que no eran salesianos, que muchas de sus cosas personales habían quedado en Hody, porque sólo les dieron diez minutos para empaquetarlas. Los gardianes les hacían promesas y promesas, llegándose hasta a hacer broma de ello.

Un ensayo de despedida

Por fin, después de unos cinco días, en Bratislava decidieron que los aspirantes debían marcharse a sus casas. Se preparó a los muchachos con los convenientes consejos espirituales. En general no partían con mucho gusto, aunque se libraban del campo de concentración. Nosotros queríamos despedirnos de ellos muy fraternalmente y con entusiasmo, queríamos dejarles en el alma una gran huella: que la Santísima Virgen iba con ellos y que con su partida su vocación no moría. Pero los jefes pensaban de otra manera.

A las tres de la tarde llegó un guardia con la orden de que los aspirantes debían arreglar sus cosas en diez minutos. El tren salía dentro de cuarenta minutos y del campo a la estación se tardaba un cuarto de hora.

Algunos queríamos despedirnos de ellos a toda costa. Comenzamos a reunirnos en el corredor del primer piso, donde dormían los aspirantes. El guardia insistía en que se dieran prisa. Se armó un gran jaleo. El corredor se llenó de polvo de los colchones de paja. Así era imposible organizar una buena despedida.

La policía gritaba para que se marcharan. A nosotros no nos importaba nada y comenzamos a cantar:

"En el camino de nuestra vida
Cuando se apaga la luz de las estrellas,
a través del estruendo del mar,
¿quién nos conducirá?
María, sublime y hermosa,
la estrella del cielo más clara,
María es nuestra esperanza,
Ella nos guiará"

Al comenzar este canto lleno de esperanza, todo el ruido del corredor se calmó. Todos entendimos la gravedad del momento.

Cuando terminó el canto alguien gritó: ***"¡Adiós, hermanos, adiós!"***. Nuestros corazones sangraban. Cargamos con las maletas y los sacos de nuestros hermanos y bajamos al entresuelo, junto a la salida del campo. Los reunieron en el despacho y les dieron instrucciones. No debían difundir fuera nada referente al campo de concentración. Si lo hacían, esto podía perjudicarles en el futuro.

Con estas instrucciones, es evidente que nuestros carceleros sabían muy bien que no estaban obrando bien. Pedían a los muchachos silencio, y les amenazaban. La gente no debe saber lo que sucede en Sastin. No deben saber que a los presuntos traidores, casi se les suplica que firmen su salida de la religión. La oscuridad y la injusticia tienen miedo a la luz del día.

¡Pero, compañeros, ¿qué queréis ocultar?!.

Diariamente llegan aquí doscientas o trescientas personas a visitarnos y ellos conocen muy bien todo lo que aquí está pasando.

La despedida y la intervención de la policía

Estas "instrucciones paternales" en el despacho, duraron hasta las cuatro menos cuarto y los novicios no podían ya partir en el tren de las tres cuarenta. El tren siguiente salía a las seis menos cuarto. Pensábamos que entonces tendríamos un rato para ir con los aspirantes a una sala de estudio y despedirnos, porque el ensayo de despedida en el primer piso, a pesar de todo el entusiasmo, había quedado como algo truncado.

Pero comenzaron a llamarlos de nuevo al despacho, esta vez uno por uno. Comenzaron dándoles el dinero para el viaje. Pero estaban con cada uno mucho tiempo. Teníamos la impresión de que nos querían cansar con

tan larga espera, para que nos fuéramos, por fin, cada uno a su puesto.

Sin embargo, nosotros perseverábamos.

Eran ya las cinco y diez. Dentro de treinta minutos partiría el tren con los novicios. Ya no se podía pensar en la despedida. Momentos después pusieron a los aspirantes en fila, de dos en dos, y les dieron un paquete de comida para el viaje. Pensamos: Ahora les darán la orden de salida, ¡ahora o nunca!

En el pasillo resonó una dolorosa canción mariana:

> ***"No nos abandones, no nos abandones, ¡Madre, no nos abandones!. Los hijos perecen, llevan la culpa, en la penitencia lloran. Tú clama al Señor que nos proteja y cura la llaga del alma. No nos abandones, no nos abandones, Madre, no nos abandones".***

Terminado el canto, uno de los clérigos se despidió brevemente de los aspirantes y uno de ellos le contestó, expresando el gran dolor que sentían al tener que dejar su insignia de seminarista. Con entusiasmo y decisión declaró que no renunciaba a su vocación y que también en la nueva situación estaba dispuesto a defenderla. Ellos lloraban y nosotros también teníamos lágrimas en los ojos...

¡Hermano policía, no sé cómo te llamas. Te encuentras a unos pasos detrás de mí; tienes orden de vigilarnos. ¿Por qué, ahora, lloras tú también?... Lloro por el mismo motivo que tú. Te comprendo!.

Cuando el novicio terminó sus palabras de despedida, se oyó, como un trueno, el canto:

"¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!"

El canto hacía retumbar las paredes del pasillo. El comandante de los policías, Polacek, salió del despacho, así como el jefe del campo, Kalensky y los demás que estaban cerca. Cuando acabó el canto, un sacerdote quería todavía hablar y dar la bendición, pero Polacek le interrumpió: ¡Basta!.

En silencio los aspirantes recibieron los paquetes de comida. Después les llevamos las maletas fuera del campo; les dimos el último adiós, un adiós doloroso, pero lleno de audacia y de coraje.

Apenas los novicios-aspirantes se marcharon del campo, los policías corrieron a la estación. Al novicio que había dicho las palabras de despedi-

da le quitaron el manuscrito. Presentíamos que sus palabras llenas de valor, tenían que haber herido en lo más profundo a nuestros carceleros.

No éramos simplemente unos hombres jóvenes, como a primera vista parecía, sino que detrás de nuestra apariencia exterior ardía la decisión de permanecer fieles a Cristo, a pesar de estar rodeados de armas.

Se dieron cuenta de que nuestro interior estaba dispuesto, de que esta incertidumbre terrible del campo no nos descomponía. Por eso tenían que usar nuevos métodos: tenían que castigarnos.

El comandante Polacek fue a ver al director salesiano Babulik y le reconvino por la despedida.

¿Lo hacía convencido o quería quedar bien ante sus superiores?. Según mi opinión, los responsables de la vida del campo eran el jefe Kalensky y sus compañeros. Los gendarmes tenían sólo el papel de vigilarnos. Si alguien quería protestar, lo debía hacer a Kalensky.

Pero, ¿por qué tenía que protestar también Polacek?.

Con la protesta no acabó todo.

Antes del último rezo del día, el P. director, Babulik, nos anunció que por haber violado la disciplina, a partir del día siguiente se impondría en el campo un nuevo horario. Según éste, los sacerdotes no podrían celebrar ya la Misa en el Santuario Nacional de la Virgen de los Dolores.

En el Santuario se celebrarían sólo tres misas para los fieles. Prohibieron todo contacto con la gente a través del Santuario. Prohibieron también las visitas. Cada día por la mañana, a las ocho, todos teníamos que reunirnos en el corredor del segundo piso. Allí leerían nuestros nombres y controlarían si estábamos todos. Allí comenzarían a distribuirnos para los diferentes trabajos. Desde las ocho hasta las doce y, por la tarde, desde las dos hasta las seis. En cada corredor pusieron un guardia.

Esta despedida tan inocente supuso un cambio despiadado. Nuestros jefes de campo tenían que enviar todos los días una nota escrita a Bratislava, al Despacho estatal para los asuntos religiosos. El relato de la despedida debió ser muy negativo. Debieron ponerle mucha fantasía. La verdad es que no queríamos, tan fácilmente, abandonar a Cristo.

Los compañeros se convencieron de que estábamos firmes en nuestra vocación, que en vano esperaban nuestras firmas y, por eso, comenzaron a planear una nueva etapa para nosotros, para acabar con nuestra firmeza.

¡Y nosotros, de esto, no teníamos ni la menor idea!.

3

UNA NUEVA NOCHE TRÁGICA

Los últimos días en Sastin

Transcurrimos los últimos días ante una nueva tempestad, siguiendo el nuevo horario que habían establecido como castigo por la despedida hecha a los aspirantes.

Cada mañana teníamos que colocarnos en fila para el control. Los sacerdotes que no podían celebrar en el santuario de la Virgen de los Dolores, celebraban ahora en la capilla y en una sacristía grande en el segundo piso. Colocamos allí muchas mesas transformándolas en altares.

Nuestros padres, de nuevo impotentes, esperaban delante de la entrada del campo, porque no les dejaban entrar. Se iban a llorar su dolor al Santuario de la Dolorosa. La prohibición de las visitas duró dos días. Después, con cierta limitación, las permitieron de nuevo. En estos días, cada uno enviaba a su casa las cosas personales que no necesitaba. Muchas maletas y paquetes salieron del campo de concentración de Sastin. Queríamos salvarlos como de una casa en llamas o próxima a derrumbarse. Vivíamos en una terrible incertidumbre. Aparentábamos estar alegres y cordiales, para que nadie sospechara cómo nos sentíamos y vivíamos.

Los clérigos del estudiantado pedagógico discutían con los superiores cómo debían vivir su vida religiosa, si les obligaban por la fuerza a marcharse a sus casas. Durante estos debates, en el corredor, delante de la sala de estudio, se apostaba disimuladamente un clérigo como guardia. Su oficio era entrar en la sala apenas se acercara un gendarme o uno de los jefes del campo. En este caso, el debate se interrumpía y cada uno leía algo o charlaba con otro. Los diálogos eran sobre cómo hacer los actos de piedad en la posible situación de tener que irse a sus casas, cómo ser fieles a los votos, cómo estudiar y ser fuertes y fieles a Cristo, también allí.

No se trataba de una discusión extraña, meramente hipotética. Estaba en el aire nuestra suerte, de algún modo presentíamos nuestro futuro desconocido. Era necesario discutir de algo que se podía prever, para que no nos afectara después. Ahora discutíamos con una fe inquebrantable, con un optimismo juvenil.

Una sorpresa dolorosa

Una noche llegaron a nuestro campo dos nuevos habitantes. Los trajeron en un coche con las maletas y las cosas personales. Venían un poco embriagados, al menos el padre NN. de Skalica lo estaba. Por la mañana supimos que se trataba de dos padres franciscanos y que iban a ser desde ahora los párrocos de Sastin. Provisionalmente los alojaron en el cuarto de huéspedes del primer piso, cerca del despacho del director. Si después de su llegada todavía siguieron bebiendo, no lo sé. Un adulto que ayudaba en la misa del Santuario Nacional me dijo que el Padre NN. estaba bebido también en el altar. El ayudante de la misa le oyó tartamudear: "*Todavía me falta la jurisdicción, me la procuraré*".

La idea que para ser párroco de un lugar se necesita el mandato del Obispo no abandonaba al P. NN ni en ese estado. También en el corredor, dos o tres veces, le dijo a alguno que quería procurarse la jurisdicción y que para ello iría a visitar al Obispo. ¡El sentido jurídico y eclesial obraba en él, a pesar del alcohol!

La venida de estos dos padres nos indignó y escandalizó. Los gendarmes y jefes del campo se reían de ellos a sus espaldas. Nuestra presencia la sintieron, pienso, como un reproche, especialmente cuando vieron a tantos jóvenes que no dejaban a Cristo ni a pesar del campo de concentración. Durante todo el día se les vio poco en el corredor, y la comida se la llevaron a su habitación. Por la noche pidieron sólo una cena ligera.

Con gran sorpresa para nosotros, al día siguiente los cogieron y los llevaron no se sabe dónde... El adulto que ayudaba la misa del P. NN, nos dijo que el padre, durante la misa, lo llamó al altar y le dijo: "*Nosotros no queríamos irnos de nuestras parroquias. Nos obligaron. Nos daban de beber*".

¡Cristo, ten piedad de nosotros!. Ten piedad de tus sacerdotes frágiles!... Algunos de nosotros deseábamos la muerte antes que ir al altar en ese estado indigno.

Estoy reflexionando sobre el por qué a los padres los trajeron con tanta prisa y con tanta prisa se los llevaron. ¿Nos querían hacer ver lo fácil que

es remplazar unos párrocos por otros?. Ellos habían perdido sus parroquias, ¿pretendían simplemente decirnos que podíamos también nosotros perder la parroquia de Sastin y con ella el último punto donde algunos de nosotros podíamos aún vivir, aunque no como salesianos?. ¿O sucedió que cuando vieron que la presencia de ambos padres había producido una reacción distinta, se los llevaron, por eso, a toda prisa?.

No sé qué interpretación dar al hecho.

¡Cristo, quédate con nosotros y asiste a ambos padres!.

La fiesta de familia en el campo

El 23 de abril de 1950 se celebra la fiesta de San Adalberto, y Adalberto se llama el Director de nuestra casa de Sastin, convertida ahora en campo de concentración. Con el permiso del comandante Polacek, pudimos expresarle durante la comida nuestras felicitaciones. El onomástico del Director ha sido siempre en nuestras casas una gran fiesta de familia, la fiesta de un amor paterno, que no es sólo característica del director, sino de todos los salesianos que trabajaban junto con él por el bien de la juventud. Lo felicitaron los delegados de todos los grupos. Éramos 250 en este campo, hombro a hombro, corazón con corazón.

Después de las felicitaciones, los clérigos del estudiantado pedagógico cantaron un canto maravilloso de Riller: ***Los mártires en la arena***.
De esa manera nos sentimos también nosotros en la arena. Con violencia nos han traído de todas partes. Alrededor del campo se encuentran las bayonetas y las armas automáticas, también ahora durante las felicitaciones; delante del comedor se encuentra un gendarme como guardia; nuestro futuro es desconocido, nos encontramos hoy impotentes como los mártires en la arena; y el mal está presente aquí, como los emperadores en el anfiteatro.

Por eso, es necesario orar y más orar. Al cantarla, la plegaria de los mártires en la arena nos penetra hasta los huesos. Su oración es ya nuestra, cuando en la arena del campo de concentración con súplicas cantamos gritando:

"*¡Gran Dios, nuestro Jesucristo eterno!...*
¡Gran Dios, nuestro Jesucristo eterno!"....

Y en el corazón nace una decisión, a pesar del dolor y las lágrimas:

"*Cristo, contigo lo soportaremos todo,*
también en la arena del mundo,
si nos arrojan a ella".

Sentí cómo todo el comedor, de una gran asamblea de salesianos checoeslovacos, se transformó y se convirtió en una hoguera de entusiasmo en medio del dolor.

Nuestros profundos sentimientos alcanzaron el punto supremo, cuando el Padre Adalberto se levantó para agradecer. Habló poco y con una voz muy alta e imponente. Parecía sumamente apenado e interiormente torturado. Era incapaz de emitir otra cosa que estos gritos ausentes: "*Les agradezco, les agradezco.... desde el momento en que se llevaron de Sastin al Padre Drgon, yo estoy fuera de mí.... Hermanos queridos, no os olvidéis jamás que sois salesianos y tenéis los votos.!*".

Las lágrimas se asoman a los ojos... un gran silencio..
¡Jesús, qué futuro tan desconocido delante de nosotros!

¡Apreciado Padre Inspector!

El Superior de los padres salesianos checoeslovacos era el P. José Bokor. En 1924 él, junto con otro padre salesiano, llegaron a Sastin para fundar la primera casa salesiana en Checoeslovaquia. Desde 1939 dirigía toda la obra, como inspector [provincial] y principal iniciador...

Padre Inspector:

Nosotros nos encontramos desde hace diez días aquí bajo las armas, pero ¿dónde se encuentra el capitán de nuestra nave?. ¿Qué han hecho con Usted?. Los últimos días de su libertad los pasó aquí, en Sastin, y el 12 de abril partió hacia Krnov a la empresa Rieger. Allí están terminando el mayor órgano de la Europa central, destinado al Santuario Nacional de Sastin. ¿Es verdad que durante aquella trágica noche lo cogieron en la casa de los salesianos checos en Moravska Ostrava?. ¿Es verdad que lo golpearon?. Y ¿qué acaeció después con Vd. cuando lo sacaron de Ostrava?. ¿Se encuentra entre los vivos?.

Apreciado Sr. Inspector: Me gustaría enviarle estas líneas a los cuatro rincones del mundo y, si lo encuentran, sepa que Jesús y nuestra Madre Auxiliadora nos acompañan y, por eso, somos fuertes y decididos... Nuestros cabellos se pondrán por todo esto grises, lo sé. Se Pondrán... Pero no importa, es por Cristo.

Otra de tantas noches trágicas

Lunes 24 de abril de 1950, en la incertidumbre y con esperanza hemos comenzado esta nueva semana. ¡Me siento tan extraño en este campo, a pesar de que estoy haciendo todo lo que puedo y considero conveniente!. Pero no es posible acostumbrarme a un campo de concentración.

Durante la recreación del mediodía se celebró un encuentro de voleibol de gran calidad: jugaban teólogos contra jóvenes sacerdotes. Nos encontrábamos allí casi todos llenos de alegría, aplaudíamos el excelente juego de nuestros hermanos. Al patio salieron también unos gendarmes y policías secretos, que con fingida admiración seguían el juego. Viéndolos, uno tenía la impresión de que, tal vez, todo fuera a ir mejor. El comandante de los gendarmes, Polacek, no estuvo durante todo el día en el campo, regresó al atardecer.

Es costumbre en las casas salesianas celebrar el 24 de cada mes con especial veneración hacia nuestra madre María Auxiliadora. Es algo semejante a los primeros viernes. Este 24 lo vivimos, si cabe, con mayor fervor, sin sospechar, en absoluto, las órdenes que Polacek había traído de Bratislava.

Y de nuevo otra noche... una noche de abril oscura y profunda. A las 12'30 un hermano me despierta con una pregunta angustiosa: "oye, ¿qué es esto?. Ante el Santuario llegan y se paran autocares, están iluminados y vacíos".

Me repugna tener que levantarme. Me parece que es una terrible pesadilla, de la que no puedo despertar. El hermano me dice: "Ya son seis los autocares; nos van a llevar de aquí!!!".

Seis autocares. En seis autocares no cabemos todos. ¿A quiénes van a llevarse ahora?. De verdad, ¿a quién?. Lo dedujimos enseguida: o se llevan a los sacerdotes y a los teólogos, para así separarlos de los salesianos más jóvenes, o se llevan a estos y dejan a los otros.

Con cierta torpeza me visto, siento como si algo comenzase a pincharme las entrañas. Voy a la ventana y observo la situación. Por doquiera luz y

más luz. Los grandes coches están como unas bestias modernas, hambrientas. Por todas partes, muchos gendarmes, con uniformes verdes y armados. Los gendarmes se mueven a toda prisa, las voces de los hombres se oyen hasta aquí.

Sí, Señor, una mitad será arrestada; pero, ¿a dónde, Jesús mío, a dónde los llevarán?... Corro al segundo piso, al gran dormitorio de los jóvenes salesianos del estudiantado pedagógico, despierto a dos de ellos y les informo de la situación. Queremos, discretamente, despertarlos a todos y darles aviso para que esta nueva invasión nocturna no les afecte demasiado. Hablamos en voz baja. Estoy a punto de salir, cuando de golpe se abre la puerta del dormitorio. El comandante Polacek enciende la luz y grita: "*Muchachos levantaos, hay que marcharse*".

Compañero comandante, es fácil para Ud. decir, hay que marcharse. Pero, ¿a dónde?...

Enseguida me doy cuenta de que no son algunos los que se marcha, sino todos. Pero, ¿a dónde?. Estoy casi atontado, aturdido. La sangre se me sube a la cabeza, siento su fuego. Siento también una angustia desconocida en lo profundo de mí. Externamente parezco bastante sereno. El ímpetu de la sangre en el cerebro me impide razonar. Mientras recojo mis cosas personales, estoy muy distraído y en algunos momentos, casi no sé qué hacer. Hablamos entre nosotros, pero de una manera extraña. Emitimos algunas frases, pero todo con mucha dificultad, cuando uno dice algo es incapaz de pensar un momento lo que ha dicho.

Nos han dado 15 minutos para recoger las cosas, y ya comienzan a gritar en los corredores. Quieren que salgamos. En este nuevo ultraje está presente también el encargado de los asuntos internos del Estado, Doctor Okali de Bratislava. Quince minutos para recoger las cosas es demasiado poco. Leen los nombre de nuestro grupo, pero salen al corredor sólo unos pocos. Siguen leyendo los nombres de los otros grupos, pero tampoco ellos están preparados; al final dejan de llamar y cada uno sale cuando y como puede. Pero ¿a dónde nos arrastran?, ¿A dónde nos llevan?. Todos estamos obsesionados con estas preguntas. Las dicta el elemental instinto de conservación, que en estos momentos, con toda su fuerza, se apodera de todo el ser y lo sacude.

Jesús, Tú también estabas con nosotros esta noche

De veras. Jesús, cuánta fuerza nos has dado también en esta trágica noche. Nos vamos sin lágrimas, caminamos sin lamentos. Nos marchamos sin gritar, sin desesperación. Nuestros rostros están serios y reflexivos y al subir a los autocares sonreímos, aunque transidos de dolor. Una paz y un equilibrio inexplicable emana de lo más profundo de nuestro ser en este momento de angustia...

"En la Capilla distribuyen la santa Comunión", se avisa en el campo a los que todavía no han salido. Es verdad, Jesús, es verdad, nos llevan a un lugar desconocido, no sabemos si mañana podremos recibirte. Un joven sacerdote, cansado, distribuye con toda tranquilidad en la capilla el Pan de Vida. Acaso por eso está tan tranquilo, porque tiene en sus manos un gran copón con las Formas Sagradas. Llegan continuamente los nuevos presos **de Cristo**, y cada uno recibe nueva fuerza, para ir a un lugar desconocido.

Al final el sacerdote trae el ostensorio con la hostia grande. Alguien lo envuelve en un pañuelo y lo lleva a su maleta. Consumimos todas las hostias pequeñas del copón, somos varios y pasan unos quince minutos. Uno tomó el copón y lo escondió entre las mantas. De repente alguien pregunta: ¿Nos llevamos también los cálices?. ¡¡Llevémoslos!!. ¿Y los ornamentos de misa?. También. Los recogimos y los llevamos, con la tenue esperanza de, tal vez, poder salvar algo.

Salí del campo de concentración entre los últimos. El número de autocares había llegado a 9, y todos estaban repletos de hermanos. Todo estaba rodeado de gendarmes. En los coches entraron también los gendarmes: en algunos, dos; en otros, tres o cuatro. Todos con armas automáticas.

Algunos coches comenzaron a moverse, pero, a la vez, se movían las oraciones y los cantos. Los gendarmes empezaron a gritar y los cantos se apagaron. No se puede "violar" el silencio nocturno. El pueblo no debe saber nada de este nuevo rapto.

¡Qué profunda y bella es esta noche de abril llena de estrellas...! Son las dos y media de la mañana cuando nos llevan. En la fachada del Santuario Nacional resplandece en la noche una gran inscripción de oro:

"***Virgen de los siete dolores, a ti te canta el país checoeslovaco***".

Desde una ventana en Sastín nos contempla una cara desconocida y pálida, acaso el único testigo de lo acaecido. Al llegar a la carretera, los autocares se pararon y formaron una columna.

En algunos coches teníamos pequeñas estatuas de San Juan Bosco y en el noveno, que era el más pequeño, uno de los clérigos llevaba en brazos la estatua de María Auxiliadora. La Madre invisible y potente, iba con nosotros al frente de este nuevo rapto, camino hacia un lugar desconocido. María es nuestra esperanza. Ella nos conduce.

La noche era profunda y llena de estrellas, cuando te dejamos, Madre Dolorosa, en Sastin

Nos llevan a un lugar desconocido

La columna de autocares sale de Sastin en dirección del pueblo de Kuklov. En nuestro coche comenzamos las oraciones de la mañana; pero yo no sé si me doy cuenta de lo que voy rezando. Me atormenta la incertidumbre, que parece casi una fiebre, y una fiebre parece también la que mueve los autocares. Atravesamos el pueblo Kuklov. Las luces de las lámparas contemplan con pereza la noche... Y allí está la pequeña iglesia de Kuklov. ¡Señor, ¿a dónde nos llevan?!.

Por la calle caminan dos obreros, seguramente a tomar el primer tren para ir al trabajo. ¿Qué pensarán al vernos así?

Y de nuevo corremos, atravesando la oscuridad. Mi oración, llena de angustia, sigue distraída e impotente. Al pasar la estación de ferrocarriles de Sekule sigo el movimiento de la caravana con una gran tensión: cuando lleguemos al cruce ¿nos dirigiremos hacia el norte, a Moravia, o hacia el sur a Bratislava?. Siento cierto alivio cuando la columna se dirige a Bratislava.

¿Nos llevan acaso al campo de concentración de Podolínec?. Alguien en Sastin lo mencionó, pero no lo creemos. Si nos condujeran a Podolínec, ¿por qué no nos llevan a Trnava en dirección este?. Podolínec se encuentra en Checoslovaquia oriental y nosotros estamos en la occidental... ¡Cuántas cosas posibles e imposibles se mezclan con mis rezos!.

En la carretera asfaltada por la que vamos, hay unas curvas de casi dos kilómetros de largo. No las olvidaré hasta la muerte. En cada vuelta podíamos ver toda la larga columna de coches, que marchaban a unos 150 me-

tros el uno del otro. Los reflectores llenaban la distancia entre ellos. Así, toda la columna formaba un único torrente de luz, largo de casi dos kilómetros, un torrente que sin cansancio se deslizaba en la noche. Uno de los hermanos, en una de estas vueltas, exclama con entusiasmo: esto es una marcha triunfal, y lo repite también en italiano. Lo dice con una voz velada, pero con orgullo. La vista es hermosa, lo reconozco también yo, pero ¡qué tragedia lleva consigo!.. Ciertamente, si lo miramos a través de la fe, se puede hablar de una marcha triunfal, aún cuando la débil naturaleza humana no lo entienda demasiado. Cristo en triunfo se lleva a sus 250 testigos a un lugar desconocido, llenos de una fe y amor tales, que se dejan arrastrar por las manos de sus propios enemigos.

¡Jesús, es tu triunfo!. ¡A ti también te prendieron en una noche!. Es tu triunfo, aunque nos torturen con la angustia y la incertidumbre de no saber a dónde vamos y cuál va a ser nuestro futuro.

Es tu triunfo, y por eso aceptamos esta situación en medio de la tensión nerviosa que como humanos experimentamos. Todos rezamos y, aunque en la oración no podemos concentrarnos para pensar en ti, sabemos que Tú piensas en nosotros. ¡¡Señor, este triunfo es tuyo!!.

Jesús, ¿a dónde nos llevas?

Después de haber recorrido muchos kilómetros en la oscuridad de la noche, el cielo comienza poco a poco a iluminarse. Ya reconocemos los bosques típicos de Eslovaquia, con sus pinos de la familia "boro", que parecen como si fueran de piedra; corremos vertiginosamente en medio de ellos. En las ciudades y aldeas las luces de la calle están todavía encendidas; pero el día ya despunta. A distancia de unos 7 kilómetros, casi en la niebla, se ve la sierra de los pequeños Cárpatos. Todo se despierta en la mañana primaveral de rocío. Nosotros continuamos la travesía y sin cansancio, vamos hacía el sur.

Entrando en Bratislava, ya es de día. El sol se levanta; pero la ciudad todavía duerme. Todo parece como muerto. Al entrar en la ciudad, nuestra caravana se divide en tres partes y cada una sigue por diferentes calles. Nos unimos de nuevo a la salida de la ciudad, en la calle de Racha. Allí paramos un momento y de nuevo estamos listos para continuar. Vamos ahora hacía la parte oriental de los pequeños Cárpatos. Al principio, en la direc-

ción de Trnava, atravesando Pesinok... cerca del convento de los capuchinos, convertido en campo de concentración, en el que se encuentran los directores de nuestras casas y algunos otros hermanos. Lástima, ellos no pueden ni presentir que aquí, casi a su lado, estamos nosotros, que somos arrastrados sin saber a dónde...

Los autocares continúan la marcha sin descanso. Pasamos por poblaciones de donde provienen algunos de nuestros hermanos. Uno de nosotros con toda precaución echa a la calle un pequeño papel con un escrito: "nos llevan a Padolínec". Es casi cierto que ninguno recogerá ese trozo de papel. Pero, ¿qué no hace un hombre que se siente raptado?. Procura, al menos, dejar una huella de su situación.

Los pueblos y pequeñas ciudades se despiertan a un nuevo día. La primera gran sorpresa la tememos en Modra. En la plaza hay mucha gente, que baja de los autobuses. Nuestra caravana les llama la atención. En cada coche ven gendarmes con las ametralladoras y viajeros vestidos con sotana o de paisano; y maletas y paquetes, que llenan todos los espacios vacíos, tanto en la parte de arriba de los coches, como dentro de ellos.

En Budmerice la calle se encuentra casi desierta, sólo unas mujeres ancianas se dirigen hacia la Iglesia. Sigue el pueblo de Ruzindol; en las calles se encuentran pequeños grupos de gente. Los muchachos nos miran asombrados, las mujeres comienzan a llorar y con sus manos cruzadas en alto expresan su dolor. Presienten que algo terrible está sucediendo con la Iglesia. La noticia corre como un huracán y los obreros la llevan fresca a Trnava.

En Trnava y en otras ciudades, en los cruces importantes nos espera una guardia de gendarmes. Seguro que han recibido la orden de hacernos una obra de "caridad": controlar si todos los coches pasan o si en algún lugar la gente lugar se ha rebelado y nos ha liberado. Los obreros de Kopanka en Trnava no presentían que cerca de ellos pasaban sus padres y hermanos salesianos.

En las calles de los pueblos se encuentra más gente, la mayor parte está vestida de fiesta y con los libros de cantos se dirigen a la Iglesia. Hoy es la fiesta de San Marcos, y por doquiera se hacen procesiones a los campos para la bendición del trigo. Una o dos procesiones encontramos a nuestro

paso, con las manos juntas pedimos a la gente que ore por nosotros y nos ven desaparecer.

Ahora proseguimos sin cansancio hacia el norte, atravesando el valle del río Vah. Por todas partes provocamos alarma y asombro. Se asombran también los obreros de la gran fábrica de Tiberqien, en Trencin, donde paramos cerca de una hora para proveernos de gasolina.

¿Nos llevan a Podolínec?

Este largo viaje no parece cansarnos. Ciertamente se deberá a la tensión por no saber a dónde nos dirigimos... ¿Nos llevan acaso a Rusia o hasta Siberia?. Estos pensamientos vienen a nuestra fantasía, cuando en Zilina hacemos un viraje hacia el Este. Es verdad que hasta ahora nadie había oído hablar de algo semejante o de que tuvieran esas intenciones sobre nosotros.

La angustia nos quita el apetito y no comemos nada.
Las montañas se encuentran a derecha y a izquierda, floreciendo, despilfarrando su belleza y sus colores de primavera... y nosotros con las raíces cortadas éramos arrastrados de Varin y Strcno siempre en dirección al Este. Las manos encallecidas de los hombres y mujeres en los pueblos se cruzan a nuestro paso por el dolor.

Indiferentes permanecen sólo los pueblos protestantes. Aquí la gente nos mira, hablan una o dos palabritas y se marchan.

Pasada Zilina, comenzamos a pensar que nos llevan a Podolínec. Casi con violencia nos invitamos unos a otros a comer. Algunos comentan si no nos podríamos acaso escaparnos del autocar. Pero seriamente no lo piensa ninguno. Atravesamos el pueblo Svit, bajo las montañas de la gran Tatra. Centenares de obreros y obreras salen de las fábricas y se llevan a casa nuestras miradas de encarcelados.

Todavía una vez más nos oprime la angustia cuando nos acercamos a la ciudad de Poprad. ¿Iremos a Poprad, hacia el Este en la dirección de Presov, o daremos un giro a la izquierda hacia el Norte, por donde se va a Podolínec? Los autocares giran hacia el Norte. Ahora estamos seguros, al cien por cien, de que nuestra nueva suerte será el campo de concentración de Podolínec. Al menos nos quedaremos en la patria, aunque sea en un campo de concentración.

Pero nuevas inquietudes vienen a mi mente. ¿Cómo será la vida en este campo desconocido?.

Podolínec.... nuestra caravana se detiene delante del pueblo[1]. La espera acrecienta nuestro sufrimiento, el sufrimiento de lo desconocido. Por fin los coches se mueven y con breves intervalos, uno detrás de otro, entran en el pueblo, y nosotros con ellos a un futuro desconocido... ¡Ay!, ¡qué amargos recuerdos me torturan, aún hoy, cuando en lo escondido estoy escribiendo estos hechos!.

Aquella tarde del 25 de abril de 1950

La terrible tarde del 25 de abril provoca en mí, todavía hoy, sentimientos de horror.

Cerca de las cuatro, los autocares se pararon en las calles del pueblo. A la derecha de la carretera se encuentra el convento de los PP. Redentoristas,

[1] La pequeña ciudad de Podolínec se encuentra en la parte oriental de las montañas llamadas Alta Tatra, a unas decenas de kilómetros de la ciudad provincial de Poprad, que es el principal centro turístico para subir a la Alta Tatra. Podolínec se encuentra en una hondonada por la cual corre el río Poprad hacia Polonia. Cuando el cielo está claro, a la izquierda, en la lejanía, se ven las cumbres de Belanske Tatry y de Spisska Magura, en toda su majestad. La parte derecha del ancho valle está rodeada por las montañas de Levoca. Podolínec tiene una historia bastante rica, como atestiguan los restos de las antiguas murallas.

En Podolínec se encuentra un gran convento de los Padres Redentoristas que los comunistas, en abril de 1950, convirtieron en campo de concentración de los religiosos. El convento, un largo edificio de dos pisos, comienza en la carretera principal del pueblo, detrás de él se encuentra una gran Iglesia de peregrinación, que forma con el convento una unidad.

Al otro lado de la Iglesia va unida otra parte del convento, de un piso. En la parte sur del convento y de la Iglesia se encuentra un patio de unos 70 metros de largo y de 15 metros de ancho, el recinto de esta parte está formado por los restos de las antiguas murallas de la ciudad a la altura de unos 5 ó 6 metros. En la parte oriental se encuentra un jardín de unos doce metros de ancho, con hierba y árboles frutales; el recinto de esta parte consta de un muro de más de dos metros de alto con un pequeño techo de madera encima. Este recinto se unía en la parte sur a las murallas mencionadas. Detrás del muro se encuentra sólo un sendero y sigue el río de Poprad.

Por fin en la parte norte del campo de concentración se encuentra un huerto grande, en el cual había un campo de centeno y se cultivaban legumbres.

convertido en campo de concentración; a la izquierda, las pequeñas casas de la población, una de ellas es la casa del herrero. Los nueve coches se pararon uno detrás de otro, y enseguida los rodearon los gendarmes. No podemos abrir ni la ventanilla. Y así, espera que te espera, como en una celda moderna de acero, hasta que llegue el momento de salir.

Después, abren la puerta del autocar y dan la orden de salir. Uno se tambalea como medio atolondrado con sus maletas. Dos pasos y te encuentras en el patio del campo. Su longitud es de cerca 60 metros por 20 de ancho. En dos hileras, distantes cuatro metros, se encuentran decenas de gendarmes, nos colocan uno detrás de otro, entre las hileras. Las órdenes son severas, y con gritos e insultos. Un civil le da a uno de los salesianos un puñetazo en el pecho, y faltó poco para que no le respondiera con una bofetada. Una vez puestos en fila, leen la lista. Después con gritos e insultos nos conducen, a través de corredores desconocidos, a unas habitaciones, también desconocidas. En los corredores, por todas partes hay gendarmes. Cuando nos introducen en las habitaciones nos dan la orden de no salir de ellas. Y así, todos juntos, impotentes, esperamos y esperamos, hasta que finalmente viene alguien de nuevo a gritarnos. De repente, entra en nuestra habitación el civil que había dado el puñetazo al salesiano. Venía a "controlar" las estatuas de María Auxiliadora y de San Juan Bosco, para decidir si podíamos seguir teniéndolas en el campo de concentración. Las sopesó, por si contenían algo dentro. ¿Piensa este ignorante que acaso dentro de las imágenes se esconden bombas?. Lo observamos durante unos minutos con enorme tensión, pues tememos que las tire al suelo y las rompa. Algunos de nosotros sienten que, en este caso, no podrían dominarse y le harían saber con el lenguaje de los puños lo qué significa deshonrar a la Virgen y a San Juan Bosco.

El control de las imágenes terminó positivamente, María Auxiliadora y San Juan Bosco pueden quedarse con nosotros en el campo.

Noche en las almas

Nuestro ánimo en estos momentos está abatido. La bienvenida dada por los gendarmes, su comportamiento brutal, obra como un granizo destructor. En Sastin cada uno de nosotros había pasado algunos años de vida. Allí lo

conocíamos todo: la casa, la ciudad, los alrededores y toda la región. Y aquí, nos encontramos en una casa desconocida, en un país distinto, entre hombres violentos, y esto es sólo el comienzo.... Este traslado impuesto, el viaje que hemos hecho, este comportamiento bestial, casi paralizan nuestros pensamientos, audacia y energía. Se acerca la primera noche en lo desconocido.

Cansadísimos del viaje, atormentados por la brutalidad y por nuestro futuro incierto, nos sentamos sin aliento en las camas. Hablamos en voz baja y poco, las sonrisas eran raras, débiles y casi lívidas. Sin apetito comemos de lo que habíamos traído. El alojamiento en nuestra habitación es casi imposible. Hay tantas camas, que casi no nos podemos ni mover. Sin embargo, no son suficientes para tantos como somos; no alcanzarían ni aunque durmiéramos de dos en dos en cada cama. En algunas camas hay mantas y sábanas, en otras, ni colchón. Ignoramos lo que sucede en las otras habitaciones, donde están nuestros hermanos.

Hablamos y reflexionamos sobre lo que nos espera aquí. Llegamos a la idea de que será mejor buscar alguna solución honrada para poder escapar. Nos parece que la vida aquí va a ser un infierno, que nos podrá llevar a un derrumbamiento espiritual, o a enloquecernos.

Los que tienen mantas y sábanas se preparan para dormir. Es necesario también dormir... Es preciso dormir. Pero, ¿cómo será este sueño?. Sólo el sueño podrá interrumpir el torrente de vivencias que hemos experimentado y librarnos por un momento de ellas. Eso lo entendemos todos y nos disponemos a descansar. De un modo o de otro buscamos la manera de que todos podamos dormir.

La primera noche en Padolinec

A las siente y media, cuando sobre la región se cierne la oscuridad, nos llaman para cenar. Nos vamos en filas de dos y los gendarmes nos acompañan. En el refectorio de los Redentoristas sólo caben unas 60 personas. En las paredes se encuentran las escenas de la última Cena y del Calvario. Bebemos una taza de café sin sabor y un trozo de pan y nos devuelven a las habitaciones. Además del complejo de corredores y estancias, conocemos tres lugares, el refectorio, nuestra habitación y los servicios. Para ir al servi-

cio debemos pedir permiso a los gendarmes. Después de la cena, seguimos sentados en las camas todavía casi paralizados y sin saber qué hacer... Sí, será mejor que cuanto antes, de una manera honrada, nos escapemos de aquí.

Nos enteramos, creo que fue en el refectorio, de que esta noche van a marcharse del campo hacia sus casas unos 90 muchachos. Son los aspirantes de los Verbitas de Stiavnik, los novicios de los PP. Consoladores de Zlate Moranvce, los novicios de los Redentoristas y de otras Órdenes.

Terminamos la preparación de las camas para dormir. Con varios pretextos logramos visitar otras habitaciones. Yo, por ejemplo, di una ojeada a la habitación número uno. Es relativamente pequeña, pero con 14 camas. Para poder dormir todos, tienen que coger los colchones y ponerlos en el suelo y, aun así, dos hermanos tendrán que pasar la noche sentados en un baúl envueltos en las mantas.

A pesar de que la parálisis y el terror son dolorosos, no atacan nuestras fuerzas espirituales en lo más profundo. Porque en lo más hondo de nuestro ser, Cristo sigue conservando las raíces de nuestra imbatibilidad y audacia. El nos sostiene.

4

LAS ANGUSTIAS DE LOS PRIMEROS DÍAS

La primera mañana en Podolínec

Recuerdo como si fuera ahora aquella primera mañana del 26 de abril. Nos levantamos cerca de las seis, pero todos como paralizados y ausentes. A uno le parecía como si despertase en un país terrible, en el cual fuese posible soñar, pero no vivir en él.

Fue algo así como la apatía que procede de la desgracia, por la que el hombre se resiste a aceptar la nueva situación y casi no quiere creer que, después de un viaje tan horrible como el de ayer, con tantas vivencias brutales, se hubiera despertado en Podolínec.

Espiritualmente me siento abatido y lo primero que pienso es en salvarme: ayer nos dijimos que debíamos escapar de aquí. Medio atontados, abrimos el grifo para lavarnos. Todo el cuerpo estaba totalmente impregnado del peso de lo que hemos vivido, sus reacciones parecen lentas y resignadas.

Entre los edificios del campo de concentración se halla también una gran iglesia, lugar de peregrinaciones, con dos torres, a la que se puede entrar directamente desde el corredor del campo. La iglesia es mi primer gran descubrimiento de esta mañana. Nos reunimos allí más de 500 religiosos, casi todos jóvenes, me parece que tres cuartas partes de nosotros no llegamos a los 30 años. Una voz desconocida y fuerte recita las oraciones salesianas de la mañana, nos aferramos a ellas en este lugar desconocido como a un áncora. Antes de comenzar la Santa Misa cantamos una oración eucarística, durante ella dos sacerdotes salieron a distribuir la Comunión.

¡Qué encuentro conmovedor con Jesucristo, en el nuevo campo de concentración!. También aquí, en Podolínec, se encuentran los gendarmes con las ametralladoras y nos vigilan a nosotros y a Cristo.

¡Cristo con nosotros, qué realidad tan fuerte y tan dulce!

La mayoría de nuestros sacerdotes pueden hoy sólo comulgar. No es posible celebrar, porque la iglesia está abierta sólo durante una hora y tiene sólo cinco altares.

Nos encontramos con caras desconocidas y hábitos diferentes. Se encuentran aquí los Redentoristas, pues este campo de concentración fue antes del 13 de abril su convento. Se encuentran los Consoladores del Sagrado Corazón, los Misioneros del Verbo Divino y los Dominicos. Los hábitos son diferentes, pero los corazones iguales. A todos nos han encarcelado por el amor a Cristo y a las almas.

Este gran encuentro con Cristo, en esta desgracia común, nos comienza a unir interiormente. Cuando los sacerdotes distribuyeron la Sagrada Comunión, salió al altar un sacerdote de unos 50 años con los cabellos grises, un poco grueso. Ofrecía con nosotros el sacrificio del Calvario y nos ofrecía también a nosotros, víctimas en el campo de concentración.

Más tarde me entero de que es el Redentorista P. Cop, al cual le habían encargado de celebrar aquí las misas. Durante la Misa cantamos o estuvimos en silencio. Como prisioneros en una tierra extranjera, cantamos canciones típicamente salesianas, sintiéndonos unidos al mismo Cristo y a María Auxiliadora. Cantamos de corazón. Como unos desterrados de Eslovaquia occidental, hemos traído de allí sólo las maletas y las mantas, pero hemos encontrado aquí a Cristo y a la Auxiliadora y con ellos podremos vivir.

Al salir de la iglesia encontramos en la sacristía a los religiosos Basilianos del rito greco-católico, que celebraban la misa. Son unos seis u ocho.

El control de la mañana

Después de la misa, todos tuvimos que presentarnos en un patio cuadrado, con la iglesia de una parte y los edificios del campo cerrando las otras tres partes. Nos colocamos junto a los muros de cinco en cinco. El centro del patio se quedó vacío.

Allí se encontraba el organizador principal del campo de concentración, Juan Turansky, que ha sido hasta ahora el carcelero de la cárcel de Leopoldeov. Nos presenta al Padre Juan Krasnansky, de la orden de los Verbitas, como responsable de todos los grupos de los religiosos. Nos dice que para todo debemos dirigirnos a él.

Turansky habla poco, en los ojos y en la cara revela la triste seriedad carcelera. Sobre todo acentúa el orden. Cada uno debe estar en la habita-

ción y está prohibido vagar por los patios y corredores. Lee todos los nombres y cada uno, después de leído su nombre, marcha a su habitación. Allí esperamos hasta que nos llaman para el desayuno.

De nuevo nos agrupamos de dos en dos y vamos al refectorio. Delante del refectorio permanecemos unos diez minutos, esperando que nos dejen entrar y, rápidamente y de pie, bebemos un café sin sabor, comemos el pan y de nuevo volvemos a la habitación. Al regreso, algunos se paran un momento en el patio cuadrado, dan un pequeño paseo y luego se van uno tras otro.

Durante la mañana, muchos de nosotros ocupamos las habitaciones que durante la noche fueron evacuadas, ya que los gendarmes llevaron, no se sabe a dónde, a los muchachos aspirantes de los Redentoristas, de los Verbitas y de los Consoladores. Se llevaron también a los novicios de estas órdenes, en un total de más de 90 jóvenes. Pero, aún después de la ocupación de las habitaciones evacuadas, el alojamiento es escaso. Las camas están juntas y no se puede transitar. Durante la noche algunos hemos dormido de tres en tres en dos camas juntas, otros duermen de dos en dos. El campo no posee lugares suficientes para el aseo personal. En cada corredor hay un grifo; en las habitaciones, nada. Logramos recoger el agua en jofainas.

Todo el día permanecemos en las habitaciones. De vez en cuando, clandestinamente, nos visitamos unos a otros. Por la tarde nos atrevemos a visitar también a los del primer piso.

Durante la comida me entero de que en el campo se encuentran los jesuitas eslovacos. Están en los edificios de la otra parte de la iglesia. En el segundo piso los albañiles han hecho un muro que nos separa de ellos. Parece que los jefes del campo temen demasiado a los jesuitas. Son unos 130. Durante la noche del 13 al 14 de abril los sacaron del convento de los Premostratenses de Jasov, convertido ahora en campo de concentración. Ayer por la mañana los trajeron aquí. En el corredor que conduce hasta donde ellos están, hay un gendarme que los vigila y no deja pasar a nadie. Entre los jesuitas hay compañeros y conocidos nuestros. Sólo de vez en cuando alguien logra saludarlos clandestinamente, sin que el gendarme lo vea. No pueden juntarse con nosotros ni en la iglesia. En su edificio tienen la propia capilla[1].

[1] El convento de los Padres Redentoristas de Podolínec constaba de dos partes: la parte anterior de dos pisos había sido colegio de bachillerato y al colegio perte-

El primer día, desde nuestra habitación del entresuelo, logré subir hasta el segundo piso para visitar a nuestros hermanos, pero no logré entrar en el patio exterior y tampoco en el jardín, ni donde estaban los jesuitas. Nuestras ventanas, que dan al pequeño patio cuadrado, las han pintado de blanco y nos han prohibido severamente abrirlas.

El responsable y organizador en el campo de los jesuitas era Ladislao Svejduk, el carcelero de Kosice. Es el mismo que con su cara salvaje, ayer a nuestra llegada, nos gritaba y controlaba las imágenes de la Auxiliadora y de San Juan Bosco. Tiene unos ojos horribles, que, en sus momentos de rabia, se le ponen saltones y los mueve como un diablo. Muchas veces se le oye gritar en los corredores y en los patios. Todos tenemos miedo y evitamos darle ocasión de enfurecerse.

¡Qué bien deben de estar los jesuitas bajo su mando!.

Contra la angustia de los primeros días

Los primeros días en Podolínec se nos antojan como nuevos, caracterizados todos por la incertidumbre y la angustia. Pero en medio de la angustia permanecemos alegres.

Comenzamos de nuevo a dar señales de vida y hablamos, a ratos, tal vez demasiado. Nos proponemos, cuanto antes, superar las huellas de la primera impresión de parálisis que se apoderó de nosotros a la llegada a Podolínec. Sobre todo nos apoyamos en Cristo y en María Auxiliadora, esperando de ellos, paz, ayuda y paciencia. Y ellos nos las regalan.

En tres o cuatro días, al menos exteriormente, nos hemos curado del gran susto, pero en el subconsciente la herida no se curará fácilmente. Ofrecemos y donamos toda esa realidad a Cristo. Aceptamos todo y, en medio de nuestra debilidad, lo soportamos todo.

A1 principio no nos dábamos cuenta de que estando alegres llevábamos

necía la iglesia pública de estilo barroco. A la otra parte de la iglesia se hallaba otro edificio de una sola planta, donde habitaban la comunidad y los profesores del colegio, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En este segundo edificio fueron recluidos todos los jesuitas de Eslovaquia. Durante las primeras semanas estaba rigorosamente prohibido cualquier contacto con ellos. Pero poco a poco la prohibición se fue relajando y, al final, los jesuitas pudieron jugar con los otros religiosos en el patio del colegio.

al campo el ánimo que vence el abatimiento. Nuestra alegría y cordialidad nos ayudaba a movernos en el campo con más libertad.

Otros religiosos sólo pensaban en lo que había sucedido en los días anteriores y esto los aterrorizaba, pues hubo un tiempo en el que los encerraron en las habitaciones como en una cárcel y hasta debían pedir permiso al gendarme para ir al servicio y, por eso, en el campo reinaba un silencio sepulcral.

Pronto nos echamos a la espalda los gritos de los gendarmes. Éramos muchos y casi todos jóvenes, con nuestra actitud de afabilidad desarmábamos a los gendarmes y a los responsables y organizadores. Después de una semana se sentía en el campo un ambiente de relajación que, a ratos, se convertía en desorden, dando así oportunidad a que algunos padres ancianos se quejaran de que en el campo no se hacía silencio. Comprendíamos que era un problema generacional. A nosotros también nos incomodaba el que ellos fumaran. No nos quejábamos; lo soportábamos por amor a Cristo.

El horario del campo de concentración

Al día después de la llegada nos organizaron en grupos. Cada grupo se componía de unos 20 religiosos, los había hasta de treinta. Al frente de cada uno designaron a un responsable, un religioso del mismo grupo. Y para todos los grupos había un responsable principal, el Padre Krasnansky. Sobre los responsables religiosos estaban los jefes civiles, Turansky y otros. El jefe principal de todo el campo era el comisario Grigel, que se dejaba ver entre nosotros sólo de vez en cuando.

Dos veces al día, los grupos se presentaban en el patio cuadrado para el control, y durante la revista los gendarmes nos observaban desde el corredor.

La organización en grupos se mantenía cuando se trataba de la distribución de trabajos y al formar para ir a comer. También en Podolínec nos insistían mucho en que nos encontrábamos en un convento, pero en un convento con gendarmes carceleros y jefes ateos.

El estilo de vida propio de un campo de concentración no se puede negar de ninguna manera, basta, por ejemplo, ver el horario que nos pusieron en la puerta de cada habitación:

Horario

6 de la mañana	levantarse y arreglo de los lugares
6,30	Misa
7.	paseo de mañana
7.30	desayuno
7.55.....	revista de la mañana
8.15	adiestramiento (adoctrinamiento)
8.30	trabajo
9.	servicio de enfermería
12.30.....	comida
14	trabajo
16	revista de la tarde
19	cena
19.30	programas de cultura y recreación
22	descanso

Los sábados teníamos el mismo horario hasta las 14. A esta hora era el arreglo de las habitaciones.

17	confesiones o tiempo libre
19.....	cena y recreación
23	descanso

Horario de los domingos y días de fiesta:

7.....	levantarse
7.30	revista de la mañana
8	Misa con predicación
9	desayuno, tiempo libre (confesiones, cultura, deporte, paseos dentro del campo)
12.30	comida y tiempo libre como en la mañana
19.30.....	cine
22	descanso

Pienso que es un horario típicamente carcelero, con la diferencia de que teníamos la misa y la posibilidad de confesarnos.

En cuanto al adoctrinamiento, no se hacía regularmente. Ni tampoco lo referente a programas de cultura: recreos y cine.

Algunos jefes ingenuos nos prometían que en el campo se tendrían también bailes, que vendrían chicas, etc. Los escuchábamos con una sonrisa compasiva. No sabían que nosotros desde hacía mucho tiempo habíamos renunciado con nuestros votos a todo eso.

Otros prometían abrir un bar en el convento y cosas semejantes. Nos burlábamos también de esto. Las alusiones a las chicas nos hacen pensar que tal vez nos querían corromper de esa manera. No eran capaces de comprender de lo que es capaz el amor a Cristo y a las almas, cuando es sincero y fuerte, y nosotros diariamente nos esforzamos por ser así. Aún siendo hombres frágiles, como ellos, obra en nosotros la gracia del Señor que sabe dar la fuerza para todo.

Los trabajos en el campo

Ya desde el principio de nuestra permanencia en Podolínec comenzaron a distribuirnos trabajos. Unos grupos diariamente pelaban las patatas, otros lavaban la vajilla, otros arreglaban el campo, pues en los patios se encontraban montones de vigas viejas, porque poco tiempo antes los Redentoristas habían cambiado las vigas y las tejas de los edificios.

Además de estos trabajos, también otros grupos tenían que lavar la ropa de todos, tener cuidado de la Iglesia, cultivar la huerta, cuidar los árboles del jardín y mantener en orden los almacenes, etc. Durante las horas de trabajo estaba severamente prohibido permanecer en las habitaciones.

El trabajo lo controlan los organizadores civiles. Poco a poco nos fueron dejando entrar en el jardín, bien sea para trabajar, bien para pasear y sentarnos.

El jardín es grande, está cercado por una parte con un muro y por otra con una valla de tablas. Nos gustaba ir al jardín más que al patio cuadrado, ya que desde él sólo se ve el firmamento y de vez en cuando un pájaro. Permanecer allí es sentirse enjaulado y encarcelado. Todo lo contrario sucedía en el jardín, desde donde se divisaban los campos ondulados, a la derecha la sierra de Levoca, y a la otra parte la sierra de Spisska Magura.

Desde donde estaban confinados los jesuitas se divisaba el cielo sereno y las cimas de la alta Trata. Su grandeza y majestad conmueven. Se encuentran a una distancia de unos 30 kilómetros, aunque parecen

más cerca, porque se siente el aire puro. Su color azul marino es hermoso. Muchas veces deseábamos poder llegar hasta ellas. Era solo ilusión, pues en nuestra condición de prisioneros, la Trata para nosotros no existía.

Cuando estábamos en libertad, pocas veces salíamos a contemplar la naturaleza. Muchos de nosotros no teníamos ni siquiera tiempo para ello, pero en el campo de concentración lo deseábamos y esto nos torturaba aún más. El hombre en el campo de concentración, sin quererlo, desea cosas que no deseaba cuando gozaba de libertad. Pienso que es uno de los rasgos de la sicología carcelaria.

El trabajo y sus rasgos carceleros

En general trabajábamos en el campo con cierta desilusión. No porque no supiéramos hacerlo, o porque nos encontrásemos con un trabajo manual por primera vez en nuestra vida como religiosos, sino por la condición de presos en que nos hallábamos.

Conocíamos también todos los instrumentos de trabajo, la sierra, la pala, el pico y la escoba; pero aquí, cada uno de estos instrumentos nos hablaba de la sierra de los presos, la pala de los presos, etc.

Es un enemigo quien te puso a trabajar, te controla y te obliga. Tú eres un preso y él es tu dueño. Aquí no hay libertad, no hay espontaneidad ni creatividad; sólo existe la presión. Un trabajo de este género, por ordinario que sea, te resulta más difícil que en las condiciones normales.

Diariamente lo ofrecemos a Cristo como parte de nuestros sufrimientos y persecución. Uno de los medios que nos ayuda a aligerar el trabajo en el campo es el hacer chistes del mismo. Propiamente nos burlamos de nuestra miseria, lo cual nos ayuda también sicológicamente a no sentir tanto el peso de la tortura.

Otra cosa que nos ayuda es vernos a tantos haciendo el mismo trabajo; por ejemplo, en el trabajo de la madera somos tres veces más de los necesarios. También en el jardín y en el patio sobra gente. Es imposible encontrar aquí trabajo para 550 personas.

Nuestro trabajo no nos cansa demasiado, pues hacemos lo posible para que no sea así, ya que la comida es insuficiente. Inconscientemente se trata de una protesta contra la injusticia que se está cometiendo con nosotros.

Burla de la vida religiosa

Esta es la vida conventual en el campo de concentración. A los sacerdotes que trajeron aquí, los substrajeron de los púlpitos, de los confesionarios y de las escuelas, ahora los obligan a hacer canales. Les arrebataron los fieles y les obligan a cultivar patatas y tomates. Con la violencia física y con las armas han imposibilitado parte de su vida sacerdotal. No pueden bautizar, ni hacer otros servicios sacerdotales.

A los teólogos y clérigos les quitan los libros de las manos. Nos impiden cumplir nuestra misión apostólica, a todos nos quitaron nuestro trabajo con nuestros queridos jóvenes y nos obligan a recoger la basura de los techos, a reparar los servicios, etc. Nos cerraron la boca, arrancaron los corazones, todo nuestro apostolado lo ataron de pies y manos.

Y así, en estas condiciones, todavía ellos nos dicen que estamos bien. ¡Ojalá este estar bien no dure demasiado!

Es verdad que entendemos este trabajo carcelero, como una penitencia por amor a Cristo. Pero cada uno de nosotros siente que le han arrancado algo a lo que Dios mismo nos ha llamado y, con esto, se le ultraja también a Él.

En cuanto a las oraciones, oficialmente nos dieron sólo media hora diaria para la Misa y esto es todo. Los nuevos cristianos hoy hacen la meditación, la lectura, rezan el rosario, y a nosotros aquí, como una burla, sólo nos dan media hora. ¡Y hablan de que esto es un convento!. ¿Nos quieren ir desacostumbrando poco a poco de la oración, del encuentro con Cristo?.

¡¡No, esto no sucederá!!

Según el horario del campo nos debemos levantar a las 6, pero nos levantamos a las cinco para la meditación. Durante el día, clandestinamente, nos reunimos para la lectura. Por una entrada secreta algunos de nosotros entramos de día a la Iglesia cerrada, para estar junto a nuestro Salvador.

Los rezos de la noche los hacemos en las habitaciones. A grandes gritos nos impiden cantar, porque los cantos se oyen en la calle y en la plaza cercana de Podolínec. En las habitaciones podemos rezar, pero con las ventanas cerradas. El rosario lo recitamos en grupitos en los patios. Nuestros coloquios con Cristo y con la Santísima Virgen crecen y están llenos de sinceridad y fervor. Son incluso más numerosos que antes. Hay hermanos que diariamente rezan los 15 misterios.

Los Padres Redentoristas tienen aquí, en su almacén, un libro muy hermoso de San Alfonso María de Ligorio, que se llama "***El camino del***

amor". Nos han regalado un ejemplar a cada uno y nos sirve mucho. También nos gustan los libros espirituales. Es natural.

Aunque nos quieren separar de Cristo, nosotros nos agarramos más a Él con testarudez.

Seguiremos alegres. Por todo el campo llevaremos la alegría en cuanto nos sea posible. Por fuera seremos unos cristianos normales, pero en el corazón florece Cristo, sus pensamientos, planes y amor.

De Cristo nace nuestra alegría y la alegría que se difunde en todo el campo.

5

LAS MADRES LLORAN, LOS FAMILIARES NOS BUSCAN

Nuestros familiares se enteraron de nuestro traslado a Podolínec sólo 24 horas después. La caravana de autocares que nos llevaba levantaba tal clamor que se oía por doquier. A los pocos días comenzaron a venir a visitarnos, pero qué situación tan diferente la que aquí vivíamos, comparada con la de Sastin. Aquí no podíamos tener ninguna comunicación, ni hablarnos, ni darnos la mano, ni vernos. El tren rápido de Bratislava diariamente traía a Propad decenas de nuestros familiares. De Propad a Podolínec llegaban en otro tren. De la estación se apresuraban a venir al campo. Les empujaba el deseo de vernos y de enterarse de si estamos bien de salud.

El viaje a Podolínec y el regreso a casa dura dos días y les cuesta unas setecientas coronas. Tanto cansancio y gasto para nada. Los gendarmes en la puerta principal se muestran sordos a las peticiones y las lágrimas, de nada sirven, ni tampoco la constancia de nuestros familiares. Los paquetes los reciben los gendarmes y nosotros ni nos enteramos.

¡Qué escenas suceden cada día ante la puerta del campo!. Nuestros familiares, como mendigos, pidiendo por caridad un trocito de humanidad para que les permitan vernos por un momento. Y esta migaja de humanidad no se les da. Les echan de la puerta como a perros, les gritan, los rechazan, los amenazan con la cárcel. Todavía ahora veo sus rostros llenos de angustia. Rostros de tristeza... están allí, mendigan y no reciben nada.

Por las ventanas de una habitación que da a la calle, lo vemos todo muy bien. Algunos de ellos se dan cuenta de que estamos en las ventanas e intentan ver a quien les interesa, pero no lo logran. Sólo algunos tienen, a veces, la suerte de verse durante cinco o diez segundos con sus hijos a través de esas ventanas benditas, a través de ellas les enviamos nuestra sonrisa y un rápido saludo con la mano, pero inmediatamente nos apartamos de allí para evitar que ellos nos respondan de la misma manera y así se enteren los gendarmes. Los que han tenido esa dicha se llevan de Podolínec, al menos, la imagen de esa sonrisa en la cual va depositado todo el amor filial. Algunas veces fuimos castigados por esto, pero nos queda la satisfacción de haber podido, al menos, enviar a los nuestros una sonrisa y un pequeño saludo.

Las madres rodean el campo

Cuando nuestros familiares se dieron cuenta de que no podían lograr nada a la puerta de nuestra prisión, comenzaron a dar vueltas al campo, seguramente aconsejados por la buena gente de Podolínec, y fue así como algunos de nosotros pudimos hablar con ellos por unos minutos a través de la cerca de madera.

La operación se realizaba en el jardín, a unos cuatro o cinco metros de la cerca que da al sendero; y había que hacerla de tal manera que el gendarme que hacía guardia no pudiese ver, ni sospechar nada. Para ello, el hermano que iba a hablar con sus familiares se sentaba en uno de los bancos del jardín, de espaldas a la cerca, y desde la otra parte los familiares agachados, con los rostros casi en tierra, podían hablarle.

De todos los visitantes las que más compasión nos daban eran nuestras madres. Tristes, como aquellos a quienes les han robado a sus hijos, pisoteadas y despreciadas por largo tiempo, permanecían delante de la puerta del campo, luego se aproximaban a la cerca para ver si lograban vernos y con gran dolor se alejaban, cuando el gendarme o algún civil comenzaba a amenazarlas. A veces había gendarmes buenos, que por cinco minutos se hacían los distraídos, para darnos ocasión de poder saludar a los visitantes, pero pronto debían intervenir para no verse ellos mismos comprometidos.

¡Madres!... ¡Nuestras madres!... Muchas de vosotras jamás en la vida habíais hecho un viaje tan largo, y ahora os encontráis solas delante de una puerta, o dando vueltas a una cerca para ver a vuestros hijos. ¡¡ Madres, estos cuadros jamás los olvidaremos!!. Vuestros ojos tristes, vuestros rostros afligidos, vuestros pasos tímidos, todo nos penetraba, gritaba dentro de nosotros... y lo que más nos dolía era nuestra impotencia de no poder ayudaros. ¡Madres, nuestras queridas madres!....

Se dice que no estamos presos... pero...

El primer domingo en Podolínec tuvo lugar, por primera vez, una escena brutal cometida contra nuestros familiares: los gendarmes con sus ametralladoras los empujan hasta unos cien metros del campo de concentración, hasta la plaza de Podolínec. Lo hacían, porque los jefes temían la aglomeración de la gente. Pero, decidme, compañeros ¿por qué teméis a nuestros familiares?. Ellos están tristes y preocupados por nuestra suerte y

han emprendido un largo viaje, no para organizar una revuelta, sino porque tienen derecho a vernos y a recibir informaciones sobre nosotros.

Al principio nos permitían recibir los paquetes que ellos nos traían. Más tarde, los paquetes tenían que llevarlos al Despacho de correos de Podolínec. No entendemos por qué se toman estas medidas con nosotros. ¿No estamos prisioneros?. Pues los presos en las cárceles pueden verse con sus familiares, al menos una vez cada seis semanas, y cuando yo escribo estos acontecimientos, llevamos ya varios meses en el campo de concentración.

Pasadas unas semanas, el número de visitantes fue disminuyendo y con toda razón. Delante del campo les esperaba siempre la misma conducta brutal. Así es que prefirieron quedarse en casa con su tristeza y su dolor. ¿Para qué aumentarlos con un viaje tan penoso y un regreso sin consuelo?. Quedándose en casa se ahorraban, al menos, las multas y los interrogatorios que algunos tenían que soportar...

El mes de mayo en Podolínec

Nuestra llegada a Podolínec cambió el ambiente de la iglesia con nuestros cantos. Teníamos dos buenos coros, compuestos cada uno por cuarenta clérigos. Durante el mes de mayo nuestros jefes nos permitieron, además de la misa diaria, celebrar por la tarde el ejercicio da las flores.

Madre Auxiliadora, solo tú sabes cómo el día primero de mayo cantamos con toda el alma la bella canción:

"en las alas muy finas de mayo llega a nosotros María..."

Te sentíamos muy cerca y podíamos, además de celebrar tu mes de mayo, sentir la ternura de muestro amor hacia ti.

La hermosura de las tres Ave Marías, antes de irnos a dormir, cuando cada uno de rodillas junto a su cama las rezaba, iluminaba el dormitorio oscuro donde lucía tu imagen.

Te queremos, te queremos mucho... para ti son nuestra música y nuestros cantos, que llenan de luz la oscuridad de estos días que estamos viviendo aquí.

¡Qué alegría, Madre, que con nuestros cantos y con nuestro amor podamos inflamar de amor a los otros... Es un mayo hermoso, a pesar de estar en el campo de concentración...!

Firmad, y saldréis

El mes de mayo también tuvo sus espinas. Hubo momentos de presiones como en Sastin. No recuerdo bien si a fines de abril o a principios de mayo, nos dijeron: "*Firmad la salida y os iréis a casa*". Esto significaba para nosotros lo mismo que firmar nuestra sentencia de muerte en nuestra Congregación Salesiana, y, ellos, los verdugos, se lavarían las manos como Pilatos.

Firmar en estas condiciones tan difíciles, significaba, en el sentido estricto de la palabra, la traición a la vocación; con la firma nos podríamos sentir obligados a abandonar nuestras Órdenes o Congregaciones.

Hubo algunos que decían:

"No tenemos conventos, ni superiores, la Orden ahora no existe, podríamos irnos a casa".

Otros sin embargo objetaban:

" Los superiores existen, sólo que se ven imposibilitados para ejercer su papel de tales. Suprimir una Orden sólo lo puede hacer la Iglesia. Esto es una violencia y, por eso, mientras podamos, sigamos nuestra vocación y permanezcamos fieles, observando, al menos, aquello que se puede en las circunstancias presentes."

En ambos casos algo queda claro: nuestro amor a Cristo, a las almas y la Orden nos impulsa unánimemente a la solución: ***"no firmar nada"***.

En estos días estamos aquí 550 de varias Órdenes, pero ninguno ha ido al despacho a firmar. Han sido inútiles todas las exhortaciones... y eso que las condiciones de vida son peores que las vividas en Sastin. Esto ya es un verdadero campo de concentración, si bien, hasta ahora, no hemos tenido demasiado trabajo.

Corre, a veces, en el campo la noticia de que iremos a trabajar en la construcción de una nueva vía de ferrocarril de Podolínec a Stra Lubovna.... ¡Bien, trabajaremos en el ferrocarril!. Otros dicen que en el campo se va a construir una fábrica para que podamos trabajar..¡Bien, trabajaremos en la fábrica!.

¡Estamos en el campo de concentración!... Svajduk nos grita y nos insulta... y lo mismo hacen el comisario Grigel y, a veces, Turansky. La comida es tan escasa que nos desmayaríamos de hambre, si no fuera por los paquetes que continuamente nos mandan nuestros parientes y bienhecho-

res. Al refectorio se va en grupos de siete u ocho, por ejemplo; la comida dura desde las 11 y media hasta las 3 de la tarde.

En los dormitorios nos encontramos como sardinas en lata. A excepción del dormitorio, no tenemos otro lugar; pero tenemos la iglesia amada, en el centro de nuestro campo de concentración, donde nos dejan entrar por la mañana y por la tarde. El resto del día permanece cerrada con llave, pero sabemos una entrada secreta.

Nuestro presente es muy gris, el futuro es desconocido y negro. ¿Negro?. ¿Qué será de nosotros mañana o pasado mañana?. Negro: nos quieren arrancar la vocación, ¿seremos capaces de soportarlo todo?. Negro: ¿hasta cuándo durará esto?. Negro... ¡qué fuerzas tan terribles hay aquí contra nosotros!. Pero aunque sean tantos, ¡nuestro auxilio es el nombre del Señor!. Con nosotros va Dios mismo, y Él es el omnipotente!. Cristo, no te abandonaremos...

Somos seiscientos cincuenta y cuatro

El cuatro de mayo de 1950 llegaron al campo nuevos religiosos de Nitra, eran 118 misioneros del Verbo Divino. Todos son jóvenes, como nosotros, estudiantes de filosofía y teología, y unos 10 sacerdotes. Admiramos su devoción, ¡qué fervorosos!. Admiramos también su laboriosidad, hasta ahora vivían en Nitra y en el vecino convento de Zobor.

También les sucedió como a nosotros. Parece que Cristo quiere fortalecer su vocación misionera. Están alojados en el entresuelo, más apretados que nosotros. Enseguida, con ímpetu y valentía, comienzan a vivir la vida del campo. Somos 654 religiosos en el campo.

Nos encontramos en los brazos del Señor, en los brazos de María Auxiliadora y nos vamos acostumbrando a este lugar tan difícil.

Creemos en Jesucristo y queremos soportarlo todo por su amor. Nuestra debilidad se rebela, estamos en lucha y quisiéramos gritar, pero la paciencia se fortalece mirando a Jesús y nuestra humildad nos dice: *todo por mis pecados y por los de todo el mundo.*

Nuestra dignidad quiere defenderse de la violencia, pero nuestro amor sabe rezar por los enemigos, aunque con dificultad. Así luchan lo divino y lo humano dentro de nosotros.

La actitud general, sin embargo, es siempre la misma: más cerca de

Cristo, siempre con mayor amor y sacrificio, siempre con mayor audacia y fuerza, siempre con mayor paz y alegría.

El instinto de conservación reclama siempre lo suyo

La vida del campo... queremos vivirla por amor a Cristo, pero también la conciencia de esclavitud nos roe; y nos roe el subconsciente; nuestra vida diaria: aserrar madera, bajar las basuras del techo, pelar las patatas, limpiar los corredores y servicios, arreglar el jardín, cultivar la huerta, oír las amenazas y los insultos.

Todo esto ocupa nuestra imaginación, nos distrae y disipa para concentrarnos en la oración. Queremos dominarnos, concentrarnos, pero siempre algo nos lo impide en nuestro interior. Pero en medio de todo, queremos seguir adelante... queremos que siga imperando en nosotros el amor a Cristo. No importa si no podemos rezar como antes, pero frecuentamos más la iglesia que cuando estábamos en nuestras casas; aunque distraídos, nos tomamos más tiempo para estar con Dios; ante Él llevamos todo, también nuestras distracciones, también nuestras luchas, tantas veces sin éxito; llevamos lo que somos, lo que vivimos, lo que tenemos. Todo lo convertimos en amor.

Estamos, sin embargo, en continua tensión interior. Por más que queramos dominarnos y concentrarnos, no lo logramos. Escuchamos y hablamos en nuestra imaginación, hacemos planes de cómo actuar para defendernos, qué hacer ante esta situación, cómo liberarnos de esta pesadilla. A veces percibimos voces de alarma: ¡Atención, atención, que estás en peligro, sálvate!. ¿A qué se debe esta lucha?. Es el instinto de conservación, que quiere apoderarse de nuestro mundo espiritual, que impide concentrarse en algo serio y que nos dificulta recoger nuestros pensamientos que parecen pájaros asustados.

Los estudios en el campo de concentración

Con la distracción hay que luchar también, cuando se trata de estudiar. Después de unos diez días de permanencia en el campo, comenzamos a pensar en los estudios. El trabajo no era mucho y era irregular. Diariamente dos o tres horas se podían dedicar al estudio o a la lectura de libros forma-

tivos. Llevábamos los libros al trabajo para cuando sobraba algo de tiempo. Leíamos clandestina y públicamente. Se estudiaba en las habitaciones y, si no nos descubrían, también lo hacíamos en el desván. Algunos estudiaban, en el coro, los clérigos en la torre. El estudio nos ayudaba a sentirnos como cuando estábamos en casa, a olvidar y a no dejarnos abatir por las circunstancias del campo. Al principio estudiábamos individualmente, más tarde los clérigos del estudiantado pedagógico y los superiores nos organizamos por grupos de alemán, italiano y latín; cada uno tenía siete miembros con su instructor, que era un sacerdote o un clérigo mayor.

Teníamos diariamente una reunión por la mañana y otra por la tarde. Cada grupo se ingeniaba para buscar el lugar de estudio: en el jardín, en el césped, en el desván; tumbados por tierra, colocábamos las cabezas en forma de círculo.

Aunque había sacerdotes ancianos que consideraban que el campo de concentración era imposible lograr la necesaria concentración para el estudio, de hecho, los grupos continuaron funcionando hasta la salida de los clérigos del campo de Podolínec. Completábamos el estudio con la lectura de libros espirituales.

¡Nosotros éramos para ellos una banda!

El mes de mayo en Podolínec es muy bello y lleno de sol. A veces se produce también alguna tempestad, pero enseguida se serena. En el patio trabajamos en la madera y la ponemos bajo el muro en dos o tres filas.

Y sucedió lo siguiente:

Un día por la mañana, hacia las 10, cuando en el patio hacía calor, llegó el Comisario Grigel y con él un señor calvo, de unos 35 años, y una señora, o señorita, presuntuosa y engreída.

Caminan, nos miran, y por fin nos preguntan: "*¿Cómo estáis?*".

Contestamos: "*Como lo veis*".

Nos encontrábamos allí unos 70 religiosos de varias órdenes, la mayoría eran jóvenes muy abiertos, decían lo que pensaban.

Durante la conversación, algunos de nosotros les manifestamos que lo que hacían con nosotros era una injusticia, una violación de todo derecho.

A la pregunta de si queríamos irnos a casa, los jóvenes religiosos gritamos a coro:

- "*¡¡¡Sí!!!*".

A la pregunta de si firmaríamos la salida de la Orden, de nuevo gritamos en coro:

- "*¡¡¡No!!!*"

Se fueron acercando algunos religiosos más; otros permanecían un poco alejados, esperando con curiosidad cómo acabaría la cosa. Todo con una cierta tensión.

Las preguntas y las respuestas comenzaron a ser más polémicas. El compañero calvo se esforzaba por conservar la serenidad, tratando de justificar cosas que ante nosotros no era posible justificar.

A nuestra pregunta de por qué nos encontrábamos en Podolínec, comenzaron a contarnos el cuento de las armas en los conventos, etc. Todos comenzamos irónicamente a reírnos con un clamoroso: " ja, ja, ja ".

La discusión estaba apunto de desembocar en riña, y debíamos evitarlo, aunque tuviéramos razón. Estábamos en un campo de concentración, donde el poder tiene siempre la razón y la posibilidad de hacernos esta cárcel aún más dura. Alguien susurró: "*esto acabará mal, marchémonos*" y todos los religiosos susurraron, "*vámonos*".

En menos de treinta segundo los tres se quedaron solos. Los últimos en marcharnos oímos el insulto de la compañera presumida y orgullosa, que decía: "*ésta es una banda, vámonos*".

¡¡Muy bien, muy bien, compañera!!. Sí, tienes razón, somos para vosotros una banda. Y ¿qué sois vosotros, que nos tenéis con tanto engaño y tanta crueldad en este campo de concentración?.

Sí somos una banda, pero de Cristo. Somos una banda, porque hemos manifestado abiertamente la injusticia que se nos hace. ¡Por defender la verdad, pueden insultarnos las veces que quieran, diciéndonos que somos una banda!.

Santo Padre, mil gracias

Durante el mes de mayo ya todos los sacerdotes podemos celebrar. Al principio, muchos sacerdotes sólo podían comulgar.

Después trajeron a la capilla de la S. Virgen del Perpetuo Socorro, que está junto a la iglesia, unas mesas pequeñas y prepararon 11 altares, uno junto al otro, y todos los sacerdotes podían celebrar. En el campo había un centenar de sacerdotes, y de ellos 42 éramos salesianos.

Las celebraciones no se realizaban sin grandes dificultades: faltaban las hostias grandes y había que celebrar con las pequeñas; había que ahorrar vino: para una Misa sólo se consumía una cuarta parte de lo que se suele hacer de ordinario.

¡Mil gracias, Santo Padre Pío XII, que habéis dado a los sacerdotes en las cárceles y en los campos de concentración posibilidades extraordinarias y excepcionales para la celebración de la Misa!. Muchas gracias de parte de todos los sacerdotes y hermanos del campo de Podolínec[1]. ¡Cuánto gozo, cuánta luz y cuánta fuerza nos han proporcionado estos permisos!

Según los permisos papales, se puede celebrar a cualquier hora del día o de la noche; no se necesita el cáliz, basta un vaso de vidrio. En Podolínec usamos para celebrar, seis copas de vidrio. Se podía también celebrar en las habitaciones y así lo hicimos en los primeros días, cuando nos cerraban la iglesia. Respecto a los ornamentos, algunos usaban el roquete y la estola.

Entre la iglesia y capilla había un total de 17 altares. En la capilla, con doce altares, era bello ver las celebraciones sin interrupción. Allí lucían los ornamentos de diferentes colores. Era como una ola continua del sacrificio de Cristo. Cada momento se elevaba la pequeña hostia y la sangre de Cristo en los cálices y las copas. Admirable era el fervor y la atención, tanto de los celebrantes como de los asistentes a la Misa.

Estas mañanas eran para nosotros como un pedazo de cielo, algo inolvidable. Cristo entre nosotros y nosotros en Él. Esta era nuestra fuerza y nuestro todo. Deseábamos la libertad, la añorábamos, pero bajo las condiciones que nos ponían, no podíamos aceptarla. Jesucristo nos daba fuerza para quedarnos. En la misa, comunión y oración nos daba la luz, la fuerza y la felicidad.

[1] Pío XII permitió que los sacerdotes pudieran celebrar en secreto la santa misa, sin altar, sin paramentos litúrgicos, sin velas, sin misal y sin monaguillo. Bastaba que uno supiera de memoria, o tuviera copiado en un papel, el texto de la misa de la Santísima Virgen. Era suficiente una cantidad mínima de vino y unas gotas de agua. En Podolínec al principio se celebraban las misas en los altares de la iglesia. Cuando esto no fue permitido, se decían las misas en las habitaciones. Los hermanos cocineros preparaban el pan para las misas, y el vino era introducido clandestinamente.

Los ejercicios espirituales en el campo de concentración

Me parece que al principio del mes de mayo un hermano me dijo "*yo estoy haciendo los Ejercicios Espirituales*". La noticia me entusiasmó, pero no era capaz de imaginarme cómo era posible realizarlos en el campo. Retirarse en algún rincón en silencio era muy difícil. Durante el trabajo no podías quedarte en la habitación. La iglesia durante el trabajo permanecía cerrada, se entraba a ella sólo por la puerta secreta y era un riesgo. No obstante esto, muchos los habían realizado.

Una semana después de esta noticia, me enteré de que uno de nuestros teólogos también hacía los Ejercicios. Descubro inadvertidamente cómo los hacen: se juntan cuatro, dos sacerdotes y dos teólogos; durante el trabajo de la mañana y de la tarde, ellos deben aserrar la madera. Dos de ellos sierran, uno sostiene el trozo de madera y el cuarto lee de un libro de los Ejercicios. Lee un breve trozo, después discuten sobre lo leído, y así continúan. No es tan fácil, pues durante el trabajo llegan otros hermanos y por el temor de verse descubiertos, cambian el tema de la conversación. Los que llegan no saben que esos cuatro están haciendo los Ejercicios Espirituales. Cuando los otros se marchan, ellos continúan aserrando, leyendo y discutiendo. Mi seguimiento continúa: durante las recreaciones se juntan en el jardín a rezar el rosario.

Finalmente me entero de todo el horario de los Ejercicios: por la mañana temprano y por la tarde tienen una meditación; durante el trabajo lectura y discusión, que vienen a hacer el oficio de dos pláticas; y en lugar del Oficio de la S. Virgen, rezan el rosario. El silencio lo observan no hablando con ninguno, pero si uno les pregunta algo le contestan con afabilidad. Dedican todo el tiempo libre a la meditación, a la lectura espiritual y a la oración.

¡¡¡Qué maravilla, amados hermanos!!!. Habéis inventado un nuevo tipo de Ejercicios Espirituales, que se puede aplicar también en el campo de concentración. Los habéis hecho dentro del clima de humor del campo, en medio de la distracción y la incertidumbre. Los habéis sabido realizar, a pesar del nerviosismo y del instinto de conservación.

¿Cómo fue la experiencia de estos Ejercicios Espirituales? Después de haberlos terminado, los que los hicieron decían: " *Fueron bellos como jamás en la vida. Con grandes dificultades, entre ellas la posibilidad de concentrarnos. Continuamente luchábamos contra la disipación y no lográbamos*

dominarla como cuando hacíamos los Ejercicios normales. Fueron estupendos y tienen para nosotros una gran importancia". En efecto, hacer los Ejercicios Espirituales en estas circunstancias, luchando por concentrarse, era una señal de fuerza y energía, que acercaba a los ejercitantes aún más a Cristo, encendía en ellos el amor y aumentaba su decisión para el sacrificio.

El ejemplo fue contagioso, y en los meses de mayo y junio muchos siguieron este ejemplo, y así cada semana dos o tres grupos de nuestros hermanos fueron haciendo ejercicios espirituales. Cada uno se fue ingeniando para buscar el lugar para hacerlos, bien en las habitaciones, bien en la iglesia. En todos crecía la decisión, el fervor y el espíritu de sacrificio. Así en Podolínec Jesús sigue lanzando continuamente a los suyos a nuevas luchas... para que sepan caminar con la oración en la boca y en el corazón, en las oscuridades de nuestro tiempo... para que sepan amar a los hermanos y trabajar por su salvación hasta el agotamiento... y con todos los medios que tienen a disposición, con los más modernos, pero también con los escasos y dolorosos del campo de concentración.

El amor es ingenioso

Como en Sastin, también a Podolínec llegaban desde el principio nuestros bienhechores y los muchachos que frecuentaban nuestros oratorios, pero no tantos como en Sastin, porque Podolínec está muy lejos y porque aquí no se permiten las visitas; pero sus paquetes nos llegaban tanto o más que allí. Los primeros días los gendarmes los recibían en la puerta del campo, pero después se negaron a hacerlo y los visitantes se vieron obligados a enviarlos por correo desde el mismo Podolínec. Otras veces lanzaban los paquetes, a través de la cerca, al jardín del campo, pero sólo en los momentos en que no podían ser vistos por los gendarmes. Otros dejaban los paquetes en alguna de las familias de Podolínec, para que algún miembro de ellas los lanzara a través de la cerca, cuando hallaran una ocasión propicia.

De esta manera los habitantes de Podolínec comenzaron a tener relaciones con nosotros. En los momentos en que los gendarmes no los veían, nos tiraban botellas con el vino para la misa, las hostias, cigarrillos, etc. Desde una parte de la cerca que lleva a un sendero, que la gente transita con frecuencia, nos hacían llegar algunas cosas.

El amor sabe ser ingenioso, y así, por ejemplo, algunas mujeres de Podolínec prestaban sus vestidos a nuestras madres, cuando venían a vernos;

las madres se los ponían, tomaban una azada y pasaban junto a la cerca y, de este modo, podían verse durante dos o tres minutos con el hijo encarcelado e intercambiar con él algunas palabras.

Los gendarmes eran mucho más severos con los hombres, que con las mujeres. No obstante, hubo habitantes de Podolínec que frecuentemente, cuando iban al campo, nos tiraban la merienda que llevaban al trabajo. Jamás olvidaré a un obrero que muchas veces, yendo a su trabajo, a toda prisa se aproximaba a la cerca, tiraba el trozo de pan, que era parte de su comida, y rápidamente se alejaba.

¡Hermano obrero, tú sabes que estos presos son sacerdotes tuyos. Muchos crecieron en la pobreza como tú. No sabes cuánto nos conmovía aquel amor tuyo, que sabía renunciar al propio pan. La comida en estos tiempos era muy escasa y tú tenías hambre como nosotros!. Muchas gracias, hermano obrero. Nos regalaste tu pan, hasta el momento en que los gendarmes se dieron cuenta de tu gesto y brutalmente te amenazaron.

¡Gracias a ti, bienhechor desconocido de Podolínec!

Habitantes de Podolínec, ¡gracias, gracias!

Un gran agradecimiento nos une a muchos otros habitantes de Podolínec. Al poco tiempo de nuestra llegada, sentíamos que no nos encontrábamos en país extraño, que junto con nosotros sufrían tantos corazones generosos. La gente de Podolínec se enteró, de un modo o de otro, de algunos de nuestras nombres y comenzaron a enviarnos paquetes y paquetes. Nos enviaban no sólo la comida, sino también vestidos, jabón y otros objetos útiles.

Pero no hacían sólo esto, sino que pasaron nuestros nombres también a sus conocidos en los pueblos vecinos, y más lejos aún. De todas partes nos llegaban los paquetes. Durante las primeras semanas estos paquetes nos salvaron del hambre. Al desayuno y a la cena se comía muy poco y también la comida era insuficiente.

El contenido de algunos de estos paquetes los llevábamos a la cocina para mejorar la comida. Otros nos los repartíamos en las habitaciones, como buenos hermanos. Las reservas de los paquetes nos duraban largo tiempo, incluso después, cuando los prohibieron.

De este modo la comida mejoró un poco, pero aun así no bastaba. Casi todos perdieron peso durante los primeros meses del campo.

Es verdad que influía también el comportamiento brutal de algunos de los jefes del campo y el horror de la incertidumbre que se vivía. Por ejemplo, se nos quitaba el apetito, cuando uno de los jefes, borracho, durante la charla nos decía que, si caía el régimen comunista en Checoslovaquia, nos liquidarían a todos.

Nada le habíamos hecho nosotros a este régimen, queríamos sólo amar a Cristo y a los hombres, ésta era nuestra culpa.

Rezábamos con frecuencia por nuestros bienhechores. A ellos les debemos que, encontrándonos en el campo y en la incertidumbre, la comida no nos faltara.

Así vivíamos, sufríamos y esperábamos. Muchos hermanos tenían la costumbre de rezar durante la recreación y durante el trabajo. En los patios rezábamos el rosario en grupos.

Los días pasaban y nosotros esperábamos que todo esto acabara. Nuestro deseo era escapar de aquí cuanto antes, pues lo que más nos torturaba era la incertidumbre, pero de ninguna manera estábamos dispuestos a escapar al precio de una firma. Preferíamos soportarlo todo, aunque el instinto de conservación nos acuciara y, a veces, con fuerza.

El deporte en el campo de Podolínec

Ya mencioné cómo llevábamos en Podolínec nuestra alegría y audacia. Los alegres y bellos cantos nos ayudaron a adornar el mes de mayo y todas las demás fiestas. De la misma manera se despertó nuestra iniciativa, cuando se trataba del juego y del deporte.

En el campo se hacía muy necesario el jugar. Los juegos contribuían a la distracción y, en cierto modo, sacaban a los jugadores y a los espectadores fuera del campo; psíquicamente descansábamos muchísimo y durante muchas horas sacudíamos de nuestras espaldas el peso que nos oprimía, y, acabado el juego, todo se nos hacía más fácil.

Entre nosotros se encontraban buenos jugadores de fútbol, de voleibol y de ping-pong. Teníamos especialistas que habían organizado en nuestros oratorios el deporte. Ellos, durante los primeros días, consiguieron los cordeles y en poco tiempo tejieron dos redes para el voleibol, una para nosotros y otra para los jesuitas; construimos una cancha para los juegos y los jesuitas hicieron lo mismo. Y así pudimos jugar muchas veces. Cuando no hacía calor y no había trabajo, los grupos se cambiaban y se jugaba casi todo el

día. Los Verbitas aportaron buenos balones para el voleibol; era un placer el jugar con ellos.

Más tarde se formaron ocho o diez equipos de voleibol y se organizaron competiciones. Muy interesantes resultaban los partidos entre Salesianos y Verbitas. Las victorias se repartían entre unos y otros. Los nuestros parecían técnicamente mejores, los Verbitas eran más perseverantes. También los jesuitas tenían un buen equipo.

Durante el juego, el Padre jesuita Dieska y nuestro Don Babulik sabían comentar chistosamente las competiciones y con todo esto se aumentaba la alegría general y la distensión durante las recreaciones del medio día.

Por iniciativa de los hermanos jesuitas, más tarde se comenzó también a jugar a fútbol. Se iba con los gendarmes al campo de juegos de Podolínec, siempre en grupos de unos 40 a 60 religiosos, porque los gendarmes no permitían más. Si alguno tenía visita, podía inadvertidamente encontrarse con sus familiares durante estas salidas al campo de juegos de Podolínec.

Al fútbol no se jugó mucho tiempo; los jefes lo prohibieron, y así el deporte de primer rango quedó el voleibol. Se jugaba también al ping-pong; nuestros hermanos carpinteros hicieron para este deporte una hermosa mesa.

El deporte era para nosotros un medio importante de distensión, para poder vivir la vida del campo de concentración día tras día. Y así también a través del deporte servíamos a Cristo en el campo de concentración de Podolínec.

6

LOS PERROS LOBOS, NUESTROS GUARDIANES

Las formas sádicas de Miro Vaselly

Como una tempestad siento hasta ahora los modos brutales de Miro Vaselly. Miro Vaselly estaba en el campo de concentración como ayudante del principal responsable organizador, Juan Turansky; uno y otro habían llegado aquí de la cárcel de Leopoldov. Nos enteramos del verdadero nombre de Miro Vaselly, cuando uno de los nuestros limpiaba su despacho. En las tapas de sus libros se encontraba el nombre de Vendelino Burdej. ¿Quería, acaso, así borrar sus huellas para el futuro?

Miro Vaselly tiene unos 26 años, de estatura un poco baja, con cara redonda, llena y roja. Desde el principio nos trató con severidad y en algunos momentos hasta brutalmente. Parece como si le moviera un deseo o una ambición, hasta morbosa, de hacerse valer.

Y cuanto menos consigue el respeto, tanto más crece su ambición. Las explosiones de su humor son imprevisibles. Por ejemplo, grita como un chacal y enseguida comienza a reírse. La transición es tan rápida e inesperada, que a veces, parece que tuviéramos delante a un hombre anormal. Goza si nos puede confundir o armar líos

Miro Vaselly nos ha causado sufrimientos en situaciones muy dolorosas y penosas, que, a veces, eran capaces de sacarnos de nuestras casillas. Burlarse ante nuestros ojos no suponía nada para él. Se burlaba de las cosas mas santas, y esto lo sentíamos como un cuchillo en el alma. Expresiones como: *"queréis traer siempre a ese vuestro Cristo por los suelos"*, y otras semejantes eran para nosotros como un golpe en la cabeza.

Menos mal que el principal responsable de la organización no era él, sino Turansky, que era un hombre bastante equilibrado y justo.

Cinco días difíciles con Miro Vaselly

Por unos días, desde el 15 al 20 de mayo, Miro Vaselly tuvo toda la responsabilidad en sus manos. Turansky fue a Bratislava y quería ir tam-

bién a ver a los suyos. Las revistas de la mañana y de la tarde durante estos días fueron para nosotros una tortura. Siempre sucedía algo imprevisible. Miro nos insultaba, nos amenazaba y se burlaba de nosotros. Humillaba especialmente a los sacerdotes mayores, y nosotros, los más jóvenes, lo sentíamos como puñaladas en el alma. Parecía que cuanto más los veía superiores a él, tanto más quería demostrarles que los tenía bajo su poder y que podía hacer de ellos lo que quisiera. Sus víctimas preferidas eran los sacerdotes de unos 40 años. Eran ellos lo que debían limpiar el establo.

Algunos de nosotros no lo podíamos soportar, les quitábamos las herramientas de las manos y los mandábamos irse del establo. No teníamos mucho trabajo, pero ninguno podía tener un libro en la mano. Miro les sacaba de los bolsillos sus breviarios y les hacía ir después a reclamarlos en su despacho.

Hay una escena con Miro, que no se puede fácilmente olvidar: sin motivo ninguno, Miro atacó de repente en el patio a nuestro Profesor de Teología, Doctor Francisco Sersen. Entre insultos, se dio cuenta de que el profesor tenía algo bajo la chaqueta, se acercó y le quitó violentamente el libro de Santa Catalina de Siena de Jeorgensen. Después con palabras y malos modos lo empujó hacia el establo y allí le dio un puñetazo en el pecho, mientras continuaba insultándolo. Esta brutalidad nos irritó de tal manera, que algunos jóvenes cerraron sus puños, dispuestos a taparle la boca a Milo a puñetazos. Pero los Salesianos más ancianos los contuvieron, y ellos, aún contra su voluntad, renunciaron a hacerlo.

Otra escena. El domingo, Miro nos mandó estar dos horas y media bajo el sol ardiente del mediodía. Teníamos que aprender unas canciones de las llamadas progresistas.

Durante la revista de estos 5 días, Miro nunca se presentó ante nosotros, como de costumbre. Salía siempre a la terraza del edificio de un piso y desde allí leía nuestros nombres. A veces, para humillarnos aún más, arrojaba desde la terraza, con arrogancia, un pequeño pedazo de papel donde estaba escrito lo que debíamos cantar.

Esta humillación caía desde la terraza sobre todos nosotros, pues en el patio cuadrado se encontraban reunidos todos: los doctores, los célebres predicadores de las misiones, y los excelentes organizadores de la vida religiosa, centenares de religiosos, los ancianos, que ya con dificultad se sostenían en pie, y los jóvenes religiosos.

La cultura de Miro

Por otra parte, Miro era un tipo interesante, con mucha arrogancia usaba palabras extranjeras para darse mayor importancia. Pero, a veces, no sabía el significado de las palabras. Así, por ejemplo, en lugar de decir *"no convirtáis esto en anarquía"* decía *" no convirtáis esto en monarquía"*. Una vez que encontró a un clérigo que se remendaba los calcetines le gritó: *"quite enseguida esa sicología"*. Nos reíamos muchísimo al oírle. Sus mandatos tenían a veces un sentido ridículo.

Cuando regresó Turansky respiramos. Pero después de unos 5 días se marcharon ambos, se dice que a Praga para hacer un curso. Después de su partida, el responsable organizador fue un tal José Sabadka. También él era carcelero de Leopoldov; parece que es un hombre sencillo de pueblo y es todavía muy joven. Piensa y se expresa con dificultad; es de un carácter bastante bueno, a veces grita, pero la cosa puede pasar. Le gusta el alcohol y le traen loco las chicas.

El alcohol entre nuestros jefes es muy apreciado: bebía Turansky, lo hace el ecónomo Tretina. Bebe Svejduk, bebe Sabadka y beben otros, y cuando están borrachos, cuentan tonterías. Parece que todos están tarados por el alcohol. Algunos, además, tienen también las manos largas para lo ajeno y se apoderan de cuanto pueden.

¡En qué manos, Dios mío, nos encontramos!

Nos van a quitar a los más jóvenes

Todos los días en Podolínec eran difíciles, ¡pero mucho más lo fue el 22 de Mayo!.

Celebrábamos la novena de María Auxiliadora, queríamos celebrar la fiesta justamente el día 24. Turansky nos había prometido que en ese día nos permitiría una semifiesta. La novena era muy bella, las devociones de Mayo crecían en sinceridad, devoción y perdón. Para el 24 de mayo preparábamos también un festivo acto cultural mariano, de acuerdo con las circunstancias carceleras.

Pero dos días antes, el 22 de mayo nos cayó como un mazazo en la cabeza. Cuando fracasaron todos los esfuerzos para conseguir nuestras firmas, se comenzó a hablar de nuevas intervenciones y de cómo lograr nues-

tra liquidación. Con toda razón suponíamos que todo iba a comenzar por los más jóvenes. Piensan los jefes que los jóvenes son los menos contagiados por el amor de Cristo y por el amor a su vocación.

Y así, en torno al 15 de mayo, comenzaron a hacer las listas. Muchas veces durante las revistas dejaron en el patio a los novicios, a los clérigos del estudiantado Pedagógico y a los clérigos asistentes. Los demás teníamos que marcharnos; lo sentíamos como si alguno nos oprimiera el corazón; se apoderaban de nosotros la angustia y la impotencia.

Clandestinamente nos escondíamos en las ventanas que dan al patio cuadrado, en el que se encontraban los más jóvenes. Los veíamos y queríamos oír lo qué intentaban hacer con ellos.

En un primer momento los distribuyeron en 3 grupos, después en dos. En los grupos se encontraban también los clérigos de los Verbitas y los novicios de los Redentoristas.

La angustia crecía en nosotros, porque veíamos que trataban de destruir las obras de los religiosos en Eslovaquia.

Nuestros jóvenes se marcharían a casa, serían libres, pero antes tendrían que pasar por los campos de trabajo y, hallándose solos, ¿lo podrían soportar? ¿serían capaces de seguir siendo fieles a Cristo?.

Corren noticias de que los van poner a trabajar con chicas frívolas y ligeras.

Señor, ¿qué pasará con ellos?. Tú los has destinado para las grandes luchas por las almas y estos ateos te los quieren pisotear y destruir.

El 22 de mayo, a las 12 y media, llamaron de nuevo a los más jóvenes a una revista extraordinaria y los repartieron en grupos. Vino también el Comisario Roman Grigel, que es en el campo el jefe número uno. Al final de la revista Grigel, sonriendo, preguntó a los jóvenes clérigos:

"¿Queréis iros a casa?"
"Queremos"
"¿Quién de vosotros firmó la resolución de paz de Estocolmo?"
"Todos"
"¿Quién de vosotros firmó la salida de la Orden?"
"Ninguno".
"¿Y por qué?
"Sencillamente, porque no lo queremos".

Las contestaciones de los clérigos eran unánimes y lacónicas, aunque no estaban preparadas de ante mano. Lo más fuerte era ese *"porque no lo queremos"*, ahí estaba clara la decisión de no moverse de esta cárcel, si pedían de nuevo las firmas...

Grigel y compañeros fueron derrotados una vez más, pero ahora la derrota no tuvo efectos negativos. Grigel les hacía preguntas entre serio y broma, entre broma y serio. Y los clérigos le contestaban de la misma manera, pero con fuerza y a coro. Después Grigel los dejó marchar.

Un adiós sin despedida, brutal

La revista extraordinaria de la mañana con los más jóvenes era sólo la introducción. Por la tarde, a las 5 y media, hubo una nueva revista para todos. La revista fue una hora antes de lo previsto y por ello presentíamos que algo estaba para suceder, y sucedió.

El golpe terrible que tanto temíamos nos hirió dos días antes de la fiesta de María Auxiliadora. Grigel durante la revista enumeró unos 90 nombres de los religiosos más jóvenes, entre ellos unos 40 clérigos y más de 20 novicios Salesianos.

Cuando acabó de leer los nombres, los separaron de nosotros y les enviaron a recoger sus cosas. Todos los demás estábamos en filas en el patio cuadrado, y en la salida pusieron un gendarme. En el patio se quedó también con nosotros Miro Vaselly. Nos vemos impotentes ante esta nueva traición atea. Y Miro, con su boca soez, nos ordena cantar. La canción termina. No basta, grita enseguida Miro. Otra canción.

Los jóvenes hermanos miraban clandestinamente desde el primero y segundo piso nuestra situación desalentadora. Se les veía con los vestidos civiles. La sotana, que con tanto amor habían recibido, la tenían que dejar encima de la cama. Es un despojamiento violento. Y Miro, en esta situación terrible continuaba gritándonos: ¡"*Cantad*"!.

Triste y apenada sube la tercera canción al cielo azul, en el que vuelan las golondrinas ligeras y libres. "¡¡Cantad!!" - grita Miro por cuarta vez. La boca canta, pero los ojos miran hacia las ventanas y la mano clandestinamente manda el último saludo. Estamos entre cuatro muros, como en una jaula, el tirano delante de nosotros y el gendarme en la puerta.

Uno de los clérigos que se van se acerca a una ventana con el cristal roto en el corredor del entresuelo y nos susurra: *"nos llevan a Kostolna para el adoctrinamiento"*.

¡Kostolna!...

Se encuentra en el valle de Vah, se van al convento secuestrado a los Redentoristas o Lazaristas.

"¡Cantad"!, grita de nuevo el tirano.

No sabemos ya qué cantar. Por fin, los teólogos de los Verbitas comienzan a cantar: *"nuestra tierra es redonda, viven en ella los animales"*.

Sí, Miro, viven en ella los animales humanos que en los campos de concentración torturan a la gente

Media hora después del último cantar, en el patio cuadrado se hace el silencio, pero de nosotros se apodera un mayor nerviosismo y una tensión tremenda.

Cada uno tiene en sí una tempestad. Yo rezaba el rosario sin ninguna posibilidad de concentrarme. Las manos querían luchar por algo o romper algo. La boca quería gritar y grita.

Hasta el firmamento quería gritar esta nueva injusticia, este nuevo rapto y este acto de bandidaje. Y uno no puede dar la mano ni despedirte. Esto le rasga a uno el alma....y ellos gritan: *"canta"*.

¡Oh potente Auxiliadora nuestra!

Y el nerviosismo crece y crece.

Los más jóvenes ya se van con maletas por el corredor, cerca de nosotros algunos sacerdotes desde el patio cuadrado los bendicen y ellos, devotamente se arrodillan cerca de las ventanas. Cuando ya todos han pasado y se encuentran delante de la puerta del campo, nos permiten entrar en la iglesia para celebrar el mes de mayo. Pero también allí nos vigilan; ninguno puede alejarse de la iglesia, ni tampoco ir a los servicios.

La puerta principal de la iglesia está cerrada y en la puerta de la sacristía se encuentra Turansky.

¡Auxiliadora nuestra, potente!, estamos aquí humillados, torturados, pisoteados. Presos por amor a Ti y a las almas. Estamos ya agotados por toda esta tensión. ¡Ten piedad, ten piedad de nosotros!.

Con el dolor y la pena en el alma, pero a pesar de ello, cantamos a ple-

no pulmón, como con fiebre, el himno victorioso de la Virgen Auxiliadora: *Saepe dum Christi*[1].

Sí, Virgen Auxiliadora, con cuánta frecuencia viniste a ayudar al pueblo cristiano, cuando lo perseguían y torturaban.

¡Ven!

La iglesia es como un trueno de canto.

Queríamos que nuestros hermanos oyeran desde fuera que, aunque torturados, permanecíamos fuertes y con la Virgen Auxiliadora seguiríamos adelante; que oyeran cómo suplicábamos y sintieran que todo era por ellos, para que fueran heroicos y fuertes.

Ellos se encontraban cerca de la parte principal de la iglesia y lo oían y comprendían todo. Estaban con nosotros, aunque nosotros no lo supiéramos. Después subieron a los autocares y comenzaron también ellos a cantar y a rezar.

Nosotros esto lo supimos una semana después a través de sus cartas.

Acabada la función religiosa, paseamos como perros apaleados por el horrible patio cuadrado. Hablábamos como alguien a quienes les ha sido robado algo grande. Después nos fuimos a descansar. No queríamos creer que habían comenzado a liquidarnos con nuevos métodos violentos.

Pero el corazón nos dice:

"*¡Cristo, contigo adelante! ¡Adelante, aunque nos maten*!".

La fiesta de María Auxiliadora

El 23 de mayo, vigilia de la Virgen Auxiliadora.

Las impresiones del día anterior no desaparecieron, ni van a desapare-

[1] Es el himno latino que se canta en las primeras vísperas de la fiesta de María Auxiliadora, que se celebra el 24 de mayo. Recuerda la vuelta triunfal de Pío VII a Roma, tras el destierro sufrido, y canta la intervención continua y milagrosa de la Virgen a favor de los cristianos perseguidos. Comienza con la estrofa: "*Frecuentemente, cuando el pueblo cristiano era oprimido por las despiadadas armas del terrible enemigo, piadosa vino en su ayuda la Virgen, descendiendo repentinamente desde la serenidad de los cielos*". Era, pues, un canto muy apropiado en aquella ocasión, pues subrayaba la confianza en María Auxiliadora en el momento en los que los enemigos de Dios estaban sometiendo a los religiosos a una tremenda y totalmente injusta persecución. La devoción a María despertaba en ellos la esperanza de una intervención divina.

cer tan fácilmente. Seguro que incluso después de decenas de años sentiremos cómo nos pisotearon ayer en el patio cuadrado, donde el dolor y las lágrimas llegaban hasta el firmamento. Todo el día caminamos como semiparalizados, hablamos poco. Cada uno sorbía su dolor.

Turansky regresó ayer antes de la salida de los jóvenes. Hace tiempo nos prometió que el día 24 de mayo tendríamos semifiesta. Una delegación de los nuestros se lo pidió de nuevo. Se lo volvió a prometer y en la revista de la tarde lo anunció.

¡Auxiliadora nuestra!, tu fiesta comenzó por levantarnos con prontitud; en tus brazos comenzaron a cerrarse, al menos, las más profundas llagas de este 22 de mayo. Tuvimos la Misa solemne. Durante la predicación me sacudieron en lo más profundo las palabras: *"apoyémonos en María y no la dejemos hasta que nos bendiga, porque es muy poderosa"*. ¡Madre, me entrego totalmente a ti!.

Algunos clérigos, que se habían quedado con los teólogos, cantaron la hermosa Misa solemne de Perosi, el célebre Maestro de la Basílica de San Pedro de Roma.

Hacia las cinco de la tarde, nos reunimos en el segundo piso unos 40 ó 50, sentándonos en las camas. Se encontraba allí, bien adornada, la estatua de María Auxiliadora traída desde Sastin. Durante el día habíamos acudido allí para rezar. Decíamos:*"vamos en peregrinación a la habitación 26 "*.

Ardían allí las luces, las flores y los corazones. Habíamos llevado el armonium y los violines y celebramos una pequeña fiesta mariana. Durante el programa alguien suspiró: *"Quién sabe cómo te celebrarán, Madre, los hermanos más jóvenes que nos arrebataron de aquí; y quién sabe si podrán recibir hoy en comunión a tu Hijo querido"*.

Sin embargo la fiesta estaba cargada de esperanza: la esperanza de que pasará también esta tempestad. Este año estamos comenzando el 26 aniversario de la fundación de la Obra Salesiana en Checoslovaquia. San Juan Bosco al comenzar su Obra decía: *"tendremos casas, iglesias, campos de juegos y millares de muchachos"*.

También nosotros, aunque estemos ahora privados de todo, tendremos casas y millares de jóvenes y estaremos a su servio con todas las fuerzas. Por eso confiamos, confiamos totalmente, en María Auxiliadora. San Juan Bosco nos dice: *"tened confianza en la Virgen Auxiliadora y veréis lo que son milagros"*

Sí, la tenemos y veremos los milagros de María Auxiliadora también en la Eslovaquia.

El mutuo conocimiento de las Órdenes Religiosas

Los primeros meses en Podolínec nos confortaba mucho el hecho de que éramos centenares de jóvenes, de hombres de mediana edad y ancianos. El elevado número, la distinta edad y el tener todos las mismas ideas nos impresionaba. Es verdad, la situación de alojamiento era semibárbara, pero por todas partes brotaba la vida.

La concentración violenta de tantas Órdenes en un campo de concentración, comporta ciertamente una carga positiva. Es positivo, ante todo, la posibilidad de conocernos más de cerca. Casi de repente cayeron todas las barreras que pudieran dividirnos. Tenemos aquí la posibilidad de ver de una determinada forma la vida interna de cada Orden. Tenemos la posibilidad de observarnos, comparar, informarnos y exhortarnos.

Nosotros, los salesianos, somos aquí objeto de una continua y seria observación. Las demás Órdenes ven nuestro lado positivo, pero a veces, tienen también sus reservas. Ven que nuestros clérigos son entusiastas, pero algunos parecen algo negligentes en la disciplina y en el silencio. Por otra parte, ven cómo están decididos en su vocación. Para algunos padres ancianos de otras Órdenes, nuestros jóvenes se comportan, a veces, con poca urbanidad y respeto, pero en la iglesia les ven muy serios y profundamente devotos.

Como jóvenes que son, dicen a veces algunas palabras de más; pero, por otra parte, son activos, enérgicos y despiertos para la lucha por Cristo. En el patio se ve a los salesianos rebosantes de alegría, ríen y bromean, pero con qué recogimiento y sinceridad oyen o celebran la Misa. Puede suceder que a veces nos enfademos, pero el enfado dura poco y, cuando es necesario, somos perfecta y alegremente solidarios. Por fuera, según algunos, somos casi unos cristianos normales, pero por dentro somos sinceros y auténticos. Queremos ser modernos y, al mismo tiempo, pertenecer profundamente a Cristo.

En cuanto a las demás Órdenes, hay que constatar que la mayoría de ellas en Eslovaquia, antes de la persecución, habían alcanzado un alto nivel, sea en su vida religiosa, sea en el celo por las almas.

Aquí en el campo muy pronto desaparecieron los celos que pudiera haber en el pasado entre unas Órdenes y otras; en algunas ocasiones pudo parecer que había entre ellas una aparente suspicacia, llamémosla profesional, que se traducía en una cierta falta de estima y comprensión. Hoy, en cambio, sentimos, más que nunca, que somos una sola Iglesia y por esto, todos somos perseguidos. Formamos un solo Cristo, un solo Cuerpo y también en el trabajo por las almas podemos actuar unidos. ¿Nos puede acaso dividir el que tengamos diversos Fundadores, o diversos métodos para el apostolado, o diversas ideas?. ¿Estaban divididos nuestros Fundadores, que luchaban contra cualquier suspicacia y falta de amor?.

Pequeños recelos y críticas, por ejemplo, en lo que se refiere al deporte u otros aspectos, se dejan notar también aquí, pero esto de ninguna manera impide el acercamiento radical de todas las Órdenes. Se trata verdaderamente de un acercamiento mutuo, porque todos nos dirigimos a un centro común: amar a Cristo y a las almas. Y esto diariamente nos une mucho más que la pequeñas cosas que nos separan.

Mejora la situación

Algo semejante a lo ocurrido el 22 de mayo, cuando nos arrancaron a los más jóvenes, íbamos a volver a vivirlo una vez más, pero no con efectos tan desalentadores. El 2 de junio se llevaron de Podolínec a unos veinte religiosos enfermos y ancianos, decían que para descansar en Belusske Slatiny.

Ese día, de nuevo nos concentraron en el patio cuadrado, leyeron los nombres de los que debían partir y los condujeron a sus habitaciones para que empaquetaran sus cosas. A nosotros nos dejaron ir a la iglesia para hacer la devoción del Sagrado Corazón; y en la iglesia nos tuvieron encerrados casi una hora, después de haber terminado las devociones. Pasamos todo el tiempo rezando el rosario.

En Belusske Slatiny habían abierto una especie de campo de concentración más libre, para unos 70 u 80 religiosos ancianos y enfermos; podían recibir visitas, pasear fuera del campo y con salvoconducto podían visitar a sus parientes. Los sacerdotes del campo ayudaban a los párrocos vecinos. De este modo los querían ganar para las parroquias y la vida fuera del campo. Un campo parecido habían construido también en nuestra casa salesiana de Sv. Benadik, sólo que a él llevaban sacerdotes sanos.

A principios del mes de julio, de ambos campos, voluntariamente o con violencia, seleccionaron a algunos sacerdotes y los llevaron al convento de los franciscanos en Malacky para adoctrinarlos. Los otros, a excepción de los que tenían más de 70 años, los trasladaron más tarde a aquí, a Podolínec.

También en nuestro campo la situación comenzó a mejorar un poco. Al principio del mes de junio llegó el nuevo comisario del campo, Jarislao Hruska. Su método consistía en tratar de influir más por medio de la bondad, de la cual no se encontraba ni rastro en el comisario precedente, Roman Grigel. Por ejemplo, nos permitía escribir y recibir cartas y recibir los paquetes; y, acompañados de un gendarme, ir al dentista. Dos veces a la semana podíamos ir a jugar al fútbol en el campo de Podolínec, y, cuando comenzaron los calores del verano, bajo la vigilancia de los gendarmes, a veces, se nos permitió bañarnos durante una hora en el río Poprad, que corre inmediatamente detrás del muro del campo.

Así la situación, hasta entonces semisalvaje, de Podolínec comenzó a tener una cara más humana. Hruska nos prometía que podríamos pasear por los alrededores y que hasta con un salvoconducto podríamos ir a casa por unos días. Pero lo considerábamos como una promesa vana. Sí creímos en su promesa de que nuestros familiares podrían visitarnos en Podolínec.

El 28 de junio llevaron el segundo grupo de clérigos para el adoctrinamiento a Kostolna; en esta ocasión Hruska nos permitió una despedida normal. En la revista de la mañana leyó los nombres de los que debían marcharse para que empaquetasen sus cosas. Después los gendarmes les revisaron las maletas y durante la revista de la tarde se hizo la despedida. Se dijeron las palabras de adiós, se cantó y con los abrazos de paz pudimos ir con ellos hasta los coches y nos dejaron estar en el patio, cerca de la puerta principal, hasta que los autocares partieron. Estábamos presentes unos trescientos religiosos.

También esta partida fue para nosotros muy dura, sentíamos cómo nos rompían, queriendo aniquilarnos como Orden religiosa. Sufrimos como el 22 de mayo, porque la separación, como la muerte, no deja de ser muerte, aunque se haga de otra manera, algo más humana, más diplomática.

Cuando los coches con los clérigos se marcharon a las siete de la tarde, regresamos a las habitaciones como unas madres doloridas que han perdido

a sus hijos, y enseguida nos reunimos en la iglesia para rezar, rezar y rezar. En nosotros, al menos, los sentimientos humanos todavía no han muerto.

Los perros lobos, nuestros vigilantes

En el campo, desde el principio, hay unos perros lobos que junto con los gendarmes nos vigilan. Su presencia sirve para suscitar toda clase de imaginaciones y hacer la vida todavía más difícil. Sólo el pensar en estos perros hace daño, nos aterroriza. Si nos vigilan también con perros lobos, nuestra situación debe ser crítica y nuestro futuro sin mucha esperanza.

Las dos primeras semanas yo no podía mirar sin un desagradable sentimiento a estos perros, que veía delante de su caseta del patio. Casi siempre se apoderaba de mí la obsesión de que era necesario huir, si uno quiere salvar la vida... pero el perro te alcanza, porque corre más veloz y te salta a las espaldas... ¿y entonces?

Estos sentimientos aumentaron aún más, cuando de dos pasaron a ser cuatro los perros. Con el tiempo nos hicimos amigos de ellos, aunque los gendarmes nos lo prohibían. Conocíamos también sus debilidades y esto, quizá, nos podría servir en algún momento. Sin embargo, viendo durante la noche al gendarme pasear con el perro lobo por el jardín, me volvía a sentir mal.

Durante el día los perros estaban atados; desde las ocho de la tarde a las cuatro de la mañana los gendarmes se los llevaban con ellos al jardín.

Más tarde, cuando el comisario del campo era Rodak, una familia de Podolínec envió cinco litros de leche al campo para los religiosos afectados por la tuberculosis; pero Rodak no le dio nada a los enfermos, y la leche se la bebieron los perros.

Cuando en el mes de julio, algunos religiosos comenzaron a huir de Podolínec, los buscaban con los perros en las torres de la iglesia, en los desvanes y por otros rincones. Después daban vueltas con ellos a los muros y a las cercas, empeñados en encontrar la huella de los fugitivos. Pero los perros no detectaron jamás nada.

Al cabo de unos tres meses, los retiraron.

Los primeros meses los gendarmes, al hacer la guardia, llevaban las pequeñas ametralladoras. Este pedazo de acero frío, que nos encontrábamos a

diario tantas veces no pretendía causar otro efecto que el abatirnos. Uno tiene siempre la impresión de que estas armas están dirigidas contra ti. A las armas del campo pertenecen también dos ametralladoras normales; dicen que una se halla instalada en el bar de enfrente del campo y otra en el jardín, en una estancia construida sobre el muro.

Continúa la devoción a la Virgen

La devoción a la Virgen Auxiliadora nos hace la vida del campo más soportable. Para nosotros salesianos, es en el mes de mayo cuando más se intensifica esa devoción. Pero también otros religiosos tienen sus fiestas marianas. Por eso, un nuevo impulso recibió nuestro amor a la Santísima Virgen a mediados de junio, cuando en un domingo los PP. Redentoristas celebran la fiesta de la Virgen del Perpetuo Socorro. Durante la predicación, un joven redentorista nos dijo: "*nuestras madres rodean el campo sin alivio y con lágrimas en los ojos para poder vernos por un solo momento. ¿Pensáis que Ella es diferente, que nos abandonará?*".

Ese día nos permitieron hacer una procesión con la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro por el jardín. Uno de los gendarmes, cuando la procesión pasaba cerca de él, escupió con desprecio, pero no nos olvidamos de rezar también por él.

Ese domingo, en efecto, se hacía la peregrinación a la iglesia del campo de concentración y la gente acudía a ella en procesión. Los jefes ateos tenían miedo de que también este año llegara la gente y pudiera suceder algo inesperado. Pero en lugar de los peregrinos llegaron a Podolínec nuevos grupos de gendarmes. En el jardín del campo se encontraban también ese día los bomberos de Podolínec con sus máquinas e instrumentos preparados para dispersar a los posibles manifestantes, pero los bomberos que estaban de servicio, en lugar de agua, lanzaban a los religiosos de las últimas filas paquetes de cigarrillos. Eran de los nuestros.

Desde este domingo aumentaron mucho las filas alrededor del altar de la Virgen del Perpetuo Socorro, especialmente después de la función de la tarde. Pero, también durante el día, no había casi ningún minuto en el que esta buena Madre no diera audiencia a alguno.

Una tarde vi cómo un padre escritor levantaba sus manos hacia Ella y su rostro me parecía casi espiritualizado.

¡Madre, cuánto gozo tendremos este año aquí, en el campo de concentración, cuando el día primero de noviembre, el Santo Padre Pío XII proclame como dogma de fe que Tú has sido asunta al cielo y que vives con Dios en alma y cuerpo!.

El Corpus Domini en el campo de concentración

Desde del 24 de mayo, casi todos los domingos alguna orden religiosa celebraba su fiesta. En Pentecostés lo hacían los Misioneros del Verbo Divino, después tuvo lugar una hermosa liturgia de rito oriental. Tenemos aquí 8 sacerdotes de rito greco-católico, unos son Redentoristas, otros Basilianos. El redentorista P. Durkan enseñó a los cantores bellos cantos orientales; más tarde tenían su fiesta sucesivamente los Redentoristas, los Jesuitas y los Dominicos.

El coro de los salesianos cantaba siempre en estas fiestas. De esta modo, cada domingo era una fiesta profunda, que nos unía más y más a Jesucristo.

No puedo olvidarme tampoco del 8 de junio, fiesta del Corpus Christi. Con el debido permiso, construimos en el jardín cuatro altares; uno lo construyeron los Salesianos, otro los Verbitas, el tercero los religiosos Consoladores, el cuarto los Redentoristas.

Después acompañamos a Jesucristo-Eucaristía por el jardín. Éramos más de cuatrocientos los que de tres en tres, vestidos con nuestros hábitos religiosos, caminábamos de un altar al otro.

No faltaron las flores arrojadas delante del Santísimo, las recogimos en el jardín, y nos las enviaron también los fieles de Podolínec.

Era una procesión única, porque se hacía dentro de las murallas de un campo de concentración. Los participantes tenían todos a Dios en sus almas y todos llevaban en la procesión un corazón, que si había amado a Cristo antes de la encarcelación, muchos más lo amaba ahora dentro del campo de Podolínec. Éramos muy conscientes de que el Salvador ama a sus presos y, día y noche, habita con ellos en la Iglesia del campo y es para ellos luz y fuerza. Con Él se va adelante, aunque el futuro parezca cada día más oscuro. Las Misas diarias son como los océanos del amor de Cristo.

Cada sacerdote y hermano puede sumergirse en este océano cuanto quiere y cuanto el Cristo le concede.

En la procesión del Corpus Christi participaron también los Jefes del campo, el comisario Jaroslao Hruska, el responsable organizador José Sabedka y el ecónomo Juan Urda. Y cuatro gendarmes con el comandante Kubica. ¿Tal vez querían ganar nuestra simpatía con esta demostración?. ¿O querían así, como quien no quiere la cosa, tenernos bajo control?. ¿O impedir con su presencia una eventual protesta y rebeldía, aunque ninguno de nosotros pensara en ello?.

Todo es posible. Pero me parece que su participación nos cayó bien, y lo tomamos como un gesto de simpatía o de buena voluntad.

La iglesia pavimentada por el amor

Casi todos los primeros domingo de mes tenemos adoración del Santísimo, que dura todo el día. Estos domingos están llenos de una paz y tranquilidad silenciosa. Que nadie diga que nuestra religión no da al hombre nada. Se encuentra en ella una gran paz para todos. Para el hombre alegre, lo mismo que para el melancólico, para la juventud batalladora y para la ancianidad tranquila.

A mitad del mes de septiembre (este párrafo no lo escribí en aquella época) llamaron a un sacerdote nuestro al despacho. Durante el interrogatorio el policía secreto le preguntó: *"¿quiere Vd. vivir aquí como en un paraíso?"*.

Pensando en Cristo, y queriendo uno acercarse siempre más a Él, en la pregunta se encuentra algo de verdad. Desde el punto de vista puramente humano, el campo de concentración es campo de concentración y seguirá siéndolo, aunque lo pavimenten con palabras de oro. Pero esto es lo grande y maravilloso de nuestra fe, que todo lo humano, lo duro y hasta lo más duro, todo se puede elevar hasta Cristo y con todo se puede amar.

Aquí no pueden sospechar de nosotros hipocresía farisaica ni nuestros enemigos más encarnizados. Amamos en el campo a Cristo más que ayer en nuestras casas y conventos.... Los sacerdotes tienen costumbre de estar arrodillados delante de Él y delante del altar de su Madre. Son hombres con una cultura universitaria, no pocos con sus títulos. Se encuentran aquí organizadores, escritores y superiores provinciales. Todos están en la Iglesia de rodillas, todos aman igualmente a su Cristo.

En cualquier momento en que uno entra en la iglesia siempre ve gente, siempre hay unos 20 ó 30 religiosos y, cuando acaba la Misa u otra función, casi ninguno se mueve de su lugar. Muchos permanecen todavía en oración con Cristo y con su Madre.

¡Qué maravillosa es la oración!

Por fin lo hemos comprendido plenamente, aunque sea en el campo de concentración. Es como un cable ardiente que nos une con el Padre y su eternidad y con Cristo. Da sentido a nuestra suerte terrena. Es como una radio misteriosa, cuyas ondas captan los corazones de Jesús y de María.

¡Felices ondas transmitidas con toda el alma! Son unos momentos que levantan y liberan, son los minutos más queridos de la vida.

Hermanos carceleros, vosotros no sabéis qué significa transmitir en el espacio lleno de Dios nuestro Padre. No sabéis qué es transmitir y ser feliz. Transmitir y con todo el amor unir nuestra vida con el Padre que es Amor y del cual hemos salido. Transmitir y ligar así todo el tiempo a la eternidad. Transmitir y levantarse de la oración fuertes y llenos de paz.

Hermanos ateos, no, vosotros no lo sabéis.

También nosotros lo aprendimos un poco mejor en Podolínec.

7

LLEGA EL TIRANO

Recibimos los monos de trabajo

12 de Julio de 1950

Hasta casi principios de julio no pude escribir todo lo que he vivido en Sastin y en Podolínec, desde aquella noche trágica del 13 al 14 de abril. Ahora soy capaz de anotar los acontecimientos como en un diario, la diferencia puede ser de sólo unos días. Por esto pongo también las fechas.

Hoy, durante la revista de la tarde, unos 80 religiosos se pusieron en cola delante del despacho en el primer piso. Son los religiosos que tienen asignado en el campo un trabajo diario. Se les entregó la vestimenta propia para el trabajo. El comisario y otros jefes la habían vestido previamente, después de la comida. ¿Querían darnos el gusto de verlos con el mono de trabajo?. ¿Querían indirectamente persuadirnos de que para un preso el vestir así no es nada especial?.

La realidad es que para nosotros, recluidos en el campo de concentración, este traje es más un traje de reclusos que un mono de trabajo. Llevamos trabajando aquí ya más de dos meses y en las casas trabajábamos diariamente desde el alba hasta el ocaso. Nos damos cuenta de que con esta indumentaria de color marrón recibimos la investidura de prisioneros, situación en la cual nos tienen ya desde hace meses, sin libertad y sin los elementales derechos civiles.

Es interesante constatar cómo cada uno de nosotros se siente esclavo y cómo este uniforme nos va a identificar como tales también exteriormente. Lo testimonian las sonrisas doloridas, desilusionadas, y las ironías referentes a nuestros nuevos hábitos. Al día siguiente, durante la revista de la mañana, los religiosos con sus nuevos trajes de trabajo se pusieron en las primeras filas. Sus vestidos son como la documentación oficial de que estamos presos.

De nuevo hay sonrisas de ironía. ¡Qué sensibles se es a cualquier manifestación injuriosa, cuando nos encontramos sin libertad!. Una libertad a la cual tenemos pleno derecho. Estos trajes, que indican nuestra esclavitud, nos hieren los ojos y el corazón. Nos sentimos heridos, sea por el vestido de presidiario, sea por tener que formar en fila.

Pero en medio de todo quisiéramos gritar: *"¡Nos han vestido de cautivos, vivan los galeotes de Cristo!"*.

Los galeotes de Cristo

Sí, somos unos galeotes, aunque no estemos encadenados a nuestros remos. En el siglo XX se puede también vivir en la galera de un campo de concentración, como éste de Podolínec. Te atan al campo por medio de las ametralladoras de los gendarmes y si te atreves a huir, tienen orden de disparar.

¡Galeotes de Cristo en el patio cuadrado, cuando bajo el sol de la mañana se nos pasa revista!.

Con su nuevo uniforme, con las manos metidas en los bolsillos, aquí está de pie el P. Adalberto, el director de la Casa Salesiana y del Santuario Nacional de la Virgen de los Dolores de Sastin. Decenas eran las ciudades y pueblos donde predicaba con gran éxito las misiones populares y donde recibía el agradecimiento con palabras sinceras y llenas de amor. Hoy trabaja en Podolínec con los albañiles. Su cara, por los sufrimientos de estos meses, se ve un poco cambiada y se queja de dolores en la parte izquierda del cuerpo. Su proverbial humor ha bajado un 60 %; pero no ha desaparecido del todo.

Con el nuevo uniforme está aquí el redentorista P. Koop. Tiene unos 55 años y es también un célebre predicador de misiones populares. Es bastante chistoso, sobre todo cuando a veces enciende su pipa. Ha trabajado regularmente en los almacenes del campo.

El mono marrón lo tiene también hoy, por primera vez, otro redentorista: el Padre Chachula, el maestro de novicios. Le quitaron los novicios y los tienen hoy trabajando en la construcción de la central eléctrica de Puchov. El padre tiene un alma de oro, es un hombre santo.

Antes de que comience la revista, yo estoy de pie un poco alejado de los otros; no tengo ganas de hablar. Los ojos y el alma empapan silenciosamente esos vestidos marrones, con los cuales se sanciona exteriormente nuestra esclavitud. Siento un pequeño vértigo... pero después con orgullo y decisión me pongo en fila también yo. Lo hago por Cristo.

Nos dividen, nos reparten los trabajos, hacemos la gimnasia matinal y vamos al trabajo.

Una fuga que ni soñaban
15 de julio de 1950

Hoy me he enterado de un acontecimiento increíble, del cual nuestros jefes ni se lo imaginan. Lo refiero tal como me lo contaba, en secreto, el autor del mismo:

"Comencé a pensar en la huida de Podolínec el mismo 25 de abril de 1950, cuando nos trasladaron aquí. Me impulsaba a hacerlo el instinto de conservación, quería tener cierta seguridad de que, en el caso de un grave peligro en el campo, uno podría salvar su vida. Por eso, desde los primeros días, mientras observaba a los guardias, buscaba los sitios por donde uno podía más fácilmente escapar.

Me di cuenta de que la frontal del edificio daba a una de las calles de Podolínec y que en frente, a la otra parte de la calle, se encontraban un bar, una herrería y algunas casas. Las ventanas del primer piso no tenían rejas y era posible bajar por ellas directamente a la calle. La dificultad consistía en que yo no sabía quiénes eran los habitantes de aquellas casas.

Luego examiné detenidamente los muros y la parte de la valla del jardín a la que teníamos acceso. Tras largas observaciones y reflexiones, llegué a la conclusión de que la huida desde el jardín era menos arriesgada. Según mis cálculos, si las condiciones eran propicias para la huida, bastarían dos o tres minutos.

¿Pero existían estos minutos?. ¿Había algún momento en el que los gendarmes descuidaran la guardia?. ¿Se alejaban alguna vez, durante algún tiempo, del lugar que tienen designado?.

Sí. En el caso de algunos gendarmes tales momentos se daban. Sin embargo, era también un hecho que por las puertas de los edificios que dan al jardín entraban, en el momento más inesperado, algunos de los jefes o algún otro gendarme. Dada esta posibilidad, era necesario asegurarse bien.

Antes de intentar la fuga tenía que trazarme un plan bien preciso de lo que iba a hacer y de cómo lo iba a realizar. Y efectivamente, al inicio de julio de 1950, me fugué de Podolínec y después de una semana volví de nuevo al campo.

¿Qué me movía a huir del campo durante una semana?. En el mes de mayo y al final de junio se habían llevado del campo a nuestros clérigos del estudiantado pedagógico y a otros más. A estos, después de tenerlos algunas

semanas de adoctrinamiento comunista en Kastolna, los habían llevado a trabajar en la construcción de un dique cerca de Puchov. Allí ya no se hallaban bajo la vigilancia de los gendarmes y, por tanto, podrían fácilmente escapar, irse al extranjero y continuar sus estudios. Si más tarde tenían facilidad de regresar a su patria, regresarían ya como sacerdotes. Y si no, el mundo es grande. Por Dios y por las almas podrían trabajar en cualquier otro lugar. Cristo nos ha dicho: *"Si no os reciben en una cuidad, huid a otra..."*. Esto sigue siendo válido tanto para nosotros, como especialmente para nuestros hermanos jóvenes. Sin embargo, franquear la frontera no es cosa fácil, y, si a uno lo pillan, lo pagará con años de cárcel. Sólo se puede correr este riesgo en el caso de que se encuentre un guía capaz y de confianza, aunque haya que pagarle. El problema era el de cómo poner a nuestros jóvenes salesianos en comunicación con ese guía. ¿Cómo buscar y entrar en contacto con un hombre capaz y que sepa guardar el secreto?. ¿Dónde encontrarlo?.

Cuando en el año 1944 nos quitaron las primeras casas, algunos salesianos lograron quedar libres y el Padre Inspector los mandó a trabajar en diferentes parroquias, y aún ahora se encuentran en sus puestos. El más capaz de todos ellos me parecía el sacerdote NN, ya que es tenaz, inteligente, perseverante, tiene el sentido de la aventura y sabe callar.

Me decidí a hablar con él. Si aceptaba, tomaríamos juntos todas las precauciones de seguridad, y yo lo pondría en comunicación con un guía. En el camino de vuelta a Podolínec, visitaría a los salesianos jóvenes que están todavía en el adoctrinamiento de Kostolna y a los que ya trabajan en la construcción del dique de Puchov. Así conocería cuál es, en concreto, su situación y podría ayudarles a resolver sus problemas.

La fuga y el regreso lo habíamos organizado de esta manera: seleccioné a seis teólogos y sacerdotes jóvenes inteligentes y capaces, y los puse al corriente de todo el plan, aunque de la salida de los clérigos al extranjero no les dije ni una palabra. A mediodía, cuando en el jardín se encontraban muchos religiosos y parecía que las circunstancias eran propicias, nos pondríamos cada uno en su lugar.

El lugar por donde se realizaría la huida se encontraba en el ángulo donde terminan los restos de las viejas murallas de Podolínec, de un altura aproximada de cinco a seis metros, y donde comienza un muro de altura de dos metros. Dos teólogos debían subir a la torre de la Iglesia y se sentarían en la ventana del campanario. Su papel era controlar si algún gendarme vi-

gilaba al campo por fuera y, en caso de peligro, enseñar disimuladamente una toalla blanca.

En el patio delante de cada salida del campo al jardín se colocaría uno de los teólogos, que deberían tener los brazos caídos y las manos libres; en el caso de que vieran salir del edificio a un gendarme o a un civil, debían poner las manos en la cintura. Yo me situaría a unos dos metros de distancia del lugar por donde pensaba huir. Cinco metros más adelante se encontraría un sacerdote joven. Su papel era observar en todo momento a los teólogos que se encontraban delante de las salidas, los cuales, a su vez, observarían a los que estaban en la torre. Cuando este sacerdote diera la señal de que en ninguna parte había peligro, yo saltaría a toda prisa el muro, treparía y esperaría hasta que el sacerdote me entregase un abrigo.

Todo iba a la perfección, pero, cuando yo salté el muro, sucedió algo imprevisible: el sacerdote, que es uno de los hermanos más audaces, se quedó paralizado. Tenía el abrigo en las manos, pero era incapaz de moverse. Le grité, susurrando, que me diera el abrigo, pero él no se movió. Se lo pedí de nuevo, pero el pasmo no lo dejaba obrar. Afortunadamente cerca de él se encontraba nuestro teólogo Sitar, él tomó el abrigo y me lo pasó.

A toda velocidad bajé del muro y me encontré en un patio muy pequeño lleno de basura. En esa zona de las viejas murallas de Podolínec las casas se encuentran muy cerca. A la derecha había un pequeño establo con una vaca, la puerta estaba abierta. A través del establo salí a una calle y caminé deprisa hacia la estación. De vez en cuando me volvía y miraba hacia la torre, los teólogos seguían allí sentados en la ventana y no enseñaban la toalla, era señal de que los gendarmes y los jefes no se habían dado cuenta de nada.

Los teólogos cubrieron mi ausencia del campo durante todas las revistas de la semana; mientras que yo durante ese tiempo hice un viaje de unos 800 Km., siempre con un miedo enorme. No llevaba ningún documento de identidad y en los trenes rápidos los policías, a veces, controlan a la gente. El Señor iba conmigo.

Encontré al salesiano que buscaba y él aceptó mi propuesta. Discutimos todo el plan para la huida de nuestros clérigos a Austria y le puse en comunicación con un guía. Logré después visitar a los clérigos de Kostolna y a los que trabajan en la construcción del dique; y el día fijado y en el tren previsto regresé a Podolínec.

En la torre se encontraban de nuevo sentados los teólogos y no mostraban la toalla. Los gendarmes y jefes civiles del campo seguían sin saber nada.

El lugar señalado para mi entrada en el campo se encuentra en la parte norte. La cerca allí está formada por unas vigas da madera. Ya antes de la fuga había una viga separada de las otras, porque estaba desclavada y así se encuentra todavía. Cuando llegué a aquel lugar, un teólogo estaba paseando a cinco metros de la cerca en un sendero del jardín, mientras otros, apostados en las salidas del campo, observaban todo lo que pasaba. Cuando me vio él teólogo que paseaba en el jardín saltó de un golpe hasta la cerca, retiró la tabla desclavada y yo me metí a toda prisa por el hueco que había quedado y entré en el campo. Una vez en el jardín, me puse a caminar, como si no hubiera pasado nada. El teólogo colocó nuevamente la tabla en su sitio y tranquilamente regresó a su puesto. La fuga había terminado"[1].

Llega el tirano

21 de julio de 1950

En la última semana, aunque siempre en ambiente de cárcel, reinaba en el campo una cierta tranquilidad, pero hoy las cosas han comenzado a ponerse peor. Ayer por la tarde se esparció la noticia de que iban a cambiar al comisario del campo. En efecto, ayer estuvieron aquí los jefes civiles y los gendarmes de la ciudad de Preson y tuvieron una larga reunión; por la tarde vino también el compañero Heldos, Comisario principal del Despacho eslovaco para las Iglesias de Bratislava.

El resultado de la reunión se ha hecho patente hoy durante la revista de la mañana: tenemos un nuevo comisario en la persona de Miguel Rodak., que era uno de los jefes civiles del campo desde mediados de mayo. Bajo

[1] Por razones de seguridad y de prudencia el autor del diario no podía revelar el nombre del fugado. Había siempre el peligro de que el diario cayera en manos de las autoridades del campo y entonces el autor de la fuga hubiera sido duramente castigado. Pero la detallada descripción deja sospechar que el protagonista de esta fuga increíble y valiente era el mismo P. Macák. Y efectivamente, a mi pregunta directa sobre el caso me ha respondido textualmente: "El autor de la fuga del 15 de julio de 1950 fui yo mismo. Era la primera huida del campo. Durante una semana fuera del campo, organicé un movimiento que hacía posible que los hermanos jóvenes huyeran al extranjero, concretamente a Italia. Después volví clandestinamente al campo, como clandestinamente había huido".

de estatura, grácil, el rostro un poco pálido, los ojos de color azul, tiene las manos siempre en los bolsillos de los pantalones y la cabeza erguida sobre los hombros. Hasta ahora no tenía aquí ninguna función precisa y ahora es el Comisario, es decir, la persona número uno del campo.

En su voz se percibía la malicia, cuando durante la revista declaró: "Desde hoy, los paquetes están prohibidos. Es decir, pueden llegar, pero todos se llevarán a la cocina. La correspondencia está prohibida y si la cosa no va bien, tomaré otras medidas, vosotros lo sabéis, y se os bajarán los humos".

El "tomaré otras medidas" se refería probablemente a las celebraciones de las Misas y al acceso a la Iglesia. Pero, ¿por qué todo esto?. ¿Qué había ocurrido?. Nosotros no hemos hecho nada. ¿No será acaso un cambio de táctica y después de un comisario condescendiente, como era Hruska, le toca el turno a otro duro?.

La segunda huida de Podolínec

21 de julio de 1950

Apenas terminada la ducha fría del nuevo comisario, comenzó a correr por el campo una pequeña alarma. Svejduk, que es el responsable organizador en el reparto de los jesuitas, había comenzado a revisar las habitaciones de los jesuitas, acompañado por el teólogo jesuita Martinsky.

Después los dos entran en la Iglesia y enseguida se les unen Rodak, Sabadka y el Padre Krasnansky. Pasados unos cinco minutos, Svejduk sale de la Iglesia, llama a dos gendarmes con sus respectivos perros y regresan a la Iglesia; por el campo se expande la noticia de que están buscando al Padre Jerónimo Havlavic, de la Orden de los Consoladores, para encarcelarlo.

El Padre Havlavic era amigo del comisario Hruska, hablaban de tú a tú y Hruska lo llevó una o dos veces al cine a Podolínec y le encargaba de algunos trabajos. Pero el Padre Jerónimo se mostraba demasiado atrevido y sus relaciones con los gendarmes resultaban, a veces, imprudentes y hasta ofensivas. Los gendarmes se enojaban con él y su comandante Jencik hace dos días le dijo que podía acabar detrás de las rejas.

Ayer Rodak llamó al Padre Jerónimo a su despacho, pero no se presentó. Se escondió en la cama bajo el edredón y un compañero arregló la cama

de manera que no se notaba nada. Alguien lo vio en el campo a las ocho y media de la tarde, pero esta mañana no se encontraba por ninguna parte y se le buscaba en vano con el perro.

Desde la Iglesia toda la expedición sube con el perro al coro y a las torres; después todos regresan de nuevo al campo, golpean las paredes, buscan en todos los rincones y desvanes.... pero el padre Jerónimo no aparece.

Todo esto los puso furiosos y se lo fueron a hacer pagar a unos inocentes estudiantes.

Merecéis un tiro en la cabeza

21 de Julio de 1950

Tres gendarmes junto con Svejduk han vuelto hoy a revisar las habitaciones de los jesuitas y todo el edificio, y han descubierto a siete estudiantes salesianos de teología. Cada uno estaba sentado en un armario roto.

Al verlos, uno de los gendarmes, de nombre Patus, comenzó a gritar a todo pulmón. Los otros se comportaron bastante mejor y más humanamente, pero Patus no quiso aceptar ninguna explicación. Quería abofetearlos, gritando que se trataba de una reunión de conjurados y enfurecido les gritó: *¡merecéis un tiro en la cabeza!.*

Querido compañero Patus, aunque uno esté enfurecido, esta amenaza es demasiado horrible. Nos amenazas con un tiro para ponernos nerviosos. Puedes estar seguro de que, si esto es la voluntad de Dios, aceptaremos por amor a Cristo ese tiro en la cabeza. El mismo Cristo nos dará la fuerza para soportar también este balazo. Lo creemos así con todas las fibras de nuestro ser, y apoyamos nuestra debilidad en sus promesas. Millares de hermanos nuestros han recibido el martirio a lo largo de la historia del cristianismo, incluso en nuestro siglo. No seríamos ni los primeros... ni los últimos. ¡A lo mejor ese tiro sirve para tu salvación!.

Compañero Patus, ¿Acaso tenéis ya preparadas las balas para nosotros?. ¿O piensas que puedes disparar sin culpa en el caso de que uno quiera huir?. ¿O has dicho esto sólo como una amenaza de gendarme fanfarrón?. ¿O nos odias de tal manera que te gustaría que cavasen una gran fosa en la rivera de Poprad, donde tú pudieras disparar 370 tiros, uno sobre cada uno de los que estamos hoy en Podolínec?.

¡Compañero Patus, esto es una brutalidad!.

Hoy por tercera vez
21 de julio de 1950

Compañero Patus, cuando estábamos en la libertad, éramos agentes de paz y luchábamos contra todos los tiros y ahora quieres dispararlos en nuestras cabezas. Somos víctimas de vuestro odio. De una falsa propaganda. Presos sin crímenes y sin proceso.

Para nosotros que queremos con toda nuestra fe apoyarnos en Dios, ese tiro no es el problema más importante. Si lo fuese, ya hace mucho tiempo habríamos firmado vuestra declaración de que voluntariamente salíamos de la Orden. Pero, cuando se trata de algo más importante que todo lo del mundo, se debe poner la cabeza ante la pistola, aunque esto le resulte a la naturaleza humana terriblemente difícil. Bajo el golpe del verdugo de Herodes cayó una vez la cabeza de San Juan Bautista, y después de él cayeron millones de cabezas de jóvenes, ancianos y niños. ¿Caerán acaso también las nuestras?.

Compañero Patus, es la tercera vez desde nuestra detención que se nos amenaza de muerte. Y es bueno saberlo. Esto es algo muy difícil e importante, que hay que pensar mucho y que tiene que ser objeto de nuestra oración ante Dios, pues la naturaleza humana se alza con todas sus fuerzas contra la muerte. El martirio es una gracia, la gracia de todas las gracias, que solo puede darla Jesucristo. Sólo Él puede dar la fuerza de morir con el grito de *¡Viva Cristo Rey!* y, enseguida, caer feliz en sus brazos.

Cuando el compañero Patus terminó de proferir sus amenazas y de descargar su furia, se formó un cortejo "criminal". Al frente caminaba Patus, lo seguían nuestros siete teólogos y, entre ellos, Svejduk con el perro y al final dos gendarmes.

Llegados al despacho de los gendarmes, llamaron al comandante Jencik, que se presentó a toda prisa con la pipa en la boca, pensando que habían encontrado al Padre Jerónimo. Debió de sentirse muy decepcionado. En un cuaderno roto escribió con el lápiz los nombres de los teólogos y repetía constantemente: "*esto no acabará bien, esto no acabará bien* "...

El comandante Jencik tiene unos cincuenta años, es alto y bastante grueso. Su voz es como la de un alcohólico que tiene las cuerdas vocales quemadas. Es astuto y afable. Les quitó los libros a dos teólogos y luego les dijo a todos que se fueran.

Nosotros lo tomamos a broma, considerando toda la escena y el ridículo cortejo de autoridades, frailes, gendarmes y perro, como un capricho del compañero Patus.

Jencik no lo tomó tampoco muy en serio y los otros dos gendarmes permanecieron silenciosos.

En el comedor sirven a las mesas el padre Adalberto Bosansky, el provincial de los Verbitas y el jesuita Padre Bak.

Consecuencias de la huida

23 de julio de 1950

Las consecuencias de la huida del padre Jerónimo las sentimos enseguida. Después de la función de la tarde no podíamos ya ir al jardín. Han cerrado también el patio por el cual se salía al jardín. Si a esa hora alguno desea pasear, sólo puede hacerlo en el patio cuadrado, donde se hacen las revistas.

Hoy hemos sabido que se han llevado al anterior comisario, Hruska, escoltado por gendarmes, policías secretos y por Rodak, que tal vez tiene el mayor mérito de su sustitución. Lo han metido en la cárcel. Así pasa la gloria del mundo.

La huida del padre Jerónimo no les es fácil de tragar a los responsables civiles y a los gendarmes, y el comandante Jencik sigue repitiendo: "*esto no acabará bien, esto no acabará bien...*". Nosotros también pensamos que no acabaremos bien.

Jencik tiene la pipa en la boca, desde la mañana hasta la noche, y ya algunos han comenzado a llamarlo el señor "Puffendorf", que en nuestra lengua quiere decir chimenea.

José Sabadka, que es ahora nuestro responsable y organizador, iba con frecuencia a la habitación donde habitaba el Padre Jerónimo y daba un suspiro: "*Jeronimito, Jeronimito, ¿a dónde te encuentras?*". Cuando nos hemos enterado, nos hemos reído de lo lindo..

Hoy por la mañana, a las siete y media, en las noticias de seguridad de la radio eslovaca daban ya el nombre del padre Jerónimo. Estas noticias son divulgadas por todas las estaciones de los gendarmes en Eslovaquia y tal vez en toda la república.

Decía la noticia que de Podolínec se había marchado el alumno Jerónimo Havlovic de 35 años, de estatura baja, de cara llena, con la cabeza rapada, etc, y que era necesario detenerle. Pero es muy poco probable que lo puedan detener. No es esta la primera vez que anda huido. Se dice que ya el año pasado, durante cuatro meses, tuvo que esconderse, porque la policía seguía sus huellas.

José Sabadka regresó hoy a las 9 de la noche de un baile en Podolínec con señales de haber recibido una paliza y con los vestidos rotos. Pensamos que se lo han hecho los jóvenes de Podolínec. Estaba tan borracho que no podía meter la llave en la cerradura. Los teólogos le ayudaron. De repente cogió la pistola que tenía debajo de la almohada y quiso salir para Podolínec, pero el gendarme de la puerta principal no lo dejó salir.

La situación es cada vez peor

25 de julio de 1950

El nuevo comisario Miguel Rodak corre en estos días como un obsesionado. De diez a veinte veces al día recorre los patios y el campo. Camina silenciosamente como un espíritu y a toda prisa entra en las habitaciones, como lo hacía hace un mes. En el país se oye una emisora de radio que, según él, debe de encontrarse en el campo de concentración.

Se dice que el Vaticano da noticias precisas y rápidas sobre Eslovaquia. Pero ¿cómo las podríamos emitir y tenerlas nosotros aquí en el campo?. Esta noche Rodak vigilaba y controlaba a los gendarmes en la guardia, esto los ponía furiosos.

El gendarme Patus da vueltas al rededor de las cercas del jardín aún fuera de su guardia. Se dice que en el jardín van a colocar lámparas eléctricas y a preparar garitas para los guardias. El número de gendarmes para la guardia se ha duplicado. Rodak controla cuidadosamente la seguridad de la cerca, lo hace tres veces al día y da las órdenes para asegurarlas todavía más.

Se rumorea que quieren construir otra cerca, a unos tres metros de distancia de la actual y así, si uno intenta huir, tendría que atravesar dos cercas.

Pero pienso que todo esto es sólo un comentario.

Después de una larga pausa, hoy a las 8 y 9 de la mañana, José Sabadka nos ha vuelto a cerrar la iglesia. Ciertamente lo ha ordenado Rodak, que ayer buscaba algo en la sacristía y echó una mirada también a la iglesia.

Sabadka al entrar en la iglesia no se quitó el sombrero, aunque fue uno de los que participó en la procesión del Corpus Christi.

¡Señor, de nuevo nos separa una puerta cerrada!, pero de ti no nos separarán ni cien cerraduras.

A todas las puertas que dan del edificio al campo o al jardín les están poniendo nuevas cerraduras. Estaremos así en una cárcel más segura, pero también esto lo soportaremos por amor a Cristo!

Entre nosotros hay delatores

26 de julio de 1950

Durante estos días corren en el campo muchos rumores y noticias alarmantes. Terriblemente me ha impresionado, por ejemplo, la noticia de que entre los religiosos se encuentran algunos delatores. Se dice que Rodak recibe de ellos las denuncias por escrito. No lo puedo creer de ningún modo, y espero que sea sólo un rumor callejero, como ya ha ocurrido otras veces. Aunque, por desgracia, tampoco se puede, sin más, descartar la posibilidad.

Es ciertamente una noticia trampa para sembrar entre nosotros la sospecha, la incertidumbre y el miedo. ¿Quieren romper nuestra unidad o facilitar el trabajo de vigilancia con nosotros?.

Se dice también que, en base a las denuncias de estos delatores, Rodak ha confeccionado una lista y que, como castigo, algunos serán trasladados al campo de concentración de Novaky. Se dice que los espías son unos seis. Me han dicho también sus nombres; y me siento feliz, porque entre ellos no hay ningún salesiano.

Hoy es el día de Santa Ana y en Podolínec se celebra la fiesta de la patrona de la Iglesia; durante los años pasados acudía mucha gente de los pueblos vecinos. Esta vez no han venido muchos; pero sí han llegado guardias y gendarmes de los pueblos vecinos y quién sabe de dónde. ¡ Hay que ver el miedo que tienen estos compañeros al pueblo, en nombre del cual pretenden gobernar!.

Rodak nos concedió fiesta por la mañana, pero por la tarde tuvimos que trabajar, aunque no hay mucho trabajo en el campo: unos aserraban la madera, otros la recogían y otros la llevaban al establo. Hace dos meses metimos los troncos en el establo y después de un mes los volvimos a

sacar. Aquí sólo hay posibilidad de trabajo para unas 10 personas, por falta de herramientas. Los albañiles están construyendo los garajes en el patio, pero algunos días no pueden hacer nada, porque falta el hierro o el cemento.

Rodak ha ido hoy a Stara Lobovna. Se comenta que a buscar un nuevo ecónomo, porque el actual, Francisco Tretina, se va a las maniobras militares. Al volver al campo, Rodak se dirigió enseguida a la iglesia. Allí, excepto los sacristanes, no se encontraba nadie más, pero Rodak desde el altar principal les gritó enfurecido que se fueran inmediatamente. Después cerró la iglesia y se llevó la llave. Por la mañana la iglesia había estado abierta y por la tarde Sabadka se había olvidado de cerrarla.

No nos permiten ir a la iglesia
26 de julio de 1950

Durante la revista de la tarde, el padre Krasnansky nos comunica que Rodak no nos permite hoy la función de la tarde en la iglesia. Debe de ser como castigo, porque, según Rodak, por la tarde no íbamos a trabajar.

La función de la iglesia la reemplazamos como podemos. A las siete nos reunimos todos en el corredor junto a la sacristía. Alguien entró por la entrada secreta a la iglesia y abrió las ventanas de la sacristía que dan al corredor y la puerta que da al altar mayor, así nos pudimos poner, al menos parcialmente, cerca de nuestro Señor.

Desde el corredor lo hemos aclamado y le hemos cantado. Con mucho fervor hemos pedido también por nuestros superiores religiosos y por nuestros jefes ateos, por Rodak y los otros. Hemos recordado en la oración también a nuestros hermanos más jóvenes, que se encuentran en las brigadas y en el adoctrinamiento. Desde el corredor hemos invocado también a nuestra Madre, rezando el rosario, y, como era miércoles, hemos terminado con un canto a San José.

Estábamos en el corredor 250 presos. Después nos dispersamos por las habitaciones. La oración en el corredor nos recordaba a los judíos que lloraban junto a los muros de su templo. ¡Todo sea por amor a Cristo!.

Pero tampoco falta el humor en el campo de concentración, como lo hubo, por ejemplo, ayer con los paquetes. Desde que Rodak es comisario todos los paquetes los llevan a la cocina. Allí los gendarmes y los jefes civi-

les toman de ellos lo que les apetece y a nosotros nos dan los restos, la fruta y a veces algún dulce. Solo si alguien recibe ropa se la entregan.

Ayer algunos de los jóvenes salesianos hicieron unos paquetes con su ropa, escribieron las direcciones y les colocaron los sellos de correo. Después arrastraron por el suelo los paquetes, para que la imitación fuera perfecta. Cuando el coche trajo del correo los paquetes, los jóvenes salesianos sustituyeron los paquetes que habían llegado de fuera por los que ellos habían hecho con sus ropas. Estos los dejaron en la cocina y los otros los llevaron a las habitaciones. En un paquete pusieron también una botella de Wisky con agua y añadieron también un letrero: "*por la mano temblorosa de un padre cuidadoso*". Los gendarmes no se dieron cuenta de nada y por la tarde repartieron los paquetes de ropa diciéndole a los clérigos que se los enviaba su madre. Los clérigos a duras penas podían contener la risa y, cuando los gendarmes desaparecieron, estalló en la habitación una solemne carcajada, y la risa continuó durante mucho tiempo.

La mies es mucha, y nosotros aquí

Hoy se recoge en nuestro campo la cosecha. Había en la parte norte del jardín unos cuatro o cinco metros de distancia hasta la cerca. Allí sembramos centeno y en los últimos meses nos prestó un gran servicio. Cuando algún hermano tenía visita de la otra parte de la cerca, podía acercarse a gatas a la cerca, el centeno lo ocultaba y los gendarmes, que estaban de la otra parte del huerto, no lo podían ver. Por allí era posible contrabandear el vino de la Misa y otras cosas necesarias.

Después de la huida del padre Jerónimo pusieron también un gendarme en esa parte del jardín. Ahora, con gran disgusto, había que segar el centeno ya maduro. También en este caso no faltaron las bromas. Por ejemplo, el hermano Martín, de los jesuitas, tenía en las manos la guadaña e iba vestido con una gran pajarita de color rojo. Los segadores antes de comenzar la siega con toda seriedad se arrodillaron y rezaron, como era costumbre en casa cuando se recogía la cosecha. Después el hermano Martín suspiró: *"en la cárcel me tocó recoger la cosecha que no había recogido hasta ahora"*.

Los segadores eran de todas las Órdenes. Cada uno recogió un poco. Todo se hacía en medio de un ambiente de chistes, ironías y burlas inocentes.

¿Qué queréis?. También los presos por Cristo necesitan la alegría, como la naturaleza necesita el sol y, aunque no tengamos libertad, se saben gastar bromas para alegrarse un poco; incluso, a veces, uno se burla de sí mismo y de su situación. Es un modo de soportar todo más llevaderamente.

Hoy es 27 de julio. En el valle de Poprad comienza la cosecha y nosotros estamos aquí. ¡Qué inmensa mies nos espera fuera, la mies de Cristo, y nosotros estamos sin poder hacer nada!.

Me doy cuenta de que Jesucristo y su Madre me piden hoy sólo una cosa, la más grande, vivir aquí cada día, desde el alba hasta el ocaso, con sencillez, sinceridad y paciencia. Me piden las espigas y las gavillas del amor y del dolor. ¡Esta es hoy mi mies!

8

LAS HUIDAS DE PODOLÍNEC

Hay que arrancaros la cabeza

29 de julio de 1950

La pasada fue una noche de mucha lluvia y mucho viento. Faltó también la corriente eléctrica. En la revista de la mañana nos encontramos con una gran sorpresa. Dos teólogos Verbitas, Bakos y Magdolen, habían desaparecido. Inmediatamente fue ordenado un control extraordinario. Pero no hubo nada que hacer, no fueron encontrados.

La huida nos causó una gran alegría. Desde hacía unos días nos vigilaban con toda la severidad. Desde las siete de la tarde, incluso a plena luz, no nos permitían pasear por el jardín, ni por el patio cerca de la puerta principal. Y sin embargo, de un sólo golpe se habían escapado dos personas. Durante la gimnasia, que sigue a la revista, se presentó también el comisario Rodak. En la cara se le notaba una mezcla de desengaño y sorpresa junto con una gran rabia. Tenía los ojos hundidos. Con una sonrisa forzada nos anuncia que dos religiosos han desaparecido. Después nos pregunta: *¿Se han ido los sacerdotes*?. Contestamos que no. Rodak continúa: "*tanto peor para vosotros, desde ahora ya no se escapará nadie. Si es preciso os acorralaremos con ametralladoras*".

¡Querido Rodak, eso supone para nosotros un "gran consuelo"!.

Durante todo el día interrogaron a los religiosos que dormían junto a los dos fugitivos. Los gendarmes con los perros rodean por dentro y por fuera los muros del campo. Al final nos dicen que han encontrado el lugar por donde los religiosos se habían escapado y precisan también el tiempo de huida.

Los religiosos que sabían algo de esa fuga se reían y nos hacían señales con la mano para indicarnos que lo que estaban diciendo era sólo una invención. Un gendarme de baja estatura y piel morena llamado Krechsler está tremendamente furioso y dice que a todos nosotros nos deberían cortar la cabeza. El comandante Jencik está completamente abatido a causa de la huida. Afirma que ahora cambiarán a todos los gendarmes, etc.

De Presov llegaron dos coches con la policía secreta. Preguntan a los compañeros cómo ocurrió la huida e imparten a los gendarmes las nuevas órdenes: los albañiles deben tapiar la puerta de la carpintería que da directamente del campo a la calle; las ventanas de la carpintería, que no tienen rejas, han de ser bien aseguradas; la puerta principal desde ahora permanecerá cerrada, incluso durante el día, y un gendarme hará guardia en ella, incluso por la parte de la calle. Además se dice que un gendarme con la ametralladora grande vigilará desde ahora desde una de las torres de la Iglesia; desde las cinco de la tarde no se podrá pasear en el jardín, aunque el sol está todavía muy alto.

Como en la cárcel uno de los presos es responsable en cada celda, también aquí en cada habitación habrá un responsable, y en el caso de que a las diez de la noche algún religioso no se encuentre en la habitación, el responsable debe denunciarlo. Todo se ve como un empeoramiento de la situación.

Las cartas de nuestros muchachos

29 de julio de 1950

Las amenazas que nos hicieron después de la huida de los teólogos Verbitas y todo lo que siguió me ha impresionado terriblemente. Me siento como destruido e incapaz de hacer nada. Me ayuda sólo el lento y penoso escribir este diario, aunque lo tengo que hacer con un continuo sobresalto. Desde que Rodak es comisario, no podemos recibir correspondencia; pero por caminos clandestinos nos llegan algunas cartas de vez en cuando. Mucha fuerza nos dan las cartas de los muchachos que frecuentaban nuestros Oratorios. Parece como si nuestra situación les impulsara a ayudarse mutuamente.

Por ejemplo, hace poco nos llegó esta carta:

"Rvdo Padre:

Ante todo le agradezco sus saludos y se los devuelvo de todo corazón. No se extrañe de que le escriba sólo ahora. Hasta ahora he estado como ayudante en un despacho. Pero ya ha regresado un oficial y por eso tengo tiempo para contestarle. En su tarjeta precedente me preguntaba sobre qué quiero hacer. La libreta de notas ha sido bastante buena. Como Ud. ya lo sabe, me suspendieron el examen de ingreso

a la Academia Comercial. Esto, sin embargo, no me causó ningún apuro, me dije a mi mismo que lo debía aceptar y que el Señor lo dirige todo. No dudé mucho y me inscribí en los cursos comerciales de YNCA. Durante las vacaciones no he salido, me he quedado en casa. Ud. pregunta cómo sigue el equipo de fútbol de Ruzinev. El primer equipo va muy bien, ocupa el primer puesto, y en otoño subirá a una clase superior. Del equipo joven no le hablaré mucho, no han perdido todavía ni una competición, los demás equipos le tienen miedo; hace poco derrotaron a los jóvenes futbolistas de NV Bratislava 10 a 3. Cuando juegan fuera de Bratislava, la gente se dice: "los salesianos saben educar a los muchachos en el aspecto religioso, pero saben sacar también unos deportistas excelentes". Los jóvenes futbolistas tienen esto como un gran honor y tratan de jugar cada vez mejor. Les gusta mucho poder hacerlo en honor de San Juan Bosco y Domingo Savio[1].

El mes pasado comenzamos a llevar algunos de los Compañeros a la Santa Misa a las 6 de la mañana y a recibir en ella la Sagrada Comunión. Es admirable ver cómo José y Pulo han mejorado. Eran siempre unos muchachos muy buenos, pero ahora comulgan todos los días; en la Eucaristía de las 6 de la mañana participamos unos 25, y éstos son sólo la mitad, porque algunos están todavía en vacaciones. Puedo asegurarle que ya en septiembre vendrán también los otros. Créame, Padre, para ganarlos ha sido un trabajo difícil. Cada viernes tenemos el Via-Crucis, que en el tiempo establecido hacemos todos. Durante la función de la tarde rezamos también por ustedes, para que estén bien y el Señor los bendiga.

Termino mi carta con la promesa de que seguiremos siempre juntos, siendo fieles a Don Bosco y a nuestro modelo Domingo Savio. Estamos dispuestos a dar también la vida, pues la fe en Jesucristo no la traicionaremos jamás".

Firma: Esteban.

[1] En el momento que se escribió este diario, Domingo Savio, alumno de D. Bosco, acababa de ser beatificado (5 de marzo de 1950). Era el Beato, no mártir, más joven de la historia de la Iglesia. Desde Don Bosco, que escribió su vida, viene presentado como modelo de los jóvenes que se educan en los colegios salesianos. Fue canonizado el día 13 de junio de 1954.

Leyendo esta carta, a uno se le saltan las lágrimas. La escribe un joven que acaba de pasar la edad crítica de la pubertad. Después de tres meses de haberle arrebatado a los Salesianos, está fuerte y decidido a permanecer fiel a Jesucristo. Es más fuerte que cuando estábamos nosotros con él y se ha convertido en un apóstol allí, de donde nos sacaron. No tiene miedo a las dificultades, gana a los compañeros y organiza los grupos de reflexión y de oración. No está solo; escribe en nombre de su grupo.

Pienso que nos ataron las manos, separándonos de los miles de jóvenes que amábamos y por quienes sacrificábamos nuestra vida; ellos como jóvenes apóstoles toman nuestro lugar en cuanto les es posible.

Como nueva juventud de Cristo crece también en estos tiempos en fe y entusiasmo. *"Muchachos: os queremos, os bendecimos con ambas manos, pedimos por vosotros"*.

Una protesta de masa en el campo

29 de julio de 1950

Cuando Rodak, como ya he dicho, llegó a ser comisario comenzó a crecer en el campo el disgusto y la indignación. Prohibió la correspondencia y, después de las fugas, introdujo nuevas limitaciones. La conciencia de la afrenta creció de tal manera que hoy, antes del medio día, una delegación de doce religiosos de todas las Órdenes, se dirigió a él, para pedirle que no nos castigara a nosotros por el hecho de que alguien se hubiese escapado, siendo así que nosotros no éramos culpables; que nos permitiera la correspondencia y los paquetes. Al principio parecía que atendía bien estas insinuaciones; pero ante una observación, Rodak se enfureció y echó a la delegación fuera de su despacho, y enseguida se puso a recoger los nombres de los religiosos que la formaban. Esto era como echar aceite al fuego de la indignación general, que explotó después de la comida.

A la una y media nos llamaron para una revisión especial. Había acaecido que cuando trajeron los paquetes del correo y los trasladaban al almacén, algunos paquetes desaparecieron antes de llegar a la cocina. Los que los cogieron se los entregaron a quienes iban dirigidos. Sabadka furioso de rabia gritaba: salgan de la fila los que han cogido los paquetes. Yo los conozco. Si no salen, todos quedarán ahí en formación hasta la media noche. Pero no salió nadie. Sabadka fue a revisar las habitaciones, pero no encon-

tró nada. Regresó al patio lleno de ira y gritando: *salgan los que sustrajeron los paquetes del almacén.*

Por segunda vez nadie se presentó. Enfurecido gritó: *Ya los conozco.* Y salió para revisar de nuevo.

Al Padre Krasnansky, que es el principal responsable de la parte de los religiosos, lo envió al almacén para que certificara que faltaban tantos paquetes como decía José. Entretanto llegó a la revisión también Rodak. El Padre Krasnansky regresó y durante unos minutos habló con Rodak en voz baja. Después, el Padre Krasnansky nos preguntó:

– *"Hermanos, decid si estáis contentos con lo que se hace aquí con los paquetes".*

En el patio cuadrado se oyó un ¡No! como un trueno.

Rodak comenzó a decirnos palabras hirientes: *"ahora robáis, así que el robo es una cosa buena en un convento".*

Padre Krasnansky respondió:

– *"Nosotros tomamos solo lo nuestro. Alguien comenzó antes a robar de nuestros paquetes".*

Todos gritaron: *"es un robo lo que se hace aquí... un robo... un robo!".*

Padre Krasnansky continuó:

– *"Y en los periódicos se escribe que aquí tenemos una vida religiosa regular. Pero lo que se hace aquí demuestra lo contrario".*

Uno gritó:

– *"¿Y por qué estamos aquí?".*

Y Rodak irónicamente: *"eso está bien, vosotros no sabéis por qué os encontráis aquí".*

Todos respondimos:

– *"Ninguno nos lo ha dicho, llevamos ya tres meses aquí y no sabemos el por qué".*

El Padre Krasnansky añadió:

– *"De estos desórdenes nos quejaremos al Despacho eslovaco para los asuntos de las iglesias".* Todos aplaudimos.

De nuevo ironía de Rodak: *"Levantad en alto a vuestro caudillo, a este padre Krasnansky, levantadlo".*

El padre Krasnansky continuó:

– *"Vosotros no tenéis derecho de controlar nuestra correspondencia y para esto están aquí los gendarmes".*

En Rodak iba creciendo la rabia, nerviosamente movía sus manos den-

tro de los bolsillos de los pantalones y de nuevo nos dice: *Y escribid también una queja al Papa del Vaticano.*

Todos gritamos: *No nos ofendas.*

El Padre Krasnansky dice todavía algo y de nuevo lo aplaudimos.

Rodak deja de hablar e impotente se sienta a la orilla del pozo del cual se saca el agua para el campo. Nosotros quedamos en fila de pie, indignados y ofendidos.

Al poco tiempo llega corriendo José Sabadka y grita: *"He descubierto dos paquetes y he quitado otros cuatro paquetes"*. Los paquetes viejos eran restos de los paquetes que recibíamos antes de la prohibición. José grita de nuevo: *Salgan los que trajeron los paquetes.* Por fin salen de las filas unos cinco religiosos y José nos despide con gritos: *"ahora que se marchen todos; estos cinco tomarán cada uno un cubo de agua y los instrumentos de limpieza y harán hasta la noche aseo en los pasillos, todo debe quedar resplandeciente"*.

Todos nos marchamos indignados. Una escena así no la habíamos tenido hasta ahora. Es la primera vez que los religiosos, después de tres meses, hemos protestado contra todo lo que se está cometiendo aquí contra nosotros. ¿Qué consecuencia tendrá esta escena?. Pensamos que Rodak hará encarcelar al padre Krasnansky o, al menos, lo trasladará a un campo de concentración más duro. Estamos aquí peor que los presos de la famosa cárcel de Leopoldov. Allí son permitidas las visitas, aquí no. Allí el preso puede recibir los paquetes, aquí los llevan al almacén y después roban de ellos. En el campo del trabajo de Navaky un preso con un salvoconducto puede irse por unos días a su casa, aquí no se puede ni soñar algo semejante.

Por la tarde, a las seis y media, se pasa la revista ordinaria. Rodak viene y se ríe, como si no hubiese pasado nada. Acaso ha comprendido que las cosas en el campo no se pueden llevar a los extremos.

¿Cederá al menos por táctica?. Lo consideramos demasiado astuto.

También en el campo de concentración se emiten votos

30 de julio de 1950

Hoy es domingo y por la mañana nos obligan a presentarnos a la revista contra toda costumbre. Ayer tuvimos dos revistas extraordinarias. Pero el

conseguir reunirnos a todos ha durado más que otras veces. Los estudiantes de Teología de los Verbitas emiten hoy sus votos religiosos; la ceremonia se inició en la capilla; cuando comenzó la revista debieron interrumpirla y venir a toda prisa; después regresaron a la capilla para terminar su valiente entrega a Cristo. Hace dos semanas, en el campo de Podolínec, renovaron los votos también algunos jóvenes salesianos. Es algo heroico consagrarse a Cristo con los votos de pobreza, castidad y obediencia en un campo de concentración. Es una promesa de fidelidad hecha a la sombra de las ametralladoras, que los gendarmes usan de nuevo durante la guardia de la noche. Estos jóvenes quieren seguir siendo religiosos, a pesar de la cárcel y de las amenazas de persecución que se ciernen sobre nosotros. Son verdaderos héroes de Cristo.

A los gendarmes les han asignado en estos días dos nuevos lugares para la guardia. Son veinte los gendarmes. El edificio debe estar totalmente rodeado de centinelas y esto les cansa y les irrita, y se quejan. A uno de ellos lo encontró el comandante Jencik dormido en su puesto de guardia a las 9 de la mañana. Dormía tan profundamente que el comandante le quitó la pistola de su bolsa de cuero, sin que se diera cuenta, pues ya llevaba tres noches sin poder dormir. Pido también por estos mis hermanos gendarmes.

No os pongáis enfermos en Podolínec

2 de agosto de 1950

En estos días sucedió algo típico de Rodak y de sus tiránicas maneras. Ninguno protesta, pero a todos nos disgusta su actitud.

En el campo de concentración se encuentra un padre redentorista ya muy anciano, el Padre Kliment, que sufre terriblemente de cálculos en la vesícula. Pasó un tiempo en el Hospital de Kezmarok, pero regresó de nuevo al campo, por unas semanas; en estos días sus dolores son muy fuertes. El médico de Podolínec llega al campo oficialmente una vez por semana y ha dado ya dos veces la orden de que lo ingresen en el Hospital. Arrastrando sus pies, él va una y otra vez al despacho de Rodak para suplicarle que le permita la cura que necesita, pero éste lo echa con cinismo de su despacho. El pobre enfermo se retuerce de dolor en su cama. Con él se encuentran, en su misma habitación, tres padres Redentoristas, entre ellos el joven Padre Cverke, que no puede tolerar más esta situación. Como responsable

de la habitación va a ver a Rodak y, con todo el respeto, le recuerda insistentemente el mandato del Doctor Kezmarok, que por dos veces ha dado orden de enviar al Padre Kliment al Hospital.

Rodak contesta: *el que decide quién va al Hospital soy yo.*

Padre Cverke trata de persuadirlo con sus razones, pero Rodak no se digna ni siquiera de darle respuesta.

Entonces el padre Cverke le dice: *"Me siento obligado a escribir una queja al comisario de la salud de Bratislava, explicando cómo se trata aquí a los gravemente enfermos e inocentes".*

Rodak enfadado contesta: *"Sí, muy inocentes. ¿Y qué significan esas quejas al comisariato de la salud?".*

Padre Cverke: *"Escribiré al Doctor Veres, del Comisariado de la salud, que estuvo aquí para el control. Pero no piense Vd. que la carta la voy a hacer pasar por sus manos".*

Sale del despacho y va al del Padre Krasnansky, pide el papel y la máquina para escribir. Rodak también va allí. El P. Cverke, con toda libertad, dice: *por favor, dame un papel y préstame un momento una máquina. Voy a escribir una queja al Comisariato de la salud. Aquí el Sr. Rodak sabe de qué se trata.*

Rodak le grita muy enfadado: *"Lo que le daré es puntapié que lo hará volar hasta el Comisariato de salud".*

Padre Cverke sale diciendo: *"Pero no piense Vd. que no voy a escribir. Vosotros nos tratáis como a unos bárbaros".*

Rodak, lleno de ira, no supo qué responder. Pero poco después se presentó en la habitación del padre Kliment, preguntándole lo que ya varias veces le había oído decir y le prometió cuidarse de él Han pasado ya dos días y el padre Kliment sigue sufriendo y pensando en volver a ver Rodak para pedirle de nuevo lo mismo.

Pero ¿cuándo finalmente le escuchará este despiadado comisario?.

Los prófugos regresan

2 de agosto de 1950

Ayer nos esperaba una singular sorpresa. Los dos teólogos de los Verbitas, Bakos y Magdolen, que hace unos días huyeron de Podolínec, se presentaron hoy por la mañana en la puerta principal al gendarme Galajda. Este llamó enseguida al Comandante Jencik, que los saludó y llamó a Rodak.

El teólogo Bakos entregó a Rodak una carta del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos y le dijo: *"Yo ya estoy libre, no tenéis ningún derecho sobre mi".*

Inmediatamente los condujeron al despacho de los gendarmes y allí les llevaron la comida. Ninguno de los religiosos podía hablarles.

A las tres de la tarde, los trasladaron de repente al jardín y los encerraron en una pequeña chabola donde se guardan los utensilios del jardín y del huerto. Allí los interrogaron uno a uno; y allí pasaron la noche en vigilancia continua de los gendarmes. Hoy se ha sabido que estarían aquí hasta que se marchen también otros teólogos. Juntos irán al adoctrinamiento y al trabajo de la construcción del dique de Puchov. Veremos...

Otra novedad nos esperaba hoy en el jardín. A los seis altos postes eléctricos les pusieron unos reflectores muy fuertes y por la noche los encendieron. Estos reflectores iluminan muy bien las cercas, muros y todo el espacio que hay delante de ellos.

Anteayer celebramos la fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuitas. La celebramos durante la misa de la tarde. Hoy tenemos la fiesta de San Alfonso María de Ligorio, fundador de los Redentoristas. Creo que hoy también tendremos la Misa por la tarde.

Y ellos fortifican y fortifican

3 de agosto de 1950

Anoche, a las 10, algo me empujaba a mirar por la ventana del jardín. La mitad del jardín, la del lado de la cerca, estaba iluminada como si fuese de día. Por la calle, delante del campo, paseaba un gendarme con su ametralladora; en el jardín, bajo un reflector, se encontraban dos gendarmes, también con sus armas, uno llevaba agarrado por la cadena al perro, de nombre Ars. Paseaban y charlaban.

Los prófugos de los Verbitas dicen que trajeron del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos un certificado de que en Podolínec no existía ninguna cárcel. ¿Lo creéis vosotros, presos?. Esto que vivís no es ninguna cárcel... En las ventanas del entresuelo están las rejas; las puertas del edificio que dan por fuera son dobles y tienen cerraduras, las rodean los guar-

dias con armas y con perros; una parte del jardín parece la pura luz para poder disparar de noche a los que huyan... Qué cosas tan increíbles nos quiere hacer creer este Despacho ateo para los asuntos religiosos... ¡Compañeros!. Ya lo creo, esto no es una cárcel, sino algo peor. En nuestra lengua no hay un nombre para esto. En toda la existencia de nuestra cultura, una cosa así se ve por primera vez.

Me voy a dormir para despertarme cuando la noche sea más cerrada. Algo me empuja a hacerlo y me levantaré para mirar el jardín y la calle. La noche debe de ser fría, porque el gendarme pasea con paso veloz.

En el jardín están silenciosos los haces de centeno y los árboles casi con asombro, porque la noche se les hace día. La pared blanca de la casita de la otra parte de la cerca refleja violentamente la luz, como si quisiera protestar. En el patio vecino, ante la puerta principal, comienza a ladrar un perro; el gendarme con el cigarrillo sale del jardín, se pone a la sombra del establo y observa el patio. Tras unos minutos regresa, piensa que el perro en su casita ya duerme como antes.

Por todas partes reina un silencio asombroso. La luna, de color amarillo sucio, está paseando por el cielo, proyectando, a través de las nubes, su frágil luz a todo el país. Por doquiera silencio, silencio asombroso... Sólo los reflectores en el jardín gritan con toda su luz que nada justifica su instalación allí... gritan en la noche casi iluminada...

Ellos fortifican y nosotros huimos

3 de agosto de 1950

Durante los últimos días la situación en el campo está llena de movimientos y cargada de vivencias. Después de haber encendido los reflectores de noche en el jardín, nuestros jefes continúan febrilmente en los trabajos de fortificación, para que nadie pueda escaparse de este -así dicho- convento. Su preocupación por nuestra vocación parece diabólicamente conmovedora.

Hace una semana Rodak amenazaba con que ya ningún sacerdote podría escapar del campo, y no se ha quedado sólo con las amenazas. Hoy han traído más vigas y ladrillos, todo va muy deprisa. Sobre la cerca de la parte de la calle están poniendo tres filas de alambradas. Las alambradas las instalan los hermanos legos de varias órdenes, es un trabajo que les obligan a hacer, auque vaya contra ellos mismos y contra nosotros. Con los

legos trabaja también un hermano Verbita, que pasó largo tiempo en el campo de concentración de Mauthausen, prisionero de los nazis; ahora es prisionero de los comunistas en este campo de concentración de Podolínec; campos de concentración por una y otra parte ¡Ironías de la libertad!

La cerca de la parte del norte la prolongan un metro. En el jardín, en unos puntos estratégicamente situados, los albañiles están construyendo las garitas para los centinelas, a un metro del suelo. También las garitas las construyen religiosos... para que ninguno de ellos se escape.

Y justo ahora, algunos sacerdotes jóvenes y de mediana edad están pensando en fugarse de Podolínec. No les mueve tanto el deseo de alcanzar la libertad, cuanto el de trabajar por la salvación de las almas. Dicen que también es meritorio sufrir en este campo, pero que es necesario salir fuera a llevar el mensaje a otras personas y estar entre los muchachos. Es verdad que deberán esconderse, vivir en continua zozobra y riesgo, y, si alguna vez los atrapan, los condenarán. A pesar de ello, quieren sufrir fuera, entre la gente, y hacer allí lo que se pueda.

Esto es lo que decimos: "hacer lo que se pueda"... Algunos dentro del campo afirman que fuera no se puede hacer nada, verdaderamente nada. Lo dicen, especialmente los que no son capaces de imaginar métodos y maneras para hacer algo incluso hoy, incluso durante esta persecución. Otros tienen este sentido más claro, y algunos se sienten bastante fuertes en Cristo para huir y asumir todos los riesgos, para poder confesar, bautizar, exhortar, animar e iluminar. Este deseo de las almas llega a ser durante estos días más apremiante, pues vamos cada vez conociendo mejor la situación de la Iglesia eslovaca.

Un nuevo campo de concentración se ha establecido en el convento de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Muceniky (el nuevo régimen ha dado a este pueblo el nuevo nombre de Slkeckovce). En este nuevo campo se encuentra el Obispo Buzulka, los sacerdotes que trabajan en la Cancillería Episcopal en Trnava y Nitra, y muchos decanos y otros celosos sacerdotes.

Sólo ahora se ve que es importante, desde el punto de vista de toda la Iglesia, que los religiosos sacerdotes no acepten ir a las parroquias al precio de abandonar la propia Orden. Con las firmas querían moralmente abatirnos, esclavizarnos y tenernos aterrorizados y bajo su control. Al mismo tiempo, querían llevarse de las parroquias a los sacerdotes más celosos. De

este modo pretendían en poco tiempo debilitar la vida religiosa del pueblo y su capacidad para defenderse contra el ateísmo. La mayoría de los sacerdotes más fervorosos, sin embargo, se han quedado en sus parroquias, porque la gran oposición del pueblo ha impedido que los retiren de ellas.

A algunos sacerdotes, sin embargo, los han apartado de las parroquias.

Por eso nuestro plan para huir va tomando cada vez más cuerpo y se va convirtiendo poco a poco en realidad.

Tres fugas en un día

3 de agosto de 1950

Los sacerdotes jóvenes y los teólogos hace poco organizaron una competición de voleibol. Formaron 6 equipos, y ahora se juega en sistema de liga de todos contra todos. Durante la recreación del mediodía hay siempre dos partidos. Entorno se encuentra el numeroso público de religiosos y todo es alegría, cordialidad y tensión, como en otras competiciones.

Sucedió ayer durante la recreación del mediodía. Cuando hay partidos, yo miro unas veces a los jugadores, otras paseo rezando en una parte del jardín, que es relativamente estrecha y larga. A un lado se encuentran las patatas y los árboles y en medio del jardín, un sendero. Junto al muro, que es de dos metros y medio de alto y tiene un alero, existe un gran manzano.

Al otro lado, un sendero lleva hasta el río Poprad. Hoy estaba rezando y de repente la vista se me fue al manzano y al muro y veo que trepa por él el padre Baran, Verbita, y un hermano fuerte le está ayudando. El alero negro cruje y cede bajo el cuerpo del padre, que es de baja estatura y de hombros muy anchos, logra pasar el muro y bajar por la parte del sendero. El hermano que le ayudaba mira en derredor y, viendo que los gendarmes no se han dado cuenta de nada, tranquilamente retorna al jardín.

Hoy por la mañana huyó de Podolínec también el padre Andrés Sandor, muy conocido en toda Eslovaquia como poeta, bajo el nombre de Gorazd Zvonicky. Su huida fue más arriesgada que la del Padre Baran, pero tuvo éxito. Lo hemos organizado según un sistema que nosotros hemos inventado. Cerca de las ocho y media de la mañana el padre Gorazd ya se encontraba preparado en el sendero del jardín, cerca del lugar por donde huyó el Padre Baran.

No se jugaba en esos momentos y por eso los gendarmes estaban más atentos. En el jardín y en el patio exterior se trabajaba. Quien no tenía tra-

bajo podía pasear, rezar o también estudiar disimuladamente. Por el sendero, entorno al Padre Gorazd, pasaba continuamente la gente y de este modo los gendarmes ni soñaban que algo se estaba preparando.

Lo primero que hicimos fue colocar a hermanos en varios lugares estratégicos. Uno de nosotros tenía que hacer de coordinador principal y se situaba cerca del padre. Otro se ponía, a unos 50 metros, en el jardín en dirección norte. Su cometido era indicar el peligro que podía venir por aquel lado. Si todo estaba en orden, debía mantener las manos bajadas; si veía peligro, debía ponerse una mano en la cadera. Otro hermano tenía que colocarse en la parte opuesta, desde donde se ve muy bien todo lo que sucede en el patio exterior. También él haría las mismas señales, si hay o no hay peligro en el patio. Por desgracia, allí se encuentra también el gendarme que custodia esa parte del jardín. Este gendarme se halla a una distancia de 50 metros del padre Gorazd.

El coordinador debía estar continuamente atento a las señales de los otros dos hermanos y a lo que hacía el gendarme. Existiría posibilidad de huir en el momento en que en ninguna de las tres partes hubiera peligro. Los dos hermanos de los lados indicaban muchas veces la ausencia de peligro, pero el gendarme estaba siempre vuelto hacia la dirección del padre Gorazd y esto impedía la huida.

En una tensión interior, que crece por momentos, pasan 10, 20 y hasta 30 minutos y el gendarme sigue mirando siempre en dirección al padre Gorazd, que ya comienza a creer que tiene que renunciar a la huida. El coordinador envía entonces a algunos teólogos, para que rodeen y discutan con el gendarme, con el fin de desviar su atención hacia otro lado. Pero el gendarme es bastante alto y puede ver por encima de los hombros de los teólogos y mira siempre en dirección al padre, y así la estrategia fracasa.

Todo hace suponer que, por el momento, hay que renunciar a la huida. La fuerte tensión, que ya dura 45 minutos, nos agota y desilusiona. Sin embargo no queremos darnos aún por vencidos. Finalmente el gendarme se agacha y comienza a dibujar algo en el suelo.

El coordinador echa una mirada a los dos hermanos de la guardia y ve que no hay peligro por ninguna parte. El Padre Gorazd se dirige con tranquilidad hacia el muro. El coordinador va a ayudarle y, ya junto al muro, cruza sus manos para que le sirvan de estribo. El Padre Gorazd pone en ellas un pie y con sus propias manos se sujeta y trepa; luego pone otro pie en el hombro del hermano y se arroja a la otra parte del muro. El alero cru-

je y hace tanto ruido que los dientes de todos rechinan de tensión. Pero el Padre Gorazd ya se encuentra detrás del muro.

El hermano que ha hecho de coordinador echa una mirada al gendarme. Éste todavía está agachado y dibuja. Los otros dos hermanos anuncian que ya no hay peligro. Todos regresan tranquilamente a la vida normal. A pesar del agotamiento nervioso, el momento final de la huida no había durado más de un minuto.

Deseamos que el Padre Gorazd no se encuentre a uno de los gendarmes que hacen guardia fuera del muro. Los religiosos que se encontraban cerca pudieron observar disimuladamente toda la huida. A esta parte del jardín dan las ventanas de los padres jesuitas. Cuando el Padre Gorazd desapareció, un jesuita viejecito, el padre Gramantik, que miraba desde el primer piso gritó: ¡Eso es lo que se debe hacer!.

El mismo día desapareció también el Padre Babín.

A nuestros fugitivos deseamos éxito pleno en su empresa y en su apostolado sacerdotal. A los dos o tres días anunciarán sus nombres por la radio a todas las estaciones de policía. Serán unos fugitivos permanentes y deberán esconderse. ¡Hermanos, feliz viaje en el campo de las almas!.

Aunque llegue Cristo con un cañón

4 de agosto de 1950

En la revista de la tarde del 3 de agosto faltan en el patio tres religiosos: el Padre Baran, el Padre Gorazd y el Padre Babín. Rodak llega sonriente, bien seguro de que nadie podría ya escaparse del campo. Lee la lista de los religiosos, haciendo un control severo. Al leer el nombre de Andrés Sandor, que es nuestro Gorazd Zvonicky, dice en broma: este debe de encontrarse aquí, es demasiado grande para poder escapar. Rodak conocía personalmente al Padre Gorazd. Algunas veces charlaban con cierta cordialidad. El Padre Gorazd era sargento reservista y había estado organizando la gimnasia de la mañana. Cuando Rodak leyó el nombre de Padre Baran, (que significa cordero) y ninguno contestaba, dijo: que al menos diga: "bee, bee".

Después de cenar hubo una nueva revista, que se hizo en el patio exterior. Los gendarmes revisan las torres buscando a los fugitivos, piensan que todavía se encuentran en el campo, para poder huir durante noche. Revisan también los desvanes y clavan sus puertas para que no se puedan abrir.

Comienza a llover. Algunos le dicen a Rodak que llueve y éste, verde de rabia, explota y exclama: *"aunque llegue Cristo con un cañón estaréis bajo la lluvia"*.

Nos procuramos chaquetas, impermeables y unos 20 ó 30 paraguas. El tiempo en estos días es muy húmedo. Frecuentemente llueve. También hoy. La lluvia del atardecer es siempre más densa. Rodak y el comandante Jencik están en la puerta del campo defendidos de la lluvia y nosotros bajo la lluvia, pero de buen humor. Hoy se encuentran con nosotros en la revista también los hermanos jesuitas.

De nuevo leen la lista de todos los presos. Cada uno al ser nombrado debe salir de las filas y pasar al jardín, a la hierba, y esperar. Gastamos bromas, discutimos, y la lluvia sigue cayendo sobre nosotros. Los gendarmes están cabizbajos. El comandante Jencik finalmente pregunta quién de nosotros estuvo el último día trabajando con Sandor y quién lo vio por última vez. Ninguno contestó. Después nos despidió diciendo: *"Marchad a vuestras habitaciones y que ninguno se mueva. A la función de la Iglesia ahora no va ninguno y por la mañana no podéis salir de las celdas"*.

Alguien de nosotros interrumpe: ¿y en la mañana podemos ir a la iglesia?.

Sí, contestó Jencik.

Pero Rodak exclamó: *No, tampoco por la mañana iréis a la Iglesia*. Entrando en el campo a toda prisa, tomamos de la Iglesia los ornamentos, cálices, misales y todo lo necesario para la misa. A la mañana siguiente las misas las celebramos en las habitaciones de una manera conmovedora. Algunos sacerdotes celebraban sólo con roquete. Pero todos con mucho fervor.

El 4 de agosto, a las ocho, hay un revista muy severa. Varias veces leen nuestros nombres y controlan después con toda precisión. Nos reparten los trabajos: unos van a construir las garitas, otros a prolongar la cerca, otros a colocar las alambradas. Reparten gente para cocinar, pelar las patatas, aserrar la madera, etc.; los que quedan sin trabajo, unos 80, deben estar sólo en el patio cuadrado, y no pueden moverse de él. Se aprovecha para leer, estudiar y rezar.

Algunas notas más de este nuestro, así llamado, convento.

Hoy a media noche llegó Svejduk a la habitación del Padre Krasnansky

y lo llevó a su despacho para un interrogatorio. Estaban el despensero Juan Urda, un hombre bastante bueno, y el comandante Jencik; le interrogaron si sabía algo de los fugitivos.

¡La interrogación era a media noche y con una pistola sobre la mesa!

Hoy en la revista de la tarde, como siempre, faltaban los religiosos enfermos. Svejduk fue pasando por las habitaciones, controlando si se encontraban allí. Nuestro viejo hermano coadjutor Floriano Mandrak, que hace poco regresó de una operación quirúrgica, tuvo que desvestirse en la cama y enseñar la llaga hinchada, que le impedía presentarse en la revista.

Hoy por la mañana han traído al campo bajo escolta a unos 20 religiosos de Belusske Slatiny, a los que habían sacado hace una semana de aquí. Se dice que en Belusske Slatiny van a abrir un hospital militar.

Mientras tanto nosotros rezamos continuamente por nuestros prófugos y ofrecemos por ellos nuestros sacrificios aquí en el campo: la prisión y los trabajos. ¡Que Cristo los bendiga en su lucha arriesgada por la salud de las almas, por las cuales merece siempre la pena arriesgarse!. Y todo esto nos hace pensar si no sería bueno que también nosotros nos atreviéramos a seguir tras las huellas de los fugitivos....

9

CONTINÚA LA FORTIFICACIÓN DEL CAMPO

Las conjeturas de cómo huyeron

6 de agosto de 1950

Ya hace tres días que no para de llover, llueve siempre más y más, hasta 5 ó 6 veces al día. Las nubes de las montañas de la alta Trata llegan y casi siempre se convierten en lluvia. La cosecha de los campos de Podolínec continúa lenta y los trigales amenazan con pudrirse.

Los trabajos del campo los sigue repartiendo Svejduk, pero hoy no se muestra tan pedante como anteayer. Los que no tienen trabajo no están obligados a permanecer todo el tiempo en el patio cuadrado.

La Iglesia también permanece abierta todo el día. Parece que han hecho caso a lo que les dijo el padre Kransansky: *"¿por qué nos vais a castigar cerrándonos la iglesia?... Nosotros merecemos una recompensa porque no hemos huido y hemos permanecido fieles"*.

Comenzamos de nuevo a entrar en el jardín, al principio tímidamente y con cautela, pero, como nadie nos gritaba, terminamos por entrar sin miedo ninguno. La importancia mayor en el campo se centra en los trabajos de fortificación: los muros, las cercas por todas partes y las vigas de hierro para colocar las alambradas. A toda prisa continúan también los trabajos en los subterráneos y en el gran canal que corre bajo el jardín.

Nuestros jefes no saben todavía por dónde escaparon los padres Baran, Sandor y Babín. Rodak opina que en el campo existe una organización clandestina, que tiene contactos con la gente de afuera, y realizan las fugas juntos. Otros opinan que los fugitivos pudieron entenderse con el gendarme y éste los dejó huir. El comandante Jencik da esta explicación: *"Es imposible huir a través de las cercas y de los muros, por todas partes tenemos gendarmes. Aquí tiene que haber unos corredores secretos bajo tierra"*.

En el campo se comenta que hay quien se está preparando de nuevo para huir y que va a ser un grupo. Yo no lo creo... noticias de este tipo corren muchas, sin embargo, no quiero descartar la posibilidad de nuevas huidas; aunque pienso que, si alguien tiene la seria intención de huir, lo primero que hará es tener en secreto su plan y no comunicarlo a todo el campo.

Tened paciencia

7 de agosto de 1950

Del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos de Bratislava ha llegado en estos días un señor. Se dice que es el jefe de la sección de economía. Hace unos años tuvo en nuestro colegio de Trnava a su hijo y, por lo tanto, conoce a muchos salesianos. En el campo recoge informaciones, que se refieren al servicio militar de los religiosos, y controla el estado económico del campo. Pasa también por las habitaciones y así se entera de muchas cosas. No le ocultamos nada, aunque le acompaña Rodak.

De este modo ha sabido que al departamento de los jesuitas llegaron ayer 5 litros de leche para los enfermos y para los que deben observar la dieta, pero Rodak dio la leche a los perros lobos, que son tres. El compañero de Bratislava nos exhorta a la paciencia, pero no hace nada en concreto.

Y verdaderamente paciencia es lo que necesitamos en estos días. A uno le irrita no sólo esta vida del campo, sino también esta estación loca de verano. Tan pronto hace mucho sol, como de repente llegan nubes oscuras, acompañadas de fuerte viento, y comienza a llover. Estos cambios continuos de temperatura y de presión atmosférica nos bombardean los nervios. Siento en todo el cuerpo una tensión y una intranquilidad desconocidas, me duele la cabeza y me encuentro muy pesado. Más que nunca, en este estado se apodera de mí la angustia de estar en la cárcel. Quisiera tener la garantía de que aquí no me van a quitar la vida. La imaginación llena de melancolía me tortura hasta el agotamiento. A donde quiera que uno va, encuentra por todas partes dudas e inquietud. No hay seguridad, todo cambia, y casi siempre para empeorar. Con frecuencia se apodera de mí el pensamiento de estar perseguido, de estar aquí sólo para que nos maltraten, para que nos atropellen en las revistas, en los patios, en los paseos, en los trabajos, y para que hagan de uno lo que quieran.

Se trata de un sentimiento de impotencia. Nos han encarcelado caprichosamente en un campo a la orilla de Poprad, nos dicen lo que quieren, deciden de nosotros como les viene en gana. Nos obligan a estar en fila bajo la lluvia, nos echan del despacho como a unos parias, y esto les parece algo normal. Nos insultan en la cara, y tenemos que callarnos, nos amenazan con la pistola o la ametralladora, nos tratan como a troncos de leña que no sienten nada. Colocan las alambradas, construyen garitas para vigilarnos, y nos obligan a trabajar en su construcción. Cuando se les pregunta

por qué nos encontramos aquí, por una parte mienten, diciendo que de este modo nos posibilitan la vida religiosa y por otra, nos consideran como criminales.

Cuando se experimentan todas estas vivencias, uno, a veces, se burla y se ríe de todo; pero, esta vida va dejando su huella en nosotros. Todo se graba en lo profundo del alma y en ciertos momentos explota dentro, te tortura y te abate y te impulsa en una única dirección: salvarse, alcanzar la libertad. ¡Es en estos momentos, cuando uno aprecia lo bueno que es el poder pasear libremente por la calle!.

Cristo mío, hoy es domingo. Desde la ventana veo la gente que regresa de un entierro. Algunos ciertamente tienen un profundo dolor; pero todos caminan libres, con sus vestidos de fiesta, todos con pasos seguros. Todos son libres: los niños, los ancianos, los jóvenes, los bomberos, los músicos con sus instrumentos. ¡Libres... libres!. Sé que desde aquí veo esa libertad demasiado ideal. ¡Pero qué queréis, estoy en un campo de concentración!.

Señor, también este sufrimiento sea por amor a ti y a las almas, por la juventud de nuestros oratorios, por los salesianos jóvenes en las brigadas de la construcción del dique de Puchov, por toda la Iglesia militante y por todo el mundo. Nuestro dolor lo unimos a tu tortura y a tu sangre. De nuestros sufrimientos, unidos con los tuyos, saldrán nuevas generaciones de cristianos. ¿Generaciones que quieran amarte con todo el alma, generaciones heroicas que sabrán dar toda su vida por ti y por sus hermanos?. ¿Unas generaciones que no cederán al mal?. ¡Señor, todo por ti y por esas nuevas generaciones!.

El padre está gravemente enfermo, ven

10 de agosto de 1950

Nuestros jefes fortifican y fortifican. Hoy o mañana todas las cercas y todos los muros tendrán ya sus alambradas de más de un metro de altura. Al mando de Jencik, los hermanos legos jesuitas pintarán de color blanco las partes inferiores de todas las ventanas que dan a la calle.

Todo esto nos irrita y aumenta nuestra impotencia.

Sí, la impotencia... En estos días dos religiosos pidieron permiso para ir al dentista, porque tienen los dientes sin terminar de empastar. Si lo permitía Rodak, el comandante Jencik estaba dispuesto a dejarlos ir. Fueron a ver a Rodak, pero él dijo a uno de ellos: *Sois una banda, no os creo a ninguno,*

ni bajo el juramento de la cruz. Al segundo lo insultó; *sois peores que unos asesinos.* Y les dijo también otras cosas. ¿Cómo no sentirse impotente?.

El padre redentorista Beonerik recibió ayer un telegrama: "*el padre está gravemente enfermo, ven*".

Fue a pedir permiso a Rodak, pero no lo quiso ni oír. El padre Beonerik decidió pedir el permiso al Despacho eslovaco para los asuntos religiosos, pero Rodak no quiso enviar la carta.

Hoy ha llegado el nuevo comandante de los gendarmes. Hay que cambiar a todos los gendarmes. El nuevo comandante es un hombre de pequeña estatura y gracia. Rodak y Jencik lo acompañan por el campo, por dentro y por fuera. Desde ahora tendremos nuevos vigilantes "para que la gente de fuera no nos haga nada malo". Esto es lo que nos contestan nuestros jefes, queriendo con ello hacernos ver que nos encontramos en un convento bien protegido. ¡Qué burda mentira!. Es fácil objetarles que los gendarmes no pertenecen a ningún convento.

¿Qué va a hacer Vd. en el entierro?

12 de agosto de 1950

Padre Beonerik recibió por teléfono la noticia de la muerte de su padre, pero no le permitieron ir al entierro: "¿Qué va Ud a hacer en el entierro?. No, ya no puede ayudar a nadie". Fue la razón que le dieron.

Así nos desprecian y así hieren en lo más profundo los sentimientos humanos. Todo parece como una burla mal enmascarada. Por el alma del difunto ofrecemos dos misas solemnes, una por la mañana y otra por la tarde.

El nuevo comandante de los gendarmes, Blicha, hoy nos ha insultado varias veces, aunque oficialmente no sabemos todavía quién es. En la revista de la tarde Rodak y Blicha nos prohíben oficialmente escribir y recibir cartas, extraoficialmente ya lo sabíamos desde hace una semana. Tenemos aquí menos derechos que los presos de las cárceles. Menos derechos y sin ninguna culpa personal. Nuestra culpa, a los ojos de estos descreídos, es que somos religiosos; si no lo fuéramos, ninguno de nosotros se encontraría aquí; y, si hubiéramos hecho algo contra la ley, nos habrían interrogado y condenado.

Hemos llegado a estar aquí 760; ahora somos 350, pero, hasta ahora, no han interrogado, ni condenado a nadie por ninguna acción contra el estado. O mejor dicho, ellos nos han procesado y condenado clandestinamente. Lo

hicieron, cuando condenaron a muerte a nuestras órdenes religiosas en cuanto tales; nos condenaron y procesaron, cuando trazaron los planes secretos, según los cuales había que destruir sistemáticamente a la Iglesia y borrar a Cristo de todas las almas.

Pero, también aquí, como en otros tiempos y lugares, los cristianos crecerán desde la cruz.

En la nueva tierra eslovaca bajo la Tatra

12 de agosto de 1950

Cuatro coadjutores salesianos sastres se marcharon hoy del campo. Los jefes no quisieron decirles a dónde iban; antes de la partida les hicieron un registro personal y un control de maletas tan minucioso, que rayaba en el ridículo.

El más quisquilloso se mostró el nuevo comandante de los gendarmes, Blicha. Hasta el punto que uno de los religiosos le espetó en la cara: *No tenga miedo, señor comandante, no encontrará ametralladoras, no caben en las maletas*. Blicha saltó, como si hubiera recibido un alfilerazo, y nos echó a cajas destempladas a todos los que estábamos mirando el control. Pero poco a poco fuimos después regresando uno tras otro,

Blicha y Rodak quisieron secuestrar las cartas. Rodak vive convencido de que alguno de nosotros está en comunicación con la Radio Vaticana y quiere impedirlo. Yo estoy dudando de que esto sea posible. Se dice que la radio vaticana tiene noticias precisas de nosotros, pero dudo que las tenga directamente del campo.

Esta idea de comunicación con la Radio Vaticana se la ha contagiado también al nuevo comandante de los gendarmes. Y por este temor no nos permiten escribir ni al Despacho eslovaco para los asuntos religiosos, que es el superior supremo del campo de concentración.

Nuestros jefes no piensan más que en la fortificación, pero tenemos que ser nosotros los que la realicemos. Y a pesar de ello, en el campo no hay trabajo para todos.

Los estudiantes de Teología terminaron en el campo los exámenes escolásticos pasados y están comenzando un nuevo curso. Los sacerdotes aprenden lenguas, estudian la Escritura y la Teología Moral, preparan predicaciones, etc. Discuten también sobre el trabajo de nuestros oratorios, cómo mejorarlos a nuestro regreso, cómo salvar todavía a los jóvenes y cómo quererlos más.

Nuestros jefes mientras tanto nos siguen insultando y humillando. Todo esto fortalece nuestra personalidad. De esto habla también nuestra canción del campo "En la tierra eslovaca", que es como nuestro himno; la compuso uno de nosotros, y, a veces, cuando marchamos durante la gimnasia de la mañana la vamos cantando:

En la tierra eslovaca, bajo la Tatra,
donde en las calles fustigan los vientos,
estos religiosos, hijos del pueblo
cada mañana se ponen en marcha.
¡Oh Virgen Madre con cuanta dureza
y contrariedad han sido educados!.
Y cuando ya cultivaban tu viña,
injusta tempestad los ha arrasado.
Mas día a día en el campo de Tatra,
El duro trabajo los fortifica.
Esperan libertad, piden justicia
Y por eso hoy tras Cristo alegres marchan!.

Cantando esta canción el patio está como bajo los truenos. Después hacemos la gimnasia y, con cierto alivio, llevamos nuestra cruz, con el amor que nos da Cristo en nuestra debilidad.

El cambio de los gendarmes

14 de agosto de 1950

A las novedades de la fortificación, se añaden también en el campo los nuevos gendarmes. Son todos muchachos jóvenes, que llevan las ametralladoras no sólo durante la noche, sino también durante el día.

Hace sólo unos días se detuvieron delante de la puerta de nuestra campo dos chicos en bicicleta y preguntaron al gendarme: "Por favor ¿qué es esto?". Él contestó: "un convento". Y ellos respondieron: "¿Pero qué convento?... Esto es una prisión". Y continuaron su camino.

A primera vista habían averiguado de qué se trataba. Para nosotros es peor, incluso, que una prisión. Ya desde el principio nos dábamos cuenta de lo duro y amargo que nos iba a resultar el ambiente, tras dos o tres meses, de la incomunicación en que nos tienen, pero con el paso del tiempo la si-

tuación se nos hace cada vez más terrible. De ninguna parte nos llega ni una pequeña noticia, ni una tarjeta, ni una carta. Nos sentimos como sepultados vivos, separados de la gente, de la Iglesia, de la que nos sentimos parte de todo el corazón; nada sabemos de nuestros muchachos de los oratorios, ni de los hermanos que nos arrancaron de aquí. Para nosotros todo comienza a ser misterioso, pues tenemos un total desconocimiento de la situación. Este estar apartados de todos y de todo se está convirtiendo en uno de los mayores sacrificios que tenemos que soportar.

Cada tarjeta o cada carta que antes recibíamos nos servía de alivio y consuelo. Las esperábamos como se espera el domingo. Ya que no nos permitían vernos con nuestros parientes, recibir noticias suyas era una cosa grande. Nos animaba también mucho recibir cartas de los hermanos más jóvenes, su heroicidad en los campos de trabajo nos fortalecía; estas cartas pasaban de mano en mano, y la alegría se multiplicaba.

Dos tarjetas de los hermanos jóvenes
14 de agosto de 1950

Casi para contradecir lo escrito anteriormente, inesperadamente y por conductos secretos, acabamos de recibir un par de consoladoras noticias de parte de los hermanos que trabajan en la construcción del dique de Puchov. Esto es lo que nos escriben:

Nuestra vida diaria está organizada casi de la misma manera que como lo estaba contigo en Eslovaquia occidental, en la Casa de nuestra Madre. Por la mañana recibimos un pan blanco y hermoso, como tú nos lo dabas. Es un pan de trigo, pero tú nos lo ofrecías en una bandeja humana y hermosa. La habitación de nuestro grupo es testigo de unos acontecimientos extraordinarios. La tenemos muy adornada, en la pared de frente prevalece el color rojo y en este campo de sangre se encuentra el cuadro de nuestra estrella, que trabaja a destajo y se llama Domingo...

No tengas miedo, no me olvidaré jamás de esos ideales asombrosos que maduraban durante los años pasados. Sí, tengo que trabajar a destajo; luchar por unos ideales más bellos que los de la burguesía... sabes, la cosa es difícil, la cosa es dura, pero con la Auxiliadora perseveraremos".

Querido hermano, ¡qué bien entiendo tus palabras!. La madre y su casa donde vivíamos nuestra vida feliz es Sastin, con el santuario de la Virgen de los Dolores. El pan blanco es Cristo Eucaristía. La habitación de vuestro grupo... lo sé imaginar. Os levantáis a las 4 para poder hacer de rodillas la meditación y las oraciones de la mañana. Después recibís con un amor indecible a Jesucristo, que os traen clandestinamente a las habitaciones. Os ofrecéis a Él totalmente para todo el día, queréis duramente caminar detrás de Él, según el ejemplo de Domingo Savio, este trabajador a destajo en el campo de la santidad y de la alegría.

Un trabajador a destajo quiero ser yo también. Un trabajador por los mejores ideales, no por los que luchan los burgueses, que tienen como ley principal la comodidad y no el amor a Cristo. Su amor es la materia y no los hermanos, ni los prójimos, ni la eternidad.

Querido hermano, no debes tener miedo de las dificultades; puedes estar seguro de que la grande Auxiliadora te ayudará. No sabes, hermano, cuánto levantan el ánimo de un preso de Podolínec tus noticias. Y mas aún, porque esta vida la viviste también tú junto a nosotros.

Llegó también una carta escrita por un joven de otro grupo, que después de un adoctrinamiento en Kostolna se iba al campo de trabajo. Está escrita el 22 de julio de 1950, inmediatamente antes de la partida hacia el campo de trabajo para la construcción del dique de Puchov.

El hermano escribe:

''Viajamos al campo de trabajo y nos encontramos con los hermanos que desde hace tiempo trabajan allí, nos vamos, después de un turno nocturno en la capilla. Tales turnos ya los teníamos algunos. Os recordamos mucho, especialmente durante estos turnos que tendremos también en los campos de trabajo, allí tendremos en la habitación el Santísimo. Les pido que no se olviden de mí en sus rezos y den buen ejemplo. Nosotros os miramos con deseos de emulación y quisiéramos lanzaros un reto para ver quien llega a mayor altura".

Pablito, no sabes qué entusiasmo se apodera de mí leyendo tu carta. Ahora hacéis la vela nocturna, es decir, os cambiáis durante la noche en oración. Mi entusiasmo crece todavía más, cuando dices que estos turnos los vais a continuar también en el campo de trabajo, a pesar del trabajo físico de tantas horas.

Sabes, Pablo, ese Santísimo, ese Cristo, es el mismo que el que tenemos

aquí en nuestro Sagrario. Él es un lazo asombroso de comunicación que nos une, salvando las distancias de centenares de kilómetros. Pablo, nos retas a la emulación en el amor a Cristo y a las almas, en el sacrificio y la perseverancia; yo acepto este reto, sea Cristo quien cuente nuestros tantos por ciento. Un día nos encontraremos en una eternidad dichosa, allí veremos los resultados de esa emulación.

De nuevo se emiten los Votos

13 de agosto de 1950

El domingo 13 de agosto, durante la función de la tarde, dos de nuestros novicios coadjutores y otro hermano emitieron los votos. Qué sacrificio y decisión ir adelante a través de todas las tempestades y obstáculos, esperar contra toda humana esperanza y luchar por el amor a la Congregación, incluso en este campo de concentración.

Diariamente se están construyendo aquí contra nosotros nuevas fortificaciones, para que no escape ni un ratón, ¡y nosotros emitimos los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia!. Hemos felicitado a nuestros hermanos con mucha cordialidad. Después, los invitamos a ir a nuestra habitación para tener allí una pequeña fiesta con música, cantos y felicitaciones. Es así como se va adelante.

Adelante, aunque en la iglesia, en el altar, durante la misa, sólo puede arder una única vela. Vamos adelante. Sigamos adelante, aunque veamos al padre jesuita Popluhar y a otros beneméritos religiosos obligados a llevar la basura al jardín.

Vamos adelante... parece que, después de estos meses del campo, rezamos más y mejor y nos mortificamos más. Crece nuestra paciencia y humildad y nuestra audacia para luchar por las almas. Me parece que nos estamos desprendiendo de tantas cosas, que parecían imprescindibles, y se acerca el momento en que tendremos en el alma una única realidad, la más fuerte y más santa, la realidad que se llama Cristo y las almas. Sí, Cristo y las almas.

Rodak nos amenaza con quitarnos incluso los restos de comida que nos quedaron de cuando podíamos libremente recibir los paquetes. Los escondimos cada uno como pudimos. La cocina tiene pocas provisiones y la preocupación por renovarlas no es grande. Puede ocurrir que un día lleguemos hasta padecer hambre. En efecto, las patatas están secas. Los desayunos y

las cenas son insuficientes. Si nos quitan los restos de los paquetes y no hay mejoría en la comida, comenzaremos a pasar hambre.

Todos sienten temor y mucho miedo. Además, este miedo lo esparcen por el campo algunos religiosos con sus noticias, según las cuales los religiosos de Bulgaria y de Rumanía han sido llevados a Rusia. No lo creemos, pero estas noticias dejan siempre alguna amargura en el corazón, que dolorosamente nos roe.

Conmovedora resultó el 15 de agosto la fiesta de la Asunción de María con una bella liturgia y vísperas. Pusimos en las manos de María las noventa misas, todas las comuniones, oraciones y sacrificios de este día. Las pusimos, suplicándole que haga en nuestro provecho lo que juzgue conveniente. Si quiere, por medio de esto, dar la solución a la situación de las órdenes religiosas en nuestra patria y obtener que nos liberen de esta prisión, bendita sea; pero si quiere tenerlo en cuenta para la solución de otro problema de la Iglesia o del mundo, que lo haga libremente.

De nuestro campo de concentración quieren llevarse también a los estudiantes de Teología. Sobre esto corren comentarios hace mes y medio. Según la última noticia se dice que los llevarán al castillo de Slovenska Lupca, cerca de Bansks Bystrica. En el castillo se encontraba hasta ahora un reformatorio para jóvenes.

Pero, como siempre, no son muchos los que creen en las noticias de este género.

Los Tarsicios del siglo XX

15 de agosto de 1950

El problema de la correspondencia se siente cada vez más vivo. Rodak no quiere permitir ni una tarjeta para el onomástico de la madre; ni una tarjeta cuando uno pide el Breviario a su casa. El correo, de todos modos, lo deben controlar en el campo los gendarmes. Sabiendo esto algunos de nosotros han ido a pedir permiso al ayudante del comandante Malaga, pues el comandante Blicha está fuera por algún asunto, para escribir a la madre, pidiéndole la ropa. Malaga se lo dio y ellos escribieron y le entregaron sus cartas. Si él las envió, no lo sabemos. Blicha ciertamente no las habría enviado.

La cuestión del contacto con nuestros parientes a través de Cristo está resuelto. Nos encontramos con ellos en las Misas y oraciones. Nuestros hermanos de la casa de Bratislava se reúnen cada día, cerca de las 5 de la tarde, en el jardín y rezan el rosario por los oratorios de la capital. Se unen a ellos también algunos más.

El problema de la correspondencia nos causa un continuo sufrimiento. De los hermanos que trabajan en la construcción del dique llega sólo algo clandestinamente. Y nosotros añoramos sus noticias. Uno de los hermanos que nos escribe desde allí es como un Tarsicio[1] de nuestro siglo, escribe:

También los novicios reciben la Santa Comunión. Nosotros tenemos la santa Misa o la Santa Comunión muy temprano. Los novicios llegan a nuestra habitación en grupos, después de la gimnasia, cuando todos en el campo ya están en pie.

Así reciben la santa comunión, porque en su habitación esto es imposible por causa de los que habitan con ellos. Después se retiran a su habitación y pasan unos cinco minutos en silencio, ¡qué catacumbas!. Pero desde el viernes tenemos que hacerlo de otra manera. Tenemos que traer a Cristo desde el pueblo, y a mí me toca un importante y gran papel: llevar a Cristo al campo. Tengo una alegría enorme y tiemblo.

Según el Decreto de la Santa Sede, un cristiano que se encuentre en nuestras circunstancias puede comulgar él mismo o se lo puede dar algún fiel devoto. Esto supondrá que una habitación deberá convertirse en capilla y lo va a ser la nuestra, a pesar del miedo a una posible profanación, tenemos una inmensa alegría".

[1] Según el Ritual Romano, Tarsicio era un acólito, que tenía el encargo de llevar el Santísimo Sacramento a los cristianos impedidos de asistir a la Santa Misa, celebrada en las Catacumbas. Su martirio tuvo lugar en Roma, en la Vía Apia. Algunos paganos lo encontraron cuando transportaba el Santísimo Sacramento y le preguntaron qué llevaba. Tarsicio, que no quería que el Cuerpo del Señor fuera profanado, se negó a responder; los paganos entonces lo arrastraron por la fuerza, lo apedrearon y lo apalearon hasta que exhaló el último suspiro, pero no pudieron encontrar el Sacramento de Cristo ni en sus manos, ni entre sus vestidos. Los cristianos recogieron el cuerpo del mártir y le dieron honrosa sepultura en las cercanas catacumbas de San Calixto. San Tarsicio es, por eso, venerado como el mártir de la Eucaristía.

Querido Antonio: cuánto gozo nos ha dado con la noticia de vuestras catacumbas, que se encuentran en el campo del trabajo y las vivís día y noche. Vuestro amor a Cristo es grande, lo queréis recibir, aunque las condiciones normales del campo no lo permiten. Ahora lo hacéis clandestinamente.

Clandestinamente lo tenéis en la habitación y habitáis junto a El. Clandestinamente lo adoráis, recibís y tenéis en el alma.

Antonio, todavía no tienes tus manos consagradas y ya están con Cristo de tú a tú. ¡Qué buena es nuestra Iglesia que nos da tal posibilidad!. Vuestro gozo y entusiasmo nos contagia. Cristo sea con vosotros y con nosotros. Y con Cristo, adelante por las almas y por el amor.

10

REQUISAS Y MOLESTIAS

Divide et impera

21 de agosto de 1950

La semana pasada fue muy rica en fuertes impresiones. La cosa comenzó el jueves. De repente vino al campo el compañero Göllner, uno de los jefes del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos. El comisario Rodak se estaba afeitando. Los principales responsables del campo se encontraban no se sabe dónde, de modo que Göllner llegó directamente hasta el jardín, donde estábamos nosotros. Enseguida se le acercó uno con una petición, después otro y otro y, al poco rato, estaba rodeado de todos los presos.

De las peticiones se pasó a las quejas por el comportamiento de Rodak, a la vida en el campo, a que las cosas con nosotros no acaban de resolverse, etc. Por fin llegó también Rodak, morado de rabia. Pero, en general, se mantuvo silencioso, sólo de vez en cuando se le escapaba alguna frase.

Cuando Göllner se fue, nuestros jefes tuvieron una reunión. Parece ser que para preparar la venganza. Seguro que Göllner oyó cosas y quejas que nuestros jefes jamás le habían referido.

El viernes por la mañana comenzó el jaleo. Junto con nosotros tenían que presentarse a la revista también los jesuitas y los jefes comenzaron a distribuir los nuevos puestos en las habitaciones. Buscaban separar a los sacerdotes de los teólogos y de los hermanos laicos. Todos los sacerdotes tenían que trasladarse al departamento de los jesuitas, que está separado de los otros edificios del campo por la Iglesia.

En cuanto a los teólogos y los hermanos laicos habitarían desde hoy en dos habitaciones y no todos mezclados como hasta ahora. Pero esto no bastaba a Rodak. A los sacerdotes los distribuyó por habitaciones, de tal manera que en cada una hubiera miembros de varias órdenes. Lo mismo hizo también con los teólogos y los hermanos laicos.

El plan de dispersarnos lo tenía Rodak ya de antes, cuando aún no ocupaba, aparentemente, ningún cargo en el campo. Siempre había deseado separar a los sacerdotes de los otros religiosos, porque, según él, los sacerdotes eran la causa de todos los males en el campo. Ellos tenían la culpa de

que los no sacerdotes no quisieran firmar la salida de su orden, y supieran, además, contestarle a sus objeciones y burlas sobre la religión.

Un sacerdote, que amonestaba a sus hermanos cuando observaba que alguno rezaba con negligencia sus oraciones, fue denunciado ante Rodak. El mismo Rodak en persona, durante su control en las habitaciones, sorprendió más de una vez a sacerdotes que daban conferencias espirituales o impartían lecciones a los hermanos o a los teólogos.

Con esta nueva repartición querían separar a los sacerdotes totalmente de los otros. A los sacerdotes les advirtió seriamente: *Que Dios os proteja, si os encuentro en la sección de los teólogos y hermanos laicos.*

Con esta violencia física y estas amenazas quieren separar a los que Cristo unió en una familia religiosa. Lo que pretenden conseguir con esto es romper la unidad interior de las diversas Órdenes, que es verdaderamente fuerte. Y quieren impedir también esta unidad, poniendo en cada habitación, donde sea posible, religiosos de las diversas Órdenes.

Rodak había proclamado ya el primer día que llegó a Podolínec:

"Es menester mezclar las Órdenes entre sí, para que mutuamente discrepen y pierdan su resistencia".

¡Qué tontería, compañero Rodak, verás que el amor reinará entre nosotros también ahora!. Los celos, las luchas por el prestigio, que quizás existieron un poco en los primeros momentos de la llegada al campo, se puede decir que han desaparecido.

El *"divide et impera"*, los dividiré y los dominaré, no tiene aquí su suelo para sobrevivir. Estamos aquí hoy 350 corazones unidos, como un gran corazón paciente, y estamos unidos entorno a los santos Fundadores de nuestras Órdenes. El común sufrimiento y el amor a Cristo sólo puede unirnos y el espíritu de los Fundadores nos une también cada día más.

El interrogatorio del Dr. Sersen

22 de agosto de 1950

Rodak nos repartió como se hace con los reclusos en las prisiones, pero no logró separarnos del todo. En el departamento de los sacerdotes se tuvieron que alojar también unos quince teólogos; además, los sacerdotes tiene necesariamente que ir al sector de los Teólogos y hermanos para comer, para lavarse los dientes. En este mismo sector se encuentran también los despachos de los jefes, el taller de los sastres y todos, sacer-

dotes, teólogos y hermanos, nos encontramos juntos en la Iglesia.

Rodak quiere separarnos también en el jardín. Los sacerdotes pueden pasear sólo cerca de su sector, y los otros en el jardín grande. Pero tampoco por este lado se alcanzará mucho: por ejemplo, en el jardín de los sacerdotes se encuentra el campo de voleibol. Los teólogos, ya el primer día durante la recreación, entraron en el campo y jugaron. Rodak quiere construir una cerca y dividir el jardín en dos partes, como lo fue al inicio, cuando separaron de nosotros a los hermanos jesuitas.

Durante la recreación, mientras se jugaba a voleibol, Rodak llamó a su despacho al Profesor de Teología salesiano Dr. Francisco Sersen. Presentimos que Rodak intenta causar molestias a los sacerdotes, como era su intención desde hace tiempo. ¡Quién sabe sobre qué lo habrán interrogado!. Terminado el interrogatorio, le revisaron las maletas y le secuestraron los libros, los cuadernos y los restos de los paquetes. Se rumorea que le han encontrado un cuaderno de notas con la vida del campo. Enseguida lo han inculpado de espionaje, ¡como si los sacerdotes no tuvieran otro trabajo y otras intenciones!.

Después pasaron a hacer la revisión a tres sobrinos del Dr. Sersen, que también son sacerdotes salesianos, se llaman, Antonio, Carlos y Leopoldo Sersen.

El nerviosismo y la angustia se apoderan del campo. A Antonio le secuestraron 20.000 coronas, dicen que sólo para mejor guardarlas en el despacho. A las 9 de la noche dejaron en paz a los sobrinos, pero el Dr. Sersen tuvo que tomar sus ropas de cama y trasladarse al jardín; lo han alojado en una pequeña chabola y así lo aíslan del resto.

Al comedor y a los servicios lo acompaña un gendarme. No tiene permiso para pasear. Durante el domingo, un gendarme bajo su responsabilidad, le permite celebrar la misa en una chabola. Ni entre los papúes de Nueva Zelanda se celebra la misa en peores chabolas que en la que lo hace el Dr. Sersen aquí en el campo. Los demás días, clandestinamente, le llevan la santa comunión. El pobre tiene que sufrir todo esto por una simple sospecha.

Interrogan también a Verbitas

21 de agosto de 1950

El sábado por la mañana se pasaron dos revistas: Los sacerdotes solos, por un lado, y los demás, por otro. Durante la revista de los teólogos y her-

manos laicos, Rodak se enfureció y de nuevo les prohibió los contactos con los sacerdotes, pero ellos protestaban a gritos, porque se trataba de limitaciones a las libertades civiles.

Tampoco por la tarde nos dejaron en paz a los sacerdotes. Rodak llamó a su despacho al Verbita Padre Kalis, le interrogó sobre una carta enviada clandestinamente desde Podolínec y en la cual había escrito:

"Aunque nos despellejen, no harán de nosotros sacerdotes patriotas".

Bajo la palabra "patriotas" el Padre Kalis ciertamente pensaba en los sacerdotes cismáticos o apóstatas. Desde que tuvo noticias de esta carta, Rodak se burla y ridiculiza irónicamente al padre Kalis. El Padre Kalis, aunque es 20 años más viejo, se calla y lo soporta todo con cristiana resignación..

Rodak interrogó también a otros dos Verbitas, el Provincial Padre Bosansky y el Prefecto de los Clérigos Padre Janega. Les preguntó si sus clérigos emitían en el campo los Votos religiosos. Ambos contestaron que sí. Nuestros Jefes consideran este hecho como un delito.

Con estos frecuentes interrogatorios ha entrado en el campo una gran inquietud. Se esperaba que el domingo comenzara Rodak a interrogar a los jesuitas. Pero el domingo pasó bastante tranquilo. Aunque no del todo, ya que a los tres Verbitas les hicieron una revisión muy severa, les quitaron todos los libros, a excepción de dos o tres libros religiosos, les quitaron también los restos de los viejos paquetes. Ahora cada uno debe pensar dónde puede esconder los resto de sus paquetes. Desde que llegaron los nuevos gendarmes, continuamente se habla de que todo el campo será sometido a una severa revisión. Todo esto aumenta la intranquilidad y el movimiento en el campo.

El lunes lo pasamos con una gran tensión, el tiempo era muy bueno, pero no aconteció nada.

Nos quitan lo que quieren

22 de agosto de 1950

El martes 22 de agosto es la fiesta del Inmaculado Corazón de María. De nuevo un día hermoso, lleno de sol, después de las tempestades y fríos del mes de julio en el valle de Poprad, volvió el verano. De golpe y como una flecha, voló a través del campo la noticia: hoy registran la casa.

A las once de la mañana tuvimos la revista común. Rodak no quiso distribuir ningún trabajo a los sacerdotes: ni pelar las patatas, como de costumbre, ni limpiar los corredores, ni hacer ninguna otra cosa. Por eso, presentimos que algo se acercaba. Una vez repartido el trabajo a los hermanos y teólogos, nos mandó a los sacerdotes a nuestras habitaciones, de donde no podíamos salir. Cerca de las nueve de la mañana, llegó Rodak al departamento de los sacerdotes con unos 13 gendarmes y con Bendik, que es aquí el responsable organizador. Después de una media hora, vino también el comandante Jencik con su ayudante Malaga. El nuevo comandante Blicha se marchó y, para nuestra sorpresa, regresó Jencik.

Cuando estuvieron ya todos juntos, ocuparon las tres primeras habitaciones y en cada una entraron 3 ó 4 gendarmes. En cada habitación habitan cuatro o cinco sacerdotes. Comenzó el registro. Nos quitaron los restos de los paquetes que habíamos recibido hasta el mes de julio. Nos dejaron algunas cosillas menudas, pero todo lo demás se lo llevaron. Parte de los alimentos los llevaron a la cocina, donde los vigilará Juan Urda; la otra parte se la llevaron a sus despachos.

Nos quitaron también los libros, manuscritos, cuadernos, dejando sólo los libros del rezo. Los gendarmes lo llevaron todo a su despacho del primer piso. Cuando los sacerdotes de las otras habitaciones vieron lo que pasaba, comenzaron a arrojar, por las ventanas del primer piso, al prado del jardín los libros, las conservas, las botellas del vino de la misa, etc. Allí ya estaban al acecho los teólogos que a toda prisa, lo iban recogiendo y llevando todo.

Pero, de repente, Rodak los vio desde una ventana y los ahuyentó del campo y mandó al gendarme que hacía guardia en esa parte del jardín, que mirara también a las ventanas y recogiera los libros y las conservas, y las llevara al despacho. Cuando los sacerdotes se dieron cuenta que el gendarme lo recogía todo, cesaron de tirar cosas al jardín. Sólo un sacerdote bromista de vez en cuando echaba por la ventana algún pedazo de periódico viejo o una lata de conserva vacía y el gendarme se agachaba solícito para recogerlo, pero al verse engañado lo tiraba con rabia al suelo.

Después de unos 30 minutos llegó al campo un grupo especial de gendarmes. Otros cuatro llegaron además con motocicletas, llegó también el Comisario para el culto de Stara Lubovna. Era un muchacho de 18 a 20 años. Todos, enseguida, se unieron con los gendarmes ocupados

del registro. Los gendarmes del grupo especial hicieron a conciencia su trabajo.

Algunos de los sacerdotes tenían que quitarse los zapatos y los calcetines, por si habían escondido algo allí. En las camas revisaron las patas vacías de metal, miraron detrás de los espejos, etc.

Terminado el registro de los sacerdotes, siguió el registro de los teólogos y hermanos laicos. También a ellos les quitaron los libros.

Hambre espiritual

22 agosto de 1550

Cerca de las cuatro de la tarde acabó el registro. Nos fuimos al jardín como apaleados, con la frente fruncida y los rostros impotentes y tristes. Rodak nos prohibió los paquetes y hoy nos quitó lo que de alguno de ellos nos quedaba. Parece que se preparan a torturarnos con el hambre.

Nos quitaron los libros. Algunos eran libros religiosos, todos eran desde el punto de vista estatal inofensivos. Nos robaron también los libros de meditación y de lectura espiritual.

Algún que otro gendarme hizo alguna excepción, pero otros requisaron todo lo que encontraron. Nos quitaron montones de libros. Con ello nos quieren aterrorizar, causándonos hambre espiritual.

Todos en el campo tenemos una afición muy grande a los libros y especialmente a los religiosos. Sacamos de ellos el alimento espiritual, el entusiasmo para amar a Cristo y a los hermanos. Su pérdida se encuadra dentro de los graves golpes que hemos experimentado aquí. Al menos en parte, podremos reemplazar estas pérdidas con los libros que pudimos salvar.

Con el registro de hoy, se tiene una prueba brutal más de que todo lo que cacarean sobre la libertad son meras palabras y fanfarronería propagandista.

Pero aquí, como en todas partes, nuestra verdadera libertad es "servir a Cristo". Y esto lo lleva cada uno en el alma, como una joya.

Las ofensas son, sin embargo, tan grandes, que uno las siente incluso en el cuerpo. Andamos como cansados, nos sentimos sin ganas de hablar, de comunicarnos. Aun teniendo la conciencia limpia, comenzamos a tener miedo a Rodak. El campo de voleibol lleva dos días abandonado, ninguno tiene ganas de jugar.

La deportación y los castigos

23 de agosto de 1950

El mismo martes, mientras se hacía el registro, se llevaron del campo al Provincial de los Verbitas Besansky y al Prefecto Janega. Los llevaron a la ciudad de Poprad y desde allí, en el rápido de la noche, a Bratislava. y desde Bratislava al campo de concentración en Bac, cercano a Samarin.

Rodak castigó al Padre Provincial, porque había dicho a los clérigos Verbitas, que iban a trabajar a la construcción del dique a Puchov, cómo y en manos de quién debían emitir sus votos, mientras estuvieran en la vida civil. Al padre Janega lo castigaron, porque en el campo enseñaba a los clérigos Verbitas la Filosofía y los ayudaba en los estudios.

Ese mismo día durante el registro encerraron en el sótano a uno de nuestros clérigos. Le habían encontrado en el cuaderno las notas de la vida en el campo y eso, según nuestros jefes, no podía significar otra cosa que espionaje. Esta palabra le martillea día a noche a Rodak en la cabeza. Y nuestro clérigo Francisco es de carácter tan pacífico y tímido, que no se le ocurriría nunca algo semejante. Pero ¿qué hacer?. Lo convirtieron en un espía y tenía que ser castigado como espía en el sótano. Trasladó allí la cama y, bajo la chaqueta también algún libro, y está sufriendo allí por lo que no hizo. El gendarme lo acompaña al comedor, lo mismo que al Dr. Sersen, desde la chavola del jardín.

Hoy, durante la revista de la mañana, un grupo de teólogos se plantó ante Rodak, no queriendo construir en el jardín la cerca que les debe separar de los sacerdotes, porque era construir una barrera contra sí mismos. Un segundo grupo también se opuso a hacerlo. Después Rodak nombró un tercer grupo y le dijo a voces a Jencik que, si no lo hacían inmediatamente, los encerrara en el sótano. El tercer grupo, por fin, no tuvo más remedio que someterse.

Finalmente, después de mes y medio de enfermedad y dolores, Rodak ha dejado ir al Padre Kliment al hospital. Pienso que no lo ha hecho de buena gana, porque sigue creyendo que cada uno de nosotros es un espía.

Los hermanos legos antes de la partida

24 de agosto de 1950

Los trabajos de fortificación en el campo de Podolínec continúan. De nuevo llegaron los albañiles de fuera, porque los hermanos legos rechaza-

ron poner las rejas contra ellos mismos. Los albañiles han puesto siete rejas: en la carpintería, en las escaleras y en el canal.

El canal que corre bajo el jardín desemboca en un pequeño torrente y enseguida en el río de Poprad. Hoy durante la revista de los teólogos y de los hermanos, los dos grupos de teólogos que el 23 de agosto se opusieron a construir una cerca en el jardín, que debía separarlos de los sacerdotes, fueron designados para construir esa reja. Los dos grupos ahora obedecieron.

En estos días Rodak está preparando la partida de los hermanos laicos al adoctrinamiento y está cumplimentando un informe de cada uno. Una vez durante la revista, hizo la lista y fue mirando a cada uno de los hermanos.

A los hermanos ancianos no los quiere dejar salir, por ahora. Comenzará por los más jóvenes. Los está llamando uno a uno a su despacho y les pregunta si quieren irse fuera y trabajar en una profesión civil. Le contestan sí o no, pero contestar negativamente no tiene gran sentido. Un hermano verbita, que es mecánico, le contestó de esta manera: *"si puedo escoger, quiero quedarme aquí"*. Rodak le replicó: *"esto no le servirá de nada, únicamente que Ud. se irá más tarde"*.

Los hermanos legos que dijeron a Rodak que sí, lo hicieron casi todos con el permiso de sus superiores, o después de haberse aconsejado con los hermanos más ancianos. Los superiores religiosos ven que la situación en el campo va empeorando cada vez más y por eso opinan que, tal vez, para los hermanos legos lo mejor es irse a casa. Algunos hermanos legos que dijeron sí, después se desdijeron, pero era ya tarde, y Rodak se burlaba de ellos.

El hermano lego Martín, de la orden de los jesuitas, le dio a Rodak una respuesta muy bonita:

> *"Vea, señor comisario, yo me decidí a los 36 años a entrar en la Orden, dejé en casa dos pares de caballos y unas 35 hectáreas de campos y me marché. Estuve dos años en el Noviciado de los jesuitas, que me aceptaron, y yo decidí seguir en esta Orden. Yo ya no tengo que decidir, esto está decido para siempre"*.

Personas que hablan así en el campo de concentración de Podolínec son unos héroes. Héroes acaso sólo por unos momentos, en una pequeña medida, pero héroes. Incluso uno de ideas opuestas, si tiene algo de humanidad, los debe respetar.

Nuevas llegadas y salidas

25 de agosto de 1950

El salesiano Dr. Sersen lleva ya una semana en la pequeña chabola del jardín. Le sopla el viento por dentro y por la mañana tiene frío. Hoy lo han dejado, al menos, pasear, pero puede caminar sólo cerca de su chabola y sin compañía.

De Stardy Smokover han traído hoy dos camiones de ladrillos. Se habla de que aquí construirán verdaderas celdas para el aislamiento... Han traído también un camión de carbón y dos de madera. Llegaron también unas nuevas estufas, comienzan las preparaciones para el invierno. Nuestro clérigo Francisco se encuentra, ya por el tercer día consecutivo, encerrado en el sótano.

A las 9 y media de la noche llegó un autocar de Malacky, un convento de franciscanos, en el que adoctrinaban a unos cuarenta sacerdotes religiosos. A 14 de ellos al final del adoctrinamiento no los dejaron pasar. Llevaron a siete de ellos al campo de concentración de Bac y a los otros seis los han traído al nuestro. El otro, que era escolapio, un día antes de la partida se les escapó de Malacky. Entre los religiosos que han llegado hay dos franciscanos, los padres Iluminado Smid y el padre Konc, el padre consolador Petrik, el verbita padre Marko y dos jóvenes capuchinos. Les quitaron también el pan y el jamón que les dio el comisario del campo de concentración en Sv. Benadik por donde pasaron.

Les acompañaba también un oficial del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos, que se enfadó por esta brutalidad, y dijo que lo referiría en Bratislava.

A los sacerdotes que trajeron los colocaron a toda prisa en las habitaciones donde ya habitaban otros sacerdotes, diciendo que al día siguiente les darían un alojamiento definitivo. Uno de los jóvenes capuchinos, al día siguiente, se presentó a Rodak y le preguntó cuál iba a ser su habitación. Rodak soltó una carcajada y le respondió con ironía: Ud. puede alojarse en el sótano sobre el carbón.

Uno se imagina muy bien esta risa cínica, pero cómo impresiona a un hombre, que se encuentra por primera vez con su llamado superior, y con todo el respeto le pide información sobre dónde debe alojarse.

Pensábamos que la misma noche que trajeron a los seis padre de Malacky, llevarían también al grupo primero de los hermanos legos que son

25. Por eso, mientras Rodak revisaba a los seis sacerdotes, algunos nos hemos despedido de nuestros hermanos coadjutores. Sin embargo, hasta el día siguiente no los llevaron a Malacky para el adoctrinamiento.

La nueva partida y el perfil de Miguel Rodak

28 de agosto de 1950

Al salesiano Dr. Sersen le siguen llevando cada día la santa comunión a su chabola del jardín. La nueva cerca en el jardín, que debe separar a los sacerdotes de los teólogos, está ya construida. Falta todavía la puerta. Si uno quiere, puede pasar fácilmente de una parte a la otra, porque los gendarmes de la guardia no lo prohíben. Uno debe tener cuidado sólo de que Rodak no lo vea.

Rodak aparece todos los días 10 ó 15 veces, como un rayo, en el jardín y nos observa.

El lunes 28 de agosto nos trajo una sorpresa dolorosa. Rodak ha mandado llevar de Podolínec a cuatro sacerdotes. Secretamente hemos sabido que los van a llevar a un campo de concentración más severo, que hay para religiosos, en Bac. El primero entre ellos es el salesiano Dr. Sersen, que ya había pasado nueve días en le chabola del jardín; el segundo es su sobrino Antonio Sersen, que pertenece a los sacerdotes más sumisos del campo. El tercero es el verbita, el padre Kalis, seguramente por haber enviado clandestinamente la carta en la que escribió: *"aunque nos despellejen no harán de nosotros sacerdotes patriotas"*. El cuarto es el verbita padre Juan Krasnansky, que era hasta ahora el provincial responsable de los grupos por la parte de los religiosos. El padre tuvo con Rodak privada y públicamente algunas escenas fuertes, y creo que por esto lo considera como a uno de los más rebeldes.

Esta salida la anunció ya hace unos días. Este castigo, lo mismo que los registros, el encarcelamiento del Dr. Sersen en la chabola, etc... tienen como fin domar a los sacerdotes. Rodak los considera como inspiradores de cualquier perturbación que se produce en el campo, por eso les amenaza y les "promete" varias cosas.

Nos amenaza... él, nuestro perseguidor y hermano Miguel Rodak.

Nació el 28 de abril en Havranac en la Provincia de Svidnik, una pequeña aldea con diez y siete casas bajo el desfiladero de los Cárpatos que se llama Dukla; 17 casas, que fueron destruidas al pasar el frente en 1943.

Miguel Rodak dicen que creció sin padres y que tiene con los hombres una relación negativa. ¡O es sólo con respecto a nosotros? Parece que tiene también inclinación a torturar a los otros. ¿O se refiere sólo a nosotros?.

Se dice que durante la segunda guerra mundial era paracaidista y varias veces le permitieron caer en el campo de batalla. Se dice que últimamente era Secretario del Comité Provincial del partido comunista en Svidnik. Desde aquí llegó a la Sede Episcopal greco-católica en Preson, donde estaba como Comisario del Padre Gojdic, Obispo, y desde allí lo enviaron a Podolínec.

Miguel Rodak se caracteriza por una risa cínica, algunas veces hasta horrible. Da la impresión de que nuestro hermano Rodak se haya puesto al servicio del mal y que lo siente y, por eso, se esfuerza en vencerlo con su risa. Ese su "ja, ja, ja" parece como si le saliera de la garganta de algún otro.

Este es, más o menos, el perfil de nuestro hermano y perseguidor Miguel Rodak. Nosotros rezamos también por él, por su conversión y salvación y por esto lo queremos.

11

INFORMES SECRETOS SOBRE NOSOTROS

Fortifican y fortifican

2 de septiembre de 1950

Los trabajos de fortificación en el campo continúan. En los puestos estratégicamente escogidos, los gendarmes ya tienen sus garitas. De noche tienen a su disposición unos reflectores potentes, con una lámpara tal que pueden ver a 100 metros a la redonda. La luz eléctrica del jardín ilumina sólo en la dirección de los muros y cercas, mientras la parte que da hacia los edificios del campo se encuentra a oscuras. Con los reflectores a mano los gendarmes tienen posibilidad de ver también esta otra parte. Las garitas van a tener teléfono. Los aparatos ya están en el taller, falta sólo el montaje.

Miro por la noche el jardín... en todos los ángulos lucen unos reflectores potentes, se ve como en la plaza de una ciudad. Alrededor se encuentran el verde, la hierba, las patatas y las coles. Si te despiertas y echas una mirada a la 1,30 de la mañana, el jardín está iluminado como si fuera de día. Es la luz en las manos de los que te persiguen. Es como un muro de luz de unos 10 metros de ancho, y sabes que está contra ti.

Es de noche, una profunda noche... el gendarme, a veces por curiosidad o porque no tiene otra cosa que hacer, manipula el reflector de mano. La luz corre por el jardín y por los muros y, cuando te entra por la ventana a la habitación, sientes la pobreza y la miseria en que te encuentras.

Estos gendarmes nuevos y jóvenes no son malos. El comandante les grita. Rodak los insulta y denuncia al comandante, si ven que durante la guardia hablan con nosotros o con las chicas de la otra parte de la cerca, o si nos dejan pasear junto a ella. Los gendarmes ya están enfadados con Rodak y el comandante, y algunos de ellos se lamentan de su situación y de la nuestra.

Informes secretos sobre los religiosos

Nuestros jefes continúan sus esfuerzos por separar lo más posible a los sacerdotes de los teólogos; en la cerca que divide el jardín en dos partes han puesto en estos días la puerta y la cerradura. Quieren poner también

cerraduras en casi todas las puertas del campo del sector de los teólogos. Rodak está rabioso contra los sacerdotes.

Me parece que además de su fanatismo ideológico y de su odio, también su orgullo juega un gran papel. Nos hemos enterado de que difícilmente soporta que los sacerdotes lo ignoren, no le hablen o le digan la verdad abiertamente a la cara, derrotándolo con sus razonamientos.

Su orgullo ofendido, junto con las ideas fijas de que los sacerdotes aquí en el campo todo lo dirigen y hacen el espionaje para la Radio Vaticana, son algunas de las causas principales de su odio.

De este odio suyo hablan los informes secretos que dio del Provincial de los Verbitas Bosansky y del padre Janega, cuando los envío al campo más severo de Bac. Nos podemos imaginar cómo les presentó al comisario de este campo durante la revista:

"estos son unos espías del Vaticano y los peores hombres. Daban avisos a los clérigos y los educaban. Aquí educarán a los cerdos".

Creo que el comisario de Bac podía hablar así, sólo debido a un informe enviado por Rodak.

¡Qué falsos son estos informes secretos!. ¿Quién sabe qué informe escribió del Dr. Sersen o el padre Krasnansky cuando los mandó a Bac?.

Algunos jóvenes religiosos se apoderaron de un informe secreto que escribió el comisario del campo Balusske Slatiny. En el informe estaba escrito sobre el padre Janega: "*un carácter militar, no quiere ir a trabajar a las parroquias, a la pastoral*". Trajo los salesianos a Eslovaquia. Quién sabe lo qué añadió Rodak al enviarlo a Bac.

Del Padre Krasnansky escribió el precedente comisario Jaroslao Hruska este informe secreto: "*no conviene que vaya ni a la pastoral ni al trabajo productivo. Es un rebelde. A toda costa quiere ser mártir. Amonesta a los religiosos negligentes en su vida religiosa*".

Padre Krasnansky tuvo con Rodak unas escenas fuertes y creo que este fue motivo de su informe secreto.

Estos son, hasta ahora, los informes secretos más duros que nos han llegado a las manos. Nos han llegado otros más benignos, por ejemplo: *"Después de la llegada a la casa no es necesario vigilarlo"*. Otro: *"Después del adoctrinamiento introducirlo en un colectivo de confianza"; "En el trabajo darle una función secundaria"*.

Aquí los informes secretos se hacen muy superficialmente, a veces por una simple impresión, o tras un breve coloquio. Los informes son, además, falsos e injuriosos. Pero en ellos se basarán los juicios sobre nosotros, aquí o fuera, y así todo será falso y calumnioso también allá.

Todo lo sufrimos por amor a Cristo, aquí y fuera, si nos dejan salir.

Esos tristes telegramas

2 de septiembre de 1950

Sí, sufrir como sufre durante estos días el Padre Redentorista Fail, que ha recibido un telegrama: *"la madre ha muerto, ven"*.

Los telegramas de este tipo son los más dolorosos. Durante estos cuatro meses, han llegado ya cinco. Pero ninguno de los religiosos ha podido ir a su casa. Ninguno ha podido besar por última vez la frente del padre o de la madre. Ninguno ha visto el lugar donde los han sepultado.

¡Ninguno!. A uno le entregaron el telegrama después de una semana de su llegada al campo, y no sabemos el porqué. Siempre nos repiten que no somos ni presos, ni estamos en un campo de concentración, sino que nos encontramos en un convento.

El Padre Fail, al recibir el telegrama, fue a Rodak para pedir el permiso de ir al entierro de su madre. Rodak comenzó a reírse: *"¡Ja, ja, ja!, celebrad por ella una Misa"*.

Todos los que supieron y conocen el cinismo de las risas de Rodak se irritaron sobremanera y se compadecieron de los que sufren. Y si uno quiere saber cuál fue la impresión que tuvo el padre Fail, debería experimentar en sí mismo algo semejante.

Pero de los cinco casos, el del padre Fail se convirtió en una excepción. Al día siguiente vino del Despacho para los asuntos religiosos de Praga una orden de que dejaran al padre Fail ir al entierro de su madre y esto sin la escolta de los gendarmes. Rodak obedeció, pero sólo a medias. Con el padre Fail viajó a Bohemia un gendarme.

Los trabajos en el campo continúan... Los teólogos sierran la madera, algunos trabajan con los albañiles. Los hermanos legos tienen su ocupación. Los sacerdotes barren el campo, pelan patatas y cultivan el jardín. Unos doce sacerdotes, con los picos en las manos, hacen en las paredes un hueco para la construcción de dos nuevas chimeneas. Generalmente no hay

mucho trabajo. Se habla de que nos permitirán escribir. Al campo llegan cartas alarmantes de nuestros familiares, porque no les escribimos. Ciertamente esto les causa entre la gente muy mala propaganda. Puede ser que den algún paso, al menos de cara a la gente de fuera.

El punto de interrogación sobre los Teólogos

4 de Septiembre de 1950

Nuestro teólogo Francisco se encuentra desde hace más de doce días en el sótano, porque durante el registro le encontraron notas de la vida del campo. Ya ha pedido que le dejen salir, porque siente dolores en la columna. Le han respondido, que sólo se trata de una simulación suya. Pienso que peor no lo pasaría ni en algunas cárceles medievales. El único paseo lo hace cuando el gendarme lo acompaña al comedor, después de nuevo vuelve al sótano y el gendarme lo cierra con una cerradura complicada.

Ayer, domingo, nuestro Francisco, tuvo en su cárcel una gran fiesta: un gendarme, bajo su responsabilidad, permitió a un sacerdote entrar en el sótano de Francisco y celebrar allí, en ese lugar húmedo y con aire enrarecido, el sacrificio de Cristo.

Hay que agradecer que el Señor haya dado a sus sacerdotes este poder y les haya concedido también la audacia y el espíritu de iniciativa.

El primer domingo de Septiembre, estaba nublado y de vez en cuando llovía, a la Misa y a la predicación, por primera vez, estuvo presente Rodak para espiar. El predicador podría fácilmente acabar en el campo severo de Bac como un provocador. Predicó sobre la sangre de los mártires de nuestras órdenes y dijo que esta sangre debe seguir brillando ante nuestros ojos.

El domingo por la tarde, llamaron a los teólogos a la revista. Pensamos que algo van a hacer con ellos, y esto nos llena de angustia e incertidumbre; ¿Qué les preguntarán?... ¿Dónde los llevarán?.

Pero Rodak tiene que ir fuera y todo queda aplazado hasta el lunes siguiente. Pero las aguas de la vida del campo ya están revueltas y no hay quien las calme. Por todas partes se habla de la marcha de los teólogos. Todos tienen miedo a lo desconocido, miedo a una nueva herida, que tanto duele. Rompen y disipan nuestras familias religiosas.

Un gendarme secretamente nos informa que los teólogos se irán muy lejos, hasta Bohemia; no lo creemos mucho, porque hay mucho trabajo también en Eslovaquia.

Pero no sé explicar lo que siento con la próxima marcha de los teólogos, dolor, pero, al mismo tiempo, también un cierto alivio, pensando que también yo podría salir de aquí y que este momento podría ya estar cerca. Es el instinto de conservación, el deseo de libertad y de seguridad vital, que todo esto provoca en el hombre y hace que salga de su subconsciente. Es verdad que ninguno de nosotros quiere traicionar a Cristo, ni a la Orden, por eso nos encontramos aquí ya hace más de cuatro meses, pero estos instintos no se pueden hacer callar y despiertan una envidia inconsciente en los que ahora no marcharán.

A veces estos instintos llegan a los pensamientos, impulsan a hacer planes sobre nuestra salvación. Muy bien, luchemos junto con nuestros instintos por nuestra salvación, pero nunca a costa de una traición.

Nos vamos a dormir esperando la mañana.

Locos por Cristo

4 de septiembre re 1950

La partida de los teólogos se verificó el 4 de septiembre. Les llamaron a las 10 para una revista extraordinaria. Nombraron a unos 70, que ciertamente se marcharán hoy. Otros, unos 40, lo harán algo más tarde.

Se encuentra de nuevo aquí el compañero de Gombala, que ya estuvo a principios de mayo, estábamos serrando entonces la madera en el patio y, cuando comenzó con el cuento de las armas en los conventos, nos burlamos clamorosamente de él.

Su mujer fue la que, en aquella ocasión, dijo en voz baja: *"esta es una banda, vámonos"*. Hoy se encuentra de nuevo aquí, con una cara tan orgullosa como la otra vez.

Gombala retuvo a los teólogos en la revista y les echó un "sermón" de 45 minutos. Él había sido antes pastor luterano y ahora predicaba a los teólogos católicos. Les recordó varias cosas; mencionó las burlas que les hicimos en el mes de mayo; a los superiores los insultó como a unos locos, porque ilegalmente reciben y organizan los votos de los religiosos, enseñan en los rincones a los teólogos y les preparan para la vida de las catacumbas.

Muy bien, compañero Gombala, las cosas se deben organizar así, tú se-

rías el primero que no permitirías emitir públicamente los votos. Por eso, lo hacemos tranquilamente sin ti en la seguridad de que con esto de ninguna manera dañamos al régimen popular. Y, si lo sabéis y nos castigáis, tranquilamente lo soportaremos, pero lo continuaremos haciendo. Y lo mismo también cuanto se refiere a los estudios de los futuros sacerdotes.

Sois vosotros los que nos impulsáis a entrar en las catacumbas modernas. Hasta el 14 de abril de este año lo podíamos hacer públicamente, pero habéis comenzado una brutal persecución religiosa, queriendo encubrirlo con unas frases necias sobre la libertad religiosa. Nos empujáis a bajar a las catacumbas y, si es necesario, bajaremos todavía uno o dos pisos más abajo. Bajaremos junto con Cristo por amor suyo y también por amor vuestro, compañero Gombala y compañía.

A nuestros superiores los has considerado públicamente como a unos locos, ¿con qué derecho?. Es una gran ofensa a su amor a Cristo y a los hombres. Locos así queremos ser y permanecer también nosotros, compañero Gombala. Lo que tienes de repugnante, lo tienes también de falso y de ingenuo. El emitir los votos religiosos lo declaras un hecho contra la república y lo quieres castigar. Nos quieres castigar por los votos que hacemos a Dios. Nos quieres castigar por nuestras convicciones religiosas y, para enmascarar este castigo, lo declaras como una amenaza a la república. Para nosotros todo esto está muy claro, por eso nos parecía tu falsedad durante la revista tan horrible y tan absurda.

Los setenta y siete teólogos, cuyos nombres mencionaron en la revista, deben empaquetar sus cosas. Del campo sólo podrán sacar una pequeña maleta con las cosas personales más necesarias. Las mantas y las demás cosas las tienen que dejar aquí, y desde aquí se las enviarán por correo a sus parientes.

Nos despedimos de ellos, los vemos fuertes y decididos, de vez en cuando corren las lágrimas y se ven rostros conmovidos; les prometemos nuestras oraciones y pedimos las suyas. Por la tarde reúnen de nuevo a los teólogos y les reparten las cartas para que se presenten al servicio militar.

Mañana 15 de septiembre deben presentarse en los cuarteles de Nyte U Rekycen en Bohemia occidental. Entre los teólogos que marchan, se encuentran algunos que no fueron reclutados para el servicio militar. Otros que ya lo hicieron y ahora los llevan al cuartel militar; se dice que allí no se harán los ejercicios militares, sino que el cuartel será el campo de trabajo militar. Trabajarán y querrán hacerles perder la vocación bajo la constricción de la disciplina militar y de los castigos.

Esto será una gran prueba de fidelidad. Pedimos con toda la fuerza a Cristo y a María Auxiliadora, como lo hacemos en todos los momentos difíciles, pero ahora tenemos unas nuevas y muy fuertes razones para rezar y sacrificarnos.

Todos nuestros teólogos, a excepción de 7 u 8, marcharon hacia el cuartel. Hoy a las cinco de la tarde tomaron el tren en Podolínec, para viajar a la Bohemia occidental.

¡Dios mío, cuánto nos duele y nos hiere esta marcha!.

Hablan de una Amnistía

7 de Septiembre de 1950

Cuando estuvo aquí hace tres semanas el compañero Göllner del Despacho eslovaco para los asuntos religiosos dijo a Rodak: *"esto es un nido de avispas y se debe liquidar"*. Somos un nido de avispas, porque con decisión perseveramos en la fidelidad a Cristo y a nuestra vocación.

Somos un nido de avispas, porque a veces luchamos por los derechos humanos más elementales, por eso se nos debe liquidar, es decir, dispersar por todas partes. También la partida de los teólogos se ha realizado, siguiendo precisamente esta táctica criminal.

¡Hermanos teólogos, cómo nos duele vuestra marcha!. ¿Y sabéis qué nos dicen los gendarmes?. Que os han dado una amnistía para poder ser trasladados de un campo de concentración al servicio militar.

Esto de la amnistía es de veras una propaganda ingenua... ¿cómo se puede dar la amnistía a uno, si no lo han acusado, no lo han juzgado, no lo han condenado?... Con una frase quieren enmascarar las injusticias que durante cuatro meses, contra todo derecho, os han hecho en un campo de concentración. Y, porque aquí no lograron quitaros la vocación, os mandan ahora a los cuarteles para conseguirlo allí. Por eso os impiden estudiar, os anulan los permisos para hacer el servicio militar más tarde etc.

A los teólogos que ya habían hecho su servicio militar, después, los dejaron regresar a casa.

¿Hermanos, seréis fuertes?. Hermanos, todavía oigo las palabras decisivas de uno de vosotros, cuando durante la despedida me dijo: "aunque deba esperar cincos años para mi sacerdocio, esperaré". Pido por él, para que espere, y pedimos por todos.

No sólo vosotros, no sólo nosotros estamos perseguidos por nuestro amor a Cristo y a las almas. Durante la noche del 30 de agosto al 10 de septiembre, una nueva explosión antirreligiosa sacudió toda la patria; durante la oscuridad nocturna sacaron de los conventos también a las religiosas y las han reunido en campos de concentración. Han dejado solamente a las religiosas que trabajan en los hospitales, porque, por ahora, no saben cómo reemplazarlas. De este nuevo vandalismo antirreligioso no se ha publicado nada en la prensa.

Si el pueblo no creyó las tonterías propagandísticas de las armas y conjuras durante la liquidación de los religiosos, muchos menos lo van a creer en el caso de las religiosas.

Queridas hermanas: habéis formado los eslabones importantes de la vida religiosa en nuestra patria, por eso los ateos quieren destruiros, pero cada persecución tiene dos cabos, uno lo tienen los perseguidores y nos persiguen, el otro lo tiene Dios; desde las lágrimas y las torturas se prepara y construye un nuevo futuro para la iglesia y para las Órdenes. Y Dios es Omnipotente, Él lo realizará.

Otra marcha

6 de septiembre de 1950

El 5 de septiembre, en las horas nocturnas, un gendarme amigo me dice que al día siguiente de nuevo sacarán del campo a unos 50 hombres y que en estos días traerán al campo a otros 90. Los que van a traer tienen que ser sacerdotes y, entre ellos, también algunos dignatarios de la Iglesia. En cuanto la nueva partida de mañana puede realizarse de dos maneras posibles: o bien serán todos hermanos legos, de unos 116 que hay ahora, o bien serán los 41 teólogos que todavía quedan y el resto serán hermanos legos.

Se realizó la segunda posibilidad. A los teólogos los llevaron para el adoctrinamiento a Pezinok, al convento de los PP Capuchinos y a los hermanos legos a nuestra casa de Sv. Benadik.

Cuando nuestros hermanos coadjutores empaquetaban sus cosas, Rodak les dijo: *"apenas os veáis en casa, muchos de vosotros, os iréis a los bailes, otros os casaréis y algunos estaréis encarcelados"*.

Hasta ahora querían la firma, para que nosotros mismo abandonáramos la Orden y así desapareciera de un modo natural; como eso no lo lograron,

ahora nos dispersan a la fuerza, quieren aislarnos, para que no podamos apoyarnos unos a otros en medio de los peligros de la vida civil. Esperan que así nos destruiremos por nosotros mismos.

Soy de la opinión de que muchos de nuestros hermanos coadjutores soportarán también esta nueva terrible prisión. Y de nuevo regresaremos a las casas juntos, como hermanos, a trabajar por las almas. Nuestros hermanos coadjutores son casi todos jóvenes y, en su mayoría, fervorosos. Formábamos juntos una familia feliz y pertenecían a las columnas de nuestra inspectoría salesiana eslovaca. Los llevan a casi todos, se quedan sólo unos 7 u 8. Se dice que dentro de poco se marcharán también éstos, apenas terminen los trabajos iniciados.

A las cinco de la tarde llegan de Strba dos autocares, los teólogos y los hermanos deben salir al patio exterior, cada grupo separadamente. Las maletas no las revisan, porque son muchos, y nuestros jefes ya saben que durante estas revistas no encontraron nunca nada.

Miro el futuro de mis hermanos teólogos en el trabajo civil, la sotana la tenían que dejar en el campo, esto es para mí como un símbolo de lo que quieren conseguir de ellos los tiranos en el futuro: que abandonen la vocación, el altar y las almas.

Con toda la fuerza quería gritarles en nombre de Cristo: la mies es mucha, hay que trabajar tanto, es necesario que perseveréis, no sólo esto, es necesario que ganéis a otros, a muchísimos para la mies.

Cinco fechas terribles

7 de septiembre de 1950

Los autocares con los teólogos y con los hermanos coadjutores se marchan. Los saludamos por última vez, los bendecimos y, tristes y apenados, regresamos al campo. La tristeza, el dolor y la soledad se entremezclan en nosotros.

Al final del mes de abril éramos en el campo de Podolínec más de 750 religiosos. Hoy estamos unos 140, todos los demás han sido dispersados. Primero nos encerraron en los campos como a unos conjurados, para que con nuestras firmas rubricásemos la muerte de nuestras Órdenes religiosas. Cuando nos opusimos, comenzaron con violencia a trasladarnos del campo al adoctrinamiento comunista, y del adoctrinamiento a los trabajos, y ahora quieren dispersarnos en medio de la vida civil. Después de cinco meses de

la vida del campo, me parece muy importante constatar todos estos hechos. Constatar que era una mentira propagandística, cuando en el mes de abril nos alejaron de nuestras casas y declararon que en los conventos había armas, folletos contra el régimen, etc.

A ninguno de los 400 hombres que hasta ahora han transportado de Podolínec y llevado, sea al adoctrinamiento, sea a los cuarteles, los han juzgado, a ninguno de ellos les han mencionado ni las armas ni la acción antiestatal y, cuando los así llamados conjurados no querían firmar y preferían quedarse en el campo, han tenido que sacarlos a la fuerza para mandarlos al adoctrinamiento y de allí dispersarlos por todas partes.

De los salesianos trajeron a Podolínec a unos 250, hoy nos encontramos aquí unos 40, es decir menos del 20%. Los fueron llevando de aquí en cinco fechas diferentes: 22 de mayo, 28 de junio, 28 de agosto y 7 de septiembre. Nuestros novicios, los clérigos del estudiantado pedagógico y los clérigos asistentes se encuentran hoy en el adoctrinamiento, o en casa con sus padres. Cómo están, no lo sabemos, porque no podemos escribirles.

Una parte de los hermanos coadjutores se encuentra en el adoctrinamiento en Malacky y a otros ahora los han llevado a Sv. Benadik; 30 de nuestros estudiantes de Teología se encuentran en los cuarteles y a otros 7 los llevan ahora al adoctrinamiento a Pezinok.

Si alguien, desde un punto de vista puramente humano, observa nuestra situación, sin duda, siente un horror profundo y un sentido de anonadamiento. Del corazón no le salen más que gritos de impotencia.. ¡Esto es horrible!. ¡Esto es algo horrible!.

Pero mirando la situación con los ojos de una fe firme y profunda, el alma se fortalece y uno se dice a sí mismo que en delante debe confiar más en Cristo y en María Auxiliadora.

Llegada de nuevos presos

7 de septiembre de 1950

Las dos últimas semanas están llenas de cambios. Después de un miércoles tan movido, hoy jueves sigue con la misma tónica. Ya durante la revista de la mañana, Rodak da a algunos sacerdotes la orden de trasladarse, entre ellos hay 10 salesianos. Al sector que queda libre van a llevar a los superiores religiosos, que hasta ahora se encontraban en el campo de castigo de Bac. Los llevarán hoy o mañana viernes.

Los 14 sacerdotes elegidos habitarán ahora con los presos que vienen de Bac. Rodak los ha dejado en ese sector por las pequeños roces que ha tenido con ellos, o porque se ha dado cuenta de que otros iban a aconsejarse con ellos, como es el caso de nuestro Don Zilka. Pero hay entre ellos también sacerdotes que no tenían nada con Rodak, pero que acaso le resultan sospechosos, sólo por su forma exterior de ser como, por ejemplo, nuestro Dr. Simma.

Ahora nos trasladan como es costumbre en los campos o en las prisiones. Durante 4 meses y medio algunos han sido traslados 5 ó 6 veces. A las cinco de la tarde el autocar de Sv. Benadik trae a siete sacerdotes, debían ser ocho, pero uno, el lazarista Padre Oriesek, cuando supo que le querían llevar a Podolínec, desapareció. A los siete los han alojado en el sector de los teólogos y de los hermanos legos, después de hacerles una severa revisión. Algunos de ellos temblaban.

Una revisión todavía peor se la hicieron a los religiosos que llegaron durante la noche procedentes de Bac. Les gritaban y se enfurecían. Nosotros les mirábamos por las ventanas que dan al patio exterior. Entre ellos vemos al Padre Krasnansky, al Dr. Sersen y a su sobrino y a otros que hace poco habían llevado de Podolínec a Bac. 14 son los salesianos que han llegado de Bac.

A los religiosos de Bac los quieren desde el principio separar totalmente de nosotros; con ellos vinieron también el comisario y otros jefes, pero los nuevos presos comerán en nuestro comedor. Los funcionarios del campo gritaban, cuando los presos de Bac salieron el primer día del comedor y algunos de nosotros les estábamos esperando en el corredor; nos encontrábamos sólo a distancia de dos pasos, hacía casi cinco meses que no nos habíamos visto, pero no podíamos darles la mano, lo que no podían prohibir nuestros jefes eran las miradas y las sonrisas. Cuando nuestro Don Valabek, que había venido de Bac, daba la mano a uno, Rodak lo agarro por el brazo y lo empujó hacia atrás.

Todo esto resultaba penoso y ridículo. Nos hemos reído como en una comedia y, a la vez, lo hemos sentido como algo inhumano.

El campo de castigo de Podolínec

8 de septiembre de 1950

El 8 de septiembre es la fiesta de la Natividad de la Virgen. En Eslovaquia esta fiesta se celebra en muchos lugares, por eso nos la permitieron

celebrar también a nosotros. A las 10 tuvimos la Santa Misa, nosotros en la Iglesia y los de Bac en la Capilla que se encuentra en su sector. Antes y después de la Misa paseamos por el jardín, pasearon también los de Bac, separados de nosotros por una cerca.

Unos y otros nos saludamos con las manos y nos reímos como unos sordomudos; otra cosa no nos estaba permitido. Si uno llegaba hasta la cerca y comenzaba a hablar con alguno, enseguida llegaba el gendarme de guardia y lo apartaba de allí, pero, apenas volvíamos a estar a diez pasos de la cerca, nos saludábamos con la mano y nos sonreíamos. Lo más amargo de todo es que no nos podamos encontrar.

La situación alcanzó su momento más ridículo, cuando uno de nuestra parte comenzó a gritar *"be, be"*, como un ternero, y de la otra parte alguien le contestó de la misma forma. Siguió una enorme carcajada, que se repetía una y otra vez.

Nos encontramos en el mismo campo, o según nuestros jefes en un convento, y nos separan a la fuerza por medio de la policía. Rodak quiere prohibir nuestros contactos con los de Bac, para impedir su influjo sobre nosotros, porque allí se encuentran muchos superiores de nuestras casas; parece que los de Bac permanecerán en su campo de castigo también en Podolínec.

Dividirnos resulta una cosa ridícula, porque prácticamente sólo sería posible en el caso de que a cada uno le pusieran al lado un gendarme. Los de Bac vienen donde estamos nosotros tres veces al día para comer, para lavarse la ropa, para trabajar en la cocina y en la enfermería. Nosotros vamos a su sector para trabajar. De nuestra parte se puede saltar por la ventana a su pequeño patio cuadrado y en voz baja se puede hablar. Cuando no lo ve el gendarme, se puede pasar al jardín de los de Bac. Si uno quiere, puede, a través de los desvanes y agachado, llegar a los del sector de Bac. Una cierta separación existirá, pero lo que imagina Rodak es una utopía.

Durante la función de la tarde tenemos también una predicación. Nuestra madre María celebra su día onomástico, la queremos amar cada vez más, queremos confiar en Ella, nuestra madre querida, cada vez más.

En la cocina colocan como cocineros, sucesivamente, a los sacerdotes.

Se habla de que el lunes 11 de septiembre, se llevarán a los hermanos legos que todavía permanecen aquí. Son unos 75, deben irse a Malacky al

adoctrinamiento. Se dice que en el campo de Podolínec se quedarán sólo sacerdotes. Se dice también que los sacerdotes se irán a trabajar a la alta Tatra, a las montañas, a los aserraderos. También se comenta que a los jóvenes sacerdotes que todavía no han hecho su servicio militar los llevarán a los cuarteles, como lo hicieron con los teólogos.

Estamos en las manos de Dios. El nos sostiene y es más fuerte para ayudarnos que nuestros perseguidores.

12

PODOLÍNEC COMO UNA SEMIFORTALEZA

Fin de los trabajos de fortificación

El 12 de septiembre de 1950

Alrededor del campo de Podolínec ya están en función cinco garitas y en cada una se encuentra un gendarme. En estos días les han instalado los teléfonos, cuya central se encuentra en el despacho de los gendarmes.

El campo de Podolínec se ha convertido en una semifortaleza de la cual no se podrá huir. El jardín está por la noche prácticamente blindado por fuertes luces; se encuentran en él tres garitas, en puestos estratégicos. Los guardias tienen durante la noche unos potentes reflectores en la mano y las ametralladoras. Pueden servirse del teléfono y, en un momento, poner en alarma a todos los gendarmes. La valla de vigas tiene una prolongación de un metro.

Cuando uno ve todo esto, no puede soñar con la huida. Pero me parece que huir es posible también ahora. Algunos gendarmes vigilan con tanta negligencia, que se puede escapar durante el día a unos 50 metros lejos de ellos, pero parece que la voluntad de huir por ahora no existe. Rodak durante estos días parece silencioso. Espía, espía y observa lo que hacen los presos. Varias veces al día pasa por el jardín y por el campo, parece que por ahora no tiene nuevos planes persecutorios.

Constatamos que comienza a abandonar su risa cínica, ese "ja, ja, ja" insoportable. Puede ser que deje de reírse, porque ha visto que nos hemos burlado de ello. Se habla de que puede ser reemplazado por otro comisario, Pablo Mikvy, que es comisario en el sector de los presos de Bac. Anteayer tuvo una riña con Rodak, se espera que ahora comiencen a hacer algo con los sacerdotes para dispersarnos por todas partes. ¿Quién lo sabe...?.

170 Misas diarias

12 de septiembre de 1950

El número de los sacerdotes en Podolínec es de 173. De estos, 81 bajo el comisario Rodak, y 92 son de Bac. Los sacerdotes llevan una vida devota y ejemplar. En la iglesia y en las capillas se han construido nuevos alta-

res en un total de 23. El campo de Podolínec cada mañana se asemeja a una grande hoguera divina, donde se celebran más de 170 Misas. Se ofrece el santo Sacrificio y con gran fervor.

No se ve ni negligencia, ni indiferencia; ninguno de los celebrantes observa lo que se hace a su alrededor. Ninguno tiene prisa. La Santa Misa no es un peso para ninguno de nosotros, ni mucho menos una pérdida de tiempo, al contrario, se siente una gran devoción; una pura y profunda devoción; los rostros de los sacerdotes celebrantes, en su mayor parte, parecen como espiritualizados y por eso hermosos. Su concentración llega a tal grado que no nos damos cuenta de lo que sucede cerca. Ver sus caras es mirar a Cristo y a las almas.

Estas 170 misas diarias son un inmenso don de Dios que tenemos aquí. La más grande realidad del campo es Él, Jesús. Nos han alejado de la gente cristiana, pero Él está aquí. Cuando los sacerdotes levantan el Cuerpo y la Sangre de Cristo, por debajo del alba se ven los monos de color azul, marrón y gris, y esto conmueve y edifica.

Estas personas haciéndose sacerdotes no tenían como fin las cosas materiales, sino a Cristo. Les quitaron todo, pero ellos han permanecido fieles, incluso al precio de los insultos y del odio, porque no se han hecho sacerdotes por la gloria terrena, sino por Cristo. No siguieron a Cristo para estar bien, le siguieron para luchar con Él y por las almas, aunque siguen siendo hombres frágiles.

Si hoy les toca sufrir mucho por Cristo y por las almas, no se oponen, lo soportan, aunque sus cabellos se ponen prematuramente blancos. Sus manos consagradas hoy barren, pelan patatas, llevan ladrillos para la construcción de nuevas chimeneas, sierran la madera, la cortan para leña y la ponen en orden.

Los provinciales, los directores de las casas, los superiores y los guardianes de los conventos excavan en Podolínec los cimientos para la construcción de un taller. Todas las manos consagradas, a excepción de las de los enfermos y ancianos, hoy están encallecidas.

Hermanos y hermanas en el mundo: no piensen ustedes que alguien renunciará a su sacerdocio, aunque tenga que ganar su pan con sus manos, se lo ganará y, al mismo tiempo, luchará por su Cristo y por vuestra salvación.

Los presos de Bac en Podolínec

12 de Septiembre de 1950

Hoy doce de septiembre trajeron al campo a dos teólogos. Se dice que

no querían entrar en la facultad Teológica estatal en Bratislava. Los pusieron en el campo de castigo, junto con los de Bac.

Los de Bac

Ya nos encontramos con bastante facilidad con ellos, como lo habíamos previsto. Los jefes del campo no tienen tanta energía y coherencia para realizar esta separación, además en la práctica se lograría muy difícilmente. En la cerca de separación del jardín podemos hablar bastante bien unos con otros. Nosotros trabajamos en los desvanes de los de Bac. Ellos excavan los cimientos para el taller de nuestro patio. Aquí no se puede realizar ninguna separación.

La vida de los de Bac en su campo de castigo es bastante semejante a la nuestra. En su campo, sin embargo, existe la celda de aislamiento, como un género especial de castigo. El sacerdote así castigado está encerrado en una habitación, les dan sólo una manta y, durante todo el día, no le dan nada de comer, ni de beber, sólo una taza de café.

He oído que los de Bac no pueden acostarse antes de las 10 de la noche y los sábados sólo a las 11.

Estás en la jaula y añoras

14 de septiembre de 1950

¡Qué días tan hermosos los de septiembre!. En las colinas del valle de Podolínec se apacientan los rebaños de ovejas y grupos de vacas, en la mañana todo está cubierto de una niebla blanca, pero durante todo el día el sol es como en mayo.

Una noche, a las ocho oímos sobre nosotros unas extraños sonidos de pájaros, jamás había oído algo semejante, miramos hacia arriba, el firmamento es de un azul oscuro lleno de estrellas, que parecen más grandes que de costumbre. Los pájaros en la altura se dejan oír de nuevo. Alguien explica, son las becadas, emigran al sur[1]. Las becadas se oyen una vez más y yo

[1] *Las becadas* habitan durante la mayor parte del año en los bosques del norte de Rusia, y Escandinavia. Cuando empiezan a llegar las primeras heladas y las grandes nieves, comienza su emigración, en vuelos nocturnos de 200 a 300 kilómetros. La emigración, tiene, que se sepa, dos recorridos principales, uno por la costa Atlántica y otro por el centro de Europa. *La garza real* es un ave zancuda, vive en aguas de todo

oigo también algo en mi: los pájaros emigran al sur, ¿cuándo emigraremos nosotros de este campo?.

Nos encontramos en una jaula y añoramos salir. Los pensamientos y deseos de libertad asoman muchas veces al subconsciente e insisten. Cristo, quiero quedarme hasta cuando Tú lo quieras, hasta el último minuto.

El día siguiente es de nuevo un día hermoso, como una primavera, como mayo. Las montañas, la alta Tatra, a una distancia no muy grande se levantan como unos gigantes de color azul. Con el sol de mediodía, vuela al sur un nuevo pájaro, garza real, el cuerpo largo y grácil, la cabeza y el cuello casi entre las alas, vuela muy lejos, al sur, para escapar del invierno. Y de nuevo en el interior se apodera de uno, como rayo doloroso, algo que se añora y que al final se concentra en una única palabra: la libertad...

Los ojos se dirigen a los hilos eléctricos, se encuentran allí decenas y decenas de golondrinas como las notas de un cantar. También ellas se preparan a un gran viaje al sur. Volarán... y yo ¿cuándo seré libre para volar como ellas?.

Señor, quiero estar aquí hasta el último minuto, hasta cuando lo quieras tú, aquí en esta jaula, donde uno se tambalea día y noche, como en unas nieblas oscuras, pero, a pesar de las nieblas, estás aquí con nosotros tú, como ese cielo hermoso de septiembre sobre nuestras cabezas.

La fiesta de la Virgen de los Dolores

15 de septiembre de 1950

Era un día muy bueno, ya un día antes se había esparcido la noticia: mañana es la fiesta de la Virgen de los Dolores, Patrona de Eslovaquia. Todos los sacerdotes ofreceremos las misas por una intención muy extraordinaria, será por las salvación de nuestra patria de la incredulidad, del cisma y de la destrucción moral. Los hermanos legos ofrecerán a este fin sus comuniones y todo lo ofreceremos por este mismo fin, todas nuestras oraciones, obras y sufrimientos.

¡ Qué cosa más hermosa!. También aquí, de la otra parte de la alambrada, sentimos viva la responsabilidad por la eterna salvación de Eslovaquia;

tipo siempre que la profundidad sea escasa. Prefiere las aguas cercanas a los bosques de árboles muy altos. Existe en muchos países de Europa. Algunas especies son migratorias y cuando en los países nórdicos comienzan los fríos emigran a países cálidos.

todos sus habitantes son para nosotros hermanos. Ya dos veces hemos ofrecido así por su eterna salvación todas las misas, oraciones y sufrimientos. El 15 de agosto, la fiesta de la Asunción, y el 22 de agosto, del Inmaculado Corazón de María.

Eslovaquia y todos sus habitantes, te amamos de verdad y con sincero corazón.
Niños de cuna, os amamos.
Niños de las escuelas, os queremos.
Muchachos y muchachas en los bachilleratos y universidades, os queremos.
Aprendices, obreros y militares, os queremos.
Padres, madres y ancianos, también a vosotros os queremos.
Nuestros enemigos próximos y lejanos, os queremos.

Os queremos a todos y especialmente experimentamos este sentimiento de amor hacia vosotros hoy, en la fiesta de la Virgen de los Dolores.

Hace ya cinco meses que nos encontramos tras estas vallas, amenazados por las armas, y no sabemos todavía cuántos meses nos esperan, pero somos vuestros y os queremos.

El espíritu de martirio en el dique de Puchov

15 de septiembre de 1950

Muchísimo os queremos también a vosotros, hermanos salesianos arrancados de nosotros, y lo hacemos especialmente hoy en la fiesta de la Virgen de los Dolores.

Por unos caminos desconocidos y clandestinos, a través de los uniformes de los gendarmes y de las cercas, de nuevo penetró en el campo una carta de nuestros hermanos jóvenes que trabajan en la construcción del dique de Puchov. ¡Cuánta alegría, bendito sea el Señor!.

Una y otra vez he leído esta carta, y continúo leyéndola, como si me quisiera saciar con ella. Nuestro hermano escribe:

"Entorno a la pequeña maleta que servía como sagrario, en el cual se encontraba Él, Cristo, se formó entre nosotros una unidad inquebrantable. Durante el trabajo en el dique hemos visto casi milagros. Vivíamos como en un jardín zoológico, pero nosotros experimentábamos y vivíamos con una gran confianza en Cristo y en las palabras de Don Bosco: "La Madonna ci sta" ¡La Virgen Auxiliadora está con nosotros!

Cristo, nuestro hermano, nos empujaba a un amor fraterno cada vez mayor. Tuvimos muchas experiencias. Hemos caminado por el fuego. La alabanza a la Virgen María nos dio fuerza.

Nuestros enemigos pensaban que echándonos a las corrientes del mundo, tarde o temprano nos dejaríamos arrastrar. Pero nosotros hemos constatado todo lo contrario. ¡Qué maravillas del amor de Cristo!. Ciertamente la observaban también algunos de nuestros enemigos, cuando durante dos horas interrogaron a uno de nosotros. Se decían, ved cómo es feliz, porque ha podido sufrir por su Cristo. El compañero Valentiny contestó: Tienes razón, Julio, y si le dieras dos o tres bofetadas, se sentiría feliz como un mártir.

El comandante del dique dijo a nuestro hermano: "Esta alegría no te la daremos".

Este espíritu de martirio, este espíritu de convicción de que llevamos la cruz del Gólgota nos empujaba siempre a imitar más fuertemente a Cristo en nuestra vida en las brigadas del trabajo".

Así escribe nuestro hermano, no es posible otra cosa que cantar de todo corazón un Tedeum. Cantarlo dos y hasta 10 veces. Las cartas de este género nos elevan y fortalecen también a nosotros. Hermanos, os queremos y pedimos por vosotros. Las manos de vuestros hermanos sacerdotes os bendicen desde Podolínec de todo corazón.

Un registro y una encarcelación

17 de septiembre de 1950

Los de Bac han vivido este domingo 17 de septiembre un acontecimiento típicamente carcelero. Su comisario, el maleducado Pablo Mikvy, los sacó de noche durante dos horas al corredor y, junto con el responsable organizador, les hicieron registro de las habitaciones. Todo lo revolvieron y no encontraron nada. Pero les quitaron una cantidad considerable de libros. Leían cada pequeña papeleta. Pablo piensa que alguno nos enseñó a ser unos rebeldes profesionales.

Durante estos días trabajaron con nosotros dos nuevos presos. Del sanatorio de la alta Trata trajeron al padre Jesuita Gomboa, que se encontraba en Vysne Hegy y al salesiano don Carlos Pluhar, que se curaba en Tatranska Kotlina.

El jesuita Gomboa es alto y flaco, sólo tiene piel y huesos. Tiene un carácter enérgico y padece del estómago.

Nuestro don Pluhar es un tuberculoso en estado avanzado. Para salvar la vida, se estaba preparando para una intervención plástica de los pulmones. Morirá prematuramente, si no conseguimos que le den un tratamiento adecuado. Don Pluhar soporta muy difícilmente este golpe tan cruel. No nos sorprende, se trata de la vida, sólo la esperanza de salir y el amor de los salesianos moderan sus sufrimientos. Don Pluhar es un religioso, hay que conseguir hacer algo por él.

Yo hablé con Rodak, pero éste sólo lo insultó.

Durante estos días la policía llevó a Bratislava a dos sacerdotes del campo de castigo de Bac. Son nuestros padres Drgon y Butas. Los llevan a la cárcel para procesarlos. Don Drgon, como párroco de Sastin, en septiembre del año pasado, declaró en la iglesia que la Santa Sede excomulgaba a la Acción Católica cismática. Don Butas, como Capellán de Astis, leyó la misma declaración en la iglesia filial de Straze. En Bratislava ciertamente los condenarán a unos años de cárcel, pero no hay nada que hacer, hay que sufrir, en las cárceles, durante los procesos, y después en las minas.

Por ti Cristo, por ti Iglesia. Has dicho bien, "me persiguieron y os perseguirán también a vosotros".

13

CRISTO VENCE

Los interrogatorios por los paquetes

22 de septiembre de 1950

Los días pasados vivimos en el campo un gran alboroto. Dos muchachas arrojaron al jardín dos paquetes por encima de la cerca. Llamaron al gendarme a un rincón del jardín y le dijeron que se hiciera el ciego, porque en su radio de guardia se iba a hacer una entrega de paquetes. El gendarme, como era bueno, consintió, pero las muchachas en Podolínec cometieron el disparate de no callarse y se lo dijeron a sus amigas. Una de ellas se lo confió a una mujer, que, según se dice, recibe visitas del comandante Jencik, y por ella se supo todo.

Los gendarmes amenazaron a las muchachas y ellas lo confesaron todo. El mismo día por la noche fue interrogado el hermano lego Víctor Folenta, que fue el que recogió los paquetes y se los entregó a los religiosos a quienes iban dirigidos. Folenta, que es jardinero, viendo que los gendarmes ya lo sabían todo, reconoció que había entregado los paquetes, pero no pudo acordar los nombres de los religiosos y, por eso, el ayudante de Malaga lo hizo pasar a las 10 de la noche por las habitaciones para que señalara quienes eran. La misma noche nuestro sacerdote Mancman fue interrogado durante varias horas.

Por la mañana todo el asunto se trató también en la revista. Después de la revista encerraron en el sótano a nuestros sacerdotes don Zilka y don Rakovicky y al jardinero Folenta. Ese mismo día llegaron también dos policías secretos y los volvieron a interrogar. Si bien, en general, sólo se trataba de una tontería. Alguien puede tirar por encima de la cerca un paquete, sin que se sepa cómo se ha enterado del nombre de uno de nosotros y, sin más, te encierran en el sótano, exagerando las cosas hasta el ridículo para aterrorizaros.

Menos mal que no se encontraba en casa Rodak, él lo hubiera exagerado todavía más.

A los tres presos del sótano no les han llevado ni la comida. Don Rakovicky tiene una pequeña tuberculosis en los pulmones y si lo dejan unos dí-

as en ese aire húmedo y enrarecido del sótano no sabemos qué pasará. Gracias a Dios por la tarde les consintieron pasear hasta las cinco y por la noche los dejaron salir del sótano. Creo que los policías secretos dijeron a nuestros jefes que se trataba de una tontería, que para asustar a la gente la cosa puede pasar, pero que los paquetes no constituyen una amenaza del Estado.

Rodak durante estos días está bastante pacífico y silencioso. Solo de vez en cuando se enfurece. Hace poco, por ejemplo, se burlaba de la vida eterna. Miguelito, te deseo que un día la alcances.

El jesuita, padre Dieska, lleva por broma una pluma de pavo detrás del sombrero, durante una revista Rodak le dijo: *"más le convendrían los cuernos de un cordero"*.

Hasta ahora, cuando llegaba un paquete al campo, nos daban, al menos, la ropa. Después del caso de los dos paquetes, llevan al almacén también la ropa y parece que harán lo mismo con todos los paquetes que nos envíen.

La comunicación por teléfono entre las garitas y el comandante ya funciona. Ahora estamos de nuevo "más seguros".

En estos días han llegado al campo cuatro o cinco vagones de patatas. Servirán para que los presos de Podolínec pasen el invierno. Las patatas las comemos secas. Pasamos hambre..

Nuestros hermanos gendarmes

25 de septiembre de 1950

Desde del 14 de abril, cuando nos encarcelaron en los campos, nuestra vida está constantemente vigilada por los hermanos gendarmes. Día y noche se encuentran a nuestro lado y en los alrededores y, quieras o no, tienes que acostumbrarte a los uniformes verdes, a sus rostros oficiales, a su conducta rígida y a ese caminar en silencio junto a ellos.

De la mayoría no se puede decir que sean malos. Cumplen las órdenes, más o menos, sólo por miedo y por deber. Eso valía especialmente para los del primer grupo, que nos vigiló hasta la mitad del mes de junio. Es verdad que también entre ellos se encontraban algunos salvajes, buenos sólo para la jungla. En general, cuanto más vivían con nosotros, tanto más nos acercábamos; muchos, al poco tiempo, se convencieron de que nos han encarcelado sólo porque pretenden hacernos desaparecer como Órdenes religiosas.

Después vino otro grupo de gendarmes entre 20 y 30 años, eran más tímidos en los contactos con nosotros. El comandante Jencik quería conseguir que no hablasen, ni recibiesen nada de nosotros.

Cuando al final de julio y al inicio de agosto huyeron de Podolínec 6 religiosos, los cambiaron. Algunos sospechaban que ayudaban a los fugitivos. Qué haya de verdad en esto, no lo sé.

Ahora han llegado otros gendarmes más jóvenes, son unos muchachos que durante el servicio militar hicieron un curso de tres meses para gendarmes y dos meses después ya se encontraban de servicio. Tienen muy poca experiencia y en los contactos con nosotros son muy tímidos; el comandante Jencik los aterroriza.

Los gendarmes que, por fanatismo y persuasión, nos odiaban y nos lo hicieron sentir eran, y son, relativamente pocos. Han sido más los que bajo el influjo de la propaganda creían un poco todo lo que les decían de nosotros.

Había también algunos aduladores, que a costa de nuestras pequeñas faltas, querían hacer carrera.

Y hubo también algunos que no nos consideraron dignos ni de una respuesta un poco educada.

Muchas gracias a vosotros, gendarmes de oro

25 de septiembre de 1950

Hubo también en Podolínec algunos gendarmes de oro. Eran unas excepciones, pero estaban dispuestos a darnos todo.

Gracias, hermano gendarme desconocido, por tu amor durante los primeros días de nuestra vida carcelera en Podolínec. Clandestinamente pasabas por medio de nosotros, recogías las cartas y las tarjetas y las enviabas a nuestros familiares, para que supieran en dónde nos encontrábamos y cesaran sus angustias. Gracias a ti y a tu camarada. En las tinieblas de la incertidumbre, durante las primeras semanas, formabas parte de nuestras grandes esperanzas. Pensábamos que nos enteraríamos de todo, si algo muy grave nos amenazaba. Pensábamos que, aun en el caso peor que acudía a nuestra imaginación horrorizada, nos habríais abierto la pequeña puerta del jardín para salvarnos de la muerte. Con esto, queridos hermanos gendarmes, fuisteis nuestros aliados en Cristo.

Muchas gracias también a los otros hermanos gendarmes. A los que durante la guardia comprendieron la angustia de nuestros familiares y nos per-

mitieron por un momento vernos con ellos en la cerca y hablar una o dos palabras; gracias a los gendarmes que estuvieron castigados, o acaso procesados, porque permitieron echar al campo algún paquete o hablar en la cerca.

Hermano joven, muchas gracias también a ti. Nos traes de la ciudad vecina las cartas que nos llegan a una dirección precisa. Lo haces en un tiempo en que, durante muchas semanas, no recibimos nada por otros canales.

Y a ti hermano gendarme joven, muchas gracias. Has llevado y llevas cientos de nuestras cartas y las echas en diferentes ciudades y pueblos en este tiempo en que no podemos ni soñar en una correspondencia regular.

Muchas gracias, también a vosotros, que, de vez en cuando, nos informáis de las intervenciones que se preparan contra nosotros. Las heridas previstas duelen un poco menos.

Mi hermano gendarme, de aquella noche de un domingo de agosto no me es posible olvidarme; la luna salía, tú casi llorabas, eras un infeliz, que debías hacer esta guardia en medio de esta injusticia y falsedad, en medio de esta persecución antirreligiosa.

Hermanos gendarmes, vosotros excepciones de oro, gracias.

¿Dónde estás, libertad?...

25 de septiembre de 1950

Despacio, pero con pasos seguros se acerca a nuestros valles el invierno. Durante la revista de ayer nos dio pena una golondrina aislada, que no ha volado con las otras. Ciertamente perecerá.

Estos días pasan monótonos y sin cambios. Las patatas se pelan como ayer, los provinciales y los superiores trabajan en la construcción del taller, en el patio exterior se sierra la madera. Se hacen los trabajos de la casa y después cada uno reza, estudia, lee, juega al ajedrez o algo semejante.

En nuestras almas, exteriormente pacíficas y bromistas, arde todavía otra vida; una vez pido a un hermano: *"cuéntame algo hermoso"*. Se queda por un momento silencioso y después dice sólo una palabra: *¡¡¡Libertad!!!*

Nos reímos como si se tratara de un chiste. Pero un chiste es algo anecdótico y superficial; aquel hermano, en cambio, hablaba desde el interior, desde ese profundo ser en el que el deseo de libertad arde por dentro, desde esa vida interior que sostiene en cada uno el instinto de conservación.

Por ejemplo: cuando se anuncia que llegarán nuevos cambios, el oído, sin darse cuenta, se pone alerta. En cada noticia uno espera una noticia para

sí, algo de lo que podría juzgar o deducir que su libertad se acerca. Aunque tantas veces nos hayan engañado con estas noticias, el oído presta atención. Aún en el caso de sentirse sin motivación para escuchar noticias, también su mente se pone tensa para la escucha.

Uno puede hablar exteriormente lo que quiera pero en cada uno se encuentra una potente fuerza que diariamente lucha por la libertad. Este instinto de conservación es una fuerza preciosa, que hay que dirigir con la fe, y eso uno lo hace con mucha intensidad.

No traicionar a Cristo, ni a la Orden por la propia libertad, eso nos manda la fe y la caridad. Son dos fuerzas divinas procedentes de Dios. Si se trata de Cristo y de las almas preferimos que el instinto de conservación grite, sufra y que con su sufrimiento llegue a ser amor.

El amor a Cristo y a las almas es un valor más grande que la vida misma. Y así ardemos en el altar de este campo, a pesar del mucho humo que a veces sale junto con las llamas, siendo, como somos, criaturas frágiles y débiles. Y cada día más, palpamos con las manos que es Cristo quien arde en nosotros y, si ardemos, podemos arder sólo en Él.

¡Christus Vincit!

Primero nos vence a nosotros, débiles en el campo de Podolínec y venciéndonos nos hace fuertes, porque toda nuestra fuerza es Él en nosotros.

Cristo vence

25 de septiembre de 1950

El 25 de septiembre celebramos la fiesta de los santos Cosme y Damián, nuestros hermanos médicos y mártires. En el evangelio de su Misa se encuentra una bienaventuranza que nuestro sentido de conservación no comprende, lo puede comprender sólo una fe fuerte y decidida:

"Dichosos si os odian los hombres por mi nombre...". Y nos tienen aquí por el odio; nos dicen que somos una banda, peores que asesinos.

¿No se gozan acaso de nuestras penas y torturas?... ¿No les da gusto cuando pueden burlarse de nosotros, humillarnos y ofendernos?...

¿No somos para ellos como un barro que pisotean y vigilan, porque está penetrado de amor a Cristo y a las almas?... Dichosos si os separan... ya hace cinco meses que no podemos vernos con nuestros familiares, y más de dos meses que no podemos escribirles. Poco a poco comenzamos a sentir el hambre y no podemos recibir de ellos ninguna ayuda. Si alguno de

nuestros parientes se muere, nosotros recibimos únicamente la noticia; en la calle delante del campo de concentración corre la vida; nosotros, sin embargo, estamos separados de ella por las ametralladoras; nos separaron de los hermanos y nos dispersaron; a los que ya terminaron el trabajo en la construcción del dique de Puchov y se encuentran en casa, los echan de las escuelas, a otros no los quieren recibir en el trabajo, y nosotros no podemos ayudarles, separados de ellos como leprosos e impotentes.

¡Dichosos cuando rechacen vuestros nombres como algo malo...!. Aunque nos rechacen como malos, seremos dichosos. ¿Acaso no nos echaron como a unos criminales?. Los primeros días del campo de Sastin uno de nuestros enemigos dijo de nosotros: *¡Sin ellos, la construcción del socialismo va mejor!*.

Y todo esto nos lo hicieron y hacen por causa del Hijo del hombre, por ti, Señor nuestro. Los sentidos no comprenden cómo puede uno ser feliz sufriendo. Pero desde la fe nosotros sentimos que el sufrimiento nos hace más fuertes y que así comienza la felicidad en medio del sufrimiento. Sentimos que el sufrimiento nos purifica y hace mejores, y esto es también una felicidad. Nos otorga el don de orar mejor y más, y así estamos siempre más cerca de Dios. Cristo es la fuente de nuestra paz y nuestra fuerza, Él nos enseña a no tener miedo del sacrificio y esto es una gran fuerza para la vida.

Señor Jesús, estar en el campo es una pena, pero tú la sabes llenar de luz, de amor y de paz. No cesamos de sufrir, pero sabemos también gozar, porque nuestros dolores los añadimos a los tuyos, sabiendo que así preparas la salvación de nuestros hermanos y un nuevo florecimiento de tu Iglesia, que crecerá en altura y profundidad en millares y millares de almas. Todos te amarán y los que más amas, los jóvenes, más aún. Nuestras luchas por ti se realizan en la postura de crucificados en las trincheras del campo de concentración de Podolínec.

Tú luchas con nosotros y nos permites luchar. Y nos darás este don hasta el final, hasta el último respiro.

Y si quieres nuestra sangre por los hermanos, nos darás la fuerza también para esto. ¿Si Cristo está con nosotros, quién estará contra nosotros?...

¿Acaso nuestra cobardía, fragilidad o nuestras pasiones?. ¿O acaso los planes secretos de los ateos, su campo, sus odios y ametralladoras?...

Con Cristo no podemos derrotarnos ni destruirnos nosotros mismos. Y tanto menos podrán hacerlo los enemigos de Dios. Porque siempre y en todas las partes vale el ¡*Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!*.

Es un Rey fuerte y amoroso, resucitado y siempre vivo, Alfa y Omega.
¡Marana tha!
¡Ven, Señor Jesús, a cada uno de nosotros y diariamente!.[1]

[1] El campo de concentración de Podolínec duró unos tres años. Pronto los religiosos jóvenes y los hermanos no sacerdotes fueron llevados a lugares de adoctrinamiento y después de un cierto tiempo de trabajos forzados pudieron regresar a sus familias. También lo otros fueron poco a poco abandonando Podolínec, obligados a integrarse en los campos de trabajo en diversos lugares de Checoslovaquia. Cuando pudieron regresar a sus familias, tuvieron que buscarse un trabajo. Pero no gozaron nunca de plena libertad, pues sempre estuvieron controlados, más o menos abiertamente, por la policia secreta. De este modo se fue disolviendo, hasta desaparecer, el campo de concentración de Podolínec.

EPILOGO

Después de escribir clandestinamente mis memorias en el campo de concentración de Podolínec en el mes de septiembre de 1950, decidí, por segunda vez, huir definitivamente del campo. Antes de nada procuré esconder bien el manuscrito en le techo del desván de la casa. Al huir quería dedicarme a cuidar de algunos hermanos jóvenes, que tras el adoctrinamiento marxista en Kostolna y algunas semanas de trabajo en la construcción del dique sobre el río Vah, cerca de Puchov, se encontraban en casa de sus padres y les era permitido acudir a los colegios del estado, con la esperanza, por parte de las autoridades ateas, de que así abandonarían su vocación. Por nuestra parte, se trataba de organizar una forma clandestina de vida religiosa fuera de las casas salesianas, ya que éstas habían sido confiscadas en la noche bárbara del 13 al 14 de abril de 1950. Un grupo de salesianos habíamos proyectado y preparado esta forma de vida clandestina durante las primeras semanas de la vida en los campos de Sastin y Podolínec.

Una vez tomada la decisión de huir definitivamente del campo, en septiembre de 1950 me encontré por dos veces en la más absoluta oscuridad del desván con D. Francisco Valabek, heroico director de nuestros teólogos, que hacía las veces de inspector, y le expuse mis planes de trabajar con los jóvenes hermanos estudiantes que ya se encontraban fuera del campo. En el momento de despedirme me arrodillé en el polvo del desván y recibí su bendición y un abrazo. ¿Nos volveremos a ver?.

La segunda fuga

Después de las fugas durante el verano de unos diez religiosos, las nuevas fugas del campo se hacían casi imposibles. Durante tres semanas estuvimos todas los noches D. Ludovit Suchan, más tarde misionero en Japón, y yo intentando hallar algún momento propicio para escapar. Pero no había modo de hallarlo.

Pero llegó la tarde del 20 de octubre; los religiosos estaban en la iglesia, pues tenían permiso para rezar el rosario a las seis. Fuera estaba tan oscuro, como si fuera de noche. En esta oscuridad, el Señor nos concedió poder escapar, gracias a la negligencia de dos guardianes. No nos lo podí-

amos creer, cuando caminábamos a toda prisa libres por las calles de Podolínec hacia la estación de ferrocarril. A las 4 de la mañana estábamos ya a doscientos kilómetros del campo de concentración. Los jefes del campo se quedaron sin aliento a la mañana siguiente. Pero pasadas algunas semanas, implantaron en el campo un régimen más humano, incluidas las visitas de los familiares.

A finales de octubre Suchan y un grupo de unos 14 jóvenes salesianos decidieron huir a Italia. Yo tuve ocasión de huir con ellos, pero me quedé en la patria para organizar, con más de 200 salesianos, una forma clandestina de vida religiosa en medio de la cruel y multiforme persecución por parte del régimen comunista.

Dos años en las incandescentes catacumbas

Después de la huida de Suchan, me refugié por algunos meses en Zilina, tratando de hacerme con un carné de identidad con el nombre de uno de los hermanos que ya se encontraba en el extranjero. Para conseguirlo tuve que ir dos veces a la central de la policía de Bratislava, que era como entrar en una cueva de leones. Con el carné de identidad podía sin miedo visitar a los jóvenes salesianos, organizarlos en grupos, según la ciudad o la región. Celebrábamos en sus viviendas retiros mensuales clandestinos y teníamos coloquios personales y comunes, en los que se resolvían los problemas y las cuestiones que surgían en la clandestinidad. Durante las vacaciones nos reuníamos en los bosques o en las montañas para hacer juntos una semana de ejercicios espirituales, y los que terminaban sus votos temporales los renovaban. La ayuda del Señor y de María Auxiliadora, una oración continuada y la observancia sumamente atenta de las reglas de seguridad eran las armas que nos defendían.

A los dos o tres meses de hacer este trabajo me sentí cada vez más agotado de fuerzas y nervios. Tuve que dejarlo todo durante dos o tres semanas para recuperar las fuerzas y el ánimo.

Al cabo de un años encontramos un buen maestro de novicios, D. José Izakovìc, que con gran espíritu de sacrificio, cada dos semanas, visitaba a cada uno de los novicio para ver cómo había aplicado la doctrina espiritual durante las dos semanas transcurridas, a la vez que le impartía nuevas lecciones para las semanas siguientes. D. Izakovìc durante casi 24 años de maestro de novicios educó decenas y decenas de nuevos salesianos.

Los clérigos y estudiantes de teología, que en 1950 fueron sacados del campo de Podolínec, tuvieron que vestir el uniforme militar y trabajar en la construcción de carreteras para los tanques y la maquinaria pesada del ejército. Otros jóvenes salesianos trabajaban en las fábricas de acero o en la construcción de casas. Todos fueron sometidos a un intenso adoctrinamiento marxista, pero a pesar de ello, estudiaban clandestinamente la teología, hacían los exámenes, se preparaban para la ordenación sacerdotal. Todo esto se hacía bajo el más absoluto secreto, incluso con respecto a los propios familiares. Se buscaban obispos clandestinos, y se hacían ordenaciones clandestinas en Checoslovaquia, en Polonia o en Alemania Oriental.

De este modo se pusieron, en los años que siguieron a la noche bárbara de 1950, los sólidos cimientos de la vida religiosa clandestina, y todo esto, a pesar de que algunos hermanos abandonaban su vocación por no ser capaces de superar las grandes dificultades.

La inspectoría que tenía en 1950 unos 280 salesianos, tras el calvario de 40 años (1949-1989) se encontró con 220 miembros, de los cuales 120 formados en medio de mil dificultades, procesos judiciales y con más de 40 hermanos condenados a cientos de años de prisión.

Sorprendidos y esposados en el parque

Éste fue mi trabajo, con la ayuda de algunos hermanos, desde octubre de 1950 hasta finales de 1952. Mi cansancio crecía y crecía. El Señor me preparaba otro género de vida, a pesar de que mi egoísmo, aquí o allá, me susurraba que yo era casi insustituible. El Señor dispuso para mí la cárcel.

El 6 de septiembre de 1952, viajando desde Ostrava, me paré en la ciudad de Prerov en Moravia. En los llamados cuarteles se encontraban unos 120 clérigos, religiosos y diocesanos. Vestían uniformes militares, estaban sometidos al adoctrinamiento marxista y trabajaban en la construcción de un gran aeropuerto militar soviético. Entre ellos se encontraban 3 jóvenes salesianos eslovacos, que querían renovar su profesión religiosa. Se llamaban Milan Dlhy de Povazska Bystrica, Jan Pivarnik de Falkusovce y el futuro inspector salesiano Jan Kaiser de Leopoldov.

Llegué a los cuarteles hacia las 8 de la tarde. Cenamos en un restaurante y pasé la noche en casa de una familia de cooperadores salesianos. Al día siguiente era domingo. Fuimos a la iglesia. Comulgué como un simple fiel,

sin presentir que durante 3 ó 4 años no iba a poder comulgar más. Al salir de la iglesia fuimos a otra iglesia, en la que debía tener lugar la renovación de los votos, pero también allí había un pequeño grupo de fieles. Por eso nos fuimos a sentar en un banco que había en un bosque cercano. Mi plan era tomar, inmediatamente después de la profesión, un tren rápido para Bratislava. Pero nos dimos cuenta de que éramos vigilados por la policía secreta. Entonces, sin esperar a hacer la profesión, nos dirigimos a la estación. De repente, mientras atravesábamos el parque, se precipitó sobre nosotros un grupo de policías. A toda prisa nos pusieron las esposas, nos metieron en dos coches, nos vendaron los ojos y nos llevaron a su central de Prerov. Creían que éramos espías. Y en la central de policía se produjo una fatal casualidad. Ninguno de los tres jóvenes salesianos sabía el nombre que figuraba en mi falso carné de identidad. De este modo la policía supo por ellos mi verdadero nombre.

A las diez de la noche nos encontrábamos en la ciudad de Olomouc, a veinte kilómetros de distancia, delante de la cárcel militar de 7 plantas. Durante la investigación nocturna quedó claro que no teníamos nada que ver con el espionaje de la construcción del aeropuerto soviético de Prerov, pero quedábamos detenidos.

El calvario de Bratislava

Pasados algunos días, nos llevaron a los cuatro a la central de la policía secreta de Bratislava. Y allí comenzó un examen judicial cruel por parte del instructor de la causa, que duró meses y meses.

Era el año 1952. El partido comunista llevaba sólo tres años de poder dictatorial y con toda crueldad quería asegurar su posición, destruyendo a sus enemigos, entre los que estaba, en primer lugar, la religión. Mi instructor poco a poco intensificaba sus preguntas, queriendo culparme de alta traición. Las preguntas se alternaban con las amenazas, las patadas con las pesadas botas, que me causaban moratones en las piernas, y con dolorosos golpes en el cuello y en la cabeza. Dios mío, ¿pero cuánto durará todo esto?, me preguntaba. Durante dos años, tras mi huida del campo de Podolínec, había visitado centenares de personas y de salesianos y la policía quería saber todo: los nombres, las direcciones... y me repetía "nosotros tenemos tiempo, nos lo dirás todo". En este tremendo aislamiento, me parecía que todo nuestro trabajo clandestino para salvar la Congregación salesiana

iba a terminar en una catástrofe con el encarcelamiento de un gran número de personas. ¡Y yo iba a ser el traidor!. Mi resistencia física y síquica disminuía y temía que iba a terminar en una bancarrota total. Me parecía ser como un gusano que debía ser aplastado. Dije los primeros nombres, añadiendo que los denunciados no sabían que me buscaba la policía. ¿Pero la policía me creería?.

En ciertos momentos estaba tan agotado, que tenía miedo de volverme loco. Volverme loco... ¿Y si consiguiera fingirme loco?. No tenían ningún derecho a torturarme, no había hecho nada malo a nadie. ¿Pero cómo se hacer para fingir que uno está loco?. Me parecía que así podría salvarlo todo. ¿Sería así, o me matarían?.

Rezaba durante 10 – 15 horas al día y, no teniendo otra posibilidad de salvar a tantos hermanos de la cárcel, comencé a dar los primeros pasos como loco: no hablaba, sólo alguna vez decía alguna palabrita o frase con voz débil. Con gran sorpresa me di cuenta de que el instructor de la causa comenzaba a dejarme días enteros sin interrogarme. Después de unas semanas, me trasladaron a la enfermería de una gran prisión, donde estuve en observación. Y al cabo de tres meses, en agosto de 1953, me trasladaron a una clínica siquiátrica de Praga-Bohnice, donde la policía secreta tenía su propio pabellón, con 160 detenidos locos de toda Checoslovaquia.

Tres clínicas siquiátricas

En la clínica de Praga viví 8 meses y me aplicaros 8 electroshock "para curarme". A partir de mayo de 1954, me encontré internado durante cuatro meses en la clínica siquiátrica de Havlickuv Brod y me dieron otros cuatro electroshock. La tercera clínica siquiátrica estaba en Pezinok, mi pueblo natal. Contando los de Pezinok, en 8 meses he alcanzado un total de más de 30 electroshock. Para ello, 4 enfermeros me tenían sujeto en la cama, un siquiatra estaba detrás de mi cabeza con los electrodos de corriente eléctrica de unos 30 voltios para aplicar el shock. En esos momentos tenía la sensación de que iba a morir. Los electrodos en las sienes me hacían perder la conciencia durante 2 – 3 segundos. Durante 15- 20 minutos la respiración se parecía al estertor de los moribundos. Después comenzaba a despertarme. El tratamiento por aquel día estaba terminado. Pero las huellas del terror permanecen hasta hoy. Por supuesto era sometido, también, a todos los otros tratamientos propios de estas clínicas siquiátricas.

Un campesino loco durante 13 años

En esta situación mi padre pidió que la clínica de Pezinok me permitiera ir a casa. Era una cosa casi imposible, pero el papá lo consiguió. Un día, a finales de abril de 1955, el tribunal popular de Pezinok me dio permiso para vivir con mis padres. ¿Qué fuera sólo una estratagema de la policía?. Efectivamente, la policía intentó el mismo día ponerme una trampa, pero fue en vano.

No quedó otro remedio que continuar haciendo el papel de loco durante 13 largos años. Loco ante todos, excepto ante mis hermanos y hermanas en el ámbito de nuestra habitación. Con los padres trabajábamos en los campos hasta que los comunistas nos obligaron, por la fuerza, a entrar en la llamada cooperativa agrícola estatal. Después yo trabajé en la viña de un cuñado, que no había sido obligado a trabajar en la cooperativa. En estos trece años pude celebrar clandestinamente cada mañana la santa misa, a la cual asistía sólo mi madre.

Una vez al mes, en las últimas horas de la tarde, recibía clandestinamente la visita de un hermano salesiano de toda confianza, llamado Jan Malzenicky. Pasábamos toda la noche a la luz de una pequeña vela. Me daba noticias de los salesianos y non animábamos espiritualmente el uno al otro.

Italia en el horizonte

Pero con los años crecían los hijos de mi hermana María, cuya familia vivía con nosotros. Algunos espías del partido comunista del lugar podían abusar de su inexperiencia infantil, para saber si yo en familia hablaba de otras cosas. También los padres envejecían. Por eso comenzamos a pensar en emigrar a Italia, donde se encontraba desde hacía más de 15 años un hermano mío salesiano, D. Ludovico, que estaba dispuesto a hacerse cargo de mí. El plan no carecía de peligro, por causa de la policía. Pero llegó el tiempo de la "Primavera de Praga", con la llegada al poder de Alexander Dubcek, y fue entonces cuando, a pesar de las acechanzas de la policía, con la ayuda de Dios lo conseguimos. Tuve que renunciar a la nacionalidad checoslovaca y a muchas otras cosas.

Viajando con un pasaporte de apátrida y superado el peligroso control en el tren que nos llevaba de Bratislava a Viena, sucedió lo más maravillo-

so que yo podía esperar, que me encontraba en Austria y en libertad. ¡Libertad! Me parecía increíble. Sí, a los dos días estaba ya en Roma, en la casa de las monjas capuchinas, una especie de escondrijo. Sabía que la policía secreta no cesaría de espiarme en Roma, como se verificó más tarde.

Los siete primeros años en Italia

En el escondite de las monjas pasé 8 años, aprendiendo el español y haciéndoles de capellán. No tenía contacto con los salesianos eslovacos, que trabajaban en el Instituto de los Santos Cirilo y Metodio en la via Cassia. Me encontraba únicamente con mi hermano Ludovico y con D. Andrés Sandor, poeta y escritor. Ocupaba el tiempo escribiendo los programas de la radio vaticana destinados a la juventud en Checoslovaquia, escribiendo libros religiosos en eslovaco, que publicaba el Instituto de los Santos Cirilo y Metodio y que después eran enviados por diversos medios a Eslovaquia.

Tras la ocupación soviética de Checoslovaquia en 1968, la situación religiosa empeoró de año en año. Los libros religiosos publicados en el Instituto destinados a Checolosvaquia eran cada vez menos permitidos y eran confiscados o devueltos desde Praga. Tuve que organizar diversas formas de contrabando, para poder introducir miles de libros religiosos en la patria.

Después de siete años, obtuve la nacionalidad italiana y en le año 1974 fui nombrado director de la comunidad salesiana del Instituto. Estaba allí, como un enfermo que se ha salido de una grave enfermedad. En el pequeño seminario Antón Bernolak, que había en el Instituto, enseñé Filosofía, Historia, Alemán y otras materias. De casa salía raramente, y sólo en caso de necesidad. Durante 15 años acudí con frecuencia a la comunidad neocatecumenal en la parroquia romana de Parioli.

Desde 1982 viví con tres hermanos salesianos eslovacos en Suiza, trabajando en la misión católica para refugiados eslovacos.

De nuevo en la patria

En el año 1990, después de la revolución, volví a Eslovaquia. Adquirí de nuevo la nacionalidad checoslovaca y me uní a los demás hermanos salesianos eslovacos, para entre todos comenzar una nueva etapa de vida reli-

giosa, especialmente para el bien de los jóvenes, después de 40 años de dictadura comunista.

En septiembre de 1991 abrimos en Sastin el Colegio San Juan Bosco, de segunda enseñanza. En 1993, fui nombrado por los Superiores de Roma Inspector de la Inspectoría Eslovaca. Cargo que ejercí, según la Constituciones, durante 6 años. Desde el año 1993 estoy escribiendo la candente historia salesiana de los años de la dictadura totalitaria, para aprender de ellos, en estos tiempos nuevos y peligrosos, la audacia y la esperanza de San Juan Bosco.

En estos momentos no me resta otra cosa que dar gracias sin cesar al Señor y a nuestra madre María Auxiliadora por cada día de vida que me conceden. Les doy gracias también por no haberme abandonado durante el tiempo pasado en la cárcel, y por haberme dado día a día la fe, la fuerza y la esperanza de rezar, porque en la oración Dios está con nosotros y en nosotros. No me queda más que combatir con Él y caminar esperanzado hasta el gran día del Señor.

Gracias, gracias, Señor.

D. Ernesto Macak
Sastin, Solemnidad de Cristo Rey,
25 de noviembre de 2006.

INDICE

Introducción ..... pag. 5
Checoslovaquia, desde 1918 hasta 1949 – La persecución religiosa – Separar y destruir – Medidas administrativas – Las trágicas noches de las Órdenes religiosas – La liquidación de los Obispos – La admirable fidelidad a Dios del pueblo eslovaco – Los salesianos en Eslovaquia – El autor del diario – La edición española

Prólogo del autor ..... " 21
El Diario – Empresa nada fácil – La búsqueda del escondrijo – ¿Dónde continuar escribiendo? – El Diario huye del campo de concentración – La finalidad del diario

1. La trágica primera noche ..... " 29
¡Llegó tan repentinamente! – Las preparaciones para el golpe – Los últimos meses de vida en las casas – Los últimos momentos de libertad – ¡¡¡ Abrid !!! – El trágico amanecer del 14 de abril – La requisa era sólo un pretexto – A las cuatro de la mañana del 14 de abril – Y vosotros de Bratislava y de Trnava.... – El rapto de Sv Kriz Nad Hronom – Bárbaramente contra los Superiores – Oíd: ¡no lo harán!.- Los nuevos "superiores" – Una escena descorazonadora. ¿Debe derrotarnos esto?

2. Traidores, podéis ir a casa, si...! ..... " 47
¿Por qué nos encarcelaron? – A los traidores les ofrecen la libertad – ¡Los traidores que se presenten! – Declara que eres traidor – Una terrible comedia – La desilusión de los compañeros – Los primeros días en el campo – Nuestros familiares – Doscientos, trescientos hombres diariamente – ¡Adelante, adelante! – Qué difícil vivir en incertidumbre – Un cambio brusco – Un ensayo de despedida – La despedida y la intervención de la policía

3. Una nueva noche trágica ..... " 61
Los últimos días en Sastin – Una sorpresa dolorosa – La fiesta de la familia en el campo – ¡Apreciado Padre Inspector! – Otra de tantas noches trágicas – ¡Jesús, Tú también estabas con nosotros esta noche! – Nos llevan a un lugar desconocido – Jesús, ¿a dónde nos llevan? – Nos llevan a Podolínec – Aquella tarde del 25 de abril de 1950 – La noche en las almas – La primera noche en Podolínec

4. Las angustias de los primeros días ..... " 77
La primera mañana en Podolínec – El control de la mañana – Contra la angustia de los primeros días – El horario del campo de concentración. – Los trabajos en el campo – El trabajo y sus rasgos carceleros.- Burla de la vida religiosa

5. Las madres lloran, los familiares nos buscan ..... " 87
Las madres rodean el campo – Se dice que no estamos presos, pero... – El mes de mayo en Podolínec – Firmad y saldréis – Somos seiscientos cincuenta y cuatro – El instinto de conservación reclama siempre lo suyo – Los estudios en el campo de concentración – Nosotros éramos para ellos una banda – ¡Santo Padre, mil gracias! – Los Ejercicios Espirituales en el campo de concentración – El amor es ingenioso – ¡Habitantes de Podolínec, gracias, gracias! – El deporte en el campo de Podolínec.

6. Los perros lobos, nuestros guardianes ..... " 101
Las formas sádicas de Miro Vaselly – Cinco días difíciles con Miro Vaselly – La cultura de Miro – Nos van a quitar a los más jóvenes – Un adiós sin despedida, brutal – ¡Oh potente Auxiliadora! – La fiesta de la Virgen Auxiliadora – El mutuo conocimiento de las Ordenes – Mejora la situación – Los perros lobos nuestros vigilantes – La procesión mariana con los bomberos – El Corpus Domini en el campo de concentración – La Iglesia pavimentada por el amor

7. Llega el tirano ..... " 117
Recibimos los monos de trabajo – Los galeotes de Cristo – La huida que ni soñaban – Llega el tirano – La segunda huida de Podolínec – Merecéis un tiro en la cabeza – Hoy por tercera vez – Consecuencias de la huida – La situación es cada vez peor – Entre nosotros hay delatores – No nos permiten ir a la Iglesia – La mies es mucha, y nosotros aquí

8. Las huidas de Podolínec ..... " 133
Hay que arrancaros la cabeza – Las cartas de nuestros muchachos – Una protesta de masa en el campo – Los votos se emiten también en el campo de concentración – No enferméis en Podolínec – Dos prófugos regresan – Y ellos, fortifican y fortifican – Ellos fortifican y nosotros huimos – Tres fugas en un día – Aunque llegue Cristo con un cañón

9. Continúa la fortificación en el campo ..... " 149
Las conjeturas de cómo huyeron – Tened paciencia – El padre gravemente enfermo, ven. – ¿Qué hará Ud. en el entierro? – En la tierra eslovaca bajo la Tatra – El cambio de los gendarmes – Dos tarjetas de los hermanos jóvenes – De nuevo se emiten los votos – Los tarsicios del siglo XX

10. Las requisas y molestias ..... " 161
Divide et impera – El interrogatorio del Dr. Sersen – Interrogan también a los Verbitas – Nos quitan lo que quieren – Hambre espiritual – La deportación y los castigos – Los hermanos legos antes de la partida – Nuevas llegadas y salidas – La nueva partida y el perfil de Miguel Rodak

11. Informes secretos sobre nosotros ..... " 173
Fortifican y fortifican – Informes secretos sobre los religiosos – Esos tristes telegramas – El punto de interrogación sobre los teólogos – Locos por Cristo – Hablan de una amnistía – Otra partida – Cinco fechas terribles – Llegada de nuevos presos – El campo de castigo en Podolínec

12. Podolínec como una semifortaleza ..... " 187
Fin de los trabajos de fortificación – Ciento setenta misas diarias – Los presos de Bac en Podolínec – Estás en la jaula y añoras – La fiesta de la Virgen de los Dolores – El espíritu de martirio en el dique de Puchov – Un registro y una encarcelcción

13. Cristo vence ..... " 195
Los interrogatorios por los paquetes – Nuestros hermanos gendarmes – Muchas gracias a vosotros, gendarmes de oro – ¿Dónde estás libertad? – ¡Cristo vence !

Epílogo ..... " 203
La segunda fuga – Dos años en las incandescentes catacumbas – Sorprendidos y esposados en el parque – El calvario de Bratislava – Tres clínicas siquiátricas – Un campesino loco durante 13 años – Italia en el horizonte – Los siete primeros años en Italia – De nuevo en la patria

ISS-ACSSA: ATTI DI SEMINARI E CONVEGNI INTERNAZIONALI

1. Francesco MOTTO (ed.), *Insediamenti e iniziative salesiane dopo don Bosco.* Atti del 2° Convegno-Seminario di storia dell'Opera salesiana. Roma, 1-5 novembre 1995. LAS, Roma 1996.

2. Francesco MOTTO (ed.), *L'Opera Salesiana dal 1880 al 1922. Significatività e portata sociale.* Vol. I: *Contesti, quadri generali, interpretazioni.* Vol. II: *Esperienze particolari in Europa, Africa, Asia.* Vol. III: *Esperienze particolari in America Latina.* Atti del 3° Convegno Internazionale Storia dell'Opera salesiana. Roma, 31 ottobre -5 novembre 2000. LAS, Roma 2001.

3. Ricerche Storiche Salesiane, 44 (2004) 23-312: Atti del 4° Seminario Europeo dell'ISS-ACSSA. Vienna 30 ottobre – 2 novembre 2003.

4. Jesús Graciliano GONZÁLEZ, Grazia LOPARCO, Francesco MOTTO, Stanisław ZIMNIAK (a cura di), *L'educazione salesiana dal 1880 al 1922. Istanze ed attuazioni in diversi contesti.* Vol. I: *Relazioni generali. Relazioni regionali: Europa - Africa.* Vol. II: *Relazioni regionali: America.* Atti del 4° Convegno Internazionale di Storia dell'Opera salesiana. Ciudad de México, 12-18 febbraio 2006. (Associazione Cultori Storia Salesiana – Roma. Studi – 1-2). Roma, LAS 2007.

ACSSA: COLLANA VARIA (extra commerciale)

1. Francisco CASTELLANOS HURTADO, *El Colegio Salesiano del Espíritu Santo en Guadalajara (México).* Roma 2005.

2. Nestor IMPELIDO (ed.), *The Beginnings Of The Salesian Presence In East Asia. Acts Of The Seminar On Salesian History, Hong Kong, 4-6 December 2004.* Part One*: The Salesians of Don Bosco.* Hong Kong 2006.

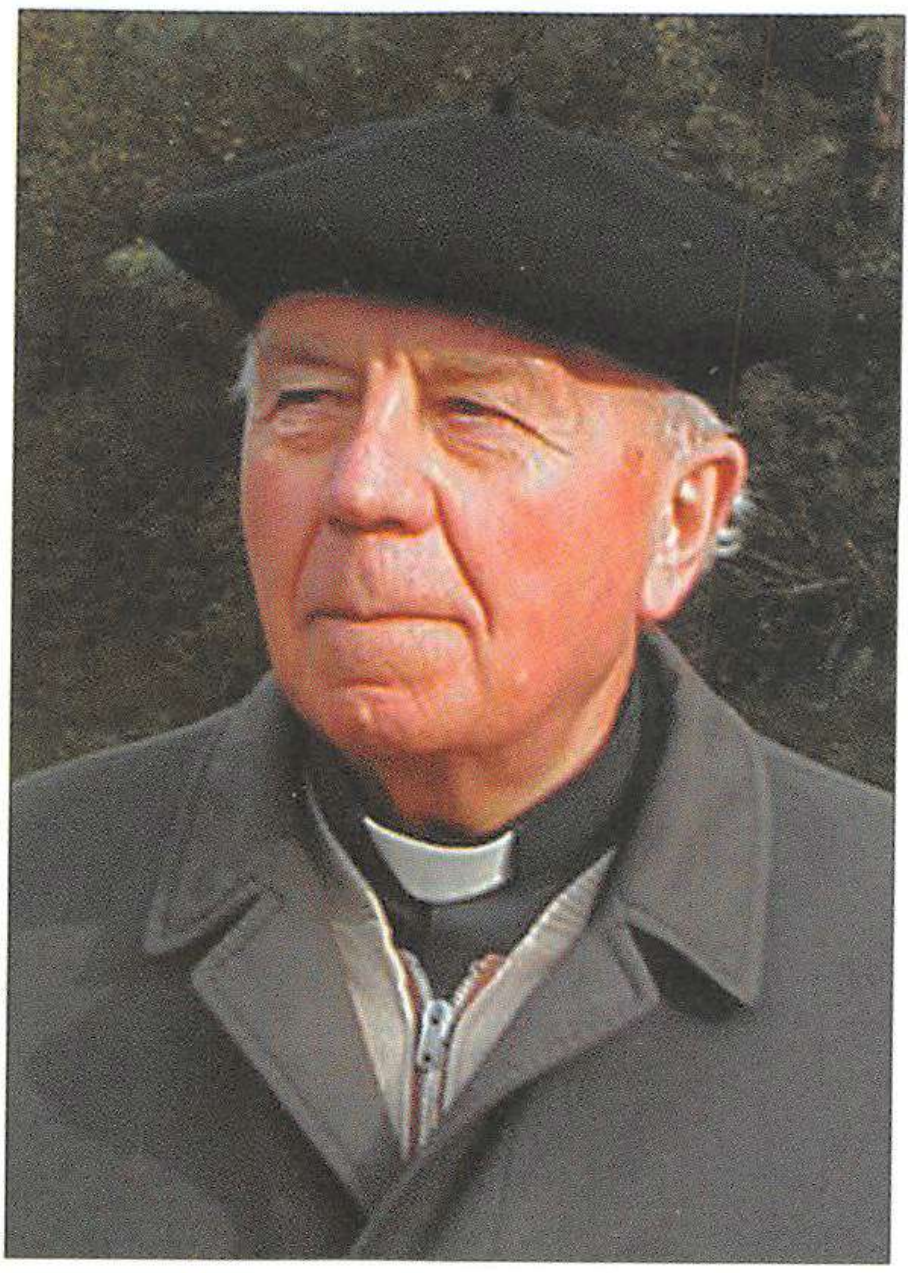
3. Nestor IMPELIDO (ed.), *The Beginnings Of The Salesian Presence In East Asia. Acts Of The Seminar On Salesian History, Hong Kong, 4-6 December 2004.* Part Two*: The Salesian Family (FMA, CSM, SIHM, DQUM, DBV).* Hong Kong 2006.

4. Francesco MOTTO, *Start afresh from Don Bosco. Meditations for a Spiritual Retreat.* Roma 2006.

5. Ernest MACÁK, *De la otra parte de las rejas. Diario del campo de concentración de Podolínrc (Eslovaquia).* Edición de Jaesús-Graciliano González. Roma 2007.

Proprietà riservata all'Associazione Cultori di Storia Salesiana
Via della Pisana, 1111 – 00163 Roma
Tel. 06/656121 – Fax 06/65612650 – internet: www.sdb.org/donBosco/ACSSA
E-mail: iss@sdb.org

Stampa ABILGRAPH - Roma
finito di stampare nel mese di settembre 2007



ERNEST MACÁK (Vistuk, Eslovaquia, 7 de enero de 1920). Ordenado sacerdote en 1946, tenia 30 años, cuando fue deportado, con todos los demás salesianos eslovacos, al campo de concentración de Podolínec. Después de escapar del campo, fue descubierto y encarcelado. Tenido por loco, fue dejado en libertad bajo control. Aprovechando el momento de libertad que supuso la llamada "Primavera de Praga", pudo huir a Italia, pasando después a Suiza y, finalmente, a la caída del muro de Berlin, volvió a Eslovaquia, Actualmente es miembro de la casa salesiana de Sastin.

La finalidad de este Diario es solamente una: quiere ser un testimonio: atestiguar la inmensa fuerza que Dios da a las débiles criaturas humanas durante los tiempos de persecución y opresión cruel. Dios es más potente que los perseguidores y más fuerte que la debilidad humana de los perseguidos... *"De la otra parte de las rejas"* proclama, una vez más, la noticia más maravillosa: la de que **Dios existe y nos ama**, aunque nos haga sufrir, porque también con Cristo lo hizo así. Todo dolor con Cristo tiene su efecto, ni una gota cae en vano. Por él se perfeccionan los perseguidos y se salvan los perseguidores. Dios es Padre, que ama a todos, a los unos y a los otros, y quiere salvar a los perseguidores con su indulgencia y con el sufrimiento de los perseguidos. (P. Mácak)

Uno de los muchos episodios de persecución contra la Iglesia por parte del régimen comunista de la antigua Checoslovaquia fue el de recluir en campos de concentración a TODOS los religiosos de Eslovaquia. Pisoteando los más elementales derechos humanos, los religiosos, sin motivo ni justificación de ninguna clase, fueron privados de libertad. Los Salesianos fueron llevados al campo de concentración instalado en un convento de Redentoristas de Podolínec. Allí fue escrito el diario que ahora se publica en castellano y que narra lo que sucedió en dicho campo durante los primeros meses de reclusión. Se trata de un documento de primera mano sobre las injusticias cometidas contra los religiosos y, a la vez, de un testimonio extraordinario de fe en Dios y de fortaleza en los principios cristianos, a pesar de la hostilidad del ambiente y de la continua vejación a la que se vieron sometidos, injusta e infundadamente, los religiosos eslovacos.

JESÚS-GRACILIANO GONZÁLEZ, cuidador de la edición castellana del Diario "De la otra parte de las rejas", *es de Serradilla del Arroyo (Salamanca). Pertenece al ISS (Istituto Storico Salesiano) y es miembro de la Presidencia de ACSSA.*